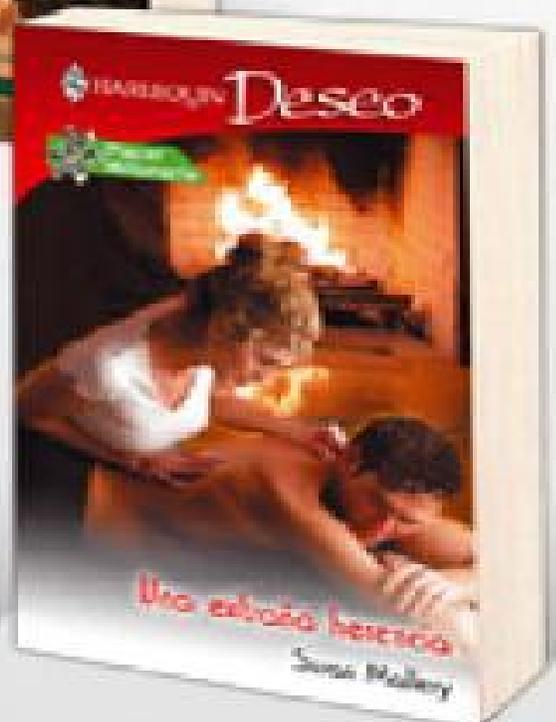
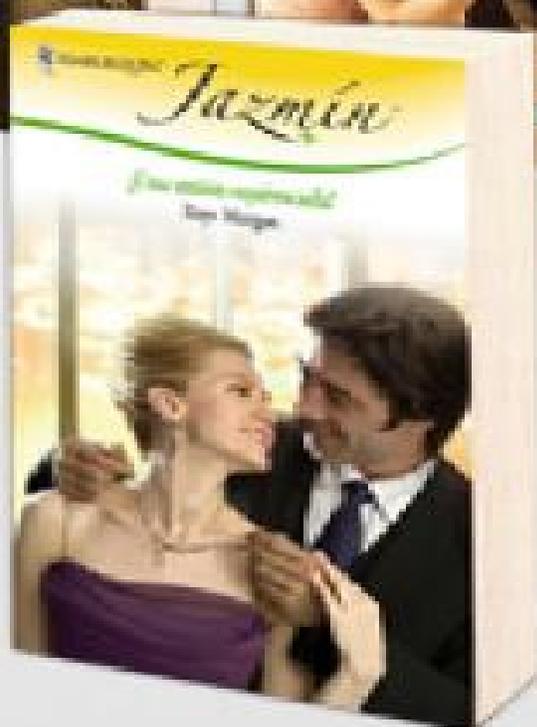
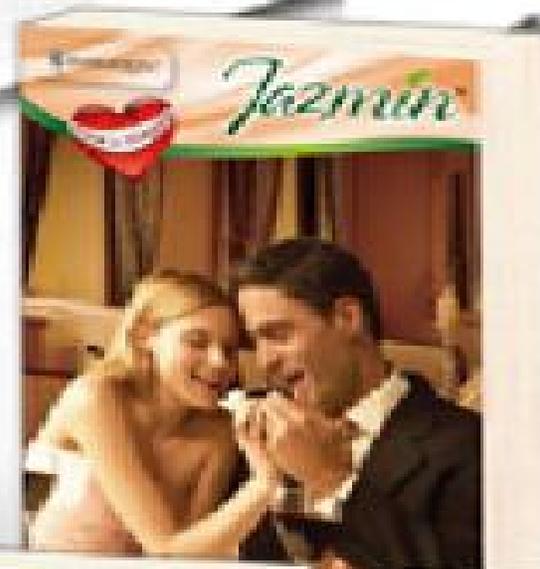
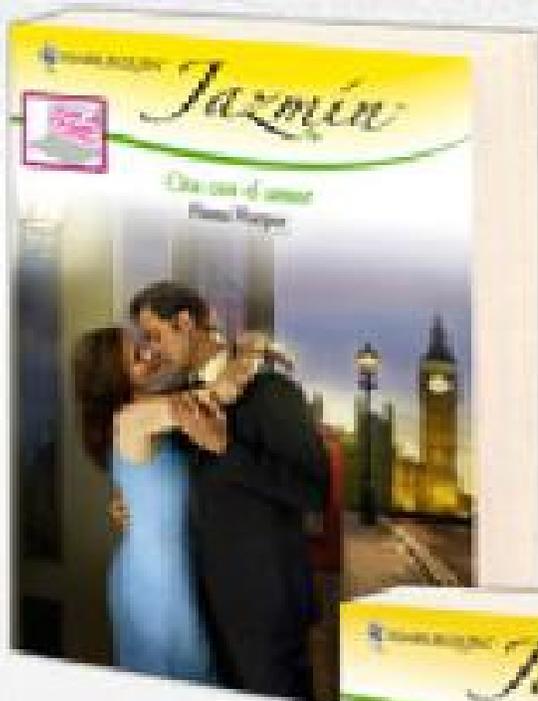


PACK especial

4 libros



Índice

Una extraña herencia

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

¿Una unión equivocada?

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
EPÍLOGO

Alérgico al matrimonio

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16

Cita con el amor

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4

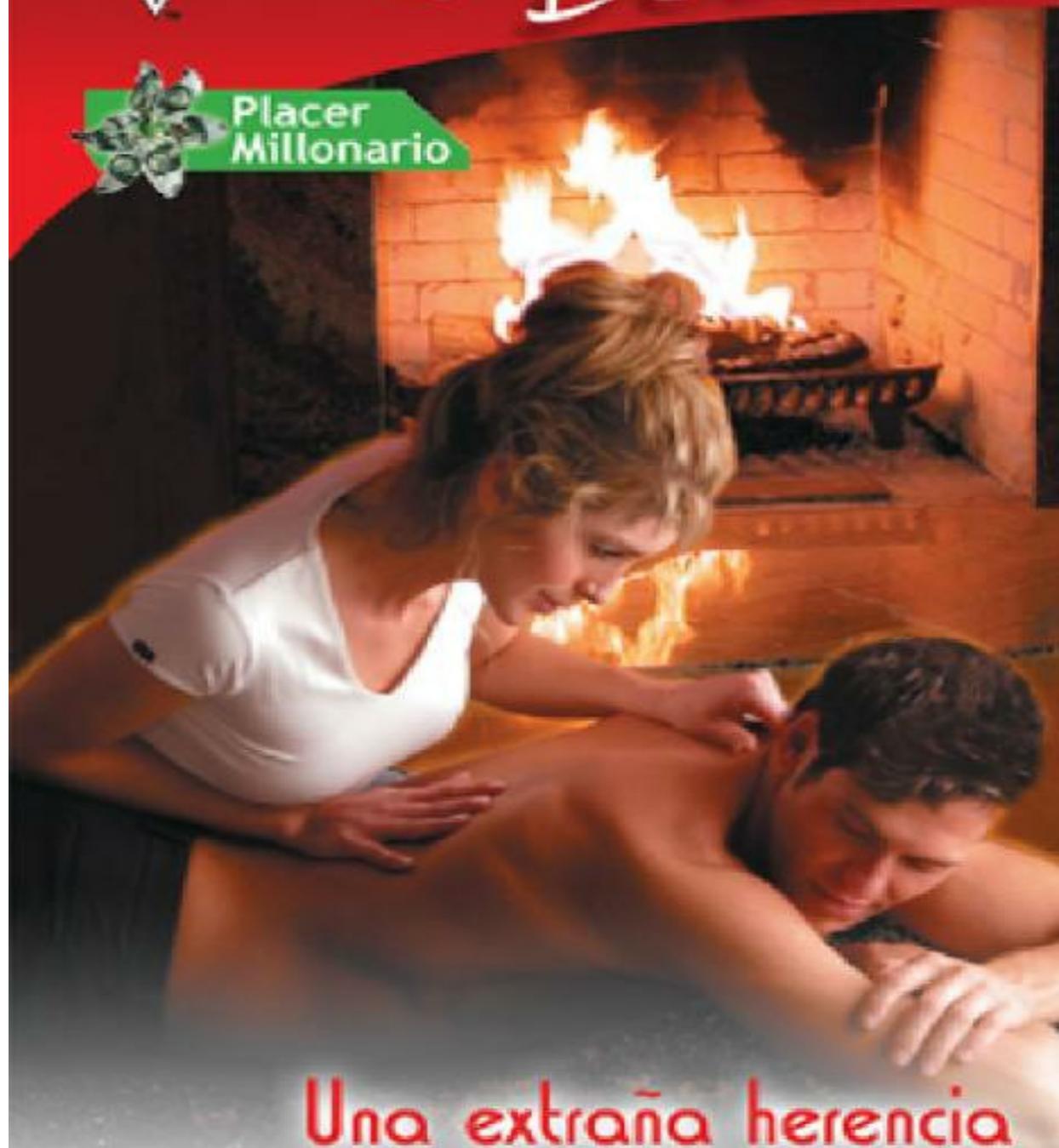
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
EPÍLOGO



HARLEQUIN *Deseo*



Placer
Millonario



Una extraña herencia

Susan Mallery

Capítulo Uno

La primera cita a ciegas de Julie Nelson había ido tan mal, que había jurado no volver a tener otra en diez años.

El tipo en cuestión había flirteado con todas las mujeres menos con ella en aquel bufé, se había comido casi toda la ensalada que habían pedido para compartir y se había escaqueado de pagar, dejándola sola para volver a casa. Por entonces, Julie tenía dieciséis años y, si no hubiera acabado en urgencias por ingerir comida en mal estado, tal vez aquella hubiera sido una noche que habría podido dejar atrás.

Pero vomitar sobre el único interno atractivo había sido la gota que colmó el vaso. Se había prometido que nunca más, bajo ninguna circunstancia, volvería a tener otra cita a ciegas.

Hasta esa noche.

—Esto va a ser un desastre —murmuró mientras le entregaba las llaves al aparcacoches y se dirigía hacia la entrada de aquel lujoso restaurante—. Yo soy más lista que todo esto. ¿Qué diablos estoy haciendo aquí?

Pregunta absurda, cuando ya conocía la respuesta. Sus dos hermanas y ella habían elegido a quién le tocaba salir con el infame Todd Aston III. Su tradición de tomar todas las decisiones importantes de la vida con una ronda de Piedra, Papel o Tijera había hecho que Julie perdiera y, por tanto, tuviera que ir a la cita. Le encantaban las tijeras y sus hermanas lo sabían.

Empujó la puerta de cristal y entró en el vestíbulo. Al parecer, era tan difícil conseguir mesa en ese lugar como encontrar un aparcamiento gratuito. Caminó entre la elegante muchedumbre hasta encontrarse con una camarera joven, pálida y muy delgada.

—Busco a Todd Aston —le dijo Julie, aguantándose las ganas de decirle que un sándwich no la mataría.

La mujer miró su libro de reservas y dijo:

—El señor Aston ya está aquí. La conduciré a su mesa.

Julie la siguió hacia el fondo del restaurante, tratando de no comparar sus caderas de tamaño normal con las prácticamente inexistentes que tenía delante. Aunque sentirse inadecuada era de hecho más divertido que tener que reunirse con Todd Aston III. ¿Cómo podía alguien vivir con un número después de su nombre? Le recordaba al señor Howell de *La Isla de Gilligan*, una de sus series favoritas cuando era pequeña.

Instantáneamente se imaginó a una versión joven del señor Howell, con pantalones a rayas y chaqueta blanca, y estaba intentando aguantar la risa cuando la mujer se detuvo frente a una mesa situada en una esquina y señaló a alguien que desde luego no se parecía a un millonario pretencioso.

Todd Aston se puso en pie y sonrió.

–Hola. Tú debes de ser Julie.

Perder a Piedra, Papel o Tijera nunca le había parecido tan bueno al ver la altura de aquel hombre. Todd era guapo, con ojos oscuros y una sonrisa que le recordaba a la que el lobo feroz le debía de haber dirigido a Caperucita.

No parecía un pardillo, ni un hombre desesperado; y a Julie le daba la sensación de que no le dejaría a ella con la cuenta.

–Hola, Todd –dijo–. Encantada de conocerte.

Todd le ofreció una silla y luego regresó a su asiento.

Julie lo observó, fijándose en su pelo oscuro, en el hoyuelo de su mejilla izquierda y en la corbata, que debía de haber costado lo mismo que el último plazo de su matrícula universitaria.

–Esto es extraño –dijo ella, decidiendo que no tenía sentido ignorar lo evidente.

–¿No vamos a hablar de las típicas cosas como el tiempo o el estado del tráfico mientras venías? –preguntó él, arqueando una ceja.

–Claro, si quieres. El tiempo es perfecto, pero claro, estamos al sur de California y es lo que se espera. En cuanto al tráfico, estaba bien. ¿Y tu día?

–No eres como esperaba –dijo Todd, volviendo a sonreír.

–¿No soy demasiado joven, demasiado operada ni estoy demasiado desesperada?

–Una vez más, te saltas las formalidades. ¿Qué diría tu madre?

Julie consideró la pregunta.

–Toma sólo una copa de vino, asegúrate de que sea simpático y, si te gusta, dale tu número.

Él se rió. Fue un sonido profundo y masculino que le produjo a Julie un cosquilleo en el estómago.

Interesante. Tal vez debiera de haberle dado una segunda oportunidad a eso de las citas a ciegas mucho antes.

–Es un buen consejo –dijo él–. Creo que me gusta tu madre.

–Es una mujer que merece la pena.

Apareció el camarero y les entregó las cartas antes de tomar nota de las bebidas. Todd eligió un whisky escocés de dieciocho años y Julie pidió un vodka con tónica.

–¿No sigues el consejo de tu madre? –preguntó él cuando el camarero se hubo marchado.

–Ha sido un día muy largo.

–¿Haciendo qué?

–Trabajo en un bufete internacional.

–Abogada. ¿Te dejan ya defender casos en los tribunales?

–Por supuesto.

–Suenas muy segura de ti misma.

–La seguridad sale sola después de eso.

–¿Y antes?

–Jornadas laborales de dieciocho horas y mucho estudio.

–¿Qué tipo de bufete es? ¿De derechos humanos o algo así?

–Derecho corporativo –dijo ella–. Yo estoy especializada en contratos y asociaciones con China.

–Una especialidad interesante.

–Era algo natural en mí. Hablo mandarín.

–Impresionante.

–Gracias.

Todd entornó los ojos y la observó.

–De acuerdo, creo que deberíamos empezar de nuevo.

–¿Por qué? –preguntó ella, riéndose–. Todo va bien.

–Claro. Para ti. Mira, mi tía Ruth me dijo que había una jovencita a la que quería que yo conociera. Me dieron una hora y un lugar y aquí estoy. Yo esperaba a alguien... diferente. Eres una sorpresa agradable.

–¿Y siempre haces lo que te dice tu tía Ruth?

–La mayoría de las veces. Realmente es mi tía abuela o algo así. Pero es buena conmigo y me preocupo por ella. No me pide demasiado, así que, si es importante para ella, intento decirle que sí. Esto era importante.

O le estaba diciendo la verdad, o se sabía sus frases al dedillo. En ese momento, deseaba que estuviese siendo sincero.

–Tú también eres una sorpresa agradable –admitió ella–. Cuando he entrado, me estaba imaginando al señor Howell.

–¿De *La isla de Gilligan*? Gracias.

–¿Preferirías ser Gilligan? –preguntó Julie, riéndose.

–Preferiría ser James Bond.

–No eres inglés.

–Puedo trabajar el acento.

Julie se inclinó hacia él y preguntó:

–¿Son los artilugios o las mujeres los que hacen a James Bond tan atractivo?

–Ambas cosas.

–Estás siendo sincero.

–Pareces sorprendida.

Lo estaba.

–Puedo amoldarme –dijo ella–. De acuerdo, James–barra–Todd, lo único que sé de ti es que vistes como un hombre de negocios y adoras a tu tía Ruth. Bueno, y todo el asunto del número detrás de tu nombre, aunque probablemente no deberíamos entrar en eso.

–¿Qué tiene de malo el número detrás de mi nombre?

–Nada. Es adorable. Yo siempre tengo que dejar en blanco esa casilla cuando me registro en páginas de Internet, pero tú te paras y escribes un enorme tres en números romanos.

–En realidad el tres no es tan grande. Es del mismo tamaño que los otros números, o que las otras letras, para que nos entendamos. Desea ser grande, claro, pero las fantasías no satisfechas son la realidad de la vida. El tres tiene que acostumbrarse a eso.

Encantador. Aquel hombre era encantador.

El camarero apareció con las bebidas. Cuando se hubo marchado, Todd levantó su vaso.

–Por el placer inesperado de encontrar a una mujer hermosa, divertida y lista –dijo.

–Gracias –dijo ella, chocando suavemente su vaso.

Mientras brindaban, sus dedos se rozaron. No fue nada, sólo un leve contacto. Pero Julie fue plenamente consciente de ello. Su hermana Willow le diría que se trataba del universo dándole un mensaje que ella debía escuchar. Su hermana Marina querría saber si Todd era el «definitivo».

–¿Y a qué te dedicas? –preguntó ella.

–Escribo en el cielo –contestó él, dejando su vaso–. Ya sabes, esos horribles mensajes que la gente deja en las nubes. «Barney ama a Cathy». O: «John, compra leche».

Julie dio un sorbo a su vaso y esperó.

–Soy socio en una empresa de inversiones de riesgo. Compramos pequeños negocios, les damos dinero y los reformamos hasta que son grandes empresas; entonces se las vendemos a alguien y ganamos mucho dinero. Es asqueroso. Debería estar avergonzado.

Ella se rió.

–Hubiera pensado que llevarías la empresa familiar.

–Hay una junta profesional que se ocupa de eso. Prefiero construir mi propio negocio antes de que me lo regalen.

–Suenas despiadado –bromeó Julie.

–Puedo serlo. Mucho. La gente tiende a subestimarme por el número después de mi nombre. Dan por hecho que no sirvo para nada. Pero no es así.

Ella lo creía. Era divertido, poderoso, y daba gusto mirarlo. Sobre todo en ese momento, cuando la miraba tan intensamente. Julie sentía que tenía toda su atención; cosa que era excitante y, al tiempo, daba miedo.

–Claro que a ti también te subestiman –añadió él.

–¿Y cómo sabes eso?

–Porque yo te había subestimado. Cuando dijiste que trabajabas internacionalmente, di por hecho que tendría que ver con los derechos humanos.

–Es muy típico de los hombres –dijo ella–. Dar por hecho que las mujeres se dejan llevar por las emociones en vez de por los negocios.

–A ti te pasará mucho.

–Sí, pero no me importa. Lo utilizo. Mi carrera es importante para mí. Los primeros años en un bufete importante pueden ser duros. Yo quiero ascender, pero me educaron para hacer lo correcto. Así que me aprovecharé del hecho de que me subestimen.

–Qué despiadada.

–Yo no diría tanto.

Sus miradas se encontraron. Hasta ese momento, Julie había estado disfrutando de su bebida y de la compañía, pero de pronto sintió la tensión a su alrededor. Notó cómo el vello de la nuca se le erizaba. Había pensado que Todd sería un remilgado, y él había pensado que ella sería una idiota. En vez de eso, se encontraba a sí misma reconsiderando sus planes de no involucrarse

con nadie hasta no haber terminado su segundo año en la empresa. Aunque no tenía mucho tiempo libre, con el incentivo adecuado, podría hacer una excepción.

Le gustaba el hecho de que fuera listo y cínico y, aun así, prestara atención a lo que su tía Ruth tuviera que decir. Le gustaba su sonrisa y el interés que brillaba en sus ojos.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió calor entre sus muslos. Era bueno saber que esa parte de su cuerpo no estaba completamente muerta.

–Háblame de las mujeres de tu vida –dijo ella.

–No he traído fotos.

–No importa. Con que me hagas un breve resumen es suficiente. Esta vez pasaré de los currículum.

–Eres muy generosa –dijo él, dejando su vaso–. Pues están las gemelas...

Julie sonrió.

–No te acuestas con gemelas y yo no me asusto fácilmente.

–De acuerdo. No hay nadie serio en este momento –Todd frunció el ceño–. Mejor dicho, no hay nadie en este momento. Tuve una ruptura difícil el año pasado. Nada de ex mujeres ni ex prometidas. ¿Y tú?

–Un ex prometido de mi último año en la universidad. Ahora no hay nadie.

–¿Qué ocurrió?

Tal vez Julie no estuviese en el mercado de citas, pero sabía cuándo evitar un tema. No tenía sentido entrar a contar su triste historia.

–Las cosas no salieron bien.

El camarero apareció para preguntarles si tenían alguna pregunta sobre la carta.

–Dado que eso habría requerido que las mirásemos –dijo Todd con una sonrisa–, todavía no. Pero lo haremos ahora mismo.

Julie esperó a que estuvieran solos y dijo:

–¿Por qué molestarse con la carta? Vas a pedir filete poco hecho y ensalada. No porque quieras, sino porque, si no comes verduras, la gente pensará que no te educaron correctamente.

Todd arqueó la ceja y dijo:

–Tú quieres filete, pero está todo ese asunto de que las mujeres no comen en las citas, así que pedirás pescado, que no te gusta realmente –Todd agarró su vaso–. Lo retiro. Sí te gusta el pescado, pero sólo con cerveza, frito y con patatas fritas.

–Me gusta el atún –dijo ella.

–Algo de una lata no cuenta.

–De acuerdo –dijo Julie, riéndose–. Tú ganas. Pediré el pescado e incluso me lo comeré, pero no puedes decírselo a nadie.

–Me parece justo. Y yo pediré la maldita ensalada –se inclinó hacia ella, mirándola fijamente–. Esperaba aburrirme.

–Yo también. También pensé que me sentiría moral e intelectualmente superior.

–Me gusta la superioridad moral.

–¿Pero no puedo ser más lista?

–Soy un tipo muy listo.

Julie estiró el brazo, pero, antes de que pudiera levantar su vaso, él le agarró la mano. Sus dedos eran cálidos y fuertes mientras le frotaba los nudillos. Ella se sintió mareada y muy femenina, una combinación inusual para ella. Normalmente se mostraba decidida e intimidante.

–Tengo una pregunta técnica –dijo él mientras giraba la mano para acariciarle la palma con el pulgar–. Se trata de mi tía Ruth.

–¿Qué pasa?

–Es tu abuela.

–Eso dicen –dijo Julie, tratando de concentrarse en la conversación y no en el deseo que sentía. Se dijo a sí misma que su reacción tenía más que ver con el hecho de no haber tenido una cita en dieciocho meses. El problema era que no lograba convencerse.

–Si es mi tía abuela y tu abuela –dijo él–. Eso nos convierte en...

–No hay parentesco –dijo ella–. Ella era la segunda esposa de tu tío abuelo. No tuvieron hijos en común. Se aseguró de que eso quedaba claro. ¿No te lo dijo?

–No –dijo Todd, apartando la mano–. No lo hizo.

–Pues ya lo sabes –hablando de su abuela Ruth, iba a tener que darle las gracias cuando llegase a casa.

–Ya lo sé –se puso en pie y le ofreció la mano.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó ella.

–Invitarte a bailar.

–Aquí no se puede bailar –dijo ella, permaneciendo firmemente en su asiento.

–Claro que sí. Y, ahora que sé que no somos primos, vamos a bailar.

Julie se encontraba dividida entre hacer el ridículo y presionar su cuerpo contra él. Porque, tras pararse unos segundos, podía oír una suave música de

fondo. Parecía agradable, pero no era tan tentadora como el hombre que tenía enfrente.

–¿Vas a hacerme rogar? –preguntó él.

–¿Lo harías?

–Quizá –contestó, sonriendo.

Julie se puso en pie y le dio la mano. Él la condujo a la parte trasera del restaurante, donde tocaba la orquesta y varias parejas bailaban.

Antes de que pudiera darse cuenta, Todd la presionó contra su cuerpo y le colocó la mano en la cintura. Ella le acarició el hombro con los dedos.

Mientras sus muslos se rozaban, Julie advirtió que era un hombre musculoso y fuerte. No estaban lo suficientemente cerca para que sus pechos se rozaran, pero de pronto sintió el deseo de restregarse contra él como una gata solitaria.

–Hueles bien –murmuró él.

–Tóner de fotocopiadora –dijo ella–. ¿Te gusta? Hoy he tenido que cambiar el cartucho.

–¿Es que no puedes aceptar un cumplido?

–De acuerdo. Gracias.

–Mejor –dijo él con una sonrisa–. No eres fácil.

–Ése es un cumplido que sí puedo aceptar.

–¿Te gusta ser difícil?

–A veces. ¿A ti no?

Todd movió la mano desde su cintura hasta su espalda.

–A veces –dijo, repitiendo su respuesta.

–No te gusta que la gente asuma cosas sobre ti –dijo ella, mirándolo a los ojos.

–Tú las has hecho.

–Tú también. Estamos empatados.

–Más que empatados, Julie. Estamos bien.

Y, con eso, Todd bajó la cabeza y la besó. Fue algo inesperado, pero delicioso. Julie sintió cómo el estómago se le contraía y sus pechos empezaban a palpar.

Él se apartó y se aclaró la garganta.

–Probablemente deberíamos volver a la mesa y pedir la cena –dijo–. Ya sabes, hay que ser responsable.

Por un instante, Julie estuvo a punto de preguntarle cuál era la alternativa. ¿Qué pasaría si seguían bailando, tocándose y besándose? Sin embargo, tenía

la sensación de que ya conocía la respuesta a esa pregunta.

Demasiadas cosas, demasiado pronto, se dijo a sí misma mientras se separaban. No había tenido una cita en mucho tiempo e ir despacio tenía más sentido. Aunque ese hombre era verdaderamente tentador.

Caminaron de la mano mientras regresaban a la mesa.

–No me has dicho por qué estás aquí –dijo él cuando se sentaron–. Ya te he dicho que mi tía Ruth me pidió que viniera. ¿Cuál es tu excusa?

¿No lo sabía? ¿En serio? Aquello se ponía interesante.

–Mi madre y su madre han estado separadas durante años. Ruth apareció en nuestras vidas hace un par de meses. Mis hermanas y yo no la conocíamos. Nuestra madre ni siquiera la había mencionado. La semana pasada, durante la cena, Ruth dijo que tenía un sobrino maravilloso y sugirió que una de nosotras saliese contigo.

–Interesante.

–Más que interesante. Nos ofreció... no es importante.

–Claro que lo es.

–Te sentirás insultado.

–Puedo asumir la verdad –dijo él– ¿Qué os ofreció?

–Dinero.

–¿Te paga para que salgas conmigo?

–Oh, no. Las citas son gratis. Pero, si me caso contigo, me da dinero. Un millón de dólares. Para mí, mis hermanas y mi madre. Muy bueno, ¿eh?

Todd apretó la mandíbula, pero, por lo demás, no mostró emoción alguna.

–Todas nos sorprendimos –prosiguió Julie–. No podíamos imaginar que podías tener de malo para que tu tía tuviese que ofrecer tanto dinero para conseguirte una mujer.

–¿Algo malo? ¿Yo?

–Claro.

Julie estaba pasándoselo bien, pero intentaba por todos los medios que él no lo supiera.

–Decidimos que una de las tres saldría contigo y averiguaría qué tenías de malo –añadió–. Jugamos a Piedra, Papel o Tijera para determinar a la candidata.

–Piedra, Papel... –Todd se aclaró la garganta–. Así que ganaste tú.

Julie se permitió sonreír.

–Oh, no, Todd. Yo perdí.

Capítulo Dos

El camarero llegó para tomar nota. Julie pidió su cena y esperó a que Todd hiciese lo mismo. Él apenas miró la carta, y simplemente mantuvo la mirada fija en ella.

–¿Perdiste? –preguntó–. ¿Quieres decir que no ganaste?

–Eso es. Ya sabes cómo es. El perdedor tiene que hacer la parte desagradable. Eso sería la cita contigo. Algo desagradable.

–¿Perdiste?

–Si hace que te sientas mejor –dijo ella antes de dar un sorbo a su copa–, me alegro de haber perdido.

–No sabes lo mucho que me afecta esa confesión.

–No deberías tomártelo tan mal. Mira la situación desde nuestra perspectiva. Tu propia tía abuela, que te conoce de toda la vida, está dispuesta a pagarle a una mujer para que se case contigo. Imaginamos que tenías chepa y quizá una enfermedad extraña que te hubiese deformado la cara. Como el hombre elegante.

–¿Pensabas que era como el hombre elefante?

–Fue una consideración. Y, aun así, me he presentado aquí.

–Perdiste y yo soy una cita de compasión. Genial. No puedo creer que Ruth te ofreciera un millón de dólares.

–No por la cita. ¿Recuerdas? La cita es gratis. Tengo una solución muy sencilla al problema; no me propongas matrimonio.

–Oh, claro. Es fácil para ti decirlo, pero ahora ya no tengo nada con qué entretenerme durante el postre.

Mientras Julie se reía, se admitió a sí misma que Todd no era en absoluto como se había imaginado. Cualquiera con un número detrás de su nombre tenía que ser estirado, pero él no lo era. Le gustaba... mucho.

–Deberías haber conseguido algo por la cita –dijo él–. Cincuenta mil, al menos.

–¿Sabes? Ni siquiera había pensado en eso. Pero, si la abuela Ruth vuelve a mencionarlo, le pediré un cheque.

–Yo también me alegro de que perdieras –dijo él, mirándola a los ojos.

–Gracias. Aunque no era difícil de predecir. Me encantan las tijeras y mis hermanas lo saben. Así que alguien siempre saca la piedra.

–Una manera interesante de determinar tu destino.

–¿Destino? –preguntó ella, arqueando las cejas–. ¿Estás diciendo que tú eres mi destino?

–Ninguno de los dos pensábamos que las cosas iban a ir tan bien –dijo él, encogiéndose de hombros–. Tal vez el destino haya metido baza esta noche.

–No me hables del destino ni del universo, por favor. Mi hermana Willow siempre me dice que todos tenemos un destino al que no podemos escapar. Es muy dulce y la quiero mucho, pero a veces me dan ganas de estrangularla. Además, si vieras las cosas que come... repollo y tofu, y bebidas adelgazantes –Julie se estremeció.

–¿Vegetariana?

–Casi siempre. Aunque tiene una lista de comida que no está considerada como carne. Como las hamburguesas en un picnic o los perritos calientes en un partido de los Dodger.

–Interesante.

–Es genial. Marina también. Es la pequeña de la familia. Imagínate, podrías haber salido con cualquiera de ellas.

–Estoy contento con la hermana que tengo.

–Pero no me tienes –aunque pensó que podría tenerla, recordando cómo se había sentido en sus brazos.

–Dame tiempo.

Julie miró por el retrovisor por enésima vez en los últimos siete minutos. La cena había sido fabulosa. No recordaba nada de la comida, aunque estaba segura de que había sido fantástica. Era la conversación lo que recordaba. Las palabras sexys, las risas... la conexión.

No recordaba la última vez que un hombre le había atraído tanto. Todd era increíble. Divertido, listo, y entendía su sentido del humor, cosa que no siempre ocurría. Y la química entre ambos... Todd podía hacer que se derritiera con sólo mirarla.

Todo eso estaba muy bien, ¿pero estaba preparada para llevar las cosas hacia donde evidentemente se dirigían? Su oferta de seguirla a casa para

asegurarse de que llegaba bien era una excusa muy pobre para lo que verdaderamente estaba ofreciendo: Todd desnudo en su cama.

La pregunta no era si lo deseaba; porque lo deseaba intensamente. No se trataba del deseo, sino de ser sensata. No había tenido un hombre en su vida desde Garrett. Aunque no iba a pensar en ese bastardo mentiroso en ese momento. El tema era que hacía mucho tiempo que no tenía una cita. Estaba desentrenada. La noche había ido bien, ¿pero significaba eso que debía invitar a Todd a entrar para acostarse con él?

Aún no lo había decidido cuando llegaron a su casa. Aparcó frente al garaje y salió del coche. La noche estaba tranquila y no era demasiado fría pues, aun estando en otoño, aquello seguía siendo Los Ángeles, donde el tiempo real no servía.

Estaba nerviosa. Todas las células de su cuerpo le rogaban que aceptase la oferta de aquel hombre. Su piel ansiaba ser tocada, y a sus hormonas no les vendría mal un poco de acción. Pero su cerebro le advertía que tuviera cuidado. Todd era encantador, ¿pero qué sabía realmente de él? Además, el sexo en la primera cita no era algo bueno.

Él aparcó en la calle y salió, luego miró a su alrededor.

–No es lo que esperaba –dijo mientras se aproximaba a ella–. Pensé que vivirías en un lugar nuevo y brillante.

El vecindario era antiguo, con muchas casas que habían sido convertidas en dúplex. A Julie le gustaban la atmósfera tranquila y los detalles rústicos.

–Estoy cerca del trabajo e incluso tengo un pedazo de césped –dijo ella–. No soy de vivir en apartamentos.

Todd le dirigió una sonrisa y le acarició la mejilla con el pulgar.

–Menos mal que no hemos ido a mi casa –dijo.

–Déjame averiguar. Todo es cristal y acero.

–Eso también, pero principalmente porque está más lejos.

Y, sin más, la besó.

Su boca era cálida y firme, aunque gentil. Se movía lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y a ella le gustaba. Le gustaba sentir sus manos en la cintura.

Julie se acercó un poco más y le colocó los dedos en los hombros. Por suerte, su bolso tenía una correa larga, de modo que no tenía que perder tiempo en sujetarlo. Quería tener la libertad de explorar sus brazos y su espalda.

Deseaba que el beso continuara. A pesar de que Todd no lo intensificara,

sintió cosquilleos en todas las partes de su cuerpo, incluyendo algunas que le sorprendieron. Sentía presión en el pecho, las piernas temblorosas y tuvo la sensación de que jamás podría recuperar el aliento.

Todd se giró levemente, le besó la mejilla y bajó por la mandíbula, Le mordisqueó el lóbulo de la oreja, lo que hizo que diera un respingo y se estremeciera. Luego deslizó la lengua por su cuello.

Julie sintió cómo el vello se le erizaba y supo que no podría sobrevivir un segundo más si no la besaba. Besarla de verdad.

Por suerte, Todd parecía ser bueno adivinando el pensamiento. La besó de nuevo en la boca, Julie separó los labios y él introdujo la lengua en su boca, como si su deseo se equiparase al de ella.

Julie recibió su lengua, saboreando la pasión entre ellos. Mientras exploraba su boca con la lengua, Todd bajó las manos hasta sus caderas y la acercó más.

Julie pensó dos cosas en ese momento. Que la presión de sus pechos contra su torso era una tortura maravillosa, y que Todd estaba tremendamente excitado.

Se los imaginó a los dos desnudos, tocándose. Se moría de deseo, y ese deseo la volvía loca. Trató de controlar el deseo que sentía hacia un hombre al que apenas conocía, pero era como tratar de agrupar gatos; sin sentido y un poco absurdo.

Todd se apartó un poco y le tomó la cara entre las manos.

—Ahora es cuando se supone que yo digo que debería irme —dijo él mientras la miraba a los ojos—. Es como me educaron y lo correcto.

—Las buenas maneras son importantes —murmuró ella.

—Estoy de acuerdo. Aunque hay una opción alternativa.

—¿Las malas maneras?

Todd sonrió y la besó suavemente.

—Te deseo, Julie. Puedo darte una lista de buenas razones por las que esto es una mala idea, pero te deseo. Desesperadamente.

—Buenas maneras, un conversador inteligente y unos besos fantásticos —susurró ella—. ¿Quién podría negarse a eso?

—Yo no.

—Yo tampoco.

Julie sacó las llaves del bolso y condujo a Todd hacia la puerta principal. Una vez dentro, dejó las llaves y el bolso en la mesa que había junto a la entrada. Todd se quitó lo que parecía ser una chaqueta muy cara y la dejó caer

al suelo. Luego la acercó a su cuerpo y la besó con tal pasión, que hizo que se preguntara con qué intensidad podría hacer otras cosas.

Ella le devolvió los besos con la misma intensidad, deslizando las manos por su pecho, acariciando la suavidad de su corbata de seda y el algodón de su camisa. Él deslizó una mano por sus nalgas, apretando con fuerza y levantando otra vez la mano para acariciarle un pecho.

Incluso a través del tejido del vestido y del sujetador, Julie sintió sus dedos fuertes explorando, torturando, acariciando. Se detuvo en el pezón, estimulándolo suavemente y dándole ganas de desnudarse por completo para que pudiera acariciar su piel desnuda.

Todd la echó hacia atrás. Ella agarró su corbata y consiguió quitársela antes de comenzar a desabrocharle los botones de la camisa mientras él se encargaba de la cremallera del vestido.

Llegaron al pasillo. Julie había dejado la luz del salón encendida, pero allí estaba oscuro. Él la besó por el cuello, haciéndola gemir, llegando hasta el escote del vestido y hundiendo la boca entre sus pechos. Al mismo tiempo, Julie encontró el interruptor de la luz y él le bajó la cremallera. La luz se encendió a tiempo para ver cómo el vestido caía al suelo.

–Eres preciosa –dijo él mientras le acariciaba los pechos–. Caliente y suave, y no me importa que sea tóner de fotocopiadora; hueles muy bien.

Ella se rió mientras él le frotaba los pezones. Todo su cuerpo se tensó, mientras su parte más húmeda clamaba atención.

Sin dejar de tocarle los pechos, Todd se inclinó para besarla de nuevo. Ella cerró los labios alrededor de su lengua y absorbió hasta que él también se estremeció.

De pronto, aquello no era suficiente. Julie deseaba más; lo deseaba todo. Deseaba sentir su peso encima de ella. Deseaba que la penetrara una y otra vez hasta hacerle sentir el placer del orgasmo.

–La ropa –dijo ella–. Llevas demasiada.

–Buena observación.

Mientras Todd se quitaba la camisa, ella terminó de zafarse del vestido y lo condujo hasta su pequeño dormitorio. La luz del pasillo era más que suficiente para lo que iban a hacer. Se giró para mirarlo y vio que Todd la estaba contemplando.

–¿Qué?

–¿Estás intentando matarme? Eres una fantasía andante. ¿Sabes tus compañeros del bufete lo que llevas debajo de tus trajes?

Julie observó su ropa interior de color rosa. Eran un tanto provocativos, pero nada especial. Los había comprado de rebajas.

–Probablemente sospechen que llevo ropa interior –murmuró ella mientras se quitaba los zapatos–. Prefiero que piensen eso a que no llevo nada en absoluto. Eso sería asqueroso –entonces se quitó uno de los tirantes del sujetador–. ¿Querías que me quitara esto?

Todd ya se había quitado los zapatos y estaba bajándose los pantalones. Mientras ella hablaba, pudo apreciar su erección palpitante bajo los calzoncillos.

–Eso sería fantástico –contestó él.

Sus pantalones cayeron al suelo, deteniéndose en sus tobillos. No pareció darse cuenta. En vez de eso, se quedó mirando sus pechos.

Ella se desabrochó el sujetador y lo lanzó sobre la cómoda.

Realmente no supo si lo había lanzado bien, pues estaba demasiado concentrada en la expresión de Todd. El deseo y la sorpresa se mezclaban en una mirada tan apasionada y masculina, que hacía que le costase trabajo respirar.

Había estado antes con hombres y había estado razonablemente segura de que la deseaban. Pero Todd la miraba como si fuese su última comida. Su apreciación hizo que se sintiera especial y exótica, y más que ansiosa por hacer sus sueños realidad.

Todd se movió hacia ella y estuvo a punto de caerse al tropezar con los pantalones.

–Soy un desastre –murmuró mientras se liberaba de los pantalones y se quitaba después los calcetines.

Julie pensó en decirle que le gustaba el hecho de que no fuera perfecto. Hacía que pareciera más accesible. Pero entonces la abrazó contra su cuerpo y hablar se convirtió en una actividad complicada.

Sus manos estaban por todas partes; en sus brazos, en su estómago, sobre sus pechos desnudos. No la besó mientras exploraba sus curvas y acariciaba suavemente sus pezones con los dedos. En vez de eso, se quedó mirándola a los ojos, y Julie estuvo a punto de rogarle que la poseyera.

–Todd –susurró.

Él la echó hacia atrás hasta que sintió la cama tras ella. Luego la envolvió con sus brazos, se giró y los dos acabaron sobre el colchón.

Ella aterrizó sobre él, con las piernas abiertas y sentada sobre su erección.

–Ahora te tengo justo donde te quería –dijo él con una sonrisa–. En mi

poder.

–Yo estoy encima –dijo ella–. Yo mando.

–¿Quieres apostar?

Todd le colocó las manos en las caderas y la movió hacia delante y hacia atrás. Incluso a través del tejido de la ropa interior, Julie sintió el calor y la fricción. Con un gemido, se dejó llevar por el placer.

–Justo así –murmuró él mientras comenzaba a masajearle los pechos.

La combinación de sensaciones era increíblemente sensual. La tensión se aferraba a sus músculos mientras sentía cómo se acercaba más y más al clímax.

«Así no», pensó ella. No tan deprisa. No cuando aún llevaban ropa. Pero tampoco podía dejar de frotarse cada vez más rápido.

Sin previo aviso, Todd le giró con él hasta que acabaron los dos de lado. Le quitó las bragas con un movimiento suave y luego se despojó él de los calzoncillos. Antes de que Julie pudiera darse cuenta, estaba con la espalda sobre la cama y sentía su boca en el pecho izquierdo.

Todd lamió y jugueteó con su pezón hasta volverla loca de placer. Al mismo tiempo, deslizó una mano entre sus piernas y exploró su parte más húmeda.

Le llevó menos de tres segundos encontrar aquel punto tan mágico. Lo rodeó con los dedos antes de comenzar a moverlos con un ritmo suave y perfecto que hizo que el final fuese inevitable.

Julie se dejó llevar por las sensaciones hasta que apenas pudo respirar. Agarró la manta con los dedos y hundió los talones en el colchón. Todd se movió para besarla en la boca y, cuando sus lenguas se encontraron, Julie se perdió en las profundidades del orgasmo.

El clímax pareció durar una eternidad, acabando con su voluntad con cada sacudida.

Sin embargo, finalmente fue consciente de su erección presionando su muslo. Abrió los ojos y encontró a Todd sonriendo.

–Ha estado bien –dijo él–. Al menos para mí. Creo que para ti ha sido mejor que bien.

–Lo ha sido –dijo ella mientras le acariciaba el labio inferior con el pulgar–. ¿Estás listo para algo mejor que bien para ti?

–Pensé que nunca me lo dirías.

Se colocó entre sus piernas y presionó hasta que Julie sintió cómo la penetraba. Arqueó las caderas hacia él, deseando sentirlo entero. Entonces

Todd se apartó, volvió a penetrarla y ella lo rodeó con los brazos, acercándolo a su cuerpo, disfrutando del peso casi tanto como de lo que le estaba haciendo.

Porque había comenzado de nuevo. La sensación de necesidad y deseo. El calor aumentando en su interior mientras los músculos se tensaban. Cada vez más rápido. Sus respiraciones comenzaron a sonar entrecortadas. Ella sintió cómo sus brazos empezaban a temblar mientras buscaba ese momento de no retorno.

Se había sentido vacía durante tanto tiempo, que había olvidado la gloria de ser poseída por un hombre decidido a complacerlos a los dos.

Todd se inclinó para besarla mientras ella sentía las primeras sacudidas, y entonces gimió y la penetró con más fuerza. Julie sintió cómo se quedaba rígido antes de estremecerse.

Tras meterse bajo las sábanas, Julie reposó la cabeza sobre su hombro. Él tenía los brazos a su alrededor y ella el muslo apoyado contra el suyo. Ése era uno de los momentos perfectos de la vida. Esos momentos que más tarde recordaría como una noche fantástica.

–Gracias –dijo él mientras jugueteaba con su pelo–. Ha sido...

–¿Espectacular? –preguntó ella.

–Iba a decir alucinante, pero espectacular también.

–He perdido práctica –dijo ella, cerrando los ojos con una sonrisa–. Muchas gracias por la lección.

–No te has comportado como si hubieras perdido práctica. Parecía como si hubieses leído el manual de cómo activar todos mis botones.

–¿De verdad? ¿Todos?

–Bueno, tal vez te hayas dejado uno.

–Tendré que ocuparme de eso la próxima vez.

Todd se rió, y dijo:

–Palabras para convertir a un hombre en tu esclavo sexual. ¿Puedo quedarme?

Dos palabras que captaron su atención. Tal vez llevase tiempo sin tener citas, pero recordaba casi todas las reglas. Después del sexo, sobre todo después de un encuentro tan inesperado, la mayoría de los hombres preferían vestirse e irse. No tenía mucha experiencia personal, pero sí muchas amigas

que lo habían sufrido.

¿Todd quería quedarse? ¿Allí? ¿Con ella? ¿Por la noche?

–Tenía planes para luego –dijo ella–. Supongo que puedo cancelarlos.

–Muchas gracias. ¿Roncas?

–No –contestó, riéndose–. ¿Tú?

–Duermo tranquilamente –se giró para poder besarla–. Aunque no creo que vayamos a dormir mucho esta noche.

Poco después de las dos de la madrugada, observó la luz de la luna reflejada en la cara de Julie y supo que lo había estropeado todo desde el principio.

No tenía que haber sido así. No tenía que sentirse atraído por ella. Por lo que le habían dicho, Julie Nelson era una chica bonita y codiciosa que necesitaba que le dieran una buena lección, y él era el hombre que se había ofrecido a enseñársela. Había esperado encontrar a una fresca insulsa y superficial.

En vez de eso, había encontrado a una mujer guapa, divertida, inteligente y sincera que le hacía reír y querer volver a creer en las posibilidades.

En ese momento debía sentir que le había hecho un favor al mundo. En vez de eso, se sentía como un completo imbécil. Lo había estropeado todo y no sabía cómo arreglarlo. Le gustaba Julie. Le gustaba mucho.

¿Cómo iba a explicarle que no era Todd Aston III y que la habían engañado?

Capítulo Tres

Julie estaba de pie en la cocina agarrada al borde de la encimera. Esperaba que en cualquier momento un rayo partiese el tejado de su casa por la mitad o, al menos, oír al fantasma de la Navidad.

Había un hombre en su dormitorio.

En ese mismo instante, cuando se suponía que ella debía estar preparando café, Todd estaba dormido en su cama.

Hasta que él había entrado por la puerta la noche anterior, su casa había sido una zona libre de hombres. Después de lo que había ocurrido con Garrett, había deseado que fuese así. La había alquilado después de acabar la universidad, la había amueblado de manera femenina y su colchón había sido prácticamente virginal.

Pero ya no, pensó mientras alcanzaba con una sonrisa la lata del café. Tenía el brillo típico después de una noche de pasión y los músculos agarrotados a consecuencia de ello.

Encendió la cafetera y se apoyó contra la encimera. En teoría, debía estar arrepintiéndose. No era propio de ella. Era mucho más sensata, más cuidadosa, mucho menos impetuosa. Lo cual volvería a ser muy pronto. Pero, de momento, quería disfrutar de los cálidos recuerdos de lo que habían hecho.

Se sentía bien, demasiado bien para sentirse mal.

–Buenos días.

Levantó la mirada y vio a Todd de pie en la puerta de la cocina. Se había puesto los pantalones y la camisa, pero no se la había abrochado. Podía ver su piel desnuda y sus fuertes músculos. También parecía desaliñado, sin afeitarse y demasiado sexy para explicarlo con palabras.

–Hola –murmuró ella–. Estoy haciendo café, lo cual probablemente ya sepas.

–Bien. Gracias.

No tenía ni idea de en qué estaba pensando él. Probablemente hiciera eso

todas las mañanas, despertándose en una cama extraña. Podría dejar que él llevara las riendas, sólo que ése no era su estilo. Ella era más de estar al mando. Sus hermanas podrían dar buena cuenta de eso.

–He perdido práctica –dijo, encogiéndose de hombros–. Todo este asunto del hombre desconocido en mi cama y todo eso. No esperaba lo de anoche, así que no estaba preparada para esta mañana. ¿Qué quieres hacer? ¿Ducharte? ¿Marcharte? ¿Mi número de teléfono?

Todd se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta.

–Eres sincera.

–Como lo fui anoche. Es algo que va conmigo. Me gusta pensar que marco tendencias. Además, nunca he entendido la gracia de mentir. La verdad siempre acaba por saberse.

–Un punto de vista interesante. ¿Qué planes tienes para hoy?

¿Planes? Era sábado.

–Tengo que hacer algunos recados. Me he traído trabajo a casa e iba a reunirme con mis hermanas más tarde para comer.

–Una chica ocupada.

–Suele pasar. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer hoy?

–Reunirme con mi primo, aunque eso será más tarde. ¿Puedo tomarte la palabra en lo de la ducha? ¿Y tal vez tomar prestado un cepillo de dientes.

–Claro.

Aquello era tan raro, pensaba Julie mientras abría el armario que había junto al cuarto de baño. Había un cepillo de dientes sin estrenar y que era, por desgracia, rosa brillante.

–Lo siento –murmuró.

–Sobreviviré. ¿Tus cuchillas de afeitarse tienen flores?

–No, pero son casi todas moradas.

–¿Qué chica estás hecha.

–¿Preferirías que fuera un chico? –preguntó ella.

–No, aunque hubiera proporcionado una conversación interesante.

–Toma –dijo ella, entregándole un par de toallas y señalando después hacia el baño.

–De acuerdo. Gracias.

Julie regresó a la cocina y buscó una taza. Había un hombre en su cuarto de baño. Un hombre que pronto estaría desnudo bajo la ducha y que usaría su jabón. Todo era muy extraño. Debería...

–¿Julie?

Dejó la taza y regresó al pasillo. La puerta del baño estaba parcialmente abierta.

–¿Qué? ¿Hay algún problema? –preguntó ella.

–Más o menos.

Julie se detuvo frente a la puerta y abrió la boca para hablar. Pero, antes de que pudiera decir nada, él la agarró por el brazo y la metió dentro.

Estaba desnudo. Se dio cuenta de eso justo antes de que la abrazara y la besara. Desnudo, excitado y, aparentemente, con ganas de más, pensó ella mientras abría la boca y dejaba que comenzasen los juegos.

–Llevas una bata –murmuró él mientras le besaba el cuello.

–Sí, así es –dijo ella sin aliento.

–Tiene que desaparecer.

Era un hombre de palabra. Le desabrochó la bata y se la quitó. Debajo no llevaba nada; cosa buena, a juzgar por cómo comenzó a acariciarle los pechos inmediatamente.

Mientras él se inclinaba y le lamía los pezones, ella le acariciaba los hombros, la espalda, y luego le dio un beso en la cabeza.

–De acuerdo –dijo él–. Hora de ducharse.

–¿Qué?

Le agarró la mano y la guió hasta la ducha antes de cerrar la cortina. La metió bajo el chorro del agua y alcanzó el jabón.

Tras enjabonarse las manos, comenzó a frotarlas por su cuerpo. El jabón hacía que su piel se volviera resbaladiza.

Le enjabonó la espalda, las caderas, la parte de atrás de las piernas, antes de aclararla. Entonces, en vez de darle la vuelta, simplemente se acercó y, presionando su espalda contra su torso, comenzó a deslizar las manos por la parte delantera de su cuerpo.

Le acarició el cuello y luego se entretuvo en masajearle los pechos. La combinación de dedos jabonosos sobre sus pezones y el agua caliente la volvieron loca de deseo. Julie le cubrió las manos con las suyas para mantenerlas ahí mientras echaba la cabeza hacia atrás para apoyarla sobre su hombro.

–Hay más –susurró él–. Mucho más.

Sin previo aviso, Todd dio un paso atrás y la giró. La besó suavemente en la boca antes de arrodillarse y darle otro beso en el estómago.

Sus músculos se tensaron en anticipación. El agua le corría por el cuerpo. Todd le colocó un pie al borde de la bañera y se inclinó, separándole los

muslos y lamiéndola con suavidad. Ella emitió un gemido al sentir su lengua torturándola entre las piernas. Sentía sus labios, su aliento, y la presión mientras la complacía.

Tuvo que equilibrarse colocando una mano contra la pared. Las piernas comenzaron a temblarle mientras sus músculos se encogían. Todd se movía despacio, luego de prisa, lamiendo, absorbiendo.

Julie quería rogar. Si hubiera sabido algún secreto de estado, lo habría revelado, cualquier cosa con tal de que siguiese haciéndole lo mismo. Sentía que cada vez estaba más excitada, pero su clímax seguía mostrándose esquivo.

Más. Necesitaba más. ¿Pero cómo?

Todd debió de leerle el pensamiento, porque introdujo dos dedos dentro de ella sin dejar de lamerla. La combinación fue demasiado.

Julie perdió el control allí mismo, en la ducha, con el agua resbalando por su cuerpo y un hombre increíble entre sus piernas. Abrió la boca para tomar aire y gritó mientras se estremecía, sabiendo que nunca nada volvería a ser tan espectacular.

El orgasmo la invadió, dejándola exhausta. Todd se puso en pie y sonrió, acercándola a él. Ella apenas tenía fuerza para devolverle el abrazo.

La idea de hacerle lo que él acababa de hacerle a ella la alentó un poco. Dio un paso atrás, pero, antes de que pudiera hacer nada más, Todd cerró el grifo de la ducha.

–Nos enfriaremos –dijo ella.

–No lo creo.

Abrió las cortinas y la sacó de la ducha. Tras extender una toalla sobre la repisa, la subió encima, le separó las piernas y la penetró con una embestida fuerte y firme.

Julie habría apostado mucho dinero a que estaba tan saciada, que no podría pensar en tener otro orgasmo en seis o siete meses. Pero, en cuanto lo sintió dentro de ella, notó cómo sus músculos cansados reaccionaban. Entonces la besó, y Julie quedó perdida en aquel baile sensual de lenguas húmedas.

Estaban los dos mojados, con el baño lleno de vapor, y Todd no se había dado una ducha propiamente dicha, pero nada de eso importaba. No importaba mientras deslizaba la mano entre los dos y encontraba su clítoris de nuevo, masajeándolo suavemente para que se acercara más a él.

Julie pasó de estar exhausta a deseosa en quince segundos. Le rodeó las caderas con las piernas y se montó sobre él hasta volver a sentir el clímax;

pero, en esa ocasión, aguantó los gritos hasta que él gimió su nombre y los dos se perdieron en un placer mutuo.

Julie estaba tumbada en su cama, con los ojos cerrados y su melena rubia extendida sobre la almohada. Ryan Bennett tomó un mechón de su pelo con el dedo índice, disfrutando de su suavidad. La respiración de Julie era lenta y constante, como si estuviera a punto de quedarse dormida. Pero la leve sonrisa que asomaba a sus labios indicaba que tenía otra cosa en mente.

Algo que él encontraría increíblemente estimulante.

No quería irse. Eso era lo más sorprendente de todo. Normalmente era de los que se marchaban apresuradamente a la mañana siguiente. Normalmente evitaba el problema no quedándose desde el principio. Pero había deseado despertarse en la cama de Julie y volver a hacer el amor con ella. Deseaba muchas cosas.

–Julie –murmuró.

Ella abrió los ojos. Sus iris eran azules con reflejos verdes. Tenía pecas y una sonrisa perversa, y olía a vainilla, a sexo y a tentación.

¿Cómo podía ser así y, al mismo tiempo, una mentirosa manipuladora? ¿Acaso era un juego para ella?

Él había fingido no saber nada de la oferta de Ruth para ver si ella lo mencionaba. Lo había hecho y, de tal modo, que quería creer que para ella no tenía importancia. Pero, si no le importaba el dinero, ¿por qué querría tener una cita?

–Eres demasiado guapo –dijo ella, acariciándole la cara.

–Eso no es malo.

–Podría serlo. Los hombres guapos no tienen que esforzarse tanto.

–¿Así que preferirías que fuera un trol?

–Me gustaría pensar que tienes que esforzarte un poco para conseguir llevarte a una mujer a su cama. Sin embargo, tengo la sensación de que soy una de tantas.

–Yo no te he llevado a mi cama –dijo él–. Te he llevado a tu cama.

–Ésa es una sutileza que no me quita razón alguna.

–¿Por qué tú puedes decir cosas malas sobre los hombres, pero si yo hiciera un comentario sobre las mujeres guapas, me tacharías de misógino? –preguntó él, apoyando al cabeza sobre su mano.

–Porque sería verdad. Tenemos siglos de desigualdad entre sexos que vencer. Creo que un poco de ventaja para las mujeres no tiene nada de malo.

–Dijo la mujer.

–Ya hemos tenido la conversación de «quieres que sea un hombre». Sin embargo, aquí estamos, teniéndola de nuevo. ¿Hay algo que quieras decirme?

–Me estás volviendo loco –dijo él, tumbándose sobre su espalda.

–Es una de mis mejores cualidades. Lo he convertido en una forma de arte.

Se rió y se inclinó sobre él para besarlo. Su pelo rozó su torso, y Ryan tuvo que hacer todo lo posible por no tocarla y volver a hacer el amor con ella.

¿Quién era ella realmente? Él había ido a la cita porque Todd era su primo, y él, Ryan, estaba deseando vengarse de las mujeres sedientas de dinero, fueran quienes fueran. No le había importado Julie: de hecho, había estado preparado para despreciarla al instante.

Pero se lo había ganado y, por alguna razón, tenía ganas de creerla.

–Háblame de tu familia –dijo él.

–Interesante cambio de tema –dijo ella, levantando la cabeza.

–Siento curiosidad por tu abuela. ¿Cómo es que no la habías conocido en todos estos años?

–El primer marido de Ruth murió inesperadamente, mientras ella estaba embarazada de mi madre. Ruth volvió a casarse pocos meses después de dar a luz con Fraser Jamison, tu tío abuelo. Naomi, mi madre, lo aceptó como su padre. Cuando tenía diecisiete años, conoció a Jack Nelson, mi padre, y se enamoró perdidamente de él. Él no tenía dinero; de hecho, era un perdedor, pero un hombre encantador, de modo que no pudo resistirse. Se escapó con él para casarse, y Ruth y Fraser le dieron la espalda.

La historia concordaba con lo que le habían contado a Ryan, aunque su tío Fraser no había sido tan generoso en los detalles. Había descrito a Naomi como una zorra desagradecida que lo desafiaba constantemente, y a su marido como a un bastardo codicioso que deseaba conseguir dinero a toda costa.

–Mi madre estaba embarazada, claro. Yo nací seis meses después de la boda. Mis dos hermanas vinieron poco después. Mi madre consiguió un trabajo. Mi padre lo intentó, pero no era de los que disfrutaban trabajando. Aunque siempre andaba tramando algo. A veces incluso ganaba algún dinero. Se marchó por primera vez cuando yo tenía unos ocho años. Solía pasarse meses fuera, y luego aparecía. Nos traía regalos, y a ella, dinero. Luego volvía a marcharse.

–Eso debe de haber sido duro para ti –dijo él.

–Yo quería que se divorcieran para que mi madre siguiese adelante, pero

ella no quería. Decía que era el amor de su vida. Yo pensaba que era un imbécil que no soportaba tener que ser responsable de su familia. Pero ésa es una discusión fascinante para otra ocasión. Pasaron los años, todos crecimos. Entonces, hace unos tres meses, Ruth reapareció en nuestra puerta. Dijo que llevaba mucho tiempo queriendo reconciliarse con su hija, pero que Fraser se interponía. Como él ya no estaba, era libre de hacer lo que quisiera y de recuperar a su familia. Así que ahora tenemos una abuela.

«Y una herencia potencial», pensó él.

—¿Ella volvió con vosotras?

—Eso he oído. Mi madre nos llamó y nos pidió que fuéramos todas a cenar. Entramos y allí estaba Ruth. Es raro descubrir a los parientes después de tanto tiempo.

—¿Qué piensas de ella? —preguntó Ryan.

—Se queja mucho —dijo ella—. Es muy elegante, pero distante y... no sé. Realmente no la conozco. Supongo que me molesta porque rechazó a su única hija. De acuerdo, no aprobaba lo que mi madre hizo, pero de ahí a no volver a verla, hay mucho. Nos dio la espalda a todas. ¿Ahora dice que lo siente y se supone que tenemos que perdonarla? ¿Fingir que todos esos años sin ella no importan?

Ryan se encontró a sí mismo queriendo defender a su tía. Cosa irónica, teniendo en cuenta que él también la consideraba una persona difícil. Aun así, la quería.

—Se está haciendo vieja —dijo él—. Quizá el perder a su marido ha hecho que se dé cuenta de lo que es realmente importante.

—No me digas que eres el mediano de tres hermanos —dijo ella.

—Soy hijo único.

—Pues no lo pareces. Willow es la mediana de las tres hermanas y siempre está viendo el punto de vista de todo el mundo. Es una característica increíblemente molesta.

—En mi negocio, es importante ver todos los lados de una situación.

—No creo que ésa sea una buena excusa.

Ryan deseaba creerla. No había imaginado eso, pero tampoco había imaginado muchas otras cosas.

—No estoy tratando de sacar conclusiones precipitadas —dijo ella—, pero te darás cuenta de que, a pesar de todo esto, no podemos implicarnos emocionalmente.

—¿Por qué?

–Por la loca de mi abuela y la loca de tu tía.

–No estamos emparentados.

–Es el dinero. Si salimos juntos, todo el mundo pensará que es por la millonaria oferta. Tú lo pensarías. No lo entiendo. No eres el tipo de hombre que necesite ayuda para conseguir una mujer. ¿Por qué iba entonces a hacer eso?

–Ruth tiene ideas particulares sobre la vida y sobre su lugar en la vida de los demás –dijo él. Tal vez su tía pensase realmente que una de sus nietas podría atrapar a Todd. Pero Ryan estaba dispuesto a apostar por su primo. Todd no estaba interesado en tener nada serio, y nadie le haría cambiar de opinión.

–Lo que yo he dicho. Loca –dijo Julie–. Pero ahora tenemos un problema.

–¿Estás diciendo que las cosas serían mejores si yo fuera un vendedor de zapatos? –preguntó él.

–En cierto modo. Aunque eso suena más a siglo XIX. ¿No podrías ser un profesor de matemáticas de instituto o un programador de ordenadores?

–Podría serlo, pero no lo soy.

–¿Entonces qué? –preguntó ella mientras se ponía la bata–. Supongo que querrás volver a verme. Principalmente porque te he dado muchas oportunidades de escapar y no las has aprovechado.

–¿Deseas que lo hubiera hecho?

–No. Me gusta tenerte por aquí. Ayer a estas horas, temía conocerte. Deseaba que cualquiera de mis hermanas pudiera ocupar mi lugar. Pero ahora... –le acarició la mano–. A veces perder es algo bueno.

Ryan sintió una presión en el pecho al darse cuenta de la verdad. Fuera lo que fuera lo que Todd y él habían pensado de Julie Nelson, se habían equivocado. No estaba en eso por dinero. Estaba en eso simplemente porque quería hacer feliz a su abuela y había perdido un estúpido juego.

Al darse cuenta de lo que había hecho, de cómo lo había fastidiado todo, se sintió enfermo. Había imaginado que sería una zorra y, sin embargo, era la mujer más alucinante que jamás había conocido. Y la había pifiado. Totalmente.

–¿Todd? –dijo ella–. ¿Qué pasa? Tienes una mirada muy extraña.

–Yo... –maldijo en silencio. ¿Cómo explicarlo?–. No soy Todd Aston.

Capítulo Cuatro

Julie sabía que tenía que decir algo, pero su cerebro no parecía funcionar. La falta de sueño y el exceso de sorpresa hacían que pensar resultase imposible.

–¿No eres Todd? –preguntó, más para ella misma que para él.

–Julie, mira... –comenzó a decir él, pero ella levantó la mano para interrumpirlo.

–No eres Todd –repitió, mirando al hombre desnudo en su cama. El hombre con el que había hecho el amor varias veces–. ¿No eres Todd? –en esa ocasión, las palabras salieron de su boca como un grito que daba paso a la furia y el horror que crecían en su interior. Salió de la cama y se ató la bata–. ¿Qué diablos quieres decir con que no eres Todd?

–Soy su primo, Ryan Bennett. Todd y yo sabíamos lo que Ruth había hecho, y pensamos que cualquiera que hubiera aceptado las condiciones estaría metida en esto sólo por dinero. Fui a la cita pensando que iba a enseñarte una lección. Ya sabes, fingir que era Todd y luego marcharme.

–¿Su primo? ¿Esto era un juego para ti? ¿Es tu idea de pasar un buen rato?

Todd o Ryan o como diablos se llamase salió de la cama y se colocó frente a ella. Desnudo. Maravilloso. Pero eso no debía ser una sorpresa. ¿Por qué los bastardos mentirosos no podían ser guapos también?

–Julie, espera. No es lo que piensas.

–Ni lo intentes –dijo ella–. No pienses que puedes salir de ésta con palabras bonitas.

–No quiero salir de esto. Quiero explicarme. No era mi intención que esto ocurriese.

¿Esto? ¿El sexo? La rabia iba creciendo en su interior y de pronto se sintió aterrorizada porque le entraron ganas de llorar. Se negaba a derrumbarse delante de esa sabandija.

–¿El qué no era tu intención? –preguntó con la voz cargada de odio–.

¿Cenar conmigo? ¿Decirme que eras Todd?

–Pensamos que...

–¿Pensasteis qué? ¿Que sería divertido? No, espera. ¿Qué es lo que has dicho? Que ibas a enseñarme una lección. ¿Quién diablos te crees que eres para ser juez y jurado? ¿Qué te he hecho yo?

–No me has hecho nada –dijo él–. Nada en absoluto. Tú eres la parte inocente en esto. Lo siento.

–Sentirlo no sirve de nada.

–Lo sé. Cuando la tía Ruth le dijo a Todd lo que había hecho, lo que os había prometido a tus hermanas y a ti, se puso furioso. Él siempre tiene mujeres codiciosas detrás de él y no necesitaba tres más yendo detrás de su riqueza.

–Todd tiene que superarlo –dijo ella amargamente–. No se trataba del dinero, ya lo sabes. Se trataba de descubrir que tenía una abuela y de mantener una buena relación con ella. Nadie pensó que su oferta fuese real. ¿Pero qué pasa con vosotros?

–No tienes ni idea de cómo es –dijo él.

–Oh, pobre niño rico. Qué mal lo debes de pasar.

Él seguía desnudo, y Julie maldijo la parte de su cerebro que fue capaz de detenerse y apreciar la perfección de su cuerpo. Sus entrañas se revolviéron al recordar los tórridos momentos que habían compartido.

Tomó aliento y señaló hacia la puerta.

–Lárgate. Vete.

–Julie, tienes que comprenderlo. Nunca pensé que fuera a conocerte a ti.

Había mil maneras de interpretar esa frase. Julie tenía la sensación de que era un intento patético por decirle que ella era especial.

–¿Así que, si no te hubiera gustado, te habría parecido bien acostarte conmigo? Eso dice mucho de tu carácter.

–No quería decir eso.

–Claro que sí. No sientes haber tratado de enseñarme una lección porque, incluso sin saber nada de mí, estabas seguro de que me merecía una. No, tú único problema viene del hecho de que te lo has pasado bien conmigo y ahora lo has fastidiado todo tanto, que no volvería a salir contigo ni aunque fueras el último hombre sobre la tierra. No hay nada que puedas hacer o decir para convencerme de que eres algo más que un mentiroso bastardo que se cree tan superior al resto de gente que lo rodea, que se permite el lujo de juzgar al mundo. Eres egocéntrico, egoísta, maleducado y retorcido hasta límites que no

logro comprender. Ahora, sal de mi casa.

Él tomó aliento y asintió. Tras recoger su ropa, salió del dormitorio. Menos de un minuto después, la puerta principal se abrió y Ryan se marchó.

Julie se sentó en el suelo. Al menos se vestía rápido, pensó mientras el dolor la invadía.

Comenzó a temblar tratando de controlar las lágrimas, y odió el hecho de que, durante todo ese tiempo, había deseado intensamente que él suplicase. Sabía que no habría cambiado nada, pero deseaba que fuese lo mismo. Deseaba saber que lo de la otra noche había significado tanto para él como para ella.

Obviamente, no era así.

Julie se puso sus vaqueros más ajustados porque, siendo incapaz de respirar, podría olvidarse más fácilmente de los horrores de por la mañana. Había limpiado la ducha, lavado las sábanas, rehecho la cama y se había dado a sí misma una charla. Nada de eso había funcionado, así que se había marchado a ver a sus hermanas, deteniéndose en el camino para comprarse el café con leche más grande del mundo. Si el no respirar no ayudaba, tal vez pudiera ahogarse desde dentro.

Eran poco más de las once cuando aparcó frente a la pequeña casa donde habían crecido. Miró los dos coches aparcados frente a la casa y se fijó en el espacio vacío en el camino. Entonces salió y se acercó a la puerta.

–Hola, soy yo –dijo al entrar en el salón.

Willow estaba sentada en una silla en la esquina, mientras que Marina se encontraba en el sofá. Las dos le dirigieron una sonrisa.

–Hola –dijo Willow, poniéndose en pie para darle un abrazo a su hermana–. ¿Realmente vas a beberte todo ese café? Si tomas demasiado, te matará.

–Ése es el plan –dijo Julie.

–Hola –dijo Marina, abrazándola también–. ¿Qué tal todo?

–Bien. ¿Mamá está en la clínica?

–Sí –Marina volvió a sentarse en el sofá y señaló el cojín junto a ella–. Hoy es día de vacunas de bajo coste.

–Es cierto –dijo Julie, sentándose junto a ella.

Un sábado por la mañana al mes, el doctor Greenberg, el jefe de Naomi, abrió su oficina al vecindario y ofrecía vacunas a bajo precio a quien las quisiera. Había sido idea de su madre, en su intento por salvar el mundo. Julie

siempre había pensado que debía pasar un poco más de tiempo tratando de salvarse a sí misma.

–¿Qué tal estáis? –preguntó. Willow y Marina intercambiaron una mirada y Julie se tensó inmediatamente—. ¿Qué?

–Estábamos hablando de papá –dijo Willow.

–Han pasado unos meses –dijo Marina—. Debería regresar en cualquier momento.

–Qué excitante –murmuró Julie, dando un sorbo al café.

–Julie, no –dijo Willow—. Eso no es justo. Nunca le das un respiro.

–Siento no tener mucho aprecio por un hombre que abandona a su familia una y otra vez y por la madre que se lo permite.

–Eso no es justo –dijo Marina—. Ella lo ama.

–No me digas que es su destino, por favor. Regresa a nuestras vidas, es encantador y adorable, y entonces se marcha. Se va y nosotras nos quedamos recogiendo las piezas.

La infancia de Julie se había caracterizado por las intermitentes visitas de su padre y los subsiguientes ataques de lágrimas de su madre. Mientras que sus hermanas recordaban siempre lo excitante de las visitas de su padre, ella siempre recordaba el después. Jack Nelson era como una enorme tormenta eléctrica. Mucho ruido y mucha luz, pero, cuando se acababa, alguien tenía que encargarse de limpiar. Ese alguien siempre solía ser ella.

–Todos los hombres son unos bastardos –murmuró.

–Julie, no –dijo Willow—. No todos los hombres son como Garrett.

–Hablando de sabandijas –dijo Julie—. Anoche salí con Todd.

–¿Qué? –preguntó Marina, tirándole un cojín a Julie—. ¿Estás de broma? ¿Por qué no habías dicho nada hasta ahora?

–Llevo aquí cinco minutos.

–Oh, por favor –dijo Willow—. Eso hay que decirlo nada más entrar y lo sabes. Bueno, cuéntanoslo todo. Comienza por el principio y habla despacio. No te dejes nada. ¿Estuvo fabuloso? ¿Encantador? ¿Podrías decir que era rico?

–Era...

De camino hacia allí, Julie había intentado encontrar la manera de describir la situación de manera graciosa para no convertirlo en otra experiencia patética más con los hombres. Pero no recordaba una sola cosa de lo que había planeado decir, y se sorprendió a sí misma y, sobre todo, a sus hermanas cuando comenzó a llorar.

–¿Julie?

Marina la abrazó desde su lado y Willow se arrodilló frente a ella. Alguien le quitó el café de la mano. Se secó las lágrimas y dijo:

–No era un jorobado de un solo brazo. Era agradable. Encantador y sexy, y bailamos, y me hizo reír.

Ya había decidido no mencionar que se había acostado con él. Lo confesaría más tarde, pero, de momento, no podía admitir que hubiese sido tan tonta.

También había sido tan cuidadosa. Desde Garrett, había evitado a los hombres, y el sexo y los compromisos. Viendo lo que Ryan había resultado ser, le habría ido mejor seguir estando sola.

–¿Qué salió mal? –preguntó Willow–. ¿Era una mujer en el fondo?

Eso hizo que Julie se riera.

–No, pero eso habría sido interesante. Me mintió... en todo.

Les contó cómo él había fingido ser Todd para darle una lección.

–Dio por hecho que yo estaba allí por el dinero, así que su plan era hacer que me lo pasara bien, conseguir que me sintiera atraída por él y luego decirme la verdad.

–¿Qué? –Marina se puso en pie y se colocó las manos en las caderas–. Eso es horrible. No lo hiciste por el dinero. Lo hiciste por la abuela. Perdiste. ¿Le dijiste que perdiste porque siempre juegas con las tijeras?

–Lo mencioné.

–Supongo que esto te mantendrá alejada de los hombres durante mucho tiempo, ¿verdad? –dijo Marina, sentándose a su lado.

Julie asintió, y dijo:

–Creo que tendré una larga recuperación.

–¿Quieres que me encargue de él? –preguntó Willow.

Julie volvió a reírse. Willow medía metro sesenta. Era peleona por dentro, pero por fuera se parecía más a una niña que a una culturista.

–No pasa nada –dijo Julie–. Gracias por la oferta, pero él es grande y fuerte.

–Pero yo tengo velocidad y el elemento sorpresa de mi parte.

–Os quiero, chicas –dijo Julie.

–Nosotras también te queremos –dijo Marina–. Pero estoy tan enfadada. Tal vez Willow y yo podamos con él.

–No lo creo.

–También odio a Todd –dijo Willow–. Él es parte de esto. ¿Cómo puede

querer la abuela que nos casemos con alguien tan horrible?

–Tal vez ella no lo sepa –murmuró Marina.

–Tal vez sea la razón por la que nos ofreció el dinero –dijo Julie–. No importa. Se acabó. No voy a volver a ver a Ryan jamás.

Ni a pensar en él. Sólo que tenía la sensación de que olvidarse de él le iba a resultar más difícil de lo que pretendía.

–¿Quieres que no se lo digamos a mamá? –preguntó Willow–. Ya sabes cómo se preocupa.

–Eso sería genial –dijo Julie–. Probablemente tendré que mencionarlo en algún momento, pero, si pudiera esperar un poco, sería más fácil.

–Claro –dijo Marina–. Lo que tú quieras.

–Así que sentís tanta pena por mí, que podría conseguir que hiciésemos cualquier cosa, ¿no? –preguntó Julie con una sonrisa.

Sus hermanas asintieron.

Si se hubiera sentido mejor, tal vez hubiera bromeado con ellas pidiéndoles que llevaran a cabo una tarea descabellada. En vez de eso, dejó que la reconfortaran y se dijo a sí misma que, con el tiempo, olvidaría que había conocido a Ryan Bennett.

Julie miró por la ventana de su despacho y trató por todos los medios de entusiasmarse con la vista. Podía ver principalmente el edificio de al lado, pero a su derecha también podía ver claramente Long Beach.

Había sido ascendida la semana anterior y trasladada a unas oficinas mayores. Ahora tenía una secretaria compartida y un aumento importante. También tenía grandes planes para celebrar ese fin de semana con una escapada de compras. Willow y Marina habían prometido ir con ella.

Todo eso era bueno. Ella era lista, tenía éxito, iba ascendiendo en la carrera deseada. ¿Entonces por qué no podía dejar de pensar en Ryan?

Habían pasado tres semanas desde aquella noche desastrosa en que él había aparecido en su vida haciéndole pensar que las cosas podrían ser diferentes. Tres semanas recordando, soñando con él, deseándolo.

Eso era lo que más le molestaba; que su propio cuerpo la traicionara. Podía mantenerse cuerda durante el día, pero, cuando finalmente se quedaba dormida, él aparecía en sus sueños. Se despertaba varias veces durante la noche, excitada, ansiosa por sentir su tacto. Ésos no eran los síntomas de una mujer que estaba olvidando a un hombre.

–Quiero que desaparezca –susurró.

¿Pero cómo hacer que eso ocurriera? Hasta que no había descubierto la verdad, él había sido la mejor noche de su vida.

Y también había sido persistente. La había llamado tres veces y le había enviado una cesta con bombones, vino y la primera temporada de *La isla de Gilligan* en DVD.

Colocó una mano sobre el cristal. Las cosas tenían que mejorar. No podía recordar a Ryan para siempre. Era una cuestión de disciplina y, tal vez, de un poco menos de café.

Se dio la vuelta para regresar al escritorio, pero no lo consiguió exactamente. Al dar un paso, toda la habitación comenzó a dar vueltas.

Lo primero que pensó fue que se trataba de un terremoto, pero no hubo ningún ruido. Lo segundo que pensó fue que jamás se había sentido tan mareada en su vida. Agudizó la visión y se dio cuenta de que era probable que fuese a desmayarse.

Consiguió llegar hasta su silla y allí se derrumbó. Tras respirar profundamente, la cabeza se le despejó, pero entonces fue el estómago el que empezó a rebelarse.

Pensó en lo que había comido y se preguntó si habría tomado comida en mal estado. Al descartar esa posibilidad, consideró una posible gripe. Aún no era la época, pero podía pasar.

¿No habría algún medicamento que pudiera tomar para disminuir los síntomas? Miró la pila de trabajo que le esperaba, descolgó el teléfono y marcó un número muy familiar.

—Hola, mamá, soy yo. Estoy bien. Más o menos. ¿Hay alguna oleada de gripe por aquí?

—¿Cómo te sientes? —le preguntó su madre dos horas después mientras Julie se sentaba en una de las consultas del doctor Greenberg. Una de las ventajas de que Naomi fuera la gerente de la oficina era que Julie y sus hermanas nunca tenían que esperar para conseguir una cita.

La habían pesado, le habían sacado sangre y hecho un análisis de orina.

—Me siento extraña —dijo Julie—. Mareada, pero bien. Sigo teniendo ganas de vomitar, pero no lo consigo.

—Pobrecita —dijo Naomi mientras le ponía la mano en la frente a su hija.

—Tengo veintiséis años, mamá. No soy una niña.

–Para mí siempre serás mi pequeña. Deja que te traiga algo con gas. Eso te asentará el estómago.

Julie vio cómo su madre desaparecía. Las tres hermanas habían heredado el pelo rubio y los ojos azules. Julie y Marina habían heredado la altura de su padre, mientras que Willow era pequeña.

En su clase de ciencias del instituto, Julie se había sentido fascinada por cómo dos personas podían haber engendrado a tres hijas tan parecidas en algunos aspectos y tan distintas en otros.

–Aquí tienes –dijo su madre al regresar, entregándole un vaso de cartón–. El doctor Greenberg estará aquí enseguida.

En ese momento, el hombre entró en la sala.

–Julie, ya no vienes a verme –dijo–. ¿Qué pasa? ¿Ahora que eres una importante abogada no tienes tiempo para un simple médico?

–Me muevo en círculos muy selectos –dijo ella con una sonrisa.

Su madre salió de la habitación y el doctor Greenberg le estrechó la mano a Julie y le dio un beso en la mejilla.

–¿Así que no te sientes demasiado bien? –preguntó.

–No sé. Es extraño. No sé decir si es comida en mal estado o gripe. Pensé que usted podría decírmelo y recetarme algo.

–No todo se soluciona con una pastilla, jovencita.

Julie señaló la manga larga de su blusa de seda y dijo:

–¿Esto me hace parecer joven? Primero mi madre y ahora usted. ¿Parece que tengo dieciséis años?

–Te estoy dando una charla –dijo él–. Podrías escuchar y fingir que te intimidas.

–Ah. Lo siento.

–Vosotras las chicas... –dijo el doctor, sentándose en una silla.

Julie sonrió.

El doctor Greenberg llevaba en sus vidas desde siempre. Era un viudo agradable y cariñoso. Cuando Julie había descubierto que su padre aparecía y desaparecía constantemente, había comenzado a desear que su madre se divorciara de él y se casara con el doctor Greenberg.

–De acuerdo –dijo él, ojeando sus papeles–. Básicamente estás bien. La presión sanguínea es buena. ¿Estás durmiendo lo suficiente?

Julie pensó en los sueños de Ryan.

–Demasiado.

–Como si me lo fuese a creer. Trabajas demasiado, pero puedes bajar el

ritmo un poco. La empresa sobrevivirá.

–¿Bajar el ritmo? ¿Por qué? ¿Qué me pasa? ¿Es más serio que una gripe?

–Tienes que ser tú la que decida eso –dijo el doctor, dejando los papeles–.
No estás enferma, Julie. Estás embarazada.

Capítulo Cinco

–Tienen una posición única en el mercado –dijo Todd desde su asiento al otro lado de la mesa de conferencias–. Sería un área nueva para nosotros. Hemos hablado de expandirnos y... –Todd se detuvo y dejó a un lado su carpeta–. ¿Te estoy aburriendo?

Ryan miró a su primo y luego los papeles que tenía delante.

–Me parece una gran oportunidad –dijo.

–Al menos podrías fingir que te importa el maldito negocio –dijo Todd–. ¿Qué te pasa? ¿No será otra vez la señorita Nelson? No puede ser. Ha pasado mucho tiempo.

Para él no. Ryan se sentía furioso consigo mismo y resignado con la situación. Sus intentos por contactar con Julie no le habían servido de nada. La había pifiado y tenía que aceptarlo. El caso era que no quería aceptarlo.

–Maldita sea, Ryan –dijo Todd–, ¿Qué pasa? Las mujeres van detrás de nosotros desde que teníamos quince años. Es difícil resistirse al dinero. Estamos hartos de ser el gran partido. ¿Entonces por qué ahora? ¿Por qué esta mujer?

–Una pregunta excelente –dijo Ryan–. No tengo respuesta, salvo decir que era alucinante y que destruí cualquier posibilidad con ella.

–Fingiste ser yo –dijo Todd–. ¿Y qué? Si ella es todas esas cosas, ¿por qué no puede ver lo gracioso de la situación?

Ryan no contestó. Le había dado a Todd una versión abreviada de su cita con Julie, omitiendo el hecho de que había pasado la noche con ella.

–Te juro que la tía Ruth puede ser un grano en el trasero –murmuró Todd–. Cuando sugirió que me casara con una de sus nietas, tuve ganas de estrangularla.

–Yo quería ayudar –dijo Ryan, sabiendo que se había metido en eso por voluntad propia–. Julie no hizo nada malo y yo le hice daño.

–Estaba dispuesta a salir con un hombre por dinero –dijo Todd–. Eso dice

muchas cosas.

–La cita era gratis –dijo Ryan. Yo le dije que debía haber exigido al menos cincuenta mil dólares. Después de todo, tenía que haber algo malo en ti para que tu propia tía tuviera que pagar a alguien para que se casase contigo.

–No es mi tía carnal –dijo Todd–. Y yo no tengo nada de malo. Vas a tener que olvidarte de ella.

–Lo haré –con el tiempo. La pregunta era cuánto tiempo tardaría.

–Mira el lado positivo. Si fue tan mal como dices, no tengo que preocuparme de que las otras hermanas Nelson deseen casarse conmigo. Has estropeado los planes de tía Ruth.

–Se le ocurrirá otro plan. Sabes que quiere vernos casados. A ti te eligió primero porque eres dos meses mayor, pero mi turno se acerca.

De pronto pensó que, si lo hubiera elegido a él primero, su cita con Julie habría sido real. Habría ido sin esperar nada, dispuesto a deshacerse de ella cuanto antes, pero todo habría salido bien.

–Me voy al gimnasio –dijo, poniéndose en pie. Tal vez un par de horas de ejercicio le permitieran poder dormir por la noche.

Pero, antes de que pudiera marcharse, se abrió la puerta de la sala y entró su secretaria.

–Siento interrumpir, pero hay alguien que quiere ver a Ryan. Una tal Julie Nelson. Dice que es importante. ¿Le digo que pase?

Todd miró a Ryan, y dijo:

–Debe de haber echado un ojo a tus finanzas y se habrá dado cuenta de que es mucho dinero.

–Cállate –dijo Ryan sin mirarlo–. Sí, Mandy, dile que pase.

Segundos más tarde, Julie entró en la sala. Estaba preciosa, alta, rubia, con sus ojos azules. En ese momento, esos ojos mostraban una combinación de ira controlada y de odio.

–Buenos días –dijo ella en voz baja y sexy, como la que tenía cada noche en sus sueños. El traje azul marino que llevaba ocultaba más de lo que mostraba, pero Ryan recordaba las curvas que había debajo.

Julie miró a Todd, y dijo:

–Os parecéis lo suficiente como para que sepa quién eres. El infame Todd Aston III. Es mi día de suerte. Dos sabandijas por el precio de una. El mentiroso y el hombre que tiene miedo de hacer su propio trabajo sucio. Vuestras madres deben de estar orgullosas.

–No esperaba verte de nuevo –dijo Ryan.

–Es una cuestión de echarte el lazo –dijo Todd–. ¿Verdad?

–Me preguntaba por qué tu tía creía necesario ofrecer dinero para que alguien se casara contigo –dijo Julie–. Pensaba que la razón sería algún defecto físico, pero ahora me doy cuenta de que el fallo está en tu personalidad. Eso es mucho más difícil de arreglar –entonces miró a Ryan–. Tengo que hablar contigo en privado. Ahora me viene bien.

Todd se puso en pie y levantó ambas manos.

–Me marchó –le dijo a Ryan–. Más tarde podrás tratar de explicarme qué era exactamente lo que echabas de menos.

Y, sin más, se marchó. Ryan señaló la silla vacía al otro lado de la mesa.

–Siéntate –dijo.

Julie vaciló un instante, pero obedeció. La rabia que salía de su cuerpo era palpable.

–Te he llamado –dijo él, sabiendo que no serviría de nada.

–Recibí los mensajes.

–¿Y la cesta?

–No he venido por eso.

–No me diste las gracias.

–¿Perdón? Eres tú el que mintió. ¿Diste por hecho cosas horribles sobre mí y me mentiste sobre quién eras y ahora intentas hacerme sentir culpable porque no te envié una nota de agradecimiento?

–Yo...

Julie se puso en pie, lo cual le obligó a él a hacer lo mismo.

–Me mentiste –repitió ella–. No me gustan los mentirosos. Podría haber tolerado cualquier otra cosa, pero no. Eso habría sido demasiado fácil.

–Estabas allí por el dinero –dijo él en un intento desesperado por defenderse.

–Oh, por favor. Estaba allí porque había descubierto que tenía una abuela y aún sigo pensando que quiero llevarme bien con ella. Nunca se trató del dinero y lo sabes. Eso es lo que más me molesta, Ryan. Lo sabes todo. Conectamos increíblemente. Aquella noche fue... –se detuvo y tragó saliva–. Olvídalo.

–Julie, no hagas esto. No me des la espalda. Tienes razón. Fue una noche fantástica. Mágica. Eso no me ocurre con mucha frecuencia. ¿Y a ti? ¿Vas a ignorar eso por un simple error?

–Me mentiste sobre tu identidad sólo para hacerme daño. Con magia o sin ella, ésas no son cualidades que busco en un hombre.

–¿Y por qué estás aquí?

–Estoy embarazada. Nos acostamos y no usamos protección. Ni siquiera lo hablamos, lo cual es una estupidez, pero aquí estamos. Mi excusa es que llevaba más de un año sin tener una relación y no estaba tomando nada. No fingiré saber cuál es tu excusa.

Ryan escuchó sus palabras, pero no significaron nada. Su cuerpo se quedó helado y su cerebro dejó de funcionar.

–¿Cómo? –preguntó antes de poder evitarlo—. No importa. Conozco la respuesta.

–Qué reconfortante.

Embarazada. No lograba comprenderlo. Claro, tener hijos era algo que sabía que ocurriría finalmente, ¿pero en ese momento? ¿Así? ¿Con una mujer que lo odiaba?

El momento no era el adecuado, pero descubrió que la idea no le disgustaba.

Julie se sentó. Habría preferido mantenerse de pie, pero últimamente siempre corría el riesgo de marearse. Algunas mujeres pasaban el embarazo entero sin síntomas. Ella había conseguido pasar casi el primer mes sin enterarse. ¿Sería su suerte?

Pero no podía estar disgustada. Incluso con Ryan allí mirándola, no podía sentirse infeliz. No con el hecho de tener un bebé.

–No estaba segura de si debía decírtelo –dijo ella—. Llevo debatiéndome los dos últimos días. Pero eres el padre y tienes derecho a saberlo. Para dejar las cosas claras, pienso tener el bebé.

–Me alegro.

–Puedes firmar y renunciar a tus derechos y yo asumiré toda la responsabilidad –dijo ella, preguntándose si él lo haría. Era el camino fácil, el más práctico. Muchos hombres saltarían ante esa posibilidad. Una semana antes, incluso ella habría saltado.

Pero algo había sucedido. En cuanto el doctor Greenberg le había dicho que estaba embarazada, su corazón prácticamente había explotado de alegría. Nunca antes había pensado mucho en tener hijos. Era algo lejano. Pero saber que había una vida creciendo dentro de ella había hecho que todo cambiara. En ese preciso momento se había dado cuenta de que su vida tenía sentido.

Un bebé. No, un milagro.

–No –dijo él—. Yo seré el padre de mi hijo.

–No tienes que hacer esto para quedar bien –dijo ella—. Nadie tiene por

qué saberlo.

–Seré el padre de mi hijo –repitió Ryan–. Lo deseo.

Tenía buen aspecto. Demasiado bueno. Julie odiaba encontrarlo aún tentador. Quería inclinarse hacia él para besarlo. Quería aspirar su olor y tocar su cuerpo. Deseaba que la parte mala de su anterior encuentro desapareciera para poder volver a revivir lo bueno.

–Obviamente, tendremos que encontrar la manera –dijo ella–. Dado que estoy de menos de un mes, tenemos tiempo de pensarlo.

Se puso en pie y sacó una tarjeta del bolsillo de la chaqueta. La había guardado ahí antes y había escrito su número de casa en el reverso. Por supuesto, había albergado la esperanza de que Ryan renunciase a su hijo, pero, teniendo en cuenta su suerte, no le había parecido muy probable.

Le entregó la tarjeta.

–¿Ya está? –preguntó él.

–¿A qué te refieres?

–¿No tienes nada más que decir? ¿Nada más de lo que quieras hablar?

–No hay nada más –contestó Julie, encogiéndose de hombros–. Estoy embarazada. Soy yo la que tiene que ocuparse de eso. Cuando haya bebé, podrás involucrarte. Hasta entonces, supongo que hablaremos.

–¿Quieres decir que yo te llamaré y tú ignorarás mis llamadas?

–Esta vez no las ignoraré.

–No sé si creerte.

–No soy yo la que miente –dijo ella, recogiendo su bolso.

–¿Alguna vez olvidarás eso?

–No.

–Julie –dijo Ryan, dando un paso hacia ella–, vamos a tener un bebé. Alguna vez tendrás que perdonarme.

–De hecho, no –dijo ella antes de darse la vuelta y marcharse.

Capítulo Seis

Ryan pasó la tarde en su despacho sin trabajar.

Embarazada. Sabía que había estado allí y lo que había ocurrido, pero aún seguía pareciéndole imposible que una sola noche pudiera dar paso a un bebé.

Todd entró en la sala y se sentó en el sofá de cuero junto a la ventana.

–¿Qué es lo que quería? –preguntó–. No, espera. Quiero adivinarlo. Te lo ha perdonado todo y desea volver a estar contigo.

–¿A ti te parece que estaba de humor para decir algo así?

Todd se encogió de hombros.

–Estaba enfadada, claro –dijo–. Pero no sabemos si era real o fingido. Venga. Ya hemos visto esto antes. Algunas son mejores que otras.

En otro momento, Ryan habría estado de acuerdo con su primo. Hacía poco había llegado a estar convencido de que no quedaban mujeres sinceras. Pero se había equivocado.

–Está embarazada.

Todd se enderezó y lo miró fijamente. Entonces maldijo en voz baja y volvió a recostarse en el sofá.

–Te han fastidiado de lo lindo –dijo–. Tiene sentido. Ella gana de todas formas.

–Nadie gana –dijo Ryan–. Vamos a hacer un trato. Me preguntó si quería renunciar a mis derechos.

–¿Y no te ha pedido nada a cambio? –preguntó Todd–. No lo creeré hasta que no vea los papeles.

–Le he dicho que no.

–Claro que sí.

–No es así como yo lo habría planeado, pero, ahora que ha ocurrido... –no sabía qué decir.

–No me vengas con el cuento de padre e hijo –dijo Todd, frunciendo el ceño.

–No me importaría tener una hija.

Todd emitió un gemido.

–Mira el lado positivo –dijo Ryan con una sonrisa–. En alguna parte leí que un bebé saca casi toda su inteligencia de su madre. Julie es tan lista, que su bebé podrá ser capaz de salvar el mundo.

–Tú sí que necesitas que alguien te salve. Apenas conoces a esa mujer y ahora vas a tener un hijo con ella. Si te ofreciera la oportunidad de escaquearte, deberías considerarlo.

–No.

–Mira lo que ocurrió la última vez.

–Esto es diferente. No seré padrastro. Estaré implicado desde el principio. Tomaremos las decisiones juntos.

–¿Estás seguro de eso?

–Julie tiene todo el derecho a estar enfadada conmigo.

–No estoy de acuerdo, pero bueno –dijo Todd–. Está enfadada, ¿pero crees que alguna vez se le pasará? ¿O jugará contigo? ¿Estás seguro de que el bebé es tuyo?

–¿Siempre has sido tan cínico?

–Los dos lo somos.

–Ya no.

–Nada de eso –dijo Todd, reposando el tobillo en la rodilla contraria–. No puedes decirme que esto cambia las cosas. La conociste, te gustó, te acostaste con ella, cosa que por cierto no me dijiste.

–No me pareció relevante.

–Todo apunta a lo contrario. No tienes manera de saber con quién estuvo la noche o la semana de antes de conocerte. De acuerdo, demos por hecho que es tuyo, pero protégete, Ryan. Tiene sentido.

Sí tenía sentido. Pero la cuestión era que Ryan sabía que no era necesario. En el fondo sabía que Julie estaba diciéndole la verdad.

–Tal vez lo planeó todo –dijo Todd–. Tal vez lo hubiera preparado.

–Claro –dijo Ryan–. Julie consiguió reconciliarse con una abuela que no sabía que tenía, segura de que Ruth insistiría para que una de las hermanas saliera contigo. Entonces esperó a una noche en la que estuviera ovulando, concertó la cita, me sedujo, me llevó a casa y se acostó conmigo sin saber si yo usaría preservativo, todo el tiempo con la esperanza de quedarse embarazada.

–Podría pasar –murmuró Todd.

–Haces que me replantee nuestra asociación.

–Miro por tu bienestar. Te conozco, Ryan. Tienes toda esa vena del honor. Lo ocultas, pero sé que está ahí. Mentiste y, aunque estaba justificado y estabas enfadado en aquel momento, odias haberlo hecho. Ahora ella está embarazada y te sientes responsable. No seas estúpido.

–No lo seré.

–Y yo me lo creo. Por lo menos no hagas nada hasta que no nazca el bebé y te hagas la prueba de paternidad, ¿de acuerdo? Puedo recomendarte algún buen abogado.

–Julie es una buena abogada.

–Me refería a un abogado que no fuese a fastidiarte. ¿Estás seguro de que no está en esto por dinero?

–Sí.

–Yo no lo estoy. Ryan, eres lo más cercano que tengo a un hermano. Recuerda lo que ocurrió la última vez. No quiero que te den otra paliza.

–Julie no haría eso.

–¿Cómo lo sabes?

Ryan no tenía una respuesta. Era algo que sentía, no algo que pudiera demostrar o explicar.

De hecho, Todd tenía cierta razón. Ryan no sabía casi nada de Julie. Era posible que estuviera en eso por dinero. Tal vez fuera un juego para ella. Pero, sinceramente, le daba igual.

¿Qué decía eso de él?

–Ella no es así –dijo finalmente.

Todd negó con la cabeza, y dijo:

–Todas son así.

–¿Por qué nos reunimos aquí? –preguntó Willow cuando salió de su coche y observó el centro comercial. Como Julie había pedido, había aparcado frente a la tienda de material de oficina—. ¿Hay rebajas en clips o en bolígrafos de colores?

Julie esperó a que su hermana se reuniera con ella en la acera.

–Tengo algo que contarte.

–¿Ya no quieres ser abogada? ¿Vas a dedicarte a vender al por menor?

–Casi.

–No tomes decisiones importantes ahora, mientras sigues recuperándote de ese bastardo. No merece la pena.

–Gracias por el apoyo.

La pequeña y delicada Willow se mostraba apasionada con todo. Por desgracia, cuando los hombres la miraban, la veían como a una amiga o compañera. Pero algún día el hombre adecuado abriría los ojos y se dejaría conquistar. Julie sólo esperaba que estuviera preparado para lo que le esperaba.

–En fin, tengo algo que decirte –dijo mientras conducía a su hermana hacia la tienda de ropa de bebé de al lado–. Me había reservado un pequeño detalle de mi noche con Ryan.

–¿Es hermafrodita? –preguntó Willow con una sonrisa–. Porque eso habría hecho que fuese un poco raro.

–Más raro de lo que piensas –dijo Julie, mirándola a los ojos–. Me acosté con él.

–Ya me lo imaginaba.

–¿Qué? ¿Cómo? No dije nada –Julie siempre había pensado que se le daba bien guardar secretos–. Ni siquiera lo dejé entrever.

–No era necesario. Estabas más triste de lo que era necesario, y ése suele ser un defecto mío o de Marina. Pero no tuyo. Así que imaginé que debía de haber una razón. Acostarte con Ryan era la razón más lógica.

Julie suspiró. Sus hermanas la conocían y ella las conocía.

–Estaba esperando que te escandalizaras.

–Me puedo poner así ahora, si eso te ayuda.

–Gracias, pero estoy bien. Aun así, hay algo más –señaló hacia la tienda de bebés.

En esa ocasión consiguió la reacción que había estado esperando. Willow se dio la vuelta lentamente y se quedó de piedra con la boca abierta.

–Estás embarazada –dijo–. Oh, no. ¿Embarazada? ¿De verdad? ¿De Ryan?

–Sí. Fue una noche ajetreada.

–Embarazada –repitió Willow–. ¿Qué te parece? ¿Estás contenta?

–Sí, la verdad es que sí. Nunca antes había pensado en tener hijos más que como algo futuro, pero, cuando me enteré, supe que lo deseaba.

–¿Se lo has dicho a Ryan?

–Ayer.

–¿Qué dijo?

–No mucho. Pareció sorprendido, pero luego dijo que teníamos que hablar. Nos intercambiamos las tarjetas.

–¿Ya está? ¿No debería haber habido más? –preguntó Willow.

–No sé –Julie se sentía inquieta a raíz de su conversación con él, pero no sabía por qué–. No esperaba volver a verme, así que, dadas las circunstancias, se comportó bien. Ya nos encargaremos del asunto cuando tengamos que hacerlo. Le ofrecí la posibilidad de renunciar a sus responsabilidades, pero se negó.

–Así que estáis juntos en esto –dijo Willow.

–Más o menos. Hasta que no haya bebé, no pienso verlo mucho.

–Un bebé –dijo Willow, apretándole el brazo–. ¿Estás excitada?

–Sí, lo estoy. Y también asustada. Pero principalmente excitada.

–Seré tía y le compraré regalos, y haré de canguro –dijo Willow, apretándole el brazo con más fuerza–. Tal vez estuviera destinado a ser así. Tal vez sea tu...

–No lo digas, por favor. Ryan no es mi destino.

–Pero eso nunca se sabe.

–Lo sé. Ahora vamos. Vamos a mirar cosas para el bebé. Tenemos que preparar una habitación.

–Tu cita de las once está aquí –dijo Leah, asomando la cabeza por la puerta del despacho de Julie–. Es mono.

Julie le dirigió una sonrisa a su ayudante, la que compartía con otros dos socios de segundo año.

–¿Les dices ese tipo de cosas a Mark y a James?

–A Mark no –dijo Leah–. Pero hay rumores sobre James, así que tal vez él esté interesado si no lo estás tú.

–Eres mala.

–Sí, lo soy. En todos los aspectos posibles.

Leah era una abuela de cincuenta y pico años y también una ayudante excelente. Llevaba en la compañía más tiempo que la mayoría de los socios establecidos y se negaba a trabajar para ellos, diciendo que los nuevos la necesitaban más.

Julie miró su agenda y vio que la próxima hora estaba ocupada por un «cliente potencial», como ella misma había escrito. No aparecía el nombre ni el motivo de la cita. Interesante. Normalmente Leah le daba los detalles.

Julie agarró una libreta, un bolígrafo y su agenda electrónica, y caminó por el pasillo hacia el vestíbulo principal.

Cuando llegó a la mesa de recepción, se detuvo tan en seco, que estuvo a punto de resbalar sobre el suelo de mármol.

Ryan Bennett estaba allí hablando con Ethan Jackson, uno de los socios antiguos del bufete.

Él no podía ser su cliente potencial. ¿Cómo iba a hacer negocios con el hombre que le había mentido, que se había acostado con ella y que iba a ser el padre de su bebé? Eso no era una vida normal; era el argumento de una película.

No era justo. No estaba bien. Si pensaba que podía meterse en su mundo con un gran cheque, entonces... entonces estaba en lo cierto.

La empresa de Ryan era importante y el trabajo de Julie era ayudar a la compañía. Los socios de segundo año que querían llegar a establecerse no podían rechazar ofertas millonarias por motivos personales.

Julie tomó aliento, trató de no pensar en lo guapo que estaba con aquel traje, se acercó y esbozó una sonrisa.

–Buenos días, Ethan.

Los dos hombres se giraron hacia ella.

–Julie –dijo Ethan–. Bien. Aquí tienes a un nuevo cliente. Ryan Bennett, te presento a Julie Nelson.

–Ya nos conocemos –dijo Julie.

–Cierto –dijo Ryan–. Somos casi parientes. Mi tía abuela es la abuela de Julie. Dadas las circunstancias familiares, nos conocimos hace unas semanas. He venido para hablar de nuestro negocio en China –continuó Ryan–. Tenemos varias compañías interesadas en ganar mercado allí, así como algunas que quieren manufacturar en ese país. Espero que tu experiencia nos sirva.

Ethan parecía más contento de lo que Julie jamás lo había visto.

–Entonces os dejaré solos –dijo–. Hazme saber cuáles son los progresos, Julie.

–Por supuesto –dijo ella. Si Ryan hablaba en serio con respecto a sus negocios, tendrían que trabajar prácticamente juntos–. Vamos a la sala de conferencias.

Cuando la puerta de cristal se cerró tras ellos y Julie le hubo ofrecido café y agua, se sentó frente a él.

–¿De qué va todo esto? –preguntó en voz baja y con expresión controlada. Esa sala en particular tenía casi todas las paredes de cristal. La había elegido deliberadamente, para verse obligados a mantener las cosas a un nivel profesional.

–Ya te lo he dicho. Cuando cenamos, mencionaste que hablabas mandarín. Me pareció buena idea.

–¿Estás tratando de engañarme? –preguntó ella secamente–. ¿Pretendes ocupar horas valiosas de mi tiempo y del de los demás socios para echarte atrás al final? Pienses lo que pienses, no me quedé embarazada a propósito. Si tu plan es hacer que me despidan, ya puedes olvidarte. Soy una de las mejores abogadas con las que te encontrarás y no dejaré que estropees las cosas.

–¿Es eso lo que piensas? ¿Que hago esto para engañarte? ¿Que se trata de una broma?

–No sé. Fuiste tú el que decidió que merecía aprender una lección. ¿Por qué no debería pensar lo peor?

–¿No se te ha ocurrido pensar que esté aquí para hablar de negocios? ¿Que he aceptado que lo que hice estuvo mal y que, aunque me he disculpado, eso no cambia nada? ¿No se te ha ocurrido pensar que estoy tratando de hacer más fácil la situación para los dos, sobre todo para ti? Necesitamos un buen abogado. Todd y yo estábamos hablándolo y pensé en ti. Nada más. No hay planes secretos.

–Quiero creerte –dijo ella.

–Pues inténtalo. ¿Julie, por qué iba a querer engañarte? ¿Por qué iba a querer hacerte más daño? Sé que es difícil que te lo creas, pero soy un tipo bastante decente.

–Me mentiste.

–Sí, lo hice. Me equivoqué al juzgarte. ¿Nunca te ha pasado?

–Quizá.

–No puedes seguir huyendo de mí.

–Dado que estás sentado delante de mí –dijo ella–, no estoy huyendo.

–Ya sabes lo que quiero decir. Mira, estoy aquí para que ayudes a mi empresa. Sólo negocios. Lo he comprobado y eres buena en lo que haces. Necesito a alguien bueno. Si, mientras tanto, tenemos la oportunidad de llegar a conocernos, ¿no sería mejor?

–Supongo. Si eres sincero con lo del negocio...

–Lo soy.

–Entonces hablemos.

–De acuerdo.

Ryan sonrió. No debería haber significado nada. Los hombres sonreían todo el tiempo. Pero había algo en la sonrisa de Ryan, en cómo la miraba a los ojos, como si tuviera toda su atención. Hacía que le temblasen las piernas, y ni siquiera estaba levantada.

–¿Sigue en pie la oferta del café? –preguntó él.

–Claro. ¿Cómo lo tomas?

–Solo.

–Muy típico de los hombres –dijo ella, poniéndose en pie.

–Por supuesto. Vamos. Admítelo; no me tendrías ningún respeto si te pidiera tres azucarillos y una nubecita de crema.

–Tienes razón –dijo ella, riéndose–. Enseguida vuelvo.

–Iré contigo.

–No es necesario –su plan era escapar durante un minuto para poder recomponerse. Si iba con ella, le resultaría complicado.

Pero no había manera educada de decir que no, así que lo condujo a la sala del café y agarró una taza limpia de la bandeja.

–¿No tienes empleados? –preguntó él.

–Sí, pero prefiero no perder su tiempo con recados. Los otros dos socios con los que comparto a mi ayudante no están de acuerdo con mi postura. Pero a Leah le caigo mejor yo.

–De eso estoy seguro.

Volvió a sonreír, y Julie se encontró a sí misma absorta en aquella imagen. Por desgracia, estaba sirviendo el café al mismo tiempo, de modo que, cuando la taza estuvo llena, el líquido ardiendo se derramó por los lados y cayó en su mano.

–¡Ay!

Dejó la taza en la mesa y agitó la mano. Ryan se puso a su lado y la llevó al fregadero. Colocándose tras ella, le tomó la mano lesionada y la puso bajo el grifo.

–No sabía que fueses tan torpe –dijo él.

–Normalmente no lo soy.

No lo era. Simplemente estaba distraída.

Él estaba justo detrás de ella, presionándola con el pecho, haciéndole sentir su fuerza y su calor.

Julie sentía sus dedos en la mano, su brazo presionándola. Estaba inclinándose hacia delante, colocando su cara justo a su lado.

Si se giraba levemente, sus bocas estarían a centímetros de distancia.

Deseaba besarlo. No importaba el odio que sentía hacia él. El deseo seguía creciendo en su interior.

Sólo un beso. No tenía por qué durar mucho. Sólo dos bocas juntándose, dos lenguas, dos cuerpos...

Liberó la mano y se echó a un lado.

–Estoy bien, gracias.

Sacó una toalla de papel de la cesta y se secó la mano antes de limpiar el café derramado. Tras tomar una botella de agua para ella, regresaron a la sala de conferencias.

Estaba tremendamente excitada y se sentía patética. ¿Cómo podía Ryan haberle hecho eso con tan sólo una noche de pasión? Claro, había sido una gran noche, pero ya había tenido grandes noches antes.

Bueno, no tan grandes. Pero aun así.

–¿Por qué no me explicas lo que tienes en mente? –preguntó, agarrando un bolígrafo tras sentarse.

Ryan comenzó a hablar del negocio. Julie tomaba notas, pero no estaba escuchando realmente. ¿Cómo podía estar él tan ajeno a lo que acababa de suceder? Sería horrible si la atracción fuese unidireccional. La vida no podía ser tan injusta.

–Ofrecemos capital a las empresas y cobramos un interés alto. El objetivo es sacarlas al mercado, pero, si eso no ocurre, las vendemos. Ahora mismo hay tres empresas con las que necesito ayuda. Dos de ellas quieren hacer negocio con China, mientras que la tercera es perfecta para manufacturar allí. Supongo que tienes contactos en China.

–Por supuesto –dijo ella con una sonrisa–. Personales, así como profesionales.

–¿Quieres explicarme eso?

–Teníamos una vecina cuando era pequeña. La señora Wu había sido profesora. Se jubiló y se dio cuenta de que se aburría con tanto tiempo libre. Nos enseñó mandarín a mis hermanas y a mí. Yo era la única verdaderamente interesada. Cuando estaba en el instituto, me llevó a China con ella a visitar a su familia. Regresé durante los dos veranos siguientes y pasé un semestre allí durante la universidad.

–Impresionante.

–Gracias.

–¿Y ahora qué? –preguntó él–. Querrás información específica sobre las compañías.

–Claro. Y también quiero saber lo que has hecho, si es que has hecho algo, para establecer relaciones con China. Trabajaremos en un acuerdo de retenciones, y mi tiempo se cobrará en periodos de cuartos de hora.

–Me parece razonable.

–Querré una suma sustancial de entrada.

Pediría más de lo que pedía la compañía normalmente, principalmente para cubrirse las espaldas.

–Sigues sin confiar en mí –dijo él.

–Estoy dispuesta a darte el beneficio de la duda, pero no estoy dispuesta a ser estúpida.

–Me parece justo. Todd y yo somos los dos hijos únicos. Pasamos mucho tiempo juntos cuando éramos pequeños. Somos como hermanos.

–Ya me sé esa parte. Es por eso por lo que aceptaste hacer su trabajo sucio.

Ryan la ignoró.

–Crecimos con dinero. Desde que éramos adolescentes, siempre había chicas dispuestas a hacer lo que fuera por acercarse. No estaban interesadas en nosotros, sino en nuestro dinero.

–Me niego a pensar que todas las mujeres que has conocido ignorasen quién eras en realidad y se fijaran sólo en el dinero.

–No todas, pero las suficientes. Dadas las circunstancias, sabiendo lo que nuestra tía te había prometido, era razonable pensar eso de ti.

–Sé lo que parece, pero no es así.

–Te creo. ¿No puedes hacer tú lo mismo? ¿No puedes entender por qué Todd y yo sospechamos que tú no eras diferente?

–No sé. Tal vez. Pues no haber ido a la cita. Haberte negado. Engañar a una extraña para enseñarle una lección por todas las mujeres que has conocido no está bien.

–Lo sé. ¿Pero puedes verlo desde mi punto de vista?

–Sí, tu infancia fue muy trágica. Pobres niños ricos, deseados por todas por las razones equivocadas.

–No eres fácil.

–No trato de serlo. He dicho que trataré de entender por qué pensaste lo peor de mí y aceptaré tu disculpa por lo que hiciste, pero eso no significa que lo apruebe o comprenda tu reacción. Sigo sin confiar en ti.

–Tendrás que intentarlo. Seremos una familia.

–No según cualquier definición que se me ocurra. Seremos padres de un bebé. Eso no nos convierte en una familia.

–Puedes llamarlo como quieras –dijo él–, pero tener un bebé en común nos convierte en familia. Todo ha cambiado, Julie. Aquí hay más en juego aparte de lo que podamos sentir. Hay una tercera persona. Nuestro hijo se merece lo mejor. Por eso pienso que deberíamos casarnos.

Capítulo Siete

–¿Casarnos? –Julie se puso en pie de un salto y miró a Ryan–. ¿Estás loco? ¿Casarnos? ¿Qué diablos te pasa?

De pronto recordó las paredes de cristal y volvió a sentarse. Bajó la voz, pero no estaba menos enfadada.

–Si esto es tu idea de una broma, no es divertida. Es horrible.

–¿Horrible? –preguntó él–. ¿Por qué?

–Ni siquiera nos gustamos –murmuró ella–. ¿Qué tiene de bueno casarnos?

–Tú sí me gustas –dijo él–. Y, salvo por un pequeño detalle que no puedes perdonar, creo que yo te gusto a ti. Casarse por el bien del bebé es una tradición bien vista.

–¿En qué siglo?

–Somos adultos racionales e inteligentes –dijo Ryan–. Vamos a tener un bebé. Los dos queremos que tenga lo mejor y eso significa tener a sus dos padres cerca. ¿Realmente quieres ser madre soltera?

–Sí. Me parece bien. Me educó una madre soltera –más o menos. Técnicamente había un padre, pero no servía para nada.

–Creo que es importante tener a ambos padres cerca si es posible –insistió Ryan.

–Genial, pero no es posible.

–¿Por qué?

–No quiero casarme contigo –dijo ella.

–¿Por qué no?

–No te conozco. Y pesar de lo que diga tu cerebro egocéntrico, no me gustas especialmente. No tengo interés en casarme por una razón sociológica arcaica y creo que una madre soltera puede hacer un trabajo excelente.

–Podríamos intentarlo.

¿Pero cuál era su problema? ¿Por qué seguía insistiendo? ¿Y por qué ella se sentía furiosa y, a la vez, increíblemente triste?

–No quiero intentarlo. No contigo.

–De acuerdo. Así que no soy yo –dijo él–. Te opones al matrimonio en general.

–No es verdad. Quiero casarme. Algún día. Pero no ahora, y no contigo. Eres un hombre que da por hecho que todas las mujeres van detrás de tu dinero. No podría soportar eso.

–¿Dices que te opondrías a un contrato prematrimonial? Proteger mis posesiones es algo razonable.

–Tienes que irte –dijo ella, apretando los dientes–. En serio, tengo que trabajar. Sé que no entiendes cómo puedo rechazar una oferta tan halagadora. Teniendo en cuenta tu visión de las mujeres, debe de haber miles de ellas dispuestas a aceptar, sobre todo después de una declaración tan romántica.

–Gastas demasiada energía –dijo él con un tono desquiciante–. Hace que me pregunte qué es lo que escondes. Casarse no es algo tan inesperado, Julie. ¿Por qué estás enfadada realmente?

Julie se puso en pie, y dijo:

–Ha sido fabuloso. Deberíamos hacerlo otra vez. Tal vez dar una fiesta y darnos regalos.

Ryan se levantó y se acercó a su lado de la mesa, le tomó la mano y la empujó hacia una esquina de la sala. Una en la que estaban fuera de la vista de cualquiera que pasara.

–No voy a dejar este asunto –dijo él, mirándola a los ojos–. Digas lo que digas, hagas lo que hagas, pienso estar ahí. Es mi hijo y mi vida también. No pienses que puedes esconderte de mí para siempre.

Entonces la besó. Allí mismo, en la oficina, frente a la mesa de conferencias vacía.

Presionó los labios contra los suyos con un movimiento erótico y posesivo. El calor fue tan instantáneo como intenso. Julie deseaba agarrarlo y no soltarlo jamás. Luchó contra su deseo para no seguir con el beso, pero, antes de que pudiera ganar o perder la batalla, él se apartó.

–Prepara los papeles del acuerdo y envíalos a mi oficina –dijo–. Te los reenviaré con un cheque.

–No estoy interesada en trabajar contigo.

–Tal vez no, pero deseas la cuenta, así que sufrirás. Y, Julie...

–¿Sí?

–Por mucho que intentes negarlo, sé la verdad. Te gusto.

–Me encantan los bollos –dijo Marina mientras vaciaba la bolsa–. Me encanta su olor, me encanta untarlos con crema de queso, llevármelos al jardín y comerme uno mientras bebo café y leo el periódico del domingo.

Julie miró a Willow.

–Muy bien. De pronto tengo hambre. ¿Y tú?

–Me muero de hambre. Mamá no volverá hasta dentro de media hora. Podríamos picar algo.

–Hay mucho de dónde elegir.

En uno de esos inesperados giros del destino, Julie había terminado su trabajo el viernes y no había tenido que volver a la oficina el sábado por la mañana. Sin nada que hacer, había decidido pasear por el mercadillo. Había comprado fruta y verdura, junto con una docena de bollos que había compartido con sus hermanas.

Marina sacó los tres bollos que pensaba llevarse a casa y los puso en una bolsa aparte.

–¿Cómo te sientes? –preguntó.

–Bien.

–No es que necesite saberlo –continuó su hermana como si Julie no hubiera hablado–. Estoy acostumbrada a que no me cuentes las cosas.

–Te invité a venir con Willow y conmigo la semana pasada, pero tenías esa clase de Microbiología.

–Química Inorgánica, pero gracias por interesarte.

–Marina, vamos. Te lo dije en cuanto llegaste a casa.

–Sí, lo hiciste. Así que todavía te quiero.

–Genial. Otra relación condicional. ¿Qué pasó con eso del amor incondicional para siempre?

–Lo echamos al cubo del reciclaje –dijo Willow–. Es demasiado tarde para recuperarlo. Ya lo han recogido –echó los arándanos, que habían costado una fortuna, en un cuenco–. ¿Queréis?

–Gracias –dijo Julie, agarrando un puñado mientras se sentaba en un taburete junto a la encimera.

–¿Qué sucede? –preguntó Marina–. Pareces... no sé. No pareces tú.

–Estoy bien. Más o menos.

–Eso no suena bien –dijo Willow–. ¿Estás enferma? ¿Demasiadas nauseas?

–No. Eso está bien. Es sólo que... –Julie no había decidido si mencionar la propuesta de Ryan o no, pero de pronto no podía callárselo–. Vino a verme

ayer.

–¿Ryan? –preguntó Marina.

Julie asintió.

–Concertó una cita. Me está ofreciendo ocuparme de las relaciones de su empresa con China, y no me gusta. Uno de los socios de mi bufete se reunió con él y ahora sólo ve símbolos del dólar.

–Eso suena bien –dijo Willow–. ¿Cuál es el problema?

–No confío en él. ¿Y si está con otro de sus juegos retorcidos? ¿Y si lo ha organizado todo y luego desaparece? Yo quedaría como una estúpida delante de todos. No sería bueno para mi carrera.

Marina y Willow se miraron y luego la miraron a ella.

–Eh, no te tomes esto a mal –dijo Willow–. ¿Pero por qué iba a hacer eso? ¿Qué tiene que ganar?

–No sé. Sólo fastidiarme. No olvides que era el hombre empeñado en darme una lección, incluso sin conocerme ni saber nada sobre mí.

–Eso estuvo mal –dijo Marina–. Pero esto es totalmente diferente. Julie, no creo que quiera hacerle daño a tu carrera. Vais a tener un hijo juntos. ¿Por qué querría hacerle daño a la madre de su hijo?

–Para obtener el control. Eso es lo único que le importa.

Julie sabía que no sonaba racional, pero no lograba controlar sus emociones.

–Es sólo que... –tragó saliva y trató de contener las lágrimas–. De acuerdo, soy débil. Ya está, ésa es la verdad. Sé que no debo esperar de un hombre que sea decente. Sé que no debo esperar que nadie sea sincero y cariñoso. Sé que no debería dejar sitio a los sueños románticos, y lo intento. De verdad que lo intento. Pero entonces, cuando menos lo espero, reaparecen y tengo esperanza, pero entonces la esperanza desaparece y quiero abofetearme por ser tan estúpida.

–Te quiero como hermana –dijo Willow–. ¿Pero de qué diablos estás hablando?

–Me pidió que me casara con él.

–Muy bien –dijo Marina, sentándose en el taburete junto a Julie–. Empieza por el principio y habla despacio.

–Tienes toda nuestra atención –dijo Willow, dejando a un lado los arándanos–. Te lo prometo.

–No hay mucho que contar –dijo Julie con un suspiro–. Vino ayer a la oficina.

Les explicó lo que Ryan le había contado sobre sus empresas.

–Pero, de pronto, estábamos hablando de cosas personales, de cómo Todd y él habían crecido juntos y de cómo las mujeres deseaban sólo su dinero.

–Podría ocurrir –dijo Marina.

–Pobres niños ricos –murmuró Willow sarcásticamente.

–Eso es lo que le dije. En cualquier caso, estábamos hablando de eso y de pronto me dijo que debíamos casarnos. Que era lo mejor para el bebé. Yo no me lo tomé bien.

–¿Por qué? –preguntó Willow.

–Porque... me provocó. Uno no se declara de ese modo. Está mal. Apenas nos conocemos. No confío en él y, a juzgar por cómo me trató, él tampoco confía en mí. No es precisamente la base para un matrimonio sólido. Me enfadé.

–Lo entiendo –dijo Willow–. Violó esos sueños secretos que se supone que no has de tener. No fue romántico ni perfecto, y no te quiere.

–Me niego a tener un lado débil –dijo Julie–. Soy dura.

–Eres humana –dijo Willow.

–Pero sí fue romántico –dijo Marina.

–Ya empezamos –dijo Julie.

–Es cierto –insistió su hermana pequeña–. Te casas porque tienes que hacerlo, pero luego te enamoras perdidamente. Es fabuloso.

–Está loca –murmuró Julie.

–Al menos estaba dispuesto a hacer lo correcto –dijo Willow–. Sé que se equivocó en la cita, mintiéndote así. Pero no lo culpo totalmente. Realmente es culpa de Todd Aston. Es él quien no tuvo agallas para presentarse y hablar contigo.

–Ryan tenía sus propios planes –dijo Julie–. No lo conviertas en un héroe.

–No lo haré, pero tal vez quepa la posibilidad de que no sea tan malo.

–Una posibilidad muy pequeña.

–¿Entonces no considerarás su propuesta? –preguntó Marina.

–Ni hablar. Sería absurdo casarme con un hombre al que apenas conozco sólo porque estoy embarazada.

Hubo un sonido en la puerta. Julie levantó la cabeza y vio a su madre allí de pie.

Ésa era la última manera en que quería que se enterase.

Willow y Marina desaparecieron por la parte de atrás de la casa. Julie se

quedó en el taburete y vio cómo su madre preparaba café.

–Es descafeinado –dijo Naomi.

–Gracias.

Su madre se giró para mirarla.

Naomi se había escapado con su gran amor cuando tenía dieciocho años. Estaba embarazada, y al nacimiento de Julie le habían seguido otros dos en los años siguientes. Naomi tenía veinticinco años cuando su marido se marchó por primera vez.

Julie recordaba muy poco de aquel día, salvo a su madre llorando. Ella tenía seis años y acababa de empezar el primer curso en el colegio. Había llevado a casa un dibujo que había hecho en clase, pero su madre estaba demasiado triste para mirarlo. Desde aquel día, no había sido capaz de trabajar en un proyecto artístico de clase sin recordar las lágrimas de su madre.

–¿Y bien? –preguntó su madre con voz tranquila–. ¿Qué hay de nuevo?

–Oh, mamá, lo siento. No quería que te enterases así.

–¿Y querías que me enterase? Estás embarazada, Julie, y no me lo dijiste.

Naomi era delgada, guapa y aún no había cumplido los cincuenta. Sin embargo, de pronto pareció mayor de lo que Julie había imaginado.

–Lo siento –repitió Julie–. Iba a hacerlo, pero no sabía cómo. No lo planeé. De hecho, la he fastidiado a lo grande.

–¿Pensabas que te juzgaría? –preguntó su madre–. ¿Cuándo he hecho yo eso?

–Normalmente no la fastidio tanto.

–Entonces necesitarás ayuda para superarlo. ¿Qué ocurrió?

–Tuve una cita con Todd.

–Pensé que habíais decidido no hacerlo.

–Pensamos que era importante para Ruth, y sólo era una cita –dijo Julie–. Mamá, nadie te culpa por lo que ocurrió con tu madre.

–Muchas gracias. Yo tampoco me culpo. ¿Entonces el bebé es de Todd?

–No exactamente –Julie le explicó cómo Ryan había suplantado la personalidad de Todd y cómo ella se había dejado seducir–. Quería enseñarme una lección. Me estaba tomando por tonta. Ahora dice que lo siente y cree que deberíamos intentar tener una relación. Sinceramente, ¿cómo puedo volver a confiar en él?

–No sé si puedes. ¿Deseas hacerlo?

¿Lo deseaba?

–Quizá. A veces. No sé. Vamos a tener un bebé juntos; es una complicación. Mamá, voy a tener un bebé.

Su madre se acercó y la abrazó.

–Lo sé. ¿Cómo te sientes? ¿Estás feliz?

Julie se echó hacia atrás y le tocó el brazo.

–No tengo palabras. Nunca pensé en tener hijos, salvo en el futuro, pero ahora estoy embarazada y muy excitada. Deseo este bebé. No puedo creer lo mucho que lo deseo.

–Nunca has explorado tu lado tierno –dijo su madre–. Siempre sentías que tenías que estar al mando y cuidar de todo el mundo. No te quedaba energía para pensar en ti. Me alegro de que desees el bebé. Vas a ser una madre estupenda.

–Gracias –murmuró Julie con los ojos llenos de lágrimas, sintiéndose agradecida y extraña al mismo tiempo–. Eres mi modelo a seguir. Con nosotras te portaste muy bien. No debimos de ser fáciles como para que nos cuidaras sola.

Tan pronto como dijo las palabras, quiso retirarlas.

–No estaba sola –dijo su madre–. Tu padre estaba aquí.

–Unas pocas semanas al año –dijo Julie sin poder controlarse–. Mamá, venga. Sé que lo quieres, pero no fue un buen marido ni un buen padre.

–Sigue siendo tu padre. Hablarás de él con respeto –dijo su madre.

–¿Por qué? No lo entiendo. Nunca he comprendido por qué dejas que vaya y venga como le plazca.

–Es la naturaleza de tu padre. Es inquieto. Pero eso no hace que sea un mal hombre.

–Tampoco hace que sea uno bueno.

Julie se preguntó por qué se molestaba. Habían tenido esa discusión cientos de veces. Nunca entendería cómo su madre podía entregarle el corazón a un hombre que pensaba tan poco en ella y desaparecía durante meses. Luego regresaba con regalos y anécdotas, y se quedaba el tiempo suficiente para convencer a todos de que esa vez sería diferente, que se quedaría. Pero nunca lo hacía.

Julie había dejado de creer en él hacía mucho tiempo, pero su madre seguía haciéndolo con todo su corazón.

–No le gusta estar atado –dijo su madre–. Yo lo he aceptado. Ojalá tú pudieras. Ésta siempre será su casa y yo siempre seré su mujer.

–No puedo hacer eso. No puedo entenderlo y no lo perdonaré.

–Tener un hijo te cambia –dijo su madre–. Lo cambia todo.

Julie sabía que no la cambiaría tanto como para entender la visión que su padre tenía del mundo, pero eso no importaba. Cambió el tema a algo menos controvertido.

–Ryan piensa que deberíamos casarnos –dijo.

–¿Qué piensas tú?

–Que está loco. Hemos tenido una cita. De acuerdo, fue muy bien hasta que admitió que era un mentiroso, pero eso no es suficiente para construir una vida en común. Tú vas a decirme que debería casarme con él, ¿verdad?

–Voy a decirte que es el padre de tu bebé y que tendrás que relacionarte con él de todas formas.

–¿Y si no quiero?

–Eso es madurez –dijo su madre con una sonrisa–. Estoy orgullosa.

–Mamá...

–Julie, la vida es cuestión de compromiso. Lo que hizo Ryan está mal. Si realmente es el cerdo que dices, ¿entonces por qué iba a molestarse en convencerte de que lo siente? Los cerdos no se molestan con cosas así. ¿Y qué gana él casándose contigo? Si estuviera interesado sólo en la victoria, ya se ha acostado contigo.

–Vaya.

–Sólo digo que los hombres que conquistan a mujeres sólo para aumentar su récord no se quedan. Él se ha quedado. Dice que quiere ser el padre de su hijo. Eso no es malo. No tienes que casarte con él. No tienes que hacer nada. Pero tal vez quieras pensar en llegar a conocerlo. Empieza por ahí y mira hacia dónde te lleva. Tal vez sea un buen hombre.

–¿Eso crees? –preguntó Julie–. ¿Con mi suerte?

Las palabras de su madre tenían sentido, pero Julie no quería ir por ahí. Quería seguir enfadada. Era más seguro. Llegar a conocer a Ryan era ponerse a sí misma en peligro. ¿Y si comenzaba a creer en él? Sólo le haría daño.

–No todos los hombres son como Garrett –dijo su madre.

–¿Quieres apostar?

Capítulo Ocho

Ryan vivía en un apartamento alto que era todo cristal y acero. Julie sabía lo importante que era el material en la construcción, puesto que estaban en Los Ángeles y los terremotos allí eran una realidad. Sin importar qué innovación tecnológica mantenía el edificio en pie, no se sentía impresionada por la frialdad del lugar. Sí, la localización era fantástica y el servicio de conserjería se ocupaba de todos los detalles de la vida cotidiana, pero ella prefería su vecindario rústico, donde los jardines eran habituales y los niños jugaban en la acera.

Por supuesto, mostrarse crítica con el edificio de Ryan era una distracción fabulosa, pensó mientras bajaba del ascensor y caminaba hacia el apartamento. Había decidido seguir el consejo de su madre del fin de semana anterior y llegar a conocer a Ryan. Lo había llamado y le había sugerido que se vieran. Él había ofrecido que comieran en su casa.

Llamó al timbre. Ryan abrió casi de inmediato.

Parecía más alto de lo que recordaba, aunque tal vez estaba confusa por verlo con ropa informal. Llevaba unos vaqueros gastados y una camisa blanca de manga larga. Ambas prendas enfatizaban su altura.

Su camisa estaba abierta a la altura del cuello, dejando ver su pecho bronceado y un rastro de vello. Recordó cuando había acariciado esa zona, deslizando las manos por su piel caliente y sintiendo cómo reaccionaba a su tacto.

—Has venido —dijo él—. Adelante.

—No era difícil de encontrar.

—Pensé que cambiarías de opinión —admitió—. Después de la última vez.

La última vez. Su pelea en la oficina después de proponerle matrimonio. Sólo pensar en ello la enfurecía y le daba ganas de escupirle. No había escupido en su vida, pero, si alguien iba a conseguirlo, ése era Ryan.

Aun así, no había ido allí para discutir con él.

–Dijiste por teléfono que podríamos fingir que nunca ocurrió.

–Tienes razón –dijo él con una sonrisa–. Éste soy yo fingiendo. Adelante.

Se echó a un lado y ella entró en el recibidor. La sorpresa fue instantánea. Ellos dos eran las únicas cosas vivas en una sala de cristal y metal.

–Creo que es importante que nos conozcamos –le dijo, decidiendo que era educado ignorar los alrededores–. El bebé no va a desaparecer y tú tampoco. Así que aquí estamos.

–Pero tú desearías que yo desapareciera –dijo él, sonriendo.

–Mi vida sería menos complicada.

–Aburrirse no es mejor.

–No hablo de aburrimiento –dijo ella–. Sólo de tener menos sorpresas.

–Trataré de no darte muchas. ¿Entonces hacemos una tregua durante la comida?

–Estoy dispuesta. Lo consideraremos un entremés picante.

–¿Quieres decir que no debería confundir tu conversación agradable con el perdón?

Julie había albergado la esperanza de que pudieran evitar hablar de lo sucedido, pero tal vez fuese imposible.

–Lo estoy intentando.

–Lo comprendo. No eres fácil. Lo respeto.

A pesar de su nerviosismo, Julie se rió.

–Aparentemente soy fácil. Por eso me encuentro en esta situación.

Ryan dio un paso hacia ella y bajó la voz.

–No eres fácil; es que yo soy irresistible.

–¿Por qué eso no hace que me sienta mejor?

–No estoy seguro –dijo él, guiándola por el vestíbulo–. Al menos alimenta mi ego, cosa que siempre viene bien.

–Puedo imaginármelo –murmuró ella.

–Vamos. Te haré una visita guiada.

Julie lo siguió hacia el salón. El mueble estaba en una esquina, de modo que tenía dos paredes de cristal que le proporcionaban una maravillosa vista de Hollywood, de las colinas y de los edificios del centro.

Allí el color predominante era el gris, acentuado con tonos de madera y toques de un rojo y un naranja brillantes provenientes de un cuadro de arte muy abstracto. Las mesillas y la mesa del comedor eran de cristal y acero. El sofá y las sillas, grises. Las paredes de un tono más suave del mismo color. Los suelos de madera y la alfombra de cuero proporcionaban la única pizca de

calor.

–¿Qué te parece? –preguntó él.

Julie dejó el bolso en una silla, y dijo:

–Es, eh... muy moderno.

–¿No es tu estilo?

–No mucho –y, a juzgar por lo poco que conocía a Ryan, apostaría a que tampoco era su estilo.

–Salía con una decoradora cuando me mudé. Se ofreció y yo tomé el camino fácil.

O sea, que no era su estilo. Era curioso que eso hiciera que le gustara un poco más.

La condujo hasta la cocina. Estaba abierta al resto de la sala y los muebles eran grises. Las encimeras eran de cemento y los suelos de azulejos, también grises.

–Necesitas algunas plantas –dijo Julie mientras se sentaba en un taburete–. Algo verde y con vida. ¿No tienes miedo de que tanta cosa moderna te quite la vida?

–No está mal –dijo él, encogiéndose de hombros–. Es fácil de limpiar.

–¿Y eso cómo lo sabes? –preguntó ella con una sonrisa.

–Los del servicio de limpieza lo han mencionado alguna vez. Eso y el hecho de que no tengo mascotas.

–Apuesto a que casi siempre comes fuera, que apenas estás en casa y que no das grandes fiestas. Eres el cliente perfecto para ellos.

Ryan se colocó frente a ella y comenzó a sacar cosas del frigorífico.

–¿Cómo sabes que no doy grandes fiestas?

–Tu sofá y tus sillas están en perfecto estado. No han derramado nada pegajoso ni líquido encima. Las fiestas son un engorro.

–Buena observación. Tienes razón. Nada de fiestas.

Sólo un sinfín de mujeres, pensó Julie. A pesar de la historia de Ryan sobre cómo las mujeres acudían a él sólo por el dinero, Julie sabía que era un hombre lo suficientemente atractivo como para atraer a las mujeres por sí solo.

Sacó un paquete de pechugas de pollo, ingredientes para ensalada, albahaca, algunos botes que ella no reconoció y una plancha de galletas con masa de pan encima.

¿Iba en serio?

–¿Vas a cocinar? –preguntó ella, tratando de no sonar tan sorprendida

como se sentía.

–Dije que prepararía la comida.

–Pensé que te referías a reservar.

–¿Prefieres que salgamos?

–No. Esto es genial. Sorprendente, pero genial.

–¿Tú no cocinas?

–Sé preparar algunas cosas. No vivo sólo de comida para llevar y cenas precocinadas. Pero no preparo nada que requiera horno ni tantos ingredientes. ¿Qué vamos a tomar?

–Una ensalada de queso de cabra y rúcola seguida de sándwich de pollo con salsa al pesto en pan de hierbas. Y de postre frutos rojos con crema inglesa.

–Impresionante. Déjame adivinar. Salías con una cocinera.

–Eh, eso es un prejuicio. El verano en que Todd y yo cumplimos los veinte años, nuestros padres nos llevaron de crucero por el Mediterráneo durante un mes. Hubiéramos preferido visitar Europa nosotros solos, pero insistieron, así que fuimos. Era un barco pequeño sin mucho que hacer, y casi todos eran jubilados. Creo que el capitán tenía miedo de que Todd y yo causáramos problemas porque había organizado clases diarias de cocina. No me gustaron las primeras dos, pero luego me entusiasmó. Ahora cocino.

–¿Y Todd? –preguntó ella.

Ryan sonrió.

–Él flirteaba con la camarera del cóctel.

Ryan encendió el horno y colocó una sartén en el fuego antes de salpimentar dos pechugas de pollo. Tras sacar una picadora de alimentos, lavó la albahaca y la secó con un trapo.

–Realmente cocinas –dijo ella–. Lo siento, pero esto es nuevo para mí.

–Deberías ver lo que sé hacer con una patata.

No era una parte de él que hubiera esperado. Con su dinero y su apariencia, podía haber pasado la vida pidiendo al servicio de habitaciones.

Mientras espolvoreaba varias especias sobre la masa de pan que había extendido sobre la bandeja, Julie se quedó embobada con el movimiento de sus manos; por su seguridad y su firmeza. Sin desearlo, recordó aquellas manos en su cuerpo. Para ser un hombre que siempre llevaba traje y corbata, trabajaba bien con las manos.

Y ella era una idiota. No era un buen momento para rememorar acontecimientos eróticos. Estaba allí para conocer al padre de su hijo.

Ryan metió el pan en el horno y el pollo en la sartén. Luego se acercó al frigorífico y sacó una jarra de té con rodajas de limón y cubitos de hielo.

–Té de hierbas –dijo mientras lo servía en vasos–. Sin cafeína.

–Gracias –Julie dio un sorbo. El sabor era más cítrico que otra cosa, pero estaba bien–. Está bueno.

–Me alegro de que te guste.

–De acuerdo, tú ganas. Estoy oficialmente confusa. ¿Éste eres realmente tú?

–¿Quieres ver mi carné?

–Ya sabes lo que quiero decir. Eres...

–¿Normal?

–Sí. Normal. No el maldito bastardo que odia a las mujeres.

–Yo no odio a las mujeres –dijo él–. Me gustan.

–Siempre que puedas enseñarles lecciones –dijo ella–. Lo siento. Estoy rompiendo las normas. Digamos sólo que ésta es una parte interesante de tu personalidad. Ahora podemos pasar a temas más seguros. Dime cómo era tu vida cuando eras pequeño.

Ryan la miró mientras partía la rúcola y la echaba en un cuenco.

–Eso me metería en problemas.

–¿Por qué?

–Porque sí. Pero te lo contaré de todas formas. Todd y yo nacimos con un par de meses de diferencia, de modo que siempre hemos estado unidos. Nuestros padres son hermanos, así que viajamos mucho juntos y fuimos a las mismas escuelas. Salíamos juntos de vacaciones.

–¿Escuela pública? –preguntó ella antes de dar otro trago al té. Ya había adivinado la respuesta, pero no le importaba ver cómo se ponía a la defensiva.

–Privada.

–Ah.

–Los dos fuimos a Stanford. Se habló de Princeton o Yale, pero no nos interesaba. Nuestras vidas estaban en California. La nieve era para las vacaciones de esquí, no para todos los días.

–¿Esquiabas en Gstaad? –preguntó ella.

–En todas partes. Y, antes de que empieces a burlarte de mí...

–¡Nunca haría eso!

–Quiero dejar claro que Ruth tenía dinero. Ésta también podría haber sido tu vida.

–Entiendo las palabras, pero admitiré que no puedo verlo como algo real.

Mi madre siempre dijo que sus padres habían muerto, y nosotras la creímos.

–Pero, si las cosas hubieran sido distintas... –comenzó él.

–Entonces tú y yo habríamos crecido juntos. Habríamos sido como hermano y hermana.

Ryan puso cara de repugnancia. No era precisamente como querría que hubieran sido las cosas. Pensaba en Julie de muchas maneras, pero no como hermana.

Mientras cocinaba, se distraía constantemente con su presencia. Estaba tan viva, tan vibrante. Era como si ella fuese el único color de la habitación.

Le gustaba el modo que tenía de desafiarlo, y cómo trataba de ser justa. También le gustaba su jersey rosa, que enfatizaba sus curvas. Curvas que recordaba muy bien y que deseaba poder tocar de nuevo.

–O tal vez hubiéramos sido el primer amor del otro –dijo ella.

–Eso me gusta más –dijo él.

–Puedo imaginármelo. La magia del primer beso. Ir a los bailes de graduación.

–Tú irías a un colegio privado de chicas –dijo él con una sonrisa–. Con uniforme.

–Te estoy ignorando. Nos habríamos separado antes de la universidad, habríamos tratado de mantener el contacto, pero tú serías incapaz de serme fiel. Yo me presentaría por sorpresa en tu residencia y te pillaría con una pelirroja.

–Eh, ¿por qué tengo que ser el malo? Nunca he sido infiel.

–¿Por qué no me lo creo?

–No sé, pero es cierto. Tengo referencias.

Julie pareció pensar en eso durante un momento.

–De acuerdo, entonces simplemente nos distanciamos. Entonces, en nuestras siguientes vacaciones juntos, Todd intentaría ligar conmigo. Vosotros os peleáis y, mientras tanto, yo me voy con el científico que conocí en la biblioteca.

–¿Y yo viviría mi vida amargado y arrepintiéndome?

–Tal vez. Pero finalmente encontrarías a alguien, una bibliotecaria que te leería a Emily Dickinson todas las noches.

–Vaya, gracias.

–De hecho, te gustaría mucho.

–Así que todavía me odias, ¿verdad? –preguntó él.

Julie ladeó la cabeza y su larga melena rubia le cayó por encima del

hombro.

–No tanto como debería.

Ryan le dio la vuelta al pollo y negó con la cabeza.

–Ojalá nos hubiéramos conocido de otra forma. Ojalá me hubiera encontrado contigo en la playa, o en la tienda de ultramarinos, o en una fiesta.

–Ryan, no.

–¿Por qué no? Nos llevamos bien. Nos llevamos bien aquella primera noche y nos llevamos bien ahora.

–No sé qué parte de aquella noche fue real y qué parte estaba planeada. ¿Quién eres realmente?

–Estoy intentando enseñártelo –intentando ser paciente. Las razones de Julie eran válidas. Aunque no quisiera, tenía que respetar su derecho a mostrarse recelosa.

–De acuerdo, me parece bien –dijo ella–. Lo estoy intentando, Ryan. No estoy siendo difícil a propósito.

–¿Es sólo un alegre derivado?

–Más o menos.

–Háblame de tu vida –dijo él–. Ya sabes todo sobre la tragedia de mi infancia.

–Mis hermanas y yo éramos felices. No había mucho dinero ni escuelas privadas con o sin uniformes, pero nos parecía bien.

–¿Vuestro padre murió?

Julie se detuvo y, por primera vez desde que había llegado, pareció incómoda.

–No, está vivo.

¿Cuál era el problema? El divorcio era algo común.

–Mis padres siguen casados –dijo–. Tienen una relación única. Mi padre es uno de esos hombres que no puede sentar la cabeza. Es encantador y divertido, y todo el mundo quiere estar cerca de él.

Todo el mundo menos ella, pensaba Ryan, viendo las emociones en su rostro. Obviamente, su padre le había hecho daño.

–Desaparece –continuó Julie–. Reaparece durante algunas semanas, para alivio de mi madre, que lo adora. Nos colma de regalos y nos cuenta historias, y se implica en nuestras vidas, y luego desaparece. Nunca avisa y, con frecuencia, vacía la cuenta bancaria de mi madre. Meses después, envía un cheque con una cantidad tres o cuatro veces mayor. Pocos meses después de eso, reaparece de nuevo.

–Eso tenía que ser duro para ti –dijo Ryan.

–No era mi manera favorita de vivir. Yo quería que se quedase y, si no podía, quería que desapareciese para siempre. Durante mucho tiempo me odié a mí misma por quererlo cuando estaba cerca y por lo mal que me sentía cuando se iba. Odiaba ver a mis hermanas tan tristes y escuchar a mi madre llorar. Ahora es mejor. Ya no me implico.

¿Era cierto? ¿Julie era capaz de distanciarse de su padre o simplemente evitaba cualquier emoción en lo que a él respectaba?

–¿Cómo lo lleva tu madre? –preguntó él.

–Lo ama –la expresión de Julie era indulgente y confusa–. No lo entiendo, pero así es. Lo ha amado desde el primer momento en que lo vio. Se distanció de su familia sólo para estar con él. Se alejó de sus padres y de una vida privilegiada. Tu tío era su padrastro, pero había estado en su vida desde que ella era un bebé. En lo que a ella respectaba, era su padre. Por lo que cuenta, fue lo mejor. Nunca ha mirado atrás, nunca se ha arrepentido.

Ryan comprobó el pan y luego sacó el pollo de la sartén. La ensalada estaba lista. En cuanto terminara el pan, prepararía el pesto y estarían listos para comer.

–Admiro su habilidad para aferrarse a su decisión –dijo él–. Hace falta coraje.

–Creo que el hecho de estar completamente apartada de su familia ayudó un poco. No era como si ellos hubieran estado dispuestos a recibirla de vuelta.

–Su padre no lo habría hecho –dijo Ryan–, pero Ruth sí. Es una mujer de buen corazón. Es gruñona y dura por fuera, pero por dentro es un cielo.

–Aún no he visto esa parte de ella. Se mostró bastante intimidante cuando vino a vernos.

–¿Tú? –preguntó él con una sonrisa–. ¿Intimidada? No me lo creo.

–De acuerdo, estaba nerviosa. Obviamente te preocupas por ella. Lo noto en tu voz. Lo digo en el buen sentido. Pero bueno, trató de conseguir que una de nosotras se casara con tu primo sobornándonos. Eso no es muy dulce.

–Pero ella es así. Le encanta entrometerse, pero siempre ha sido una parte importante de mi vida. Nuestros padres viajaban constantemente y, cuando estaban fuera, Todd y yo vivíamos con Ruth. Tenía una mansión increíble en Bel Air. El terreno era impresionante, dos o tres acres por lo menos. Pasábamos los veranos perdidos en los jardines. Cuando estábamos en el colegio, ella aparecía sin razón alguna, nos sacaba de clase y nos llevaba a la playa o a Disneylandia.

–Suena bien –dijo ella con tono dubitativo.

–Era genial. Tendrás que llegar a conocerla.

–Estoy deseándolo. Al menos la casa estará bien, si me pide que vaya a visitarla.

–Ya no vive allí. Se la dio a su hija, que es la mayor de las dos hermanas, y ella se la cedió a Todd.

–¿Todd vive en una vieja mansión de Bel Air? –preguntó Julie.

–¿Eso cambia algo? ¿Te arrepientes de que no fuera él el de la cita?

Ella se rió.

–No. Eso hace que sea más risible. ¿Qué hace un soltero en una casa así? Debe de ser un museo.

–Lo es. ¿Por qué te parece tan divertido?

–No sé, pero estoy deseando decírselo a mis hermanas. Bien, soy una maleducada. ¿En qué puedo ayudar?

–Podrías poner la mesa.

–Genial. Dime dónde puedo lavarme las manos.

–Claro.

La guió hasta el cuarto de baño de invitados junto al salón. Julie miró a su alrededor, a los azulejos blancos, los suelos de mármol y las figuras blancas, y luego volvió a mirar a Ryan.

–Tienes que aprender a decirle que no a tu decorador de interiores.

–Lo sé. Es un desastre.

–Podría quedarte ciego aquí dentro.

–Si crees que esto es malo –dijo él–, deberías ver el dormitorio. Todo es negro y morado.

En menos de un segundo, la atmósfera cambió. La tensión fue palpable entre ellos. Ryan no podía apartar la mirada de su boca, y la necesidad de besarla y abrazarla le invadió al instante.

Julie abrió la boca y volvió a cerrarla.

–Esto es extraño –dijo finalmente.

–No tiene por qué serlo –aunque le costó trabajo, se apartó de ella. Había cedido a la tentación en el bufete y eso no había mejorado las cosas. No quería volver a cometer el mismo error–. ¿Ves? Todo bien.

No era cierto. Al menos no para él. Cuanto más estaba con ella, más la deseaba, pero, por el momento, ignoraría el deseo. Tenía que pensar a largo plazo. Julie y él tenían que establecer una relación cómoda para poder llegar a conocerse. Entonces, cuando ella se ablandara, volvería a proponerle

matrimonio. Porque, de un modo u otro, iban a casarse.

Ningún hijo suyo nacería sin que sus padres estuvieran legalmente unidos. Así que estaba dispuesto a cualquier cosa para convencer a Julie de que le diera una oportunidad; incluso renunciaría a lo único en lo que podían estar de acuerdo.

El sexo.

Capítulo Nueve

Aquel era el fin de semana de las comidas divertidas, pensó Julie mientras aparcaba frente a una inmensa finca de Beverly Hills. El día anterior había estado comiendo con Ryan una comida deliciosa y compartiendo una agradable charla. Al regresar a casa había escuchado un mensaje de Ruth invitándola a comer al día siguiente a su casa. La invitación había sonado más como una orden.

Julie había considerado la opción de negarse durante tres segundos, pero luego había llamado para confirmar. Quería llegar a conocer a su abuela. Ryan había descrito a una mujer muy distinta a la que ella había conocido. Tal vez esa visita le demostrara qué Ruth era la real.

Se acercó a las enormes puertas y llamó al timbre. Abrió una sirvienta. Cuando Julie le dio su nombre, fue acompañada por un vestíbulo tan grande como su casa hasta un inmenso salón.

Había varios sofás, unas doce sillas, mesas, armarios, obras de arte más típicas de una galería y un hombre de pie junto a la chimenea.

El corazón comenzó a acelerársele incluso antes de que el hombre se diera la vuelta, de modo que no se sorprendió tanto al encontrar a Ryan allí.

Obviamente él no había sido informado de su llegada, pues arqueó las cejas al verla y sonrió.

–¿Julie?

El placer en su voz le produjo un escalofrío. El día anterior había tenido la oportunidad de conocerlo mejor. A pesar de todo, estaba empezando a causarle una buena impresión. Pero ver que se alegraba de su presencia hacía que ganase puntos.

–Ruth me invitó a comer –dijo ella.

–A mí también –dijo él, bajando la voz–. Era una orden.

–¿Los dos juntos? ¿Debería preocuparme?

–No creo –Ryan se acercó y le agarró una mano antes de darle un beso en

la mejilla—. Sin importar por qué estés aquí, me alegro de verte. La comida ayer fue excelente.

Él también lo era, pensó Julie, mirándolo a los ojos y sintiendo cómo se le erizaba el vello. Sus dedos eran cálidos y la mejilla le ardía por el leve roce de sus labios.

—Me lo pasé bien —admitió ella, deseando de pronto que no los interrumpiera nadie.

Había salido antes con hombres, incluso había estado prometida, pero nunca había tenido una relación tan visceral con nadie.

—Oh, bien. Los dos estáis aquí.

Ruth Jamison entró en el salón con los brazos abiertos y una sonrisa en los labios.

—Ryan, cariño, qué bien que hayas venido —dijo, abrazándolo antes de girarse hacia Julie—. Sigo sin creer que tenga unas nietas tan adorables.

Julie recibió el abrazo de su abuela y luego Ruth los condujo del brazo a uno de los sofás. Cuando estuvieron sentados, ella ocupó la silla de enfrente.

—Sé que esto ha sido muy precipitado —les dijo—, así que muchas gracias por concederle este placer a una anciana.

—Una anciana muy astuta —dijo Ryan—. ¿De qué va todo esto, Ruth?

—¿Es que tiene que ir de algo?

—Conociéndote, sí.

Ruth le dirigió una sonrisa y luego miró a Julie.

—No le hagas caso —dijo—. Hará que pienses que soy una persona horrible, y no es verdad. Soy muy dulce. Y también estoy preocupada. He oído que saliste con Ryan en vez de con Todd. ¿Es cierto?

La pregunta fue tan inesperada, que Julie no supo qué decir. ¿Cómo diablos se había enterado? ¿Se lo habría dicho Ryan? Ruth continuó hablando.

—Mientras que Ryan es un hombre maravilloso y estoy deseando que siente la cabeza, Todd es el mayor. Debería casarse primero.

—Es sólo dos meses mayor —dijo Ryan—. No te importarán ese tipo de cosas, ¿verdad?

—Generalmente no, pero esto es diferente. Se trata de la familia. Tu tío abuelo tenía unas ideas muy particulares y yo quiero que se cumplan. Que Todd se casase primero era una de esas ideas. ¿Qué ocurrió?

—Ruth, esto no es asunto tuyo —dijo Ryan amablemente, contestando a la pregunta de Julie sobre si habría sido él la fuente informadora de Ruth. Pero, si no lo era, ¿quién entonces?

–Claro que sí.

Julie sintió el peligro. No quería que Ryan admitiera la verdad sobre su primer encuentro por muchas razones. Tenía la sensación de que estaba dividido entre querer contestar a su tía y querer protegerla a ella. En vez de esperar a ver lo que pasaba, decidió intervenir.

–Yo organicé la cita con Todd como tú sugeriste –dijo Julie–. Entonces le surgió un asunto y Ryan apareció para decirme que iba a llegar tarde. Se quedó a tomar una copa y acabamos cenando juntos.

Ryan le dirigió una mirada de agradecimiento.

–Eso es. Todd no pudo llegar a tiempo.

–Entiendo –dijo Ruth con un suspiro–. ¿Y ahora qué? ¿Saldrás con Todd?

–No –contestó ella.

Ruth se quedó mirándola.

–Es un millón de dólares, Julie. ¿Sabes lo que podrías hacer con ese dinero?

–Me hago una idea, pero estoy bien. Gracias por preguntar.

Más tarde, cuando terminaron de comer, Julie y Ryan se marcharon juntos. Cuando salieron a la calle, Julie se giró hacia él.

–No sé si sólo es una vieja loca o el diablo en persona –dijo.

–Normalmente me pondría de su lado, pero está actuando de forma extraña. ¿A qué venía ese interrogatorio? ¿Y cómo se ha enterado de que cenaste conmigo en vez de con Todd?

–No tengo ni idea. Aunque yo pensé que habías sido tú.

–Yo no fui.

–Ya lo sé.

–Normalmente no se comporta así. Quizá lo de tener nietas se le ha subido a la cabeza.

–Mis hermanas y yo no tenemos poderes especiales. Parecía triste cuando le he dicho que no iba a salir con Todd. Tendré que advertir a Marina y a Willow de que irá a por ellas después. Aunque no tendrá suerte con Willow. Mi hermana se muestra muy protectora conmigo estos días. Lo único que quiere de Todd es la oportunidad para gritarle.

Ryan se detuvo junto al coche de Julie.

–Tenemos un gran lío.

–Oh, sí. Y la culpa es tuya, por cierto.

–¿Por qué? –preguntó él, riéndose.

–Tienes unos nadadores muy buenos. De lo contrario, no estaría embarazada.

–Creo que la culpa es tuya.

–¿De verdad? Muy típico de los hombres.

–Soy un hombre. Es culpa tuya porque eres inteligente, sexy y divertida, y olías muy bien.

–El tóner de la fotocopidora.

–Lo que sea. No tenía posibilidad de escapar.

–¿Acaso querías escapar?

Sus ojos se oscurecieron con algo parecido al deseo.

Julie se estremeció. Era un juego peligroso. Ryan y ella debían estar conociéndose. Algunas personas llegaban a conocerse antes de tener un bebé, ¿pero por qué ser convencionales?

Aun así, lo más sensato era echar el freno. Mantenerse alejada de aquel hombre tan sexy y marcharse a casa. Pero no podía moverse. En parte porque ese hombre sexy era intrigante, pero también porque estaba empezando a gustarle.

–Fue una noche fantástica –dijo él–. Estuviste alucinante.

–Tú tampoco estuviste mal.

–Gracias.

–De nada –contestó ella con una sonrisa.

Ryan le colocó una mano en el hombro. Se dijo a sí misma que era un roce casual. No significaba nada. ¿Entonces por qué le costaba tanto respirar?

–Tenemos que evitar que Ruth se entere de lo del bebé, al menos de momento –dijo él–. Tal como está actuando, no sé qué haría con la información.

–Da un poco de miedo pensarlo.

–También tenemos una reunión de negocios en un par de días.

–Lo sé. Lo he apuntado en la agenda.

–Todd estará allí.

–No tengo palabras para expresar mi alegría –¿era su imaginación o Ryan estaba acercándose?

–No es tan mal tipo.

–Eso dices tú –definitivamente se estaba acercando a ella, y eso le gustaba.

–Y yo tampoco soy tan mal tipo.

Julie abrió la boca para decir algo y él la besó. La rodeó con los brazos y

ladeó la cabeza.

Ella quiso sentirse indignada. En vez de eso, separó los labios al instante, presionando su cuerpo contra él.

Sus lenguas se juntaron en un mar de necesidad. Lo deseaba tanto, que le daba igual que estuviesen frente a la casa de su abuela. Sus besos eran cálidos y familiares. Nada importaba, salvo el hecho de que no se detuviera.

Ryan deslizó las manos por su espalda, agarrando sus nalgas con fuerza y presionándola contra él, haciéndole sentir su erección.

Oh, sí. Eso era exactamente lo que Julie deseaba. Sus brazos enredados, sus cuerpos pegados hasta que no tuviera más opción que rendirse al placer. Entonces...

¡No! No podía rendirse. Otra vez no. No hasta que no hubiera descubierto quién era y lo que sentía por él. Desnudarse era una complicación que no necesitaba.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo, pero se obligó a echarse a un lado.

–Tenemos que parar –dijo sin aliento.

–No, no tenemos.

–Estabas empezando a gustarme. No tientes a la suerte.

–¿Te gusto? –preguntó él con una sonrisa.

–Un poco. Tal vez. No me molestes o el sentimiento desaparecerá.

Ryan sonrió y se apartó.

–Eres una mujer muy peculiar, Julie Nelson. Definitivamente eres interesante.

La última vez que Julie había estado en la oficina de Ryan, había estado demasiado enfadada para prestar atención a la elegancia del lugar. Pero, esa mañana, pudo apreciar la sutil combinación de colores y los muebles caros pero confortables.

–Ryan debería haberse acostado con esta decoradora en vez de con la de su piso –murmuró al entrar en la recepción antes de darle su nombre a la secretaria.

Fue conducida a la sala de conferencias inmediatamente. Mientras sus tacones se hundían en la alfombra, se recordó a sí misma que aquello era algo estrictamente profesional. El beso que había compartido con Ryan hacía pocos días estaba completamente borrado de su mente. Estaba decidida a ser la mejor abogada que hubieran tenido jamás. Ryan le había ofrecido a su bufete tres compañías pequeñas. Ella había hecho sus investigaciones y sabía que

había mucho más. Pretendía llevárselo todo.

Entró en la sala de conferencias. Los dos hombres se levantaron y le dirigieron una sonrisa, pero su visión no fue más allá de Ryan. Aun siendo consciente de la presencia de Todd en la sala, no lograba convencerse de que él también importaba.

Se quedó mirando a Ryan a los ojos. Él le devolvió la mirada, haciéndole sentir que el tiempo se detenía. El deseo, siempre presente, reapareció, aunque ella ya estaba acostumbrada. Ignoró el calor que sintió entre las piernas y el aceleramiento de su corazón.

–Buenos días –dijo finalmente.

–Buenos días –dijo Ryan–. Me alegro de verte.

–Asqueroso –murmuró Todd.

Julie recordó dónde estaba y se obligó a apartar la mirada del hombre que la hechizaba.

–Caballeros –dijo, dejando el maletín sobre la mesa y rechazando tomar té o café–, vamos a hablar de negocios.

–Estamos listos –dijo Ryan.

Le dirigió una sonrisa y luego miró a Todd.

–No creo que usted lo esté.

Todd, casi tan guapo como su primo, se recostó en su silla y negó con la cabeza.

–¿Qué le hace pensar eso, señorita Nelson?

–El modo en que lleva las cosas –Julie había decidido decantarse por un ataque directo para dejar clara su posición. Luego los abrumaría con datos para que estuvieran de acuerdo con ella–. Dicen estar interesados en hacer negocios con China, pero sus acciones no lo demuestran. Acudieron a mí con tres pequeñas empresas, pero disponen de millones en sus otros negocios. He estado haciendo averiguaciones y no lo están haciendo nada bien. Sus acuerdos son mediocres. Los contratos no les protegen. Tengo números que lo demuestran, si quieren verlos.

Buscó en su maletín y sacó varias carpetas. Todd y Ryan se miraron y luego la observaron.

–Sé que me ofrecieron un par de cuentas como oferta de paz y, aunque estoy agradecida, he decidido que quiero todo el negocio –continuó Julie–. Por la sencilla razón de que no encontrarán un bufete mejor. Necesitan algo más que consejo, necesitan un socio. No delegamos responsabilidades. Asesoramos a nuestros contactos. Yo misma me encargo de hablar

directamente con China. Nadie puede alegar un error de traducción.

–¿De qué diablos está hablando? –preguntó Todd.

–Hablo mandarín –contestó ella.

–Sí –dijo Ryan–. Supongo que olvidé mencionarlo.

–Lo aprendí gracias a una vecina –dijo Julie–. Pasé varios veranos en China y un semestre de la universidad. Lo hablo con fluidez.

–Interesante –dijo Todd–. Si me disculpa un momento.

Ryan vio cómo su primo salía de la sala y entonces se giró hacia Julie.

Estaba radiante, aunque siempre lo estaba. Lista y sexy. ¿Cómo había tenido tanta suerte? Si tan sólo pudiera convencerla para que se casara con él.

Tenía la sensación de estar haciendo progresos, lo cual era bueno. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más disfrutaba de su compañía, lo cual era aún mejor.

–No era un negocio por compasión –le dijo.

–Lo que sea –dijo ella, encogiéndose de hombros–. Era un pedazo muy pequeño del pastel.

–¿Lo quieres todo?

–Por supuesto. ¿Pensabas lo contrario?

–No sé. Esto sería algo importante para ti. Es una cuenta importante para que te asciendan.

–Ya lo sé –dijo ella con una sonrisa–. Soy muy capaz.

–Eso suavizaría las cosas con los socios cuando se enteren de que estás embarazada.

–Lo sé. Es parte de mi motivación, pero no la mayor parte. Ryan, soy buena. Sé lo que estoy haciendo. Si estuviéramos hablando de Europa, Rusia o América del Sur, no presionaría tanto. Pero conozco esa parte del mundo.

Sus ojos brillaban con intensidad y convicción. Por una vez querría ver esos ojos iluminarse al verlo a él. Eso sería...

Vaya. ¿De dónde había salido eso? Deseaba casarse con Julie por el bien del bebé. No había otra razón. Sí, era fantástica y sexy, y la deseaba, pero no se trataba de tener una relación. Había renunciado a eso hacía seis meses. No pensaba volver a poner en peligro su corazón.

Todd regresó a la sala de conferencias con una mujer china. Ryan emitió un gemido.

–Estás de broma, ¿verdad? –preguntó.

Todd lo ignoró.

–Señorita Lee, ésta es Julie Nelson.

La señorita Lee se inclinó y comenzó a hablar en lo que Ryan suponía que era mandarín.

–¿Es que no puedes confiar en ella? –le preguntó a Todd en voz baja.

–Tú no habrías confiado en nadie. Si vamos en serio a la hora de darle el negocio, entonces será mejor que sea la persona correcta –dijo Todd–. Antes eras un cínico bastardo como yo. No me digas que esa parte de ti se ha esfumado.

–No se ha esfumado –dijo Ryan mientras Julie y la señorita Lee charlaban–. Ha cambiado.

–¿Por una mujer?

Por suerte, la señorita Lee se giró hacia él en ese instante.

–Su mandarín es bueno y lo entiende todo –dijo–. Aunque necesita trabajar el acento.

–Lo sé –dijo Julie, riéndose–. Lo intento.

–Lo hace muy bien.

Todd se encogió de hombros, y dijo:

–De acuerdo, entonces supongo que tenemos algunas cosas de las que hablar.

La puerta de la sala se abrió y apareció la secretaria de Ryan.

–Ryan, la llamada del banco que estabas esperando.

–Gracias.

Miró a Todd y a Julie.

–Tengo que contestar. Volveré en cinco minutos. Tratad de no mataros.

–No lo haremos –dijo Julie.

Ryan le dio las gracias a la señorita Lee por su ayuda y la acompañó fuera. Julie miró a Todd.

–Hablar mandarín no es algo sobre lo que se deba mentir –dijo.

–Son negocios.

–Lo comprendo –en su posición, probablemente ella habría hecho lo mismo. Aunque no pensaba decírselo–. Tengo una pregunta.

–¿Cuál?

–Tu tía nos ofreció un millón de dólares por casarnos contigo. ¿Qué tienes de malo para que quisiera hacer eso? Aparte de lo evidente.

Había esperado que Todd se enfadase. Simplemente se rió.

–Estoy empezando a entender lo que ve Ryan en ti –dijo.

–Lo cual es encantador, pero no contesta a mi pregunta.

–Mi tía tiene algunas ideas interesantes sobre las relaciones. Ésta es una

de ellas. Sé que sigues enfadada por lo de la primera cita, Julie, pero no es todo culpa de Ryan.

–Oh, ya sé que la culpa es tuya.

–Qué agradable. Pero no me refería a eso –miró hacia la puerta y luego otra vez a ella–. Ryan lo pasó mal hace unos meses. Una relación complicada.

Dado que Julie también había tenido una así, comprendía perfectamente por qué ocurrían esas cosas.

–Ryan siempre ha sido cauteloso –continuó Todd–. Los dos lo hemos sido. Pero conoció a esa mujer y parecía perfecta. No estaba interesada en su dinero. Era madre soltera y él lo respetaba. Y estaba loco por la niña.

Julie sintió un pinchazo en su interior que nada tenía que ver con estar encandilada por Ryan; en vez del calor, sintió frío y algo pesado en el estómago.

Podía traducir perfectamente lo que Todd estaba insinuando. Ryan se había enamorado perdidamente de aquella mujer y adoraba a su hija.

Intentó decir que no le importaba. Apenas le importaba Ryan. Pero, por alguna razón, no logró articular palabra.

–Yo la conocí y también me pareció estupenda –dijo Todd–. Estaba un poco preocupado porque Ryan parecía estar más excitado por ser padre que por ser marido, pero imaginé que todo se igualaría. Las cosas se pusieron serias cuando Ryan la oyó hablando con una amiga. Dijo que, al quedarse embarazada, todo había sido un desastre, pero, después de nacer su hija, había descubierto que a los ricos les encantaban los bebés. Todos se imaginaban siendo padres. La relación en sí misma era aburrida, pero se casaría con Ryan, esperaría dos años y luego se marcharía, llevándose una importante suma de dinero consigo. Después de todo, él se habría encariñado con la niña y no querría que sufriera.

El frío aumentó. Julie se sentía mareada y, por una vez, no tenía nada que ver con el embarazo.

–Eso es horrible –murmuró.

–Y mucho más. Ryan estaba bien. Se escapó a tiempo. Pero la experiencia hizo que se sintiera estúpido. Eso no le gusta a nadie.

–Puedo imaginarme el resto –dijo ella–. Pocos meses después, vuestra tía explicó sus planes. Y nos visteis a mis hermanas y a mí como más de lo mismo.

–Eso es. Le conté a Ryan la situación y se ofreció a ocupar mi lugar.

–Para enseñarme una lección.

–No era nada personal –dijo Todd–. Sólo quería que supieras por qué lo hizo. Vas a tener un bebé con él. Ryan es un buen tipo. Cometió un error y lo lamenta. Eso debería servir de algo.

–Y sirve –dijo ella–. Pero aun así me mintió. Aunque entiendo la situación en la que estáis metidos, eso no os da derecho a atacar a inocentes. Yo no hice nada malo. No era ella.

–La fastidió. Dale un respiro. Si él hubiera sabido que iba a colgarse de ti, no lo habría hecho.

¿Colgarse? ¿De ella?

Julie quería que aquellas palabras no significaran nada, pero sí significaban. Quería gustar a Ryan y que él la respetara, aunque no entendía por qué su opinión le importaba.

Ryan regresó en ese preciso momento.

–Lo siento. ¿Qué me he perdido?

–Sólo estábamos hablando –dijo Todd.

Volvieron a centrarse en los negocios y lo zanjaron todo en una hora. Ryan acompañó a Julie al ascensor.

–Los socios estarán contentos –dijo él.

–Creo que incluso bailarán. Soy buena en mi trabajo. No te decepcionaré.

–Lo sé. ¿Cómo te sientes?

–Bien. Sigo teniendo náuseas casi todo el día, pero estoy aprendiendo a vivir con ello.

La conversación trivial la volvía loca. Realmente quería preguntarle por lo que Todd había dicho. ¿Ryan tenía verdaderamente sentimientos hacia ella? ¿Sería real o seguiría intentando convencerla para casarse con él? ¿Y acaso sería tan horrible casarse con el padre de su hijo?

–¿Se lo has dicho a tu familia? –preguntó él.

–A todos salvo a mi padre. No tengo ni idea de dónde está –y tampoco iba a perder el tiempo localizándolo.

–Yo no se lo he dicho a mis padres. Están en Europa. No vienen mucho por Estados Unidos, pero, cuando lo hagan, los conocerás.

–Genial –murmuró ella.

–Yo también debería conocer a tu familia.

–¿Qué?

–¿Acaso no quieres?

Era una pregunta con truco. No, realmente no quería que los conociera. Sería extraño. ¿Pero negarse cuando iban a tener un bebé juntos?

–Sería divertido –dijo finalmente.

–Estoy libre este fin de semana.

Qué afortunada.

–De acuerdo, claro. Yo eh... lo organizaré todo.

–Bien.

Ryan se inclinó hacia delante y le dio un beso.

No había pasión ni poder como en otras ocasiones, pero aun así la desestabilizó.

–Hasta el fin de semana entonces –dijo él.

–Claro. Seré yo la que tenga antojo de pepinillos.

Capítulo Diez

La casa era modesta. Ryan aparcó y trató de asimilar que, mientras él había crecido en un mundo de riqueza y privilegios, las nietas de Ruth se habían criado allí.

Salió de su deportivo y caminó hacia la puerta. Julie ya la había abierto. Se apoyó en el marco y dijo:

–¿Estás preparado? Deberías estarlo.

–Tus hermanas no pueden ser tan malas –dijo él mientras se acercaba–. Estaré bien.

–Qué tonto –dijo Julie con una sonrisa.

Pasó frente a ella, se dio la vuelta y la besó. Ella no reaccionó, pero Ryan observó el deseo en sus ojos. Tal vez tuvieran otros problemas, pero conectar sexualmente no era uno de ellos. Quizá se hubiera apresurado al decidir que su plan de aproximación funcionaría mejor si no había contacto físico.

–Mi madre está trabajando –dijo Julie–. Está a cargo de una clínica de vacunas a bajo precio un sábado al mes, pero llegará más tarde. Mientras tanto, tengo aquí a mis hermanas para que te interroguen; quiero decir, para que te entretengan.

–Pueden interrogarme –dijo él, riéndose–. Puedo apañármelas.

–Eso piensas.

La mañana era cálida, anticipando un día caluroso; de los que aparecen de vez en cuando en otoño. Julie llevaba una blusa holgada con amplio escote y mangas diminutas. En vez de pantalones, había optado por una falda hasta la altura de las rodillas. Llevaba los pies descalzos y el pelo suelto. Parecía una princesa de cuento de hadas.

Ryan se detuvo en mitad del salón. ¿Una princesa? ¿Qué diablos le pasaba?

–Por aquí –dijo Julie–. Ya no puedes echarte atrás.

–No pensaba.

Lo guió por la cocina hasta el jardín trasero, que era más paradisíaco de lo que hubiera imaginado. Había plantas por todas partes, una mesa con sillas en un extremo y una barbacoa en el otro. Había velas y cosas que giraban con el viento, aparte de telas que colgaban y que no servían para nada en especial.

También había dos mujeres, ambas rubias y de ojos azules, con los rasgos de Julie y la misma mirada de «vamos a ponerte a prueba».

–Mis hermanas –dijo Julie–. Willow y Marina.

Willow era bajita, delicada y guapa. Marina era la más alta de las tres, y también una belleza. Unos genes magníficos.

–Encantado de conoceros –dijo con una sonrisa–. Julie me ha hablado mucho de vosotras.

–¿Y ha mencionado que queríamos darte una paliza? –preguntó Willow–. No sólo a ti. Sigo queriendo ir a esa casa y decirle unas cosas a Todd Aston. No tendrás su dirección, ¿verdad?

–Yo, eh, el jardín es precioso –dijo Ryan–. Hay muchas plantas. Es un lugar muy especial.

–No es un cambio de tema muy discreto –dijo Marina con los brazos cruzados–. Dudo que estés realmente interesado en el paisaje, pero, en caso de que no estés tomándonos el pelo, Willow es la que se encarga de eso.

Julie le indicó que se sentara y ella ocupó la silla frente a él.

–Willow puede cultivar cualquier cosa. Le encantan las hierbas y todas las cosas aromáticas. Tiene una línea de velas que es muy popular en algunos herbolarios, y escribe una tira cómica.

–Impresionante –dijo Ryan, mirando a Willow–. ¿Tienes alguno de tus cómics aquí? Me gustaría leer alguno.

Willow tomó una revista de la mesa de cristal y se la lanzó.

–Más o menos en la octava página –murmuró.

Fue pasando las páginas de la publicación. Había artículos sobre jardinería orgánica, un ensayo sobre cómo sobrevivir al frío y a la gripe y un diagrama sobre cómo sacar el máximo partido al abono.

Entonces vio la tira cómica de seis viñetas. Aparecían dos calabazas hablando sobre una venta de zapatos. A juzgar por los tocados en sus cabezas y los tacones, eran calabazas femeninas.

Leyó las viñetas y se obligó a reírse al final, incluso aunque no entendía la broma.

–Es genial –dijo al terminar–. ¿Las has vendido a más publicaciones?

–Sólo a un par de periódicos locales. Las grandes publicaciones no están

interesadas en el humor orgánico.

–Pues se están perdiendo un gran mercado.

Willow lo miró como intentando adivinar si estaba siendo condescendiente con ella. Estaba a punto de empezar a hablar sobre el importante crecimiento del mercado de productos orgánicos cuando Willow y Marina se levantaron.

–Vamos a por los aperitivos –dijo Marina.

Cuando se marcharon, Ryan se giró hacia Julie.

–No lo entiendo –susurró, agitando la revista–. Explícamelo.

–No puedo –dijo ella–. Tampoco lo entiendo. Tal vez haya que ser vegetariano para entenderlo, no sé. Durante un tiempo pensé que los cómics de Willow no eran divertidos. Pero cada vez está en más revistas, así que debo de ser yo. Bueno, y Marina, y mi madre.

–Y yo –dijo él.

Julie le dirigió una sonrisa y él se la devolvió.

Sus hermanas regresaron.

–Limonada de mango –dijo Willow, entregándole un vaso.

Marina puso un plato de galletas sobre la mesa.

¿Limonada de mango? Dio un sorbo. No estaba del todo malo.

Marina y Willow volvieron a sentarse.

–¿Has estado casado alguna vez? –preguntó Marina.

–No.

–¿Prometido? –preguntó Marina.

–No.

–¿Algún hijo, aparte del que vas a tener con Julie? Y, por favor, no digas «no que yo sepa». Eso hace que los hombres parezcan estúpidos.

–No hay más hijos.

Había comenzado el interrogatorio. Le preguntaron por todo, desde la relación con su madre hasta su situación económica, pasando por saber si pagaba sus impuestos a tiempo o no. Julie se quedó sentada en silencio, observando como si estuviera juzgando sus respuestas.

Le parecía bien. No tenía nada que ocultar. Así que contestó a las preguntas sin dudar, hasta que Willow dijo:

–¿Cómo pudiste ser tan rastrero como para mentir sobre quién eras con el propósito expreso de hacer daño a esa persona?

Pensó en decir que no pensaba que pudiera hacerle daño a Julie, pero no le sonó bien. Decir que la consideraba incapaz de sentir nada no era

apropiado tampoco. Podía explicar el daño que había experimentado en el pasado y sus ganas de vengarse. Sólo que Julie no había sido la que le hiciera daño. Finalmente, optó por la verdad.

–Me equivoqué –le dijo a Willow–. No hay excusa para mi comportamiento y no intentaré inventarme una.

Marina y Willow se miraron, y luego observaron a Julie. Willow se encogió de hombros.

Ryan sintió que algo importante había sucedido, pero no estaba seguro de qué. A veces, las mujeres eran un misterio.

–Cuando éramos pequeñas, Julie era muy mandona –dijo Marina–. Especialmente conmigo.

–No era mandona –dijo Julie–. Sin embargo, nuestra madre trabajaba y alguien tenía que estar al mando. Yo era la mayor.

–Mandona –dijo Willow–. De las peores.

–Voy a ignorarte –dijo Julie, poniéndose en pie y acercándose a la mesa para servirse un vaso de limonada. Pero, en vez de volver a sentarse en su silla original, se sentó junto a él.

Ryan cometió el error de mirar sus pies descalzos cuando cruzó las piernas. Llevaba las uñas rosas y un anillo en uno de los dedos. Era la cosa más sexy que había visto.

Se recordó a sí mismo que tenía que concentrarse en su plan. Tenía que conseguir que Julie se casara con él. Por el bien del bebé.

Pero, en aquel momento, el bebé no parecía muy real. Lo único en lo que Ryan podía pensar era que le gustaba Julie y sus hermanas, y que su casa era un hogar como nunca habría podido imaginar.

–No has comprado esto, ¿verdad? –preguntó Julie cuando Ryan aparcó frente a una enorme finca de Beverly Hills. Las puertas de acero se abrieron, dejando ver una casa de tres plantas con enormes jardines.

–Yo crecí aquí.

–¿Qué? ¿Vivías aquí? ¿Con tus padres? Me dijiste que me vistiera de forma casual. Dijiste que probablemente nos mancharíamos. No puedo conocer a tus padres con esta pinta.

Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta de manga corta que había estado a punto de tirar. No se había molestado en maquillarse ni en lavarse el pelo.

–No están aquí –dijo él mientras aparcaba frente a la casa–. Están en

Europa. Te he traído para poder echarle un vistazo al desván. Pensé que habría algunas cosas que te gustarían.

–Ah. Bueno, el desván suena intrigante –Julie salió del coche y miró a su alrededor–. Tiene mucho estilo. No se parece a mi casa.

–Me gustó tu casa –dijo él, abriendo la puerta con la llave–. Me sentí muy cómodo. Este lugar no es así.

Entraron en la casa y Ryan encendió las luces. Julie se fijó en los techos altos, en los suelos de madera y en las impresionantes obras de arte. Y sólo estaban en la entrada.

–¿No hay empleados? –preguntó.

–Hay un ama de llaves interna. Hoy es su día libre. Le dije que nos pasaríamos, pero que no hacía falta que estuviera. Tenemos la casa para nosotros.

Ryan la condujo por una escalera y luego por un pasillo flanqueado por habitaciones.

–¿Cómo de grande es este lugar? –preguntó ella–. ¿Diez mil metros cuadrados?

–Creo que más bien quince.

–Eso es mucho limpiar.

–Yo no lo sé –contestó él con una sonrisa.

–Sería un trabajo de jornada completa. No puedo creer que tus padres tengan este sitio y casi nunca estén aquí.

–Les gusta viajar.

–Mis hermanas y yo podríamos haberlo pasado muy bien aquí. ¿Quién necesita un parque de atracciones? Te portaste muy bien con ellas, por cierto. ¿No te lo había mencionado? Casi te ganaste su confianza.

–Me gané su confianza. Sin casi.

–Qué arrogante.

–Y con razón.

Las señales de alarma comenzaron a sonar en su cabeza. Julie sabía que no debía dejarse seducir, pero no podía evitarlo. Era un hombre fantástico.

Al final del pasillo tomaron otra escalera hacia el tercer piso. En vez de más habitaciones, había espacios abiertos, dándole al lugar un estilo loft. Las ventanas dejaban entrar una gran cantidad de luz.

–Me encanta esto –murmuró Julie–. Me dan ganas de ser pintora o algo creativo. ¿No te parece que sería un estudio fantástico?

–Todd y yo jugábamos aquí cuando éramos pequeños. Teníamos todo el

piso para nosotros.

–Un paraíso para los niños.

En una esquina había otras escaleras. Eran estrechas y empinadas. Julie siguió a Ryan y se encontró metida en el desván.

Parecía sacado de una película original de la PBS; con vigas descubiertas, muebles cubiertos con sábanas y ventanas polvorientas. Había cajas por todas partes, además de ganchos en las paredes y baúles.

¿Cómo era posible que Ryan y ella se hubieran criado a menos de treinta kilómetros de distancia y hubieran tenido una vida tan distinta? ¿Cómo podía ser real ese mundo?

Ryan quitó unas cuantas sábanas, y dijo:

–Todd y yo pasábamos mucho tiempo aquí arriba. Metíamos las narices en todo. La mayoría de las cosas eran muy aburridas para un niño, pero recuerdo...

Atravesó la sala y movió algunas cajas.

–Sé lo que piensas del arte moderno. ¿Esto es más de tu estilo?

Le había prometido una sorpresa. Julie no había estado muy segura de qué esperar, pero desde luego no una hermosa canastilla.

Se arrodilló y tomó aliento al tocar la pieza. Estaba decorada con ángeles, corazones y flores. Estaba un poco ajada, pero era increíble.

–Oh, Ryan. Es increíble.

–Me alegro de que te guste. Podemos restaurarla. Hay un vestidor a juego –Ryan se sentó a su lado–. Puede que estas cosas tengan ciento cincuenta años. No hay cambiador, pero podríamos pedir que nos hicieran uno. Y lo mismo con la cuna.

–Eso suena genial. ¿Cómo sabías que me encantaría?

–Simplemente lo sabía.

Julie habría imaginado que Ryan era el tipo de hombre que hacía regalos típicos, pero se equivocaba, y le encantaba. No era que fuese a quedarse con esos muebles. Eran herencia familiar. Pero estaría encantada de utilizarlos mientras el bebé fuera pequeño.

–Eres increíblemente considerado –le dijo–. Gracias. Son increíbles.

–Bien. He estado leyendo cosas en Internet. Sobre bebés. Necesitan muchas cosas.

–Es difícil creer que algo tan pequeño necesite tantos accesorios.

–¿Puedes sentir algo ya?

–Sólo náuseas –dijo ella, llevándose la mano al estómago–. Ningún

movimiento. Para eso faltan un par de meses.

–Apenas se te nota.

–Tengo un poco de barriga –estuvo a punto de decir que debía verla desnuda, pero eso podría llevar a equívocos.

–¿Cuándo vas a decírselo a tus socios? –preguntó él.

–Pronto. Tengo que hacerlo. Hay muchos detalles de los que tengo que ocuparme, pero funcionará. Es extraño. Hasta que no descubrí que estaba embarazada, mi carrera era lo más importante en mi vida. Vivía para trabajar. Estaba decidida a ascender. Un bebé lo complicará todo, pero no me importa.

–No tomarás las decisiones sola –dijo él–. Yo también participaré–. Voy a ser un padre presente, Julie. Quiero estar ahí por mi hijo.

–Me parece bien –dijo ella–. Podemos entrevistar a futuras niñeras.

Lo decía en broma, pero Ryan puso cara de repugnancia.

–Yo tuve una niñera.

–Interesante. ¿Era simpática?

–Tuve varias, y todas eran simpáticas. Mis padres decidieron evitar los aspectos «sucios» de educar a un hijo. Me llevaban con ellos cuando viajaban, pero nunca estábamos juntos. No recuerdo que me llevaran a sitios con ellos, ni que comiésemos juntos. Yo tenía mi propia suite en el hotel, con mi niñera, y a veces Todd, si sus padres también iban.

–Debías de sentirte muy solo –dijo ella.

–A veces. A medida que fui creciendo lo fui llevando mejor, y pude salir solo. Podía ver a otros niños. Cuando llegué al colegio, estuve a salvo, excepto en verano. Siempre estábamos viajando de un lado a otro.

Julie también recordaba sus veranos, pasando los días en el jardín. Sus hermanas y ella se inventaban juegos que duraban días.

–Todd ayudaba –continuó Ryan–. Nos apoyábamos mutuamente. Como tus hermanas y tú.

–Son importantes para mí –convino ella.

–Quiero algo más para nuestro bebé, Julie. Quiero que sepa que estamos los dos ahí. Quiero que formemos una familia. Quiero la familia que nunca tuve.

Sonaba decidido y dolorosamente triste. Julie sufría por el niño que había tenido tantas cosas y, al mismo tiempo, tan poco cariño.

–No creo que podamos regresar en el tiempo y darte esa familia –dijo ella–. Sé que no quiero recrear la mía. Pero podemos construir algo nuevo que nos venga bien.

–Me gustaría intentarlo. ¿Sabe tu padre ya lo del bebé?

–La verdad es que no se lo he dicho –dijo ella, arrugando la nariz–. Si mi madre ha hablado con él hace poco, puede que se lo haya mencionado.

–No te cae bien. Lo noto en tu voz.

–No puedo perdonarlo –admitió–. Le hace daño una y otra vez. Sé que ella tiene parte de responsabilidad; se lo permite. Pero desearía que lo mandase a paseo de una vez por todas y encontrase a un hombre decente. Pero ella dice que lo quiere.

–¿No la crees?

–Creo que el amor no tiene que hacer tanto daño.

Ryan le tomó la mano. Por supuesto, sintió el tradicional cosquilleo y deseo. Julie tenía la sensación de que siempre experimentaría eso cuando Ryan estuviese cerca. Pero había algo diferente. Algo cálido y reconfortante. Como si pudiera confiar en él para que estuviese siempre presente.

No era probable que eso ocurriese, pero era agradable imaginarlo.

–Una vez estuve prometida –dijo–. Se llamaba Garrett y era encantador. Nos conocimos en la facultad.

–Lo odio –dijo Ryan.

–Eso deja claro tu buen gusto –Julie se encogió de hombros–. Sigo mirando atrás y tratando de averiguar en qué me equivoqué, pero no lo descubro. No sé qué pistas pasé por alto. Quiero pensar que no hubo ninguna, pero quién sabe. En cualquier caso, empezamos a salir, nos enamoramos, o eso pensaba yo, y nos prometimos. Pero él ya estaba casado. Su esposa, una mujer joven y dulce, vivía en Nuevo México con su familia. Tenía dos trabajos para pagar su educación. Habían decidido que sería más barato que ella se quedase allí mientras que él encontraba un apartamento aquí e iba a la Universidad de California.

Ryan le apretó la mano y maldijo en voz baja.

–Eso mismo digo yo –murmuró Julie–. De modo que empezamos a planear la boda. La razón por la que me enteré de que estaba casado fue que su mujer ganó la lotería. Nada importante. Unos treinta mil dólares. Pero eso supuso que pudiera irse con él y tener sólo un trabajo. Se presentó sin avisar. Los tres nos llevamos una gran sorpresa.

Ryan la acercó a él. Julie se tensó, pero luego se relajó entre sus brazos. Sabía que su vida era mejor sin Garrett, pero aun así el abrazo le vino bien.

–No sé lo que planeaba hacer –dijo, apoyando la cabeza en su hombro–. ¿Iba a ser bígamo? ¿Iba a esperar al último minuto para decírmelo? No lo sé y

tampoco me quedé el tiempo suficiente para averiguarlo. Recogí mis cosas y me marché. Me odié por ser tan estúpida. Siempre me había considerado lista, y aun así me había tomado el pelo por completo.

–Era un bastardo y un mentiroso. Siento que tuvieras que pasar por todo eso.

–Sí, bueno, ahora entenderás por qué tu mentira me molestó excesivamente. Aparte de por las razones evidentes.

Ryan la agarró por los hombros y la giró para poder verle los ojos.

–Me he disculpado. Creo que me crees. Lo que quiero saber es si serás capaz de dejarlo correr.

Era una pregunta interesante. Se reducía a si lo deseaba o no. ¿Estaba dispuesta a aceptar que Ryan se había equivocado al juzgarla, que no había sido nada personal y que, si pudiera borrarlo, lo haría? ¿Durante cuánto tiempo quería castigarlo?

–Me estoy acercando –admitió–. Mucho. Pero tienes que dejar de insistir con el tema de casarnos.

–Eh, sólo lo mencioné una vez. Y, por cierto, reaccionaste exageradamente.

–Oh, por favor. Fue una manera horrible de proponerme matrimonio. Además, con una vez es suficiente.

–¿No quieres casarte?

Julie se preguntaba en qué estaría pensando. ¿Se sentiría aliviado porque ella se hubiera negado o hablaba en serio al decir que debían casarse? No estaba segura de cuál quería que fuese la respuesta.

–Algún día –dijo–. Pero porque quiera, no por obligación.

–Una romántica. Nunca lo hubiera dicho.

–No soy una romántica. Simplemente quiero encontrar a alguien especial. El hombre adecuado para mí.

–¿Y cómo es el hombre adecuado?

–No sé; aún no lo he conocido.

–Así que estás disponible.

–¿Estás planeando emparejarme con uno de tus amigos? ¿Tienes a alguien en mente?

–Por supuesto –dijo él, inclinándose hacia ella–. Alguien encantador y con éxito, y muy guapo.

Julie sentía su aliento en la cara.

–Déjame adivinar. ¿Alguien que conocemos los dos?

–Sí. Yo.

–¿Por qué no me sorprende?

Pero Ryan no contestó, lo cual le pareció bien. Porque, en vez de eso, la besó.

Capítulo Once

Ryan la rodeó con sus brazos y la tumbó lentamente en el suelo. Al mismo tiempo, devoraba su boca con una pasión que le llegaba al corazón. Julie se sentía débil y deseosa. Su cuerpo ardía por él y su corazón quería abrirse y aceptar a ese hombre.

Pero su cerebro no estaba tan seguro de si debía confiar en él. Aun así, en ese momento Julie no estaba preocupada por la confianza, sino por sentir su cuerpo contra el suyo. A veces simplemente había que disfrutar del momento.

Ryan deslizó una mano por su cadera, acariciándole después el vientre. Los músculos de Julie se tensaron por la anticipación de que acariciara sus pechos. Contuvo la respiración hasta sentir su mano acariciando sus curvas.

Estaba más sensitiva que antes, pensaba mientras le acariciaba los pezones. Estaba tremendamente excitada y sentía el calor y la humedad entre las piernas.

Ryan se apartó y le dirigió una sonrisa.

–Solía soñar con esto cuando iba al instituto –dijo–. Una mujer sexy en el desván. Ya casi lo había olvidado, pero de pronto me vienen los recuerdos a la cabeza.

–¿Alguna vez ocurrió?

–No hasta hoy.

–Así que estoy a punto de cumplir una fantasía erótica de adolescente.

–Eso me gustaría pensar.

–Qué interesante. ¿Y qué es exactamente lo que querías hacer con esa mujer misteriosa?

–De todo.

–¿Puedes ser más específico?

–Por supuesto.

Pero, en vez de decírselo, la recostó, le levantó la camiseta y le besó la tripa. Tras desabrocharle los pantalones y abrírseles, utilizó la lengua para

juguetear con su ombligo.

Mientras luchaba contra su deseo de gritar que la poseyera allí mismo, Julie consiguió quitarse los zapatos. Acto seguido, Ryan se los quitó y siguió con la camiseta.

Se apoyó con un codo. Con la otra mano le acarició las costillas.

–Tu piel es tan suave. Solía preguntarme cómo sería tocar a una mujer. Leía mucho, escuchaba a los demás chicos hablar. Me imaginaba cosas, pero no estaba preparado para esa suavidad.

A Julie le gustaba saber que no había sido siempre tan experimentado y resuelto.

–¿Cuánto duró la primera vez? –preguntó.

–Un segundo. Simplemente quería hacerlo cuanto antes. No aprecié las sutilezas hasta más tarde.

–¿Sutilezas?

Le desabrochó el sujetador con un movimiento rápido de los dedos.

–Ir haciéndolo poco a poco puede hacer que el resultado sea mucho mejor. Puedo saber lo que te gusta sólo viendo cómo reaccionas a mis caricias.

El aire del desván era cálido, pero aun así se le puso el vello de punta.

–Si hago esto... –añadió mientras deslizaba el pulgar por su pezón.

Instintivamente, Julie cerró los ojos y arqueó el cuerpo, pidiendo más.

–¿Ves? –murmuró Ryan–. Reaccionas.

Se inclinó hacia abajo y se metió el pezón en la boca. La combinación de saliva caliente y succión hizo que Julie gimiera de placer. Deslizó los dedos por su pelo y le acarició los hombros mientras se centraba en su otro pecho.

Ryan deslizó las manos por su estómago y metió los dedos bajo su ropa interior para llegar a su parte más húmeda.

Julie separó las piernas y dejó los ojos cerrados. Sí, eso era lo que deseaba.

Ryan la exploró, introduciéndole lentamente un único dedo antes de dedicarse a aquel punto tan sensitivo. Luego comenzó un baile diseñado para llevarla directa al orgasmo. Pero, cuando Julie se disponía a relajarse para disfrutar del viaje, él se incorporó y apartó las manos.

–¿Estás bien? –preguntó, abriendo los ojos.

–Estoy bien –respondió Ryan mientras se quitaba la camisa.

Julie disfrutó del espectáculo de ver cómo se desnudaba mientras se quitaba la ropa interior y se tumbaba de nuevo.

Ryan se quitó primero la camisa, luego las playeras y los calcetines.

Después se concentró en los vaqueros. Julie se fijó en el impresionante bulto. Todo para ella.

–Debe de ser difícil mantener el interés alejado de esa zona –dijo ella al verlo completamente desnudo. Se echó hacia delante y acarició su erección–. No hay nada sutil en esto. Las mujeres podemos fingir interés que no sentimos. Los hombres no.

–Nosotros somos más sinceros –dijo él mientras se arrodillaba a su lado para mordisquearle el cuello.

–Tú no eres más sincero –dijo ella–. Pero sería muy incómodo tener una erección en un momento en el que no deseas tenerla. Además, nosotras sabemos si llegáis al orgasmo. Las mujeres podemos fingirlo.

–Yo lo sabría –dijo él, levantando la cabeza.

–No estoy tan segura. Algunas mujeres fingen muy bien.

–Lo sabría –insistió con una sonrisa–. Comprobaremos tu teoría. Adelante, intenta fingirlo. Mira si me engañas o no.

Se giró para colocarse entre sus muslos, luego le separó las piernas suavemente y le dio un beso íntimo que la dejó sin aliento.

Julie no tuvo tiempo de prepararse para la sensación de su lengua sobre su cuerpo. Pasó a estar completamente excitada en pocos segundos. Su cuerpo estaba ardiendo, sus músculos temblaban y lo único que podía hacer era quedarse allí tumbada y sentir lo que le estaba haciendo.

Ryan se movía lentamente al principio. Explorándola, saboreándola, haciéndole gemir y retorcerse. Estimuló su clítoris con la lengua antes de succionar.

Julie quería gritar de placer. Deseaba que aquello nunca acabase. En vez de eso, separó las piernas todo lo que pudo, empujando su cuerpo hacia él.

Ryan comenzó a moverse más rápido, acariciándola arriba y abajo, una y otra vez. Introdujo un dedo en su interior, moviéndolo al mismo ritmo suave e intenso, llevándola hacia las más altas cotas de placer, hasta que no le quedó más remedio que dejarse caer.

Su clímax comenzó en lo más profundo de su cuerpo, cuando los músculos comenzaron a contraerse con aquel ritmo tan antiguo. Se entregó al placer, gritando su nombre y rindiéndose a todo.

El orgasmo duró lo que pareció una eternidad. Cuando los espasmos cesaron, Ryan cambió de posición y la penetró.

Aquel movimiento inesperado la entusiasmó. Se aferró a él, rodeándole las caderas con las piernas, sintiéndolo más dentro.

Tuvo otro orgasmo, pero, en esa ocasión, él la siguió. Se puso rígido y gimió. Julie se dejó ir y quiso que siempre fuese así; la conexión. El momento perfecto.

Ryan abrió los ojos y la miró.

–No estabas fingiendo.

–Lo sé –dijo ella, riéndose.

Más tarde, aquella misma semana, Julie pasó por casa de su madre. Eran casi las nueve, pero no había podido salir antes de trabajar. Aun así, su madre le había dicho que se pasara a cualquier hora antes de las diez, de modo que Julie le había tomado la palabra.

Aparcó en el camino de entrada y caminó hasta la puerta trasera. Llamó y entró.

–Soy yo –dijo antes de dejarse llevar por el olor a chocolate caliente–. ¿Qué es eso?

Su madre levantó la cabeza del molde que tenía delante y sonrió.

–Llegas en el momento justo. Los brownies están lo suficientemente fríos para servir. Sé que quieres uno.

–Me muero de hambre –dijo Julie.

–¿No has cenado? –preguntó su madre, mirando el reloj que había sobre los fogones.

–No. Quería, pero he estado ocupada. Luego he venido directa aquí. Tomaré algo cuando llegue a casa.

–Julia Marie Nelson, sabes lo que te conviene. Estás embarazada. No puedes ir por ahí saltándote las comidas.

–Mamá, ya sé que necesito comer regularmente. Lo llevo bien. Pero esta noche se me ha pasado. Lo haré bien.

–De acuerdo. Olvídate del brownie. Te prepararé algo de cenar primero. Tengo lasaña –dijo su madre, abriendo la puerta del frigorífico.

–¿Tuya o de Willow?

–De Willow. De verduras.

–Me gustaría algo con carne. ¿Tienes otra cosa?

–Queda asado del domingo. ¿Te apetece sándwich y ensalada?

–Genial.

Mientras su madre sacaba ingredientes del frigorífico, Julie sacó un plato, una servilleta y un cuchillo.

–Siéntate –dijo su madre–. Te llevaré el sándwich.

–Mamá, estoy embarazada, no me estoy muriendo.

–Lo sé, pero a veces me gusta malcriar a mis hijas.

Como le dolían los pies y la espalda, Julie decidió no insistir y se sentó en un taburete junto a la encimera. Una versión en miniatura de la moderna cocina de Ryan.

Ryan. Sólo con pensar en él, sonreía. No lo había visto desde el domingo, cuando habían hecho el amor en el desván. Ese inesperado acontecimiento había sido seguido por una velada en casa de ella que se había alargado hasta el amanecer. Cuando Ryan se marchó, Julie tuvo que contener las ganas de decirle que debían repetir aquello. No porque no quisiera, sino porque estaba confusa.

Su vida había cambiado completamente. No sabía lo que estaba ocurriendo con él ni lo que ella quería que ocurriese.

–¿Has ido al médico? –preguntó su madre.

–Tengo la primera cita la semana que viene. Iré a la misma ginecóloga a la que siempre he ido. Me gusta y he oído que se porta genial durante todo el embarazo.

–¿Ryan va a ir contigo?

Una pregunta interesante.

–No sé. No se lo he preguntado.

–Deberías –le dijo su madre–. Parece un joven agradable –Naomi se detuvo–. Dime que no acabo de decir eso. ¿Joven agradable? Sueno como mi madre. ¡Peor! Sueno como su madre.

Julie se rió.

–No pasa nada. No le diré a nadie que chocheas.

–Si yo chocheo, ¿entonces tu abuela qué es?

Julie vaciló un instante.

–No es la persona más simpática del planeta.

Naomi terminó con el sándwich. Abrió un envase de plástico y volcó una ensalada ya preparada en un cuenco.

–¿Qué quieres decir? Pensé que te caía bien tu abuela.

–No la conozco –dijo Julie–. Da un poco de miedo. Al principio pensé que todo eso de casarse con su sobrino era encantador, pero, cuando realmente analicé sus palabras, me di cuenta de que daba un poco de miedo. No puede controlarnos con dinero.

–No creo que estuviera intentando hacerlo. Era su manera de conectar dos familias. Si te hubiera pedido sin más que conocieras a Todd, ¿habrías

aceptado?

–Probablemente. Sólo para ser amable.

Por supuesto, sin el millón de dólares en juego, Todd no se habría acobardado y Ryan nunca habría entrado en escena. De modo que ella habría salido con Todd, habría sido agradable y la cosa habría acabado de forma muy distinta. ¿Cuánto tiempo habría pasado hasta que hubiera conocido a Ryan?

Se quedó sorprendida por el pánico que sintió. Como si no conocer a Ryan hubiera sido algo horrible.

No quería pensar en eso, de modo que sacó un tema más seguro.

–La abuela nos invitó a Ryan y a mí hace poco –dijo–. Quería saber cómo había acabado teniendo una cita con él en vez de con Todd y si tenía intención de salir con él en el futuro.

–Siempre le ha encantado entrometerse –dijo su madre con un suspiro.

–Aparentemente. No sé lo que le ha pasado en su vida, y estoy segura de que es una persona adorable, pero me cuesta aceptar lo que te hizo. Tenías diecisiete años, mamá. Te dio la espalda.

–No es su culpa –dijo Naomi, colocando la comida frente a ella–. Depecioné a mis padres.

–Depecionarlos, sí. Pero no te convertiste en asesina ni nada. Eres su única hija. Entiendo que tuvierais una pelea, que no os hablarais durante un tiempo, ¿pero veintiséis años? Eso es excesivo.

–Fraser era un hombre difícil –murmuró Naomi.

–Me parece un tirano. Pero hay una cosa que no entiendo. Por lo que he visto, Ruth es una mujer muy fuerte. Si eso es cierto, podría haberse enfrentado a él e insistido en ver a su hija –Julie le acarició el brazo a su madre–. Hiciste un trabajo increíble con nosotras. No lamento nada de nuestra infancia. Pero me pone histérica que tuvieras que trabajar tan duro y sufrir tanto y que ellos estuvieran a tan sólo unos kilómetros de distancia y nos ignorasen.

–Yo no habría aceptado nada de ellos.

–No estoy hablando de dinero. Te hubiera venido bien alguien con quien hablar o que hiciera de canguro para que tú pudieras entretenerte.

–Adoro a mis hijas y estoy muy contenta con mi vida –dijo su madre con una sonrisa.

–Me alegro. Pero no comprendo a tu madre. No sé si es una víctima o el diablo.

–No es el diablo.

–Quizá. Pero tiene que aceptar la responsabilidad de sus acciones, o de la

falta de acciones. Todos lo hacemos.

–¿Incluso yo? –preguntó su madre.

–¿Qué quieres decir? ¿Por marcharte con papá? Mamá, tenías diecisiete años. Se te permitía ser impulsiva.

–No me refiero tanto a eso como a lo que ha ocurrido desde entonces. Sé que no apruebas mi conducta.

Julie dejó su sándwich. De pronto no tenía tanta hambre.

–Mamá, te quiero y sólo deseo que seas feliz. Mi deber no es aprobar ni desaprobarte. Has tomado tus decisiones.

–Las cuales no comprendes.

–No. Es mi padre y lo quiero. Pero no puedo perdonarlo. No tiene derecho a aparecer y a desaparecer de nuestras vidas a su antojo. La familia es algo más que eso. Se trata de aceptar las responsabilidades.

–Él nos quiere.

–Tiene una manera curiosa de demostrarlo –murmuró Julie—. No puedo soportar cuando aparece y tú eres feliz. Sé lo que viene después. Se queda el tiempo suficiente para que volvamos a creer en él, pero luego se va. Te rompe el corazón una y otra vez y tú se lo permites.

–Es un buen hombre y un buen padre.

–Para mí no fue un buen padre.

–Oh, Julie. Vas a tener que aprender a ser un poco más tolerante con la gente y sus defectos.

–¿Qué? Un defecto es dejar pasta de dientes en el lavabo o llegar siempre tarde. Abandonar a tu familia una y otra vez es más que un defecto. Eres genial y guapa, y hay hombres maravillosos a los que les encantaría tenerte en su vida. Te tratarían como a una princesa.

–Pero yo sólo quiero ser la mujer de Jack –dijo su madre con tristeza—. Ojalá pudiera hacerte entender que amar a alguien no significa poder cambiarlo. Aceptas lo bueno y lo malo.

–Su parte mala es demasiado grande para mí –dijo Julie.

–Pero no para mí.

Julie pensó en decirle que había otras mujeres cuando su padre se marchaba, ¿pero para qué decir lo evidente y causar dolor?

–A veces amar a alguien significa perdonar una y otra vez –dijo su madre—. Te quedas con aquello con lo que puedes vivir. Yo puedo vivir con esto. Tengo que hacerlo. Él es, como diría tu hermana, mi destino.

–Oh, por favor.

–Hablo en serio. ¿No crees que he tratado de olvidarme de él? Cuando eras más joven, después de que él se hubiera quedado casi tres meses y yo estaba segura de que había cambiado, decidí que ya no iba a volver a hacer eso. No iba a dejar que me volviera a romper el corazón. Así que empecé a tener citas. Salí con varios hombres. Una de las relaciones incluso fue algo serio.

–¡Mamá! Nunca dijiste nada.

–No sabía si iba a funcionar y no quería que os sintierais decepcionadas por otro hombre. Consideré que sería mejor esperar hasta estar segura.

–Supongo que no funcionó.

Su madre negó con la cabeza.

–Yo quería amarlo, pero no podía. Para bien o para mal, amo a tu padre. He descubierto que prefiero echarlo de menos a intentar amar a otra persona.

Julie no sabía qué decir ante eso.

–Ahora es mayor –continuó su madre–. Pronto sentará la cabeza. Y, cuando lo haga, será aquí. Conmigo. Envejeceremos juntos.

Julie trató de comprenderlo, pero no podía.

–¿No hubieras preferido tener una vida entera en vez de sólo el final de la suya?

–Estoy contenta, Julie. Puede que no lo comprendas, pero tienes que aceptarlo. Esto es lo que deseo.

–Lo sé, mamá. Lo dejaré estar.

–Espero que puedas. Espero que puedas encontrar a alguien que te haga feliz. ¿Esa persona es Ryan?

–No lo sé –admitió ella.

–Es el padre de tu hijo –dijo su madre.

Julie miró a la mujer que había sido tan importante para ella durante tanto tiempo.

–Querrías que lo perdonara y siguiera hacia delante –dijo–. Te gustaría vernos casados.

–Me gustaría verte feliz. Me preocupo por todas mis hijas. Por Marina porque sigue a su corazón. Por Willow porque encuentra hombres que necesitan ser rescatados y, cuando están curados, se van con otra. Y por ti porque...

–Porque soy una cabezona y una persona difícil que no confía en los demás con facilidad.

–Por ti porque te han hecho daño y no confías en ti misma para elegir a un

buen hombre.

–Es lo mismo –dijo Julie.

–¿Ryan te hace feliz?

–A veces. Quizá. No es tan malo.

–Estoy seguro de que querría que llevases su campaña de imagen si se metiera en política –bromeó Naomi.

–Ya sabes lo que quiero decir –dijo Julie con una sonrisa–. Si finjo que nos conocimos de otra forma, entonces es un hombre alucinante. Es listo y cariñoso y, sí, me gusta.

–No puedes cambiar el pasado.

–Lo sé, pero, a veces, intento pelearme con él.

–¿Y funciona?

–No tan bien como me gustaría. Sólo deseo que las cosas fueran diferentes.

–Las cosas no pueden cambiarse. La gente es quien es. Es un buen hombre, y el padre de tu hijo. Está empezando a importarte. ¿No es eso lo que deseas?

–Eso sería lo normal –dijo Julie, encogiéndose de hombros–. Pero siento que aún tengo miedo de que esté mintiendo o de que se eche atrás, o de que haya un gran secreto y, cuando salga, me rompa el corazón.

–Implicarse con alguien entraña riesgos. Pero sobreviviste a Garrett.

–Cierto. Pero superar lo de Garrett fue mucho más fácil de lo que debería haber sido. Tengo miedo de no poder superar lo de Ryan.

–Te estás enamorando de él –dijo su madre.

–Eso parece. Y no creo que lo desee.

–¿Puedes evitar que esos sentimientos sigan creciendo?

No si continuaban pasando tiempo juntos, pensó Julie al recordar el fin de semana anterior. No era sólo sexo. Eran todas las cosas de las que habían hablado y se habían reído. Era el modo en que le hacía sentir y lo mucho que deseaba confiar en él.

–Me niego a enamorarme –dijo Julie.

–Pensé que decidirías eso. Por una parte, creo que has tomado una decisión increíblemente triste. Por otra, no creo que nadie, ni siquiera tú, tenga ese control. Ryan no va a desaparecer. Siempre será el padre de tu hijo y estará en tu vida. ¿Puedes resistirte a él para siempre?

Julie ya sabía que la respuesta a eso era no. Así que, si enamorarse era inevitable, ¿por qué estaba luchando por resistirse?

Julie escribió una nota en el cuaderno. Necesitaba un par de citas más y estaría lista para escribir su informe. Llamaron a la puerta, que estaba abierta, y levantó la cabeza.

–Adelante –le dijo al hombre que allí había.

Iba vestido con vaqueros y jersey, nada elegante.

–¿Julie Nelson? –preguntó.

–Sí.

–¿Julia Marie Nelson?

No le gustaba que la gente utilizara su nombre completo. Le recordaba a cuando su madre se enfadaba con ella.

–¿En qué puedo ayudarle?

El hombre le entregó un sobre, y dijo:

–Aquí tiene.

Y, sin más, desapareció.

Julie se quedó mirando el sobre y luego lo abrió. La carta que había dentro era de un bufete de abogados. Mientras examinaba el contenido, comenzó a sentir frío por todo el cuerpo. Su corazón gritaba y su cerebro murmuraba «te lo dije».

Ryan le estaba ofreciendo un acuerdo prenupcial y una proposición de matrimonio válida sólo después de que el bebé hubiera nacido y se hubiera demostrado su paternidad mediante una prueba de ADN. Si ella rechazaba la proposición o la prueba, entonces Ryan la demandaría por la custodia de su hijo. La custodia total y permanente. Él la tendría a ella, o Julie se quedaría sin nada.

Capítulo Doce

Julie entró hecha una furia en las oficinas de Aston & Bennett, ignoró a la recepcionista y se dirigió hacia el despacho de Ryan. Él estaba al teléfono.

La miró cuando entró y sonrió.

Julie le quitó el teléfono de la mano y colgó, tirándole los papeles a la cara.

—¿Cómo has podido? —preguntó en voz alta—. ¿Cómo has podido? Confiaba en ti. Te creí. Eso es lo que me revienta. Estaba empezando a creer que me había equivocado contigo. Que te había juzgado mal. Que todo había sido un error. Pero no lo había sido, ¿verdad? Fuiste tú mismo aquella primera noche que estuvimos juntos. Fuiste una sabandija entonces y eres una sabandija ahora.

Ryan agarró los papeles y se puso en pie.

—¿Julie, de qué diablos estás hablando?

—De eso —dijo ella, señalando los papeles—. Crees que has ganado, pero te equivocas. Soy mejor que cualquier abogado que puedas contratar. No conseguirás nada, ¿me oyes? Vas a perder. Vas a perder y no te quedará nada. Ni el bebé ni yo. Vamos a ver si me explico. Nunca me casaré contigo. Nunca. La próxima vez que te vea, estaremos frente a un juez. Voy a destriparte. Te dejaré destrozado y malherido y te apalearé cuando estés hundido. Eres un maldito mentiroso y no sabes lo mucho que desearía no haberte conocido nunca. No puedo creer que pensara que estaba enamorada de ti.

Y, con eso, se dio la vuelta y se fue.

Ryan se quedó mirándola, asombrado por el ataque. No entendía lo que estaba pasando. Abrió el sobre y leyó los papeles. Se sintió horrorizado.

—No —dijo, apretando los dientes—. Julie, no. Yo no he hecho esto.

Fue tras ella, pero era demasiado tarde. Las puertas del ascensor ya se habían cerrado.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo explicar que él no había hecho eso? ¿Y quién

diablos había sido?

Pero ya sabía la respuesta. Entró en el despacho de Todd y cerró la puerta.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó—. Esto es una locura. ¿Por qué has actuado a mis espaldas? ¿Sabes cómo lo has fastidiado todo?

Todd frunció el ceño y observó los papeles.

–Oh, Dios, no. Lo siento. Nunca quise que esto llegara a sus manos. ¿Lo ha visto Julie?

–A juzgar por lo que acaba de decirme, sí. ¿En qué diablos estabas pensando?

–Quería protegerte. Fui a ver a nuestro abogado después de que viniese por primera vez. Antes de que supiera nada de ella. Le dije que quería que estuvieras protegido y que querías casarte con ella, lo cual me parecía una locura. Ya no hice más. Se suponía que él no tenía que hacer nada salvo redactar los papeles. Te lo juro.

Ryan lo creía. Todd sólo trataba de protegerlo. Si la situación hubiese sido al revés, puede que él hubiese hecho exactamente lo mismo.

Pero el plan se había vuelto contra él. En vez de cubrirle las espaldas, los papeles habían destrozado cualquier probabilidad de que Julie confiara en él. Se sentía vacío por dentro y tenía la sensación de que eso sería lo que le esperaba. Porque, cuando la realidad diese la cara, iba a dolerle.

–Contratamos a un tiburón a propósito –dijo él—. Simplemente ha devorado a su presa.

–Se suponía que no debía devorarte.

–Devorar a Julie tampoco es una buena idea.

Había dicho que estaba enamorada de él. Llevaba mucho tiempo queriendo oír esas palabras de su boca, pero no en ese contexto.

–Harás que comprenda que no fuiste tú –dijo Todd—. Díselo. No, se lo diré yo.

–¿Por qué iba a creernos? –preguntó Ryan—. Yo no lo haría. ¿Tú? Le mentí cuando nos conocimos. Le mentí y le hice daño. Desde entonces he estado tratando de ganarme su confianza, y ahora esto. Va a pensar que se trataba de un juego.

–Tú la amas –dijo Todd—. No puedes dejar que se vaya.

–No lo haré –dijo Ryan—. Me ganaré su confianza... en cuanto descubra cómo hacerlo.

Julie estaba acurrucada en el sofá. Se había sentido incapaz de volver al

trabajo, de modo que se había ido a casa. Había conseguido mantener el control hasta llegar a la puerta, pero entonces las lágrimas habían comenzado a resbalar por sus mejillas.

Lloró tanto, que pensó que pronto se partiría en dos. Aquello no podía ser cierto. Ryan no podía haberle mentado en todo... pero lo había hecho.

La traición de Garrett había sido dura e inesperada, pero, después de la sorpresa inicial, sólo había pensado en alejarse de él cuanto antes. Pero ahora, incluso aunque odiaba a Ryan y quería que fuera humillado, estaba triste porque no volvería a verlo jamás.

–Soy mentalmente inestable –dijo con voz rota–. Necesito ayuda profesional.

Alguien llamó a la puerta.

Se enderezó y se llevó la mano a la boca. No iba a abrir. Era probable que fuese Ryan y no quería hablar con él nunca más.

El timbre sonó y luego volvieron a golpear la puerta.

–Soy Todd. Sé que estás ahí, Julie. Tu coche está en la entrada y el capó aún está caliente. Acabas de llegar. Déjame entrar. Tenemos que hablar.

–No tenemos que hacer nada –gritó ella, poniéndose en pie–. Eres como él. Eres un bastardo. Lárgate o llamaré a la policía.

–No pienso irme. O me dejas entrar o gritaré tus asuntos personales tan alto, que tus vecinos hablarán durante semanas. Déjame entrar. Querrás oír lo que tengo que decir.

–Lo dudo –murmuró Julie mientras ponía la mano en la cerradura. ¿Dejarle entrar? ¿Por qué no? Nada de lo que dijese podría hacerle cambiar de opinión.

Abrió la puerta.

Todd entró. Se parecía tanto a su primo, que se le revolvió el estómago. Trató de controlar las lágrimas, no quería llorar delante de él. Se dio cuenta de que era absurdo, porque ya tenía un aspecto horrible.

–¿Por qué estás aquí? –preguntó–. Lárgate.

–Acabo de llegar –dijo él–. Escúchame. Luego podrás darme una patada en el trasero. ¿Puedo sentarme?

–No.

–Estás enfadada y triste. Deberías sentarte. Yo me quedaré de pie.

–Estoy bien –dijo ella, cruzándose de brazos–. Empieza a hablar.

–De acuerdo, pero, cuando empiece, tendrás que dejarme terminar. Nada de interrupciones.

–¿Perdón? ¿Quién te crees que eres? No eres tú el que pone las reglas. Tu primo me ha fastidiado. Así que no te creas con derechos.

–De acuerdo, hablaré deprisa. No fue Ryan, fui yo. Ryan no sabía que yo había ido a ver a nuestro abogado y no sabe que estoy aquí ahora. Tengo la factura para demostrarlo; lo del abogado, no lo de que estoy aquí. Resulta que estuve hablando con nuestro abogado sobre vosotros dos. Intentaba proteger a mi primo porque él no podía protegerse solo. Lo único en lo que podía pensar era en cómo la había fastidiado contigo. Se sentía fatal por lo que había ocurrido.

¿No había sido Ryan? Julie se acercó al sofá y se sentó. ¿Era posible? ¿Se trataría de un truco?

–Ryan nunca haría eso –dijo Todd–. Y ahora yo tampoco, pero entonces no te conocía. Pensaba que sólo te interesaba el dinero y que habías engañado a Ryan para quedarte embarazada.

–Me siento halagada.

–Lo siento, pero ha habido muchas mujeres que habrían hecho eso. En ese momento tenía que estar seguro de que no eras una de ellas. Mira, Ryan es la única familia de verdad que tengo. Haría cualquier cosa por él. Sólo quería asegurarme de que estuviera bien. Pero la fastidié. Crees que es su culpa y no confías en él por lo que yo hice. No es él, Julie. Él es un gran tipo. Yo soy el bastardo. Ódiame.

Lo que más odiaba Julie era lo desesperada que estaba por creer sus palabras. A juzgar por lo que sabía de Todd, eso era justo lo que haría para proteger a su primo. ¿Pero era posible que Ryan no supiera nada del tema?

–Es demasiado –dijo–. Todo. Todo ha sido demasiado rápido. Necesito tiempo.

En ese momento se abrió la puerta principal y Ruth entró en la casa.

–¿Por qué dejas la puerta abierta? –preguntó la anciana mientras cerraba tras ella–. No es una manera segura de vivir –miró a Todd–. A ti no te esperaba.

–Yo a ti tampoco, abuela –dijo Julie, poniéndose en pie.

–Lo sé. Llamé a tu oficina, pero tu ayudante me dijo que te habías ido a casa porque estabas enferma. He venido a ver cómo estabas, y cómo estaba mi bisnieto.

–¿Sabes lo del bebé? –preguntó Julie.

–Lo sé todo. Bueno, todo no. No sabía que ibas a salir con Ryan en vez de con Todd. Si lo hubiera sabido, habría intervenido. Todd es el mayor y quería

que se casara.

A Julie le daba vueltas la cabeza. Le quedaba la energía justa para invitar a Ruth a sentarse y derrumbarse después en el sofá.

–¿Cómo sabías lo del bebé? –preguntó.

Ruth miró a Todd, que estaba de pie frente al sofá.

–¿Estás acechándonos? No nos mires así.

Todd se echó a un lado y Ruth se giró hacia Julie.

–La joven que viene a mi casa a hacerme las uñas tiene una hermana que trabaja en un bufete de abogados. Es el mismo en el que Ryan y Todd hacen negocios. La he utilizado de vez en cuando, sólo para mantenerme informada de sus negocios. Estos chicos no me cuentan nada. Me habló de esos papeles.

Julie no supo a qué reaccionar primero. Al hecho de que Ruth espíase a sus propios sobrinos o al hecho de que una secretaria en un bufete diese información privilegiada.

Miró a Todd, que parecía tan furioso como ella se sentía.

–Haré que la despidan –dijo él.

–Claro que sí –dijo Ruth–. Ya le he conseguido un trabajo mejor, así que lárgate y ocúpate de todo mientras yo hablo con Julie.

Todd vaciló. Julie tuvo la sensación de que iba a quedarse para asegurarse de que todo saliese bien.

–Estoy bien –le dijo–. Puedes irte.

–¿Estás segura?

Ella asintió.

Todd se marchó, cerrando la puerta tras él, y Julie se giró hacia su abuela.

–Has estado ocupada.

–Tengo que mantenerme informada de los acontecimientos de mi familia.

–De acuerdo, abuela, ésta es la cuestión –dijo Julie–. No puedes hacer esto. No puedes espiar y engañar a la gente. Así no se trata a la familia ni se consigue que la gente quiera estar contigo. Sé que eres mayor y debería respetar eso, pero no puedo perdonarte por lo que le hiciste a mi madre. Tenía diecisiete años y le diste la espalda.

–Tu madre eligió marcharse. Fue su decisión y sabía las consecuencias.

–Tú hiciste que tuviera que decidir. Mi padre fue el primer hombre al que ella había amado; aparentemente el único al que amaré siempre. Y tú hiciste que tuviera que elegir. ¿Qué esperabas que hiciera?

–Su deber.

–¿Y el deber de una madre no es querer a sus hijos por encima de todo?

Pero aparentemente ése no es tu estilo. Supongo que, en tu mundo, si la gente se equivoca una vez, entonces le das la espalda. Pues no te molestes en preocuparte por mí porque voy a fastidiarla. Voy a decepcionarte. Es inevitable. Prefiero que sepas esto ahora y salgas de mi vida. Así será más fácil. No quiero preocuparme por ti y descubrir después que tu afecto es condicional.

Ruth palideció.

–¿Cómo te atreves a hablarme así?

–Alguien tiene que hacerlo. ¿Por qué te aferras tanto a Ryan y a Todd y a mi madre la dejaste ir tan fácilmente? ¿Acaso sientes...? –Julie abrió la boca y volvió a cerrarla. Entonces se dio cuenta de la verdad—. Sientes lo que ocurrió. Te arrepientes tremendamente. Pero nunca supiste cómo arreglar las cosas con ella; por tu orgullo o por tu dinero. Tenías miedo de que volviera a rechazarte, así que no lo intentaste. Pero tenías a Ryan y a Todd y ellos casi lo compensaban. Así que te aferraste a ellos, dividida entre quererlos y necesitar controlarlos para que no desaparecieran como tu hija.

Los ojos de Ruth se llenaron de lágrimas, pero su expresión siguió siendo reprobadora.

–No tengo ni idea de lo que estás hablando, pero veo que tu madre te educó fatal. Eres grosera y poco profesional.

–¿Poco profesional? Se trata de una conversación personal. No tengo que ser profesional.

–Bien. Sé lo que quieras, pero escucha una cosa, jovencita. Vas a tener a mi bisnieto y te casarás con Ryan Bennett.

–No lo hará.

Julie levantó la cabeza y vio que Ryan había entrado en la casa. La ignoró y se dirigió a Ruth.

–Julie no hará nada que no desee hacer. Nadie va a obligarla. Ni tú, ni yo, ni nadie. Quiero que sea feliz, eso es lo único que deseo. Si puede ser feliz con otro, entonces me apartaré.

Julie se quedó mirándolo sin saber si debía creerlo o no, aunque estaba encantada de verlo.

–Estás siendo ridículo –dijo Ruth—. No toleraré esto.

–Pues hazte a la idea porque va a ocurrir.

–Pero si la amas –dijo Ruth—. Lo sé porque nunca has hecho tantas estupideces por una mujer. No es propio de ti ser tan tonto.

Ryan miró a Julie y le dirigió una sonrisa compasiva.

–No me importa. Sólo deseo que no sufras más. Parece que no puedo dejar de estropearlo todo.

Julie se puso en pie y se acercó a él. Realmente creía que Todd se había equivocado, y Ruth estaba allí entrometiéndose. ¿Pero acaso le importaba? ¿Acaso no eran Ryan y ella los que tenían que decidir lo que era bueno para ellos?

Entonces pensó realmente en las palabras de Ruth. ¿Amor? ¿Ryan la amaba? Su alma se iluminó al pensarlo. Su corazón se aceleró. ¿Era posible? ¿La amaba?

–Proponle matrimonio –ordenó Ruth–. Proponle matrimonio y acabemos con esto.

–No –dijo Ryan–. No me casaré con Julie. Es la única manera de asegurarme de que sea feliz.

–¿Qué? –preguntaron ambas mujeres a la vez.

Le agarró las manos a Julie y la miró a los ojos.

–Te he hecho llorar. No quiero que eso vuelva a ocurrir. No quiero que dudes de mí ni de mis motivos. Sólo conozco una manera de hacer eso. No casarme contigo. Porque eso es lo que he deseado todo este tiempo. Que estuviéramos juntos. Al principio era por el bebé, pero ahora hay más. Se trata de ti. Odio cómo nos conocimos. Fue la mejor y la peor noche de mi vida. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo y de lo fantástica que eras, era demasiado tarde para empezar de nuevo. Luego te hice daño y supe que la había fastidiado. Pero el bebé nos dio una segunda oportunidad. Tuviste que llegar a conocerme y pensé que, con el tiempo, tal vez empezara a gustarte. Pero entonces te propuse matrimonio y volví a fastidiarla. Y otra vez como al principio. Te quiero y nunca te obligaré a hacer nada que no quieras. Nos alternaremos al bebé. Compraré la casa de al lado. Sólo dímelo y allí estaré. Te lo juro, Julie. Yo no tuve nada que ver con esos papeles. Nunca te haría una cosa así.

–Lo sé –dijo ella–. Lo sé. Simplemente reaccioné ante eso y luego no sabía cómo borrar mis acciones cuando Todd me contó la verdad.

–¿Todd ha estado aquí?

–No había tenido a tanta gente en casa desde la fiesta de Navidad –los ojos le ardían por las lágrimas. Pero eran lágrimas de felicidad–. Os creo a los dos, Ryan. Cuando lo pasé tan mal pensando que me habías mentado, me di cuenta de que yo también te quiero.

Julie se preparó para el comentario de Ruth. Diría que, si los dos se

querían, lo más lógico sería casarse. Pero no hubo sonido alguno.

Se giró y vio que su abuela había desaparecido. La puerta de entrada estaba cerrada y Ryan y ella estaban solos.

–Nunca hubiera pensado que pudiera ser tan sensible –admitió ella.

–Yo tampoco. Todd, Ruth y yo vamos a tener una larga charla sobre su manera de mantenerse en contacto.

–Está sola y se aferra con demasiada fuerza –dijo Julie–. Sé amable.

–Lo seré –le dio un beso en los dedos–. Te quiero.

–Yo también te quiero. Lo cual me lleva a un punto interesante. Vamos a tener ese bebé juntos.

–Sí, en efecto.

–Tradicionalmente, las parejas prefieren estar casadas.

–Eso he oído –dijo Ryan, soltándole una mano para acariciarle la cara–. ¿Estás diciendo que estarías dispuesta a casarte conmigo? ¿A pesar de todo?

–De hecho sería un honor.

Ryan la abrazó y la besó. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él. Era el tipo de hombre que siempre estaría allí, al igual que ella siempre estaría cerca.

–Vamos a ser un gran equipo –murmuró ella.

–Bien por nosotros.

–Hablo en serio. Seremos una de esas parejas eficientes que lo hacen todo bien. Tendremos que mudarnos, claro. Este lugar es demasiado pequeño y tu piso, bueno, no puedo imaginarme viviendo allí. Necesitaremos una casa.

–Mis padres nos darían la suya si tú quisieras –dijo él.

–Tal vez sólo el desván. Me lo pasé bien allí.

–Yo siempre me lo paso bien contigo –dijo él antes de volver a besarla–. De hecho le debemos a Ruth el habernos conocido. Si tenemos una niña, podríamos llamarla como ella.

–Dime que estás bromeando.

Ryan la llevó hacia el dormitorio.

–¡Ryan, espera! No vamos a llamarla Ruth. No lo permitiré. ¿Me has oído? ¿Qué ha sido de eso de lo que yo desee? ¿Qué ha sido de eso de que yo estoy al mando?

–Nunca he dicho que estuvieras al mando –dijo Ryan mientras le sacaba la blusa de debajo de la falda.

–Estaba implícito.

–Esto es una asociación. Nuestros votos son iguales.

—De acuerdo. Siempre que el mío cuente un poco más.

Él se rió y volvió a besarla. De pronto, a Julie ya no le importaba estar al mando, ni los nombres del bebé, ni nada salvo el hombre que había ocupado su corazón y cambiado su mundo para siempre.



HARLEQUIN™

Jazmín™

¿Una unión equivocada?

Raye Morgan



¿Una unión equivocada?

Raye Morgan



HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Helen Conrad. Todos los derechos reservados.
¿UNA UNIÓN EQUIVOCADA?, N.º 2286 - 9.9.09
Título original: Her Valentine Blind Date
Publicada originalmente por Mills & Boon[®], Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-7414-4
Depósito legal: B-28658-2009
Editor responsable: Luis Pugni

CAPÍTULO 1

Qué inoportuno.

Max Angeli se metió la rosa roja que llevaba en el bolsillo para abrir el móvil y responder con un bufido, resignado a la certeza de que fuera lo que fuera, la llamada crearía un nuevo nivel de caos en su vida. Primer problema: el club nocturno en el que acababa de entrar era demasiado ruidoso. Las luces giraban del suelo a las paredes y el ritmo machacón de la música se hacía insoportable. El ruido de las copas y vasos de cristal rivalizaba con las agudas carcajadas femeninas que daban al lugar un ambiente de desesperada frivolidad. Acababa de entrar y ya detestaba el lugar.

–Espera un momento, Tito –dijo al teléfono–. Voy a buscar un lugar donde te oiga mejor.

Sabía que era su ayudante, pero no entendía ni una palabra. Echando un rápido vistazo a su alrededor, localizó el tocador de señoras y se dirigió hacia allí, donde por fin consiguió oír lo que Tito le estaba diciendo.

–La hemos encontrado.

Fue como si le hubieran dado un golpe en todo el pecho. Con dificultad para reaccionar, cerró los ojos y trató de digerir las palabras. Llevaban semanas buscándola, sin pistas ni rastro de su paradero, hasta que descubrieron que la antigua novia de su hermano, Sheila Bern, podía haber viajado hasta Dallas en autobús.

Su hermano Gino había muerto hacía unos meses, y en todo ese tiempo Sheila no había dado señales de vida. Tan sólo se puso en contacto con él meses más tarde, para comunicarle que tenía un hijo y que el padre era Gino. Cuando Max le preguntó si tenía pruebas de que era realmente hijo de su hermano, la mujer desapareció de nuevo sin dejar rastro. Casi había perdido toda esperanza, y ahora, saber que por fin la habían encontrado le producía un inmenso alivio.

–¿Estás seguro? –preguntó con voz ronca.

–Bueno, sí y no.

Max sujetó con fuerza el móvil.

–Maldita sea, Tito...

–Ven cuanto antes, Max, y lo entenderás –dijo su ayudante dándole una dirección.

Max cerró los ojos y la memorizó.

–Está bien –dijo–. No te muevas de ahí. Tengo que librarme de esta maldita cita a ciegas. Me reuniré contigo cuanto antes.

–Vale, pero, jefe, date prisa.

Max asintió y cerró el móvil, tentado a dirigirse directamente hacia su coche y olvidarse de la mujer que le esperaba entre toda aquella insoportable multitud de noctámbulos enfebrecidos. Pero ni siquiera él podía ser tan maleducado. Además, su madre no se lo perdonaría. Por mucho que en aquel momento estuviera sentada en su ático de Venecia, su madre sabía muy bien cómo hacer llegar su influencia hasta Dallas y poner en marcha la máquina de remordimientos. Aunque ella era estadounidense, Max era italiano, y había sido educado en la importancia de hacer feliz a una madre.

Con los ojos, Max buscó a una mujer que llevara una rosa roja, igual a la que él se había metido en el bolsillo. Sólo tenía que localizarla y decirle que le había surgido un imprevisto. Así de sencillo. No le llevaría más de un minuto.

Cari Christensen se mordió el labio y deseó poder hacer desaparecer la rosa roja en el fondo de la copa de vino que continuaba intacta delante de ella.

–Cinco minutos más –se prometió–. Y si no aparece, tiro la rosa a la basura y me mezclo con la gente, para que no sepa quién soy.

Su cita llevaba casi media hora de retraso. Media hora. Más que suficiente. Pero le había prometido a Mara, su mejor amiga, que mantendría la cita, aunque no habían hablado de esperar tanto rato. Cari suspiró, evitando contacto visual con cualquiera de los hombres interesados que se acercaban a la barra, y deseó con todo su corazón poder estar en casa metida en la cama con un buen libro. Mara lo hacía por su bien, pero no podía entender que Cari no estaba buscando a Don Perfecto. Ni a ningún hombre. No quería un hombre en su vida, ni tampoco una relación sentimental. Tampoco quería un marido. Todo eso ya lo había tenido y había convertido su vida en un infierno.

Pero eso Mara no podía entenderlo. Ella se había casado con su novio del instituto, con quien tenía una bonita casa con jardín y dos hijos preciosos. El

matrimonio de Cari había sido todo lo contrario.

–Hay gente que encuentra su anillo de oro flotando en los cereales del desayuno –intentaba explicarle Cari a su amiga–. Mientras que a otros se les cae en la playa y se pasan el resto de su vida buscándolo por la arena.

–¡Qué tontería! ¿Crees que mi vida es perfecta?

–Sí, Mara, claro que lo creo. Al menos comparada con la mía.

–Oh, Cari –Mara le había tomado la mano con compasión–. Lo que ocurrió con Brian y... Michele... fue horrible –le aseguró con los ojos llenos de lágrimas–. Pero tienes que volver a intentarlo. Y cuando encuentres al hombre adecuado...

El hombre adecuado. Cari dudaba mucho de que existiera. Ni siquiera Mara conocía todos los sórdidos detalles de la realidad de su matrimonio. De ser así, no estaría tan decidida a empujarla de nuevo al agua.

–Mara, por favor, déjalo de una vez. Estoy muy contenta con mi vida tal y como es.

–Oh, Cari, no soporto la idea de que pases otro día de San Valentín sola en casa viendo películas antiguas por la tele.

–Por favor, San Valentín me importa un bledo.

–A mí no me engañas, Cari Christensen. Yo sé lo que te hace falta.

–Mara, ni se te ocurra.

–Necesitas un hombre –le dijo con tanta resolución que Cari tuvo que echarse a reír.

–No sé por qué te dejo ser mi amiga.

–Porque sabes que quiero lo mejor para ti.

Cari suspiró, consciente de que ya había sido derrotada, pero continuó oponiendo resistencia.

–No necesito que nadie cuide de mí.

–Ya lo creo que sí. Soy tu hada madrina. Ve acostumbrándote.

–No.

Pero Mara, por supuesto, continuó en sus trece, y por eso Cari estaba sentada allí, en el Longhorn Lounge, con una triste rosa roja y esperando a un hombre llamado Randy de quien su amiga le había asegurado de que era su media naranja.

–Espera y verás –le había dicho–. Es un hombre muy especial. Te sorprenderá.

Así que lo estaba haciendo por su amiga. Su intención era sonreír mucho y parecer interesada en las batallitas de Randy, disfrutar de una cena agradable

en el comedor del club y tener dolor de cabeza a la hora de pedir el postre, la excusa perfecta para disculparse y volver a casa. A partir de ese momento, el contestador automático se ocuparía del asunto. Y Mara dejaría de ser tan insistente.

La puerta se abrió y apareció un hombre cerrando el móvil. Alto, moreno y enfundado en un traje de corte impecable en lugar de los vaqueros y camisas que llevaba la mayoría de los que frecuentaban el club, el hombre atrajo la atención de muchas de las presentes. Algo en su forma de moverse atraía las miradas, o quizá fuera el hecho de que era el hombre más atractivo que ella había visto fuera de una pantalla de cine. El corte de pelo era exquisito, aunque daba la impresión de llevarlo demasiado largo y un poco despeinado, como si fuera el resultado de la brisa de la noche o las manos de una amante. Los hombros anchos se marcaban bajo el traje de seda, y la raya de los pantalones sólo servía para enfatizar la musculatura de los muslos. Una estatua griega que había cobrado vida disfrazada bajo un traje actual.

Cari se estremeció y después sonrió para sus adentros. Una cosa era segura. Aquel hombre, desde luego, no podía ser su cita, Randy. Casi se alegraba. En su experiencia, los hombres tan atractivos y enérgicos como aquél eran los peores. Aunque ella debía admitir que tenía su atractivo.

Un deleite para los ojos, sin duda. Por suerte ella estaba curada de eso.

Cari apartó los ojos de él y echó una ojeada al reloj. Un minuto más y quedaría libre.

Una sombra cayó sobre su cabeza y Cari levantó los ojos para encontrarse con un tipo bastante fornido tocado con un sombrero texano y pantalones vaqueros ceñidos que le sonreía.

–Hola, preciosidad –dijo el vaquero llevándose la mano al ala del sombrero–. ¿Qué tal si te invito a una de esas copas con sombrerito y lucecitas que tanto os gustan a las chicas? –sugirió con un guiño.

Cari quiso gritar, pero se contuvo.

–No, gracias, vaquero –dijo procurando no ser descortés a la vez que se levantaba del taburete y se volvía hacia la puerta–. Ya me iba.

–No hay prisa, monada –dijo él planteándose delante de ella, sin dejarla pasar–. Eres tan bonita como una flor de cactus.

Cari alzó la barbilla y esbozó una forzada sonrisa.

–Y tan espinosa. Será mejor que me dejes pasar. No quiero pincharte.

La expresión del hombre se ensombreció.

–Oye, monada, escucha un momento...

Pero tan rápidamente como había aparecido desapareció, porque alguien más grande y más impresionante acababa de presentarse ante ella. Cari sintió su presencia antes de verlo, y contuvo una exclamación. Lentamente, levantó los ojos. Sí, era el hombre que había visto entrar por la puerta hacía unos minutos, plantado delante de ella, con una aplastada rosa roja en una mano y preguntándole algo.

—¿Qué? —preguntó ella sin poder oír ni una palabra de lo que le estaba diciendo.

Max se vio atrapado entre el interés y la irritación. Quería terminar con aquello cuanto antes y largarse de allí. No le había costado mucho encontrarla. Era una joven muy atractiva, con una cabeza llena de rizos rubios y un vestido negro que revelaba una figura perfecta, con curvas y carnes en los lugares exactos, y unas piernas que merecían la admiración masculina.

El problema era que no recordaba su nombre. Su madre se lo había repetido infinidad de veces. De hecho, cada vez que repetía la historia de cómo a su familia le habían robado el rancho Triple M. Aquélla era la hija de la mujer que traicionó a su madre, pero ¿cómo se llamaba? Algo no sé qué Kerry, ¿no?

—¿Señorita Kerry? —repitió al ver que no le había oído.

—¡Oh! —exclamó ella perpleja—. Tú no puedes ser... bueno... ¿eres... tú?

—El mismo —dijo él enseñándole la rosa y señalando con la cabeza a la que ella llevaba—. Esperaba que tuviéramos un rato para conocernos mejor —dijo él—, pero tristemente no va a poder ser. Siento hacerte esto, pero ha surgido algo y me temo que tendremos que dejarlo para otro día.

—Oh.

Él la miró desconcertado. La mujer parecía dulce y encantadora, y desde luego estaba bastante cohibida. No era lo que él esperaba. No se parecía en nada a la altiva sirena que había imaginado en las historias de su madre, una mujer incapaz de sentir remordimientos ni ningún otro tipo de sentimiento.

—Mi madre te manda saludos —dijo él contemplando con deleite el bonito rostro femenino.

Desde luego no era su tipo. En general a él le gustaban las modelos, mujeres altas y mundanas, decorativas pero lo suficiente maduras para no querer nada más allá de una relación divertida y pasajera. Las jóvenes inocentes no pensaban más que en enamorarse, y él ni quería ni estaba para ese tipo de compromisos. Se había pasado la vida observando la naturaleza humana y, en su opinión, enamorarse era para tontos que se negaban a la

realidad y esperaban que la vida fuera un cuento de hadas. Él se consideraba demasiado duro para esas tonterías.

De todos modos, aquella joven tenía algo que le atraía intensamente. Parecía inteligente y con reflejos, aunque ahora lo miraba un poco con la boca abierta. Tenía los ojos de un color azul vivo, enmarcados por unas pestañas oscuras y espesas, y la nariz respingona y salpicada de algunas pecas. El pelo, del color del sol en primavera, era una estilosa masa de rizos que no dejaba de caerle a los ojos, lo que la obligaba a retirárselo de la cara para verlo mejor.

No era en absoluto lo que había esperado. Por lo que le había dicho su madre, estaba convencido de que la detestaría nada más verla. Ahora ya no estaba tan seguro.

–Espero que podamos hacer esto en otro momento –dijo él, sorprendido por la verdad que había en sus palabras–. ¿Puedo llamarte mañana?

–Oh –repitió ella otra vez, con los ojos como platos–. Bueno, vale.

La chica no tenía mucho vocabulario. O quizá él estaba siendo demasiado brusco. Sus amigos y empleados solían acusarle de serlo, y ahora lo lamentó. No quería ser grosero.

Pero no tenía tiempo. Con un encogimiento de hombros, le sonrió y se dirigió a la puerta. Estaba casi fuera cuando recordó la estúpida rosa que llevaba en la mano. Hubiera tenido que dársela. Después de todo, ¿qué iba a hacer con ella?

Se volvió hacia ella y la encontró mirándolo. Aquellos enormes ojos azules tenían algo... y dejarla allí sería como decirle a un cachorro que no te siguiera a casa.

–¿Por qué no vienes conmigo? –sugirió siguiendo un extraño impulso–. Podemos comer algo en otro sitio.

–Oh, yo, bueno... –Cari carraspeó, sin saber por qué estaba siendo incapaz de hilar una frase completa.

Ella no era así, pero encontrarse a un hombre tan totalmente opuesto a lo que había imaginado la había dejado sin palabras, y todavía no se había recuperado. Casi sin pensarlo, se levantó y se dirigió hacia la salida del club dejándose llevar por una de las manos masculinas en la espalda. Antes de salir, volvió la cabeza hacia la barra, no muy segura de que fuera muy prudente salir de allí con un desconocido.

Aunque era primo del marido de Mara. O al menos eso le había dicho su amiga.

Lo curioso fue que, al mirar de nuevo hacia atrás, tuvo la sensación de ver una rosa roja en manos de un hombre alto, rubio y con gafas. Pero todo estaba sucediendo tan deprisa que se dejó llevar por su acompañante hasta el exterior del local y hasta su coche. Un coche muy impresionante.

–Oh, Dios mío –dijo ella cuando él le abrió la puerta.

–Es un Ferrari –dijo él frunciendo el ceño–. Seguro que has visto alguno por aquí. En Dallas los hay a cientos.

–Claro que los he visto, pero nunca me había montado en uno –dijo ella sentándose en el lujoso asiento de piel.

Hizo una mueca. Quizá no debería habérselo dicho.

Él se sentó tras en el volante y metió la dirección que le había dado Tito en el navegador. Después se volvió a mirarla y alzó una ceja:

–Por lo que sé de ti, pensaba que lo tuyo eran los coches deportivos y vivir rodeada de todo lujo.

Cari frunció el ceño, sin comprender nada. ¿La había confundido con otra cita a ciegas?

–¿Quién ha podido decirte una cosa así?

Él la miró un momento y después se encogió de hombros.

–Texas –murmuró poniendo el coche en marcha–. Esta ciudad siempre me sorprende.

Aquella frase sí que sorprendió a Cari. Por lo que le había dicho Mara, Randy llevaba toda su vida viviendo en Galveston, pero en aquel momento ella apenas podía hablar, pensando únicamente en lo increíblemente atractivo que era. Todo sobre él hablaba de riqueza y poder. Seguramente el traje que llevaba costaba más dinero que su coche de segunda mano. El pelo negro, la piel bronceada, los muslos que se adivinaban bajo la estela de los pantalones, todo creaba una imagen para conquistar el corazón de cualquier mujer. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado, dejando al descubierto la piel bronceada y un atisbo de vello negro y rizado. Si ella fuera dada a los desvanecimientos, seguro que ahora estaba por los suelos.

Pero no lo era, se recordó Cari con dureza. Y había algo más que no encajaba. Ciertamente el marido de Mara era un hombre guapo, pero pensar que había alguien como aquél en su familia no le cuadraba demasiado.

Pero ya era demasiado tarde para decirlo, porque el elegante coche deportivo había salido disparado como un cohete. La fuerza de la inercia la dejó pegada al respaldo del asiento, y con el corazón en la garganta buscó algo donde sujetarse.

El coche se detuvo en un semáforo. Cari tragó una bocanada de aire y se volvió hacia él, para hacerle saber que el despegue no le había hecho ninguna gracia.

–Vaya, ¿siempre conduces así? –le preguntó echándose el pelo hacia atrás con una mano–. Porque si es así, seguro que tienes una silla con tu nombre en los juzgados de tráfico.

A él pareció sorprenderle tanto el tono de su voz como la firmeza de sus palabras, pero se echó a reír.

–Sólo lo estoy probando. Me lo han prestado en el concesionario y quería ver qué tal va –hizo una mueca–. Pero no conozco bien las calles, así que será mejor que lo deje. Perdona, debería habértelo advertido –añadió esbozando una sonrisa ladeada, sin arrepentirse en absoluto de lo que había hecho.

Sin embargo, al mirarla, la sonrisa se desvaneció.

Los rizos rubios seguían, cayéndole sobre los ojos, y Max sintió el incomprensible impulso de retirárselos y un inexplicable cosquilleo en los dedos. Deslizó la mirada por su cara y la sedosa y suave piel de su garganta, y se imaginó recorriéndola con los labios, y la lengua...

El coche de atrás hizo sonar la bocina, y Max se dio cuenta de que el semáforo se había puesto verde. Se concentró de nuevo en la conducción, aunque sin poder dejar de pensar en la mujer sentada junto a él.

Y de repente se acordó de su nombre. Celinia Jade Kerry. ¿Cómo había podido olvidarse de un nombre como aquél? Celinia Jade, menudo nombrecito.

–¿Te importa que te llame C.J.?

Cari parpadeó realmente perpleja.

–¿Por qué?

–Para abreviar. Es más fácil de recordar.

Cari frunció el ceño.

–Pero...

El Ferrari entró en la autopista y él aceleró metiéndose entre el tráfico, concentrándose en los coches.

Era curioso, pero ahora que lo pensaba, su madre le había dicho que Celinia Jade Kerry era del tipo de mujeres con las que él se relacionaba, mujeres por otro lado que a su madre no la impresionaban en absoluto.

Claro que su madre tampoco conocía muy bien a C.J. De hecho sólo conocía a su madre. O la conoció, hacía mucho tiempo.

–Se llamaba Betty Jean Martin, antes de casarse con Neil Kerry, el hombre

que robó el rancho a mi familia –le había contado su madre hacía unos días, sentados en la terraza de su casa italiana, sobre los canales de Venecia–. Era mi mejor amiga, pero cuando se casó con Neal a mis espaldas se convirtió en mi peor enemiga.

Max había oído la historia muchas veces. Era una de las leyendas familiares, y tenía la sospecha de que su madre había estado convencida de que sería ella quien se casaría con Neal antes de que su amiga Betty Jean lo llevara al altar, para poder así recuperar el rancho.

Lo cierto era que él no podía sentir lo que no ocurrió. Además, su madre conoció a su padre, Carlo Angeli, poco después, lo que significó un importante cambio en su vida, sobre todo desde el punto de vista económico. Eso era lo que solía pasar cuando te casabas con un millonario.

Aunque Max sabía que no fue un matrimonio feliz. Su padre apenas estaba en casa, y todo el mundo conocía sus aventuras con las esposas de sus mejores amigos. Su madre había dedicado su vida a sus dos hijos, y a recordar los amargos recuerdos de una infancia en el rancho Triple M, a las afueras de Dallas, Texas.

–Estoy segura de que Celinia Jade es como tus amigas –continuó su madre blandiendo la carta que había recibido de la hija de su antigua amiga–. Aún tengo contactos en Texas para estar al tanto de lo que ocurre. A esa chica lo único que le interesa es la última moda y si el carmín de labios que lleva le hace la boca más deseable. ¿Te suena?

–¿Has estado escuchando mis conversaciones telefónicas? –había bromeado él.

Su madre se limitó a poner los ojos en blanco.

–¿Es que no lo entiendes, mamá? –le había dicho él sin molestarse–. No salgo con mujeres por su conversación.

–Entonces seguro que te llevas perfectamente con la joven Kerry –había concluido Paula con una sonrisa–. Aunque me extraña que se haya puesto en contacto conmigo después de todos estos años.

–Por suerte, yo me voy a Dallas dentro de unos días y veré qué es lo que quiere.

–Dinero –dijo su madre con un suspiro, sacudiendo la cabeza de rizos canosos–. Sé que tiene serios problemas económicos. Sus padres han muerto y ella ha terminado con lo poco que le dejaron. Sin duda cree que tú serás su cajero automático sin fondo.

–Muy interesante –había murmurado él–. ¿Crees que todavía tiene el

rancho?

–Oh, sí, ella nunca venderá el rancho. Pero seguramente necesita dinero para mantenerlo.

–¿Crees que querrá un préstamo?

Su madre soltó una carcajada.

–No, no lo creo. No podría devolverlo –Paula sonrió a su hijo–. En su carta pregunta un montón de cosas sobre ti. En mi opinión, creo que intentará casarse contigo.

–Muchas lo han intentado –le recordó él medio en broma.

–Pero ninguna lo ha conseguido –asintió la madre con un suspiro.

–Llámalas –le dijo Max mientras empezaba a diseñar un plan para recuperar el rancho con el que su madre llevaba tantos años soñando–. Que no venga aquí, pero dile que yo estaré en Dallas y que me gustaría conocerla. Conciértame una cita con ella.

Su madre asintió con suspicacia.

–¿Qué estás tramando?

Max le sonrió.

–Mamá, tú sabes que mi especialidad es la adquisición de propiedades. Pienso convencerla para que nos venda el rancho que tanto quieres.

Los ojos femeninos brillaron durante un momento, pero la mujer negó con la cabeza.

–No te lo venderá nunca.

Max se encogió de hombros.

–Eso lo veremos.

–Oh, Max, ten cuidado. No dejes que te seduzca. Si es como su madre...

Max depositó un beso en la cabeza de su madre y se dirigió hacia la puerta.

–No te preocupes –le dijo con un guiño.

Pero su madre tenía una mirada triste y distante, y Max se dio cuenta de que estaba pensando en Gino, su hermano mayor, fallecido hacía unos meses. Eso aumentó su determinación a hacer lo que fuera para devolverle la alegría. Lo que fuera.

Y ésa era la misión que lo había llevado a Dallas.

CAPÍTULO 2

–BUENO, dime, C.J. –dijo Max mirando de soslayo a Cari saliendo de la autopista y adentrándose en una zona industrial apenas iluminada y que no prometía nada bueno. Un relámpago iluminó durante un segundo el horizonte y desapareció con la misma rapidez que había aparecido.

–¿Qué tal la vida en el rancho?

Ella lo miró y sacudió la cabeza. Aquella conversación era cada vez más surrealista. Su pequeña casa tenía cierto estilo rústico, pero desde luego ella no criaba ganado en el jardín.

–¿Qué rancho?

«El rancho que tu familia robó a la mía», pensó él cínicamente, torciendo los labios.

Pero en voz alta dijo:

–El rancho donde vives, ¿cuál si no?

¿Qué demonios le había contado Mara a aquel hombre para que aceptara a pasar una velada con ella? Cari sabía que a veces su amiga se dejaba llevar por su imaginación, pero aquello empezaba a ser ridículo.

–No vivo en ningún rancho –le aseguró ella.

Más vale que supiera la verdad.

–Ah. Entonces supongo que eres una chica texana normal y corriente –dijo él con sarcasmo.

Pero ella asintió vigorosamente, empezando a perder la paciencia.

–Sí, lo soy.

Max soltó una risita.

–¿Qué os pasa a los texanos? Todo el mundo dice que habláis como cotorras, pero todos los texanos que conozco intentan hacerse pasar por gente normal y corriente, por muy ricos que sean o por muchas tierras que tengan.

Cari estaba totalmente perdida. Era imposible que Mara la hubiera hecho pasar por hija de una familia acaudalada.

–Pero somos gente normal y corriente –dijo ella a la defensiva.

–Ja. *Se non é vero, é ben trovato*.

La conversación ya era bastante incomprensible sin que encima él empezara a hablar en lo que parecía ser italiano, y aquello último fue la gota que colmó el vaso.

–¿Sabes qué te digo? –dijo ella en tono acusador–. Que tú no hablas como un texano.

–*Grazie* –respondió él–. Sólo soy medio texano, y espero que puedas perdonar mis errores.

–Oh.

¡Medio texano! Y la otra mitad era evidentemente italiana. ¿Cómo se le había escapado a Mara el detallito? Cari se mordió el labio, temiendo haberlo ofendido.

–¿Y qué significa, lo que has dicho hace un momento?

Max le sonrió.

–He dicho que es una buena historia, incluso si no es cierta.

Antes de que ella pudiera manifestar su indignación, el móvil de Max sonó. Éste se lo sacó del bolsillo y miró la pantalla.

–Es mi madre –dijo sorprendido deteniendo el coche.

–¿Tu madre? –Cari no lo podía creer.

Había oído decir que los hombres italianos estaban muy unidos a sus madres, pero aquello era ridículo.

–Sí, mamá –dijo él en italiano.

Después de una conversación en la que ella apenas entendió nada, él se apartó el teléfono de la oreja y le dijo:

–¿Quieres hablar con mi madre?

Cari lo miró horrorizada. ¿Su madre? ¿Para qué narices iba a querer ella hablar con su madre? ¿Y qué le diría?

–Pues no, la verdad –dijo ella negando vehementemente con la cabeza.

Max dijo algo más en italiano y cerró el móvil.

–O sea, que los viejos resentimientos siguen vivos –comentó él clavándole los ojos con una intensidad que la asustó.

–¿De qué estás hablando?

–De que no quieras hablar con mi madre.

Oh, aquello era incomprensible. Ella sólo quería un par de horas de agradable conversación con un desconocido, y nada más. Nadie había hablado de conversaciones con madres ni nada por el estilo. Y ahora estaba empezando

a sentirse bastante molesta. Mejor dicho, muy molesta.

–¿De qué iba yo a hablar con tu madre? –preguntó ella acaloradamente—. Aunque supongo que podría hacerle una crítica de cómo se porta su hijo en una cita a ciegas. Aunque no quisiera ofender tan pronto.

Max se echó a reír mientras la observaba divertido.

–Escucha –dijo él después poniéndose serio—. No sé de quién estaba hablando, pero dice que alguien le ha llamado y ha dejado un mensaje diciendo que he llegado tarde a la cita. Pero yo no he llegado tarde, he sido muy puntual.

Cari le sostuvo la mirada.

–Has llegado tarde.

Max frunció el ceño.

–¿O sea, que le has llamado para quejarte de que no he llegado tan pronto como tú?

–Yo no he llamado a nadie.

Ni tampoco hubiera podido hacerlo. De repente recordó que se había dejado el móvil cargando en la encimera de la cocina, y se sintió desnuda y desprotegida. Todas las chicas necesitaban un buen teléfono, sobre todo cuando quedaban con desconocidos tan desconcertantes.

–Pues alguien se ha enterado y ha llamado a mi madre.

A Cari empezaba a darle todo vueltas. Aquella cita era cada vez más surrealista.

–A ver si te he entendido bien. Tu madre está en Italia, ¿no? ¿Por qué le preocupa tanto que llegues puntual o no a una cita?

Él esbozó una lenta sonrisa, y Cari tuvo que reconocer que tenía un atractivo muy masculino. Y muy sensual.

–Porque quiere que todos nos llevemos bien, como en los viejos tiempos –dijo él arrastrando las palabras.

Cari seguía sin comprender nada. El móvil sonó de nuevo. Max vio que era Tito.

–Dime –dijo al teléfono.

–¿Dónde estás?

–A una manzana. Estaré ahí enseguida –Max miró a Cari, que parecía estar absorta mirando por la ventana—. ¿Sabe Sheila que voy?

–No.

–¿Por qué no se lo has dicho?

–Bueno, es que...

–¿Le has puesto al día sobre los parámetros de la situación?

–La verdad es que no.

–¿Por qué no?

–Escucha, jefe, ya te lo he dicho, Sheila no está aquí.

–Pero me has dicho...

–El niño está.

Aquello fue como si le hubiera caído un rayo. El objetivo de toda aquella operación había sido encontrar al hijo de Gino. Sheila no era más que un actor secundario en la trama, pero él no esperaba que madre e hijo estuvieran separados.

–Ya casi estoy allí –dijo Max colgando y dejando caer el móvil en la bandeja central.

Se volvió a mirar a Cari.

–¿Dónde vamos? –preguntó ella pensando que quizá debería haber aclarado la situación antes de ir con él.

–A ocuparme de unos... asuntos personales –dijo poniendo el coche en marcha de nuevo.

Hasta ahora Max creyó que iba a tener que enfrentarse a la ex novia de su hermano, e intentar sonsacarle si tenía un hijo de él. Ahora sabía que Sheila no estaba allí, pero el hijo sí. ¿Qué significaba? Iba a tener que asumir que el hijo era de Gino hasta que se demostrara lo contrario.

–Es aquí –dijo él–. Ahí.

–¿Aquí?

Cari miró al lúgubre y destartalado edificio de apartamentos y frunció el ceño. De las ventanas de unas de las plantas superiores salía música, y abajo un perro olisqueaba un montón de papeles junto a la entrada. Una de las farolas estaba rota y dejaba la zona medio sumida en la oscuridad. Cari creyó ver a alguien en la acera de enfrente que rápidamente se perdió entre las sombras. Si ella hubiera estado al volante, no se habría metido por aquel barrio ni loca.

–Creía que íbamos a comer algo –mencionó ella.

–E iremos –dijo él. Miró al feo edificio y frunció el ceño–. Pero tengo que ocuparme de una cosa aquí. Volveré enseguida. Espérame aquí.

Cari miró la calle desierta y se estremeció.

–Creo que prefiero ir contigo.

–Como quieras –dijo él–. Venga, vamos.

Al salir del coche y mirar a su alrededor, Max empezó a tener sus dudas.

Él no conocía muy bien Dallas, pero estaba seguro de que aquélla no era una zona muy recomendable. Ni para que ella se quedara sola en el coche, ni tampoco para dejar el coche solo.

Por otro lado, tampoco quería involucrarla en asuntos familiares. Ya eran bastante caóticos sin ella. Quizá no había sido tan buena idea llevarla con él.

La miró y se fijó una vez más en los rizos rebeldes que enmarcaban el rostro femenino y le daban un halo mágico. Los volantes del corpiño brillaban, dando a sus movimientos un aspecto fluido, y la falda negra de seda se movía de la misma manera. Sus movimientos no eran sofisticados, sino pura y llanamente atractivos. Era la clase de mujer que te hacía pensar en sábanas limpias en una enorme cama. ¿Estaba bien pensar así de ella?

Rió para sus adentros. ¿Qué diría su madre?

«Oh, Max, ten cuidado con ella. No dejes que te seduzca. Si se parece en algo a su madre...».

Sí, eso era lo que le había dicho, pero en realidad lo que Paula quería era que su hijo sedujera a C.J. y la convenciera para venderle de nuevo el rancho.

Había estado convencido de que podría hacerlo. Por lo que sabía de ella, imaginó que la hija del antiguo rival de su madre sería una mujer guapa y caprichosa, acostumbrada a vivir rodeada de lujos y a hacer lo que le viniera en gana. Sin embargo, por lo que había visto hasta el momento, estaba muy equivocado. ¿Podía manipular a una mujer como ella? ¿Conseguiría seducirla sólo con su encanto? Ahora tenía que reconocer que no iba a ser tan fácil como le pareció en Italia.

¿Y qué pasaría si le permitía entrar con él al apartamento donde iba? Lo último que deseaba era un testigo de lo que estaba a punto de ocurrir, fuera lo que fuera.

Una ráfaga de brisa nocturna removió las hojas de los árboles y llegó acompañada del olor a lluvia inminente. Cari se estremeció.

–He estado pensando –dijo él con su más encantadora sonrisa–, las cosas no están saliendo como pensaba –reparó en que Tito había aparcado su coche alquilado en la entrada–. Lo mejor será que le diga a mi ayudante que te lleve de nuevo al club y me esperas allí. Tito se ocupará de ti.

Cari lo miró seria y alzó la barbilla.

–Ni loca. No pienso cambiar de pareja a esta hora.

Max echó la cabeza hacia atrás, como si le hubiera golpeado. ¿Estaba insinuando...? Ciertamente que a veces era un poco brusco, y muy mandón, pero no le gustaba que le tomaran por imbécil.

–No, espera, estás equivocada.

–Escucha –dijo ella echándose los rizos hacia atrás–, no te estoy acusando de nada. Pero esta cita a ciegas ha sido de lo más rara. A mí me gusta tener los pies en el suelo y la cabeza sobre los hombros. Creo que prefiero quedarme contigo hasta que me lleves a casa.

–Ah. Más vale malo conocido que bueno por conocer, ¿eh? –dijo tratando de no perder su flema habitual.

Pero lo cierto era que empezaba a tener dudas. ¿Ésa era la mujer que tenía que manipular? Iba a tener que repensar sus planes. Aunque más tarde. En aquel momento tenía otros problemas que resolver.

–Es posible que esto no sea muy agradable –le advirtió por fin–. No sé muy bien qué nos podemos encontrar, así que prepárate para cualquier cosa.

Cari se encogió de hombros. ¿Se habría percatado él de que le temblaban los dedos? No estaba ni la mitad de segura de lo que quería aparentar. Entre las llamadas de su madre y las visitas a barriadas tan poco recomendables, empezaba a tener un mal presentimiento. Por mucho que fuera el primo del marido de Mara, no se parecía en nada a los hombres de Texas que ella conocía. Más le valía andarse con ojo y estar alerta en todo momento.

–Si hay algún problema, quizá te pueda ayudar –sugirió ella–. No quiero que te quedes sin tu ayudante cuando puedas necesitarlo –Cari logró esbozar una sonrisa–. No te preocupes, no intervendré, pero estaré lista para echarle una mano si es necesario.

–Vale –dijo él con escepticismo, pero decidido a no analizarlo demasiado. Se pasó una mano por el pelo y suspiró–. Veamos qué es lo que nos espera adentro.

El edificio estaba sucio y olía a comida. No tardaron en encontrar el apartamento. Max llamó a la puerta y ésta se abrió. Un hombre de baja estatura y hombros anchos los recibió nervioso y los invitó a pasar.

Cari entró en el salón sin saber qué se iba a encontrar. Los dos hombres se acercaron con pasos rápidos a un extremo de la sala, y entonces fue cuando Cari vio la cuna. Y se detuvo en seco.

No. Un bebé no. Por favor, un bebé no.

Empezó a respirar aceleradamente y el pánico se apoderó de ella. Los recuerdos de Michelle, su pequeña de cuatro meses, se apoderaron de sus sentidos y casi gimió en voz alta.

Habían pasado dos años desde el accidente de tráfico que se llevó las vidas de su marido, Bryan, y de su adorable Michelle. Dos años en los que

había evitado por todos los medios la posibilidad de encontrarse cara a cara con un niño de carne y hueso. Dio media vuelta, dejándose llevar por el impulso de salir al pasillo y correr lejos de allí. Cualquier cosa para escapar del dolor que ver al bebé representaba.

Pero al llegar a la entrada, el bebé empezó a llorar primero con unos ligeros sollozos y después con total desconsuelo.

Cari se detuvo, incapaz de dar otro paso. El niño estaba llorando, necesitaba consuelo, y todos sus instintos le hicieron volverse de nuevo. Los bebés eran pequeñas e indefensas criaturas que necesitaban ayuda. Ella era una mujer equipada con el talento y las emociones para dar esa ayuda. Y sin embargo...

Se quedó donde estaba, incapaz de acercarse a la cuna, incapaz de salir del apartamento. Cerrando los ojos, intentó respirar profundamente y calmar los rápidos latidos de su corazón.

El dolor era casi insoportable.

Toda la atención de Max estaba en el bebé. Al mirar al pequeño de pelo moreno, se preguntó si sería hijo de Gino. ¿No había cierto parecido en la cara? Y las manos, ¿no eran como las de su hermano? ¿Era aquel niño todo lo que quedaba de la vida de su hermano? Probablemente sí, y él estaba dispuesto a remover cielo y tierra para averiguarlo. Y si era así, nadie podría quitárselo.

—¿Niño o niña? —preguntó a su ayudante que estaba de pie a su lado.

—Niño.

Tenía que haberlo imaginado. La manta, la ropa, todo era azul. A pesar del desorden de la habitación, la cuna parecía bastante limpia.

—¿Cómo se llama?

—La niñera dice que Jamie.

—¿La niñera? —por primera vez Max levantó la cabeza y miró a su ayudante—. ¿Hay una niñera?

Tito asintió con la cabeza.

—Le he dicho que espere en el dormitorio.

Max asintió con la cabeza.

—¿Dónde está Sheila? —preguntó después, pensativo.

Sólo la había visto una vez. Era guapa, sí, y agradable, a su manera. Claro que «su manera» resultaba una combinación de incesante conversación superficial y deseo ilimitado de cosas lujosas. Gino y ella ya no estaban juntos

cuando él falleció en un accidente de avioneta, y nadie supo nada de ella hasta hacía unos meses, cuando empezó a llamar diciendo que había dado a luz al hijo de Gino y pidiendo dinero.

–La niñera no lo sabe. Dice que la contrató hace tres días y que Sheila tenía que haber vuelto en veinticuatro horas. No sabe cómo ponerse en contacto con ella, y ella no ha llamado.

–¿Has registrado el apartamento a ver si hay alguna dirección o teléfono?

–Sí, pero no he encontrado nada importante.

–Bueno, no podemos seguir esperando aquí.

–La niñera dice que empezó a tener bastante miedo. Cuando llegué aquí estaba a punto de llamar a la policía.

–¿Pero no lo ha hecho?

–No, o al menos eso dice.

–Bien –Max asintió una vez más–. Que un abogado de la ciudad se ocupe de esto antes de hablar con las autoridades.

–¿O sea, que piensas quedarte con el niño? –preguntó Tito, extrañado.

–Por supuesto.

Tito asintió, pero en ese momento el niño empezó a agitarse y llorar. Los dos hombres volvieron a mirar al interior de la cuna.

–Está llorando –dijo por fin Tito.

–Sí, eso parece –dijo Max, retrocediendo un par de pasos.

Un niño llorando no entraba en su experiencia, y tampoco estaba seguro de querer saber más.

Tito movió los dedos delante de la cara del bebé, pero eso sólo consiguió hacerle llorar más.

–No se calla.

Max frunció el ceño, sin saber qué hacer.

–No –dijo. Después miró a su ayudante–. ¿Ha llorado antes?

–Estaba dormido, creo. Al menos no hacía tanto ruido –respondió Tito.

–Ahora sí.

–¿Y qué hay que hacer para que se calle?

Max lo miró irritado.

–¿Y cómo quieres que lo sepa?

Los dos hombres se miraron y después, de nuevo, volvieron su atención al bebé.

Cari había conseguido cruzar el salón y estaba justo detrás de ellos. Apenas podía ver al bebé, pero su llanto desesperado la hizo abrirse camino

entre los dos hombres.

–No os matéis buscando el interruptor para apagarlo –les espetó ella–. No tiene.

Max dio un paso atrás, aliviado al verla acercarse a la cuna y mirar al pequeño.

Una masa de pelo negro, mejillas rojas por el llanto, los ojos cerrados y los puños golpeando el aire. Aquel niño no se parecía en nada a Michelle y, aliviada, Cari respiró profundamente y le habló.

–Hola, pequeñín. ¿Qué te pasa? Tranquilo, enseguida estarás bien.

El sonido de una voz femenina detuvo el llanto y el pequeño abrió los ojos castaños y la miró con curiosidad, como si fuera algo interesante.

Cari sonrió. El niño era adorable. Lo sacó de la cuna y lo tomó en brazos. Por el momento cerró los ojos y dejó que la sensación la bañara por completo. Tenía un bebé pegado al cuerpo, repitiendo una experiencia que le había sido arrebatada, y ahora, por primera vez en dos años, podía sentirlo otra vez. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¿Sabes cómo calmarlo? –preguntó la voz del hombre que la había llevado hasta allí.

Cari asintió sin mirarlo. No quería que la viera con los ojos empañados.

Max se la quedó mirando. No siempre era tan sensible como debería con las emociones y sentimientos femeninos, pero esta vez se dio cuenta de que ocurría algo. No estaba muy seguro de qué era, y titubeó un momento antes de llegar a la conclusión de que Cari sabía lo que hacía.

Tito se acercó a la puerta del dormitorio, y Max lo siguió. Tenían que hablar con la niñera.

Cari sostuvo al bebé en brazos y lo meció hasta que dejó de llorar por completo. Los ojitos castaños se cerraron y las pestañas, largas y negras, aletearon sobre las mejillas sonrosadas un momento, hasta que el niño quedó totalmente inmóvil. Cari le besó la cabeza y canturreó una nana. No le costaba ningún esfuerzo. Era lo que había hecho con su hija, aunque no quería pensar en ello.

Bloquear el pasado era parte de aceptar el presente, pero era consciente de que no podía continuar viviendo así. Llevaba demasiado tiempo tratando de evitar todo tipo de contacto con bebés, con la esperanza de evitar el dolor de los recuerdos. Ahora que se había visto metida en aquella situación y obligada a enfrentarse a ella, se dio cuenta de que estaba flotando en un mar de sensaciones que le hacían olvidar todo cuanto la rodeaba. Cuando los dos

hombres volvieron de nuevo al salón, ni siquiera levantó la cabeza.

Después oyó una voz de mujer, y sorprendida alzó la mirada, aunque apenas prestó atención a la mujer mayor cuando salió del apartamento. Tito cerró la puerta tras ella.

Vagamente, Cari pensó que debía de ser la niñera, y que Tito debía llevarla a su casa, pero no parecía tener nada que ver con el íntimo placer y la profunda satisfacción que le producía sostener en sus brazos a aquel maravilloso bebé.

Max la observó durante un momento, sorprendido ante lo rápido que se había adaptado a la situación.

–¿Qué te parece? –preguntó él.

–Es una monada –murmuró ella, apretándolo contra su pecho y meciéndolo suavemente–. No quiero ni devolverlo a la cuna.

Max asintió.

–A mí también me parece que está bien –dijo él–. Siempre y cuando no lllore.

Cari dirigió una mirada sorprendida al hombre que estaba junto a ella y recordó lo mucho que a su ex marido le molestaba oír llorar a Michelle. Sin embargo, procuró calmarse. Después de todo, sus palabras eran bastante generales.

–¿Quién es? –preguntó ella acariciándole la cabeza.

Max titubeó un momento, pero decidió contarle la verdad.

–Es el hijo de mi hermano –dijo–. Al menos eso creemos. Lo sabremos con certeza cuando tengamos los resultados de los análisis de ADN.

Cari lo miró extrañada.

–¿Es el hijo de tu hermano y nunca lo habías visto? –preguntó ella con el ceño fruncido, sin comprender.

Max se encogió de hombros.

–Yo he estado en Italia –dijo él, como si eso lo explicara todo.

–¿Dónde está tu hermano? ¿O la madre del niño?

–Buena pregunta –dijo, prefiriendo ignorar la referencia a su hermano–. No lo sabemos. Por lo visto ha desaparecido. La niñera dice que debería haber vuelto hace días.

Cari asintió con la cabeza.

–Supongo que ahora llamarás a la policía.

–No, todavía no –respondió con firmeza.

–Pero...

Max se movió con impaciencia.

–Escucha, C.J., esto no es asunto tuyo. Llevo semanas buscando a este niño. Por fin lo hemos encontrado y haremos lo que creamos necesario.

Cari sacudió la cabeza, irritada.

–¿Por qué sigues llamándome así? –preguntó molesta–. Me llamo Cari. Es un nombre bonito y no necesita abreviatura.

Max alzó una ceja.

–¿No te parece demasiado formal? ¿En serio quieres que te llame por el apellido y te trate de usted?

–Cari no es mi apellido –le aclaró ella–. No sé de dónde te lo has sacado, pero Cari es mi nombre. Mi nombre de pila. Y no lleva ninguna J.

Max sacudió la cabeza, perplejo.

–Pero tú te llamas Celinia Jade Kerry, ¿no?

–No –respondió ella arrugando la nariz, pensando de dónde había sacado un nombre tan ridículo–. Me llamo Cari Christensen. Desde hace ya algún tiempo. De hecho es oficial, y tengo pruebas. ¿Quieres ver mi carné de conducir?

Max se quedó mirando en silencio los transparentes ojos azules. Desde luego parecía estar diciendo la verdad. Y empezó a verlo claro. Todo aquello había sido bastante extraño desde el principio. Para empezar, ella no respondía al perfil de mujer que esperaba. Y ahora...

¿Qué demonios había hecho? ¿Se había equivocado de mujer!

–No, no –dijo por fin.

CAPÍTULO 3

CARI suspiró con impaciencia, apretando al niño contra su pecho. Aquella cita había sido de lo más extraña desde el principio, y no hacía más que empeorar.

Para empezar, el hombre era totalmente diferente a lo que había esperado. Además estaba el elemento italiano, por no mencionar el acento. La madre al teléfono. Niños abandonados en apartamentos destartalados. Un ayudante llamado Tito. Cualquiera diría que había aterrizado en mitad de una escena de una pésima película de serie B, en medio de un diálogo descabellado.

–Escucha, Randy –empezó ella con los ojos en llamas, como preparada para leerle la cartilla.

Max abrió desmesuradamente los ojos y echó la cabeza para atrás.

–¿Quién demonios es Randy? –quiso saber.

Cari se quedó pasmada. ¿Él no era Randy? ¿No era el hombre que había estado esperando? ¿No era su cita a ciegas?

No, claro que no. ¿O es que no lo había sospechado desde el principio? En aquel momento se le cayó la venda de los ojos, y reconoció que aquél no era el primo del marido de su amiga, y que eso lo explicaba todo.

–¿Tú no eres Randy Jeffington? –preguntó ella, aunque ya sabía perfectamente que no lo era.

Max negó con la cabeza, con cara de decepción y sin ocultarlo.

–Nunca he oído hablar de él –repuso él.

–Oh –Cari se balanceó inestable.

De repente vio la imagen de un hombre alto y rubio con gafas llevando una rosa roja en la mano. Lo había visto justo cuando estaba a punto de salir del local, y ahora se dio cuenta de que ése tenía que ser Randy.

Sin embargo, en el fondo lo sabía. ¿O no? El apuesto y elegante hombre moreno de mirada indescriptible era demasiado bueno para ser verdad. O demasiado malo, dependía de cómo se mirara.

Y el pobre de Randy Jeffington... ¿seguiría esperándola en el Longhorn Lounge?

–Oh, Dios mío, tenemos que volver.

Max asintió.

–En eso tienes razón. Nos hemos equivocado de cita.

–Tiene que haber una mujer llamada... con ese nombre tan raro que has dicho... esperándote en el bar.

–Con una rosa roja.

–Oh, no. Y por desgracia los dos elegimos el mismo color, ¿eh?

–Y ninguno de los dos nos aseguramos de la identidad del otro –dijo, tajante.

Cari frunció el ceño, cambiándose al niño de una cadera a la otra, tratando de recordar cómo había ocurrido.

–Tú me llamaste señorita Cari. Yo me llamo Cari...

–Yo te llamé Kerry, con K.

–Oh.

–Estaba muy claro. Tenías que haberte dado cuenta.

–¿Yo tenía que haberme dado cuenta? ¿Y tú? Tú parecías estar totalmente segura de que era yo, y yo te seguí, como una tonta.

Cari frunció el ceño, recordando que lo había seguido casi como en trance, a pesar de que apenas podía creer que aquél fuera el Randy que ella esperaba. Y no se había equivocado.

–Bueno, ahora ya está hecho. No nos queda más remedio que deshacer el entuerto.

–Exacto –dijo él mirando al niño dormido en los brazos femeninos, y después a su alrededor–. Vámonos de aquí.

–¿Nos lo llevamos? –preguntó Cari.

–No vamos a dejarlo aquí.

–No, supongo que no –Cari se mordió el labio, consciente de que no podía hacer otra cosa.

Envolvió al niño con una de las mantas de la cuna y después se echó la bolsa de los pañales al hombro.

–Bueno, ¿cómo te llamas? –preguntó antes de salir.

–Max –dijo él–. Max Angeli.

–Y yo soy Cari Christensen.

Max la miró y casi tuvo que sonreír. A pesar de la situación, la joven parecía mantener su expresión alegre, todo lo contrario que él.

–Ya me lo has dicho.

–Por si acaso no lo has oído –bromeó ella.

Max asintió y torció la boca.

–Podías haberlo mencionado cuando estábamos en el club –dijo él–, cuando me estabas llamando con la maldita rosa roja.

–¡Qué valor! –exclamó Cari deteniéndose en seco y mirándolo furiosa–. Estás muy equivocado si crees que me vas a culpar a mí de lo ocurrido.

A él le gustaron las llamas que brillaron en los ojos femeninos. La mujer no era su tipo, y jamás se habría fijado en ella, pero tenía algo que le gustaba. Y no pudo resistirse a tomarle el pelo.

–Oye, si hubieras estado más atenta, esto no habría pasado. Me has hecho dejar plantada a la mujer con la que había quedado. Incluso es posible que hayas matado esa relación.

–Y tú has fastidiado mi cita con Randy –le recordó ella, aunque enseguida se dio cuenta de que él no hablaba en serio.

–¿No era una cita a ciegas? –preguntó él mientras salían del apartamento–. Y ya sabes lo que dicen del amor.

–Sí, dicen que el amor es ciego, pero creo que antes de matarlo hay que darle una oportunidad para que exista.

–Asesina –murmuró él conteniendo una sonrisa.

Cari suspiró, mirándolo de soslayo.

–Tú no eres precisamente el Llanero Solitario –le espetó ella–. ¿Quién te dice que no has destruido una maravillosa historia de amor?

–¿Randy y tú? –preguntó arqueando escéptico una ceja.

–Claro, ¿por qué no? Romeo y Julieta. Marco Antonio y Cleopatra. Debbie Reynolds y Eddie Fisher. Randy y Cari. Y quizá también C.J. y tú –añadió bromeando.

–No lo creo –dijo él sin sonreír–. C.J. y yo no buscamos el amor, pero estamos destinados a ser felices y comer perdices.

Cari lo miró sin comprender.

–¿Cómo puedes saberlo si ni siquiera sabes quién es?

Lo que Max sabía era que C.J. iba a ser, desafortunadamente para él, muy importante en su vida.

–El destino es implacable –dijo saliendo del edificio y cerrando la puerta tras él.

Afuera empezaba a llover y Cari cubrió mejor al niño con la manta.

–¿Dónde está el coche? –preguntó.

–¿El coche?

Max miró donde lo había dejado aparcado. Allí no había ningún coche. Lo primero que pensó fue se lo había llevado Tito, pero no. El coche alquilado de Tito tampoco estaba. Oh, no. Maldijo en voz baja y se metió la mano en el bolsillo, pero enseguida se dio cuenta de que había dejado el móvil en el coche.

–Déjame tu móvil –ordenó él tajante.

–No lo he traído –dijo ella.

Max la miró con incredulidad, dándose cuenta de que las cosas se estaban poniendo mucho peor de lo que había imaginado, y farfulló algunas frases en italiano, que por el tono a Cari no le parecieron muy adecuadas para los tiernos oídos de un niño.

–Me han robado el coche, ni tú ni yo tenemos móvil y está empezando a llover.

–Y estamos en un barrio donde no es muy recomendable andar de noche –añadió ella mirando nerviosa a su alrededor.

–No por mucho tiempo –dijo él sujetando la bolsa de pañales.

A lo lejos se veían las luces de los altos edificios del centro de la ciudad, lo que indicaba hacia dónde debían dirigirse.

–Vamos a tener que andar, al menos hasta que podamos parar un taxi. Vamos.

Cari se miró los tacones de ocho centímetros y suspiró.

Max también miró hacia el suelo.

–Esos tacones no son para caminar –observó él.

Eso era cierto, pero los pies le quedaban preciosos, por no hablar de la elegancia que daban a sus largas y torneadas piernas. Max tragó saliva y sacudió la cabeza, tratando de apartar la imagen de su mente. No era momento de dejarse llevar por la libido.

–Puedo llevarte –dijo él mirándola a los ojos–, pero con el niño y todo...

–Ni se te ocurra –exclamó ella apartándose un par de pasos–. Puedo andar, créeme, llevo años haciéndolo –dijo, y echó a andar–. Y también llevar al niño.

Caminaron bajo la fina lluvia entre edificios industriales desiertos por unas calles sin prácticamente coches ni rastro de vida. Max procuró no pensar en su precioso Ferrari y concentrarse en resolver los problemas que le acuciaban; el primero, salir de un vecindario donde jamás se habrían aventurado por la noche por voluntad propia.

Cari también empezaba a sentirse nerviosa, e instintivamente apretó al niño contra ella. La labor de los adultos era proteger a los niños de cualquier peligro, pero ella no había sido capaz de proteger a su hija. Si Brian hubiera tenido más cuidado...

No. No quería volver a pensar en ello. Tras el accidente en el que murieron su marido y su hija, pasó meses recriminándose no haberle impedido llevarse a la niña, y necesitó ayuda psicológica para no hundirse en una espiral depresiva que amenazó con volverla loca. Pero ahora las lecciones del pasado podían servirle para proteger al pequeño que dormía confiado en sus brazos.

Miró por encima del hombro, deseando estar en una zona más segura.

–¿Llevas algún arma encima? –preguntó a Max, aunque en realidad no esperaba una respuesta afirmativa.

–Por desgracia se me ha olvidado traerme la Glock –bromeó él, aunque también miró por encima del hombro–. No se me ha ocurrido pensar que podría necesitarla.

–Ya veo que nunca has sido boy-scout.

Max la miró de reojo sin dejar de caminar.

–¿Y de qué me habría servido? –preguntó.

Cari se encogió de hombros.

–Ya conoces su lema. Siempre preparado.

–Oh, yo estoy preparado.

–Pero no eres un texano de verdad, ¿no? –dijo ella con un suspiro, como si no ser oriundo de Texas fuera una desgracia.

A él el comentario no le hizo mucha gracia.

–Soy italiano –afirmó él con orgullo–, que es tan bueno como ser texano. O mejor dicho, es mejor.

–¿En serio? Por lo que he oído, los italianos son muy impulsivos. Hablan muy deprisa, gritan un montón, y dicen auténticas burradas.

–¿Más o menos como los texanos? –dijo él, burlón–. ¿Por qué no? Nos gusta disfrutar de la vida, y además de eso somos cariñosos, leales y generosos –bajó la voz hasta quedar en un sensual y bronco murmullo–. Y somos los amantes más apasionados del planeta.

Afortunadamente la oscuridad de la noche ocultó el rubor que cubrió de repente las mejillas femeninas, una reacción que sorprendió profundamente a Cari. Ella era muy consciente de que desde el primer momento había quedado prendada del físico y la virilidad de aquel hombre, pero normalmente no

permitía que las emociones le llegaran al corazón. Lo tenía protegido por una gruesa muralla de experiencia, y no toda buena. ¿Sería Max capaz de atravesarla? No, ella no permitiría que eso ocurriera.

–Pues me alegro por ti –dijo tratando de hablar con indiferencia–. Supongo que C.J. Kerry se alegrará de oírlo.

Max frunció el ceño. No le hacía ninguna gracia tener que recordar el desastre en que se había convertido la velada. Tampoco se alegraba de haber hecho nada que pudiera poner a Celinia Jade Kerry contra él. La quería feliz, contenta y dispuesta a hacer lo que él deseaba, y para ello tenía que andarse con mucho tacto con ella.

Sin embargo, la noche no había sido una total pérdida de tiempo. Habían encontrado al hijo de su hermano, de quien apenas una hora antes ni siquiera estaba seguro de su existencia. Y ahora Jamie estaba en brazos de Cari, camino de un chequeo médico completo y una prueba de ADN.

El hecho de que la madre de Jamie hubiera desaparecido le inquietaba, aunque tenía que reconocer que de momento facilitaba las cosas. Tarde o temprano tendría que encontrarla, pero ahora se contentaba con la idea de imaginar la alegría de su madre cuando regresara a Venecia con el hijo de Gino en brazos y la escritura del rancho de su familia en la otra mano. Quizá así lograra borrar parte de la tristeza de sus ojos y devolverle un poco de alegría. Ése había sido su objetivo desde el principio. Para él, la felicidad de su madre era muy importante.

Inmerso en sus pensamientos, Max no reparó en el pequeño grupo de matones hasta que éstos se detuvieron delante de ellos impidiéndoles seguir. Sin embargo reaccionó al instante. Estirando un brazo detuvo a Cari y al pequeño y se colocó entre ellos y los tres matones de barrio.

–¿Qué queréis? –les gritó.

–No sé, tío –respondió uno de ellos en tono chulesco. Alto y delgado, llevaba un pañuelo rojo en la cabeza y lo miraba con las manos en los bolsillos–. ¿Qué tienes?

–Nada que pueda servirlos –respondió Max–. Dejadnos pasar.

El que había hablado soltó una carcajada.

–De eso nada –dijo, y con un rápido movimiento sacó una navaja del bolsillo.

Max miró el arma, consciente de que la situación iba a ser un poco más complicada. Menuda nochecita. ¿Cuánto más podrían empeorar las cosas? ¿Y cuánto más podría aguantar él?

No mucho. Harto de verse en manos de situaciones impredecibles y fuera de su control, decidió tomar las riendas y avanzó hacia los hombres con actitud agresiva, maldiciendo en voz alta en italiano, gritando y sacudiendo el puño en el aire con gestos amenazadores. En lugar de ser la víctima, se convirtió en el atacante.

Cari observaba la escena con una mezcla de temor y perplejidad. A juzgar por lo que había leído y escuchado un montón de veces, aquélla no era la mejor manera de reaccionar. Las cosas podían terminar muy mal. Pero ¿qué podía hacer? ¿Salir huyendo? No con los tacones que llevaba. Y el niño en brazos. Lo más importante era proteger al pequeño, pero tal y como Max estaba reaccionando, no pudo evitar pensar que no tardaría en ver la navaja clavada en su pecho.

Sin embargo las cosas no iban como ella había imaginado. Sorprendida, vio cómo el más bajo de los tres hombres tiraba del que llevaba la navaja.

–Espera, tío –le estaba diciendo–. Tranquilízate. ¡Míralo!

–Sí, tío, mira ese traje –estaba diciendo nervioso en el tercero–. Y mira cómo habla. Te digo que es de la mafia, tío. Más vale que no nos metamos con ellos.

–¿Mafia? –repitió el primero.

Los tres hombres miraban a Max con incredulidad, que seguía maldiciendo en italiano como un loco.

–No merece la pena, tíos –dijo por fin el de la navaja–. Vámonos.

Y se esfumaron tan rápidamente como habían aparecido.

Max y Cari permanecieron inmóviles, dejando que la adrenalina volviera a sus niveles normales y su respiración se acompasara nuevamente.

–¿Eso es todo? –preguntó ella por fin.

–Eso parece –respondió él volviéndose hacia ella. Sujetándola por los hombros, la miró a los ojos–. ¿Estás bien? –preguntó preocupado.

Ella asintió, todavía con el miedo en el cuerpo. Ser asaltada por unos matones en plena noche no estaba precisamente entre sus aficiones, pero ver a Max explotar como un volcán en erupción había resultado mucho más impresionante. Nunca había visto a un hombre así.

–Bien –dijo él soltando una larga bocanada de aire–. Supongo que hemos tenido suerte.

Cari asintió.

–Sí, y supongo que tú no necesitas un arma –dijo con admiración cuando por fin recuperó la voz.

Max restó importancia a sus palabras. Sabía cómo defenderse y sólo le embargó un momento de debilidad al ver la navaja. Por suerte, los matones habían sopesado la situación y decidieron no arriesgarse a enfurecer a la mafia.

Max sintió ganas de sonreír. Mucha gente creía que todos los italianos tenían vínculos con la mafia, aunque tenía que reconocer que en aquel momento aquel prejuicio le había beneficiado.

–Bien, vamos. Tenemos que salir de este barrio y llegar a calles mejor iluminadas.

Señaló en una dirección y los dos echaron a caminar de nuevo.

A Cari le dolían los pies, pero ignoró el dolor. Cualquier cosa para salir de allí.

–Sujeta bien al niño –le ordenó de repente Max echándose la bolsa al hombro.

Cari lo miró sorprendida, pero más se sorprendió cuando él se agachó ligeramente y, pasándole una mano bajo las piernas, la alzó en brazos con niño y todo. Intentó protestar, pero él la ignoró.

–Con esos zapatos te vas a matar –le dijo él–. Yo te llevo. Tú sujétate fuerte.

Cari obedeció y apoyó la cabeza en el pecho masculino. Cerró los ojos y aspiró el olor que emanaba del cuerpo de Max escuchando los latidos de su corazón y empapándose de él.

Max caminaba deprisa, sin entender cómo se había dejado meter en aquella situación. Ella era ligera como una pluma, a pesar del peso añadido del pequeño, y olía como un jardín iluminado por los rayos de sol. La suave brisa movía los mechones de pelo rubio que, de vez en cuando, le rozaban y le hacían cosquillas en la nariz, algo que en lugar de irritarlo resultaba tentador. Él se sentía como un neandertal. Sólo quería llevarla a casa y tenerla junto a él, preferiblemente en la cama.

Aquello no estaba bien. Cari no era para él. En realidad, él tenía que ocuparse de otra mujer, a la que había dejado plantada.

Pero ella parecía tan pequeña y vulnerable en sus brazos que Max no pudo resistirse y respirar el aroma fresco y embriagador que su cuerpo desprendía.

Poco después llegaron a una calle donde los coches pasaban a toda velocidad y las farolas alumbraban las aceras.

–La civilización –murmuró Max dejando a Cari cuidadosamente en el suelo. Miró a un lado y otro de la calle–. Aunque no veo ningún taxi.

Pero seguía lloviendo con la fuerza. Un trueno rugió en el cielo y un relámpago se abrió paso entre las nubes.

–Por aquí, deprisa –gritó él tirando de ella hacia una parada de autobús.

Se refugiaron bajo la marquesina y se pegaron el uno al otro, tratando de protegerse del agua que caía a su alrededor. Tras unos momentos, Cari levantó la cabeza y se dio cuenta de lo cerca que estaban. Prácticamente le tocaba la barbilla con la nariz.

–Oh –dijo ella, pensando que debía separarse.

Estar tan cerca mientras él la llevaba en brazos era comprensible, pero aquello era ridículo.

–No –estirando el brazo Max sujetó a los dos contra él–. Te empaparás.

–Pero...

Cari se mordió el labio inferior, sin saber qué decir ni dónde mirar.

–Tranquila –dijo él, en voz tan baja que apenas podía escucharse con el ruido de la lluvia–. No muerdo.

–¿No?

Ella se oyó decir la palabra en voz alta e hizo una mueca, consciente de que había hablado como si estuviera flirteando. Pero no era su intención.

Max esbozó una media sonrisa. Era claro que él lo había entendido de la misma manera.

–Supongo que podría dejarme convencer –murmuró él en voz baja.

Cari miró a los ojos negros y sus ojos se quedaron clavados en ellos, incapaces de apartar la mirada. El sonido de la lluvia, el aislamiento en medio de la noche, la cercanía de sus dos cuerpos, todo se unió para tejer un tentador encantamiento entre ambos. Max iba a besarla, lo veía en sus ojos, y si ella no tenía cuidado, terminaría besándolo a él.

–No –murmuró ella, tratando de recabar las fuerzas necesarias para resistirse.

–Sí –dijo él bajando los labios hacia ella.

–No –repitió ella sacudiendo la cabeza.

–¿Por qué no? –preguntó él, casi en su boca.

–El niño...

–El niño duerme. No ve nada.

–Esto no está bien –Cari levantó la cabeza y le buscó la mirada–. Ni siquiera teníamos que haber tenido una cita.

–Esto no es una cita –repuso él con la voz ronca–. Es un encuentro, un momento en el tiempo –depositó un suave beso en los labios femeninos–. Un

momento de magia. Por la mañana lo habrás olvidado.

–Lo dudo mucho –dijo ella con un suspiro–. No deberías...

–Pero quiero hacerlo –dijo él roncamente–. Y tu boca es toda una tentación.

Entonces le tomó los labios con la boca y la besó como si no la hubieran besado nunca.

CAPÍTULO 4

BAJO la potente luz de la mañana, todo parecía un poco fantástico. Cari enterró la cara en la almohada y deseó haber echado las cortinas de su habitación antes de dormirse. Todavía no estaba preparada para enfrentarse a la realidad. ¿Lo de la noche anterior había sido real? Imposible.

Sonó el teléfono, pero dejó que fuera el contestador quien respondiera. El corazón le latía apresuradamente mientras esperaba oír la voz que sabía que iba a sonar.

–¿Cari?

Sí. Era Max. Su voz grave y sensual le provocó un estremecimiento por todo el cuerpo, y ella respiró con dificultad.

–Vete –susurró al aire.

–¿Cari? Sé que estás ahí. No te habría molestado tan temprano, pero necesito consejo. Por favor, descuelga el teléfono...

Cari sabía que no debía contestar. Por un momento se imaginó de pie en una encrucijada, consciente de que su vida y su futuro dependía de lo que hiciera en aquel momento.

Sabía qué debía hacer. Marcar toda la experiencia de la noche anterior como una lección de la que aprender y continuar con su vida. Tenía que ignorarlo, volver a su vida real y no tontear con cuentos de maravillosos príncipes italianos de cuerpos imposibles y seductoras sonrisas que besaban con una intensidad que paralizaban el corazón a cualquiera. Tenía que ignorar el teléfono. No contestar.

Pero se conocía. E iba a hacerlo.

–Cari, por favor.

Cari se agitó bajo las sábanas.

«¡No descuelgues, Cari!».

–Cari, es por el niño.

¿El niño? Bueno, si era el niño... Con un suspiro Cari alargó el brazo y

descolgó.

–¿Cari?

–Hola –dijo en un tono de voz bastante serio.

–*Buon giorno* –respondió él.

Se hizo un largo silencio. Ninguno de los dos dijo nada, y Cari pensó que quizá él estaba tan dudoso como ella. Después de todo, la noche anterior ambos estuvieron convencidos de que no volverían a verse.

Él la besó y ella casi se desvaneció en sus brazos. Sí, no podía negarlo. Había sido como gelatina en sus brazos. Afortunadamente, un taxi apareció por la calle sin darle tiempo a ponerse totalmente en ridículo, y de allí volvieron al Longhorn Lounge donde Tito les esperaba ansiosamente. Sus dos citas respectivas habían desaparecido hacía rato, por supuesto. Después Tito se fue al hotel con el pequeño y Max a una comisaría de policía a denunciar el robo del Ferrari. Cari se metió en su coche y volvió a su casa, todavía sintiendo el hormigueo en la piel, el desvanecimiento en el alma, y el corazón fuera de sí.

Pero totalmente segura de que no volvería a saber de él. Después de todo, su pequeño... ¿cómo lo había llamado, encuentro? Fuera lo que fuera, había sido ilegítimo. Ya era hora de que lo borrara de su vida y de su cabeza.

Pero allí estaba él, al otro lado de la línea telefónica.

–¿Cómo has sabido mi teléfono? –preguntó ella por fin.

–Tengo gente trabajando para mí que sabe cómo averiguar esas cosas.

–Oh.

Seguramente habría sido Tito. ¿O tendría más gente? Hum. No estaba segura de que eso le hiciera mucha gracia.

–¿Qué tal está? –preguntó.

–¿Quién, el niño?

–Sí.

–Bien.

–¿Ha aparecido su madre?

–No. Aunque tengo a alguien vigilando el apartamento de vez en cuando, por si acaso.

–Bien.

Cari no podía imaginar qué podía alejar a una madre de un niño tan precioso.

–Pero... has dicho que tenías problemas –dijo ella, recordando el motivo que le había hecho descolgar el teléfono.

–Bueno, no es exactamente un problema –dijo él–. Pero... he contratado a

una niñera interna.

–Oh. Bien, bien. ¿Has comprobado sus referencias?

–Por supuesto.

Cari respiró profundamente sin querer pensar demasiado en el niño que había tenido en sus brazos la noche anterior. Todo aquello era parte de la bifurcación del camino que no iba a tomar, incluso si había descolgado el teléfono.

–Bien.

Cari esperó. Max quería decir algo más, pero le costaba hacerlo. Lo podía imaginar con el ceño fruncido y expresión pensativa, pero rápidamente apartó la imagen de su mente. Si continuaba así, no tardaría en volver a desvanecerse.

–Max, ¿qué ocurre?

–Nada. Bueno, es que... –Max suspiró–. Es que no estoy muy seguro de la niñera. He comprobado sus referencias, pero ¿qué sé yo de niñeras? O de niños, la verdad. Y tú pareces saber bastante. Por eso he pensado que podrías venir para comprobar si la niñera sabe lo que hace.

Vaya. Max la necesitaba. Más que suficiente para empezar otra vez el cosquilleo. Cada célula de su cuerpo quería aceptar, decir que sí y salir corriendo adonde él dijera. El niño le preocupaba, por supuesto, pero había algo más. Verlo otra vez, estar con él, hacer algo importante a su lado. ¿No sería perfecto? No, claro que no, no lo sería, en absoluto. Y por eso no aceptó.

–No –dijo–. Lo siento, Max –continuó ella muy a su pesar–. Tengo que trabajar.

–¿Trabajar? ¿Tú trabajas?

Cari casi sonrió al darse cuenta de lo poco que sabían el uno del otro. Habían compartido una noche de intensas emociones y situaciones difíciles, y ella creía saber cómo era su carácter, su personalidad, y sin embargo apenas sabía nada de él, ni de su vida, ni de sus gustos, ni de sus preocupaciones, y él tampoco sabía nada de ella. Y así iba a seguir, si hacía lo que le dictaba su razón.

–Claro que trabajo. ¿De qué crees que vivo? ¿Del aire?

–¿En qué trabajas?

Sonaba sorprendido e interesado a la vez. ¿Qué demonios? ¿Acaso no conocía mujeres que trabajaran para vivir? Cari se humedeció los labios y contestó:

–Soy camarera.

–¿En un restaurante?

–No, en una cafetería.

Eso seguro que enfriaba todo su interés. Ella no era más que una camarera, no una de esas modelos internacionales a las que seguramente estaba acostumbrado.

Cierto que también era la ayudante del encargado y estaba estudiando para obtener la licencia de agente inmobiliario, pero no tenía que decírselo. Después de todo, no era su intención impresionarlo. Sólo quería librarse de él.

–Tómame el día libre –dijo él de repente.

–No puedo hacer eso. En el trabajo cuentan conmigo.

–Y yo cuento contigo.

–Sí, pero tú no me pagas las facturas.

–Podría pagarte –dijo él como si se le acababa de ocurrir una excelente idea–. Ya está. Te pagaré un sueldo. Te contrato.

–Qué tontería –dijo ella.

Aunque le temblaba la voz y se mordió el labio.

¡No! No iba a dejarse tentar por una propuesta tan tentadora y sugerente.

–Pero sería perfecto.

–Para ti, no para mí.

–¿No?

–No.

–Al menos piénsalo.

–No –dijo ella con firmeza, sintiéndose orgullosa de sí misma–. Con esa niñera te irá bien.

Él titubeó, y después dijo con escepticismo:

–Espero que tengas razón.

Hubo otro largo silencio.

–¿Todo va bien? –preguntó ella por fin–. Me refiero a todo lo demás.

–Oh, sí, estupendamente. Un pediatra le ha hecho un chequeo y hemos solicitado una prueba de ADN. Llevará algo de tiempo, pero creo que no habrá problemas.

–Bien.

¿Por qué no colgaba de una vez y la dejaba en paz? Cari estaba disfrutando de su voz y de él más de lo que debería. De repente recordó algo y preguntó:

–¿Te has puesto en contacto con tu cita de anoche?

Al otro lado del teléfono hubo un nuevo titubeo, y después él respondió:

–Todavía no. ¿Y tú?

Cari suspiró. Todavía no se sentía con ánimos para llamar a Randy y pedirle disculpas.

–No, aún no. Pero es pronto. No me gustaría despertarlo.

Un nuevo silencio, esta vez cargado de electricidad. Por fin él dijo en voz muy baja:

–¿Te he despertado?

Una cálida y sensual oleada la recorrió. ¿Cómo lograba que una sencilla pregunta implicara toda una avalancha de contacto íntimo? Algo en su tono de voz, grave y ronco, conjuraba una imagen de cómo podía haberla despertado, deslizando las manos bajo las sábanas, dejando un rastro de besos en su piel. Cari contuvo un suspiro.

Aquello era ridículo. No era una quinceañera. Era una mujer hecha y derecha. Incluso había estado casada, por el amor de Dios. Sabía muy bien lo que era tener un hombre en su cama.

Pero no aquel hombre.

¡Oh, cielos!

No pensaba responder a una pregunta tan provocativa. Tenía que pensar en algo diferente, ya. Algo que rompiera la sensual tensión que se había creado entre ellos.

–Llevo horas levantada –dijo ella mintiendo descaradamente–. Tengo cosas que hacer, por si no te habías dado cuenta.

–Y supongo que quieres volver a ellas –dijo él aceptando la indirecta con un suspiro–. Vale, Cari. No te entretendré más.

Cari sujetaba con tanta fuerza el teléfono que empezaban a dolerle los dedos.

–Gracias.

–O sea, que esto es todo.

Cari parpadeó, sintiendo casi ganas de llorar.

–Eso parece.

–Me ha encantado conocerte, Cari.

–Sí, lo mismo digo.

Ahora tenía los ojos llenos de lágrimas. ¡Qué ridículo!

–Adiós.

–*Ciao*.

Cari colgó el teléfono, dijo un taco que casi nunca decía y lanzó un peluche contra la pared.

Cari estaba casi terminando de desayunar cuando llamó su amiga Mara.

–Bueno –dijo Mara expectante–. ¿Qué tal te fue?

–¿Qué tal me fue qué? –respondió Cari, que todavía no había logrado quitarse de la cabeza la conversación con Max.

–La cita con Randy.

–Oh. Hum... –Cari hizo una mueca y apartó el cuenco de cereales. Se le había quitado el apetito–. Bueno, es que... la verdad... es que no nos vimos.

–¿Cómo que no os visteis? ¿No me digas que te entró el pánico?

–No, Mara, no me entró el pánico. Fui, esperé, esperé un buen rato, la verdad, pero... –suspiró. Aquello no iba a ser sencillo de explicar–. El caso es que me equivoqué de hombre.

–¿Qué? A ver, explícame eso.

–Créeme, no es tan difícil. Se me acercó con una rosa roja, lo que tú me dijiste de Randy, y me llamó por mi nombre, más o menos, y... –suspiró–. Será mejor que te lo explique en persona. Tengo turno de comida, así que antes de ir paso por tu casa y te lo cuento.

–Está bien.

Mara no parecía muy contenta, más bien decepcionada, pero eso era normal.

–Oye, ¿tienes el número de Randy? –preguntó Cari, sabiendo que debía llamarle y explicarle lo ocurrido.

De hecho, cuando lo hizo, éste reaccionó bien. En lugar de exigir una explicación, le pidió disculpas por haberse retrasado.

Eso aún le dio más remordimientos. Era difícil explicarle que lo había dejado plantado por un apuesto italiano que la había logrado dejar con las piernas temblando.

–La verdad es que fue una velada muy interesante –dijo Randy.

–¿Esperaste mucho rato?

–No, como una hora, creo –dijo él, y soltó una risita–. Conocí a la mujer que había quedado con el hombre con el que te fuiste.

–Oh –aquello la tranquilizó un poco–. ¿A C.J.?

–Celinia Jade. ¿La conoces?

–No, pero Max me habló de ella.

–Es una mujer muy especial –observó Randy con franca admiración.

Cari se tensó ligeramente.

–¿Sí?

–Más bien digamos que es pura dinamita.

Cari no sonrió. Se mordió el labio inferior y se preguntó si Max también quedaría tan impresionado con ella cuando la conociera. De todas maneras, no importaba, se recordó, reprimiendo el impulso de darse una palmada en la frente.

–Los dos íbamos dando vueltas por el club con una rosa roja en la mano – continuó Randy–, así que empezamos a hablar. No nos costó mucho adivinar qué habría pasado –soltó otra risita–. Es una mujer muy divertida. Y después de un rato, como no volvíais, nos despedimos y nos fuimos a casa.

Cari asintió. A juzgar por sus palabras, había disfrutado de la noche con C.J. tanto como si hubiera estado con ella. O incluso más.

–Así que al final no salió tan mal –dijo ella.

–Oh, no, para nada.

–Bueno, ¿quieres que volvamos a intentarlo esta noche? –preguntó ella, sabiendo que tenía la obligación de sugerirlo–. Se lo prometí a Mara.

–Sí, supongo que los dos se lo prometimos.

–Puede ser muy convincente –bromeó ella.

–Ya lo creo que sí –Randy soltó otra risita–. De acuerdo –dijo él–. Pero esta vez, ¿por qué no paso a recogerte por tu casa? Me temo que lo de la rosa roja puede dar pie a muchos malentendidos.

Cari dudó un momento. Quedar con un desconocido en un club nocturno implicaba que el hombre no sabría donde vivía, y para ella era importante no correr el riesgo de que nadie volviera a llevar las riendas en su relación. Sin embargo, Randy parecía un hombre tan agradable que al final le dio la dirección.

Con un poco de suerte, salir con Randy le ayudaría a olvidar la noche con Max.

Max estaba inquieto. Llevaba toda la mañana pegado a la niñera, vigilando cada uno de sus movimientos. Incluso la mujer le había contestado en una ocasión, y él estuvo a punto de despedirla. Pero enseguida se dio cuenta de que no tenía sustituta y, si la mujer se iba, tendría que arreglárselas solo. Y él no sabía nada de cuidar niños.

Tito tampoco estaba sirviendo de mucha ayuda. Cada vez que el niño lloraba, se tapaba los oídos con algodón y salía a la terraza de la habitación a intentar dormir. Pero Max no podía dormir. Toda su vida estaba atrapada en

aquel niño, y no podía pensar en otra cosa.

En eso y en Cari Christensen. Era la única persona que conocía capaz de ayudarle a resolver muchos de sus problemas, pero tenía que olvidarla.

Había ido a Dallas con dos objetivos en mente. Primero, encontrar a Sheila y descubrir si el hijo que tenía era realmente de Gino. Y ya estaba en camino de conseguirlo. No tenía ni idea del paradero de Sheila, pero tampoco le importaba. Tenía al niño, y pronto sabría la verdad sobre su paternidad.

A él nunca le habían gustado los niños, ni había tenido mucho trato con ellos. Tampoco habían despertado nunca en él ningún sentimiento especial, ni esperaba sentir nada con éste. Sin embargo, con el pequeño Jamie sintió una especie de vínculo especial en cuanto lo vio. Nada más verle la carita, se le hizo un nudo en el corazón, y supo con una certeza casi plena que aquel niño era hijo de su hermano.

Cuando se enteró de que Gino había fallecido en un accidente de la avioneta que estaba probando, Max sintió que se le hundía el mundo. Su hermano mayor había sido siempre su faro y su guía, y durante mucho tiempo pensó que no volvería a sentir alegría.

Sin embargo tuvo que suprimir su dolor porque la desesperación de su madre había sido tan rotunda y tan intensa que necesitó todas sus fuerzas para sacarla de un pozo de tristeza que bien podía haberla llevado incluso al suicidio. Y ahora, pensar que podía llevarle el hijo de Gino lo llenaba de felicidad. Claro que todavía no podía dejarse llevar. Primero tenía que tener pruebas irrefutables del parentesco, pero estaba prácticamente convencido de que la sangre de su familia corría por las venas de aquel niño.

Su segundo objetivo era encontrar la manera de que la hija de la antigua amiga de su madre le vendiera el rancho Triple M, y era el que estaba presentando más dificultades. Aunque todavía no se había concentrado en él, por lo que tenía tiempo de sobra para planificar su consecución. Se había puesto en contacto con Celinia Jade, o C.J., como prefería llamarla, quien al principio le pareció una persona bastante superficial. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que, aunque la joven hablaba como si no le interesaran más que tonterías, en el fondo sabía perfectamente lo que quería, y no iba a lograr convencerla tan fácilmente como hubiera deseado. Incluso podría presentarle más problemas de los que había anticipado.

Habían hecho planes para volver a quedar aquella misma noche, en el mismo lugar y a la misma hora, pero esta vez él se aseguraría de que no se equivocaba de mujer. Y pensaba desplegar con ella todo su poder de

seducción para desarmarla por completo.

Sabía muy bien lo que hacía. Durante los últimos diez años su vida profesional se había dedicado por completo a grandes negocios inmobiliarios, a operaciones mucho más complejas y sofisticadas que el rancho de C.J. Si Celinia Jade pasaba por problemas económicos, pensaba hacerle una excelente oferta por el rancho. Estaba dispuesto a ser justo, incluso generoso. No era su intención estafar a nadie. Su madre pensaba que Celinia Jade se negaría a vender el rancho por motivos sentimentales, pero él tenía sus dudas. Más aún, estaba convencido de que con la oferta adecuada no encontraría mucha resistencia.

Si regresaba a Italia con la escritura del rancho en una mano y el hijo de su hermano en la otra, quizá lograra borrar parte del dolor que ensombrecía constantemente los ojos de su madre. Al menos eso era lo que esperaba.

El niño estaba llorando otra vez y sintió ganas de entrar en el pequeño dormitorio que habían improvisado en la habitación más pequeña de la lujosa suite del hotel para ver qué ocurría. Tras dudar un par de minutos, se dejó llevar por sus impulsos. La señora Turner, la niñera, estaba sentada en la mecedora leyendo una novela. Jamie, por el contrario, lloraba desconsoladamente y agitaba los brazos en el aire.

–El niño está llorando –dijo Max.

La señora Turner levantó la cabeza y asintió.

–Llorar le viene bien. Así se le fortalecerán los pulmones.

Max no sabía si creerla, pero titubeó.

–¿De verdad?

–No le quepa la menor duda –dijo la mujer esbozando una sonrisa de superioridad que a él empezaba a sacarle de sus casillas–. ¿Por qué si no iban a hacerlo?

Max apretó los dientes.

–Creía que los niños lloraban para hacer saber que necesitan ayuda.

La mujer sonrió con condescendencia.

–Eso es sólo en parte. Pero es muy importante no animarlos ni consentirlos, ni siquiera a esta edad. Es mejor que sepan ser autónomos y defenderse por sí mismos.

Max quiso poder rebatírselo, pero no tenía argumentos.

–Usted sabe de esto más que yo –refunfuñó por fin dando media vuelta.

Sin embargo la imagen de la carita arrugada y las mejillas encendidas de Jamie se le quedó grabada en la mente.

De vuelta en el salón, estudió el certificado que parecía garantizar la profesionalidad de la niñera. Quizá debería llamar a la escuela que lo había emitido. O mejor llamar a Cari para preguntarle su opinión.

Estaba a punto de descolgar el teléfono cuando se detuvo. No, no podía hacer eso. Tenía que romper todo contacto con ella. Si no lo hacía, no podría quitársela de la cabeza. No podía seguir pensando en ella. Su objetivo era seducir a C.J. y en eso tenía que concentrarse. Maldiciendo en voz baja, se tapó los oídos con algodón y salió a la terraza a sentarse con Tito.

El Penique de Cobre donde trabajaba Cari estaba junto a la autovía. Una mezcla de turistas y habituales formaba la clientela de la acogedora cafetería. A ella le gustaba la hora de después de comer, cuando el ajetreo habitual de la comida quedaba reducido a unas pocas amas de casa tomando café y algunos vaqueros que se acercaban a tomar algo desde los ranchos cercanos. Lo que más le gustaba de su trabajo era la camaradería general que reinaba entre trabajadores y clientes. Cari conocía a muchos de ellos, trabajadores de ranchos vecinos, con los que solía bromear.

Pero ahora Cari no tenía ganas de bromas. Mientras servía cafés y anotaba comandas con aire distraído, su mente estaba lejos de allí. Recordando la noche con Max.

«Sólo tengo que pensar en él todo lo que pueda para quitármelo de la cabeza de una vez por todas», se dijo con impaciencia. Era un buen plan, aunque no estaba tan segura de que fuera a funcionar.

Desde el momento que lo vio aparecer en el club nocturno supo que no era hombre para ella. Demasiado alto, demasiado guapo, demasiado arrogante, demasiado seguro de sí mismo.

Su marido también había sido así. Bueno, no tan alto, ni tan guapo, ni tan seguro de sí mismo, pero desde luego tan arrogante o más. Y había conseguido hacer de su vida un infierno.

Para ella, el marido autocrático era lo peor que podía haber para una mujer, y de momento no quería a otro hombre de su vida. Y menos a uno como Brian. Ni tampoco como Max.

—Por eso Randy es perfecto para ti —le había asegurado Mara cuando pasó a verla antes de ir a trabajar para explicarle cómo había terminado con el hombre equivocado—. Tienes que conocerlo mejor. Tienes que volver a quedar con él para darle una oportunidad.

—Oh, Mara. No sé... después de lo de anoche...

–Escucha, se lo debes. El pobre estuvo horas esperándote.

–No, de eso nada. Al menos no es eso lo que me ha dicho.

–Pero estaba ansioso por conocerte –continuó insistiendo Mara, que no era de las que tiraban la toalla.

Cari tuvo que reprimir una sonrisa al recordar la insistencia de Mara.

Un nuevo cliente entró y se sentó en la barra. Cuando ella se volvió y vio que era Max, casi se le cayó la cafetera de la mano. Él esbozó una media sonrisa y se encogió de hombros. Cari dejó la cafetera y respiró hondo. Jamás se le ocurrió pensar que pasaría por allí.

Max llevaba unos pantalones de tela que le quedaban como un guante, ajustándose donde se tenían que ajustar y abultándose donde se tenían que abultar, y una camisa blanca de seda con los primeros botones desabrochados. No se había afeitado y su aspecto era delicioso.

–¿Qué haces tú aquí? –quiso saber ella bajando la voz.

Ni siquiera se molestó en preguntarle cómo había localizado su lugar de trabajo. Conocía la respuesta. Tenía gente que trabajaba para él que sabía cómo averiguar ese tipo de cosas. Algo le dijo que, si quería, Max siempre la encontraría.

Él la observaba maravillado. Cari se había recogido la rizada melena rubia detrás de la cabeza y algunos rizos sueltos le enmarcaban la cara. Llevaba un uniforme almidonado, azul celeste con borde de encaje, un delantal blanco y unos cómodos zapatos blancos. Su aspecto era el de una adorable enfermera en un hospital de cuento de hadas. Sólo faltaban unos cuantos personajes de dibujos animados a su alrededor.

–He venido porque tengo que hablar contigo –dijo él–. Eres la única persona que conozco que sabe algo de niños.

–¿Qué pasa? –preguntó ella enseguida, sintiéndose un poco alarmada–. ¿Ha ocurrido algo?

–No, nada. Jamie está bien. Eso creo –Max titubeó.

–¿Entonces qué pasa?

–Nada. Bueno, sí, algo.

Max sacudió la cabeza, buscando la mejor manera de explicar las dudas que tenía respecto a la conducta de la niñera que había contratado sin parecer el candidato ideal a un manicomio. A lo mejor lo que había visto era normal. A lo mejor estaba paranoico. Pero a lo mejor, sólo a lo mejor, la señora Turner era una pésima niñera.

Se sentó en un taburete del mostrador y volvió la taza. Cari reaccionó de

forma automática y le sirvió café.

–Explícate –le urgió ella con impaciencia–. ¿Cuáles son los síntomas?

Las elegantes manos masculinas se cerraron alrededor de la taza, y Cari lo observó fascinada. Todo lo que hacía él parecía perfecto, hasta la forma de sujetar la taza. Pero aquella tarde Cari no tenía tiempo para desvanecerse. Lo importante era Jamie.

–¿Y bien? –insistió ella.

–Es que... oh, qué demonios –Max levantó la cabeza y la miró con ansiedad–. Es que no para de llorar.

Cari quedó inmóvil y lo miró a los ojos. Brian no había soportado oír llorar a su hija. De hecho, cada vez que la pequeña lloraba, él parecía estar a punto de ponerse furioso. A Cari se le aceleró el corazón, pero respiró profundamente y trató de serenarse. Max no era Brian. Él no había dicho que le molestara, sino que le preocupaba.

–Bien, empecemos desde el principio –dijo ella.

Max asintió.

Que un niño llorara no era extraño. Pero si el llanto era lo bastante frecuente como para preocupar a Max, mejor sería investigarlo.

–¿Tiene fiebre?

–No, no lo creo.

–¿Ha eructado?

Max puso una mueca de asco.

–No lo sé.

–¿Se lo apoya la niñera en el hombro y le da unas palmaditas en la espalda?

Max se quedó pensando un minuto y después asintió.

–La he visto hacerlo un par de veces, pero no mucho rato –frunció el ceño–. No me fío de ella. Está obsesionada con no mimarlo demasiado. No sé, debe de creer que está educando a un niño espartano o algo así. No quiere que esté demasiado cómodo, para que no se ablande, así que lo deja llorar.

Cari estaba segura de que Max exageraba, así que no se lo tomó muy en serio. Cerró los ojos, pensando, y cuando los abrió de nuevo negó con la cabeza.

–¿Sabes qué es lo más probable? Que eche de menos a su madre.

Max buceó en los ojos femeninos. Aliviado, se dijo que al menos Cari se estaba tomando en serio su preocupación.

–¿Has comprado una buena marca de leche maternizada?

–Por supuesto.

Cari asintió de nuevo, y al momento abrió mucho los ojos.

–Oh, a lo mejor le estaba dando el pecho y puede que no esté muy contento con el cambio a biberón. Quizá llore por eso.

La expresión de Max se hundió.

–Pero, Cari, sobre eso no puedo hacer nada.

–No, claro que no. Tendrá que acostumbrarse al biberón.

–¿Cuánto tardará?

Cari tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Max era la viva imagen de la tragedia y la desesperación. Sin duda era un hombre de acción, y quería hacer algo para arreglar las cosas, pero le estaban diciendo que no podía hacer nada y eso le estaba desquiciando.

–Claro que lo mejor sería que la madre volviera. ¿Aún no la has encontrado? –preguntó ella, a pesar de que era consciente de que a él no le haría mucha gracia.

–¿Para qué voy a buscarla? –preguntó él.

Cari lo miró incrédula, pensando que quizá le estaba tomando el pelo.

–Sabes perfectamente que tienes que hacerlo.

Max suspiró con impaciencia.

–Sí, lo sé. Tengo gente buscándola. La encontrarán.

Cari frunció el ceño. Su «gente» la había encontrado a ella, pero ella era presa fácil, no como una mujer que desaparece sin querer ser localizada.

–Espero que lo digas en serio. Es importante. ¿Y si vuelve al apartamento y se encuentra que allí no está su hijo? ¿No te das cuenta del susto que se llevará?

Max la miró como si se hubiera vuelto loca.

–Cari, estamos hablando de una madre que se fue sin volver la vista atrás. ¿Qué te hace creer que le preocupa tanto su hijo?

–Es su madre. Sé lo que es eso.

Para ella era incomprensible que una mujer pudiera separarse de su hijo. Ella había perdido uno, y casi había destruido su vida.

–No sé por qué ha desaparecido, quizá le ha pasado algo –especuló Cari con un encogimiento de hombros–. ¿Y si la hubieran secuestrado? ¿Y si está inconsciente en algún hospital? ¿Y si se ha dado un golpe a la cabeza y tiene amnesia?

Max puso una mueca, sin dar ninguna credibilidad a sus sugerencias.

–O a lo mejor había quedado con alguien y prefirió olvidar que había

dejado a su hijo en casa sólo.

Cari tragó saliva, escandalizada ante aquella posibilidad. O más bien ante el cinismo de Max, que le recordó algunos de los terribles comentarios de Brian. Pero ella no quería pensar que él se parecía en nada a su ex marido.

–No tienes muy buena opinión de las mujeres, ¿verdad? –le desafió ella.

Max levantó la cabeza y la miró sorprendido.

–Eso no tiene nada que ver. Y sí, tengo muy buena opinión de las mujeres. De algunas mujeres.

De su madre. Qué bien. A Cari se le cayó el alma a los pies.

–Al margen del motivo que la haya mantenido alejada de su hijo, tarde o temprano querrá saber dónde está el pequeño.

–Seguramente eso es cierto. Si es que eso justifica en algo su actitud –dijo él curvando los labios con desprecio–. Te olvidas de que conozco a Sheila. Nunca entendí qué vio mi hermano en ella, y me alegré cuando cortaron. Yo fui el que descolgó el teléfono cuando ella intentó sacarnos dinero. Me temo que la experiencia me ha hecho un poco cínico en todo lo referente a Sheila.

De nada serviría tratar de discutir con él. Max conocía bien a la mujer, y ella no. Pero el niño necesitaba que alguien lo protegiera.

Y en ese momento él pareció darse cuenta de lo mismo.

–Escucha –dijo él levantándose del taburete y acercándose a ella–. Puedo pagarte el doble de lo que estás ganando aquí. Necesito tu ayuda.

Cari sacudió la cabeza con fuerza. Ni siquiera quería permitirse pensar en ello.

–No –dijo con firmeza–. Olvídalo.

–Cari...

Max le sujetó la mano y ella se quedó mirando los dedos esbeltos y alargados. Tenía las manos de un artista. Cari apenas podía respirar.

–Cari, escucha. No sería mucho tiempo. Sólo hasta que nos den los resultados de las pruebas de ADN. Después me lo llevaré a Venecia y ya no volveré a necesitarte.

Cari levantó la cabeza como movida por un resorte y lo miró a los ojos. ¿Es que no se daba cuenta de lo que acababa de decir? Aunque imaginó que él no veía las cosas como ella. Apartó la mano de un movimiento brusco y le dio la espalda.

«No volveré a necesitarte».

¿No era eso lo que decían todos los hombres? ¡Dios!

–Max, será mejor que te vayas. Tengo trabajo.

–Cari...

–Hablo en serio. Vete. No pienso trabajar para ti. Nunca.

–Nunca –repitió él como si no pudiera creer sus palabras, y después le dio la espalda, para irse. Pero en el último momento se volvió a mirarla–. Por cierto, la policía ha encontrado el coche. Estaba solo a unas manzanas de donde lo robaron, y en perfecto estado.

–Me alegro.

Max asintió con la cabeza, y después se encogió de hombros y se volvió para marcharse otra vez.

–Pero, Max...

Él se volvió con una ceja levantada.

–Max, por favor, cuida del niño. Y encuentra a su madre. Es muy importante.

Max estuvo a punto de decirle que ella podía ayudarle, pero se mordió la lengua, sabiendo que sería prácticamente como suplicar.

–Vale, recordaré el consejo.

–Bien.

Sus miradas se cruzaron y por un momento Cari tuvo la sensación de que Max iba a volver, sujetarla por el brazo y tirar de ella hacia fuera, como la noche anterior. Pero el momento pasó, y él se encogió de hombros.

–Será mejor que vuelva a ver qué está haciendo la niñera –dijo por fin–. Si se empeña en que Jamie se haga la cama, la arrastraré hasta la calle por las orejas.

Y volviéndose hacia la puerta desapareció.

CAPÍTULO 5

RANDY era la pareja perfecta para Cari, tal y como había insistido Mara desde el principio. Era guapo, alto, de cuerpo delgado, con el pelo rubio perfectamente cortado y peinado, ojos grises, una bonita sonrisa y una cálida actitud. Era educado y amable, y a Cari le cayó bien en cuanto lo conoció. Incluso pensó en mujeres con quienes podría emparejarlo. Por lo visto, era el hombre perfecto para muchas de ellas.

–¿Por qué no dijiste nada cuando Max te llamó C.J.? –preguntó cuando Cari terminó de explicarle lo que había ocurrido la noche anterior.

–No le entendí, la verdad, y pensé que sería un apodo que me había puesto.

Randy se echó a reír. Llevaban un rato sentados en una de las mesas del comedor principal del Longhorn Lounge. El ambiente era agradable, los camareros atentos, y las bebidas estaban a punto de llegar. Todo estaba preparado para una velada encantadora, y eso era lo que iban a tener, pero nada más.

Cari había aceptado la cita para contentar a su amiga, pero no pensaba comprometerse a nada más. Cuando terminara de cenar, le daría las gracias, le daría la mano y desaparecería en el horizonte... sola. Entre tanto, su intención era ser agradable con Randy, aunque sólo fuera para quitarle el mal sabor de boca de la noche anterior.

Pero tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de mirar hacia la puerta, con la esperanza de que Max apareciera de repente. Ya lo había visto una vez durante el día, y era más que suficiente.

–Bueno, la culpa fue mía –dijo Randy elegantemente–. Cuando llegué sabía que llegaba media hora tarde. Estaba convencido de que estarías furiosa conmigo y te habría entendido, pero cuando vi a una chica entrando con una rosa roja, me quedé alucinando. Aunque no podía creer que fueras tú.

¿De qué le sonaba aquello?

–¿En serio? ¿Cómo era?

–Preciosa.

Lo dijo como un hombre totalmente encandilado, y Cari tuvo que reprimir una exclamación de sorpresa. O sea, que la mujer de la rosa roja era demasiado guapa para ser verdad, ¿no? Qué curioso, era lo mismo que pensó ella cuando vio a Max. ¡Qué casualidad!

–Bueno, muchas gracias –dijo ella fingiéndose ofendida.

Él se apresuró a tranquilizarla, aunque torpemente.

–No, en serio, tú eres muy guapa. Por supuesto que eres muy guapa.

Cari sabía que aquella noche estaba especialmente guapa. Llevaba un vestido azul eléctrico de tirantes y más escote del habitual, apenas cubierto por una estola de piel. Además se había dejado la melena suelta sobre los hombros, aunque a juzgar por el brillo en los ojos de Randy, su «especialmente guapa» no era nada comparado con el «preciosa» de C.J.

–Tú eres una mujer muy guapa –estaba diciendo él–, pero las dos sois muy distintas. Ella tenía todo el aspecto de una de esas herederas millonarias con diamantes y ropa cara, ya sabes. Como si estuviera en el Dallas de aquella serie antigua de la televisión, no del Dallas en el que normalmente vivo yo –explicó con expresión soñadora pensando en ella.

Cari tuvo que echarse a reír y sacudió la cabeza.

–Pues conmigo has debido de llevarte un buen chasco –comentó.

Randy empezó a dar una disculpa, pero no tuvo la oportunidad. Alguien acababa de acercarse a su mesa. Cari levantó la cabeza y se encontró con la intensa mirada de Max. El corazón le dio un vuelco y todo el local pareció moverse. Por un momento, pensó que se lo estaba imaginando.

«Podría perderme en esos ojos», fue el pensamiento que se apoderó de su mente.

Perderse para siempre, una vez más.

Mientras tanto la mirada masculina realizó un rápido descenso por el borde del escote del vestido con un brillo que indicaba claramente lo mucho que le gustaba lo que estaba viendo. Fue entonces cuando Cari se dio cuenta de que se había vestido para lograr aquella reacción de él. Y sólo de él.

Necesitó un momento para darse cuenta de que Max no estaba solo. A su lado había alguien con la cabeza cubierta por una esplendorosa melena pelirroja y una expresión de profunda irritación en la cara.

–Ya veo que esta vez no nos hemos equivocado –estaba diciendo Max señalando a Randy–. Max Angeli –dijo presentándose y estrechando la mano

del otro hombre—. Y ésta es C.J. Kerry.

—Ya nos conocemos —comentó C.J., mirando a Randy con expresión irritada antes de dirigir un conato de sonrisa a Cari—. Encantada de conocerte, robanovios —dijo en un tono que quería ser de broma, aunque no del todo—. Me alegro de que por fin hayamos aclarado el malentendido.

Con las mejillas sonrosadas, Cari no sabía qué responder. Y antes de poder reaccionar, Max se deslizó en el asiento junto a ella.

—Cari, necesito consejo —dijo poniéndose serio—. ¿Te importa?

—Oh —Cari sabía que tenía que ser sobre el niño—. No, claro que no —y se volvió hacia él preocupada.

—Eh —protestó C.J., todavía de pie en el pasillo, con una mano en la cadera.

Entre la melena pelirroja y la poca tela del vestido que apenas le cubría, estaba atrayendo muchas miradas.

—Siéntate si quieres —dijo Max señalando con la cabeza al hueco que había junto a Randy, que inmediatamente sonrió y le hizo un sitio.

—Venga —dijo Randy a C.J.—. No soy tan malo.

—Ja —exclamó ella, pero se sentó a su lado.

Max la ignoró y se inclinó hacia Cari. Llevaba otra vez su traje de seda italiano, con la camisa blanca desabrochada, y un aspecto muy elegante y europeo. Se había afeitado, lo que era una lástima, la verdad. Aunque seguía estando muy sexy.

—Cuando me he ido, la niñera estaba intentando darle el biberón —explicó Max—. Pero ni lo ha tocado. Ni siquiera ha dejado que se lo metiera en la boca.

Cari frunció el ceño, preocupada.

—¿Estaba llorando?

—No, sólo gimiendo —dijo Max tras quedar pensativo un momento—. Pero esta tarde ha llorado muchísimo.

—¿Y estás seguro de que no le dolía nada?

Max sacudió la cabeza, confuso.

—Pues la verdad es que no lo sé. En principio diría que no, no he visto indicios de que le doliera nada, pero es difícil saberlo, con un crío tan pequeño.

Cari se mordió el labio, asintiendo con la cabeza. Recordó las muchas noches en vela meciendo a Michelle y sin saber si debía llamar al médico o no.

–Y necesito saber una cosa –continuó el mirándola intensamente a los ojos–. ¿Despido a la niñera?

Cari lo miró sabiendo que Max no tenía derecho a pedirle aquel consejo. Ella no tenía ni responsabilidad ni vínculos con el niño.

Aunque por otro lado, quería asegurarse de que el pequeño Jamie estaba bien cuidado. Las negligencias con los niños la horrorizaban. Los niños necesitaban protección en todo momento.

–¿Puedes llamar a otra nueva? –preguntó ella.

Max negó con la cabeza, sin dejar de mirarla a los ojos.

Era evidente lo mucho que le preocupaba, y a Cari le sorprendió. Nunca hubiera pensado que fuera un hombre tan sensible. Y eso era bueno. Aunque su incapacidad para soportar el llanto de un niño era un aspecto muy negativo, para ella una bandera de aviso de peligro. Cada vez que Michelle lloraba, gemía, o emitía algún ruidito, Brian se ponía furioso, y eso fue lo que desencadenó la pesadilla de la noche del accidente.

Pero ahora no podía pensar en eso. La situación era totalmente diferente. Max no era Brian. Y oír llorar a un niño podía resultar muy frustrante, especialmente cuando no lo conocías.

–Déjalo hasta mañana –sugirió ella–. Para entonces ya la conocerás lo suficiente como para saber si quieres que se quede o se vaya.

C.J. estaba pendiente de la conversación, mirando de uno a otro como si fuera un partido de ping pong.

–A ver si lo he entendido bien. ¿Vosotros tenéis un hijo juntos?

Los dos se volvieron a mirarla.

–¿Conocías a Gino? –preguntó Max.

–Claro –dijo ella sonriendo, encantada de ser una vez más el centro de atención, como, a su juicio, tenía que ser–. Lo conocí cuando estuvo aquí el año pasado.

Max abrió desmesuradamente los ojos.

–¿Gino estuvo aquí? ¿Para qué?

C.J. se encogió de hombros.

–Más o menos por el mismo motivo que tú –dijo ella arqueando las cejas–. Quería comprar el rancho.

A Max la respuesta le pilló desprevenido. No tenía ni idea. Su hermano y él habían estado bastante unidos, no sólo en lo personal, sino también en lo profesional. Los dos dirigían el grupo inmobiliario que habían heredado de su padre. ¿Por qué habría ido Gino a Texas sin decírselo? No tenía ninguna

lógica. A menos que su intención fuera hacer feliz a su madre, la misma que él.

–Sabes que murió hace poco en un accidente de avión, ¿no? –preguntó él tratando de contener el dolor que todavía sentía cada vez que hablaba del accidente.

–Sí, lo sé, y lo siento muchísimo –dijo C.J.–. Parecía un tipo estupendo. Aunque la que no me parecía tan estupenda era la mujer que lo acompañaba.

–¿Sheila?

–Sí, creo que ése era su nombre –dijo C.J. con una mueca. Y después añadió, como si acabara de recordarlo–: De hecho, el otro día me llamó. Me dejó un mensaje en el contestador. Yo no volví a llamarla. Me decía que estaba en Dallas, y me dio la sensación de que me iba a pedir dinero.

–Seguramente tienes razón. Últimamente lo hace mucho –dijo Max mirándola con dureza, como si estuviera viendo algo nuevo en ella, algo que le hizo recapacitar–. Así que Gino no te convenció para venderle el rancho –dijo.

–Claro que no –C.J. alzó la barbilla y sus ojos verdes brillaron con firmeza–. No pienso vender el rancho. Nunca. Es mi herencia y mi legado. Es todo lo que tengo ahora que toda mi familia ha muerto.

Max entornó los ojos y estudió a la mujer en silencio, pero la llegada de la camarera con las bebidas interrumpió la conversación.

–Deberíamos buscarnos una mesa, cariño –le dijo C.J., arqueando una ceja.

–Oh, en esta mesa hay sitio de sobra –dijo él–. Comeremos aquí.

–¿Qué? –exclamaron los otros tres al unísono.

–¿Algún problema? –preguntó, mirándolos uno a uno, dejando bien claro en su mirada que no pensaba cambiar de actitud.

Los otros tres tuvieron que tirar la toalla.

–No, claro que no.

–Bien, entonces –Max se encogió de hombros y miró a la camarera–. Para mí un whisky solo. ¿Y para ti? –miró a C.J.

Ésta pidió, pero Cari ya no estaba escuchando.

La velada estaba empezando a ser incluso más surrealista que la del día anterior.

Pidieron la cena y llegó el primer plato. Randy y C.J. parecían ser los únicos interesados en hablar, repasando las cosas que habían hecho la noche anterior y lo mucho que les había molestado que sus citas respectivas les hubieran dejado plantados. Sin embargo, a medida que continuaban hablando,

su conversación se iba haciendo más personal e iban dejando a los otros dos fuera.

A Cari no le importaba. Toda su atención estaba concentrada en el hombre sentado a su lado. Max estaba en silencio, muy serio, como si estuviera recapacitando sobre la vida y todas las cosas desagradables que podían ocurrir.

En eso ella estaba de acuerdo. Tenía que recuperar la cordura y volver a su mundo. Sin embargo, cada segundo que pasaba en compañía de aquel hombre no hacía más que empeorar las cosas. El solo hecho de estar sentada allí junto a él parecía solidificar la extraordinaria atracción que sentía por él. Aunque la explicación era sencilla: estaba buenísimo.

Y eso era malo. La atracción sexual era una ilusión que nublaba la mente y llevaba a la gente a hacer muchas estupideces. ¡Y ella debía protegerse! A juzgar por su experiencia personal, sabía que ella era susceptible a la influencia de hombres fuertes, y que tenía que luchar contra la tentación de sucumbir. Y no era fácil.

Cada vez que sus miradas se encontraban, cada vez que la mano masculina la rozaba, cada vez que él hablaba y su voz resonaba en su alma, Cari sólo podía pensar en el beso de la noche anterior. Y eso la ponía nerviosa.

En un momento incluso tiró la copa de vino. Max se apresuró a colocarla de nuevo de pie, y al hacerlo se acercó tanto a ella que su olor la embriagó.

–Para ya –dijo ella para sus adentros, un tanto desesperada–. No vuelvas a hacer eso.

–¿Que no vuelva a hacer qué? –dijo él en un murmullo echándose hacia atrás, mirándola con los ojos medio entornados–. No estoy haciendo nada.

Cari lo miró sin comprender. Estaba segura de que no había hablado en voz alta. ¿Cómo había podido oírla? ¿Se le habría escapado? ¿Lo había dicho en voz alta? ¡Se estaba volviendo loca!

Desde luego que sí, se estaba volviendo loca. Allí estaba, sentada junto a un hombre que nunca sería para ella, pero que podía arruinar su futura vida amorosa si no tenía cuidado. ¿Y qué estaba haciendo? Beber vino como un cosaco.

«Muy inteligente, Cari querida. Muy inteligente».

Oh. ¿Lo había dicho también en voz alta?

No, al menos nadie la estaba mirando. Menudo alivio. Bajando la cabeza, empezó a comer en silencio. Si lograba terminar el plato, a lo mejor podría disculparse y volver a casa a refugiarse en la tranquilidad y el consuelo de un

buen libro.

Max estaba empujando la comida por el plato. En aquel momento, lo último que le apetecía era comer. La calma que solía caracterizarlo parecería haberle abandonado. Las cosas no iban tal y como él quería. En primer lugar, le preocupaba la actitud de C.J. Parecía tener los pies firmemente plantados en el cemento del rancho familiar, y no iba a ser fácil hacerle cambiar de opinión. Estaba tan resuelta a conseguir sus objetivos como él los suyos.

Por otro lado, lo que más le preocupaba era el niño. No sabía nada de niños, pero esta vez sentía la desesperada necesidad de cumplir con su deber y ocuparse del pequeño. Sin embargo las dudas lo acuciaban. Echó una ojeada al reloj. Lo que quería por encima de todo era despedirse de C.J. y volver al hotel para asegurarse de que la señora Turner no se había quedado dormida en su mecedora dejando a Jamie llorar desconsoladamente.

Miró a Cari, deseando que ésta accediera a aceptar el trabajo de niñera. Instintivamente sabía que podía confiar en ella. Ya la había visto actuar en ese sentido.

Aunque en aquel momento Cari tenía una actitud bastante evasiva. Cada vez que la miraba, ella apartaba inmediatamente la vista, como con temor a que él creyera que estaba loca por él. No, él no estaba loco por ninguna mujer. Tenía un par de objetivos claros y enloquecer por una mujer no entraba en sus planes.

Sin embargo, tenía que reconocer que ella le atraía de una manera especial. No dejaba de pensar en ella, incluso cuando estaba en el otro extremo de la ciudad trabajando en aquella cafetería llena de vaqueros. Pero estaba seguro de que era porque ella podía ser la respuesta que necesitaba para solucionar algunos de sus problemas más acuciantes. Aunque quizá fuera algo más que eso. Después de todo, él era un hombre. Cari no era su tipo, pero desde luego estaba preciosa. Con un vestido azul que dejaba al descubierto zonas de su cuerpo que no habían visto el sol desde hacía tiempo y que a él no le importaría acariciar.

Pero no debía pensar en eso.

—He estado pensando —dijo ella de repente inclinándose hacia él y hablando en voz baja—. Si quieres, puedo acercarme contigo después de cenar, sólo unos minutos, y echar un vistazo a la situación. A ver qué me parece a mí la niñera.

Max se la quedó mirando. No sólo era la mujer más preciosa del mundo,

sino que además llevaba un halo dorado sobre la cabeza que no entendía cómo se le podía haber pasado por alto. Eso y las enormes alas blancas que le salían de la espalda.

Sí, se le hizo un nudo en la garganta. Sin poder hablar, prefirió limitarse a asentir con la cabeza.

–Estupendo –dijo por fin con la voz ronca–. Estupendo.

Cari debió de ver el brillo de alivio y gratitud en sus ojos porque de repente pareció arrepentirse de su oferta.

–Perdona –dijo ella recogiendo el bolso y señalando hacia los servicios–. Voy a empolvarme la nariz.

–Te acompaño –dijo C.J. deslizándose por el sillón tras ella.

Max se levantó y la dejó salir, sin poder creer la sensación de paz que le embargaba desde que ella se ofreció a ir a echar un vistazo a la niñera. Detestaba tener problemas pendientes, por lo que normalmente se apresuraba a buscar una solución. El asunto de la niñera había sido como un dolor de muelas, y ahora por fin podría hacer algo para eliminarlo. Gracias a Cari.

Volviendo a sentarse, Max sonrió a Randy.

–Una mujer maravillosa, ¿verdad?

Y Randy asintió.

–Ya lo creo que sí –dijo él, aunque en realidad no sabía a cuál de las dos se refería.

Cari quiso morir cuando se dio cuenta de que C.J. iba a acompañarla al servicio, pero disimuló. No quería compañía. De hecho, lo que quería era estar sola. Sin embargo, C.J. le acompañó hablando incesantemente por todo el comedor en dirección hacia el servicio de señoras. Allí dentro, ante enormes espejos que cubrían las paredes, había varios tocadores con sus correspondientes sillas. Cari se hundió en una de las sillas y fingió retocarse el maquillaje. C.J. continuó hablando.

–Ese Randy es muy divertido –dijo sentándose en la silla contigua y ahuecándose el pelo delante del espejo–. Con él me muerdo de la risa.

–Él dijo más o menos lo mismo de ti.

–¿Ah, sí? ¡Qué mono!

Cari miró a C.J. a la cara. Ya se había dado cuenta de que la mujer era bastante más inteligente de lo que parecería a primera vista. ¿Qué era lo que pretendía? Seguro que la había acompañado al baño por algo.

–¿A qué te dedicas, C.J.?

Max había comentado algo sobre un rancho, pero no tenía pinta de trabajar en un rancho.

–Para ganarte la vida, me refiero.

–Ésa es la cuestión –dijo C.J. echándose el pelo hacia atrás y haciendo un mohín delante del espejo–. Intenté estudiar una carrera, pero no me gustó. Después trabajé como modelo, pero era un rollo. También trabajé en la boutique de una amiga, pero con aquel sueldo no podía ni dar de comer a un periquito.

Volviéndose, se inclinó hacia Cari, que se tensó, convencida de que ahora iba a contarle algo interesante.

–Así que estuve dándole vueltas a ver qué podía hacer para poder seguir usando lencería de marca y conducir coches caros, y al final me di cuenta de que lo mejor sería casarme con un hombre rico.

–Oh.

Cari estuvo a punto de soltar una carcajada. ¡Menudo valor! ¡Y qué descaro!

–Siempre es una suerte conocerse bien, supongo –dijo por fin.

–Ya lo creo que lo es. Te ahorra un montón de malos rollos y sufrimientos innecesarios –dijo C.J. mientras se daba carmín en los labios. Después miró a Cari–. Lo que me recuerda una cosa. Sólo para que lo sepas. Max es mi territorio. Yo le he puesto mi banderita en el pecho y pienso quedármelo todito, de la cabeza a los pies con todo lo que hay en medio.

Cari casi se atragantó, sin poder creer la franqueza de aquella mujer.

–¿Y él no tiene nada que decir al respecto? –preguntó cuando por fin recuperó el habla.

C.J. se encogió de hombros y sonrió.

–No mucho. Tengo un as en la manga.

–¿Un as?

–Ya lo creo. No es un secreto que su madre está loca por hacerse con mi rancho. Por vínculos sentimentales y todo ese rollo. Yo le he dejado claro que a mí el rancho me gusta más que a un armadillo la línea amarilla que va por medio de la carretera –chasqueó los dedos–. Prácticamente lo tengo en el bote.

Cari sacudió la cabeza, entre divertida e incrédula.

–¿Por qué me lo estás contando a mí? ¿No te inquieta que pueda decírselo a él?

–Díselo –repuso C.J. encogiéndose de hombros sin molestarse–. Ya lo sabe. Es lo que hay. Yo tengo algo que él quiere y él sólo tiene una manera de

conseguirlo. Los dos lo sabemos. Sólo te estoy avisando para que no se te ocurra venir a cazar a mi coto particular.

Cari no tenía la menor intención de hacerlo, pero la actitud de la mujer la molestó y sintió ganas de fingir que ella también tenía puesta su mirada en Max. Estuvo a punto de desafiarla, pero enseguida se dio cuenta de que era una chiquillada. Así que, en lugar de eso, se levantó con dignidad y se volvió para irse.

–Bueno, ya veremos lo que pasa –dijo con calma.

–En eso tienes razón –dijo C.J. levantándose tras ella–. Que gane la mejor.

Cari se volvió a mirarla.

–Espera un momento. Yo no quiero a Max.

–¿Ah, no?

A Cari la sonrisa de C.J. le recordó al cocodrilo de las películas de Disney.

–Entonces bien. Supongo que así no se te ocurrirá ponerle las manos encima a mi hombre. Todo irá estupendamente –añadió encogiéndose exageradamente de hombros–. Olvida todo lo que he dicho.

Cari todavía echaba humo cuando volvió a la mesa. Max se levantó para dejarla pasar, y ella, en lugar de darle las gracias, le dirigió una mirada fulminante, a pesar de ser consciente de que él no tenía ni idea de lo que C.J. le había dicho en el baño. Para cuando se tranquilizó y se concentró de nuevo en la conversación, estaban otra vez hablando de niñeras.

–Será mejor que tengas cuidado –le estaba diciendo Randy a Max–. Últimamente, con la ayuda de cámaras, han descubierto a algunas niñeras tratando a los niños como si fueran bolsas de patatas.

A Cari se le hizo un nudo en la garganta, y al ver la expresión lúgubre de Max, se apresuró a tranquilizarlo.

–Pero tengo entendido que se han dado muy pocos casos.

–Pocos, pero existen.

–Eso no le pasará a Jamie. La niñera que ha contratado Max tiene excelentes recomendaciones. Quizá no sea la más adecuada para lo que él necesita en este momento, pero desde luego no creo que haga nada parecido.

La conversación continuó con C.J. y Randy hablando animadamente, pero Cari tenía la mirada clavada en el plato. En lo único que podía pensar era en el pequeño Jamie, y en la posibilidad de que fuera maltratado en algún momento. Recuerdos de lo ocurrido a su hija aquella aciaga noche cayeron sobre ella en tropel, y de repente sintió náuseas. Mirando a Max, se dio cuenta

de que éste tampoco parecía estar en su mejor momento.

Sus miradas se encontraron, y Cari adivinó pensamientos muy similares a los suyos en el rostro masculino.

–Quizás sea mejor que vayamos a ver cómo está Jamie ahora mismo –dijo ella en voz baja.

Max asintió. Estirando la mano por debajo de la mesa, Cari le cubrió la mano con la suya y la apretó para tranquilizarlo. Fue un gesto que no pudo evitar y rápidamente retiró la mano, diciéndose que el gesto de consuelo sólo tenía que ver con Jamie. Con nada más. O quizá no. Pero ahora no tenía tiempo ni energías para recapacitar sobre lo que había hecho. Quizás se lo explicara más tarde. Ahora miró a los otros tres.

–Escuchad –empezó Max–. Nuevos planes. Voy a volver al hotel para ver cómo está Jamie. Cari va a acompañarme para ayudarme. ¿Venís con nosotros?

Cari tuvo que reconocer que le gustó ver el destello de rabia en los ojos de C.J. al mirarla. Aunque también sabía perfectamente que la joven no dejaría marchar a Max solo con ella. Con un suspiro, se resignó a una velada muy, muy larga.

CAPÍTULO 6

OYERON el llanto de Jamie en cuanto salieron del ascensor. La expresión de Max se endureció y él salió disparado hacia la puerta de la suite, utilizando su tarjeta para abrirla. Sin volverse a mirarlos, desapareció en el interior. Para cuando los otros tres cruzaron el pasillo y entraron en la habitación, la señora Turner ya estaba recogiendo sus cosas y preparándose para marcharse.

–Le aseguro que nunca... –estaba diciendo la mujer indignada.

–Váyase, señora Turner –le interrumpió Max, a quien le costaba mantener la calma–. Me pondré en contacto con la agencia y me ocuparé de que le manden el resto de sus cosas mañana por la mañana.

Cari no perdió tiempo con la mujer. Fue directamente al dormitorio y se acercó a la cuna. Allí estaba Jamie, llorando desconsoladamente. Inclinandose sobre la cuna, Cari lo alzó en brazos.

–Tranquilo, tranquilo –recitó ella meciéndolo suavemente a la vez que lo apretaba contra el pecho–. Tranquilo, cielo, tranquilo.

Los sollozos de Jamie dieron paso a un largo y sentido suspiro, interrumpido por un sonoro hipido. Y después el niño se calmó, como si la hubiera reconocido y le estuviera diciendo:

–¡Por fin! ¿Dónde te habías metido?

Cari respiró el dulce olor a bebé y una burbuja de alegría estalló en su corazón. ¡Cómo lo había echado de menos desde el día anterior! Entonces se dio cuenta de que hubiera podido estar allí, cuidando de él, y se dijo que no debía permitir que nada la mantuviera lejos del niño. Aquella vez era importante que siguiera los dictados de su corazón, y no los de su razón. Al menos de momento.

–Oh, eres una monada –le susurró a la vez que le besaba los suaves cabellos morenos–. ¿Cómo puedes ser tan mono?

–Ya se ha ido.

Cari levantó la cabeza y vio a Max de pie en la puerta. Intentó descifrar su

mirada, ya que había algo que tenía que saber. El llanto de Jamie lo había enervado, y eso había ocurrido delante de todos. No podía negarlo. Pero ¿a qué se debía? ¿A su preocupación por el pequeño? ¿O quizá porque pensaba que la niñera no estaba realizando un buen trabajo, y él no toleraba malos empleados? ¿O era porque el ruido le ponía furioso, como ella temía? Era un interrogante que la mantendría en vilo hasta que estuviera segura de la respuesta.

Era evidente que Max estaba molesto, aunque trató de ocultarlo tras una máscara de estoicismo y carente de emociones. Pero ¿qué sentía por el pequeño Jamie? ¿Afecto o irritación? El hombre continuaba en la puerta, sin acercarse al pequeño, sin hacer amago de consolarlo o acariciarlo. ¿Qué significaba eso?

Cari apretó al pequeño y supo que esta vez no podría marcharse.

–Todo está perfectamente –estaba diciendo C.J. entrando en la habitación detrás de él–. Pero ¿ahora qué? Vamos a tener que contratar a otra niñera.

–Buscaré una mejor –dijo él tenso–. Creo que ahora sabré cómo hacerlo. Al menos sabré qué preguntarle en la entrevista. Le preguntaré su opinión y sus métodos sobre cómo cuidar un niño. Le pondré ejemplos de situaciones y le diré que me diga qué haría para solucionarlas –se volvió a mirar a C.J. y a Randy–. ¿La habéis visto? Sentada en el sillón comiéndose una magdalena y hablando como una cotorra por teléfono mientras el niño no paraba de llorar. Eso no es cuidar a un niño, es pura negligencia.

C.J. se encogió de hombros, como si a ella le diera exactamente igual. Randy asintió con la cabeza, y Max se volvió a mirar a Cari para conocer su opinión. Pero ella no pensaba decírsela. Al menos todavía.

Max se acercó a ella y miró al niño, que ahora gorjeaba de satisfacción, contento y feliz.

–Oye, vas a tener que enseñarme a tenerlo en brazos –dijo él esbozando una sonrisa–. No tengo ni idea de cómo se hace.

Cari asintió.

–Está bien –respondió ella, animada al ver su interés por aprender, pero todavía manteniendo una actitud cautelosa.

–Bien. Y puedes decirme todo lo que necesito saber antes de contratar otra niñera.

Cari asintió de nuevo, mirándolo a los ojos, buceando en su mirada, tratando de detectar algún resentimiento o rabia. Pero en realidad él sólo parecía estar aliviado. Eso era una buena señal. ¿Pero podía confiar en él?

–Y desde ahora mismo –continuó Max–, voy a ordenar que instalen una de esas cámaras.

Miró a su alrededor, a las distintas esquinas del dormitorio, como si ya estuviera pensando dónde colocarla.

–Espero que eso ayude.

Cari respiró profundamente. Iba a dar un paso importante, un paso que la pondría en peligro emocional, pero había llegado hasta allí y ahora no podía dar marcha atrás.

–Olvida las cámaras –dijo, y apretó los labios con determinación.

Max se volvió y la miró.

–¿Por qué tengo que olvidarlas? Quiero tenerlo controlado en todo momento.

Alzando la barbilla, Cari lo miró a los ojos.

–Me quedo. Yo me ocuparé de él. Al menos de momento.

–¿Qué?

Max frunció el ceño, como si no se fiara de sus motivos.

Cari sintió una punzada de exasperación. Max llevaba todo el día tratando de convencerla para que cuidara del pequeño Jamie, y ahora que ella por fin había accedido, no parecía muy convencido.

–No puedo perturbar tu vida con esto –dijo él sacudiendo la cabeza.

Cari lo miró armándose de paciencia.

–Creo que ya lo has hecho –le recordó alzando las cejas.

–Un momento –le interrumpió C.J., incapaz de creer lo que estaba oyendo–. No puedes hacer eso.

Cari la miró por encima de la cabecita de Jamie.

–Claro que puedo –dijo con calma–. ¿Por qué no te quedas tú también, C.J.? Una ayuda no me vendrá mal –esbozó una sonrisa con fingida inocencia–. Incluso podemos compartir la cama.

C.J. dio un paso hacia atrás con cara de aprensión.

–¿Me estás tomando el pelo? –dijo con un estremecimiento–. A mí los niños me ponen los pelos de punta.

Cari le dio la espada. Que hablara y protestara todo lo que quisiera, pero ella ya había decidido. Quedarse con el niño. El pequeño no tenía nadie más capaz de cuidarlo.

Max parecía estar sinceramente preocupado por él, pero ella no estaba totalmente segura. Había hombres que eran incapaces de estar con un niño y cuidarlo, lo sabía por experiencia propia. Alguien tenía que cuidar del

pequeño, y al menos hasta que apareciera su madre, ese alguien sería ella.

Una hora más tarde quedaron por fin solos. Randy se llevó a C.J., profundamente irritada, y Cari enseñó a Max cómo sostener al bebé.

Por suerte, Max aprendió rápido. Sin duda era un excelente alumno.

–No diría exactamente que es lo tuyo –bromeó ella mientras él daba unas palmaditas en la espalda del pequeño que sostenía contra su hombro–. Pero de momento debo reconocer que lo estás haciendo bastante bien.

Jamie eligió aquel momento para eructar y escupir un poco de leche. Por suerte, Cari le había aconsejado que se pusiera una toallita sobre el hombro antes de tomar al bebé en brazos, por lo que la camisa de seda no se manchó. Sin embargo, el sonido del eructo le hizo poner una cara de asco que Cari no pudo por menos que soltar una carcajada.

–Mañana te explicaré todo sobre los biberones –le advirtió ella–. ¿Crees que estás preparado?

–¿Por qué no?

Dejaron de nuevo al niño en la cuna y Cari lo acunó hasta que Jamie cerró sus enormes ojos castaños. Mientras tanto, Max los observaba. O mejor dicho, la observaba a ella. Aquella mujer tenía algo que le hacía sentirse feliz siempre que estaba con ella. Y eso era muy raro.

–Cari –Max le tomó las manos y la miró profundamente a los ojos–. No sabes cuánto te agradezco lo que estás haciendo. No tengo palabras para expresar todo lo que te debo.

Era cierto. Desde la llegada de la señora Turner con sus tiránicos métodos con el pequeño Jamie, Max se había estado volviendo loco. Bueno, quizá no había sido tan terrible, pero su verdadero dilema era no saber si podía confiar en ella o no.

Con Cari era muy distinto. Quizá porque se entendían mejor. O quizá porque ella le caía mejor. Qué más daba. Lo importante era que con ella sentía una tranquilidad interior que le ayudaba a afrontar una situación tan complicada como aquélla.

–No consideres esto como algo que hago por ti –dijo ella con coquetería–. Lo hago por Jamie.

Max sólo la creyó a medias. Sabía que entre los dos existía un algo especial, y que ya no podía negarlo, por mucho que deseara hacerlo. Como para recordárselo, Max sonrió y depositó un rápido beso en sus labios.

Ella dio un paso atrás, abriendo mucho los ojos.

–No, Max –dijo rápidamente–. No me he quedado por esto. De verdad, créeme.

–Lo sé, y lo siento –dijo él, aunque no sonaba muy convincente.

Cari le dio la espalda y empezó a recoger juguetes y ropa. Él la observó durante un momento, y después pregunto:

–Dime, Cari, ¿dónde has aprendido tanto sobre niños?

Para su sorpresa, ella pareció quedarse paralizada durante un momento. Después, lentamente se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

–Tuve uno –dijo en voz baja.

Eso le sorprendió aún más.

–¿Tienes un hijo?

Cari negó con la cabeza.

–Era una niña. Murió.

A Max se le hizo un nudo en la garganta. Nunca había sentido algo así, y el dolor se apoderó de él.

–Oh, Cari –dijo yendo hacia ella.

Ella se puso rígida como un palo, deteniéndolo.

–Estaba casada –añadió rápidamente.

Él vaciló, haciendo un esfuerzo para controlar el impulso de abrazarla y controlarla.

–No lo sabía.

–Mi marido y mi hija murieron en un accidente de tráfico hace dos años.

–Cari, lo siento muchísimo.

Cari sacudió la cabeza, sin mirarlo a los ojos.

–Ahora ya lo sabes. Y prefiero no hablar de ello.

–Por supuesto, como quieras.

Max la observó mientras ella continuaba recogiendo las cosas. Sabía que estuvo casada y conocer la tragedia de su pasado respondía a muchos interrogantes. Desde el principio se dio cuenta de que había algo que le afectaba. Ahora creía saber lo que era. Haber perdido a un hijo y a un marido siendo tan joven tenía que ser horrible.

Max deseó abrazarla y ayudarle a olvidar, pero sabía que ella le rechazaría. Tendría que esperar. Quizá cuando ella lo conociera mejor sería capaz de confiar en él. Y eso era algo que él deseaba intensamente. De hecho, quería hacer algo por ella, lo que fuera, aunque no estaba seguro de por qué.

Tito llegó poco después y se sorprendió al encontrar allí a Cari, pero la saludó con amabilidad y se retiró a su habitación. Entonces Cari se dio cuenta

de que era el momento de decidir dónde iba a dormir.

No quería hacerlo en la habitación que había utilizado la señora Turner. Las maletas de la niñera seguían allí, y su ropa colgaba en el armario y en el vestidor. Por eso Max llamó a recepción para que le pusieran una cama supletoria en la habitación del niño. Cari quería que Jamie tuviera la sensación de que siempre había alguien cerca. De que no estaba solo. De que no le dejarían llorar desconsoladamente durante largos ratos.

–Yo puedo entender la filosofía de la señora Turner con Jamie –le dijo Cari a Max mientras ordenaban la habitación–. No está bien dejar que los niños creen que pueden manipular a los mayores continuamente, pero el caso de Jamie es especial. Echa de menos a su madre y en este momento lo que más necesita es amor y cariño para que le ayude a sentirse seguro. Y no disciplina.

–Sí, creo que tienes razón –dijo Max hablando en voz baja para no despertar al niño–. Yo desde luego me siento mucho más de acuerdo con tus métodos que con los de ella.

–Me alegro –dijo ella con una sonrisa.

Las palabras de Max la tranquilizaban. Sin embargo, Cari sabía que hasta la mejor de las intenciones podría evaporarse en cuanto alguien se veía sometido a una situación de estrés.

–Necesito algo para dormir –dijo ella, mirándose el vestido azul que llevaba.

Entonces se dio cuenta de lo escotado que era. Lo había olvidado. Las mejillas se le cubrieron de rubor y, al levantar la cabeza y mirar Max, vio que él la estaba mirando también. Sin duda adivinando sus pensamientos. La tensión entre ellos se multiplicó por mil. Rápidamente Cari le dio la espalda y no volvió a mirarlo hasta que él salió del dormitorio y regresó con una camiseta. Al menos podría utilizarla como camisón.

Max empezó a hablar de distintos temas y Cari se dio cuenta de que su intención era tranquilizarla. Se lo agradeció, pero no se sentía cómoda. Al margen de la presencia de Tito en otra de las habitaciones de la suite, estaban prácticamente solos.

Eso hacía que Max fuera una amenaza para ella, o al menos para su tranquilidad. El hombre era una fuerza demasiado potente para ser ignorada.

En un momento, Max hizo un comentario sobre C.J., y Cari no pudo evitar hacer un comentario.

–Su intención es casarse contigo –dijo mirando a Jamie, que dormía tranquilamente en la cuna.

Él ni se inmutó. Acercándose a ella, sonrió al bebe dormido.

–Sí –dijo él con una calma que la exasperó–. No esperaba que llegara a tanto, pero me temo que tienes razón.

Cari se volvió a mirarlo con indignación.

–¿Cómo te lo puedes tomar con tanta tranquilidad? Apenas la conoces. No sé, anoche, sin ir más lejos, creías que yo era ella.

–Ojalá no me hubiera equivocado –dijo con sequedad.

Cari dio un respingo y entrecerró los ojos, con incredulidad, pero él esbozó una sonrisa.

–Esto no es un matrimonio por amor, Cari. Sólo es un acuerdo empresarial.

–Eso fue lo que me dijo ella –recordó ella–. Tú te casas con ella y así tu madre se queda con el rancho.

–Más o menos, sí.

–A mí me parece una locura.

–A veces la vida puede ser una locura –dijo él vagamente, restando importancia a sus objeciones–. Pero en el fondo tiene su lógica. La gente se casa por todo tipo de razones. Hacerlo como forma de intercambiar propiedades o fortunas es uno de los métodos más antiguos en todas las culturas.

–A mí me parece demasiado medieval.

–¿De verdad? ¿Por qué volverías a casarte, Cari? ¿Por amor?

Al pronunciar la palabra «amor» la voz masculina se cargó de sarcasmo, como si no creyera en él. Eso la hizo reflexionar un momento, y darse cuenta de que no podía rebatirle el argumento cuando ella negaba tener necesidad de amar.

–Yo no volveré a casarme –fue la respuesta de Cari–. No necesito un hombre en mi vida.

Max se la quedó mirando un momento, y después echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

–Es increíble, Cari –dijo él–. Pero ésa es la verdad. Llevo quince años saliendo con mujeres, y todavía no he encontrado a una con la que quiera pasar el resto de mi vida. A juzgar por la experiencia del pasado, no creo que tampoco vaya a aparecer de repente, así que ¿por qué no utilizar el matrimonio para conseguir algo que quiero?

Cari dio un resoplido con impaciencia. El cinismo de Max era increíble.

–La pregunta es para qué lo quieres.

–Para salvar la vida de mi madre.

Eso la hizo callar, aunque el razonamiento le parecía bastante melodramático. Probablemente se debía a que era italiano, pero sus palabras la hicieron enmudecer. Después de todo, ¿qué estaría dispuesta a hacer ella por la gente que más amaba?

–Eso no –susurró cuando él se volvió y salió del dormitorio.

Cari lo vio alejarse y después lo siguió hasta el salón, dispuesta a seguir preguntándole sobre el asunto, pero él se le adelantó con otra pregunta.

–Dime, ¿qué pensaste de tu cita a ciegas? –preguntó él hundiéndose en el enorme y cómodo sofá.

–¿De quién? ¿De Randy? –Cari se dejó caer en un sillón frente a él y alzó la barbilla–. Es evidente que es el hombre perfecto para mí –dijo con un toque de sarcasmo.

–¿Lo es? –preguntó él divertido.

–Por supuesto –Cari se encogió de hombros–. Elegido especialmente por mi mejor amiga, Mara. ¿No se notaba?

Max esbozó una sonrisa.

–Oh, sí, un tipo simpático, y divertido. Me cae bien.

–A mí también –dijo ella–. Es exactamente el tipo de hombre que necesito.

–¿Tú crees?

–Sí –Cari lo miró a los ojos–. Es un hombre tranquilo, calmado y muy... – respiró profundamente–. Muy normal y corriente.

–Normal y corriente –repitió él.

Max frunció el ceño pensativo y después arqueó una ceja. Nunca había pensado que ser una persona normal y corriente era una cualidad.

–¿Y eso es positivo?

Cari asintió con la cabeza.

–Yo soy una mujer normal y corriente. ¿Qué tiene de malo ser normal y corriente?

Él la miró con extrañeza. Quizá la expresión tuviera algún significado que él desconocía.

–¿He dicho yo que tuviera algo de malo?

–Ser normal y corriente puede ser perfecto –dijo ella a la defensiva–. En mi familia todos son personas normales y corrientes. Mi padre era contable, y mi madre trabajaba en un banco.

–¿Viven en Dallas?

Cari negó con la cabeza.

–No. Mi madre murió de cáncer y mi padre poco después de tristeza.

–Oh –Max asintió. Entendía bien a qué se refería.

–Es cierto que llevando una vida normal y corriente no tienes grandes subidones de adrenalina, pero tampoco grandes bajones –continuó ella. Hizo una mueca, pensando en Brian–. Las grandes emociones pueden dar miedo si salen mal.

Max reparó en la tristeza que se había apoderado de los ojos femeninos. Sin duda algo había pasado en su vida que había salido mal, probablemente relacionado con las muertes de su marido y de su hija. Ese tipo de tragedias podían afectar profundamente a las personas, pero él tenía la sensación de que había algo mucho más determinante en su pasado, quizá relacionado con una persona: su marido. ¿Qué otra cosa si no podía hacerla desconfiar tanto de una relación sentimental?

Cuando una persona casada perdía a su pareja, a la persona que le hacía feliz, lo más normal era intentar conseguir de nuevo la misma felicidad, una vez pasado el periodo de luto. La gente que tenía buenas relaciones sentimentales solía creer en ellas, pero sin embargo Cari parecía tenerles miedo. Sin duda algo debía de haber ido muy mal.

Max tenía ganas de preguntarle sobre eso, de averiguar qué era lo que le preocupaba, pero no lo hizo. No quería asustarla, y sabía que ella no quería hablar de asuntos personales. Necesitaba tiempo.

–¿Y yo? –preguntó él–. ¿Me llamarías un tío normal y corriente?

–Para nada –dijo ella con una radiante sonrisa, radiante como el sol al aparecer tras una nube, una sonrisa que a él le fascinó–. Tú eres de esos hombres sobre los que las madres advierten a sus hijas.

–¿Yo? –preguntó él realmente perplejo.

Era cierto que no se consideraba un tipo normal y corriente, pero tampoco le gustaba ser etiquetado como un chico malo y poco recomendable.

–¿Tú crees que yo doy miedo a las mujeres? ¿Por qué?

–Por nada, supongo –respondió ella, todavía con la misma sonrisa radiante–. A mí todavía no me das miedo.

A él no se le pasó por alto el «todavía».

–Creo que resultas un poco demasiado –añadió ella, aclarando lo que quería decir.

Max frunció el ceño, no muy seguro de que la idea que tenía ella de él le gustara.

–¿En qué sentido?

–¿Cómo lo diría yo? –dijo ella pensativa–. Eres un poco demasiado emocionante. Demasiado atractivo. Demasiado poderoso. Demasiado aventurero. ¿Continúo?

–No, con eso tengo suficiente –repuso él con el ceño fruncido–. Aunque no es muy justo.

–No estamos hablando de justicia –respondió ella–. ¿Crees que es justo que yo sea una mujer normal y corriente? No puedo evitarlo. Nací así. Y, desde luego, si voy a volver a tener una relación sentimental, necesito un hombre normal y corriente.

Oh, o sea, que aquél era el mensaje que ella le quería dar.

–Randy –dijo él en voz baja.

Cari asintió, con los ojos muy abiertos.

–Sí.

Max la miró con incredulidad. Randy era un hombre agradable, sí, probablemente una buena persona, pero no era el hombre que Cari necesitaba. Cari necesitaba a alguien... bueno, a alguien más como... Alguien con un poco más de estilo y energía. Como él.

–Tú necesitas emociones en tu vida –declaró Max con firmeza.

Cari sacudió la cabeza, desafiante.

–No, yo necesito seguridad.

Max se la quedó mirando sin entender. ¿Qué creía, que ya estaba a punto de jubilarse?

–Y un cuerno –le espetó él por fin.

Poniéndose en pie, Max cerró la distancia que los separaba, estiró el brazo, le tomó la mano y la levantó sin forzarla.

–¿Por qué demonios crees que eres normal y corriente? –quiso saber él, con la cara casi pegada a la de ella–. Eres cauta. Eres responsable. Eres una buena persona. Si crees que eso te hace normal y corriente, estás muy equivocada –la miró a los ojos–. En mi opinión, eso te hace muy especial.

Un cosquilleo la recorrió de la cabeza a los pies. Como cada vez que estaba cerca de él. ¿Eso era bueno? Probablemente no.

¿Y si Max tenía razón? Eso era lo que la asustaba. Randy era el tipo de hombre con quien podía tratar, y a quien podía parar los pies si llegaba el momento. Por eso era perfecto. Pero ¿le entraba el mismo cosquilleo cada vez que él le sonreía? ¿Se sentía desmayarse cada vez que él la rozaba? ¿Se le entrecortaba la respiración cada vez que él le susurraba algo al oído?

Para nada.

–Creo que ya es hora de que me vaya a la cama –dijo ella, separándose de él y retrocediendo hacia la habitación de Jamie.

–¿Sola? –dijo él, en broma.

–Sola –repuso ella sonriendo una última vez.

Después se volvió, entró en el dormitorio del niño y cerró la puerta.

CAPÍTULO 7

SI ALGUNA vez Max había imaginado cómo serían las mañanas con una esposa y un hijo, aquello habría sido parte del sueño. Entró en la habitación de Jamie con dos tazas de café en la mano y allí estaba Cari, de pie a la luz del sol que entraba a raudales a través de la ventana, con un niño en brazos, cantándole una nana. Llevaba la camiseta que él le había dejado la noche anterior, con las piernas desnudas doradas y torneadas a la luz matinal. Cari se volvió a saludarlo con aquella sonrisa que le afectaba tan profundamente.

Max se detuvo en seco y sólo pudo mirarla.

–*Bella* –susurró en italiano–. *Bellísima*.

–No pensaba que te levantarás tan pronto –dijo ella.

Lo miró de arriba abajo, y era evidente que le gustaba lo que veía. A Max se le aceleró el pulso. Se había puesto un par de vaqueros y llevaba una camisa que con las prisas no se había acabado de abrochar, pero si a ella le gustaba así, a él no le importaba repetirlo.

–He traído café –dijo él.

–Ya lo veo –respondió ella.

Max dejó las tazas en el tocador y se volvió hacia ella.

–Déjame sujetarlo –dijo él refiriéndose al niño.

–¿De verdad? –preguntó ella.

Él asintió.

–Si todo sale bien, mis planes son criar a este niño –dijo él–. Quiero hacer las cosas bien.

–Si todo sale bien –repitió ella entregándole al pequeño–. En otras palabras, si Sheila te lo permite.

Pero ¿por qué iba a hacer eso una madre sin luchar por recuperar a su hijo? Aunque tenía que reconocer que aquella madre no parecía muy interesada en seguir ejerciendo de madre. Probablemente Max podría conseguir quedarse con el niño a cambio de dinero. Pero eso era sólo parte

del problema.

Frunció el ceño, y después planteó una pregunta difícil.

–¿Y si el ADN sale negativo? ¿Qué ocurrirá si no hay vínculo biológico con tu hermano?

Max se encogió de hombros, sonriendo al pequeño.

–No creo que eso ocurra.

–¿Pero no crees que deberías estar preparado por si acaso? ¿Qué piensas hacer con el niño si no es hijo de Gino?

Max levantó los ojos y la miró.

–Ya he hablado con un abogado. Están estudiando estrategias legales para cuando lleguen los resultados de las pruebas.

Cari sintió un estremecimiento.

–Si Sheila no aparece y Jamie no es hijo de Gino, ¿lo abandonarás?

El rostro de Max se endureció.

–Cari, ya te lo he dicho, no creo que eso sea una posibilidad a la que tengamos que enfrentarnos. Déjalo ya.

Max tenía razón. Tenía que olvidarse de ello. Lo mejor era dejarlo de momento. Respirando profundamente, intentó tranquilizarse y seguir su consejo.

Pero la idea de dejar a Jamie abandonado la inquietaba profundamente, y en ese momento supo que no permitiría que ello ocurriera. Lo que le preocupaba era que Max no pudiera comprometerse con el niño desde aquel mismo momento, y eso le hizo pensar que había hecho bien en decidir cuidarlo. Alguien tendría que protegerlo.

Jugaron con Jamie durante otros diez minutos hasta que el niño fue cerrando los ojos. Con sumo cuidado, Max lo dejó en la cuna y Cari lo cubrió con la manta.

–¿A que es adorable? –dijo ella sonriendo a la cabecita de pelo moreno.

–Es un niño –respondió Max en tono seco–. Todos los niños lo son.

Cari sonrió para sus adentros, sabiendo que se estaba encariñando con el pequeño mucho más de lo que quería reconocer.

Levantó la cabeza y se lo encontró mirándola fijamente. Esta vez sus intenciones eran claras.

–Max –dijo ella a modo de advertencia, retrocediendo un paso, muy consciente del peligro que él representaba.

Un peligro muy italiano y muy seductor.

Estirando un brazo, Max le sujetó la barbilla con un dedo y le alzó la

cabeza.

–Lo siento, Cari, pero eres demasiado hermosa para que pueda resistirme. Tengo que besarte.

–Oh, Max, no.

–Sólo un beso de buenos días. No más.

–Max...

El nombre se convirtió en un suspiro, y Cari entreabrió los labios para aceptar la boca masculina en la suya. No debería hacerlo. No podía permitir que aquello ocurriera. Pero ahora estaba allí, tan cerca, tan hombre, tan fuerte e insistente, y ella se sentía tan suave, tan mujer, tan dispuesta a moldearse a él. La boca masculina en la suya, la lengua provocadora acariciándola, y ella sintió cómo su deseo y su pasión despertaban tras un largo letargo.

La camisa masculina estaba sin abrochar y ella deslizó las manos por el pecho musculoso, sintiendo los latidos de su corazón bajo los dedos. Max gimió y la apretó contra él. Ella se derritió contra su pecho como cera caliente. Lo único que había entre ellos era la fina tela de la camiseta. Max la deseaba con una intensidad que le sorprendió. Aquello era nuevo. Mucho más dulce y mucho más poderoso de lo que había sentido nunca.

Suspiró sobre la piel de la garganta femenina, murmurando su nombre mientras la besaba con los labios y la acariciaba con la lengua. Cari contuvo un jadeo, sintiendo el calor que manaba del cuerpo masculino, sintiendo cómo se aceleraba su deseo, y eso le dio una sensación de poder que no había sentido nunca. Era la reacción masculina a la cercanía y el contacto de su cuerpo.

Cari sabía que tenía que interrumpir el contacto, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Bastante tenía con sobrevivir en aquel mar de placer, con luchar para sacar la cabeza por encima del agua y respirar el aire en lugar de aquella sustancia mágica que le embriagaba y que era tan peligrosa. La verdad era que no quería interrumpirlo.

La interrupción vino por unos fuertes golpes en la puerta de la suite.

–Hola, chicos, aquí estamos.

La voz era la de C.J. El gemido era de Max, que metió la cara en el hueco de la garganta femenina y maldijo en voz baja mientras depositaba un rosario de besos sobre la suave piel femenina.

–¿Qué hora es? –murmuró Cari.

–Demasiado pronto para las visitas –refunfuñó Max.

Pero la soltó y fue a abrir la puerta, dejándola sumida en una repentina

sensación de frialdad y de vacío. El beso de buenos días de Max había resultado ser muy especial. De hecho, si no tenía cuidado podía llegar a ser adicta a ellos.

Max abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar entrar a C.J. y Randy.

–Hemos traído donuts –exclamó C.J. agitando la bolsa de papel que llevaba en la mano.

Cari se puso la estola de piel falsa sobre la camiseta y se miró en el espejo. Estaba ridícula, pero no tenía más alternativa. A no ser que quisiera envolverse en una sábana. Así que salió al salón como estaba, con la cabeza alta y sonriendo.

Y entonces vio los donuts.

–Vaya –exclamó al ver a C.J. vaciar los bollos en un plato–. Tienen una pinta deliciosa.

–¿A que sí? Los hemos comprado en una panadería con la que trabaja Randy –dijo C.J. mirándola con desconfianza, buscando indicios de que algo había ocurrido entre ellos.

Probablemente los indicios estaban ahí. A Cari todavía le daba vueltas la cabeza de los besos de Max, y no le importaba que los demás se dieran cuenta. La mirada de C.J. se deslizó con desprecio sobre la enorme camiseta que había utilizado para dormir, pero Cari la miró a los ojos sin parpadear. No pensaba dejarse amedrentar ni cohibirse ante ella.

C.J. hizo un mohín, pero pareció aceptar que al menos de momento no podía hacer nada, así que lo dejó.

–¿Sabíais que nuestro Randy tiene una empresa de catering? –dijo C.J. dirigiendo una rápida sonrisa al hombre.

Cari parpadeó extrañada.

–Creía que eras agente de bolsa.

–Ése es mi trabajo durante el día –respondió él con una sonrisa, haciéndose con el donuts más grande.

–Y lo detesta –declaró C.J.–. Por eso ha montado esta empresa. Le encanta preparar fiestas.

–¿En serio? –preguntó Cari, bastante convencida de que su amiga Mara no estaba al corriente de la nueva actividad empresarial del primo de su marido.

–Sí. Y yo voy a conseguirle clientes. Conozco a gente que da unas fiestas alucinantes.

Cari estaba impresionada. Por lo visto C.J. también podía ser de utilidad.

–Qué suerte, Randy.

Randy estaba sonriendo de oreja a oreja. Era evidente que se sentía como un hombre muy afortunado. Cari tuvo que reír para sus adentros. Por mucho que creyera que Randy era la pareja perfecta para ella, era evidente que él tenía otros planes. Para él, la mujer perfecta era C.J. Pobrecito.

Y pobrecita ella. Cari suspiró y se fue a la cocina a preparar café para los invitados.

Estaban sentados en la mesa bebiendo café y dando cuenta de los deliciosos donuts cuando C.J. dejó caer la bomba.

–Eh, Max, esta mañana he hablado con tu madre.

La cabeza de Max se alzó como impulsada por un resorte y la miró horrorizado.

–¿Qué?

–La he llamado. No te preocupes. Tuve cuidado con la diferencia horaria. Es una mujer muy agradable. Me ha caído genial –C.J. dirigió una altiva mirada hacia Cari–. Hemos tenido una conversación muy productiva. Entre las dos hemos decidido algunas ideas para regalos que puedes comprarle antes de volver a Venecia. Así que considérate afortunado, porque te voy a llevar de compras –le informó con una sonrisa–. Conozco los mejores grandes almacenes de Dallas. Te van a encantar.

–¿Qué? –Max apenas tenía voz.

–Oh, venga, no seas malo –dijo C.J. dándole una palmadita en el hombro–. Ya sé que quieres tener contenta a tu mami, ¿a que sí?

Max miró a Cari, buscando ayuda, pero ésta se limitó a encogerse de hombros.

–Yo tengo que ocuparme de Jamie –dijo ella con serenidad–. Necesita un baño y después le llevaré a dar un paseo.

–Probablemente necesitarás ayuda –se ofreció Max solícito.

–¿Quién, yo? No, no lo creo, tranquilo –Cari le dedicó una diabólica sonrisa–. Será mejor que vayas con C.J. y Randy. Es evidente que están decididos a llevarte de paseo.

–Sólo voy a ir –le dijo Max minutos más tarde mientras terminaba de vestirse y se preparaba para reunirse con los otros dos en el vestíbulo del hotel– para hablar con C.J. sobre la venta del rancho.

–¿Por qué no te casas con ella y lo solucionas de una vez por todas? –preguntó Cari–. Pensaba que esto era sólo un asunto empresarial.

Max se volvió a mirarla.

–Cuanto más la conozco, más cuenta me doy de que hacer negocios con

ella es peligroso –confesó él–. Pero tienes razón. Quizá tenga que casarme con ella. Aunque antes haré todo lo posible para evitarlo –desde la puerta se volvió a mirarla–. Mi objetivo fundamental es conseguir ese rancho.

La sonrisa de Cari se evaporó en cuanto se cerró la puerta. En su opinión, C.J. no había cedido ni un ápice en sus pretensiones, pero quizá Max fuera capaz de encontrar algo para convencerla. Al menos eso esperaba, por su bien.

Cari llamó a la cafetería donde trabajaba para avisarles de que iba a estar unos días sin ir. Sentía remordimientos por dejarlos en la estacada, pero se trataba de una emergencia y le quedaban días libres que podía utilizar. Tito la llevó a casa para recoger algo de ropa, y en el camino de vuelta pararon en una tienda infantil. Max le había dado una tarjeta de crédito para que comprara todo lo que creyera necesario para Jamie. En la tienda había prácticamente de todo y Cari hizo un pedido más que importante y pidió que se lo enviaran al hotel.

Eso la puso de buen humor. Normalmente ir de compras solía tener ese efecto, y ella estaba segura de que ella se lo estaba pasando mucho mejor que Max.

Cuidar de Jamie era una delicia. Era un bebé encantador, que no paraba de sonreír y gorjear, y Cari se alegraba de que fuera un niño y un poco mayor que Michelle cuando murió. Así los recuerdos y las comparaciones, aunque aparecían acompañadas con una oleada de tristeza, no dolían tanto.

La situación que más le preocupaba en aquel momento era la situación del niño. ¿Qué ocurriría si los resultados de la prueba de ADN eran negativos? Si Sheila aparecía y tenía una buena explicación sobre su paradero, probablemente Jamie podría volver con su madre y Cari a su vida. Pero ¿y si Sheila estaba metida en problemas de drogas o algo similar y era incapaz de cuidar de aquel angelito? Eso presentaría muchos problemas.

Claro que de nada serviría pensar en ello ahora. Sheila había asegurado que Jamie era el hijo de Gino y de momento no había motivos para dudar de su palabra.

Pero ¿y si Sheila no volvía y los resultados de ADN eran los que esperaba Max? ¿Qué ocurriría entonces? Estaba claro. Max se llevaría a Jamie a Venecia, y Cari volvería a quedarse sola. Otra vez. Con el corazón destrozado.

No, no. Estaba dejándose llevar por sus emociones y su imaginación. Ella no estaba tan encariñada con el niño, y tampoco iba a estarlo. De momento era sólo su cuidadora, nada más.

Y tampoco iba a enamorarse, de ninguno de los dos.

Era primera hora de la tarde y Max todavía no había vuelto. Jamie dormía plácidamente en su cuna y Cari decidió darse una ducha.

Minutos más tarde estaba disfrutando de la moderna ducha en el elegante cuarto de baño cuando creyó oír algo. Cerró el agua y escuchó.

Sí, era Jamie llorando. El llanto no podía ser más inoportuno. Suspirando, salió de la ducha y buscó la toalla.

Entonces oyó la voz de Max en la puerta del baño.

–Cari, el niño está llorando. ¿Por qué llora?

–Tómalo en brazos a ver qué le pasa –respondió ella secándose aceleradamente.

Se envolvió la cabeza con la toalla y se puso la bata. Al salir del cuarto de baño, oyó a Jamie al fondo del pasillo.

–Ya voy, ya voy –dijo cerrándose la bata y apresurándose por el pasillo.

En la habitación del pequeño, Max estaba de pie junto a la cuna, mirando al niño. Cari lo apartó y tomó al niño en brazos. Lo meció y arrulló hasta que éste se tranquilizó. Al levantar la mirada, vio en el rostro de Max que éste no estaba muy contento.

–¿Por qué lloraba? –quiso saber él.

A Cari aquella situación le estaba haciendo un nudo en el estómago.

–Tranquilo –respondió ella–. Los niños lloran.

Max estaba furioso.

–Pero si era malo que la niñera lo dejara llorar...

Un doloroso recuerdo del pasado se presentó ante Cari. Era una noche de madrugada y ella estaba tratando desesperadamente de preparar un biberón y llevárselo a Michelle antes de que Brian perdiera totalmente los estribos.

–¡Hazla callar de una vez! –le había gritado desde el dormitorio–. Tengo que dormir. Mañana tengo que trabajar.

–Enseguida.

–Cari, si no haces callar a esa maldita cría, te juro que me voy. No puedo vivir así.

–Brian, espera un momento...

Se oyó un estrépito desde el dormitorio. Brian había arrojado la lámpara contra la pared.

Cari parpadeó para apartar el recuerdo de su mente y miró a Max.

–Lo has dejado sólo –dijo él en tono de acusación–. ¿Por qué lo has

dejado solo?

Cari respiró profundamente antes de responder.

–Max, escúchame con atención. Jamie se ha dormido y he ido a darme una ducha. Sólo ha estado sólo un par de minutos –le aseguró ella, segura de que era lo bastante maduro para entenderlo.

O quizá no. Quizá fuera como Brian. A Cari se le cayó el corazón a los pies. Porque si era así, ¿qué haría? No podría dejar al niño con él, y sin embargo tampoco podía quedarse.

–Max, esto es algo normal. Los niños lloran. Una cosa es dejarlos llorando desconsoladamente durante horas, y otra que lloré de vez en cuando unos minutos.

Fascinada, vio cómo la expresión del rostro masculino se iba a relajando.

–Perdona, perdona –dijo él pasándose una mano por el pelo–. Tienes razón, claro. Es que he entrado, lo he oído llorar y no sabía dónde estabas –dijo él por fin.

A Cari le invadió una oleada de alivio que pronto se convirtió en afecto. Le entraron ganas de tocarlo, estirar el brazo y pasarle la mano por la mejilla. Pero en lugar de hacerlo, le planteó un desafío.

–Tengo una pregunta para ti. ¿Por qué te molesta tanto que llore?

Max se quedó extrañado, como si aquello no se le hubiera pasado nunca por la cabeza.

–Supongo que porque tengo miedo de que le pase algo y no sepa qué hacer –reconoció por fin.

Cari sonrió, profundamente aliviada. Max no era como Brian. Eso estaba cada vez más claro.

–Buena respuesta –murmuró ella–. O sea, que no es porque el ruido te saque de tus casillas.

–Bueno, no puedo decir que me encante –dijo él–, pero no, no me saca de mis casillas.

–Bien.

Cari lo abrazó. Fue un gesto espontáneo y rápido. De hecho, terminó antes de que él pudiera reaccionar. Para cuando lo hizo, ella ya se alejaba de él y salía al salón con Jamie en brazos.

–¿Qué es todo esto? –exclamó viendo todas las bolsas, cajas y paquetes que había en el suelo del salón.

–No te lo vas a creer –dijo él yendo tras ella–. Todo son regalos. Regalos para mi madre. Regalos para la gente que trabaja en la casa de mi madre en

Venecia. Regalos para todos los que trabajan para mí –Max sacudió la cabeza, casi sin creer lo que había hecho–. ¿Cómo es posible que a las mujeres os gusten tanto los regalos?

Cari se encogió de hombros y le sonrió.

–Tú eres quien los ha comprado.

–C.J. me ha obligado –refunfuñó él.

Cari se echó a reír.

–Claro.

Él la miró de soslayo.

–Yo quería comprar uno para ti, pero a C.J. no le ha hecho mucha gracia.

–No me digas –Cari volvió a reír y se echó el pelo mojado hacia atrás–. No tienes que comprarme ningún regalo –le dijo–. Que estés aquí, cuidando de Jamie, es suficiente.

Él sonrió, como si le gustara oírle reír.

–Lo único que quería era volver aquí contigo –dijo él con sinceridad, en voz baja.

Cari puso los ojos en blanco, divertida.

–Ya.

Le dio la espalda meciendo a Jamie en sus brazos.

–No, en serio. ¿No lo crees?

Cari se volvió a mirarlo y se ruborizó. Era cierto, sí, lo veía en sus ojos. Suspiró, recordando el beso de la mañana. Si no andaba con cuidado, volverían otra vez a lo mismo. Se reflejaba claramente en los ojos masculinos.

–Max, tenemos que hablar.

–¿Sobre que no debemos liarnos? –preguntó él serio.

Cari se maravilló. Ahora además le leía el pensamiento.

–Exacto –dijo ella–. Sobre todo porque vas a casarte con C.J., por el amor de Dios.

–Casarme con C.J. –repitió él.

La sola idea le resultaba una pesadísima carga y Max se hundió en el sofá y apoyó la cabeza en las manos

–No va a ser tan fácil como parecía en la distancia –reconoció en voz alta.

–No parece que te caiga muy bien.

–Se nota, ¿verdad? –él levantó la cabeza–. No es que no me caiga bien –dijo él–. Es agradable, y divertida. Pero para otro hombre, no para mí –soltó una risita–. Como Randy, por ejemplo.

Ella asintió con la cabeza sonriendo.

–Parece estar totalmente coladito por ella.

–Ya lo creo. No puede dejar de mirarla.

Cari levantó una mano en el aire.

–Pues entonces que se case él con ella.

–Buena idea. Aunque tiene un pequeño fallo. Eso no me conseguirá el rancho.

Cari se dejó caer en el sofá a su lado. Apoyó las piernas en la mesa de centro y sentó a Jamie sobre ellas. El pequeño se echó a reír y los dos jugaron con él durante un rato. Después Cari miró a Max.

–¿En serio estás pensando en casarse con ella sólo por el rancho?

Le parecía un poco exagerado.

–Sí, ya lo creo que sí.

Fue como si le atravesaran el corazón con una navaja, aunque ella sabía que no debía afectarle.

–¿Por qué?

Max la miró, con determinación.

–Por mi madre.

Se lo había dicho antes, pero a ella todavía le costaba creérselo.

–¿Tu madre te dice con quién debes casarte?

–No –Max negó con la cabeza–. No lo entiendes.

Cari se encogió de hombros.

–En eso tienes toda la razón.

–Está bien. Intentaré explicártelo.

–Por favor.

Tras una breve pausa, Max empezó a hablar.

–Mi hermano, Gino, el que murió recientemente, era el mejor.

Moviéndose inquieto y echándose hacia delante, Max apoyó los codos en las rodillas y la cabeza en las manos. Estaba inquieto y Cari tuvo que resistir el impulso de estirar la mano y acariciarle el pelo para tranquilizarlo.

–Gino lo hacía todo bien. Era campeón de esquí y un nadador de primera. Bailaba como Fred Astaire y cantaba como Caruso. Era inteligente, y un lince para los negocios. Convirtió un par de cafeterías que dejó mi tío al morir en una cadena de restaurantes con establecimientos por toda Europa. Era guapo y cariñoso, siempre que se encontraba con alguien lo primero que hacía era sonreír –se le quebró la voz, pero continuó–: Era perfecto.

A Cari se le hizo un nudo en la garganta.

–Su pérdida fue una gran tragedia.

–Sí –Max se aclaró la garganta, y la miró con ojos nublados–. Pero para mi madre fue mucho más que una tragedia. Fue el final de su vida.

Cari sacudió la cabeza, sin entender.

–Pero todavía te tiene a ti.

Max asintió, aunque en su expresión seguía habiendo angustia.

–Sí, por supuesto, pero es que para ella Gino era... –se interrumpió y desvió la mirada. Continuó cuando por fin recuperó la voz–: Gino era el mayor, y mi madre y él tenían un vínculo muy especial. Gino fue quien le ayudó a superar los momentos más difíciles de la separación matrimonial. Entonces yo era demasiado pequeño para entender lo que estaba ocurriendo, pero Gino fue el hombre en el que ella se apoyó cuando mi padre la dejó. Por eso siempre decía que sin Gino no habría podido sobrevivir.

Cari frunció el ceño. No acababa de entenderlo. ¿Acaso le estaba diciendo que su madre amaba a su hermano más que a él? Porque si así era, tampoco podía escuchar en su voz amargura ni resentimiento, sino que parecía aceptarlo por completo.

–¿Me estás diciendo que el comportamiento de tu madre no te dolía?

Max levantó la cabeza, sorprendido.

–¿Dolerme? Por supuesto que no. Yo sentía por Gino lo mismo que ella. Era mi mejor amigo. Era mi ídolo, mi mentor, mi guía. Habría dado mi vida para salvar la suya.

Cari lo miró con admiración. No estaba acostumbrada a que un hombre pusiera a los demás por delante de él.

Todo lo contrario que su marido. Brian había vivido amargado. Desconfiaba de todo el mundo, y pensaba que todos cuantos le rodeaban sólo querían timarlo, o engañarlo. Y todas las veces que Cari intentaba hacerle ver que no era así, él la acusaba de aliarse con sus enemigos.

Pobre Brian. Ahora, después del tiempo que había pasado, podía sentir lástima de él. Pero estando en vida, ser comprensiva con él había sido mucho más difícil.

–Mi hermano murió probando una avioneta experimental. Estaba pensando en invertir en la empresa que las fabricaba. Fue un golpe muy duro para todos, pero para mi madre, supuso el final de su mundo. Tuve que pedir a sus criados que la vigilaran día y noche para que no intentara quitarse la vida. Yo ya tenía el corazón destrozado por la muerte de mi hermano, pero cada vez que veía el dolor en su cara, se me volvía a romper el corazón. Y entonces decidí que haría cualquier cosa, cualquier cosa, para que volviera a sonreír.

–¿Y crees que lo conseguirás con el rancho?

–Sí –Max se volvió y la miró a la cara–. Sé que el rancho la hará feliz. Su familia compró los terrenos donde está el rancho en el siglo XIX. Su bisabuelo valló la finca. Su abuelo criaba ganado, y ella se crió allí –sacudió la cabeza y el tono de su voz cambió–. Y fue su padre quien se jugó y perdió la fortuna de la familia. Para evitar la cárcel, tuvo que vender el rancho al padre de C.J.

–Ahora lo entiendo.

–Desde que era niño, he escuchado las historias del Triple M. Mi madre se torturaba pensando que estaba en manos de la familia de C.J., en lugar de su familia. La madre de C.J., Betty Jean, era la mejor amiga de mi madre, pero cuando el padre de C.J. compró el rancho y después se casó con ella, dejaron de hablarse. Mi madre fue a Europa donde conoció y se casó con mi padre, pero nunca llegó a superar la pérdida del rancho.

–Creo que empiezo a entender por qué todo esto es tan intenso –dijo Cari observando a Jamie, que había quedado dormido sobre sus piernas–. Pero aun con todo me parece muy exagerado. ¿O es algo italiano?

–Mi madre es por encima de todo texana –dijo él con una sonrisa–. Quizá sea algo texano.

Cari asintió, sonriendo.

–Puede. Aquí el amor a la tierra también es muy intenso –reconoció ella.

–El caso es que hace unas semanas C.J. escribió a mi madre. Quería venir a Italia a vernos –Max frunció el ceño–. Claro, ahora lo entiendo. Cuando Gino vino aquí el año pasado, esperando poder comprar el rancho, le debió de hacer pensar que estábamos dispuestos a hacer cualquier cosa para recuperarlo. Así que ella decidió utilizarlo para conseguirse un marido.

–Un marido rico –le recordó Cari.

–Por supuesto. ¿Para qué iba a querer C.J. un marido pobre?

Cari sacudió la cabeza.

–En eso tienes razón.

–El caso es que yo no quería que viniera a Italia a molestar a mi madre, y eso fue poco después de la llamada de Sheila diciéndome que tenía un hijo de Gino.

–¿Y qué quería Sheila?

–Dinero, pero en cuanto le pedí pruebas de que el hijo era de Gino, desapareció. Unas semanas más tarde, mi gente la localizó en Dallas, y eso me dio una razón para venir y ocuparme de los dos asuntos.

Aquello explicaba un montón de cosas, pero no hacía la situación más

fácil. Max tenía que encontrar una solución para el niño y otra para el rancho, algo que de momento no tenía, y era algo que Cari debía tener presente. Por mucho que ella lo quisiera, por mucho que hubiera entre ambos, Max Angeli sólo estaba de paso, y en unos pocos días se iría. Quizá entonces su vida volvería a ser como siempre.

–Al menos ahora sé por qué apareciste por error en mi vida –dijo Cari esbozando una sonrisa.

–El destino –dijo él–. El destino puede ser...

–No lo digas delante del niño –le interrumpió ella poniéndose en pie con Jamie en brazos para llevarlo a la cuna.

–Cari, Cari –dijo él arrastrando sensualmente la voz–. ¿Cuánto hace que un hombre no te hace el amor apasionadamente?

Ella lo miró de soslayo.

–Hace tanto tiempo que ni siquiera estoy segura de qué significa eso.

–Deberíamos rectificar esa situación –dijo él con una sonrisa en la voz, pero también con un interés y un deseo que la hizo estremecer.

–No, gracias –dijo ella volviéndose para marcharse.

Riendo suavemente, Max se levantó y la siguió.

–Olvidé decirte que C.J. y Randy vendrán a cenar.

–Oh. ¿Abajo en el comedor?

Cari pensó que probablemente preferirían estar lejos del niño, para tener una cena tranquila. Pero a ella no le importaba. Casi prefería quedarse en la habitación cuidando de Jamie. No necesitaba compañía.

–No –dijo él–. En realidad C.J. quiere demostrar a Randy que sabe cocinar, así que va a preparar algo maravilloso en la cocinita.

Cari se volvió y lo miró sin poder creerlo.

–¿Qué?

–Al menos eso dice –Max sonrió–. Afortunadamente, tenemos servicio de habitaciones.

Cari sacudió la cabeza.

–No sé por qué me da la sensación de que vamos a necesitarlo.

CAPÍTULO 8

PERO Cari se equivocó. C.J. resultó ser una maravillosa cocinera, para sorpresa de al menos dos de los invitados. La joven preparó varios platos de entremeses y picoteo, entre los que había canapés de *filet mignon*, galletas de centeno con salmón y queso fresco, canapés de cruasanes con exquisito paté de foie, colas de langostinos rebozadas, tostadas calientes con tomate y mozzarella y algunas cosas más, todas deliciosas.

–Aperitivos –comentó Max sin entusiasmo cuando ella sacó los platos.

Pero en cuanto empezó a comer, los únicos sonidos que se oían eran suspiros de éxtasis.

–Como ves –dijo C.J. a Randy, quitándose el delantal–, sé cocinar. Y eso en una cocina que no tiene prácticamente de nada.

En realidad, su objetivo era convencer a Randy de que podía ayudarle a preparar sus fiestas. Cuando éste probó la comida, quedó totalmente convencido.

–Contrátala –dijo Max con la boca llena de langosta–. Es un genio en la cocina. Esto está buenísimo.

–Mi intención no es que me contrate –se apresuró a corregirle C.J.–. Yo el único que quiero que me contrate aquí eres tú, y ya lo sabes.

Max miró a las dos mujeres, primero a C.J. y luego Cari, y refunfuñó para sus adentros. C.J. era muy guapa, a su estilo. Un estilo muy exagerado, de labios rojos y carnosos, senos agresivos y caderas balanceantes, con una melena pelirroja tan tentadora como los sensuales movimientos de su cuerpo curvilíneo.

Pero ¿qué demonios? Era como todas las mujeres con las que había salido desde que cumplió los diecisiete años, y ya estaba cansado.

Cari representaba una novedad, cálida, dulce, con principios. Sí, tenía principios, reglas que utilizaba para guiar su vida. ¡Y él que pensaba que aquellas cosas pertenecían al pasado, y que en la actualidad sólo quedaban

vestigios en personas aburridas y puritanas cuyo único objetivo en la vida era evitar que la gente se divirtiera!

Pero Cari era distinta a todo lo que había conocido. Tenía integridad, y Max sabía que amarla lo haría mejor persona. Ella cambiaría su vida, para mejor. Lástima que eso fuera imposible.

Sin embargo tenía una chispa especial que lo atraía de una forma que ni C.J. ni todas las mujeres como ella habían logrado despertar en él. ¿Qué iba a hacer al respecto?

–Es la mejor comida que he probado en muchos años, C.J. –le dijo Cari a C.J. cuando los hombres se acercaron al bar a servirse una copa.

–Mi único talento –dijo C.J. con un suspiro–. Ahora entenderás por qué tengo que casarme con Max.

Las dos mujeres estaban sentadas en el sofá.

–¿De verdad necesitas casarte con él? –preguntó Cari–. No sé, estoy segura de que está dispuesto a pagar lo que pidas por el rancho. ¿Por qué no se lo vendes e inviertes ese dinero en un negocio?

C.J. negó firmemente con la cabeza.

–No, eso no puedo.

–¿Por qué no? Podrías conseguir una cantidad muy importante.

–Lo que quiero no es el dinero en sí –reconoció C.J.–. Lo que necesito es seguridad. La seguridad que sólo te da una gran fortuna. Ése es mi objetivo –dijo C.J. acomodándose en la esquina del sofá y sentándose sobre las piernas–. Mira, te diré algo que no debes olvidar, Cari. El dinero está bien, pero tiene la mala costumbre de gastarse sin que te des cuenta. Te lo digo por experiencia, el dinero enseguida se evapora –movió la cabeza arriba y abajo–. La tierra sin embargo permanece. Es la gallina que pone los huevos de oro, y si eres lista, no se te ocurre vender la gallina.

–Entonces supongo que el rancho es próspero, ¿no?

Cari se preguntaba quién se ocuparía del rancho, ya que desde luego no parecía que fuera C.J., quien tampoco hablaba mucho del tema.

–Todo lo bien que se puede esperar, pero no cuento con ello para mi mantenimiento. El dinero que genere el rancho no es lo importante. Como ya te he dicho, el dinero puede desaparecer en un momento. El rancho es algo que puedo utilizar para conseguir la vida que quiero. Supongo que soy muy afortunada de tenerlo.

–Ya veo.

–¿Sabes una cosa? –continuó C.J.–. Esto puede que te sorprenda, pero

estoy cansada de estar siempre de marcha. Cada vez me cuesta más, y cuando se marchite mi belleza, ya no me quedará nada. Tengo que prepararme para el futuro. Quiero un marido, y tener hijos, como todo el mundo.

–¿Ah, sí? Creía que los niños te ponían enferma.

–Y me ponen. ¿No creerás que iba a ocuparme yo de ellos? Para eso están los criados.

–Oh. ¿Cómo no se me había ocurrido?

–Porque tú no tienes la misma filosofía de la vida que yo. Pero deberías empezar a preparar tu futuro, chica. Soy un poco mayor que tú, y estoy de vuelta de muchas cosas. Podría darte algunas lecciones –le aseguró C.J. asintiendo con la cabeza.

Cari intentó esbozar una sonrisa, aunque no logró ser muy convincente.

–En cuanto a mí –continuó C.J.–, sé muy bien lo que quiero. Lo quiero todo, pero no hundida en la miseria y la pobreza. Max es mi única esperanza de tener una buena vida, y pienso aprovecharla.

Cari tenía que admirar su franqueza, incluso aunque no tuviera muchos principios. Más tarde, cuando C.J. y Randy ya se habían ido, le contó la conversación a Max.

–¿Tan próspero es el rancho? –preguntó ella.

Max se encogió de hombros.

–Por lo que he visto, el rancho está hipotecado hasta las cejas. Según mis informaciones, ni siquiera puede pagar las letras mensuales.

–¿Y no hay forma de que puedas hacerte con él de otra manera?

Max sonrió.

–Es complicado. Si fuera un proyecto normal y corriente, no lo pensaría dos veces. Pero en este caso, mi madre no me lo permitiría. Quiere que todo sea legal y siguiendo las reglas. En el fondo siente lástima de C.J.

Cari podía entenderlo. Para la madre de Max, C.J. era parte del Texas que había dejado atrás y que todavía echaba de menos.

–¿O sea, que tendrás que casarse con ella?

Max se limitó a encogerse de hombros y mirarla profundamente a los ojos sin decir nada. Después se alejó.

Media hora más tarde le preguntó si quería acompañarlo al día siguiente al rancho.

–Quiero ir a verlo. Cada vez que le digo a C.J. que me lleve, encuentra una excusa para evitarlo. Quiero verlo con mis propios ojos y ver qué es lo que intenta ocultar.

–Claro, te acompañaremos –dijo ella refiriéndose a Jamie.

–Bien. He pedido una cesta de comida a la cocina. Será mejor que nos vayamos pronto, por si acaso a C.J. y Randy se les ocurre volver otra vez.

Cari se echó a reír. La verdad era que tenía gracia. Randy parecía haberse pegado a C.J. como una lapa, a la vez que la mujer creía estar seduciendo Max para que se casara con ella.

Cari dejó a Max viendo la televisión y ella se acostó, alegrándose de tener su camisón en lugar de la camiseta. Estaba muy cansada. Cuidar de un niño era una tarea agotadora, aunque te encantara. Enseguida se quedó dormida.

Durante la madrugada algo la despertó. Abrió los ojos sin saber dónde estaba. Volviéndose hacia la cuna, vio una sombra de pie y contuvo el aliento.

–Tranquila –era Max–. Soy yo. Jamie estaba lloriqueando, y he venido a ver qué pasaba.

Cari encendió la luz de la mesita y vio a Max con Jamie en brazos, la imagen del padre perfecto. Se le llenaron los ojos de lágrimas de alegría.

–Oh, Max –balbuceó ella.

–¿Qué pasa? –preguntó él sorprendido–. ¿Tanto te he asustado? Cari, lo siento.

–No, no es eso.

Ella se levantó de la cama, se puso la bata y se acercó a él. Le dio un beso en la mejilla y después sonrió al pequeño.

–Es que estoy muy contenta –dijo ella con la voz entrecortada y sonriéndole–. Es que... es que mi marido... –sollozó levemente y sacudió la cabeza–. No importa.

Max la miraba preocupado. Fue a dejar al bebé de nuevo en la cuna, pero éste empezó a lloriquear de nuevo.

–Oh, oh –dijo Cari mirando al pequeño–. Me parece que ésta va a ser una de esas noches.

–¿Cómo una de esas noches? –repitió Max.

–Vamos a tener que pasear.

–¿Qué quieres decir?

Cari le sonrió.

–Ahora lo verás. Yo me ocupo del primer turno, así tú puedes observar y aprender. O volver a la cama si quieres –añadió–. Como quieras.

Cari le cambió el pañal y le puso un pijama limpio. Después intentaron dormirlo de nuevo, pero, tal y como se había temido, Jamie estaba totalmente despierto y con ganas de juerga.

–Me temo que no hay nada que hacer –dijo ella sonriendo–. Vamos a tener que convencerlo para que se duerma.

Lo envolvió en la manta y se lo apoyó en el hombro. Después fue hacia el salón. Max la siguió y se sentó en el sofá mientras ella empezaba a pasear con el niño en brazos.

–Esto les encanta –le dijo ella–. Cuanto más paseas, más contentos se ponen.

–¿Pero se duermen?

–Ah, ése es el objetivo, pero pueden tardar un buen rato –besó la cabecita morena del bebé–. Yo me pasé noches enteras paseando a Michelle. Por suerte, me parece que a Jamie no le costará tanto dormirse.

Max la observaba en silencio. Tras un rato, le dijo:

–Nunca me has hablado mucho de tu matrimonio, Cari. ¿Cómo era tu marido?

–¿Brian? –Cari se mordió el labio. No era uno de sus temas favoritos–. Un hombre como cualquier otro.

–Hay una cosa que me ha llamado la atención –dijo él. Se puso en pie y se acercó a ella. Le tomó la mano y le separó los dedos–. No llevas anillos. ¿Por qué? Siendo viuda, lo normal es que quieras tener un recuerdo de tu matrimonio.

Cari se miró los dedos desnudos y asintió lentamente.

–Antes los llevaba –dijo.

–¿Y ahora?

Cari le miró a la cara.

–Los vendí.

Max entrecerró los ojos, buscando algo en la expresión femenina que le ayudara a comprender.

–¿Vendiste tus anillos de prometida y de casada?

–Sí.

Jamie empezó a moverse y Cari retiró la mano de la de Max y echó a caminar de nuevo.

–Tenía un juego de anillos de boda precioso, con un diamante incrustado –continuó ella–, pero los vendí. Me sirvieron para terminar de pagarme la universidad y empezar a sacarme la licencia de agente inmobiliario. Brian nunca llegó a imaginar que financiaría mi nueva vida.

En parte Max tenía razón con los anillos. Si ella hubiera valorado su matrimonio, habría guardado los anillos, por muchas dificultades económicas

que hubiera tenido. Pero ella hacía tiempo que no lloraba a Brian, al menos por las razones que debiera. Cuando él murió, ella ya sabía que tendría que separarse de él.

Él le había hecho la vida imposible y su comportamiento terminó con el amor que había sentido por él. Ahora, cuando lo pensaba, no podía creer cómo había podido estar a su lado durante tanto tiempo. ¿Qué le había hecho seguir con él, consciente como era de que era cada vez más irracional? El temor a admitir el fracaso, probablemente.

–¿O sea, que te estás sacando la licencia para trabajar como agente inmobiliaria? –preguntó él interesado–. ¿Por qué? En la actualidad la inmobiliaria está prácticamente muerta.

–Lo sé, pero siempre se recupera. Todo el mundo necesita un lugar donde vivir. Y yo quiero estar preparada cuando eso ocurra.

Max asintió, y su optimismo le gustó. Era una de las cosas que le gustaban de ella.

–Entre tanto, no me importa trabajar de camarera –dijo ella con una sonrisa–. Es un trabajo honrado que me permite ganar un sueldo decente siempre y cuando sólo tenga que mantenerme a mí misma.

Jamie eligió aquel momento para empezar a hacer ruiditos, y los dos se echaron a reír.

–No parece que se esté durmiendo –dijo Max.

–Todavía no –dijo ella–. A veces tardan un rato.

–Ahora me toca a mí –dijo Max estirando los brazos para tomar al niño–. Tú siéntate y háblame de tu matrimonio.

Cari lo miró a los ojos.

–¿Por qué lo quieres saber? –preguntó ella.

Él le rozó la mejilla con la palma de la mano.

–Porque todo lo relacionado contigo me interesa –le dijo.

En cuanto pronunció las palabras se dio cuenta de que era cierto. Nunca había conocido a una mujer como Cari, y nunca había tenido una relación como aquella. Le gustaba, quería hablar con ella, quería saber más de ella. Eso nunca le había ocurrido con ninguna mujer.

–Siéntate y habla –dijo, y empezó a caminar con Jamie en brazos.

Cari se sentó. Normalmente no le gustaba hablar de su pasado, pero en aquel momento las palabras empezaron a fluir con total naturalidad.

–Conocía a Brian desde siempre, desde el instituto. La verdad es que no tenía excusa –dijo con un suspiro–. Sabía cómo era, pero supongo que como

todas las chicas jóvenes pensaba que el amor podría con todo, que el matrimonio lo cambiaría. Estaba convencida de que yo podría cambiarlo, que mi amor le enseñaría a ser de otra manera.

–¿Cambiar en qué sentido? –preguntó Max.

–Cambiar para dejar de ser un borde, supongo –dijo ella con una breve risa–. Cambiarlo para que fuera una persona decente, un buen marido, y un buen padre. Pero eso no ocurrió, por supuesto.

–Casi nunca ocurre –observó él.

Ella asintió.

–Vivir con Brian era como vivir con un géiser humano. Nunca sabías cuándo iba a estallar, pero lo que era seguro era que estallaría. Y cada vez por un motivo diferente.

Max se tensó.

–¿Fue violento contigo?

Cari titubeó. No merecía la pena recordar todo aquello.

–Sólo un poco.

Miró a Max y vio las venas hinchadas en el cuello masculino. Por ello se apresuró a añadir:

–Conocía bien las causas. Su padre fue un alcohólico, y él tuvo una infancia muy difícil. Siempre crees que el amor y la bondad pueden curar ese tipo de cosas, pero no suele ser así. No es suficiente para superar todo el daño que te puede hacer tener una infancia así.

Era curioso, pero Cari nunca había contado aquellos detalles a nadie, ni siquiera a Mara.

–Tampoco quiero que creas que fue todo una agonía terrible. También pasamos muy buenos momentos juntos. Me hacía reír, y estaba loco por Michelle –la voz de Cari se enterneció al recordar a su hija–. Michelle era una niña perfecta, tan redondita y sonriente, y él estaba orgulloso de ella. Sin embargo... –su voz se entrecortó–. Cuando lloraba, él se ponía furioso. No podía soportarlo. Era como si creyera que la niña lloraba para enfurecerlo, y yo hacía lo imposible para evitar que llorara –se estremeció al recordar terribles escenas del pasado–. A veces empezaba a romper cosas, y después se iba.

Max se detuvo delante de ella y la miró.

–¿Pero no te hizo daño? ¿Ni a la niña?

–No, físicamente no.

No era toda la verdad, pero Cari no quería volver a recordar todo aquello.

–Aunque me daba miedo lo que pudiera pasar. Porque a veces se ponía tan furioso que daba miedo, y era imposible saber qué podía llegar a hacer. Y el último día, estaba totalmente fuera de sus casillas.

Cari cerró los ojos al recordar, y entonces su voz cambió y sonó como si fuera la de un autómeta.

–Tomó a Michelle en brazos y salió corriendo al coche. Yo salí corriendo detrás de él, suplicándole que la dejara, pero él la dejó en el asiento de atrás y puso el coche en marcha. Michelle lloraba desconsoladamente, y yo estaba frenética. Conseguí meterme en el coche antes de que él pudiera echar el seguro de las puertas, y entonces aceleró. Yo intenté pasar al asiento de atrás para sujetar a Michelle y... –Cari cerró de nuevo los ojos, viendo la escena como si hubiera ocurrido el día anterior–. Nos estrellamos contra una valla y después un árbol.

Cari se estremeció y miró a Max. La mirada de Max estaba cargada de compasión y reflejaba el dolor femenino. Eso la reconfortó.

–Puede que fuera por mi culpa –se apresuró a añadir ella–. No estoy segura. Yo sólo quería sujetar a Michelle, ni siquiera se me ocurrió que podía estar interfiriendo con la conducción. No puedo culparle sólo a él.

–Yo sí –le espetó Max, y echó a andar de nuevo.

–Estuve una semana en el hospital, con un par de costillas rotas y lesiones en varios órganos internos –Cari se encogió de hombros–. Yo me recuperé, ellos no –respiró profundamente–. Al principio no me dijeron que Brian y Michelle habían muerto. Yo no hacía más que preguntar por ella.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, y creía que ya no le quedaban más lágrimas. Pero siempre había más.

Max estaba saliendo del salón.

–¿Dónde vas?

–Ya se ha dormido –dijo en voz baja–. Voy a dejarlo en su cuna.

Cari asintió y se levantó para seguirlo. Cuando llegó a la habitación del pequeño, éste ya estaba en la cuna y tapado. Max se volvió y la tomó en sus brazos, depositando una lluvia de besos en su cara y murmurando palabras de consuelo en italiano.

Ella se echó a reír, todavía con lágrimas en los ojos. Cuando él la besó en la boca, ella reaccionó y le besó a su vez, ofreciéndole toda su pasión y toda su alegría. Pero sólo por un momento.

–No –dijo ella apartándolo–. Max, no.

Él murmuró algo en italiano. Cari no entendió las palabras, aunque sí su

significado, y negó de nuevo con la cabeza.

–No –repitió–. Max, vas a casarte con C.J. No podemos.

Esta vez el italiano fue una palabrota que Cari entendió perfectamente, pero él la soltó y después le tomó la mano.

–Deberías llevar anillos –dijo él con intensidad–. Deberías tener joyas preciosas que hagan juego con tus preciosos ojos. Deberías estar envuelta en diamantes.

Cari soltó una carcajada. Estaba loco.

–No necesito joyas –dijo ella–. No hacen más que estorbar.

Movió la cabeza y la volvió a besar. Esta vez Cari lo apartó con suavidad pero con firmeza y lo llevó hasta la puerta de la habitación.

–Buenas noches, Max –le dijo–. Será mejor que vayas a dormir.

–Sí –aceptó él a regañadientes–. No lo olvides. Mañana por la mañana iremos al rancho.

–Me levantaré pronto –prometió ella.

Él esboza una sonrisa.

–Yo también. No tenemos otro remedio. Tenemos que seguir los horarios de Jamie, ¿no?

El trayecto hasta el rancho recorría los preciosos paisajes de los alrededores de Dallas. Durante el mismo, Max contó historias que su madre le había relatado sobre las aventuras que había corrido de joven en el rancho de Texas, historias que hacían del rancho el lugar ideal para disfrutar de una infancia cargada de añoranza. Sin embargo, cuando por fin llegaron al Triple M, se encontraron con algo muy distinto.

–Esto no puede ser –exclamó Max mirando los destartalados edificios que se levantaban en una colina al final de un camino polvoriento.

Max había detenido el coche en la carretera, justo delante del arco oxidado del que colgaba el cartel que decía *Rancho Triple M*.

Había una oxidada verja de hierro que abrieron sin dificultad empujándola con el coche. Conduciendo lentamente, recorrieron el sendero flanqueado de árboles, muchos de ellos sin vida, y llegaron hasta las edificaciones del rancho. Todas estaban vacías. Era evidente que allí hacía mucho tiempo que no vivía nadie.

–No hay ni rastro del ganado –dijo Max protegiéndose los ojos del sol mientras recorría con la vista la colina circundante–. Aquí no parece que haya nadie, ni que el rancho esté en explotación –sacudió la cabeza–. Y desde luego

no parece el rancho del que mi madre lleva hablándome toda la vida. Está totalmente arruinado. Es una lástima.

Cari se dio cuenta de lo decepcionado que estaba.

–¿No es posible que nos hayamos equivocado de rancho? ¿O que estemos en la parte posterior de la finca? –sugirió ella.

Max negó con la cabeza.

–No. Es éste. No me extraña que C.J. no quisiera traerme a verlo.

–Bueno, al menos podemos comer aquí –dijo ella empezando a bajar las cosas del coche y preparando un lugar a la sombra para Jamie.

Max le ayudó a extender una manta bajo un árbol, aunque estaba con serio gesto y pensativo. Abrieron la cesta de comida y encontraron pollo frito con galletas y con mazorcas de maíz.

–¿En febrero? –preguntó Max, mirando el maíz con suspicacia.

–Seguramente es importado o congelado –dijo Cari–. No es tan bueno como el que tenemos en verano, pero sabe bastante bien.

Comieron, charlaron y jugaron con Jamie, y poco a poco Max se fue animando. Hasta el punto de ver algunos aspectos positivos en la tierra que le rodeaba, como las flores silvestres que empezaban a florecer y las blancas nubes de algodón que salpicaban el azul del cielo.

–Tengo que reconocer que, en sus buenos tiempos, éste es el mismo rancho del que me hablaba mi madre. Pero la verdad es que me había hecho una idea muy distinta.

–¿Sí?

–Sí. Ahora me doy cuenta de que ni siquiera se basaba en lo que ella me contó, sino en aquella serie de la televisión, Dallas. ¿Cómo se llamaba el rancho? ¿Southfork? Sí, eso creo. El caso es que ésa era la imagen que me había hecho. Una mansión espléndida, unos establos enormes, un montón de coches aparcados, un helipuerto en la parte de atrás, kilómetros y kilómetros de vallas, y ganado, claro.

Cari sonrió asintiendo.

–Yo también vi la serie.

–Aunque este rancho en su época debió de ser bastante impresionante –continuó él–, la verdad es que no se puede comparar con Southfork. De todos modos, era un buen rancho. Lástima que todo eso haya quedado en el pasado –hizo una mueca–. Me alegro de que no esté aquí mi madre para verlo. Espero que nunca nadie se lo cuente.

Regresaron a la ciudad por carreteras secundarias disfrutando del paisaje.

El teléfono de Max sonó y éste aparcó para atender la llamada. Mientras hablaba se puso muy serio, pero Cari estaba jugando con Jamie y no le prestó demasiada atención. Cuando él colgó, se volvió a mirarla.

–Una mala noticia –dijo él sin más preámbulo–. Sheila no volverá. Han encontrado su cuerpo en el río. Por lo visto, algún asunto relacionado con drogas.

–¡Oh, Max!

Los dos miraron al niño que estaba encantado jugando con un llavero de llaves de plástico, totalmente ajeno al destino de su madre. Se miraron, y sin intercambiar palabra, se fundieron en un largo abrazo. Era una tragedia para el pequeño, pero afortunadamente todavía era muy joven para entender el terrible acontecimiento que acababa de marcar su destino. Quizá fuera mejor así.

De vuelta en el hotel, Max hizo algunas llamadas y consiguió más información.

–La policía no ha podido localizar a ningún familiar de Sheila, y tampoco mi gente –miró profundamente a los ojos de Cari–. Todo dependerá de los resultados del ADN.

Cari entrelazó los dedos debajo de la barbilla y quedó pensativa.

–¿Y si dan negativo?

Una mueca de dolor cruzó el rostro masculino.

–Cari, si eso ocurre, yo no podré hacer nada. Si no tengo vínculos matrimoniales ni de sangre con Jamie, no podré hacer nada. No tendré derecho a mantenerlo a mi lado –Max sacudió la cabeza–. Ni siquiera todos esos abogados a los que les pago tanto dinero podrán arreglarlo.

Cari se hundió en el sillón.

–O sea, que quedará bajo la tutela del estado.

–Supongo.

Si eso ocurriera...

No, no podía ocurrir. A ciegas, se levantó y corrió hacia la habitación de Jamie. El niño dormía plácidamente, pero ella tenía la necesidad de abrazarlo. ¿No hubo un momento en que juró no enamorarse? Aquella promesa por lo visto quedaba muy lejos.

CAPÍTULO 9

–SEGÚN tengo entendido, mañana es el día de San Valentín.

Cari se incorporó al oír a Max entrar en la habitación de Jamie un par de días después y esbozó una traviesa sonrisa.

–Es cierto, caballero –respondió ella.

Max la miraba con un seductor destello en los ojos.

–¿Es cierto que en este país es un día muy importante para las mujeres? – preguntó.

Cari frunció el ceño, sin entender muy bien adónde quería llegar.

–Bueno, puede serlo.

–Bien –dijo él sonriendo complacido–. Lo tengo todo organizado.

–¿Organizado?

Cari no estaba muy segura de querer conocer los detalles.

–¿Vas a hacer algo con C.J.? –preguntó casi sin querer.

Max la miraba como si estuviera acariciándola con los ojos.

–No, voy a hacer algo contigo.

–¿Conmigo? –repitió ella abriendo desmesuradamente los ojos.

¿Por qué no con C.J.? ¿No era la mujer con la que quería casarse? O quizá no. Al menos últimamente no parecía darle la misma impresión.

–Tiene que haber una manera de convencerla para que me venda ese rancho tan destartado –había mascullado él en más de una ocasión–. Estoy dispuesto a pagarle el doble de lo que vale. Y quiero cerrar el trato cuanto antes. Quiero empezar con las obras antes de que mi madre sepa en qué estado se encuentra.

–C.J. dice que no venderá nunca.

Max la había mirado con una intensidad nueva.

–Tiene que entenderlo –le había dicho él–. Tiene que vendérmelo. Sólo tengo que encontrar la manera de convencerla.

Aunque él tampoco parecía muy convencido de poder conseguirlo.

Y ahora él la estaba invitando a una cena romántica a ella, en lugar de a C.J.

–Yo no puedo ir a ningún sitio –protestó ella–. Tengo que quedarme con Jamie.

Max asintió con la cabeza.

–Tranquila, estará con nosotros.

Cari lo miró con suspicacia.

–¿Dónde vamos?

Él arqueó una ceja.

–A ningún sitio.

–¿Qué?

–Es una sorpresa. Ya lo verás.

Con eso, salió de la habitación.

Cari suspiró, medio riendo. Cualquiera que los hubiera observado en los últimos días, habría jurado que eran amantes. Y lo cierto era que ella se sentía como su amante. Lo único que faltaba era el compromiso entre ellos y una relación física, pero nada de eso podía ocurrir mientras C.J. continuara merodeando por allí.

La llamada llegó al día siguiente, cuando Cari empezaba a prepararse para la cena de San Valentín. El laboratorio ya tenía los resultados de las pruebas de ADN, y Max debía reunirse con un panel de técnicos de laboratorio y representantes legales inmediatamente. Cari se quedó en el hotel, preocupada.

Habían celebrado un íntimo funeral por Sheila al que habían asistido también C.J. y Randy. Cari también quiso llevar a Jamie, para que alguien pudiera contarle en el futuro que había asistido a una ceremonia en honor de su madre, incluso si entonces no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo.

Y ahora estaban a punto de averiguar si Jamie se quedaría con Max o no. Nerviosa, Cari se metió en la habitación de Jamie y lo observó dormir. Si tenían que entregar al niño, no podría soportarlo.

Oyó volver a Max y corrió al salón. Tan sólo con verle la cara supo todo lo que necesitaba saber. Los resultados eran positivos. Con un grito de júbilo, corrió hasta él y él la alzó en el aire, mientras los dos reían de felicidad y ella también lloraba de alegría. Era el mejor momento que había tenido en muchos años.

Entraron en la habitación de Jamie, y Max miró al niño que llevaba el legado de su hermano. Por fin podía dejar que su corazón se llenara de amor

por él. Fue verdaderamente un día muy especial.

–Lo primero que tengo que hacer es llamar a mi madre –dijo.

–Ahora no –protestó ella–. La diferencia horaria.

–A ella no le importará –le aseguró él–. Y menos cuando conozca el motivo.

–¿Sabe que hay un bebé?

–Todavía no. No quería que se hiciera ilusiones, así que no se lo conté – Max sonrió–. Esto es increíble, ¿verdad? Casi no me lo puedo creer.

Cari estaba feliz y no quería pensar que aquello podía ser el final para ella y su relación con Max. Ya lo pensaría al día siguiente. De momento, prefería disfrutar de la buena noticia.

–Ahora sí que tenemos algo que celebrar –dijo Max.

Dos horas más tarde, los dos, con Jamie en el carrito, se dirigían hacia el ascensor.

–¿Has hablado con tu madre? –preguntó ella.

–No. Resulta que está pasando el día con una amiga, pero le he dejado un mensaje para que me llame lo antes posible.

–Bien. Ahora dime, ¿dónde vamos?

–No pienso decir ni una palabra –dijo él–. Debería vendarte los ojos. Para que te llevaras una sorpresa de verdad.

–No, de vendas nada –dijo ella–. Prometo quedarme tan sorprendida como quieras.

Cari había pensado que comerían en alguno de los restaurantes del hotel, pero jamás se imaginó que fuera en un salón de conferencias privado. Cuando Max abrió las puertas dobles, ella contuvo el aliento. El espacioso salón estaba elegantemente decorado en tonos rojos y blancos, con globos y guirnaldas blancas que colgaban de las vigas y envolvían las columnas. En el centro había una mesa con una lujosa vajilla de porcelana china y cubiertos de plata, mientras que en una esquina un guitarrista empezó a tocar románticas melodías en cuanto ellos entraron.

Cari no sabía qué decir. Nunca había visto nada tan hermoso. Se volvió a Max con los ojos brillantes.

–Feliz día de San Valentín –dijo él.

–Oh, Max, gracias, es precioso.

Max le dio un beso en los labios y la acompañó a la mesa, dejando el carrito junto a ella. Por suerte, Jamie se había quedado dormido en cuanto

salieron de la habitación, por lo que ella tendría tiempo para dedicárselo Max y a la maravillosa cena que había encargado.

Cari tapó al niño con la manta, y al incorporarse vio una caja de terciopelo en la mesa delante de ella.

–Max –dijo ella, en tono de advertencia.

–Es sólo un regalo de San Valentín –dijo él.

Con el corazón en la garganta, Cari abrió la caja y quedó prácticamente deslumbrada por el destello de los diamantes.

–¿Qué?

–Permíteme que te ayude.

Max se puso detrás de ella para ponerle el collar, sorprendentemente ligero para una joya que llevaba tantos diamantes. Cari se miró en el espejo que había en la pared de enfrente y apenas podía respirar. Nunca había visto nada tan hermoso.

–Y para hacer juego con el collar... –Max metió la mano en el bolsillo del traje y sacó una pulsera a juego–. Uno sin el otro no estaría completo –dijo él poniéndosela en la muñeca.

–Oh, Max –Cari estaba totalmente abrumada–. Oh, Max, no puedo...

–Claro que puedes –dijo él con firmeza. Se agachó, apoyando una rodilla en el suelo, y continuó–: Cari, no me insultes rechazando el regalo. Me lo puedo permitir. No tienes que sentir ninguna obligación especial conmigo. Ni gratitud, ni nada por el estilo. Sólo es un regalo. Una muestra del afecto que siento por ti, y sabes de verdad que es un afecto real.

Max la besó suavemente, en un gesto casto y puro que resultaba casi insoportable.

Al mirarlo a la cara, Cari se dio cuenta de que era mucho más que guapo. Era honesto, íntegro, y en sus ojos brillaba un vehemente deseo de hacerla feliz. Sin embargo, ella todavía no estaba segura.

–Pero no necesito regalos para saberlo –protestó ella.

–No, no los necesitas, pero me hace feliz regalarte diamantes. ¿No puedes permitirme siquiera esa felicidad?

Cari lo miró y al final no pudo evitar echarse a reír.

–Oh, Max. ¿Siempre te sales con la tuya?

–Por supuesto.

Sirvieron la cena, que consistía en un exquisito plato italiano a base de cerdo guisado en una salsa de pinot noir acompañado de una cremosa pasta con salsa de queso y una ensalada. La cena iba acompañada de vino tinto, y

durante la misma, Max y Cari hablaron y rieron. Cuando terminaron de comer, bailaron al ritmo de la música melodiosa del guitarrista.

Los diamantes brillaban y sus destellos se reflejaban en los espejos de la sala. Era una velada mágica, pero Cari era consciente de que pronto acabaría.

–Éste ha sido el día de San Valentín más perfecto de mi vida –dijo ella al final para darle las gracias.

–Bien –Max le besó en los labios–. ¿No muy normal y corriente?

Ella negó con la cabeza.

–En absoluto –estiró el brazo y le acarició la cara con el dorso de la mano–. Oh, Max –empezó, sintiendo la necesidad de expresar lo que sentía.

Pero no tuvo la oportunidad. Antes de poder decir otra palabra, la voz de C.J. resonó por todo el salón.

–Así que esto era lo que estabais tramando –exclamó la joven plantada en las puertas abiertas del salón con las manos en las caderas–. Tenía que haberme dado cuenta.

Max echó a andar hacia ella.

–C.J., ¿qué haces aquí?

–Venir a buscarte, ¿qué si no? Es el día de San Valentín, pero veo que ya te has dado cuenta –C.J. estaba que echaba chispas por los ojos–. ¿No crees que deberías haber estado conmigo? Yo soy la mujer con la que vas a casarte.

Max se detuvo y la miró con ojos helados.

–C.J., nunca te he hecho ninguna promesa y lo sabes.

–Es ella, ¿verdad? –gritó C.J. señalando a Cari–. Es por ella. Te has enamorado de ella, ¿verdad? –se volvió hacia Cari–. Si no fuera por ti, este asunto ya estaría totalmente controlado –dio un paso hacia ella sacudiendo la cabeza con gesto amenazante–. Mira, me he mantenido al margen y he sido tolerante. Sé que le gustas tú, no yo. Pero pensé, no importa, si quiere divertirse un poco, que se divierta. Eso no me preocupa. Pero quiero tener el anillo de boda en el dedo, y el certificado de matrimonio en la mano. Después, que haga lo que le dé la gana.

–C.J., te estás poniendo en ridículo –le dijo Max sin alzar la voz, controlándose con evidente esfuerzo.

–¿Ah, sí? –con un gesto cargado de altivez, C.J. se echó la melena pelirroja hacia atrás–. Pues a ver si te enteras de una vez. Se acabó tanta tontería. Quiero una fecha para la boda, y la quiero ya. O puedes irte olvidando de que tu madre recupere su querido rancho.

–Vete de aquí, C.J. No estás invitada –le dijo Max, furioso.

–Ten cuidado, Max. Mi paciencia no es infinita.

–Bien, porque tampoco debería serlo. Y ya que estamos, permite que te lo explique más explícitamente –se plantó delante de ella con las piernas separadas y los brazos a los lados–. No voy a casarme contigo. Nunca. Si eso significa que mi madre tenga que olvidarse de recuperar el rancho, ése será el precio que tendremos que pagar.

La cabeza de C.J. se fue hacia atrás, como si le hubieran asestado una bofetada, pero su mirada no se apagó.

Max sacudió la cabeza, furioso con ella.

–Sabes perfectamente que no estamos enamorados, e incluso más, que ni siquiera nos entendemos. Juntos los dos seríamos desgraciados. Pensándolo mejor, he decidido que sería una decisión muy equivocada. Así que olvídala. Lo siento.

En cierto modo Cari sintió lástima de la mujer que había dejado sus intenciones claras desde el principio. Era una lástima que no se hubiera dado cuenta de que sus planes no podían hacerse realidad. Observando la expresión de C.J., se dio cuenta de que en su rostro había rabia y frustración, pero no dolor ni tristeza. Era un fracaso que le había afectado en su ánimo, pero no en su corazón, y eso alivió a Cari.

Randy apareció como de la nada y se apresuró a llevarse a C.J. de la sala, aunque ella continuaba lanzando improperios contra Max.

El día de San Valentín acababa de terminar. Y justo en ese momento, Jamie despertó.

CAPÍTULO 10

UNA hora más tarde, Jamie estaba dormido en su cuna y Cari continuaba tratando de entender lo que había ocurrido. Max había rechazado el plan de casarse con C.J. ¿Lo decía en serio? ¿Y qué pasaría con la posibilidad de recuperar el rancho de su madre?

Max estaba taciturno e inquieto, sentado en el sofá sin ver la televisión encendida al fondo. Cari sabía que estaba reflexionando sobre las ramificaciones de lo que acababa de hacer. Se sentó en el sofá junto a él y le tomó la mano.

–Max, tú siempre dices que viniste a Dallas con dos objetivos. El primero era encontrar al hijo de tu hermano y comprobar si era de Gino. Eso ya lo has hecho. Has salvado la vida de Jamie y ahora tienes un niño precioso que mantendrá el recuerdo de Gino y será parte de tu familia para siempre. Le vas a llevar a tu madre un regalo de amor que no se puede igualar. Jamie os recordará siempre lo maravilloso que era Gino.

Max inclinó la cabeza, aceptando como ciertas las palabras de Cari, y le apretó la mano.

–Tú has tenido una parte importante –mencionó él, pero ella le restó importancia.

–Tu segundo objetivo era devolver a tu madre el rancho familiar, porque su pérdida le ha obsesionado durante años y creías que le haría feliz volver a tenerlo en sus manos y que le ayudaría a superar la irreparable pérdida de Gino. Eso todavía no lo has conseguido.

–Cierto.

Ahora llegaba la parte más difícil.

–Sabes que podrías conseguirlo casándote con C.J.

Él asintió con la cabeza.

–Pero eso no va a ocurrir.

Cari frunció el ceño.

–Entonces, ¿cómo vas a conseguir hacerte con el rancho?

Él se encogió de hombros con una mueca.

–Encontraré otra manera.

Cari sintió un estremecimiento. ¿Y si la desesperación le llevaba a hacer algo ilegal, o incluso delictivo? No podía permitir que eso ocurriera. Pero ¿qué podía hacer? A fin de cuentas, no era asunto suyo. ¿Por qué le preocupaba tanto?

Porque quería ayudarlo. Porque estaba preocupada por él. Porque..., y eso ya no lo podía seguir negando, estaba enamorada de él.

Sí, era cierto, y debía reconocerlo al menos para sí misma. Se había enamorado del hombre contra quien había jurado endurecer su corazón desde el principio. Qué tonta había sido.

Volviendo la cabeza, contempló en silencio el rostro masculino, y parte de la recriminación que se había hecho se desvaneció. Era tan guapo, tan bueno, tan adorable que... ¿cómo podía haber evitado enamorarse de él?

Especialmente cuando él le tomó la barbilla con la mano y empezó a besarle la boca mordisqueándole levemente los labios una y otra vez, con un hambre y una urgencia que la desarmó aún más. En cualquier otro momento lo habría apartado. En cualquier otro momento habría protestado. Pero Max ya no iba a casarse con C.J., por lo que ella podía dejarse llevar por la tentación aunque sólo fuera unos minutos. La sensación era demasiado maravillosa.

Max le sujetó la cabeza con las manos y sus besos fueron haciéndose más intensos y más apasionados. Alzando los brazos, Cari le hundió los dedos en el pelo y arqueó los senos hacia él. Él era tan masculino, y ella tan femenina, que juntos se vieron atrapados en una danza tan antigua como la vida. Todo su cuerpo empezó a relajarse primero y después a vibrar de placer. Cari quería las manos de Max en el pecho, y los labios también. Quería sentirse aplastada bajo el cuerpo firme y duro. Lo quería todo.

Entonces sonó el teléfono. Por el momento, Cari creyó que Max lo ignoraría y le haría el amor, eso era lo que quería ella, y él también. Pero en el fondo sabía que tenía que ser su madre. Reuniendo todas sus fuerzas, se echó hacia atrás y lo hizo volver a la realidad.

–Tiene que ser tu madre –dijo ella jadeando, cerrándose la ropa–. Será mejor que contestes.

–Le llamaré más tarde –murmuró él, besándola de nuevo.

–No, Max. Si no contestas ahora, después te odiarás.

Max necesitó un minuto para recuperar la cordura, pero cuando lo hizo, se

levantó y descolgó el teléfono. Sentada en el sofá, Cari sonreía mientras escuchaba la conversación, más de la mitad en italiano, pero que entendió perfectamente. Cuando Max le habló de Jamie, la alegría al otro lado del Atlántico era innegable.

Por suerte, la llamada de su madre les había interrumpido. Si no, lo más probable era que hubiera hecho el amor con Max. Ahora se alegraba. Sería una locura hacer el amor con un hombre, por mucho que lo amara, sin que hubiera un plan o un compromiso entre ellos, y ella no lo tenía. Por eso decidió darle un último beso y marcharse a la cama, sola.

Suspirando, se volvió y se dispuso a hacer precisamente eso.

A la mañana siguiente, cuando Cari terminó de darle el biberón a Jamie, sonó el teléfono de su habitación. Era Mara.

–¿Tuviste un buen día de San Valentín? –le preguntó su amiga esperanzada.

–Fue maravilloso –respondió Cari con una sonrisa.

–Bien. Cómo me alegro –dijo Mara satisfecha de sí misma–. Y cuéntame, ¿dónde te llevó Randy anoche?

La pregunta le hizo darse cuenta de que hacía tiempo que no hablaba con su amiga y de que Mara no tenía ni idea de todo lo que había ocurrido en los últimos días.

–No salí con Randy.

–¿Qué? Pero si acabo de hablar con él y me ha dicho...

–Si te ha dicho que salió con alguien el día de San Valentín, debió de ser C.J.

–¿C.J.? –la voz de Mara iba subiendo de tono al igual que su incredulidad–. ¿Quién es C.J.?

Incluso sonaba un poco dolida, y Cari trató de tranquilizarla.

–Mara, claro que sabes quién es C.J. La otra mujer de la cita a ciegas.

–Oh. Ah. Y entonces supongo que tú saliste con el otro.

–Sí. Max Angeli.

Mara se echó a reír.

–Vale, lo oigo perfectamente. Por como has dicho su nombre, estás enamorada de él, ¿verdad?

Era evidente que Mara nunca tiraba la toalla.

–¡No!

Mara continuó insistiendo durante otros veinte minutos, pero Cari se negó a reconocerlo, ni siquiera a su mejor amiga, a pesar de lo mucho que temía que

fuera verdad.

Y si era verdad, ¿qué iba a hacer?

Lo cierto era que no podía hacer nada. La noche anterior Max le había dicho a C.J. que no se casaría con ella, pero a la luz del día no podía tomarlo en serio.

Lo conocía lo suficiente para saber que haría cualquier cosa que estuviera en sus manos por su madre. Y ésa era precisamente una de las cosas que le encantaba de él.

Bañó a Jamie y después le puso un precioso trajecito de bebé, pero en ningún momento pudo dejar de pensar en la situación en la que estaba.

Tenía que enfrentarse a los hechos. Tenía que ser realista. Max le tenía mucho afecto, sí, y disfrutaba de su compañía, sí, y desde luego también la quería en su cama, eso lo había dejado muy claro. Pero en ningún momento había dicho nada referente a casarse con ella, ¿no? Ni siquiera lo había pensado, algo que sí había hecho con la idea de casarse con C.J. Era evidente que Max no estaba interesado en el matrimonio en sí.

Desde el principio le dejó claro que no era de los que se casaban, y ella le había dicho lo mismo. Lástima que ella al menos hubiera cambiado de opinión. Él evidentemente no lo había hecho.

Y no, ella no se veía como su querida, viajando a Venecia con la familia, estando con Max mientras a él le siguiera interesando, y después continuando en el papel de niñera una vez que él pasara a otra acompañante.

Puaj. La sola idea le daba vómitos. Ella no podía llevar una vida así. Por muy doloroso que fuera, iba a tener que retirarse del campo de juego. No había otra manera.

Pero ¿cómo podía dejarlo ahora que sabía que lo amaba? ¿Y cómo podía dejar a Jamie, a quien amaba casi tanto como amó a Michelle? Bueno, el tiempo le había ayudado a superar la pérdida de su hija, y ahora tendría que encontrar la manera de superar la pérdida de Jamie, aunque con un corazón destrozado que quizá nunca se recuperara.

Intentó hablar con Max al día siguiente cuando éste volvió a comer cargado con una bolsa de hamburguesas. Juntos se sentaron en la mesa del comedor para dar cuenta de la comida rápida. Al principio ella mencionó algunas cosas de pasada, pero él le restó importancia a su preocupación.

—No pienso casarme con C.J. —declaró él con firmeza—. Ya encontraré otra manera de hacerme con el rancho. Y quiero que sigas aquí con Jamie.

Cari se humedeció los labios y buscó la manera de hacerle entender.

–Creo que debería irme. Tengo la sensación de que podrás negociar mejor con C.J. si yo ya no estoy aquí.

A Max pareció sorprenderle y no hacerle ninguna gracia aquella teoría.

–Yo te quiero aquí. Te necesito en mi vida.

–Max, para mí no hay sitio en tu vida. Ya tienes demasiadas cosas.

Él restó importancia a sus protestas.

–Cari, C.J. es totalmente irracional, quiere cosas que no puede tener. Y eso es totalmente independiente de que tú estés aquí o no. Ella va a seguir queriendo lo mismo.

Cari sacudió la cabeza, preocupada.

–No sé. Creo que el hecho de que yo esté aquí le hace ser mucho más intransigente. Creo que, si me voy, se mostrará más razonable.

–Ella a lo mejor, pero yo no –observó él–. Si te vas, con quien será insoportable vivir será conmigo –dijo él guiñándole un ojo.

Era evidente que no estaba tomando en serio ninguna de sus protestas, y lo entendía. Max no quería que ella se fuera. Sin embargo ella no podía seguir allí.

Cuando terminaron de comer, Max se fue a una reunión con los abogados y Cari llamó a Mara para que le diera el número de su canguro. Después llamó a la joven y le pidió que se ocupara de los cuidados de Jamie a partir de aquel momento. Después entró en su habitación, sacó la caja con el collar y la pulsera de diamantes y se la quedó mirando un largo momento. Después se la llevó a la mejilla y cerró los ojos, recordando lo maravilloso que había sido bailar con Max la noche de San Valentín. Fue una noche maravillosa que no olvidaría nunca, pero era parte del pasado. Armándose de valor, entró en la habitación de Max y dejó la caja de terciopelo sobre la cómoda.

Cuando llegó la nueva niñera de Jamie, Cari dedicó una hora a explicarle dónde estaba todo y a que Jamie se acostumbrara a su presencia. Después, recogió todas sus cosas en una maleta y miró por última vez a la suite del hotel donde había pasado poco más de una semana. Iba a echarla de menos.

Y mucho más echaría de menos a Jamie. Cada vez que lo pensaba se le caía el alma a los pies. Pero era lo que tenía que hacer, y era el momento de hacerlo.

Apenas había salido al pasillo cuando sonó el ascensor. Se tensó, pensando que sería Max, pero no era él. Una mujer mayor salió del ascensor y se dirigió hacia donde ella estaba.

Era la madre de Max. No podía ser otra.

Cari la observó durante un momento. Era una mujer alta, de aspecto regio, con más aspecto de pertenecer a la alta sociedad europea que ser una ranchera de Texas.

–Hola –dijo mirando a Cari–. Busco la suite de Max Angeli. ¿Puede decirme cuál es?

–Por supuesto –respondió Cari–. Venga por aquí –la llevó hasta la puerta y llamó al timbre–. Le abrirán enseguida –dijo, y cuando la mujer se volvió hacia la puerta, añadió en voz baja–: Estoy enamorada de su hijo.

–¿Qué has dicho, querida? –dijo la mujer volviéndose a mirarla con curiosidad.

Cari negó con la cabeza y sonrió.

–Nada –dijo–. Ha sido un placer conocerla, señora Angeli.

Y se alejó rápidamente sin esperar respuesta.

Era casi un alivio estar de nuevo trabajando en la cafetería, con las mismas rutinas y las mismas personas de siempre. Un lugar normal y corriente, y unas gentes normales y corrientes, igual que ella. Era de nuevo su mundo, donde tenía que estar.

Todos los diamantes y todos los lujos del mundo eran para otras personas, no para ella.

Mara por supuesto se enfadó con ella.

–Bueno, todavía tienes a Randy –le recordó cuando Cari le dijo lo que había ocurrido.

–¡Oh, Mara, por favor! Randy está coladito por C.J. Tienes que ver cómo la mira.

–Pero si ella se va con Max...

–No, no funcionaría. Además, C.J. no quería formar una familia con Max. Lo único que quería era ser su esposa por todos los privilegios y el dinero que tiene, pero sin aceptar ninguna responsabilidad. Lo dejó perfectamente claro. Y si quieres que te diga la verdad, creo que prefiere a Randy. Es más fácil de mangonear.

El primer día de trabajo en la cafetería Cari no dejaba de mirar a la puerta, esperando ver a Max de un momento a otro. Pero él no apareció, ni aquel día ni al día siguiente, y llegó a la conclusión de que debía de haberlo soñado todo. A lo mejor Max Angeli ni siquiera existía. Y quizá Jamie no era más que una manifestación de su dolor.

Había estado tan segura de que nunca volvería a enamorarse, de que nunca

dejaría que ningún hombre le robara el corazón, pero al conocer a Max se había olvidado de todo y se había enamorado de él. Ahora estaba de nuevo como al principio, pero con una nueva grieta que le atravesaba todo el corazón. Con suerte, habría aprendido algo, pero ¿por qué aquellas lecciones tenían que ser tan dolorosas?

El cuarto día, estaba recitando los postres a un vaquero cuando una mujer mayor entró en la cafetería. Al principio Cari no la reconoció, pero enseguida se dio cuenta de que la había visto antes, y por un momento pensó que sería una estrella de cine o de la televisión. Hasta que se dio cuenta de que era la madre de Max.

¡La madre de Max! ¿Habría ocurrido algo? Pero no, la mujer no parecía preocupada, sino todo lo contrario, estaba muy calmada.

Se acercó al mostrador y se sentó.

–Hola –dijo mirando a Cari.

–Señora Angeli –le saludó Cari casi sin aliento, secándose las manos en el delantal.

–Me has reconocido –sonrió la mujer.

–Por supuesto. Yo soy...

–Cari Christensen. Sí, lo sé –le tendió la mano y se la estrechó—. Tenía que venir a saludarte y darte las gracias por todo lo que hiciste para ayudar a mi nieto en su nueva vida.

–Para mí fue un placer. ¿Cómo está?

–Maravillosamente. No podríamos ser más felices.

–Me alegro mucho.

Las dos mujeres se sonrieron.

–Estoy segura de que le encantaría volver a verte.

La sonrisa de Cari se desvaneció.

–A mí también me encantaría verlo, pero no creo que sea una buena idea.

–Lo entiendo. La separación siempre es muy dura.

–Sí.

La señora Angeli pidió un trozo de tarta de chocolate y un vaso de leche. Cari se preguntó si era eso lo que solía pedir de niña cuando iba a la ciudad. Pero la cafetería se estaba llenando de clientes y Cari no tenía tiempo para seguir hablando con ella. Un rato después, cuando levantó la mirada, la señora Angeli se había ido.

Al día siguiente fue Max quien entró.

–Hola –dijo sin dejar de mirarla a la cara desde que entró en la cafetería.

–Hola.

Se plantó delante de ella, con los ojos brillantes.

–Te he echado de menos.

Ella apenas podía respirar.

–Yo también a ti.

Estirando un brazo, Max le tomó la mejilla con la mano.

–Max, no –susurró ella.

Él se encogió de hombros y retiró la mano.

–¿Quieres tomar algo? –preguntó ella.

–Claro –dijo él sentándose en un taburete–. ¿Qué tal un trozo de tarta de manzana?

–Marchando.

Era bueno tener algo que hacer con las manos. Le estaban temblando. Cari puso un trozo de tarta en un plato y se lo llevó.

–Gracias.

–De nada.

Se quedó mirándolo mientras comía, con el corazón en la garganta. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué no había ido a buscarla antes? Probablemente porque tenía otras preocupaciones, como el rancho, como C.J.

–Me han dicho que mi madre vino a verte –dijo él levantando la cabeza.

–Sí.

Él esbozó una sonrisa.

–Le caíste bien.

–Me alegro, ella también a mí –dijo Cari. Tras un titubeo, añadió–: Me dijo que Jamie está bien.

–Oh, sí, lo adora.

–No me extraña.

Se sonrieron el uno al otro.

–Va a ser el niño más mimado de Dallas.

–Estoy segura.

–¿Y el rancho? ¿Ha estado allí?

Max apartó el plato.

–Esto es lo más gracioso. Yo no quería llevarla, me asustaba que viera lo hecho polvo que está, pero ella insistió, así que la llevé. Hasta nos acompañó C.J.

–¿Y? ¿Le afecta mucho verlo así?

Max negó con la cabeza.

–En absoluto. Para ella, está idéntico a como estaba cuando ella vivía allí.

–¡No! –Cari no podía creerlo.

–Estaba encantada –continuó él sonriéndole–. Fue corriendo de un lado a otro explorándolo todo, recordando dónde se escondía debajo del porche cuando no quería hacer sus tareas. También nos habló de la vez que encontró una flecha cerca del pozo. A C.J. le contó historias de su madre que ella desconocía, e incluso le enseñó por dónde se escapaban las dos cuando no les dejaban ir a bailar.

Cari estaba sorprendida.

–¿Y cómo se lo tomó C.J.?

–Estaba de lo más emocionada. Se pasó la mitad del tiempo llorando.

–¿C.J.?

Él asintió.

–De hecho, nos va a vender el rancho.

Una oleada de emociones se apoderó de Cari. ¿Qué significaba aquello?

–Randy y ella quieren utilizar el dinero para financiar una ampliación de su empresa de catering. Quieren convertirla en la más importante de Dallas – Max se encogió de hombros y añadió–: Creo que pronto se casarán.

Cari tuvo que sujetarse al mostrador para no caerse.

–Bueno, me alegro por ellos –dijo parpadeando rápidamente, preguntándose por qué la estaba torturando de aquella manera–. ¿Y tú? ¿Cuándo te vuelves Venecia?

–Lo estamos preparando todo para irnos este fin de semana –dijo él–. Aunque sólo unos días, después volveremos.

–Oh –dijo ella casi sin voz.

Max se levantó.

–Bueno, será mejor que me vaya. Tenemos que recoger muchas cosas. Con sólo lo que tiene Jamie, podemos llenar todo un avión.

–Me lo imagino –dijo ella con el corazón hundido.

Si Max se iba, aquello era definitivamente el final.

–¿Cari?

–¿Sí?

–Jamie te quiere y te echa de menos –dijo Max acercándose a ella.

Cari sacudió la cabeza, sin entender.

–¿Cómo lo sabes?

Los labios masculinos se curvaron levemente.

–Porque todos te queremos y te echamos de menos.

–Oh.

¿Qué? ¿Qué le estaba diciendo? No entendía nada.

–¿Me das la cuenta? –preguntó.

–No te preocupes –dijo ella–. Yo te invito.

–Vale, gracias –sonrió él–. Entonces sólo te dejaré la propina.

Entonces dejó una cajita en el mostrador. Cari la miró sin comprender.

–No muerde –le dijo él–. Venga, ábrela.

Ella lo miró aterrorizada.

–Max, ¿qué es?

–Ábrela y lo sabrás –al verla titubear, insistió–: Venga, Cari. Ábrela.

Atrévete.

A Cari le temblaban tanto los dedos que apenas podía abrirla, pero al final lo consiguió. Dentro, sobre terciopelo negro, estaba el anillo de diamantes más hermoso que había visto en su vida.

–¡Max!

Cuando lo miró, lo encontró de rodillas.

–Cari Christensen, te amo con todo mi corazón –se declaró delante de todos los clientes–. Te necesito en mi vida. Jamie también te necesita. Tiene una abuela, pero necesita una madre. Así que esto es lo que te propongo, ¿quieres casarte con nosotros?

–Max, por favor, levántate.

–No hasta que me respondas.

–Claro que quiero casarme contigo –dijo ella tirándole de la mano y riendo a la vez–. No puedo creer que hayas tardado tanto en venir a pedírmelo.

EPÍLOGO

EMPEZARON planeando una boda sencilla y pequeña, pero enseguida se convirtió en algo monstruoso con más de doscientos invitados. Menos mal que conocían una buena empresa de catering.

Decidieron celebrar el acontecimiento en el rancho, que había cambiado considerablemente aunque la vivienda principal continuaba en obras. El camino de entrada que llegaba hasta la casa estaba flanqueado por árboles recién plantados y las extensas praderas que se abrían a ambos lados habían sido convertidas en amplios jardines de césped donde se hicieron los preparativos para la ceremonia. Las mesas con manteles blancos decoradas con jarrones de plata y tulipanes daban al lugar un aspecto mágico.

La ceremonia fue bastante breve, pero muy emotiva, y después llegó la recepción, a la que también asistió Jamie, al menos durante un rato, ganándose las alabanzas y caricias de buena parte de los invitados.

Cari llevaba un vestido sencillo sin mangas con perlas incrustadas y el pelo recogido en un moño alto. Al cuello, el collar de diamantes que le había regalado Max el día de San Valentín.

La comida fue espectacular, o al menos eso fue lo que le contaron. Entre saludar a los invitados y atender a Jamie, Cari apenas no tuvo tiempo de probar prácticamente nada.

—¿No crees que has encontrado una nueva gallina de los huevos de oro? —preguntó a C.J., la responsable de todo el banquete.

—Eso, sí, recuérdamelo —le espetó C.J.—. Tú has ganado y yo he quedado con las ganas —pero sonrió para dulcificar sus palabras, y añadió—: No me importa. Debo decir que esto es mucho mejor. Me encanta tener a un hombre que me adora.

Cari asintió.

—Eso es cierto —dijo, mirando a Randy que estaba comprobando el pastel de bodas.

—Sí, y ti el tuyo también, ¿no?

Cari no podía estar más de acuerdo. Sonrió a Max, que estaba tratando de librarse de alguien para acercarse a ella, aunque parecía costarle. Su madre se acercó a él, y esta vez Max le dedicó toda su atención.

–Hola –dijo a Mara al verla llegar junto a ella.

–Hola. ¿Te das cuenta de que, de no ser por mí, nunca hubieras conocido a Max? –preguntó su amiga–. Creo que me merezco un homenaje. Una placa conmemorativa estaría bien –añadió con una sonrisa.

–Tienes que reconocer que todo ha salido a pedir de boca –respondió Cari.

–Sí, aunque hubiera preferido tenerte a ti en la familia, en vez de a C.J. –comentó Mara con un suspiro.

–Eh, C.J. es una buena chica, y desde luego no me negarás que sabe cocinar.

–Eso sí que no te lo pienso discutir.

Cari se volvió. Una de las jóvenes del vecindario que habían contratado para servir el banquete estaba tirándole del vestido.

–Perdone, señora Angeli –dijo.

A Cari le encantó oír su nuevo nombre por primera vez.

–¿Sí?

–Ha ocurrido algo en el granero. Se ha roto algo. Me han dicho que venga en seguida.

–Oh, cielos.

En el granero era donde guardaban casi toda la comida. Miró a su alrededor, pero no vio Max. Tendría que ocuparse ella sola, y más valía que se diera prisa. Recogiéndose el vestido, fue con pasos apresurados hasta el granero y entró. En cuanto hubo entrado, la puerta se cerró tras ella con cerrojo y quedó sumida en la penumbra.

–¿Qué pasa?

Notó cómo alguien la tomaba del brazo y enseguida se vio arrastrada en los brazos de su nuevo marido.

–¡Max!

–No podía esperar más –dijo él llenándola de besos–. Eres la novia más preciosa que he visto en mi vida. Estás tan guapa que me entran ganas de comerte.

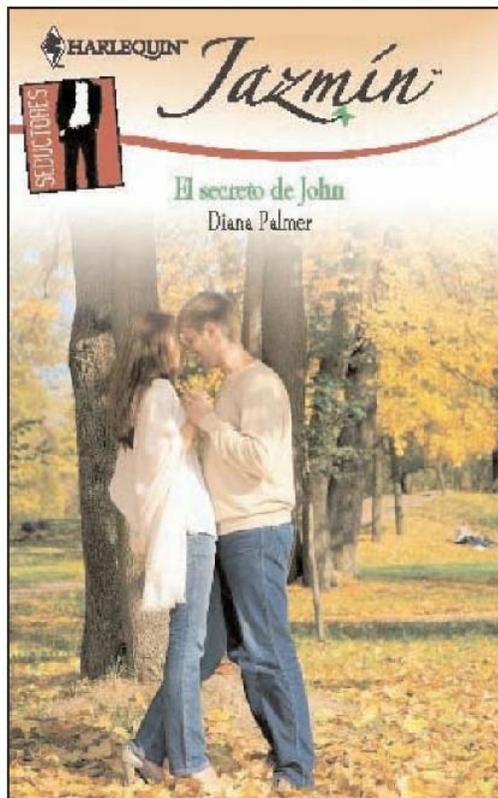
–¿Ah, sí? –dijo ella entornando los ojos–. A mí no me importaría, pero en este momento no va a poder ser. Tenemos que cortar el pastel y abrir baile...

Max dijo algo en italiano y empezó a quitarle el vestido. Suspirando, Cari

se rindió. El pastel y el baile tendrían que esperar. En aquel momento el amor tenía la prioridad.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

Pincha aquí y descubre un nuevo romance.



www.harlequinibericaebooks.com

HARLEQUIN™

Jazmin™



Alérgico al matrimonio

JUDY CHRISTENBERRY

Jazmin™

Alérgico al matrimonio

JUDY CHRISTENBERRY



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Judy Christenberry. Todos los derechos reservados.
ALÉRGICO AL MATRIMONIO, N.º 2313 - 27.1.10
Título original: The Marrying Kind
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8100-5
Editor responsable: Luis Pugni

CAPÍTULO 1

–PAPÁ, no necesito otra mujer que me manipule. Ya he soportado a muchas mujeres que lo único que pretendían era que me casara con ellas.

–Hijo, ésta es diferente. Su madre me prometió...

–Venga, papá. Ya conoces a las mujeres. Venderían su alma si con eso pudieran hacerse con tus tarjetas de crédito.

–John, sólo te estoy pidiendo una noche. Es una rubia muy guapa. Tan sólo será una noche. Hazlo por mí.

John clavó la mirada en su padre. Lo quería, aunque no estuviera de acuerdo con sus gustos, en especial sobre las mujeres.

Pero qué demonios. Podría soportar una noche con otra mujer hambrienta de dinero. Ya lo había hecho otras veces. Se limitaría a sentarse ante una cena exquisita mientras ella pediría los platos más caros. Luego, la llevaría a su casa y su misión concluiría.

–De acuerdo, papá, saldré con ella una vez. Y si no me gusta, eso será todo, ¿de acuerdo?

–Gracias, John –dijo su padre aliviado, y le entregó una nota–. Ésta es su dirección. Vive en un edificio de apartamentos de cuatro plantas en Yellow Rose Lane.

Diane Black recorría el apartamento que había debajo del suyo, regando las plantas.

–Oh, pobrecita. Has sufrido mucho, ¿verdad? Siento no haberte regado ayer.

Había tenido mucho trabajo. Se había marchado del banco a las nueve, más tarde de lo habitual, trabajando en una propuesta para un posible cliente al que llevaba semanas intentando convencer. Luego, había pasado unas horas delante del ordenador buscando información sobre inversiones antes de meterse en la cama a leer una revista financiera. Se había quedado dormida

con la revista sobre el pecho, sin acordarse de las plantas que le habían pedido que cuidara.

–Toma un poco más –dijo echando agua en la tierra seca de una de las macetas.

Era una mujer reservada, excepto cuando se ponía a hablar con las plantas. Tenía muchas en su apartamento y le había prometido a su vecina y amiga Jennifer que cuidaría de las suyas mientras estuviera de luna de miel.

Oyó unos golpes en la puerta y se preguntó quién habría ido a visitar a los recién casados. ¿Debería abrir?

Volvieron a llamar y se apresuró a abrirla, encontrándose con un atractivo moreno de casi dos metros de altura.

–¿Hola?

–Me alegro de que por fin haya abierto. Empezaba a pensar que no estaba en casa.

–Yo...

–No, no diga nada. Mire, se lo prometí a mi padre como usted se lo prometió a su madre. Así que acabemos con esta noche cuanto antes para así poder decirles que hemos hecho lo que nos han pedido.

–¿Cómo? –dijo Diane parpadeando varias veces seguidas.

Sabía que estaba cansada, pero lo que le estaba diciendo aquel hombre no tenía sentido.

Él la tomó del brazo.

–Venga, he hecho una reserva en un restaurante cercano. No tardaremos mucho y así podremos decir que hemos cumplido con lo prometido.

Ella se soltó. ¿Qué le pasaba a aquel hombre tan arrogante?

–No puede...

–Claro que puedo, invito yo. Tome su bolso y vayámonos.

Pero, ¿quién pensaba que era?

Entonces, cayó en la cuenta. ¿Podía ser...?

Antes de casarse con Nick, Jennifer le había contado a Diane que su madre estaba intentando emparejarla con un hombre al que consideraba de su misma clase social. Lo que quería decir que era rico. ¿Sería aquél? Con su traje a medida, que le sentaba a la perfección, era evidente que tenía dinero. Parecía alguien a quien la madre de Jennifer daría su visto bueno.

–Discúlpeme –dijo Diane–, pero es evidente que ha habido una...

–No hay tiempo para eso –dijo él, tomando el bolso que estaba colgado de un perchero–. Tenemos una mesa esperándonos.

–Pero...

Él alzó una mano para detener su protesta y Diane se enfadó. No estaba dispuesta a permitir que ningún hombre la tratara así. Le daría una lección. Se iría con él y luego le diría la verdad.

–Iré con mi coche y le seguiré –dijo ella sonriendo con amabilidad.

–No veo por qué –dijo y, como si de pronto cayera en la cuenta, añadió–: Ah, está siendo prevenida. En ese caso, está bien. Iré despacio para que pueda seguirme.

Salió por la puerta sin dejar de sujetarla por el codo. ¿Pensaba que no podía caminar o acaso temía que se escapara?

Mientras lo seguía de camino al restaurante, Diane no pudo evitar sonreír al pensar en aquel millonario pomposo. Aunque no era su forma de ser, no podía evitar la tentación de bajarle los humos. Despreciaba cómo algunos hombres trataban a las mujeres. Y lo sabía muy bien, ya que trabajaba en un sector machista como era el bancario.

Tan pronto como aparcó detrás de su Mercedes, él se acercó a abrirla la puerta y ayudarla a salir.

Aquello estaba yendo demasiado lejos.

–Tenemos que hablar antes de entrar.

–Aquí no. Hace demasiado calor. Hablaremos en la mesa –dijo, y la condujo al interior de un lujoso restaurante de Dallas.

El maître lo reconoció enseguida. Los condujo hasta una mesa discreta y le apartó la silla a Diane.

Ella suspiró y se sentó. Aquel juego estaba yendo demasiado lejos. Su cita, fuera quién fuera, se enojaría cuando le dijera quién era.

–¿Podemos hablar ahora? –preguntó ella, después de que el maître se fuera.

Pero al instante apareció el sumiller y comenzó a enumerar los vinos.

–No bebo –dijo ella después de que acabara con su discurso.

Su acompañante pareció sorprenderse, pero enseguida se recompuso.

–En ese caso, ambos tomaremos té frío.

El sumiller se fue.

–Necesito decirle algo –dijo ella antes de que pudieran interrumpirlos.

–Tonterías. Lo que tenemos que hacer es decidir qué queremos cenar. Hay mucho tiempo para hablar después de que pidamos la cena.

No le dio opción a elegir lo que quería. Cuando el camarero llegó, su acompañante pidió por duplicado una cena de tres platos.

–Muy bien, señor –asintió el camarero, y discretamente se retiró.

–¿Qué es eso que tenía que contarme, Jennifer?

–No soy Jennifer.

Sus ojos, azules como el mar, se abrieron como platos. Luego, carraspeó.

–Entonces, ¿quién es?

Ella bajó la mirada, sintiéndose algo culpable.

–Soy Diane Black, la vecina de Jennifer.

Él apoyó las manos en la mesa y tensó los músculos de la mandíbula.

–¿No cree que debería habérmelo dicho antes?

–No me ha dejado hablar.

Él no dijo nada.

–Quizá así, la próxima vez permita que una mujer hable –dijo ella tomando su bolso y poniéndose de pie para marcharse.

Pero su voz la detuvo en el sitio.

–No me gusta comer solo.

–¿Quiere que me quede?

Él asintió, aunque su mirada no era amable.

Comparó aquel apetecible entrecot con la lata de sopa que la aguardaba en casa y volvió a sentarse.

–¿Dónde está Jennifer?

Diane no pudo evitar sonreír.

–Se ha ido con su marido y sus tres hijas de luna de miel.

–No es como me imagino una luna de miel.

–Es lo que Jennifer quería. Acababa de adoptar a tres niñas cuando conoció a su marido. Se han ido una semana a Disney World y luego se irán de crucero.

–Creo que he tardado demasiado en hacer caso a mi padre.

–No creo que hubiera importado. Aunque fuera un príncipe encantador, no habría salido con usted.

–A usted no le ha importado. ¿Ha sido el dinero lo que la ha convencido?

Diane se inclinó, tomó su bolso y se levantó. No tenía nada que decirle a aquel hombre. Apenas se había alejado un metro de la mesa cuando él la tomó del brazo.

–De acuerdo, lo siento. Es que no me gusta que me engañen.

–Tampoco le gusta dejar que la gente hable. He intentado explicárselo varias veces.

–Y no le he dejado.

–Así es, no me ha dejado –dijo Diane, y buscó con la mirada al camarero–. ¿Por qué no pedimos que nos pongan en mesas separadas? Me vendrá bien cenar fuera esta noche.

–¿Por qué?

–He tenido un día duro en la oficina.

–¿Quiere contármelo?

–No, gracias. Recuerdo que Jen me habló de usted, pero no recuerdo su nombre.

–Soy Jonathan Davis, pero puedes llamarme John. Encantado de conocerte, Diane.

Ella sonrió.

–¿Le pido al camarero que me busque otra mesa?

–No, ya te he dicho que no me gusta comer solo. ¿Por qué no nos conocemos mientras disfrutamos de la comida?

Ella dudó antes de contestar.

–De acuerdo, pero yo pagaré mi parte.

–Pensé que sabías que era rico.

–¿Y eso qué importa? Tampoco es que necesite de la caridad.

–Yo te he invitado, así que pago yo.

–Pero acepté por un malentendido.

–Creo que fue culpa mía. Por favor...

Ella bajó la vista y se encontró con su magnética mirada.

–De acuerdo.

–Hacía mucho tiempo que no tenía que esforzarme tanto para cenar con una mujer.

Ella sacudió la cabeza sin saber qué decir ante aquel comentario.

–Cuéntame a qué te dedicas.

–Trabajo en un banco.

–¿En un banco, eh? ¿Eres secretaria o contable?

–Soy vicepresidenta a cargo del departamento de inversiones.

–Oh, lo siento. No sabía que dieran esa clase de trabajos a mujeres.

–Y así es. No me lo han dado, me lo he ganado –replicó.

Diane ya había sufrido bastante discriminación trabajando como para tener que soportar a aquel hombre. Esa vez, cuando se puso de pie, no le dio oportunidad de que la detuviera. Tomó el bolso y se apresuró a salir del restaurante.

Lo había estropeado todo.

No había sido su intención hacer que saliera corriendo. Sencillamente, había dicho lo primero que se le había pasado por la cabeza.

Diane Black era diferente a otras mujeres con las que había salido, quienes se dedicaban a las obras de caridad y a organizar fiestas. Era una mujer trabajadora y no sabía cómo tratarla.

Además, le había dado su merecido. Había sido muy descortés al arrastrarla al restaurante para cenar, demasiado preocupado en acabar con aquello cuanto antes como para escuchar lo que había tratado de decirle.

Suspiró mirando el asiento vacío. Odiaba comer solo. Se le ocurrió una idea. Le pidió al camarero que le preparase la comida para llevar y le dejó una buena propina.

Quince minutos más tarde estaba de vuelta en el edificio de apartamentos. Al llegar al aparcamiento se alegró de ver el coche de Diane. Ahora, lo único que tenía que averiguar era cuál era su apartamento.

Llegó a la puerta con las cajas de la comida justo en el momento en que cuatro jóvenes atractivas salían. Una de ellas se detuvo al ver a John.

–Hola. ¿Busca a alguien?

–Sí, estoy buscando a Diane.

–Está en casa. Acaba de llegar.

–¿Cuál es su apartamento?

–El del primer piso, a la derecha.

–Gracias –dijo y subió la escalera.

Llamó a la puerta y se quedó esperando a que abriera. Luego, sonrió alzando las cajas.

–Hola. He traído la cena.

–No, gracias –dijo sin devolverle la sonrisa–. Ya me estoy preparando la cena.

–Venga, Diane. No tiene sentido dejar que todo esto se eche a perder.

Bajó la mirada y respiró hondo, dejándose llevar por el delicioso aroma.

–De acuerdo. ¿Cuál es el mío?

–Ah, no. O me dejas pasar con las cajas o no te las doy.

–De acuerdo –repitió, pero en vez de abrir la puerta, la cerró y echó el pestillo.

–¡Diane! Diane, no estás siendo justa. Venga, abre la puerta.

Lo único que obtuvo por respuesta fue el silencio.

–Diane, quiero cenar contigo. Ya que he pagado, lo menos que puedes

hacer es dejar que comparta la cena contigo.

Después de esperar en vano unos minutos más junto a la puerta, volvió al coche. Se sentó dentro y se tomó su comida y también la de ella.

Finalmente, se fue a casa, preguntándose por qué se había quedado esperando que abriera. Al fin y al cabo, había muchas mujeres tras él, ¿no? ¿Por qué había esperado que lo perdonara?

Para cuando llegó a casa, seguía sin dar con la respuesta. Lo recibió el ama de llaves y le preguntó si quería tomar algo antes de irse a la cama.

–No, señora Walker, gracias. Espero que no me haya esperado levantada.

–No, claro que no, señor Davis. Todavía no tengo sueño.

Él sonrió y siguió camino de la escalera. Claro que no tenía sueño todavía. Eran las ocho de la tarde. ¿Qué le pasaba?

El día siguiente sería diferente. Podría enfrentarse a su padre sin sentirse culpable. No le diría que había sido su cita la que había dado por concluida la noche.

Quizá fuera eso lo que más le molestaba de todo. ¡Diane lo había rechazado! La mayoría de las mujeres iba tras él por su fortuna, pero ni eso había tentado a Diane.

John no recordaba haber enfadado tanto a una mujer. Quizá fuera cierto que debía haberla tratado mejor. Desde luego que no había aprendido de su padre, cuya esposa actual hacía la número cinco y era más joven que él mismo.

Entró en el dormitorio principal y comenzó a desvestirse. Se metería en la cama y vería algo en la televisión. Eso le ayudaría a quitarse de la cabeza a Diane Black.

A la mañana siguiente, Diane se paró frente a su armario. Estaba lleno de trajes negros y grises, lo que constituía la vestimenta profesional para un banquero, ya fuera hombre o mujer. La única nota de color era alguna blusa en tonos pastel. En aquel momento, deseaba ponerse una chaqueta roja.

Quizá fuera de compras por la tarde. Después de todo, su puesto era seguro, ¿no? Podía romper las reglas ocasionalmente si seguía mostrándose profesional.

No quería seguir cuestionándose su repentina necesidad de destacar. Eso la obligaría a pensar en el hombre al que había conocido la noche anterior. John Davis la había irritado más que nadie que hubiera conocido. Y no quería pensar en que su banco, una importante entidad, había respaldado algunos de

sus proyectos más recientes. No la había reconocido porque ella no se ocupaba de los préstamos. Así que no sabía cómo contactar con ella.

Optó por un traje gris perla y una blusa de seda. Era una de sus combinaciones favoritas.

Al llegar al banco, volvió a sentirse tranquila y animada. Llevaba su pelo rubio recogido y la única concesión a la feminidad eran unos pendientes de plata.

Una vez sentada ante su mesa, Diane se relajó y comenzó su habitual rutina. Le gustaba mucho su trabajo y comprendía lo importante que era su función para los clientes.

De hecho, ese día había quedado con uno de ellos a comer. La señora Winthrop era un encanto. Su marido había hecho una fortuna y desde que murió diez años atrás, había confiado en Diane para mantenerla intacta para sus nietos.

Diane evitaba invertir el dinero de la mujer en operaciones arriesgadas, tal y como era el deseo de la señora Winthrop.

Tenía algunos asuntos de los que ocuparse antes de comer. Era el momento de concentrarse en la gente que importaba y olvidarse de John Davis.

La mañana no había conseguido sacar a Diane Black de su cabeza. John se vistió para ir a trabajar, pensando en la mujer que lo había rechazado la noche anterior. A medianoche, por fin había admitido que se había ganado aquel rechazo. Se había comportado de manera arrogante.

Toda su vida había halagado a las mujeres. Era así como conseguía tenerlas a su alrededor y que hicieran lo que él quería. Pero había obligado a Diane a cumplir su voluntad y se había enfadado al ver que no hacía lo que quería.

Se sintió culpable y quiso disculparse.

Así que, cuando llegó a su oficina, sacó la guía telefónica y empezó a llamar a bancos pequeños preguntando por Diane Black. Se le hizo la hora de comer sin que hubiera tenido suerte. ¿Le habría engañado?

Si así era, había sido culpa suya. Quizá su asesor financiero conociera a Diane. Iba a comer con Mark Golan para hablar de un nuevo proyecto.

Aunque siempre se ocupaba con éxito de sus proyectos, John quería asegurarse de tener las ideas claras, así que apartó a Diane de sus pensamientos y se concentró en los informes para su presentación. Había aprendido de su padre a ser un trabajador entregado. Su vida personal podía

ser un desastre, pero no su vida profesional.

Su padre pagaba sus errores en forma de pensiones para sus tres ex esposas. La madre de John, la primera esposa de su padre, había muerto cuando él era un niño.

No tenía ninguna intención de cometer los mismos errores que su padre. No se dejaría llevar por un rostro bonito.

Sacudió la cabeza. Tenía que dejar de pensar en Diane y en su padre. Tenía que concentrarse en el trabajo.

Se encontró con Mark en un restaurante cercano. Durante la comida hablaron de deportes y de conocidos que tenían en común. Había decidido no hablar de sus planes hasta que estuvieran en el banco Guaranty National, la mayor y más reputada institución financiera en la zona de Dallas.

Al entrar en el despacho de Mark Golan, comenzó a ordenar los pensamientos que tenía en la cabeza. No quería cometer ningún error en su presentación.

Una hora más tarde, después de su exposición, supo la decisión del banco de aprobar el préstamo para financiar su trabajo. Se sorprendió al percatarse de que Diane volviera a aparecer en su mente. ¿Cómo era posible que ejerciera ese control en su cabeza?

–John, has hecho una magnífica presentación –dijo Mark después de que los demás directivos del banco salieran de su despacho–. Nos has hecho quedar muy bien.

–Me alegro de oírlo. Siempre te has portado bien conmigo, Mark, y no quisiera defraudarte.

–El sentimiento es mutuo. Si hay algo que pueda hacer por ti, tan sólo tienes que decírmelo.

–Bueno, hay algo que... –comenzó John como si acabara de ocurrírsele–. Conoces a casi todo el mundo de tu profesión, ¿verdad?

–Así es. He trabajado en un par de bancos, además de que todos nos conocemos. ¿Estás buscando a alguien? Espero que no estés pensando en abandonarme –bromeó.

–No, claro que no. Pero he conocido a alguien que dice que es muy importante y que está a cargo de inversiones. Imagino que se refería a un banco pequeño. Al fin y al cabo, creo que no es un mundo de mujeres.

Mark enarcó las cejas.

–Ten cuidado, amigo. Creo que no estás al tanto de lo que se cuece hoy en día si piensas de esa manera.

–¿De veras? ¿Cuántas compañeras tienes?

–Creo que unas catorce, incluyendo la que está encargada del departamento de inversiones.

John se quedó de piedra y luego carraspeó.

–No me digas que se llama Diane Black.

CAPÍTULO 2

–¿CÓMO lo has sabido? –preguntó Mark sorprendido.

–La he conocido recientemente y quería... volver a verla.

¿Cuándo había sido la última vez que había balbuceado al hablar de una mujer? Debía de hacer veinte años, desde que en séptimo curso y con doce años se enamorara de Darlene Carey.

–¡Oh, no! Vas a hacer que me cueste mi empleo. Mantente alejado de Diane.

–¿De qué estás hablando? –preguntó John.

–John, eres un gran hombre de negocios y te desean todas las mujeres de Dallas. Incluso nosotros, los aburridos banqueros, sabemos que cambias muy a menudo de novia y que no eres partidario del matrimonio.

–Por supuesto. No soy como mi padre.

–No quería decir que lo fueras, John. No es tu tipo y no quiero que le hagas daño.

–No voy a hacerle daño. Sólo quiero verla unos minutos. No te puedes negar a eso.

–¿Por qué?

–¿Por qué qué?

–¿Por qué quieres verla?

–Si quieres saberlo, anoche fui descortés con ella debido a un malentendido y le debo una disculpa.

–¿Eso es todo?

–Sí, eso es todo.

–Está bien, pero recuerda que has prometido no hacerle daño.

–Lo recordaré.

–Su despacho está en la tercera planta. Sigue las indicaciones hasta el departamento de inversiones.

–Gracias –dijo John y salió del despacho de Mark para dirigirse al

ascensor.

Al salir en la tercera planta, se dio cuenta de que caminaba muy rápido. Se detuvo y respiró hondo. No debía mostrarse ansioso por verla, Así que siguió caminando tranquilamente por el pasillo.

Al entrar en el departamento de inversiones, la recepcionista lo saludó.

–Quisiera ver a Diane Black.

–La señorita Black está ahora mismo reunida, pero si quiere esperar, señor...

–Davis, John Davis. Sí, me quedaré esperando.

Se sentó al otro lado de la mesa de la recepcionista y tomó una revista que hojeó sin prestar atención al contenido.

Al poco, una mujer mayor salió del despacho.

–Un tal señor Davis ha venido a verte –oyó que decía la recepcionista por el interfono.

–Por favor, dile al señor Davis que está en el departamento equivocado. Los préstamos son en la primera planta.

John se dirigió hacia el despacho de Diane a pesar de las protestas de la recepcionista.

–Señor, no puede entrar en el despacho de la señorita Black. Señor...

Para entonces, ya había abierto la puerta del despacho.

–¿Quieres decirle a esa joven que deje de gritarme?

Diane lo miró enfadada y apretó el botón del intercomunicador.

–Está bien, Wendy. Se me había olvidado que el señor Davis necesitaba hablar conmigo.

–¿De qué tengo que hablar contigo?

–No tengo ni idea, pero no quiero que Wendy sienta que me ha fallado.

–Eso es muy amable de tu parte, Diane. Yo también intento ser amable.

–¿Y cómo es eso?

–Anoche fui descortés y arrogante y quería disculparme contigo –dijo y se quedó mirándola.

–¿Algo más?

–Podrías ofrecerme asiento.

–No veo la necesidad de seguir hablando, John, así que creo que lo mejor será que te vayas.

–Quizá debería recordarte que hago muchos negocios con este banco –dijo él sentándose.

–Eso no es necesario. Conozco muy bien la relación que tienes con mi

banco. Estaré encantada de remitirte a quien quieras para lo que necesites.

–¿Y si fueras tú la única persona a la que quiero ver?

–¿Con qué motivo?

–Ya te lo he dicho. Tenía que disculparme contigo.

–Te lo agradezco, pero ya lo has hecho.

–¿Así que me echas?

–Estoy trabajando. Si hay algo sobre mi trabajo de lo que quieras hablar, hablemos. Si no, entonces sí que te estoy echando.

–De acuerdo, me iré con una condición.

–¿Cuál?

–Cena conmigo y te demostraré que soy un hombre diferente.

–¿Piensas que obligarme a cenar contigo me demostrará que has dejado de ser arrogante? ¿No es eso una muestra más de tu arrogancia?

Él asintió, dándole la razón.

–Bueno, hay una cosa que has dejado clara.

–¿El qué?

–Que eres mucho más lista que las mujeres que conozco.

Diane se quedó mirándolo sin decir nada.

–¿Acaso no lo consideras un halago? –añadió él.

–No. Tu desprecio hacia las mujeres es repugnante.

–¿Desprecio? Tan sólo estaba siendo sincero.

–No tengo nada más que decirle, señor Davis –dijo ella abriendo la puerta.

–¿Me estás echando?

–Sí –afirmó Diane.

–¿Así que te parece arrogante halagar tu inteligencia?

–¿También halagas la de los hombres?

Él frunció el ceño.

–La mayoría de los hombres con los que trabajo son bastante inteligentes.

–¿Y las mujeres no?

–En mi negocio, apenas trato con mujeres. Soy constructor y promotor. Es un mundo casi exclusivo de hombres.

–Pues, por si no lo sabías, hay muchas mujeres muy inteligentes ahí fuera. Y ahora, si me disculpas...

–¿No hay cena?

–No.

–Bueno, entonces, otro día será.

Diane se mantuvo inexpresiva, a la espera de que se fuese.

Sin más, John regresó al despacho de Mark.

–¿La has visto? –preguntó el banquero, preocupado.

–Sí, la he visto. ¿Por qué no organizas una cena para que pueda hablar con ella?

–¿Por qué no la has invitado a cenar si era eso lo que querías?

–Lo hice, pero me dijo que no. Sólo aceptará si se trata de asuntos de negocio.

–En otras palabras, ¿me estás pidiendo que le tienda una trampa? De ninguna manera, John, a Diane lo le gustaría eso.

–No, no te pido que la engañes. Estoy dispuesto a invertir un millón de dólares a través de ella.

–¿De veras? ¿Por qué?

–Quiero asegurarme de que nunca me iré a la ruina, así que voy a hacer una importante inversión.

–Es una buena idea, John. Estoy seguro de que Diane también se alegrará.

–¿Puedes decirle que hay un cliente que quiere invertir un millón de dólares sin darle mi nombre? Haz que se encuentre conmigo en el restaurante.

–Está bien –dijo Mark y se quedó mirándolo, entrecerrando los ojos–. ¿No te echarás atrás acerca de hacer la inversión?

–No.

–De acuerdo.

–¿Qué noche te va bien?

–¿Qué hay de malo en esta noche?

–No sé si mi esposa podrá encontrar a alguien en tan poco tiempo para que cuide de los niños.

–Llámalas a ver –sugirió Mark.

Después de una breve conversación al teléfono, su esposa le dijo que buscaría a alguien y que lo avisaría en cuanto resolviera el problema. John convino con Mark en llamarlo al cabo de una hora para ver si había habido suerte.

Luego se fue del banco, preguntándose qué le estaba pasando. Llevaba tiempo con la idea de invertir, pero no había vuelto a pensar en ello hasta que había conocido a Diane.

Diane levantó la mirada cuando su ordenador le avisó de que había recibido un correo electrónico. Lo abrió y comprobó que era de uno de los

vicepresidentes del departamento de préstamos, diciéndole que tenía un cliente que quería invertir un millón de dólares. Enseguida le respondió:

Claro que estaré encantada de conocer al cliente. ¿Cuándo quieres que nos veamos? ¿Para comer?

La respuesta llegó al instante:

Quiere quedar esta noche. Habrá que hacerlo antes de que cambie de opinión. ¿Te parece bien?

Volvió a escribirle diciéndole que sí y que le dijera el sitio y la hora. Después de recibir la información que necesitaba, apagó el ordenador.

En el coche, de camino a casa, se dio cuenta de que no había preguntado el nombre del cliente. Se le pasó por la cabeza que el cliente podía ser John Davis, pero enseguida apartó aquel pensamiento. Mark no le presentaría a alguien que no estuviera dispuesto a invertir.

Iban a ir a un buen restaurante, así que Diane se puso un vestido negro que sabía que le quedaba bien y unos pendientes de diamantes que se había comprado después de su último ascenso.

Se miró al espejo y le gustó su aspecto, festivo a la par que conservador. Luego, corrió al coche. Tan sólo tenía quince minutos para llegar al restaurante.

Cuando llegó, Mark y su esposa esperaban en una mesa. Diane sonrió. Había coincidido con Elizabeth en varias ocasiones y le caía muy bien.

El maître la acompañó a la mesa y le apartó la silla. Después, saludó a los Golan.

–Se me ha olvidado preguntarte el nombre del cliente. ¿Lo conozco?

Mark fue a decir algo, pero se detuvo, mirando por detrás del hombro de Diane.

Ella se giró para ver qué era lo que había captado su atención y se percató de que John Davis se estaba sentando en la silla que había junto a ella. No le dijo nada a John y se quedó mirando a su colega a la espera de una explicación.

–Diane, John me ha prometido invertir un millón de dólares. No te mentaría.

Al cabo de unos segundos, Diane asintió, pero evitó mirar a John.

–Buenas noches, Diane. Estás muy guapa esta noche –dijo él.

–Gracias –respondió con frialdad.

–Tú también, Elizabeth. Recuerdo que la última vez que nos vimos uno de tus hijos te acababa de vomitar encima.

–Oh, pobre. ¿Estaba enfermo? –preguntó Diane.

Puesto que Diane no tenía hijos ni hermanos, sabía muy poco de bebés.

–No –dijo Elizabeth sonriendo–. Debió de comer algo que no le gustó. Los bebés suelen vomitar con frecuencia.

Diane se quedó horrorizada.

–¿No has estado nunca con bebés? –preguntó John.

–No –dijo y miró con cautela a John–. ¿Y tú?

–Cada una de mis madrastras tuvo un hijo con el que afianzar el matrimonio con mi padre. Como estaba en casa más que ellas, veía a la niñera ocuparse de todo.

–¿Una niñera? ¿Tus madrastras no...? No, imagino que no –dijo Diane y, recuperando la calma, añadió–: ¿Así que tienes cuatro hermanos?

–No sólo tres. Pero me temo que en breve me avisarán de que hay otro en camino –dijo John mirándola–. ¿No tienes hermanos?

–No. Fui un error que no quisieron repetir –dijo, y al instante se arrepintió de sus palabras–. Olvida lo que he dicho. ¿Es cierto que quieres poner un millón de dólares en mis manos para que lo invierta?

–Sí. Creo que harías un buen trabajo.

–Necesito saber qué esperas. No puedo prometerte ganancias a pasos agigantados, pero sí puedo garantizarte que vayan en aumento. ¿Es eso lo que buscas?

–Desde luego. Tan sólo quiero reservar esa cantidad para asegurarme de que nunca me quede en la ruina. Lo hago por precaución.

–¿Dónde está el dinero ahora?

–En una cuenta.

Con el ceño fruncido, Diane clavó sus ojos en él. Algo no parecía ir bien.

–¿Has hecho inversiones anteriormente?

–Sí, varias veces, y en ocasiones he acabado perdiendo dinero. Creo que es mejor que un profesional las haga por mí, mientras yo me ocupo de llevar los negocios.

No podía rebatir aquel argumento, así que decidió que tenía que ser cautelosa.

–Tendremos que hablar sobre la clase de inversiones que te interesan.

John asintió y esbozó una amplia sonrisa.

–Pero primero, ¿por qué no pedimos algo de beber?

Después de que el camarero tomara la orden, Diane consideró volver a sacar el tema de las inversiones de John. Llevaba el tiempo suficiente en aquel negocio como para haber desarrollado un sexto sentido sobre los clientes potenciales. Esa vez, su sexto sentido le estaba diciendo que saliera corriendo tan lejos y rápido como pudiera.

John estaba asombrado de la cantidad de problemas que había tenido que sortear para convencer a Diane de que deberían... ¿Deberían qué? ¿Hacerse socios, amigos, amantes?

Sí, eso era lo que quería. Aunque no fuera una belleza a primera vista, cada vez le estaba pareciendo más guapa.

Deseaba quitarle las horquillas que sujetaban su melena rubia y acariciarle el pelo. Quería estrecharla entre sus brazos, sentirla respirar, besarla en el cuello y disfrutar plenamente de su olor. No sabía por qué lo atraía tanto. Quizá fuera porque no se mostraba interesada en él. De hecho, se mostraba esquiva.

El comentario que había hecho sobre sus padres le había hecho desear saber más sobre su infancia. Era posible que ambos tuvieran mucho en común.

No dejó de observarla en toda la noche. Todos sus movimientos eran delicados y se preguntó por qué estaría sola.

–¿Debería haber invitado a tu pareja? –preguntó John en una pausa de la conversación.

–No, no es necesario –respondió ella bajando la vista.

–¿Acaso no hay nadie? –insistió.

Mark intervino rápidamente.

–Ésta es una cena de trabajo. Es una oportunidad para hablar de tu estrategia de inversión con el profesional que se va a ocupar de manejar tu dinero.

–Claro –convino John.

Sabía que Diane no iba a convertirlo en un evento social. Empezaba a dudar de que siquiera tuviera vida social.

–¿Esquías, Diane? –preguntó bruscamente.

Ella se quedó mirándolo.

–¿En Texas? Dudo que alguna vez nevara aquí.

–Colorado no está lejos. Quizá vayas allí de vacaciones.

–No, nunca he esquiado.

–Yo voy varias veces al año.

–Nosotros fuimos el año pasado y llevamos a los niños –intervino Mark–. Contratamos a un monitor para que se ocupara de ellos.

–Eso fue idea mía –señaló Elizabeth–. No quería quedarme en la habitación cuidando de los niños mientras Mark se pasaba el día esquiando.

–A veces se me olvida que los niños dan mucho trabajo, pero Elizabeth se encarga de recordármelo los sábados cuando se va de compras. Cuando llega a casa, estoy deseando salir de allí –afirmó Mark.

–Elizabeth es una gran madre. No todas las mujeres lo son. Mi padre parece tener la habilidad de escoger a las que no tienen esa cualidad.

–¿Crees que es algo innato en una mujer? –preguntó Diane.

–Por supuesto. Y pobres de los niños que den con la madre equivocada –contestó John sonriéndole.

–No estoy de acuerdo –dijo Elizabeth–. He aprendido a ser una buena madre. Me han ayudado amigas y mi madre, que me ha enseñado mucho.

John no parecía muy convencido.

–Sí, pero tienes que querer aprender. Mis madrastras sólo querían un hijo para asegurarse de que tendrían dinero en caso de divorcio.

–Estás dando por sentado que se casaban sabiendo que el matrimonio acabaría en divorcio –comentó Diane.

–Querida, mi padre es famoso por sus problemas conyugales. Elige las mujeres por su belleza. Acaba cansándose con ellas y cuando se da cuenta de que no es la adecuada para él, ya tienen un bebé. Lo siguiente es el pago de la pensión alimenticia del niño.

–Ése es un punto de vista muy cínico –protestó Diane.

–Tendré que presentarte a mi padre. Entonces lo entenderás.

Aturdida, Diane se volvió a Elizabeth en busca de otro tema de conversación.

–¿Cuántos años tienen tus hijos ahora?

–Uno y medio, cuatro y seis.

–Deben de requerir mucha atención –adivinó Diane–. Mi amiga Jennifer adoptó tres niñas de esas edades más o menos.

–¿Tres a la vez? –preguntó Elizabeth levantando la voz–. ¡Qué valiente!

–Sí, pero son muy dulces. Son tres hermanas que fueron separadas cuando sus padres murieron. Ahora están muy felices de volver a estar juntas.

–¿Así que Jennifer es una buena madre? –intervino John.

–Sí. No estaba segura de que fuera a serlo, pero lo está haciendo muy bien.

–Parece que la conocieras –dijo Mark dirigiéndose a John.

–Mi padre quería emparejarme con ella. Pero al parecer, ya era tarde. Así fue como conocí a Diane.

–Sí, por culpa de una equivocación –dijo ella.

–Pero no me arrepiento –afirmó John, con una sonrisa en los labios.

CAPÍTULO 3

¿CÓMO iba a poder estar a solas con él?

El dilema había mantenido despierta a Diane toda la noche y todavía seguía dándole vueltas por la mañana. No podía dejar escapar a un inversor de un millón de dólares, pero no quería aceptar la invitación de John a comer.

La noche anterior, después de hablar de diversos temas, había acabado invitándola a comer al día siguiente para así poder hablar de su cartera de inversiones.

Diane decidió pedirle a Mark que los acompañara. Sabía que, con él presente, el trato sería meramente profesional.

Después de preparar algunas propuestas de inversión, llamó a su compañero y lo invitó.

–Creo que John estará más cómodo si está presente un hombre –añadió, confiando en convencerlo.

Pero Mark no accedió.

–Creo que no, Diane. Tengo la impresión de que quería llevarte a comer a solas. No me dijo que fuera.

–Seguramente pensó que no me parecería bien, Mark –dijo tratando de no parecer demasiado desesperada.

–A propósito, ¿hay algo entre vosotros?

Diane se quedó de piedra.

–No sé a qué te refieres.

–Me da la impresión de que él tiene interés en estar contigo, pero tú te muestras muy reticente.

–Son negocios, Mark, eso es todo.

–Bueno, no tengo planes para comer, pero prefiero que le preguntes a John si quiere que vaya. Si no me dices nada, es que tengo razón.

–De acuerdo. Pero estoy segura de que cambiará de opinión –dijo Diane y colgó el auricular.

–¿Sobre qué? –preguntó John, apoyándose contra la puerta abierta del despacho de Diane. Ella respiró hondo.

–Hola, John. Llegas pronto. No te esperaba hasta las doce.

Lo cierto era que llegaba con media hora de antelación.

–¿Estabas hablando de mí?

–Sí, he llamado a Mark para ver si quería venir con nosotros.

–¿Qué ha dicho? –preguntó John enarcando una ceja.

–Cree que no quieres que venga.

–Un hombre inteligente. ¿Ya estás lista para irnos?

–John, a mí no me importa si viene, en el caso de que no quieras comer a solas conmigo –insistió Diane.

–Es que quiero comer a solas contigo. No quiero que Mark venga con nosotros. Por cierto, te sienta muy bien ese color.

–Gracias.

Había dedicado un buen rato aquella mañana a vestirse, decidiéndose por un traje de chaqueta negro y una blusa que rara vez se ponía.

–¿Estás lista?

–Sí, pero... Muy bien, vámonos. He hecho una reserva para las doce.

–Lo sé, pero la he cambiado para las once y media.

Diane se inclinó a recoger su bolso y luego se levantó. Rodeó la mesa y entonces John la tomó de la mano.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó ella, soltándose.

–Te estaba dando la mano.

–Lo sé, pero aquí soy un profesional, no una mujer –dijo percatándose de que lo que acababa de decir no tenía sentido–. Me refiero a que seguro que no vas de la mano con Mark.

Él sonrió.

–No, querida, no te equivoques. Me gustan las mujeres –dijo John y, saliendo del despacho, susurró–: Y tú, Diane, eres toda una mujer.

Al salir del edificio, todavía le ardían las mejillas. Nunca antes había agradecido tanto el aire fresco.

–Mi coche está allí –dijo ella, señalando hacia la izquierda

–No, iremos en el mío –contestó John–. Prefiero conducir yo.

Después de unos segundos, ella accedió, dispuesta a agradecerle.

Al llegar al restaurante, el maître los saludó, dirigiéndose a ellos por su nombre.

–Su mesa está lista. Por aquí.

Los condujo hasta una mesa apartada. Diane pensó que sería bueno para mantener una discreta conversación de negocios, pero no le gustaba la idea de estar a solas con John.

–Mira, he preparado un plan... –comenzó Diane, después de que les tomaran la comanda.

–Bien, pero quiero preguntarte algo.

–Sí, claro –convino, pensando que quería preguntarle algo acerca de su filosofía en las inversiones.

–¿Por qué dijiste que tus padres te consideraban un error? Seguro que no piensan eso ahora.

Diane se quedó mirándolo fijamente. No podía creer que le hubiera hecho una pregunta tan personal. De ninguna manera iba a contestar. En vez de eso, empezó a explicar de manera muy clara sus planes de inversión.

–Espera, no has contestado mi pregunta.

–John, hemos venido a hablar de inversiones.

–Mira, ya sé mucho de inversiones. ¿Podemos hablar de ti?

Ella parpadeó sorprendida.

–Si ya sabías lo que querías, ¿por qué hemos quedado a hablar sobre ello?

–Porque quería conocerte.

–Pero...

–¿No es suficiente un millón? No creo que pueda poner más ahora mismo, porque estoy comenzando un nuevo proyecto, pero...

–John, no tienes que pagar por conocer a alguien. Eso es ridículo.

–Pero parece resistirte a la idea.

–Yo no soy el tipo de mujer con el que sueles salir.

–Lo sé, pero estoy cansado de ese tipo de mujeres. Mira, te he preguntado por tus padres porque a lo mejor tenemos algo en común. Eso es todo. ¿Tan malo te parece?

–No, claro que no, pero... –comenzó y, al ver su expresión, detuvo su protesta—. De acuerdo, tú ganas. Mis padres son Alexander y Karen Black, unos famosos arqueólogos que dan clases en la universidad. No querían tener hijos. Yo fui un accidente. Son personas muy dedicadas a su profesión. Contrataron a alguien para que se ocupara de mí y, básicamente, me abandonaron. A veces creo que habría tenido una vida mejor si me hubieran dado en adopción.

–¿No están orgullosos de lo que has conseguido?

Diane evitó la intensa mirada azul de John.

–Dudo que ni siquiera lo sepan. Se pasan el año dando clases y en verano viajan. A veces como con ellos en Navidad, salvo que tengan una gran fiesta. Entonces, ni me invitan.

–¿Eso es todo? ¿Una vez al año? ¿No te llaman de vez en cuando?

–No.

–¿No te molesta?

–Antes sí, pero me he acostumbrado.

–Pero eso es inhumano.

–No, me alimentaron y pagaron a alguien para que me cuidara. Sigo en contacto con la niñera que más tiempo estuvo.

–¿Cómo te las arreglaste para ir a la universidad?

–Me dieron una beca en la universidad de mis padres porque eran unos profesores muy respetados –dijo y trató de cambiar de tema–. ¿Qué me dices de ti? ¿Dónde está tu madre?

–Murió cuando yo tenía cuatro años. Mi padre siempre dice que era el amor de su vida, pero imagino que, si hubiera vivido, habrían acabado divorciándose.

–¿No crees en el amor?

–No puedo decir que no. Conozco gente como Mark y Elizabeth que parecen estar enamorados. Pero mi padre no parece entender eso. No tengo intención de casarme y traer niños a este mundo.

–Es una lástima.

–Después de lo que has pasado, ¿estarías dispuesta a casarte?

–No lo sé. Depende. Pero me gustaría tener un hijo al que darle todo mi amor.

–Piénsalo bien antes de hacerlo. Es una gran responsabilidad.

–Sí, lo sé.

–Cuéntame qué te gusta hacer para divertirte –le pidió.

Diane no solía hacer gran cosa para divertirse. Últimamente, todo había sido trabajar.

–Yo... A veces leo o veo la televisión. También voy de vez en cuando al teatro.

–¿Y al cine?

–Hace años que no voy. La mayoría de las películas me parecen tontas.

–Un poco de tontería de vez en cuando no hace daño.

El camarero llevó sus platos interrumpiendo la conversación para alivio

de Diane. Ella enseguida fijó la mirada en su comida.

–¿Está bueno? –preguntó él.

–Sí, ¿y el tuyo?

–Perfecto, como mi acompañante.

Diane levantó la mirada y se encontró con sus ojos.

–¿Estás tratando de seducirme?

–Por supuesto. ¿Te acabas de dar cuenta?

–No me parece adecuado en una comida de trabajo.

–Creo que depende de con quién esté comiendo. Nunca flirteo con Mark.

–Eso está bien.

–Pero siempre lo hago contigo.

–¿Por qué? ¿Acaso no me respetas?

–Claro que sí, pero también quiero acostarme contigo.

–¿Estás siendo ridículo!

–¿Te he sorprendido?

–Sí. No soy guapa. Hay muchas mujeres guapas persiguiéndote. ¿Por qué ibas a flirtear conmigo?

–Admito que al principio fue porque me rechazaste.

–Imagino que sería por la novedad –dijo Diane, haciéndole reír.

–Sí, pero luego lo hice porque no esperabas halagos ni nada por el estilo.

Esperabas respeto.

–¿Y eso es tan raro? Seguro que...

–La mayoría de las mujeres que conozco venderían su alma a cambio de un hombre rico. De hecho, suelen hacerlo. Ésa es la clase de mujeres con las que mi padre se casa. Sé que tú no harías eso.

–Eso no cambia mi aspecto.

–¿Crees que eso es un problema?

–Por supuesto. No soy guapa ni destaco entre la multitud.

–Para mí destacas. Desde que te conozco, no he dejado de pensar en ti.

Diane dejó el tenedor y se enderezó en su silla.

–Creo que se te pasará pronto.

–¿No has pensado en mí aunque sea una vez? –preguntó él después de unos segundos de silencio.

Diane pensó en no contestar, pero John había sido honesto con ella.

–Sí, una o dos veces. Pero sólo por tu extraño comportamiento.

–Ah.

Diane sabía que su contestación había herido los sentimientos de John,

pero no había podido evitarlo. Sabía que con alguien como John no habría final feliz.

Después de unos instantes de silencio. John volvió a hablar.

–Si te pidiera salir a cenar o al cine, ¿vendrías conmigo?

–John, aunque dijera que sí, no voy por ahí acostándome con el primero que pasa. Saldríamos un par de veces y te cansarías de mí. Así que, ¿qué sentido tiene?

–Si eso ocurre, sólo será culpa mía. Si acabamos juntos, que sea porque ambos lo queremos. Esas son mis reglas.

–Supongo que podemos salir una vez. Pero que no se entere la gente del banco. ¿Te parece bien?

–Claro, eso tiene sentido. Creo que debería pedirte disculpas por tratar de darte la mano en el banco. No estuvo bien por mi parte, pero estaba desesperado por tocarte.

–No estoy segura de...

–Lo siento, Diane. No debería haber dicho eso. Te prometo que siempre me controlo.

Estaba fuera de control.

Después de dejar a Diane en el banco, se sentía mal. Nunca hubiera imaginado que se quedaría tan afectado después de conocer su vida. Era una persona muy especial a la que sus padres no apreciaban. Había deseado abrazarla allí mismo, en el restaurante.

Eso le había hecho ser honesto con ella.

Habían quedado para ir al día siguiente, viernes, al cine. Primero irían a cenar y, luego, a ver una película. Hacía años que no deseaba tanto tener una cita. Aquella mujer le gustaba mucho.

Su padre lo llamó por teléfono aquella tarde, pero John apenas pudo mantener la cabeza en la conversación.

–Hijo, ¿me estás escuchando?

–Lo siento, papá. ¿Qué decías?

Su padre continuó con su monólogo y John se obligó a escucharlo, para que no volviera a pillarlo desprevenido.

–Por cierto –dijo su padre antes de colgar–, Angi y yo queremos invitarte a cenar el sábado de la próxima semana. ¿Estás libre?

–Sí. ¿Puedo ir acompañado?

–¿Estás saliendo con alguien?

–Sí, y me gustaría que la conocieras.

–Claro. ¿Quién es? Quizá Angi la conozca.

–No creo. Tendré que preguntarle si le viene bien. No hace mucho que estamos juntos.

–De acuerdo. Avisaré a Angi de que tendremos dos invitados. Y si no puede venir, busca otra acompañante.

–Está bien.

Como si Diane pudiera sustituirse por otra. No, ella era única. Y eso lo asustaba.

Diane se encontró de nuevo frente al armario. Tenía que ir de tiendas para comprarse algo que no fueran trajes negros o grises. Por suerte, encontró un vestido de colores alegres al fondo.

A toda prisa, se retocó el maquillaje.

No había tenido intención de aceptar su invitación para salir, pero le había dado la impresión de que estaba desesperado. Eso le había sorprendido. Nadie antes había estado desesperado por salir con ella. Había tenido una relación seria en la universidad con un joven que daba por sentado que se casarían... hasta que se enamoró de otra.

Estaba contenta con su vida. Trabajaba en el banco Guaranty National desde que acabó la carrera y no tenía una gran actividad social, pero había aprendido desde muy joven a ser independiente. Diane no era partidaria de casarse sólo para tener a alguien cerca.

Había aceptado la invitación de John, dispuesta a disfrutar de la noche. No era algo que quería que se convirtiera en una costumbre, pero iba a disfrutar al máximo.

Se estaba echando perfume cuando oyó un coche llegar. Miró por la ventana y vio a John saliendo de su Mercedes. Tomó el bolso y las llaves y esperó a que llamara a la puerta.

Cuando oyó el timbre, Diane se sintió embargada por la felicidad. No pensaba que aquella cita fuera a suponer tanto para ella. Era obvio que debería salir más a menudo.

Abrió la puerta con una sonrisa en los labios. Pero no era John el que estaba en su puerta. Era una de sus vecinas, una azafata que compartía apartamento con otras cinco compañeras.

–Hola, Betsy. ¿Cómo estás?

–Bien. Quería pedirte que me cuidaras una cosa. Imagino que vas a estar aquí y como voy a salir esta noche...

–Lo siento, Betsy. Yo también voy a salir.

–¿De verdad? No sueles... –dijo la joven y se detuvo al ver al hombre atractivo que subía la escalera–. ¿Quién de mis compañeras tiene una cita con él?

CAPÍTULO 4

UNA inesperada sensación de satisfacción embargó a Diane y confió en que su vecina no se diera cuenta.

–Voy a salir con él, Betsy.

–¿Estás lista, Diane? –preguntó John al llegar junto a las mujeres.

–Sí, John. Sólo tengo que cerrar con llave la puerta.

–Hola, soy Betsy, vecina de Diane –dijo Betsy ofreciendo su mano.

–Encantado de conocerte, Betsy.

Diane se dio la vuelta y observó a John. No le sorprendería que John la estuviera estudiando. La escultural morena recibía continuamente la visita de amigos, aunque esa noche, era ella la que tenía una cita con un hombre apuesto.

Justo cuando le iba a decir a John que estaba lista, la azafata le entregó una tarjeta.

–Por si te interesa –le dijo con una seductora sonrisa en los labios.

Diane tuvo que contener las ganas de sacarle los ojos a Betsy, pero John la tomó por la cintura y comenzaron a bajar la escalera.

Al llegar abajo, Betsy se asomó por la barandilla para decir adiós.

–¡Qué simpática! –murmuró John.

–Sí, quizá la próxima vez deberías salir con ella –dijo Diane y al instante deseó haberse mordido la lengua.

–Tienes que estar bromeando. Es la clase de mujer que le gusta a mi padre y que a mí no me interesa.

Diane se sintió aliviada. Aquel hombre no debería importarle tanto. Después de todo, sólo iban a salir una vez.

Estaban parados en mitad de la multitud, decidiendo qué película ver. La mano de John descansaba en su espalda, donde había estado desde que salieron de cenar. Diane tenía que admitir que le gustaba, aunque le produjera

una sensación extraña. Con John a su lado, se sentía diferente, mucho más femenina.

–¿Hay algo en especial que quieras ver? –preguntó John—. Hay una comedia romántica, una película de acción y un western que no me importaría ver.

–¿Un western? ¿Te gusta lo antiguo?

–Sí –admitió él con una sonrisa.

–A mí también. Veamos el western.

–Sabía que eras diferente a las demás mujeres.

Él rió y la abrazó, pero ella se apartó y miró a su alrededor.

–John, estamos en público.

–Deja de preocuparte. Eres libre para tener vida social.

–¡No con uno de mis clientes! –exclamó enojada.

–¿Debería haberte llevado a una cueva?

Ella respiró hondo.

–Tienes razón.

Volvió a pasarle el brazo por la espalda y entraron en el cine.

–Espero que hayas dejado sitio para palomitas.

–Desde luego –sonrió Diane—. Aunque he de decir que ha sido la mejor carne que he comido.

John había vuelto a llevarla al mismo restaurante al que habían ido la primera noche.

–Te lo dije. La vez anterior deberías haberte quedado –dijo él y, sonriendo, añadió–: Espero que te hayas dado cuenta de que he cambiado mi comportamiento para que no vuelva a pasar.

–Me alegro –dijo ella, aunque no debería darle importancia.

Había accedido a tener una cita: una cena y una película. Tan sólo una noche, una noche que estaba yendo demasiado deprisa.

Al salir del cine, John seguía rodeando a Diane con su brazo, como había hecho en las últimas dos horas.

–¿Qué te ha parecido la película?

–Me ha gustado mucho. ¿Y a ti? –preguntó Diane, mirándolo.

Pero John no dijo nada. Se paró, se inclinó y la besó.

Ella se apartó.

–No deberías hacer eso.

–¿Por qué?

—¡Cualquiera puede vernos! Ya comentamos que no queríamos que nos vieran juntos.

—Eso lo dijiste tú.

Diane no supo qué decir ni adónde mirar. No quería mirar a John por miedo a que la besara otra vez. No quería que se diera cuenta de lo mucho que le gustaban sus besos. Después de todo, hacía años que ningún hombre la impresionaba de aquella manera.

Al llegar al coche, John le abrió la puerta y esperó a que entrara. Eso era algo que echaría de menos, la atención que le prestaba allí donde iban.

¿De dónde había salido aquella idea? Nunca antes había buscado o necesitado el cuidado o la atención de nadie. ¿Por qué ahora? De hecho, prefería mantener su independencia y seguir controlando su vida.

Y así tenía que seguir siendo, porque John ya le había dejado claro que lo que le ofrecía era temporal. No debía olvidar eso. Su vida no iba a cambiar sólo porque John Davis tuviera un interés puntual en ella.

Diane no dijo nada de camino a su apartamento, preguntándose qué ocurriría cuando su cita terminara. ¿Volvería a besarla? La excitación que oprimía su estómago la preocupaba. Tenía que admitir que deseaba que la besara.

—No tienes que aparcar —dijo Diane cuando llegaron—. Puedo bajarme aquí mismo.

—No. Me gusta acompañar a mis citas hasta la puerta.

Diane lo miró con sentimientos contradictorios, pero no protestó. Después de todo, nadie los vería en la puerta de su apartamento. Además, él había prometido que no la obligaría a hacer nada que no quisiera. Lo único que tenía que hacer era ser fuerte.

Pero no era fácil cuando un hombre tan atractivo tenía sus brazos alrededor de ella y sus labios junto a los suyos. Respiró hondo y salió del coche antes de que él le abriera la puerta.

John la alcanzó y la rodeó con un brazo.

—¿Tienes prisa?

—No, claro que no —respondió Diane, ruborizándose.

Subieron en silencio la escalera. Al llegar junto a la puerta, Diane se giró y le tendió la mano.

—Gracias por una noche tan agradable.

Él la tomó entre las suyas y se la llevó a los labios.

—Gracias, Diane. Pero no era ésta la manera en que pensaba que la noche

acabaría. Prefiero darte un beso de buenas noches.

Se cuadró de hombros y abrió la boca para negar el beso que tanto deseaba, pero él no esperó. La rodeó con sus brazos y unió sus labios a los suyos.

Su boca era deliciosa y le provocaba un gran placer, teniendo en cuenta que había estado privada de esa intimidad durante mucho tiempo. Pero no debía perder el control. Incluso mientras pensaba eso, sus brazos lo rodearon por el cuello. Sabía que debía recordar algo, pero la sensación que la embriagaba le hizo olvidar de qué se trataba.

Hasta que la soltó y le sugirió que entraran.

—No, yo... Mi apartamento está desordenado. No puedo invitarte a pasar esta noche.

John dio un paso atrás.

—Entonces, en otra ocasión. Por cierto, ¿estás ocupada mañana por la noche?

Vio un brillo en sus ojos que la incomodó.

—¿Por qué?

—Tengo dos entradas para el teatro. Pensaba que quizá te apetecería ir.

—¿Qué obra ponen?

—*Los productores*.

—Me encantaría verla. ¿Estás seguro de que no vas a usar las entradas?

John sonrió.

—Te estaba pidiendo que fueras conmigo, no ofreciéndote las dos entradas.

—Oh, lo siento... Pero dijiste que sólo saldríamos una vez —dijo y, dando un paso atrás, añadió—: No vamos a tener una aventura. No funcionaría.

—No intento tener una aventura, Diane. Es sólo que tengo dos entradas y sería una lástima ir solo. ¿No saldrías conmigo una vez más?

Sabía que no debía, pero quería ver aquella obra. Podía comprarse su propia entrada, pero como había dicho John, sería una lástima que fuera solo.

—De acuerdo, iré.

—Estupendo, luego podemos ir a tomar el postre.

—John, no tienes que invitarme a tomar nada.

—Tienen unas tartas magníficas en Mansion.

Diane sintió que la boca se le hacía agua.

—De acuerdo, iremos a Mansion después, pero invitaré yo.

John entornó los ojos.

—Me gusta pagar cuando salgo con una mujer.

–Pero soy una mujer diferente. Tú mismo lo has dicho. Y no quiero que me invites a todo. Tú pones las entradas, yo pongo los postres.

Diane pensó que no accedería.

Él se quedó mirándola unos segundos, pensativo. Su sonrisa evidenció cuál era su decisión.

Luego se inclinó y la besó de nuevo, cerrando así el trato.

John se metió en el coche, sin ocultar su sonrisa triunfante. Era complicado salir con ella y requería muchos preparativos. Sabía que querría ver la obra. Le había costado encontrar las entradas, pero se había asegurado de que fueran de una obra que quisiera ver.

Diane merecía ese esfuerzo.

Antes de conocerla, creía lo que la prensa decía de él, que era un mujeriego, especializado en mujeres bonitas, pero de cabeza hueca.

Era irónico que en Diane, encontrara tan atractiva su inteligencia como su cuerpo. Estaba continuamente desafiándolo y eso le gustaba.

Tenía que empezar a preparar su próxima cita. Quizá una cena con Mark y con Elizabeth. Seguramente Diane protestaría por aceptar una invitación a cenar sin preguntarle, pero pensó que podría convencerla. Llamaría a Mark por la mañana para prepararlo. ¿Cuándo podría ser? ¿Al día siguiente? No, eso sería muy precipitado.

Después de pensarlo varios minutos, decidió que fuera el miércoles por la noche. No quería esperar hasta el fin de semana siguiente para ver a Diane otra vez.

Durante el resto del camino a su casa, no dejó de silbar, pensando en el futuro.

El sábado por la mañana, en vez de quedarse en casa trabajando, Diane se fue de tiendas. Por primera vez en mucho tiempo, iba a comprar algo que no fueran trajes de chaqueta. Se probó varios vestidos que le sentaban bien y que estilizaban la figura que solía ocultar bajo las chaquetas.

Disfrutó haciendo salir su lado más femenino. Al final se compró tres vestidos, varios pares de zapatos y un bolso. Después, fue a la peluquería. Fue un día divertido en el que aprovechó para dar rienda suelta a cosas que llevaba tiempo sin hacer.

Al subir la escalera con todos los paquetes, una de las azafatas, Carolyn,

abrió la puerta del apartamento que había frente al suyo.

–Oh, pensé que eras Marty. Salió hace una hora y estoy esperando a que vuelva.

–No, lo siento, no la he visto –dijo Diane, tratando de sacar las llaves.

–Espera, deja que te ayude. Has comprado mucho, ¿no?

–No tanto –dijo, y decidió invitar a Carolyn a pasar–. ¿Quieres ver lo que he comprado? No sé qué ponerme esta noche. ¿Tienes tiempo?

–Por supuesto. Me encanta ir de compras.

–Dejaré la puerta entreabierta para que puedas oír a Marty cuando llegue.

–Muchas gracias, Diane.

Después de dejar todas las bolsas en el suelo, Carolyn sacó una de las prendas.

–Este vestido es precioso.

–Me enamoré de él nada más verlo –comentó Diane.

Luego, sacó los otros dos vestidos y los dejó sobre el sofá para que Carolyn los viera.

–Ésos también me gustan –dijo su vecina.

Después, Diane abrió las cajas de zapatos y sacó el bolso.

–Sé que no es muy grande, pero lo único que necesito llevar son las llaves, una barra de labios y una tarjeta de crédito.

Su vecina era una mujer agradable, pero después de unos minutos hablando de ropa, Diane comenzó a cansarse. Se alegró cuando Marty llegó y Carolyn regresó a su apartamento.

Guardó las compras y, resistiendo la tentación de sentarse ante el ordenador, se dio un baño.

Dos horas más tarde, se preparó un sándwich para cenar y se lo comió mientras leía las páginas económicas del periódico. Había sido una buena semana para las inversiones de sus clientes. Y para ella también, gracias a John.

Se acomodó en el sofá. Era terrible. No podía apartar a aquel hombre de sus pensamientos. Pero en cuanto dejara de verlo, eso cambiaría. Y eso ocurriría después de esa noche, ¿no?

Tan sólo iba a salir con él porque ya tenía entradas. Habría sido descortés rechazar tan irresistible ofrecimiento. Además, se moría por ver aquella obra.

Tenía que ser fuerte y no dejarse engañar. Habían acordado no más citas después de aquella noche. Ése tenía que ser su objetivo antes de que se acostumbrara a que John invadiera su vida.

CAPÍTULO 5

–NO VUELVAS a dejarme comer tanto dulce –dijo Diane saliendo de Mansion en dirección al coche de John–. Me gusta mucho y soy incapaz de resistirme.

–Ya me he dado cuenta, a juzgar por todo lo que has comido –dijo John riendo.

–No me lo recuerdes. Aunque ha merecido la pena.

John había disfrutado de cada segundo observándola comer el postre y disfrutando de la obra de teatro. El entusiasmo había iluminado su rostro, haciéndola parecer diez años más joven. Era un placer estar con ella.

Todos los esfuerzos que había hecho, habían merecido la pena. La noche había sido un éxito.

Al llegar al edificio de Diane, John salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta. Esa vez, ella esperó a que la ayudara. Eso provocó una sonrisa en John y se inclinó para besarla en los labios.

–John, ¿por qué has hecho eso?

–Para agradecerte que me hayas dejado abrirte la puerta –contestó y, rodeándola por la cintura, caminaron hacia la entrada–. ¡Ah! Se me olvidaba. Mark y Elizabeth quieren que cenemos con ellos el miércoles –dijo él mientras subían la escalera.

–¿Qué? ¿No habrás dicho que sí, no?

–Bueno, ya les he dicho que sí. ¿Algún problema con el miércoles?

–No puedo –dijo mirándolo fijamente.

–¿Por qué no? Pensé que Elizabeth te caía muy bien.

–Claro que me cae muy bien, pero es un día entre semana.

–¿Y? Prometo traerte antes de las diez –dijo John con su sonrisa más cautivadora.

–No, trabajo hasta tarde y leo mucho en casa. No puedo salir en mitad de la semana.

–¿Qué voy a decirle a Mark? Creerá que no te caen bien.

–Dile que dijiste que sí sin preguntarme y que tenía un compromiso anterior –respondió mientras abría la puerta.

–No puedo hacer eso, Diane –dijo tomándola de la mano y dirigiéndole una mirada suplicante–. ¿No puedes hacer una excepción por mí?

–John, estoy segura de que Mark lo entenderá.

–No lo creo. Me dijo que Elizabeth estaba deseando volver a verte.

–¡No te creo!

–Pregúntale a Mark. Él te lo dirá. ¿Cuál es el problema? Es sólo una cena. Tendrás que cenar algo de todas formas.

–Es que... me gusta cumplir con mi rutina. Cuando llego a casa, me gusta dedicar un par de horas a terminar las cosas que no he podido hacer en la oficina y luego me gusta irme a la cama a leer.

–Suena apasionante –dijo John con ironía–. Pero, ¿no puedes aparcar toda esa diversión por una noche?

Diane lo miró a los ojos y se dio por vencida.

–De acuerdo, iré –dijo y, antes de que John se alegrara demasiado, añadió–: Pero sólo por esta vez. No puedo tener una relación contigo, John. No tengo tiempo. Mi trabajo me absorbe y...

Él hizo callar sus protestas, colocándole un dedo sobre los labios.

–Gracias por cambiar de opinión –dijo sonriendo, antes de tomarla entre sus brazos y besarla.

En segundos, se sintió perdido por su calidez y su feminidad.

Cuando la soltó, Diane estaba sin aliento.

–Tengo... tengo que entrar –balbuceó.

–Yo también. Necesitamos un poco de intimidad.

–Yo sola, John –dijo ella, deteniéndolo con una mano en el pecho.

Había desesperación en su voz, como si estuviese tratando de convencerse a sí misma.

Él apartó la mano y hundió la cara en su cuello.

–¿Estás segura? –susurró.

–Sí, lo estoy. ¡Para!

–¿Que pare qué?

–De hacerme cosquillas en el cuello.

–¿No te gusta? –preguntó justo antes de empezar a lamerle la piel–. Yo creo que sí.

Al ver que no respondía, dio un paso hacia delante, acorralándola contra

la puerta.

–Te deseo, Diane. ¿No te das cuenta?

–No –respondió ella dando con la espalda en la madera.

–Creo que estás mintiendo. Tus ojos dicen que me deseas tanto como yo a ti.

–¡Estás equivocado! –exclamó ella cerrando los ojos para ocultar sus emociones.

–Creo que estás mintiendo, cariño –susurró de nuevo.

–No miento. Tengo que irme, John. Te veré el miércoles por la noche.

¿Dónde hemos quedado?

John sonrió.

–Buen intento, pero te recogeré a las siete menos cuarto.

–Muy bien –dijo y abrió la puerta antes de que él dijera nada más.

Con una sonrisa en los labios, John sacudió la cabeza mientras bajaba la escalera.

¿Por qué no podía concentrarse?

Aquella mañana, había leído diez veces el informe de la señora Winthrop y seguía sin entenderlo. Eso no le había ocurrido nunca. Normalmente, no se distraía por nada.

Pero Jonathan Davis no era una distracción normal.

Dándose por vencida, dejó el bolígrafo y se acercó a mirar por la ventana. Era extraño en ella estar aturdida por culpa de un hombre con el que sabía que no tenía ninguna oportunidad ni ningún futuro. Un hombre que le estaba haciendo perder la cabeza y que le impedía trabajar.

¿Por qué no podía dejar de pensar en él?

El timbre del teléfono la sacó de sus pensamientos.

–Departamento de inversiones, soy Diane Black.

–Buenos días, cariño. ¿Cómo estás esta mañana?

–¿Quién es? –preguntó, aunque sabía muy bien quién era.

–Soy el hombre que ayer te dio un beso de buenas noches. ¿Te acuerdas?

–John, espero que estés en tu despacho con la puerta cerrada.

–No, estoy recorriendo la obra en la que estamos trabajando. El inspector quería volver a verla.

–¿Te está escuchando? –preguntó Diane horrorizada.

–Claro, por eso no digo tu nombre. Sé que eres tímida.

–No soy tímida –repuso casi gritando.

–Espero que no, porque apuesto a que todo tu departamento te ha oído.

–¿Dónde vamos a cenar el miércoles?

–No hace falta que lo sepas –contestó John.

–Claro que sí. No iré si no me dices el restaurante –dijo, tratando de mostrarse firme.

–No puedo decírtelo, es una sorpresa para Elizabeth y para ti –dijo y, antes de que ella pudiera decir nada más, añadió–: Tengo que colgar. El inspector tiene que hacerme algunas preguntas. Te veré el miércoles.

Y sin más, colgó. Diane se quedó quieta, con el auricular pegado a la oreja. ¿Cómo iba a poder trabajar?

–Tal y como dijiste, llamó –le dijo Mark a John por teléfono–. Le dije que quería mantener en secreto el restaurante para Elizabeth.

–¿Has avisado a Elizabeth?

–Sí. Elizabeth no quería mentir a Diane, pero le dije que era la única manera de conseguir que viniera contigo.

–Bien. Te lo agradezco, Mark. Estoy deseando que llegue el miércoles.

–Sí, pero no por Elizabeth y por mí. Sé que nos estás usando para tenderle una trampa a Diane.

–Sabes que me gusta veros, pero esta vez el motivo es diferente.

–¿Y qué excusa pondrás la próxima vez? –preguntó Mark.

–Lo tengo todo preparado. Tengo que ir a casa de mi padre a cenar el sábado. Voy a convencerla para que me acompañe y así me ayude a soportarlo. Creo que funcionará.

–Un día de éstos, la jugada te saldrá mal. Diane no es tan tonta como piensas.

–Nunca me ha parecido tonta, pero tiene un gran corazón. Creo que sentirá lástima por mí.

–¿Y después de eso?

–No me gusta planear con tanta antelación –dijo John.

–No sé si me creo eso. Recuerda que Elizabeth no te perdonará si le haces daño a Diane y yo tampoco.

–No la estoy engañando, Mark. Y no lo haré. Si quiere tener una aventura conmigo, será ella quien lo decida. No la voy a obligar.

–Lo sé, lo sé. Hasta el miércoles.

John colgó desconcertado. No estaba mintiendo a Diane. Bueno, excepto sobre la invitación de Mark. Pero teniendo en cuenta todo, eso no importaba.

Lo único que importaba era cómo terminaría su relación.

El miércoles, Diane se despertó emocionada, sabiendo que esa noche vería a John de nuevo.

Le molestaba aquella ansiedad, pero aun así, no dejó de contar las horas.

Sabía que no tendría noticias de John en todo el día. Tenía que ser fuerte y, al menos, esperaba estar siéndolo.

Pero estaba siendo muy agradable con ella. Antes de conocerlo, nunca habría usado ese adjetivo. Pero a pesar de que la ponía en situaciones difíciles, siempre la trataba como a una princesa. Aquello le producía adicción, especialmente para alguien como ella.

Una hora más tarde, había conseguido apartar a John de su cabeza y estaba trabajando. Cuando sonó el teléfono y lo descolgó, estuvo a punto de que se le cayera el auricular.

–¿John? ¿Se ha anulado lo de esta noche?

–Claro que no. ¿Por qué piensas eso?

–No pensé que fueras a llamarme hoy.

–No tenía intención de hacerlo, pero estaba consumiendo demasiada energía evitándolo. ¿Me echabas de menos?

–Claro que no.

–¿Ni siquiera un poco?

–John, ¿por qué me has llamado? –preguntó Diane, deseando volver al trabajo.

–Te he llamado porque te echaba de menos y para decirte que te recogeré a las siete menos cuarto.

–Muy bien, estaré lista.

–¿Estarás lista a las seis y media?

–¿Es necesario?

–No, pero quiero enseñarte mi último proyecto. Si te recojo antes, tendremos tiempo de pasar por delante.

–Podemos hacer eso.

–Está bien, te veré entonces –dijo John y, antes de colgar, añadió–: Estoy deseando verte.

Seguramente no tanto como ella a él, pero en vez de decírselo, colgó rápidamente.

A las cinco, recogió todos los papeles de su mesa y cerró el despacho. Acostumbrada a irse de la oficina de noche, se le hizo extraño marcharse tan

temprano. Tomó su bolso y su maletín y se dirigió al ascensor. Wendy, su secretaria, no podía creérselo.

Diane le dijo adiós. Sin duda, sus compañeros de trabajo se preguntarían por qué salía tan pronto del trabajo.

Al llegar a casa, comenzó a prepararse. Después de ducharse, se secó el pelo. Iba a llevarlo suelto y quería que tuviera buen aspecto. Media hora más tarde estaba peinada y maquillada y se había puesto uno de los vestidos nuevos y un par de sandalias de tacón alto. El tejido era vaporoso y la hacía sentirse sexy.

Unos minutos más tarde, el timbre de la puerta sonó. Respiró hondo y abrió. John entró y, sin decir nada, tomó su rostro entre las manos y la besó como nunca antes la habían besado.

CAPÍTULO 6

JOHN no se sorprendió de que se apartara, aunque tampoco le agradó. Sabía que no tenía que insistir, pero a pesar de sus buenas intenciones, había conseguido enojar a Diane.

–¿Qué pasa? –le preguntó al ver que se apartaba.

–Nada. Es sólo que... no me quiero estropear el maquillaje –se apresuró a decir y se apartó aún más.

–Entonces, será mejor que vuelvas a pintarte los labios, porque te he quitado toda la pintura –dijo John haciendo una mueca.

Diane suspiró y salió de la habitación. John quería acompañarla al dormitorio, pero sabía que seguirla era lo peor que podía hacer en aquel momento. Tenía que ir poco a poco.

Cuando Diane regresó con los labios pintados de nuevo, se detuvo en la puerta.

–Estoy lista. Vámonos.

Él se acercó y enseguida ella se apartó.

–No voy a morderte, Diane.

–Claro que no –dijo, aunque su actitud era tensa–. Pero quiero mantener los labios pintados al menos hasta después de comer.

–Eso puedo prometértelo –dijo él sonriendo.

Una vez en el coche, siguieron hablando.

–Estoy deseando ver tu nuevo proyecto. ¿Dónde está?

Le dijo el nombre de la calle y le describió los edificios de lujosos apartamentos que pensaba construir.

Después de un rato, ella lo interrumpió.

–¿Serán todos de apartamentos de lujo? ¿No habrá viviendas más asequibles?

–¿Crees que debería construir viviendas más económicas? –preguntó él sorprendido–. No se consiguen tantos beneficios con ese tipo de apartamentos.

–Eso no significa que debas ignorar a ese sector de la sociedad.

–Soy consciente de ello, Diane, pero este terreno es especial. Requiere un proyecto especial.

Unos minutos más tarde, John detuvo el coche en la carretera junto a un terreno de varios cientos de metros cuadrados y con unas vistas espectaculares de Dallas.

–¿Ves? La gente pagará por tener esta vista.

–Es un buen terreno –dijo ella, aunque no parecía muy convencida.

–Mira, Diane, he construido casas más económicas anteriormente, pero el beneficio no es tan alto. Tú misma estás de acuerdo en que es un lugar estupendo.

–¿Cuándo fue la última vez que construiste casas asequibles?

John pensó en sus últimos proyectos. Y en los anteriores.

–Quizá haga más tiempo del que pensaba –admitió.

–Ha sido muy divertido –dijo Elizabeth al terminar el primer plato–. Deberíamos repetirlo más a menudo.

Los hombres estuvieron de acuerdo, pero Diane no dijo nada.

–¿No te gusta la comida? –preguntó Elizabeth.

–Claro. Estaba pensando en la conversación que tuvimos John y yo de camino aquí.

–¿De qué se trataba? –preguntó Elizabeth interesada.

–De su nuevo proyecto –respondió Diane y le habló sobre el terreno y los edificios que pensaba construir–. Creo que debería incluir algunas viviendas más económicas.

Elizabeth miró a John y a su marido.

–¿Es eso cierto?

Mark rodeó con el brazo a su esposa.

–Cariño, no te preocupes por eso. Se consiguen más beneficios con inmuebles caros.

–¿Así que sólo hay que construir para los que son ricos?

–Eso es lo que hay que hacer si quieres tener éxito y John es una persona con éxito –dijo Mark con una gran sonrisa.

–Pero, ¿y la gente que no dispone de mucho dinero? Como cuando nosotros empezamos a buscar casa por primera vez.

–Exactamente –convino Diane–. Los barrios mixtos tienen más éxito. Tienes gente que trabaja limpiando las casas de otros, jóvenes que consiguen

empleos cuidando niños y ocupándose de jardines. Es una comunidad moderna que se mantiene por sí misma.

–He oído hablar de barrios así, pero...

–No puedes cambiar el proyecto ahora, John –dijo Mark.

–Tan sólo estaba pensando en voz alta, Mark.

–¿No podría modificarlo y presentarlo en el banco para que se lo aprobaran? –preguntó Elizabeth.

–Sí, pero ya cuenta con el visto bueno y se supone que debería empezar a trabajar el mes que viene.

–No he dicho que vaya a cambiar nada, Mark.

–Bien, porque me estabas empezando a asustar.

–Pero puede funcionar en otros terrenos que vi el otro día.

–Piénsalo bien antes de cambiar lo que sueles hacer, John. No querrás cometer un error –dijo Mark observándolo con atención.

Después de que el camarero se llevara los platos, John suspiró.

–¿Qué ocurre? –preguntó Diane.

–Estaba pensando en la cena del sábado. No creo que sea tan divertida.

–¿Con quién vas a cenar? –preguntó.

–Tengo que ir a casa de mi padre. Mi madrastra y él me han invitado a cenar. Imagino que anunciarán que van a tener un hijo.

–Pero es algo bueno, ¿no? –dijo Diane.

–No lo entiendes, querida. Se supone que debería alegrarme, pero eso supone que a su matrimonio le quedan un par de años como mucho.

–¿No se te ha ocurrido que quizá esta vez te equivoques?

–No se me ocurre razón alguna por la que pueda estar equivocado. En cuanto se quedan embarazadas, esperan ser tratadas como princesas. No querrá hacer nada y dará por sentado que todo ha de hacersele.

–Teniendo en cuenta su estado, es comprensible –dijo Diane apartando la mirada de John–. Bueno, nunca he estado embarazada, pero estoy segura de que es complicado.

–¿Vendrás conmigo? –dijo él tomándola de la mano–. Me ayudará a ocultar mi ironía, algo que le molesta mucho a mi padre.

–No, John, será una noche familiar y no quiero interferir.

–Me han dicho que lleve a alguien, pero no se me ocurre nadie más que tú. Por favor, Diane. Te deberé una si vienes. Mi padre sigue siendo un niño y Angi se casó con él por su dinero.

–John, no creo que...

—No te culpo por no querer ir —intervino Elizabeth—, pero creo que es una situación difícil para John. Lo he visto en otras ocasiones y al día siguiente está destrozado.

Parecía avergonzado y Diane estaba segura de que no estaba fingiendo.

—Está bien, si de veras esperan que vayas con alguien, iré. Pero quizá acabe sintiendo lástima por tu madrastra en vez de por tu padre.

—De acuerdo, pero conozco bien la situación —dijo John e inclinándose, la besó en la mejilla—. Te lo agradezco mucho. Hará que la noche sea mucho más llevadera.

—¿Me tomas el pelo?

—Sólo un poco —dijo él sonriendo—. Pero de veras necesito que vengas conmigo. Quiero que conozcas a mi padre y no va a ser una noche fácil para mí. Sobre todo teniendo en cuenta que mi madrastra es más joven que yo y no tiene inconveniente en flirtear conmigo.

—¿Delante de tu padre? —preguntó Diane asombrada.

—Sí, la noche se me hará eterna.

—Ya me imagino.

Aunque comprendía la situación, debía decirle que sería la última vez que saldría con él. Se lo había prometido a sí misma. Ya se lo diría cuando estuvieran a solas.

Después de despedirse de Mark y de Elizabeth y una vez estuvieron a solas en el coche de John, Diane aprovechó para hacerle una pregunta.

—¿Por qué soy la única mujer a la que puedes llevar a cenar a casa de tu padre?

—No creo que te guste la respuesta —le advirtió.

—¿Qué quieres decir?

—Ya te he contado que no quiero casarme, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo.

—Cualquiera de las mujeres que conozco cree que puede conseguir casarse conmigo si se acuesta conmigo. El presentarles a mi padre tan sólo fomentaría esa creencia. Eres la única mujer que conozco que sabe mi postura sobre el matrimonio.

Diane dejó escapar un suspiro. Todo aquello era cierto. Ella no era de la clase de mujeres que buscaban casarse y mucho menos con John.

—John, tengo que decirte algo —dijo después de que él aparcara el coche—. El sábado por la noche será nuestra última cita.

—¿Por qué dices eso?

–Porque no creo que sea buena idea que salgamos juntos.

Confiaba en que aquel argumento lo convenciera. En realidad no tenía un motivo real, excepto el temor que sentía cada vez que la rozaba. Sabía que si se acostumbraba a su calidez, se quedaría destrozada cuando la dejara.

–Yo creo que es una buena idea. Me intrigas más que cualquier otra mujer a la que haya conocido.

–Eso es sólo porque no he caído rendida a tus pies ni te he invitado a mi cama. Si te acostaras conmigo, dejarías de estar interesado.

–Apuesto a que estás equivocada.

–No puedo arriesgarme a ceder ante ti –dijo y tomó la manilla de la puerta.

–¡Espera! –dijo él saliendo del coche y rodeándolo para abrirle la puerta.

–John, ya te he dicho que no tienes por qué acompañarme –dijo ella al salir del coche.

–Me gusta asegurarme de que mis mujeres llegan a salvo a casa.

«Mis mujeres». Pero ella nunca sería una de las mujeres de John, con todo lo que eso implicaba.

–¿Vas a invitarme a entrar? –dijo John una vez ante su puerta.

Ella lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

–No. Pensarías que estoy diciendo que sí a... todo lo que quieres. No puedo arriesgarme a eso.

–¿Qué habría de malo en...? Demonios, no me digas que eres virgen.

–No, no soy virgen.

John se quedó estudiando su rostro y Diane bajó la mirada al suelo.

–¿Cuántos amantes has tenido?

–¿Cuántas amantes has tenido tú? –le preguntó, levantando la barbilla de manera desafiante.

–Las suficientes para ser un buen amante.

–Yo también. Gracias por la cena –dijo ella poniéndose de puntillas y dándole un beso fugaz.

Luego abrió la puerta.

–Venga, Diane. Ése no ha sido un verdadero beso de despedida.

Después, deslizó un brazo alrededor de su cintura y la atrajo hacia él, uniéndolos en un apasionado beso.

–Eso sí ha sido un beso –susurró John junto a sus labios.

Incapaz de hablar, Diane tomó aire y comenzó a apartarse.

–¿Adónde vas?

- Tengo que dormir. Tengo que levantarme pronto para ir a trabajar.
- ¿Quieres que quedemos para desayunar? Conozco un sitio estupendo.
- No, John. Nos veremos el sábado por la noche. Y ahora, vete.

Diane le cerró la puerta en las narices. Nunca antes la habían invitado a desayunar, pero había hecho lo correcto y era bueno que no fuera a verlo más después del sábado.

Se llevó el maletín al dormitorio, se cambió y se metió entre las sábanas dispuesta a trabajar un rato. Pero el maletín permaneció cerrado a su lado, mientras sus pensamientos se concentraban en John y en su apasionado beso de buenas noches.

Cerró los ojos y soñó con John y con sus besos.

–Hola papá. Soy John.

–Hola, hijo. ¿Sigues dispuesto a venir a cenar el sábado, verdad?

A John le pareció que su padre parecía desesperado. Angi no debía de estar en su mejor momento esa semana.

–Sí, claro, papá. Pero quería avisarte de que Diane me acompañará.

–¿Es la mujer que querías que conociera?

–Sí, es muy especial.

–Estoy deseando conocerla. Tendrás que advertirle de que tu madrastra es... que puede ser... Bueno, ya sabes.

–Lo sé, papá y ya la he avisado. No hay problema, lo entiende.

–Bien, estoy deseando veros a los dos.

–De acuerdo, allí estaremos.

John colgó el teléfono y se quedó preocupado por su padre. Angi debía de estar insoportable. Hacía años que no encontraba a su padre tan preocupado. Quizá fuera que estaba empezando a cansarse de la rutina, al igual que él. Al menos, le había conseguido otra noche con Diane.

Deseaba verla. La había estado llamando a la oficina, pero no había dado con ella. Ya era viernes y seguro que contestaría el teléfono por la noche. Necesitaba un poco de flirteo o una conversación divertida. Tan sólo la quería a ella.

Era una sensación curiosa. No tenía ni idea de cuánto tiempo duraría. Quizá Diane tuviera razón. Una vez se acostaran, ¿perdería el interés por ella?

No lo creía.

El teléfono de Diane sonó. Miró la pantalla y comprobó que se trataba de John de nuevo. Era la tercera vez que llamaba aquella tarde, pero no quería contestar. Si iba a cancelar la cita del día siguiente, no quería saberlo. No cuando se estaba sintiendo tan sola y triste.

Contestaría su llamada al día siguiente. Entonces, podría soportar que cancelara su cita, si ése era el motivo de su llamada. Aunque confiaba en que no lo fuera.

Deseaba una última noche con John. No sentía nada por él. Desde luego que no. Era sólo que le aportaba un poco de emoción a su vida. Pero entonces, ¿por qué apartarlo de su lado? Esa pregunta no había dejado de dar vueltas en su cabeza desde el miércoles por la noche. ¿Tan mal estaría? Antes o después, John decidiría irse con la siguiente mujer. Ese era el problema con John, que nunca habría un final feliz. Pero podían acostarse una temporada y disfrutar mientras durara.

Se cubrió la cabeza con la almohada. Aquella decisión era ridícula.

El teléfono sonó de nuevo. Incapaz de seguir soportando aquel sonido durante más tiempo, saltó de la cama y descolgó el auricular.

—¿Sí?

—¿Dónde has estado? —farfulló John.

—He estado aquí.

—He estado llamando y llamando.

—Has llamado tres veces, John. Ésta es la cuarta.

—¿Por qué no contestabas?

—Estaba pensando.

—¿En mí?

—No he dicho eso —murmuró Diane.

—No estarás pensando cancelar la cita de mañana, ¿verdad? Porque he llamado a mi padre para decirle que iríamos los dos.

—Espero que se alegrara.

—Sí, sobre todo cuando le dije lo comprensiva que eras.

—¿Sobre qué?

—Sobre el comportamiento de Angi. No sé qué estará haciendo, pero creo que mi padre está harto. Estoy empezando a preocuparme por él.

—Quizá haya empezado a darse cuenta de su propio comportamiento.

—Lo dudo. Por cierto, hemos quedado a las siete.

—Lo recuerdo.

—Bien. Cuéntame ahora qué es lo que te preocupa.

–Estaba pensando en el trabajo, John –mintió–. Si tienes alguna duda sobre tus inversiones, puedes hacerme preguntas.

–No es eso a lo que me refiero. ¿De verdad estabas trabajando?

–Sólo porque vaya a salir contigo otra vez no tienes derecho a saber en lo que estaba pensando.

–Te diré en qué estaba pensando yo.

–¡No quiero saberlo!

–Cobarde –dijo él en voz baja y tono sexy.

CAPÍTULO 7

AL LLEGAR, Diane se quedó mirando la impresionante casa del padre de John.

–¿Es aquí donde creciste?

–Sí, ¿te gusta?

–Es preciosa, pero no parece un hogar.

–Sí, lo sé, pero mi padre cree que es importante aparentar ser exitoso. Ésta casa perteneció a la familia de mi madre y ella la heredó. Cuando murió, mi padre se convirtió en el propietario.

–Creo que debería haberme puesto un traje –dijo Diane mirando la ropa que había elegido.

–No seas tonta. Estás estupenda. Mi padre va a adorarte.

Lo miró escéptica y salió del coche cuando él le abrió la puerta. Luego la tomó de la mano y caminaron hasta la puerta principal.

–¿Seguro que me esperan? –preguntó Diane, tratando de ocultar sus nervios.

–Si no te dejan entrar, me iré contigo.

La puerta se abrió y enseguida John abrazó a la mujer que había abierto.

Diane se quedó a su lado, preguntándose qué estaba pasando. Aquella mujer no podía ser Angi...

–Diane, ella es Mildred, el ama de llaves de mi padre. Ella fue la mujer que me crió después de la muerte de mi madre, a pesar de las niñeras que mi padre contrataba.

–Alguien tenía que ocuparse de ti, John. Eras demasiado listo –dijo Mildred con una dulce sonrisa–. Pasa, Diane. Encantada de conocerte.

–Yo también me alegro de conocerte, Mildred. Estoy segura de que fue un niño travieso.

Las dos mujeres intercambiaron unas sonrisas antes de que Mildred los guiara por la casa.

–Tu padre está en su despacho, pero la señora Davis está en el salón y quería verte antes –susurró Mildred.

–¿Está bien papá? –preguntó John frunciendo el ceño.

–Creo que sí. Ha estado rondando por la cocina.

Entraron en el salón y se encontraron con Angi, la quinta señora Davis, acomodada en un sofá de brocado dorado. Ni siquiera se incorporó al verlos llegar.

–Oh, John, eres tú –dijo con voz lánguida–. Ven a darme un beso, cariño.

John se detuvo bruscamente, como si se sorprendiera por su saludo.

–Angi, deja que te presente a Diane Black. Es nuestra invitada esta noche.

–Hola, Diane. Bienvenida.

–Gracias, señora Davis.

–Lláname Angi. Después de todo, seguramente soy más joven que tú.

Diane se sorprendió por los modales de la mujer, pero sonrió educada.

–¿Puedes quedarte con Angi mientras yo voy un momento a hablar con mi padre? –Claro.

Estaba acostumbrada a tratar con todo tipo de gente en el trabajo y Angi parecía fácil de llevar.

John salió de la habitación y Diane se sentó en un sofá frente a Angi.

–Muchas gracias por invitarme a cenar, Angi.

–John no estaba dispuesto a venir sin ti, así que no había otra opción.

Aunque sorprendida, Diane no dijo nada. Se inclinó hacia delante, tomó una revista de la mesa y comenzó a pasar páginas.

–¿No vas a decir nada? –preguntó Angi al ver que trascurrieron varios segundos en silencio. –No.

–¿Por qué eres tan educada? Si quieres irte, puedo pedirte un taxi.

Había una nota de ira en su voz que le advertía de que eso era exactamente lo que quería que hiciera.

–Sería muy descortés irme antes de que John volviera.

–No creo que le importara. Es muy comprensivo.

–John me quiere aquí –dijo Diane con una sonrisa.

–No pienses que va a casarse contigo –replicó Angi incorporándose.

–¿De veras? –dijo Diane sin borrar la sonrisa de su rostro.

–Así es. Quizá no te hayas dado cuenta todavía, pero... está interesado en otra.

–No me había dado cuenta –dijo Diane sin dejar de sonreír.

Angi se quedó mirándola. Luego, al oír que John y su padre llegaban, se

cubrió el rostro con las manos y simuló estar llorando.

Diane miró a John, a la espera de su reacción.

–¿Estás bien, Diane? –preguntó él, acercándose.

–Sí, pero no parece que Angi esté bien.

–Contrólate, Angi –farfulló el viejo Davis–. Mildred enseguida nos servirá la cena.

Diane lo miró y reparó en el cansancio de su rostro. Se puso de pie y le ofreció su mano.

–Buenas noches, señor Davis. Soy Diane Black.

–Me alegro de conocerte. Llámame Doug. Tenía miedo de que Angi te asustara mientras yo estaba con John.

–Me estaba diciendo que quizá no hubiera juzgado bien a su hijo, pero no me ha convencido.

Para entonces, Angi se había levantado del sofá.

–Creo que no podré cenar.

–Puedes cenar arriba, si lo prefieres –le dijo su marido.

–No seas tonto. Soy la anfitriona.

–Entonces, intenta comportarte como tal –añadió Doug–. Venga, Diane. Te acompañaré a la mesa.

En lugar de irse, Angi se apresuró a tomar a John del brazo. Diane le dirigió una sonrisa cómplice.

Una vez sentados a la gran mesa, Doug tocó la campana para que Mildred sirviera el primer plato. Al instante apareció el ama de llaves con platos individuales de ensalada.

–Mildred, ya sabes que no me gustan las ensaladas –protestó Angi.

Sin decir palabra, el ama de llaves retiró el plato de Angi y regresó a la cocina.

Angi comenzó a protestar, pero Doug la hizo detenerse.

–Mildred va a servir el menú que he escogido para esta noche, Angi. ¡Compórtate!

Al ver las lágrimas fingidas de su esposa, Doug entabló conversación con Diane acerca de su trabajo. Cuando Angi interrumpió para decir que no se fiaba de la gente que invertía el dinero de otra persona, su esposo la ignoró, lo que le provocó más lágrimas, esa vez reales.

Sintiendo lástima de la mujer, Diane le preguntó acerca de la decoración de la casa. Eso provocó que hiciera un comentario resentido acerca de que su esposo no le permitía cambiar nada.

Diane miró a John, que se encogió de hombros. Así que de nuevo intentó hablar con ella, esa vez halagando a Angi por el vestido que llevaba. El tema tuvo más éxito y consiguieron acabar el aperitivo.

Como plato principal, Mildred sirvió una carne asada y a Angi le ofreció pollo. Aunque en un principio protestó, acabó aceptando. Como guarnición había un puré de patatas con ajo que a Diane le encantó y así se lo hizo saber a Mildred cuando retiró los platos.

–Sí, es la especialidad de Mildred. Ya me gustaría que fuera la lasaña – dijo Angi.

–Entonces, protestarías por las calorías –replicó Doug en tono aburrido.

Su esposa no replicó ante aquel comentario y se limitó a dar un sorbo a su té.

–Creo que deberíamos dar la noticia, Doug –dijo Angi y se giró hacia John–. Vas a tener un hermano o hermana. Eso si el embarazo sigue adelante. El médico dice que estoy muy delicada.

–Enhorabuena –dijo John alzando su copa en un brindis.

Luego, se enfrascó en una conversación con su padre acerca de un nuevo proyecto. Al dedicarse ambos al negocio de la construcción, tenían mucho en común.

–Enhorabuena. Es una noticia estupenda –le dijo Diane a Angi, sintiendo lástima por ella.

–Lo es, ¿verdad? Claro que tendré que renovar mi vestuario.

–¿Prefieres niño o niña?

–Por supuesto que un niño. No creo que una niña pudiera disputarle el puesto de hijo favorito a John.

–¿Son sus otros hermanastros chicos?

–Sí, parece que los Davis sólo tienen hijos varones –dijo y con tono desafiante, añadió–: Claro que John y yo estamos tan unidos que no creo que considerara a mi hijo como su hermanastro.

–¡Qué bien! –dijo Diane y dejó de darle conversación.

Se estaba cansando de los modales pedantes de la otra mujer.

Mildred volvió con un pastel de crema.

–Me encanta este postre –afirmó Diane sonriendo encantada.

–Mildred no lo hace mal, pero los he comido mejores –dijo Angi.

–No lo comas si no quieres, Angi –sugirió Doug.

La mujer acercó el plato y lanzó una mirada furiosa a su marido.

Después de cenar, Angi anunció que, debido a su delicado estado, se iba a

la cama. Para sorpresa de Diane se despidió de ella y le agradeció educadamente su visita. Luego, se acercó a John y lo abrazó por el cuello, pillándolo desprevenido.

Él tomó a Angi por la cintura en un intento por separarse de ella.

–¿Quieres comprobar que todavía no he perdido mi figura?

–No, Angi. Lo único que pretendo es evitar que te aplastes contra mí.
Buenas noches.

–Pensé que al menos me darías un beso de despedida.

–Desde luego que me alegro de la noticia, pero eso es todo lo que vas a conseguir de mí.

Con lágrimas en los ojos, Angi se giró y salió corriendo de la habitación. Doug se quedó donde estaba y se limitó a ver cómo se iba. Luego, se giró hacia su hijo.

–Está loca por ti.

–Sólo quiere lo que no puede tener.

–Cierto. Bueno, vayamos al cuarto de estar y pongámonos cómodos.

Aquella estancia era completamente diferente al salón. Allí Diane se sintió como en casa al sentarse en un cómodo sofá. John se sentó a su lado y tomó su mano entre las suyas.

Doug reparó en sus manos entrelazadas y luego miró a su hijo.

–Ya veo por qué dijiste que lo comprendía. Diane, mis disculpas por todo lo que ha dicho mi esposa.

–Está bien, Doug, no te preocupes.

–Papá... –empezó John.

Diane se dio cuenta de que se ponía tenso.

–No, hijo, no quiero hablar de ello. Háblame de Diane. ¿Cuándo os conocisteis?

–Cuando estaba intentando agradarte.

–¿Qué? ¿De qué está hablando, Diane?

–Fui a recoger a Jennifer Carpenter y pensé que era ella –explicó John.

–¿Dónde estaba Jennifer?

–De luna de miel –sonrió John–. Creo que llegué un poco tarde.

–Eso parece, pero al final te ha salido bien.

–Al principio no. Tuve que ganarme el corazón de Diane.

Ella no dijo nada, a pesar de la mirada interrogante de Doug.

–¿Por qué la miras? ¿Acaso no me crees?

–Claro que sí, siempre y cuando la señorita no diga lo contrario.

John se llevó la mano de Diane a los labios.

–Ella no te mentiría.

–Bueno, creo que eso demuestra algo.

–¿El qué, papá?

–Que tenías que seguir mi consejo. Sabía lo que te hacía falta.

–Si te hubiera hecho caso cuando me lo dijiste, habría conocido a Jennifer y no a Diane.

–Entonces, ambos teníamos razón.

–Quizá –dijo John y se puso de pie–. Será mejor que nos vayamos. No te preocupes de lo otro. Me ocuparé de ello si hace falta.

–Lo sé, hijo, sólo quería estar seguro.

John dio un abrazo a su padre y Diane estrechó su mano.

–Gracias por invitarme a cenar.

Doug se acercó y la besó en la mejilla.

–Me alegro de que hayas venido. Eres perfecta para mi chico.

Una vez en el coche, de camino a su apartamento, Diane comenzó a hablar.

–¿Tu padre está bien?

–Según él, el médico le ha dicho que tiene que tomárselo con calma. Pero no puede con Angi a su lado –contestó John sacudiendo la cabeza–. Cuéntame, ¿ha sido muy descortés mi madrastra cuando me fui de la habitación?

–Enseguida me ha dicho que no eres de los que sientan la cabeza, algo que ya me habías dicho tú.

–¿De veras?

–¿Qué más da? Era evidente que quería deshacerse de mí. Creo que, en su mente confusa, quiere atraerte antes de que pierda la figura. Imagino que eso es lo peor que le puede pasar.

–Sí. No creo que quiera tener un bebé, pero imagino que mi padre ha dejado de tener interés en ella. Sus salidas de tono lo deben de tener agotado.

–Entiendo por qué.

–Yo también. Creo que mi padre estaría mejor si se hubiera separado ya de ella. Seguramente su vida sería más tranquila. Angi se pasa el día regañando a Mildred.

–Probablemente porque siente que Mildred tiene más poder que ella –especuló Diane.

–Sí.

Parecía triste y era comprensible. Su padre no estaba bien y no había nada que John pudiera hacer. Era agradable ver lo bien que se llevaban padre e

hijo.

Al llegar al edificio de Diane, John la acompañó hasta la puerta de su apartamento. Diane ya sabía lo que iba a hacer; había tomado una decisión la noche anterior.

Al abrir la puerta, John la besó.

–Buenas noches, Diane. Gracias por venir.

–¿No quieres pasar? –susurró.

Él se quedó de piedra unos instantes.

–¿Estás diciendo lo que creo?

–Sí.

Se inclinó y la besó. Luego levantó la cabeza, con mirada febril.

–Te prometo que no lo lamentarás, Diane.

–Claro que no.

Aunque sabía que llegaría el momento en que la abandonaría, había decidido disfrutar del tiempo que pasaran juntos. Además, ella tampoco había pensado nunca en casarse.

Una vez dentro del apartamento, John se sentó en el sofá.

–¿Por qué no metes tus cosas en una bolsa? No puedo esperar.

–¿Para qué iba a meter mis cosas en una bolsa?

–Para que podamos ir a mi casa.

–No, gracias. Si quieres que hagamos el amor, lo haremos aquí. Si no, puedes irte a tu casa.

–Eres una mujer muy obstinada –dijo él poniéndose de pie y quitándose el abrigo y la corbata–. ¿Quieres que me quede desnudo aquí mismo?

Ella ocultó su sonrisa, tratando de mantener la calma.

–En el dormitorio, por favor –dijo ella dirigiéndolo hacia la habitación–. ¿O prefieres cambiarte en el baño?

–Como quieras.

Después de que él se fuera al cuarto de baño, Diane se desvistió y se puso una bata de seda. Estaba abriendo la cama cuando oyó que volvía.

John apareció con una toalla alrededor de la cintura. Su pecho era ancho, así como sus hombros, y sus brazos musculosos. Al verlo, Diane contuvo el aliento.

–Estoy deseando esto, cariño. Lo he deseado cada noche. No puedo esperar a que el sueño se haga realidad.

Luego, le dio un beso profundo y apasionado que la dejó sin respiración.

–¿Qué te has puesto?

–Una bata.

–Quiero que te la quites. Ven, te ayudaré –dijo tirando de la cinta–.
¿Llevas algo debajo?

–No, creo que eso no te gustaría.

–Tienes razón –dijo deshaciendo el lazo y abriendo la bata.

Esa vez, fue él el que se quedó sin respiración. Luego, la tomó en brazos y la dejó sobre las sábanas.

–Eres preciosa –afirmó John–. Más de lo que imaginaba.

Diane no podía creer las palabras que estaba escuchando ni tampoco que estuviera con John, en su propia cama. Pero era verdad y no olvidaría ni un solo instante.

–Todavía llevas la toalla –dijo ella sonriendo coqueta.

–Puedo hacer que eso cambie –susurró él, quitándosela.

Allí estaba, de pie y completamente excitado.

–Creo que me llevas ventaja –dijo ella con voz entrecortada.

–No hay problema. Te ayudaré –dijo y se tumbó en la cama junto a ella–.
Eres preciosa, Diane.

Comenzó a acariciarle los pechos y una oleada de deseo se apoderó de ella. Lo atrajo y sus labios volvieron a encontrarse de nuevo. Mientras se besaban, John continuó explorando su cuerpo con las manos. Ella hizo lo mismo, dejando que sus manos recorrieran sus brazos, su pecho, su abdomen...

Consecuente con sus palabras, como siempre, John la llevó al borde del orgasmo. Enseguida, separó las piernas para que la penetrara. Consumida por el deseo, todos sus pensamientos se desvanecieron excepto uno: ¿por qué había esperado tanto?

John estaba embriagado por la pasión que se había apoderado de él.

–Diane, ¿estás bien? No te he hecho daño, ¿verdad? –susurró.

–No. Has sido... increíble –dijo Diane, con la cabeza apoyada en su hombro–. Cierra la puerta cuando te vayas.

John se incorporó y la miró. ¿Quería que se fuera?

–Sí, luego –dijo él y la estrechó entre sus brazos.

Era como si estuvieran hechos el uno para el otro. Encajaban a la perfección. Esperaba dormir hasta tarde. Quería pasar todo el tiempo que pudiera abrazándola.

CAPÍTULO 8

CUANDO Diane se despertó por la mañana, estaba sola.

Tal y como había planeado, pensó. Hacer el amor con John había sido algo tan especial que confiaba en que no rompiera con ella después de sólo una noche.

Luego, se arrepintió de aquel pensamiento. Sabía que no podía retenerlo. Seguramente no tenía la experiencia necesaria como para haber despertado su interés.

De pronto, oyó la puerta del baño al abrirse.

–¡Pensé que te habías ido! –dijo incorporándose en la cama.

–¿Cómo iba a hacerlo cuando me ofreces una panorámica tan tentadora? –dijo John contemplado sus pechos desnudos.

Diane se cubrió con la sábana.

–Diane, ¿por qué te tapas? Hemos hecho el amor esta noche. Creo que me he aprendido cada curva de tu cuerpo.

–No estoy acostumbrada a estar desnuda con nadie.

Él se sentó en la cama y apartó la sábana de sus manos.

–Tienes los pechos más suaves que he visto –dijo y la besó.

Diane deseó decirle que tenía unos labios muy tentadores, pero no pudo porque estaba ocupada besándolo.

Enseguida, una cosa llevó a la otra y volvieron a hacer el amor. Esa vez, Diane no se quedó dormida después y continuó acariciándole suavemente el pecho. John tomó su mano cuando vio que iba demasiado lejos.

–Necesito tiempo para recuperarme, cariño.

–No pretendía... Es sólo que me fascina el modo en que... Creo que no estoy acostumbrada a tener un hombre desnudo conmigo.

–No quiero que te acostumbres al cuerpo de nadie más –dijo él y la besó—. ¿Qué te parece si me voy a mi casa para ducharme y cambiarme? Luego podemos ir a desayunar.

–Me gusta la idea –dijo, deseando preguntarle si pensaba volver a verla después de aquel día. Pronto sabría si sería así.

A pesar de la ducha caliente que se había dado, Diane sentía dolor por todo el cuerpo debido a las posturas con John.

–¿Así que hacer el amor te da hambre? –preguntó mirándola con picardía, mientras desayunaban tortitas.

–Habla en voz baja, John. No tienes que anunciarlo a los cuatro vientos.

–Me gustaría, pero no lo haré si así lo quieres.

–Te lo agradezco.

Después de pagar, John miró a Diane.

–¿Qué quieres hacer hoy?

–¿No tienes planes?

–No. Estoy a tu servicio.

Los domingos solía trabajar, hacer la colada y leer el periódico. Pero no aquel día. Estaba dispuesta a ponerse en manos de John.

–¿Qué tienes en mente?

–Pensaba que podíamos ir a la feria de decoración. ¿Te interesa?

La feria de decoración era una muestra de casas decoradas por destacados diseñadores.

Diane aceptó y le preguntó a John por qué quería ir.

–Voy cada año en busca de talentos para decorar las casas que enseñamos –dijo mientras se dirigían al coche–. Además, me gusta la arquitectura.

De eso se dio cuenta Diane cuando visitaron las casas. John tomó notas e hizo algunos comentarios. Sus gustos en decoración eran parecidos. Cuando terminaron, ambos estaban hambrientos.

–Conozco el sitio perfecto para comer –dijo John.

–¿Dónde? La mayoría de los restaurantes no sirven comida a esta hora.

–Pero sí sirven en este sitio. Confía en mí.

Después de un breve trayecto en coche, Diane reparó en que estaban en el mismo barrio en el que vivía el padre de John. Aunque la casa frente a la que estaban era más moderna.

–¿Dónde estamos?

–Vamos a comer aquí.

–Pero John, no estoy presentable para ver a nadie. Tengo el pelo revuelto y no llevo maquillaje.

–Estás tan guapa como siempre, Diane. Venga, lo pasarás bien –dijo y la

ayudó a salir del coche.

Después, la tomó de la mano y caminaron juntos hasta la puerta. Eso le hizo recordar la noche anterior cuando llegaron a casa de su padre. Pero esa vez no llamó al timbre, sino que directamente entró.

–John, ¿qué...?

–Llega justo a tiempo, señor Davis. Ella debe de ser la señorita Black. Bienvenida.

Enseguida cayó en la cuenta de que estaban en casa de John.

–La señora Walker es mi ama de llaves.

–Encantada de conocerla, señorita Black.

–Lo mismo digo. Por favor, llámeme Diane.

–Lo haré si usted me llama Gladys.

–A mí nunca me ha dicho que la llame por su nombre de pila –dijo John sonriendo.

–Claro que puede, señor Davis –dijo Gladys.

–Sólo si me llama John.

–Muy bien –replicó la mujer, sonrojándose–. La comida está preparada. Si me siguen...

Los guió hasta una pequeña estancia junto a la cocina.

–John me pidió que la sirviera aquí. Es donde suele comer él ya que el comedor es demasiado grande.

–Entiendo por qué lo hace. Es una habitación muy acogedora.

–Gracias –intervino John–. A mí también me lo parece.

Le pidió a Gladys que los acompañara y los tres comieron juntos. Hablaron de diversos temas, incluida la feria de decoración. John comentó que tenía algunos detalles en su casa que a Diane le gustarían.

–¿Quieres que te la enseñe? –preguntó él una vez terminaron de comer.

–Debería ayudar a Gladys a recoger la mesa y... –comenzó Diane, pero el ama de llaves la interrumpió.

–Vaya con él. Eso me dará tiempo de recoger la cocina. Le gustará la casa.

John le enseñó la casa. Tenía cuatro dormitorios, un estudio, un salón, un comedor, un cuarto de estar y cinco cuartos de baño, además de un porche que daba a una piscina, donde acabaron el recorrido.

–Tienes todo un palacio.

–Pero no es una casa tan recargada como algunas de las que hemos visto hoy.

–Estoy de acuerdo. Tu casa es un hogar.

–Me alegro de que te guste –dijo John y la besó.

–Ahora tengo que despedirme de Gladys e irme a casa. Mañana tengo que trabajar.

–Está bien, ve a ver a Gladys.

Al entrar en la cocina, Diane se encontró a Gladys sentada, tomando un café.

–¿Le apetece un café, Diane?

–Sí, gracias. Esta casa es preciosa. Debe de costarle mucho trabajo mantenerla impecable.

–La verdad es que no. No hay mucho que hacer puesto que John vive solo. Aunque imagino que algún día se casará y tendrá hijos. Me alegraré cuando siente la cabeza.

–No creo que eso esté entre sus planes.

–¿Qué planes? –preguntó John entrando en la cocina con varias prendas colgadas de unas perchas.

–Planes de tener una familia –contestó Diane–. ¿Qué es eso?

–Algo de ropa. ¿Lista para irnos?

–Claro. Me alegro de conocerla, Gladys. Gracias por una comida tan agradable.

–De nada, Diane.

–¿Vas a ir a la tintorería hoy? ¿Abren los domingos?

–No, pero puedo ir mañana.

–Pero pasarás por tu casa antes de ir, ¿no?

–¿Ah, sí? ¿Vas a echarme esta noche?

–¿Cómo? –preguntó Diane, girándose para mirarlo.

–Te he preguntado si ibas a echarme esta noche. Me gustaría dormir contigo otra vez. ¿Es eso un problema?

–Ah, no. Pero tengo que prepararme para trabajar.

–¿Qué significa eso?

–Tengo que hacerme la manicura, poner la lavadora, acabar algún informe... Luego me relajaré viendo mi programa de televisión favorito.

–No tienes que preocuparte por mí. Sabré arreglármelas solo.

–No tengo nada para cenar.

–Iré por una pizza. Te gusta la pizza, ¿verdad?

–Sí –dijo lentamente mientras pensaba.

Se había imaginado que saldría con ellas varias veces y ahí terminaría la relación. Pero parecía que John tenía otra idea.

–Bien.

–John, ¿por esto te cansas de las mujeres con las que sales? ¿Estás con ellas continuamente hasta que cambias al fin de semana siguiente?

–No. Normalmente tengo una cita e intento descubrir si quiero seguir viéndola, cosa que no suele pasar. Pero tú eres diferente. Estoy deseando estar contigo todo el tiempo. Si te cansas de mí, tendrás que echarme. ¿Trato hecho?

–Trato hecho –sonrió Diane.

Por algún motivo, estaba segura de que no sería ella la que terminara la relación.

–¿Te importa si cuelgo esto en tu armario? –preguntó él, una vez en el apartamento.

–Adelante –dijo ella señalando el dormitorio.

Diane se quedó en medio del salón, sintiéndose extraña en su propia casa. John regresó e intentó besarla, pero ella se resistió.

–¿Qué pasa?

–Si dejas que me distraigas, no podré hacer nada.

–Ponte a trabajar.

Un par de horas más tarde, John llamó a su puerta y esperó a que le dejara pasar.

–Voy por una pizza. ¿De qué te apetece?

–De pimientos verdes y mucho queso.

–Muy bien –dijo y antes de salir de la habitación, añadió–. Si me dejas tu llave, puedo aprovechar para hacer una copia.

–¿Por qué? –preguntó ella mirándolo fijamente.

–Para los días en que vuelva de trabajar antes que tú. ¿Quieres que me quede esperando fuera?

Quería la llave. Quería verla entre semana. Diane se preguntó si le estaba tomando el pelo.

–Toma, aquí está la llave. Creo que no... Bueno, lo que a ti te parezca.

Se quedó quieta al escuchar que se marchaba. Una de las azafatas vecinas debía de estar subiendo la escalera y le escuchó saludarla.

Oyó que llamaban a la puerta y corrió a abrirla, pensando en que John habría cambiado de opinión. Al abrirla, se encontró a Carolyn, la rubia de cuerpo escultural.

–¿Quién es ese tipo tan guapo que acaba de salir de tu apartamento? ¿Un hermano, un amigo?

Era evidente que la mujer no pensaba que Diane pudiera atraer a un

hombre como John.

–Es mi amante.

Carolyn se quedó boquiabierta.

–Estás bromeando.

–¿No me crees?

–Bueno, es que... Nunca te hemos visto tener citas y ese hombre resulta tan interesante...

–Estoy de acuerdo –dijo Diane, apartándose para cerrar la puerta.

–¿Qué te parece si le invito a una fiesta? No hay inconveniente, ¿verdad?

–¡Por supuesto! –dijo Diane y cerró la puerta.

Se quedó con la cabeza apoyada en la madera. No debería de haber accedido a algo tan estúpido. John podía pensar que no lo quería allí con ella. Quizá si le explicara...

El sonido de un coche al llegar hizo que se diera prisa en volver a su habitación a mirar por la ventana. No, el Mercedes de John no estaba allí. Respiró hondo. ¿Qué demonios le pasaba? No podía estar todo el tiempo mirando por la ventana cada vez que llegara un coche.

Se iría al salón y buscaría algo que hacer. En ésas estaba cuando oyó la llave y la puerta que se abría.

–John, me alegro de que estés de vuelta.

–Me gusta ese saludo –dijo él sonriendo–. Volveré a entrar. Esto merece una segunda vez.

John se acercó y la besó.

Al oír unos golpes en la puerta, se separaron.

–Toma la pizza y déjala en la cocina. Nos la comeremos enseguida –dijo y fue a abrir la puerta.

Diane tuvo tiempo de ver a Carolyn con un vestido muy sexy antes de entrar a la cocina.

–Hola –dijo Carolyn con una sonrisa provocadora–. Soy la vecina de enfrente de Diane–. Quería invitarte a mi fiesta.

–Es muy amable de tu parte, pero Diane y yo...

–No, ella no está invitada. Me refiero a que Diane nunca viene a nuestras fiestas –dijo forzando la sonrisa.

–Entonces, creo que yo tampoco lo haré. Pero gracias por la invitación.

John cerró la puerta, a pesar de que Carolyn seguía allí.

Diane apareció en el salón con dos platos de pizza.

–¿Qué le has dicho a Carolyn?

–Que no estaba interesado en ir a su fiesta.

–¿De veras?

–Así es. Le he dicho que sólo voy a los sitios contigo. Espero que eso no te suponga un problema.

–No, me gusta.

–Bien. Entonces, comamos.

Se sentaron en el sofá. Diane encendió la televisión y su programa favorito, una serie policíaca, empezó. John le pasó el brazo por los hombros y cenaron en silencio, disfrutando de la comida, la compañía y la televisión.

Hasta que terminó y John dijo de repente:

–Démonos una ducha juntos.

CAPÍTULO 9

–¿QUÉ has dicho?

–Que nos demos una ducha juntos.

–¿Por qué?

–Creo que será divertido. Todavía te pones nerviosa estando desnuda a mi lado.

–Mi ducha no es muy grande. No sé si podremos lavarnos bien.

–Cariño, no me interesa lavarme, tan sólo quiero hacer realidad una fantasía.

–¡Me encantaría! –exclamó súbitamente.

–¿Estás segura?

–Sí. Quiero que disfrutemos de lo que hagamos. Nunca antes lo había hecho.

–Lo vamos a pasar muy bien en la ducha. Vamos.

La llevó hasta el cuarto de baño y la ayudó a desvestirse. Luego, abrió el grifo.

Pasaron media hora bajo el agua, enjabonándose y explorándose mutuamente. Le resultaba muy excitante ver el cuerpo musculoso de John cubierto de espuma.

–Venga, vamos a la cama –dijo John.

Se secaron y se metieron en la cama. Al poco, estaban en los prolegómenos.

Después de que se relajaran, Diane permaneció entre sus brazos.

–Creo que nunca más volveré a pensar en la ducha del mismo modo –susurró.

Tenía las piernas entumecidas y apenas podía mantener los ojos abiertos.

–Cariño, ¿has hecho todo lo que tenías que hacer? –preguntó él.

No tenía ni idea de lo que le estaba preguntando, pero contestó que sí.

–Entonces, duérmete –susurró John.

John estrechó a Diane contra él, pensando en lo que habían hecho la noche anterior. Ella se había sorprendido al saber que no se habían metido en la ducha para lavarse, sino para disfrutar uno del otro.

Parecía estar esperando que la dejara en cualquier momento. Seguramente llegaría el momento en que se separarían, pero no quería pensar en eso aún. Quería disfrutar de cada momento que pasara con ella.

Antes de dormirse, puso la alarma. Si la hacía llegar tarde, eso iría en su contra. Tenía que demostrarle que podía hacer que su vida mejorase. Ése era su objetivo.

En aquella mañana de su primer día de trabajo juntos, Diane estaba nerviosa. ¿Querría John que se ducharan juntos de nuevo? Tenía perfectamente diseñada su rutina para no llegar tarde al trabajo. No había tiempo para aquello por muy excitante que fuera.

No tuvo de qué preocuparse. John se levantó y se duchó antes de que ella se despertase. Luego, se fue a la cocina a preparar el desayuno.

—No suelo desayunar mucho —dijo ella.

—¿No has oído que es la comida más importante del día? Anda, vete a la ducha —le ordenó.

Después de comerse los huevos revueltos y las tostadas que John había preparado, se turnaron para usar el baño y lavarse los dientes. Se apañaron muy bien, teniendo en cuenta que nunca se habían arreglado juntos.

—¿Estás lista para irte?

Aquel día no tenía ninguna reunión, así que John se puso unos vaqueros y un polo. Diane se vistió con uno de sus trajes y se recogió el pelo en una trenza.

Hacían una buena pareja. Diane le sonrió y él le dio un beso.

—¿Se te ha estropeado la pintura de los labios?

—No, estoy aprendiendo y llevo una barra en el bolso, para volver a pintármelos cuando llegue al trabajo.

—En ese caso... —dijo y volvió a besarla antes de dirigirse al coche.

—Estoy deseando verte esta tarde.

—Suelo llegar tarde.

—Pues vuelve pronto y haré que merezca la pena —dijo atrayéndola contra su cuerpo—. Aprovecharé para ir a hacer la compra y así preparar algo para cenar.

—Haz una lista e iré yo cuando llegue de trabajar.

–No quiero complicarte la vida.

La despidió con un beso y la observó meterse en el coche. De repente, no quería perderla de vista. ¿Y si le pasaba algo y lo necesitaba?

A punto estuvo de correr tras ella para advertirle de que tuviera cuidado, pero se contuvo. No quería que supiera lo rápidamente que se estaba acostumbrando a ella.

Durante todo el día, Diane no pudo dejar de pensar en las palabras de John: «Vuelve pronto y haré que merezca la pena». Ese pensamiento, le hizo trabajar más rápida y eficientemente para volver a casa cuanto antes.

–¿Tienes prisa por irte pronto? –le preguntó Wendy avanzado el día.

–Sí, necesito ir a hacer la compra. No he podido hacerla durante el fin de semana.

–¿Has estado ocupada?

Diane no se molestó por la incredulidad de Wendy.

–Lo cierto es que sí, he estado ocupada.

Por suerte, Wendy no le preguntó más.

La llamada de uno de sus clientes más importantes antes de marcharse le trastocó los planes. Había oído un rumor acerca de la compra hostil de una compañía que, de ser cierta, minimizaría el valor de sus inversiones. Diane trató de tranquilizarlo, pero parecía más nervioso por segundos. Miró su reloj, preocupada por John y de repente reparó en lo que le estaba pasando. Su trabajo era más importante, ¿no?

Para calmar al hombre, le dijo que iba a informarse y que lo llamaría. Luego, empezó a llamar a sus contactos en busca de información. Cuando por fin averiguó que el rumor era infundado, llamó al cliente para decirle que su fortuna estaba a salvo.

Eran casi las siete cuando llegó a casa y John no estaba. El silencio lo llenaba todo. Dejó su maletín y fue a su dormitorio para cambiarse de ropa.

Luego, abrió la nevera y le pareció un milagro que John encontrara pan y huevos aquella mañana. Desde que entrara en su vida, había dejado que las cosas se descontrolaran.

Estaba a punto de salir hacia el supermercado cuando oyó la llave en la cerradura.

–¿Has hecho la compra? Estaba a punto de salir...

Diane lo siguió hasta la cocina. John dejó las bolsas en la encimera. Luego se giró y la abrazó, uniéndole sus labios a los de ella.

–Llevo deseando esto todo el día.
Ella también, más de lo que estaba dispuesta a admitir.
–Puedo ocuparme de eso –dijo Diane al ver que John empezaba a vaciar las bolsas.
–De acuerdo. Iré por las otras bolsas.
¿Más comida? ¿Para cuántas personas había comprado?
Diane empezó a sacar las cosas y enseguida regresó John con un par de paquetes más.
–Te has gastado mucho dinero. Dime cuánto ha sido y te lo pagaré.
–De ninguna manera. He comprado lo que me gusta. Cómprate tú lo tuyo.
–Así que no vas a compartir esos filetes ni ese pollo asado, ¿eh?
–Quizá lo comparta si te portas bien –dijo él sonriendo.
Juntos acabaron de guardar todo y después, él la tomó en sus brazos de nuevo.
–Salgamos a cenar algo fuera.
–¿Después de todo lo que has comprado?
–¿Por qué no? Ya prepararemos algo otra noche. Hoy estamos cansados.
–Creo que debería cocinar yo, puesto que tú has hecho la compra. Siento haber llegado tan tarde.
Lo cierto era que antes de conocer a John, nunca llegaba antes de las siete.
–Me contarás qué tal te ha ido el día mientras cenamos. Venga, salgamos a cenar.
Cenaron en un restaurante cercano y después, John le recordó que había comprado helado.
–Lo he visto y es mi sabor favorito –dijo ella.
–¡Estupendo!
–Eres fácil de contentar.
–A ver si me dices eso luego –bromeó John con un brillo pícaro en los ojos.
Volvieron a casa, pero no llegaron a tomar el helado.

Durante el mes siguiente, cenaron varias veces con Elizabeth y Mark, disfrutando de su compañía. Incluso salieron con otros amigos que John quería que Diane conociera.

También fueron a cenar a casa de John una vez en semana. Decía que le

gustaba mantener el contacto con Gladys, quien siempre aceptaba la invitación para cenar con ellos. Eso le daba la oportunidad a John de ponerse al día de lo que estaba pasando en el barrio.

La vida de Diane estaba cambiando y no sólo por los momentos románticos que pasaba con John. Por primera vez, compartía cada detalle íntimo con otra persona. John la halagaba a menudo y la apoyaba en todo lo que quería hacer. Tratando de devolverle el favor, se esforzó en mostrarse interesada por sus proyectos. Era lo menos que podía hacer.

Una noche, John le habló de su idea de ofrecer varios tipos de vivienda. Ella lo miró, pero no hizo ningún comentario.

–¿Has cambiado de opinión? –preguntó él.

–No, pero es tu negocio.

–He decidido hacer lo que me sugerías. He comprado unos terrenos y creo que sería el lugar perfecto. Está bien comunicado y puedo ubicar la zona más cara en el centro.

–Me gusta esa idea.

–Tengo aquí los planos y me gustaría que los vieras y me dijeras qué piensas.

Diane disfrutaba compartiendo su opinión, que John valoraba por encima de todo.

Cuando se acercaba el día de Acción de Gracias, John le avisó de que había prometido a su padre que cenarían con Angi y con él.

–¿Te parece bien?

–Sí.

–Podrías invitar a tus padres –sugirió John.

–No, aunque muchas gracias –dijo Diane, apartando la mirada.

–¿Por qué no?

–Mis padres y yo no nos llevamos bien –contestó evitando su mirada.

–Pero cariño, quizá les interesa lo que haces.

Diane sacudió la cabeza y no se molestó en ofrecer más excusas.

–Serían bienvenidos.

–Por mí no.

–Podríamos cenar algún día con ellos.

–No, John. Deja el tema de mis padres al margen.

–De acuerdo. ¿Ha vuelto Jennifer de su luna de miel?

–Sí, hablé con ella cuando llegaron. Se han comprado una casa y van a mudarse. –¿La echarás de menos?

–Sí, es una buena amiga. Algún día los invitaremos a cenar.

–¿Con sus tres hijos? –preguntó John alarmado–. No sé mantener una conversación con un niño.

–No es tan difícil, John.

–Tú quieres que me dé por vencido con el tema de tus padres y lo haré. Pero tendrás que darme por perdido con los niños. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

No tenía otra opción. Había empezado a pensar que no podría vivir sin John. Seguía creyendo que llegaría el día que la abandonaría.

Pero tendría buenos recuerdos de su vida en común. Todo le resultaba más divertido junto a John. Incluso el trabajo iba bien. Había descubierto unas acciones en las que había invertido los fondos de varios clientes, incluidos los de John.

Diane siguió manteniendo su relación en secreto. No era conveniente que la gente se enterara de lo suyo con John. Pero no se avergonzaba de lo que estaba haciendo. John la había liberado de muchas reglas que habían gobernado su vida, muchas de ellas sin razón. Y nunca había sido más feliz.

–Me alegro de que pueda prepararles la cena de vez en cuando –dijo Gladys, sirviendo un delicioso asado–. De otro modo, no estaría haciendo nada para ganarme mi sueldo. Diane, ¿no prefiere vivir aquí?

–Tengo que hacerme a la idea. Tan sólo llevamos juntos seis semanas –dijo y se estremeció.

–¿Qué pasa, cariño? –preguntó John.

–No sé. ¿Y si lo nuestro no dura? Entonces, me habría mudado para nada. Necesito tiempo.

–O que alguien se lo pida en serio –dijo la mujer, mirando a John.

–¿Por qué me mira? Estamos bien así –respondió a su ama de llaves.

–Lo que usted diga –murmuró Gladys.

De postre había tarta de chocolate y a Diane le resultó tentadora.

–Gladys, eso tiene muy buena pinta.

–Me alegro. Necesita engordar. Le serviré primero –dijo Gladys cortando una porción generosa–. ¿Y usted, John? ¿Tiene hambre?

–Como siempre, Gladys. Nunca he podido resistirme a sus postres.

Le cortó un trozo y luego se sirvió ella.

–¿Qué sabe de mi padre?

–No demasiado. Mildred me ha dicho que últimamente no se encuentra bien. John frunció el ceño.

–¿Qué está pasando? ¿Algún problema en el trabajo?

–No, Mildred no me ha dicho nada de eso. Creo que Angi está acabando con su paciencia.

–Eso no es nuevo. Creo que en cuanto se casó se dio cuenta de que había cometido un error, pero no quiso darse por vencido tan pronto.

–El divorcio es un fracaso difícil de asumir –dijo Diane.

–Sí, especialmente para mi padre. Lo llamaré esta noche cuando llegemos a casa.

Justo en aquel momento, el teléfono sonó. Era su padre, adelantándose.

CAPÍTULO 10

–¿VA TODO bien? –preguntó Diane cuando John volvió a la mesa después de hablar con su padre.

–Sí. Ha tenido problemas con los materiales de una obra.

–¿Puedes ayudarle?

–Sí, le he dicho a quién tiene que llamar.

–Entonces, ¿por qué sigues preocupado?

–No puedo dejar de pensar en su estado de salud. Supongo que estará bien.

–Sí, claro.

A pesar de que quería creerle, sentía que John no le estaba diciendo la verdad. No le gustaba la idea de que le ocultara cosas.

De repente, dejó de comer.

–¿Qué sucede, Diane? –preguntó Gladys.

–Nada. La tarta está muy buena. Es sólo que he perdido el apetito.

–¿Te encuentras bien? –preguntó John, acariciándole la mano.

–Sí, estoy bien –respondió ella sonriéndole.

–Será mejor que la lleve a casa para que descanse –dijo él poniéndose de pie.

–Quiero ayudar a Gladys a recoger la mesa.

–Tonterías, Diane. Tengo toda la noche para hacerlo. Váyase a casa y ponga los pies en alto. Prométame que descansará.

Diane se levantó y se despidió de Gladys.

–No se preocupe. Estaré bien.

Una vez en el coche, no dijo nada y se limitó a mirar por la ventanilla.

Al llegar a su apartamento, subió la escalera sintiéndose cada vez más cansada.

–Diane, ponte el pijama y vente a ver la televisión conmigo.

–Tengo que leer unas cosas. No puedo dejarlo para mañana.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Podíamos habernos quedado en casa.

—Tonterías. Tengo tiempo.

Se puso un camisón y se metió en la cama con los papeles que tenía que leer.

Lo único en lo que podía pensar era en la conversación con Gladys.

La mujer había animado a John a formalizar su relación, pero él no tenía ninguna intención de hacerlo. Le gustaba ser libre para mantener relaciones. Esa noche, a su manera, le había hecho saber que en breve dejarían de estar juntos.

John apagó la televisión y se fue a la habitación. Al encontrarse a Diane dormida, recogió los papeles y los puso junto a su maletín. Quería hacerle el amor, pero por alguna razón, le había dado la impresión de que estaba de un humor extraño. Así que se desvistió, se metió en la cama junto a ella y la abrazó. No era lo mismo que hacerle el amor, pero necesitaba sentirla cerca.

Recordando la cena, se preguntó si le pasaría algo a Diane. Había perdido peso los últimos días y parecía tener menos apetito.

No podía soportar la idea de que estuviera enferma. Quizá debería pedirle cita con el doctor Fielding. Todo el mundo lo consideraba el mejor médico de Dallas. John le había construido un centro médico unos años antes.

Pero si no estaba enferma, John quedaría como un tonto. No, la animaría a que viera a su médico. Luego, hablaría con ella.

A la mañana siguiente, John trató de hacer el amor con Diane. Ella se negó, diciendo que estaba cansada. Cuando le sugirió que fuera a ver a su médico, ella trató de quitarle importancia.

—Estoy bien, John. Sólo porque no tenga tiempo de hacer el amor antes de ir a trabajar, no significa que esté enferma.

—No he dicho eso, pero...

—Quizá deberías encontrar una novia que no necesite trabajar para vivir. ¡Eso solucionaría tu problema!

John la tomó del brazo y la atrajo hacia él.

—No quiero a nadie más que a ti, Diane. Sólo quiero cuidarte. Si no quieres que me preocupe, dímelo. Haré lo que quieras.

—No, John. No quería decir eso. Esta mañana estoy un poco cansada. Quizá si dejamos de salir durante la semana, excepto para cenar con Gladys,

no estaría así.

–Hecho. Llamaré a Mark y Elizabeth y cancelaré la cena del miércoles.

–No, no lo hagas. Me gusta verlos. Me ayuda a relajarme.

–Está bien. Nos lo tomaremos con calma después.

–Muy bien –dijo ella antes de darle un beso de despedida.

Él se quedó en la puerta mirándola, pensando en que debería estar a su lado y cancelar todos sus compromisos durante unas semanas.

–Hola, John, ¿cómo estás? –preguntó una voz femenina.

Miró por encima de su hombro y vio a Carolyn acercándose.

–Bien. Estoy a punto de irme a trabajar –dijo y se metió en su coche.

Diane se sintió intranquila durante todo el día. ¿Estaba tan alterada porque John no quería formalizar la relación? No, no podía ser eso. Sabía que lo suyo terminaría en algún momento.

Pero esperaba que al menos la avisara cuando se fuera y no desapareciera. Eso lo haría más doloroso.

Aquel día se concentró en su trabajo, buscando la satisfacción que siempre le producía. Pero se le hizo difícil.

–Diane, ¿tienes un minuto?

Levantó la cabeza y vio a Wendy en la puerta.

–Claro. ¿Qué necesitas?

Wendy le dejó unos documentos en la mesa.

–Creo que hay un error en alguna parte. Los números no parecen encajar.

Diane repasó el trabajo del día anterior y comprobó que su secretaria tenía razón.

–Muy bien. Gracias por decírmelo.

–Me he dado cuenta porque me has enseñado muy bien, Diane –dijo y volvió a su mesa.

Diane apretó los labios. ¿Cómo había cometido un error tan estúpido? Claro que el día anterior había estado muy cansada, como le venía pasando últimamente.

Quizá debería ir al médico, pensó, pero enseguida le pareció una idea absurda. Lo hablaría con Elizabeth durante la cena del miércoles.

–¿Puedo hacerte una pregunta, Elizabeth? –le preguntó cuando los hombres se retiraron.

–Claro. ¿Pasa algo?

–No lo sé. Me preguntaba si después de que Mark y tú empezaraís a vivir juntos, ¿te cansabas mucho? Estoy agotada.

Elizabeth rió.

–Con tres niños, no recuerdo cuándo no he estado cansada. Pero sí, es posible. Después de todo, es más complicado llevar una casa para dos que para uno.

–Cierto. ¿Cómo no se me había ocurrido?

Elizabeth sonrió.

–Creo que no tienes nada de qué preocuparte. A menos que estés embarazada, claro.

–No, eso no es posible.

Llevaba años tomando la píldora, debido a un problema de acné.

–Creo que John no quiere tener hijos, ¿verdad? –preguntó Elizabeth.

–Así es.

–Es una lástima.

–Sí, pero al menos es sincero.

–Cierto, odio a los hombres mentirosos.

Al ver que los hombres regresaban, cambiaron el tema de conversación.

Al llegar a casa, John la llevó a la cama y la abrazó.

–Le he comentado a Mark lo cansada que estabas. Me ha dicho que a Elizabeth le pasaba lo mismo. Le llevó un tiempo acostumbrarse a hacer el amor.

–Lo sé. Yo también le he preguntado a Elizabeth.

–Así que nos lo tomaremos con más calma hasta que te acostumbres.

–¿Y cuándo sabremos que estaré preparada?

–Cuando no puedas dejar de atacarme. Será divertido. Puedo intentar resistirme.

–Entonces pensaré que ya no me deseas.

La expresión de John se tornó seria y su mirada se oscureció.

–Nunca te dejaré.

Aquellas palabras le llegaron a lo más hondo de su corazón, derritiéndolo al instante. Lo atrajo hacia ella y le hizo el amor como si nunca fuera a dejarlo marchar.

Unos días más tarde, Diane llegó a casa antes que John. Dejó el maletín y se fue a la cocina para beber algo. Luego, vio que el contestador automático

parpadeaba con tres mensajes.

–John, soy Gladys. Tiene que hablar con Mildred enseguida.

El segundo también era del ama de llaves.

–John, soy Gladys. Siento decirle que su padre se desmayó esta tarde. Lo han llevado al hospital. Mildred está con él.

El último mensaje confirmó el temor de Diane: Doug había fallecido en el hospital.

Justo entonces, oyó la llave en la cerradura. Habría preferido que él hubiera llegado antes para no ser ella la que le diera la noticia. Pero aquél era un pensamiento cobarde.

Conteniendo las lágrimas, se dirigió a la puerta.

–John, tu padre se desmayó hoy en el trabajo –dijo con voz temblorosa–. Lo llevaron al hospital, pero...

No pudo continuar. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

Él se quedó pálido y la tomó por los hombros, mientras asimilaba sus palabras.

–¿Qué estás diciendo?

–Ha muerto, John. Lo siento mucho.

La abrazó y hundió el rostro en su pelo.

–¿Qué hago ahora?

Ella se secó las lágrimas.

–Creo que Mildred te espera en el hospital.

–De acuerdo, iré. Te diré dónde pasaré la noche. No sé si vendré a dormir aquí.

–Lo entiendo –susurró Diane.

Lo besó y dejó que se marchara, deseando que le pidiera que lo acompañara. Pero no lo hizo.

John deseó haberle pedido a Diane que lo acompañara. Pero no quería que tuviera que enfrentarse a Angi esa noche. Él tampoco quería verla. Su padre podía tener defectos, pero lo quería.

Había confiado en que su padre pasara aquella mala época y fuera feliz. Pero no había sido así.

Cuando llegó al hospital, se encontró con Mildred en el pasillo.

La llamó y ella se giró, ofreciéndole sus brazos como siempre había hecho desde que fuera niño.

–Lo siento, John. Lo traje tan pronto como dijo que no se encontraba bien,

pero... No pudieron hacer nada para salvarlo.

–Lo sé, Mildred. ¿Dijo algo?

–Dijo que habías prometido ocuparte de todo. Y que pensaba que Diane era la mujer perfecta para ti.

–Nunca se daba por vencido, ¿verdad? Siempre pensó que acabaría casándose.

–Él quería que te casaras y fueras feliz, como lo fue con tu madre, Johnny –dijo Mildred, dirigiéndose a él como cuando era un niño.

John tragó saliva y se sentó.

–Cuando eras pequeño –continuó la mujer–, le dije que no se preocupara por ti, que yo te cuidaría. Pero siempre pensó que debías tener una madre.

–Y tú cuidaste de mí, Mildred.

–Lo hice con mucho agrado.

Él tomó su mano.

–Señor Davis, ¿quiere ver a su padre?

John levantó la cabeza y miró a la enfermera que estaba delante de él.

–Sí, gracias.

–Iré contigo, John –dijo Mildred, tomándolo del brazo.

Estuvieron un rato en la habitación compartiendo recuerdos del hombre al que querían.

–¿Dónde está Angi? ¿No quiso venir al hospital contigo? –preguntó John al salir.

–Sé realista. Me pidió que le informara de cómo iban las cosas y que le preparara un sándwich antes de irme al hospital.

–Me alegro de que papá haya dejado de sufrir aunque vaya a echarle mucho de menos. Esa mujer tiene que irse.

–No, seré yo la que se vaya. Seguramente, ella heredará la casa y la mitad de la fortuna. No estoy dispuesta a quedarme con ella.

–No te irás a ninguna parte, Mildred. Le dejaré bien claro que yo me haré cargo de tu sueldo. No tiene autoridad para despedirte.

–Lo que tú digas, John. Pero no tienes que hacerme ningún favor. No puedo soportar a esa mujer.

–Ya somos dos –dijo John tomándola de la mano y saliendo del hospital–. Te seguiré a casa y hablaremos con Angi.

–Si está despierta. No sé si de veras se va a dormir o si sólo quiere estar lejos de tu padre, el caso es que se acuesta pronto.

–La llamaré y le diré que nos espere despierta.

En el coche, John llamó a casa de su padre. Después de varias llamadas, Angi contestó el teléfono.

–Hola, John. Hace tiempo que no vienes a vernos. ¿Cuándo vas a venir?

–Ahora mismo, si no es demasiado tarde.

–Claro que no. Me vestiré y te esperaré abajo.

–De acuerdo –dijo John apretando la mandíbula.

Ni siquiera se había molestado en preguntar por su esposo.

John estaba deseando desenmascararla.

CAPÍTULO 11

DIANE no sabía qué hacer. No dejaba de dar vueltas por su apartamento, a la espera de que John la llamara. Cuando sonó el teléfono, corrió a contestar.

–Ah, hola Gladys. ¿Sabe algo de John?

–No. ¿Tampoco la ha llamado a usted?

–No.

–¿Ha comido algo?

–No, yo...

–Venga a cenar conmigo. Ya he preparado algo. No tiene sentido que esté sola.

–¿Seguro que no le importa?

–No, será un placer para mí.

–Enseguida voy.

Cuando Diane llegó a casa de John, seguía preocupada por saber de él.

–Todavía no sé nada, Diane –dijo Gladys rodeándola maternalmente con un brazo–. Venga, cenemos. Parece que está perdiendo peso.

–Estoy bien, Gladys. Últimamente no he tenido mucho apetito. He estado muy ocupada.

–Tiene que cuidarse, querida –le dijo la mujer entrando en la cocina–. John parece muy feliz con usted. Apenas hace nada si no es teniéndola a su lado.

Diane sonrió, pero sacudió la cabeza.

–Sigue siendo muy independiente. Creo que lo que ocurre es que a ambos nos gustan las mismas cosas.

–Puede que sea cierto, pero parece muy a gusto con usted.

Diane volvió a sonreír, pero no dijo nada.

–Pensé que Mildred me llamaría, pero quizá esté ocupada con el papeleo.

–Quizá haya tenido que volver a casa para estar con Angi. O quizá Angi haya ido al hospital y haya surgido algún problema.

–Esa mujer no movería un dedo por ayudar a nadie. Estoy segura de que ni tan siquiera ha ido al hospital. Apuesto a que John se ha alegrado de que su madrastra no estuviera allí.

De camino a casa de su padre, John llamó a casa de Diane. No tenía mucho que decirle, pero quería oír su voz.

No obtuvo respuesta.

No se le ocurría dónde podía estar. Le preocupaba que no contestara el teléfono. ¿Debería pasarse para ver si todo iba bien?

Decidió que no. Eso mostraría su debilidad por ella. Ya daría con ella más tarde.

Siguió al coche de Mildred por el camino de entrada y luego entraron juntos en la casa. Parecía que en cualquier momento iba a aparecer su padre. Pero al darse cuenta de que eso nunca volvería a pasar, la tristeza volvió a apoderarse de él.

–¿Estás bien? –preguntó Mildred.

–Sí, parece como si fuera a venir a saludarme en cualquier momento.

–Lo sé. Imagino que me costará un tiempo acostumbrarme a su ausencia.

–¿Dónde está la viuda? –preguntó John con ironía.

Mildred se acercó al interfono.

–Angi, ¿está ahí?

–Claro que estoy aquí, Mildred. ¿Ha llegado también John?

–Sí, está aquí.

–Enseguida bajo –dijo con entusiasmo.

John miró a Mildred.

–Voy a tener que hablar con ella a solas, pero quédate cerca. Puede que pierda el control y necesitaré un testigo.

–Prepararé café.

–Gracias, Mildred –dijo abrazándola.

Luego, se sentó en la cabecera de la mesa del comedor y oyó unos pasos acercándose a toda prisa. Angi nunca había corrido para ver a su padre.

–John, me alegro tanto de que estés aquí... –dijo con una enorme sonrisa–. ¿Cómo estás?

–No muy bien, teniendo en cuenta que mi padre acaba de morir.

Su rostro se llenó de asombro, seguido de un fingido pesar.

–Bueno, imagino que ahora será feliz –dijo Angi tranquilamente.

John no se molestó en reprenderla. Siempre había sabido que no sentía

nada por su marido. Ahora, tenía que cumplir con lo que su padre le había pedido.

–Tenemos que hablar –dijo en tono firme–. Siéntate.

Angi se sentó junto a él.

–¿Recuerdas el acuerdo prematrimonial que firmaste antes de la boda?

Angi parpadeó varias veces.

–Sí, claro. Pero al haber muerto Doug, no creo que eso importe.

–Lo leíste, ¿verdad?

–Sí, delante de aquel abogado que trabajaba para Doug. Tuve que firmar un papel diciendo que lo había hecho.

–Según el acuerdo, lo que vas a recibir es medio millón de dólares. La casa pertenece a su legado. Puedes quedarte el coche y tus cosas personales. ¿Cuánto tiempo tardarás en mudarte?

–No, eso no puede ser verdad. Soy la viuda. Me quedo la casa y una pensión. Y la mitad de la herencia.

John sacudió la cabeza.

–Sólo te quedas lo que te he dicho.

–Te equivocas. Tienes que estar equivocado. Voy a tener un hijo suyo, un niño que será de tu misma sangre.

–Al niño no le faltará nada.

Angi se tranquilizó.

–¿Cuánto?

–Recibirás dos mil dólares al mes hasta que tenga dieciocho años.

–¿Dos mil? Eso es absurdo.

–Me temo que no.

Mildred apareció con la bandeja del café.

–Gracias, Mildred –dijo John–. Por cierto, tendrás que hacer la maleta. Te vas a venir conmigo esta noche.

–Espera. ¿Quién va a ocuparse de mí? –preguntó Angi.

–¿Qué tal si te cuidas tú misma? –dijo John con absoluta tranquilidad, al contrario que Angi, que cada vez estaba más nerviosa.

–No puedo quedarme sola. Necesito que Mildred esté conmigo.

–No. He visto cómo te has aprovechado de ella. Si quieres irte a un hotel, yo me haré cargo de los gastos de la primera semana y mandaré un servicio de mudanzas a recoger tus cosas y enviártelas donde sea.

–De acuerdo. Me iré a un hotel. Mildred, ve haciendo mis maletas.

John negó con la cabeza.

–Mildred va a hacerse su maleta. Tendrás que arreglártelas tú sola.

–¡Muy bien! –exclamó Angi y se puso de pie.

Dio unos pasos vacilantes, como si se estuviese mareando y John permaneció sentado como una estatua. No estaba dispuesto a ceder lo más mínimo. Después de dirigirle una mirada furiosa, Angi salió de la habitación.

John se desplomó en la silla y hundió el rostro entre las manos. No podía creer que su padre hubiera muerto. Ahora no tenía a nadie más que a Diane.

Sacó el teléfono móvil. Al comprobar que seguía sin obtener respuesta en su casa, suspiró. ¿Por qué no tenía un teléfono móvil? Luego, recordó que debía avisar a Gladys de que Mildred iba a quedarse en su casa hasta que las cosas se solucionaran.

La llamó y le puso al día de las novedades.

–Le prepararé una habitación enseguida. ¿Ha hablado con Diane? –preguntó la mujer.

–No, no doy con ella.

–Acaba de marcharse. La invité a cenar.

–Gracias, Gladys. La llamaré a su casa en un rato.

Después de colgar, oyó a Mildred bajar la escalera.

–Estoy lista, pero no creo que debamos irnos hasta que ella lo haga. Seguramente se llevará la plata.

–Tienes razón. ¿Te importa subir a ayudarla?

–No, no me importa.

–Gracias, Mildred.

John observó toda la plata que había por las estanterías. ¿Qué iba a hacer con todo? Quizá pudiera vender la casa amueblada y quedarse con algunas cosas.

Mildred y Angi bajaron la escalera. Mildred llevaba tres maletas y Angi ninguna. John se hizo cargo del equipaje y le entregó la maleta más pequeña a Angi.

–No puedo, estoy embarazada.

–Lo sé. Tómala o déjala aquí, a mí no me importa.

Tal y como pensaba, enseguida levantó la maleta. John se imaginó que allí llevaba todas las joyas que le había conseguido sacar a su padre.

Mildred cerró la puerta y le pidió a Angi su llave. A regañadientes se la entregó antes de correr hacia su coche.

Cuando John llegó a su casa, acompañó a Mildred dentro. Luego, le pidió que al día siguiente llamara a un cerrajero y cambiara las cerraduras.

–Me ocuparé de ello si estás seguro de querer hacerlo.

–Sí, estoy seguro. Voy a vender la casa y las ganancias irán a parar a tu pensión de jubilación. Mi padre y yo pensamos que sería una manera de compensarte por todo lo que has hecho por nosotros.

–Eso es demasiado –balbuceó Mildred.

–No, no lo es. Te has ocupado de la casa durante años en situaciones difíciles. Mi padre también te dejó algún dinero, pero tendrás que esperar a que se abra su testamento.

John le dio un beso en la mejilla y corrió a casa de Diane.

Al llegar, miró el reloj. Eran sólo las diez y media, pero no había luz en el dormitorio. ¿Se habría ido a la cama temprano?

Subió la escalera y abrió la puerta. El apartamento estaba oscuro y en silencio. Entró en el dormitorio, se desnudó en la oscuridad y se metió en la cama junto a Diane.

La rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí, agradecido por la mujer que había encontrado.

Era la primera vez que se sentía reconfortado desde que se enterara de la muerte de su padre.

Diane se despertó al oír la alarma. A su lado estaba John y se alegró de que hubiera vuelto a casa. Se giró hacia él y tomó su rostro entre las manos.

–¿Estás bien? –le preguntó.

–Ahora que estoy contigo, estoy bien –dijo besándole una mano–. Fue duro. Nunca me había parado a pensar que lo perdería. Era tan joven cuando mi madre murió que apenas la recuerdo. Pero mi padre...

Su voz se quebró por la emoción.

–Lo sé, John. Tiene que ser difícil. Pero al menos no ha sufrido.

–Es cierto. Pero me habría gustado que hubiéramos pasado más tiempo juntos y que sus esposas no hubieran interferido.

–Estoy segura de que lo entendió, sobre todo si eran como Angi.

–No me la recuerdes. Ni siquiera se molestó en acompañarlo al hospital.

–Lo sé, me lo contó Gladys. Estoy segura de que eso te ha molestado.

–Mucho. La eché de la casa anoche.

–¿De veras?

–Sí. No quería dejar a Mildred a su servicio y no podía dejar a Angi allí sola. Se habría llevado todo lo valioso antes de irse. Así que metí sus maletas en su coche y la mandé a un hotel.

–¿Y no protestó?

–No. Firmó un acuerdo prematrimonial. Pensaba que como viuda le correspondería la mitad de la herencia.

–Eso ha debido de ser una desagradable sorpresa –dijo Diane arqueando las cejas.

–Sí, tan desagradable como la manera en que ella trataba a mi padre –dijo John y apartó la mirada unos segundos–. Por cierto, él me dijo que le gustabas.

–A mí él también.

–Me habría gustado que lo hubieras conocido más. Te eché de menos anoche.

–Yo también te extrañé. Pero me alegro de que ahora estés aquí.

Para mostrarle cuánto, volvió a besarlo hasta que la alarma volvió a sonar. John la apagó.

–Ya que tú preparas siempre el desayuno, hoy lo haré yo.

–Me gusta hacerlo –dijo él sonriendo.

Diane salió de la cama y se fue a la ducha, aunque habría preferido quedarse en la cama con John. Pero aquella mañana estaba de un humor extraño. No estaba segura de que quisiera compañía. Al llegar al cuarto de baño, sintió que no se encontraba bien.

Una vez se le pasaron las náuseas, se sentó. ¿Qué le había pasado? ¿Estaba enferma o sería algo que había comido en casa de Gladys?

Tenía que estar enferma. Esperaba no contagiar a John, sobre todo ahora que tenía muchas cosas de las que ocuparse.

Después de ducharse, se vistió y se fue a la cocina. John le sirvió una taza de café y puso un plato con magdalenas.

–¿De dónde has sacado las magdalenas? No las has hecho esta mañana, ¿verdad? –preguntó sorprendida.

–No. Gladys las hizo después de que te fueras y me las dio para que las trajera. Tiene miedo de que no te esté alimentando bien. Me dijo que anoche no comiste muy bien.

–Me era difícil comer pensando en tu padre.

Tampoco en aquel momento tenía demasiada hambre, pero tomó una magdalena para tranquilizarlo.

–¿Llegarás tarde hoy a casa? –preguntó ella.

–No estoy seguro. Mi padre tenía un proyecto en Denver y tendré que ir allí un par de días. También tengo que controlar sus otras obras y las mías, además de ocuparme de Angi. Y no me puedo olvidar de las cuentas de los

otros niños. Papá les dejó dinero para la universidad a cada uno de ellos. Quizá te pida que te ocupes de ellas. ¿Podrías hacerlo?

–Claro, John.

–Será de gran ayuda. Te pasaré los datos. Además, he de ocuparme de hacer los preparativos del entierro.

–¿Puedes comer conmigo?

–Lo intentaré, pero tendrá que ser algo rápido.

–Está bien –dijo Diane sonriendo.

–Eres maravillosa.

Después de despedirse con un beso, se fue a trabajar. Se sentía sola a pesar de que John no se había marchado a Denver todavía. Era asombroso cómo se había acostumbrado a su compañía, su ternura y sus atenciones.

Con la muerte de su padre, su relación podía verse afectada. Pero como siempre se había dicho, sabía que antes o después terminaría. Tan sólo esperaba que no fuera en aquel momento. Estaba disfrutando mucho de la vida junto a John.

John se fue a casa de su padre. Mildred iba a estar allí, cambiando las cerraduras. Quería asegurarse de que así fuera y recoger los datos de las cuentas bancarias de los otros hijos de su padre. También tenía que sacar las cosas de la caja fuerte de su padre. No sabía si Angi conocía la contraseña, pero no quería arriesgarse.

Doug Davis había sido generoso con sus esposas, pero nunca había regalado las joyas de la madre de John y siempre las había guardado en la caja fuerte. John pensó en Diane. Le sentarían bien.

Al llegar a casa de su padre, se encontró a Angi en la puerta.

–¿Qué quieres, Angi?

–Vine por unas cosas que olvidé.

–Dame un listado y te las mandaré.

–Lo más fácil es que me las lleve ahora –dijo con una sonrisa seductora.

–No.

Se acercó a ella, entró y cerró la puerta antes de que pudiera protestar. Angi llamó a la puerta, pero John no respondió.

–¿Qué vamos a hacer con ella? –preguntó Mildred al encontrarse con él.

–Recoge todo lo de valor. Yo vaciaré la caja fuerte. No quedará nada de lo que busca.

–De acuerdo. Tardaré un par de horas. Qué bien que te hayas imaginado lo

que quería.

–Sí, pero no tiene mérito. Hace tiempo que era evidente lo que quería.

–Cierto. ¿Cómo está Diane esta mañana?

–Está bien.

–Tienes que ser bueno con ella.

–Mildred, siempre me porto bien con las mujeres con las que salgo.

–Creo que deberías formalizar la relación.

–Lo tendré en cuenta –dijo con una sonrisa.

Luego, se fue al estudio de su padre y, después de cerrar la puerta, abrió la caja fuerte. Sacó documentos y joyas, los metió en una cartera y echó un vistazo por la habitación. Su padre tenía varios cuadros que le gustaban, sobre todo porque le traían recuerdos.

Salió del estudio con la cartera y dos cuadros.

–¿Mildred? Voy al banco a darle unos papeles a Diane. Luego pasaré por la oficina de mi padre. Si me necesitas, llámame al teléfono móvil. Voy a llamar a la inmobiliaria para que vengan a ver la casa esta tarde.

–Lo haré, John. Saluda a Diane de mi parte.

–Lo haré –dijo dándole un beso–. Esta noche dormirás de nuevo en mi casa. No quiero que estés aquí sola.

–Sí, John. Eres un buen hombre.

Él sonrió.

–Bueno, tengo mis momentos.

CAPÍTULO 12

A DIANE le resultaba imposible concentrarse en el trabajo.

–¿Te encuentras bien, Diane? –le preguntó Wendy, en quien ni siquiera había reparado.

–Estoy bien –mintió, tratando como siempre de ocultar su vida personal a sus compañeros de trabajo.

Pero Wendy era muy observadora.

–Pareces pálida y preocupada. ¿Estás segura de que estás bien? ¿Necesitas algo?

–Gracias, pero estoy bien –dijo mirando hacia su despacho–. Es sólo que hoy tengo mucho trabajo. Cerró la puerta y se dispuso a trabajar.

La mañana se pasó volando entre llamadas, reuniones e informes. Ni siquiera se dio cuenta de que era mediodía hasta que oyó su voz fuera, diciéndole a Wendy que Diane lo esperaba.

Se levantó y abrió la puerta.

–Está bien, Wendy. Deja pasar al señor Davis.

Una vez la secretaria los dejó, John le robó un beso.

–Necesito un minuto antes de ir a comer –dijo él.

–Pasa –dijo cerrando la puerta–. ¿Qué puedo hacer por ti?

–Para empezar, guarda esta cartera en tu despacho. La he usado para traer todo lo que mi padre tenía en la caja fuerte y he abierto un depósito de seguridad abajo –dijo entregándosela–. Aquí tienes las cuentas de ahorro que mi padre abrió para sus otros hijos. Y un cheque para el hijo de Angi.

–Me ocuparé de todo, John. No te preocupes, invertiré en algo seguro, pero que dé beneficios –dijo guardándolos en un expediente–. ¿Nos vamos a comer?

John rodeó la mesa y la abrazó. Antes de que Diane pudiera decir nada, unió sus labios en un apasionado beso.

–Ahora, estoy listo para que nos vayamos.

Diane se apoyó en la mesa para recuperar el equilibrio. John estaba en la puerta cuando ella recordó una conversación que había tenido aquella mañana con Mark.

–Mark Golan quería verte –dijo–. Le prometí avisarle cuando vinieras. Quería comer con nosotros y ofrecerte sus condolencias.

Una expresión de tristeza apareció en su rostro, pero la siguió por el pasillo.

Tan pronto como Mark lo vio, le abrazó.

–Siento lo de tu padre.

–Gracias, Mark. Te agradezco el apoyo.

Luego, los tres se fueron a un restaurante cercano a comer.

–Por lo que me ha contado Diane, tienes muchas cosas de las que ocuparte. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte? –dijo Mark.

–No se me ocurre nada. El funeral de mi padre es el sábado a las diez.

–Allí estaré –dijo Mark.

John miró a Diane.

–Vendrás, ¿verdad cariño?

–Claro que sí.

–Quiero que te sientes conmigo. No quiero a Angi a mi lado. Si voy solo, se creerá que he ido a consolarla.

–Si eso es lo que quieres... –dijo Diane, tratando de ocultar el dolor que le habían causado sus palabras.

La quería a su lado como escudo protector, no para compartir su pena con ella.

Mark pareció haberse dado cuenta.

–Eso es un poco frío, John.

–No conoces a Angi –repuso John.

–Pero...

–Está bien, Mark –dijo Diane, haciéndole una señal con la cabeza.

–¿De qué hablas, cariño? –preguntó John.

–Nada. Tienes muchas cosas en la cabeza.

–Sí –dijo pasándose las manos por el rostro–. Escucha, nos veremos en el funeral. Te recogeré a las nueve y media el sábado por la mañana.

–De acuerdo –dijo ella, mostrándose calmada.

–Será mejor que me vaya –dijo y se despidió de Mark y de Diane, dejándolos en el restaurante.

–¿Estás bien? –le preguntó su compañero–. No puedo creer que no se haya

dado cuenta de lo frío que ha sonado lo que ha dicho.

–No importa, Mark. Me necesita allí. He visto a Angi en acción y está deseando que John caiga en sus redes.

–Eso no sucederá.

–No se sabe, Mark. Está esperando un hijo de su padre.

–No creo que John acabe casándose con ella. ¡Pero si no tiene intención de casarse con nadie!

–Lo sé –dijo Diane, poniéndose de pie y tomando la factura.

–Espera, Diane. Pagaré yo.

–No te preocupes. Venga, tengo que seguir trabajando.

Después de pagar, Mark y ella regresaron al banco. Nada más entrar en el banco, ella se excusó y se fue al baño más cercano a vomitar. Luego, se lavó la cara.

Volvió a su oficina. Era jueves. Quería ocuparse de lo que John le había pedido antes del fin de semana. Además, trabajar era mejor que estar pensando en lo que ocurriría en su vida la semana siguiente.

A las ocho de la tarde, John se encontró con el empleado de la inmobiliaria en casa de su padre.

–Quiero venderla amueblada, pero si cree que no es posible, sacaré todos los muebles.

–Bueno, es una casa estupenda, John. Estoy seguro de que podré venderla, pero puede llevar algún tiempo. Además, está muy bien amueblada. Pondré el anuncio enseguida.

John sacudió la cabeza y lo acompañó a la puerta. Luego volvió dentro y subió la escalera. Angi le había dado a Mildred una lista de las cosas que quería de la casa. Había incluido unos cuadros del dormitorio que llevaban años allí antes de que ella se fuera a vivir a la casa.

También había objetos personales como maquillaje y joyas, que metió en una bolsa.

Luego, salió de la casa por última vez. Pensó en regresar a casa de Diane, pero algo lo hizo dudar. La deseaba y eso lo asustaba. En lo que a Diane se refería, le era imposible mantener el control y no soportaba esa sensación.

Se fue a su casa. Le dio a Mildred las cosas que Angi había pedido y se fue a la cama. Al día siguiente se ocuparía de la compañía de su padre, visitaría cada obra para tranquilizar a los empleados acerca de sus trabajos.

A largo plazo, iba a tener que tomar alguna decisión, pero de momento

trataba de hacer lo mejor posible para el futuro inmediato. Enseguida, apartó de la cabeza la idea de que una noche con Diane le daría fuerzas.

A la mañana siguiente, Diane se sintió mal antes de vestirse o de comer nada. No tomó el desayuno y fue a trabajar con el estómago vacío. Cuando volvió a pasarle el sábado, decidió que tenía que ir a ver al médico. De momento, tenía que arreglarse para ir al funeral de Doug Davis.

Eligió un traje negro. Le sorprendió que la cintura le quedara un poco suelta. La última vez que se lo había puesto, le quedaba perfecto.

A las nueve y media, oyó que llamaban a la puerta. La abrió y se encontró con John, vestido con un sobrio traje negro.

–¿Por qué has llamado? ¿Has perdido la llave?

–No, pero me parecía extraño entrar sin avisar, así que preferí llamar.

Una sensación de temor le provocó un nudo en el estómago. Además, no la había saludado con un beso.

–¿Has desayunado bien? –le preguntó él mientras bajaban la escalera.

–Sí –mintió.

–No te creo. Pero Gladys y Mildred han preparado un refrigerio para luego. Entonces, comerás algo.

Diane no dijo nada. De repente sintió molestias en el estómago y pensó que tendría que tener cuidado con lo que comía.

Al llegar a la iglesia donde se iba a celebrar el funeral por Doug Davis, John la dirigió por una puerta lateral hasta una sala donde iba a encontrarse toda la familia, antes de entrar en la iglesia.

Mildred y Gladys estaban allí, así como Angi y otras ex mujeres, además de tres niños.

John saludó a cada una de las esposas de su padre y a sus hermanastros, presentándoles a Diane.

–Ya conoces a Angi –dijo al llegar junto a ésta.

–¿Qué está haciendo aquí? Ella no es parte de la familia –protestó Angi.

–Ha venido conmigo.

–Pero esperaba que me acompañaras. Es un momento muy difícil para mí.

–Habría sido mucho menos difícil si hubieras acompañado a mi padre al hospital la noche en que murió.

Las otras tres ex esposas se quedaron mirando a Angi.

–¿Ni siquiera fuiste con él? –preguntó una de ellas.

–No me sentía bien –explicó Angi, aunque no sonó muy convincente.

John se dio la vuelta. No quería seguir hablando con Angi. De la mano de Diane, se acercó a Mildred y Gladys. Mildred tenía lágrimas en los ojos y Diane la rodeó con un brazo.

–Era un hombre muy bueno –dijo el ama de llaves de Doug.

–Lo sé –dijo Diane–. Y estoy segura de que estaba muy agradecido por su dedicación.

Luego, se sentó junto a Gladys.

–Es una familia interesante, ¿verdad?

–Sí –contestó el ama de llaves de John susurrando–. Todas son iguales, ¿verdad?

Diane observó a las cuatro mujeres. Gladys tenía razón. Todas eran del mismo estilo, con el mismo maquillaje y las mismas operaciones estéticas. Era una lástima que Doug no hubiera encontrado a una mujer que lo amara por sí mismo y no por su fortuna.

Con razón John tenía aquella postura frente al matrimonio. Había visto cómo todas aquellas mujeres traicionaban a su padre.

Su mirada se detuvo en los tres niños. El mayor debía de tener unos quince años, el siguiente unos once o doce y el más pequeño, ocho o nueve. Imaginaba que ninguno de ellos había formado parte de la vida de Doug.

Aunque John se mostraba amable, apenas había compartido tiempo con ellos. Aun así, estuvo unos minutos hablando con ellos antes de que el oficiante les hiciera pasar a la iglesia.

John saludó al sacerdote y le presentó a la familia, empezando por los tres niños. Luego, continuó con las esposas de su padre y terminó con Mildred, Gladys y Diane.

–Señorita Black, estoy encantado de conocerla. John me ha hablado de lo mucho que lo ha ayudado.

–Gracias.

Diane no podía ni imaginar lo que John le habría contado, pero no iba a preguntar nada. Sonrió y volvió a sentarse junto a Gladys.

John se quedó hablando con el sacerdote bajo la atenta mirada de Diane, que deseaba tenerlo a su lado para sentirse mejor.

Unos minutos más tarde, el sacerdote los hizo pasar a la iglesia. Diane se sentó en el primer banco con John, junto a Gladys y Mildred. Angi había intentado sentarse con ellos, pero el sacerdote había insistido para que se sentara en el segundo banco con el resto de esposas de Doug. Trató de susurrar algo a John, pero él la ignoró.

El funeral comenzó y John tomó de la mano a Diane.

Cuando acabó, caminaron juntos hasta el coche y recorrieron la corta distancia que había hasta su casa. Diane se unió a Gladys y Mildred en la cocina y las ayudó con las bandejas y las bebidas de los invitados.

Diane se interesó por los tres niños. Todos ellos se parecían un poco a John. Tom, el mediano, era el más hablador.

—¿Tú también te casaste con nuestro padre? —preguntó con la boca llena.

—No, soy una amiga de John.

Tom asintió y Matt, el mayor, intervino.

—John me asusta un poco.

—No tienes nada que temer. Es sólo que no está acostumbrado a tratar con niños.

Zachary, el pequeño, dio un sorbo a su vaso de leche antes de hablar.

—A mí me cae bien.

—A mí también —dijo Diane.

—Y a mí —dijo Gladys, deteniéndose en la mesa con una bandeja—. ¿Ha comido algo? —preguntó a Diane.

—Enseguida tomaré algo.

Su estómago parecía más calmado. Dejó a los niños y volvió a la cocina.

—Mildred, debería sentarse un rato y dejar que Gladys y yo nos ocupemos.

—No, prefiero estar trabajando. No quiero pensar en Doug. Coma algo. Dice Gladys que ha perdido peso y eso no puede ser. Dentro de poco, desaparecerá.

Diane rió.

—Lo dudo, aunque tomaré uno de esos sándwiches de carne asada que prepara.

En aquel momento, John entró a la cocina. Parecía cansado, como si se estuviera quedando sin fuerzas. Todo el mundo lo reclamaba para expresarle sus condolencias y ofrecerle su ayuda.

—¿Cómo va todo? —preguntó distraídamente, sin reparar en Diane.

—Bien, no se preocupe.

Tomó una bandeja de vasos limpios y volvió a salir.

—Ah, seguramente no podré llevarte a casa hasta dentro de unas horas —añadió antes de salir.

Diane se quedó muda, con un bocado del sándwich atravesado en la garganta. Desde que acabara el funeral, John apenas le había dirigido la palabra.

Gladys rompió el incómodo silencio.

–Una vez que todo esté más calmado, la llevaré a casa.

–Tonterías. Está cansada. Llamaré a un taxi.

Se levantó para hacerlo. Aquél podía ser buen momento para marcharse. A John no le importaría si lo hacía. Justo entonces, apareció Elizabeth en la cocina y le dijo que su marido la llevaría.

–Es algo que Mark puede hacer por John. Está deseando ayudar. Por favor...

Diane aceptó la oferta.

Diez minutos más tarde, Mark fue a buscarla.

–John está en la biblioteca con algunos amigos de su padre. ¿Quieres despedirte?

¿Le importaría a John? Si no le decía nada, ¿repararía en que se había marchado? Probablemente no.

–No, está bien, Mark. Vámonos.

Salió de la casa pensando que era la última vez que la pisaba.

CAPÍTULO 13

–¿NO LE importa que Diane se haya ido? –preguntó Gladys, interponiéndose en su camino de salida en uno de sus viajes a la cocina.

Hacia una hora que se había marchado.

–¿Adónde se ha ido? –preguntó al darse cuenta de que Diane no estaba.

Era evidente que el ama de llaves no estaba muy contenta.

–Mark la ha llevado a casa –respondió Gladys.

–Si la ha llevado Mark, entonces estará bien –dijo John, poniéndose a la defensiva.

–Eso espero. No parecía muy contenta.

–¡Es un funeral, Gladys, no una fiesta!

El ama de llaves se quedó mirándolo y no dijo nada más. Un invitado entró en la cocina para llenarse el vaso.

John aprovechó para salir de allí. Lo cierto era que se sentía culpable por el modo en que se había comportado con Diane. Pensaba que no había sido intencionado, aunque ahora que se paraba a pensarlo, tenía que admitir que quizá sí lo hubiera sido.

El poder que tenía Diane sobre él le estaba poniendo nervioso. Quería demostrarse a sí mismo que podía seguir con ella o dejarla, aunque de momento lo único que tenía claro era que la necesitaba. A su lado, estaba tranquilo y se sentía bien.

Aquello era amor, ¿no?

No tenía experiencia. Una vez en la universidad, había pensado que estaba enamorado de una joven y que ella también lo estaba de él. Pero cuando su padre le dijo que no heredaría nada, ella comenzó a comportarse de un modo extraño y, con el tiempo, lo dejó por otro más rico.

Su padre le había hablado del peligro de casarse con una mujer que buscara una vida fácil. Doug Davis sabía de lo que hablaba. Después de la muerte de la madre de John, se había casado con cuatro mujeres que sólo lo

veían como el billete para su felicidad.

Diane no era así. Tenía una carrera, un buen sueldo y no buscaba promesas. Había tratado de convencerla para que fuera a su casa, pero ella había preferido que fuera a la suya y él había accedido. Quizá después de que todo se calmara, deberían cambiar las reglas. No siempre las cosas tenían que ser a la manera de Diane. Él también tenía necesidades.

De repente se dio cuenta de que ella satisfacía sus necesidades. Había estado allí por él, lo había acompañado en el funeral incluso a pesar de haberle contado por qué quería que fuese.

Con las mujeres, siempre se había salido con la suya sin necesidad de ser sincero con ellas. Las había manipulado. Pero no lo había hecho con Diane.

Pensó en lo que sabía de su pasado. Sus padres la habían ignorado y no tenía más familia, así que no le había quedado más remedio que depender de sí misma.

Sintiéndose mal, tomó el teléfono instintivamente. Pero volvió a dejarlo. Todavía no estaba preparado para hablar con ella. Si lo hacía, volvería a ser sincero y ésa no parecía la opción más segura.

Ya la llamaría más tarde.

Diane no volvió a saber de John hasta el domingo por la tarde, antes de que se fuera a Denver.

–Diane, soy John. ¿Cómo estás?

–Bien.

–Siento el modo en que te pedí que te sentaras a mi lado en el funeral. Te ha debido de parecer muy egoísta.

–Está bien, John, lo entendí.

–Sí, bueno. Dentro de un rato me voy a Denver. Siento no haber podido pasar a verte. He estado muy ocupado.

–Sí, claro. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

–Un par de días. Te avisaré antes de aparecer en tu puerta.

–Ya sabes que siempre eres bienvenido, John. Te echaré de menos.

–Yo a ti también, cariño. Las cosas volverán a la normalidad en breve, ya lo verás.

Lo único que podía hacer era tener esperanza.

El lunes por la mañana, tan pronto como Diane llegó a la oficina, llamó a su médico. Le prometieron hacerle un hueco, así que tomó el bolso y le dijo a Wendy dónde iba.

–¿Estás enferma?

–Creo que debe de ser gripe, pero quiero asegurarme.

–Claro. Yo te cubriré.

–Gracias, Wendy.

Diez minutos más tarde, estaba en la consulta del médico explicándole a la enfermera los síntomas que tenía. Luego, la mujer le tomó la tensión y le dio un bote para el análisis de orina. Después, pesó a Diane y no hubo ninguna duda de la pérdida de peso: tres kilos. ¿Se trataría de algo serio?

La enfermera la acompañó a la consulta y esperó impaciente al médico.

–Tengo entendido que está teniendo náuseas y que ha perdido peso –dijo el doctor una vez revisó los datos–. Bueno, creo que he descubierto el problema.

Hizo una pausa y Diane se apretó las manos.

–Espero que sean buenas noticias –añadió–. Está embarazada.

–¿Qué? ¡No puede ser!

–¿Quiere decir que no ha tenido relaciones sin protección?

Diane volvió a sentarse en la camilla.

–Hace años que tomo la píldora anticonceptiva por un problema de piel.

–A ver qué composición tienen esas píldoras. Ah, ya lo tengo aquí anotado. No son lo suficientemente fuertes como para prevenir un embarazo.

–Pero la última vez... Me refiero a que no es la primera vez que tengo relaciones y nunca me había quedado embarazada.

El médico se encogió de hombros.

–La píldora no es un método anticonceptivo cien por cien eficaz. La próxima vez, yo tendría más cuidado. ¿Qué quiere hacer con el bebé? Debe de estar de un mes. ¿Quiere quedárselo?

Diane se quedó mirándolo. ¿Qué le estaba preguntando? La cabeza le daba vueltas.

–¡Sí! –exclamó, llevándose la mano al vientre–. Quiero quedármelo.

–Me alegro de oírlo.

–Pero tendré que mudarme –dijo Diane, pensando en alto.

¿Adónde se iría? Dallas era el único hogar que había tenido.

–¿Por qué tiene que hacer eso?

–No estoy casada.

–Lo sé, pero quizá el padre...

–¡No! No voy a decírselo.

–Pero así ayudará al mantenimiento del niño.

–No, no es necesario.

–Diane, es la ley. No será el primer hombre al que le pase algo así. Todo irá bien.

–Le diré dónde tiene que mandar mi expediente.

–¿De veras dice lo de mudarse?

–Sí, no tengo otra opción –dijo Diane sonriendo.

–Bueno, al menos deje que le recete unas pastillas para ayudarle a digerir la comida. También le mandaré tomar unas vitaminas. Asegúrese de tomar una cada día.

–Lo haré, doctor. ¿No puede ser un error, verdad? ¿De veras estoy embarazada?

–Así es. Si no se muda, la veré el mes que viene. Pídale una cita a la enfermera. Siempre puede cancelarla.

–De acuerdo. Muchas gracias, doctor.

–No se olvide de las pastillas para las náuseas.

–¿Cuánto tiempo tengo que tomarlas?

–No creo que le haga falta tomarlas más de tres meses.

–Gracias –dijo Diane, tratando de pensar en lo que iba a hacer.

El doctor le dio un puñado de panfletos.

–Esto puede contestar las preguntas que tenga, pero si hay algo que le preocupe, llámeme.

Mientras se dirigía al coche, Diane fue haciendo una lista en su cabeza. Una vez sentada ante el volante, sacó papel y lápiz y empezó a escribir. No podía perder tiempo cometiendo errores.

Una vez en el banco, fue al despacho del presidente y le dijo a la secretaria que tenía un asunto urgente y que necesitaba verlo enseguida.

Después de consultar a su jefe, la secretaria la acompañó hasta la oficina.

El señor Harvey se levantó y sonrió, indicándole que se sentara.

–Me dice mi secretaria que tienes algo urgente, Diane. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

–Me gustaría ser trasladada a nuestras oficinas en Atlanta.

Se había decidido por Atlanta porque era el único sitio en el que había estado en el que se imaginaba capaz de vivir.

El ejecutivo frunció el ceño. Le agradaba Diane y le parecía buena en su trabajo. No le gustaba lo que estaba oyendo.

–¿Y por qué ibas a querer hacer eso? ¿Quieres un aumento? Creo que podría...

–Señor Harvey, me voy a Atlanta. Quiero tener un trabajo allí, pero si no, me las arreglaré. Me voy mañana.

–¿Puedo convencerte de que no lo hagas?

–No –dijo enderezándose en la silla–. ¿Puede ayudarme con lo del trabajo?

–Tendré que hacer unas llamadas. ¿Ni siquiera me vas a explicar por qué? Diane se levantó.

–Lo siento, no puedo. Por favor, llámeme cuando tenga una respuesta –dijo y estrecharon las manos antes de que Diane se fuera.

Cuando llegó a su despacho, llamó a Wendy para que la ayudara.

–Wendy, por favor, no se lo digas a nadie, pero me voy y necesito que me ayudes a recoger mis cosas. Mientras te ocupas, prepararé un informe de las inversiones que he hecho últimamente.

–¿Pero por qué te vas?

–No puedo decírtelo, así que por favor no preguntes y no se lo digas a nadie.

–¿Cuándo te vas? –preguntó Wendy, al borde de las lágrimas.

–Hoy.

Wendy se emocionó, pero Diane la ignoró. Tenía que preocuparse del hijo que estaba esperando. Lo demás no importaba.

Las dos mujeres trabajaron codo con codo durante casi una hora.

De repente, el teléfono sonó. Era el señor Harvey.

–Diane, he hecho los arreglos necesarios para Atlanta. Tu jefe será el presidente, el señor Wilborough. ¿Cuándo llegarás?

–El lunes que viene. Le agradezco mucho su ayuda, señor Harvey.

–No tienes por qué.

Deseaba contarle los motivos de su marcha, pero no podía hacerlo.

Después de colgar, miró a Wendy.

–Ya me voy. Gracias por tu ayuda.

Su secretaria la abrazó, llorando.

–No llores, Wendy. Estoy segura de que tu nuevo jefe estará contento contigo.

–Gracias –dijo Wendy sollozando.

Diane tomó la caja con sus cosas y se fue. En el ascensor, la dejó en el suelo. Era demasiado pesada. Al llegar a la planta baja, la levantó y salió,

deseosa de salir del edificio antes de que se encontrara con alguien conocido. Pero justo en el vestíbulo, se dio de bruces con Mark Golan.

–Diane, deja que te ayude con esa caja.

–Gracias, Mark, pero puedo arreglármelas.

–Tonterías. ¿Adónde la llevas?

–A mi coche, pero puedo con ella.

–No, yo la llevaré. Elizabeth no me perdonaría nunca si no te ayudara.

Diane no dijo nada más. Le sujetó la puerta y la siguió hasta su coche.

–Te agradezco mucho tu ayuda, Mark –dijo al llegar.

–Diane, no es asunto mío, pero parece que son las cosas de tu mesa. Y la única razón para ello es...

–Me voy, Mark. Espero que no lo vayas contando por ahí. Me voy a otra sucursal.

–¿De veras? ¿Y John? Quiero decir que pensaba que...

–No, todos sabíamos que era algo temporal. John no para.

–¿Has hablado con él?

–Claro.

–Elizabeth y yo te echaremos de menos –dijo Mark.

De repente, Diane se sintió embargada por la emoción.

–Yo también os echaré mucho de menos. Dile a Elizabeth que... Bueno, la llamaré dentro de unos días.

–De acuerdo. Buena suerte, Diane –dijo y se despidió con un abrazo.

Al llegar a casa, buscó el nombre de una empresa de mudanzas y llamó. Quedaron para la mañana siguiente. Luego, se tumbó en la cama con la intención de que fuera tan sólo por unos minutos.

Dos horas más tarde se despertó. Enojada por el tiempo que había perdido, comió a toda velocidad y recordó las pastillas que tenía que comprar. Tomó las recetas y corrió a la farmacia. Luego, paró a echar gasolina para no tenerlo que hacer al día siguiente cuando tuviera todo preparado.

De vuelta a casa, vació la nevera y se lo dio a sus vecinas, excepto algo congelado para cenar. Sorprendidas, las azafatas aceptaron la comida y le dijeron que la extrañarían.

Al regresar a su apartamento, borró la sonrisa de su rostro. Iba a echar de menos su casa. Había sido su hogar desde la universidad y allí había sido feliz. Pero había llegado el momento de irse.

Empezó a guardar su ropa y después de llenar tres maletas, se dio una ducha rápida, tratando de no pensar en las que se había dado con John.

Se llevó las manos al vientre. Todo lo que había hecho ese día había sido por su bebé. Se mudaba por el bien del pequeño. Sabía que su vida tenía que seguir sin John. La había estado evitando toda la semana.

Había ocurrido demasiado pronto, aunque irónicamente, en el momento perfecto. Podía desaparecer sin relevarle el secreto. No tenía por qué saber que iba a tener un hijo. No se sentía culpable por no decírselo. John le había dicho una y otra vez que no quería casarse ni tener hijos.

El teléfono sonó y resultó ser él.

–Hola, John –dijo, tratando de no mostrar ninguna emoción en su voz–.
¿Sigues en Denver?

–Sí, volveré mañana por la noche.

–Bien.

–¿Va todo bien?

–Sí, no he hablado con Gladys ni con Mildred, pero imagino que estarán bien.

–Acabo de hablar con ellas –dijo él.

Se quedaron en silencio. Diane no sabía qué decir. No podía pedirle que fuera a verla cuando volviera puesto que no estaría allí.

–Bueno, tan sólo quería saber cómo estabas. Gladys tenía miedo de que no estuvieras comiendo.

–Claro que estoy comiendo.

–Te veré a la vuelta.

–Que tengas un buen viaje.

Ni siquiera había tenido que mentirle. Había sido una conversación banal con el hombre al que amaba.

Se dejó caer en el sofá. ¿Qué acababa de pensar? No podía amarlo, pero así era y siempre sería, como padre de su hijo. Unas lágrimas rodaron por sus mejillas. Sabía que la ruptura le dolería, pero había estado tan concentrada en el bebé que no había reparado en el dolor.

Se tumbó en el sofá y se tapó con una manta, con las lágrimas surcando su rostro. Por primera vez en su vida se había entregado al hombre del que se había enamorado. Y ahora, ya no formaba parte de su vida.

Poco a poco fue calmándose. Tenía que ser fuerte por el bebé. Su deber era protegerlo y quererlo más que a nadie. Quería hacer lo que sus padres no habían hecho.

¿Sería un niño? Angi había dicho que los hombres de la familia Davis sólo tenían hijos varones. Prefería una niña porque sabría mejor cómo tratarla.

Pero si era niño, también estaría bien.

Se levantó del sofá y metió la cena en el microondas. A partir de ahora iba a tener que hacer comidas equilibradas. Antes cocinaba más, pero con las responsabilidades del trabajo, cada vez pasaba menos tiempo en la cocina.

Después de cenar, se tomó la pastilla para la digestión y se metió en la cama. Estaba tan cansada que no oyó el teléfono cuando sonó una hora más tarde.

CAPÍTULO 14

JOHN paseaba de un lado para otro en su habitación del hotel, tratando de comprender lo que le estaba ocurriendo. Diane estaba bien. Acababa de hablar con ella. Pero entonces, ¿por qué estaba reprimiendo las ganas de volver a llamarla?

Porque no habían hablado de nada importante. Quería escucharla decir que sentía algo por él. Al menos, podía decirle eso. Descolgó el teléfono y marcó su número.

Sonó unas seis veces, pero ella no contestó. John colgó el auricular y comenzó a dar vueltas preocupado. Quizá hubiera salido a comprar algo. Lo intentaría más tarde.

De pronto, sonó el teléfono y corrió a contestar.

–¿Diane?

–Siento decepcionarte. Soy Mark.

–Hola, Mark. ¿Cómo estás?

–Confundido y algo enfadado.

–¿Por qué?

–Por la marcha de Diane. Sé que no sueles durar mucho con la misma mujer, pero Diane es especial y creo que no has hecho lo correcto dejándola así.

John se quedó de piedra.

–¿De qué estás hablando?

–Estoy hablando de la marcha de Diane del banco. La ayudé a sacar una caja este mediodía. Eran las cosas de su mesa.

–¿Qué? ¿La han despedido? Me ocuparé de todo. Dime con quién tengo que hablar.

–A quien tienes que llamar es a Diane. He hablado con Wendy, su secretaria. Le mentí diciéndole que Diane me había hablado de su marcha y me ha contado lo que ha pasado. Diane tenía una cita con su médico esta mañana.

Al volver, fue directamente al despacho del presidente y le pidió que la mandara a Atlanta. Por cierto, no se supone que debería estar contándote esto. De todas formas, intentó que se quedara e incluso le ofreció un aumento de sueldo. Ella le dijo que se iba a Atlanta, con o sin trabajo. Pero no quiere que se vaya del banco, así que le ha ofrecido un puesto en las oficinas de Atlanta. Empieza el lunes que viene.

John sintió que la cabeza le daba vueltas.

—Esto no tiene sentido. Hablé con ella hace un rato y todo parecía ir bien. Si está pensando en marcharse, me lo habría dicho.

—¿Tenéis algún tipo de acuerdo?

—¡Claro que no! Nunca permito que una mujer me retenga.

—Entonces, ¿tú tampoco puedes retenerla? ¿Te parece bien que se vaya?

—¡No! —replicó John—. Se supone que debe estar ahí o, al menos, avisarme de que se va a marchar.

—Lo que sirve para uno, sirve para el otro —dijo su amigo—. Seguro que has aprendido eso de tu padre.

—¡Maldita sea! Tengo que pensar —murmuró—. ¿Ha hablado Elizabeth con ella?

—No. Se me pasó por la cabeza pedirle que la llamara, pero no sabía qué hacer. Al menos, alégrate de que no estuviera colada por ti.

—No me alegro. Pensé... Por cierto, ¿qué tiene que ver la visita que ha hecho al médico con lo que ha pasado?

—No lo sé. No parecía estar enferma. Quizá algo pálida.

—Ha estado perdiendo peso. Gladys me lo ha dicho varias veces.

—No sé nada de enfermedades femeninas.

—Déjame hablar con Elizabeth un momento.

—De acuerdo, voy a buscarla.

John se sentó sintiéndose cada vez más frustrado. Deseaba tener delante a Diane y obligarla a decirle qué estaba pasando.

—¿Sí?

—Elizabeth, soy John. Mark y yo estábamos hablando, pero no sabemos mucho sobre cuestiones femeninas. Diane ha ido hoy al médico, ha vuelto al banco y ha dejado su trabajo. ¿Qué le ha podido decir el médico para que quiera marcharse?

—¿Ha estado enferma últimamente?

—Ha perdido peso y no tiene apetito.

—¿Cuánto tiempo hace que lleva perdiendo peso?

–Un par de semanas.

–¿Ha tenido náuseas?

–Creo que no, al menos que yo me haya dado cuenta. Estos días he estado muy ocupado con el entierro y funeral de mi padre.

–Sí, claro. La vi el día del funeral y parecía algo cansada. ¿Habéis tenido alguna discusión? –No. Quizá he estado algo ausente.

–Bueno, lo que me cuentas me hace pensar en cuando yo estaba embarazada.

El corazón de John se detuvo.

–¿Perdiste peso estando embarazada?

–A algunas mujeres les ocurre. A mí me pasó durante la temporada en que vomitaba cada mañana. Si Diane no ha estado enferma, no sé qué le puede estar pasando.

–No puede estar embarazada. Está tomando la píldora. Debe de ser otra cosa.

–Entonces, no sé qué decirte, John.

–¿Me puedes hacer un favor?

–Lo intentaré. ¿Qué quieres?

–Quiero que vayas por la mañana y hables con ella. A ver qué puedes averiguar y retenla todo lo que puedas. Tomaré el primer vuelo que haya y estaré ahí lo más pronto que pueda. No quiero perderla.

–De acuerdo, iré. De todas formas, quería verla antes de que se marchara.

–Gracias, Elizabeth.

Después de colgar, John llamó a la línea aérea para cambiar su reserva. ¿Podría permanecer tranquilo durante las dos horas de vuelo?

¿Y si se marchaba antes de que él llegara? No, no iba a pensar en eso. Llegaría a tiempo y la convencería de que no se fuera. Cuando se reconciliaran, la llevaría arriba y le haría el amor.

¿Acaso estaba cambiando su opinión acerca del matrimonio? Tenía que admitir que estaba dispuesto a considerar el matrimonio si ésa era la única manera de hacer que se quedara.

Pero Diane nunca le había pedido que se casara con ella. ¿Por qué iba a ser ahora eso importante?

Siguió pensando en la visita al médico. Algo había pasado en la consulta que no sabía. Pero lo descubriría.

A la mañana siguiente, Diane no desayunó. Había quedado con la

compañía de mudanzas a las nueve, así que puso el despertador a las ocho. Cuando sonó, le costó trabajo levantarse. ¿Por qué estaba tan cansada? La noche anterior se había acostado temprano.

Quizá tuviera algo que ver con el embarazo. Tomó los panfletos que le había dado el médico y enseguida encontró un artículo que explicaba el cansancio durante los primeros tres meses de embarazo.

—Así que ése es el motivo.

Aunque no pensaba marcharse antes del mediodía, tenía planeado conducir unas ocho horas. No estaba segura de que pudiera hacerlo durante tanto tiempo. Si era necesario, se tomaría un día más para hacer el viaje.

Miró el reloj y se vistió a toda prisa. Acababa de peinarse cuando llamaron a su puerta.

—¿Señorita Black? —preguntó el hombre.

—¿Sí?

—Soy Gene Cowers, de la empresa de mudanzas.

—Pase —dijo conduciéndole hasta el salón—. ¿Quiere que le enseñe la casa primero?

—Sí, señora. ¿Quiere que embalemos todo?

—Sí, por favor. Ya he guardado la ropa. Hasta ayer no sabía que iba a mudarme. Empiezo en mi nuevo trabajo el próximo lunes, así que necesito llegar cuanto antes para buscar un sitio donde vivir.

—No le han dado demasiado tiempo —dijo el hombre frunciendo el ceño.

Diane sonrió.

Después de enseñarle el apartamento, se sentaron a la mesa de la cocina y repasaron los detalles, algo que llevó más tiempo de lo que Diane esperaba. Cuando terminaron, eran las diez y media.

—¿Podemos empezar a embalar? —preguntó el hombre.

—Sí, por favor. ¿Podría ayudarme alguien a bajar mis maletas?

Él la miró extrañado, pero dijo que sí.

Al bajar a la calle, un coche se detuvo y Elizabeth Golan se bajó.

—Elizabeth, ¿qué...?

—Quería despedirme, Diane, y hacerte prometer que me enviarás tu nueva dirección —dijo y miró al hombre—. Siento si interrumpo.

—No, este caballero es de la empresa de mudanzas. Van a recoger mis cosas. Le he pedido que me baje las maletas.

—Qué amable —dijo Elizabeth y añadió—: ¿Has desayunado algo?

—No, pero...

–Entonces, ven a desayunar conmigo. Hay una cafetería a un par de manzanas que sirven unas deliciosas tortitas. No tardaremos mucho.

Diane no pudo rechazar el ofrecimiento de Elizabeth. Iba a echarla mucho de menos.

–Muy bien.

–Si alguien viene preguntando por ella, dígame que enseguida vuelve –dijo Elizabeth al hombre.

Diane la miró extrañada.

–No va a venir nadie, Elizabeth. Mi secretaria, Mark y tú sois los únicos que sabéis que me voy. No creo que el señor Harvey haya ido por ahí contandoselo a todo el mundo.

Su amiga rió.

–Probablemente no. Me siento un poco culpable por robarte tu tiempo, pero me alegro de que hayas dicho que sí. Venga, yo conduciré.

Diane se metió en el coche de Elizabeth, preguntándose si debería haber rechazado la invitación. Pero Elizabeth se había convertido en una gran amiga y por dedicarle media hora, tampoco iba a pasar nada.

–Voy a pasar de mi dieta y voy a pedir tortitas –dijo Elizabeth una vez estuvieron sentadas en la cafetería. ¿Y tú?

Diane echó un vistazo al menú.

–Yo también.

–Estupendo. Así Gladys no se preocupará porque pierdas peso. Te llevas muy bien con ella y con Mildred, ¿verdad?

–Son unas mujeres estupendas. Creo que si Doug se hubiera casado con Mildred después de la muerte de la madre de John, habría sido feliz.

–Me pregunto si ella lo amaba.

–Nunca lo ha dicho, pero desde luego que se preocupaba por él. Creo que es una mujer estupenda. Está viviendo en casa de John mientras se vende la casa.

–¿Se quedará allí mucho tiempo?

–No lo sé. John dijo algo de darle los beneficios de la venta para su jubilación.

–¡No está mal!

–Creo que se lo ha ganado. En su lugar, yo no habría querido trabajar para Angi ni para ninguno de los otros.

Cuando la camarera les tomó la orden, Diane pidió una taza de té. Elizabeth le preguntó por qué no tomaba café y Diane le contestó que ya estaba

despejada. Las bebidas llegaron al momento. Diane abrió el bolso y sacó una vitamina.

–¿Qué es eso? –le preguntó Elizabeth.

–Vitaminas. Fui al médico y me mandó tomarlas –dijo ocultando la etiqueta.

–Eso está bien, especialmente ahora con la mudanza.

La camarera volvió con las tortitas.

A diferencia de Elizabeth, Diane no les puso sirope y empezó a comer lentamente.

–¿Qué clase de casa vas a buscar en Atlanta?

–No lo sé. Apenas conozco Atlanta. Hace tiempo, estuve allí un par de días para una conferencia. La gente es muy amable.

–¿Y sólo porque son amables has decidido mudarte allí?

–No, claro que no. Pero si tenía que irme, pensé que... Quiero decir que un cambio de aires siempre viene bien.

–¿Cuántas veces te has mudado anteriormente?

–Ninguna –contestó Diane sintiendo calor en las mejillas.

–¿Ninguna? ¿Has vivido siempre en el mismo apartamento?

–No, me mudé allí después de la universidad.

–¿Dónde fuiste a la universidad?

–Aquí en Dallas.

–Quizá sea hora de que te mudes –dijo Elizabeth con una sonrisa–. Pero habría preferido que no lo hicieras ahora.

Diane vio que Elizabeth contenía las lágrimas y tomó de la mano a su amiga.

–Yo también. Te llamaré y te daré mi dirección, te lo prometo. Pero no puedes dársela a nadie, ni a Mark.

–¿Por qué? –preguntó Elizabeth.

–No quiero que nadie la sepa.

–Pero Diane, podríamos ir a visitarte o ir yo sola. En ese caso, le tendría que dar el teléfono a Mark por si hay algún problema con los niños.

–Tienes razón.

En aquel momento se dio cuenta de que tampoco podría confiar en Elizabeth. Tampoco era justo pedirle que ocultara algo a su marido.

–¿Cuándo llegarás a Atlanta?

–Creo que tardaré tres días. Tendré el fin de semana para encontrar un apartamento.

Elizabeth no parecía tener más preguntas. Ambas continuaron en silencio comiéndose las tortitas.

Hasta que Diane comenzó a sentir que el estómago se le revolvía. Dejó la mesa y corrió al baño.

Elizabeth se quedó mirándola, con una sonrisa en los labios. Cuando Diane volvió a la mesa, se mostró preocupada.

–¿Estás bien? Habría ido detrás de ti, pero con nuestros bolsos en la mesa, no sabía qué hacer.

–Estoy bien. Sólo necesitaba... ir al baño. Siento si te he asustado.

–Me alegro de que estés bien. Ahora entiendo por qué estabas perdiendo peso. Quizá deberías volver al médico.

–No. Me dijo que las pastillas tardarían un tiempo en hacer efecto.

–Bueno, quizá deberías intentar acabarte las tortitas.

–Creo que sólo me tomaré el té.

–Como quieras.

Después de terminar de desayunar, Elizabeth pagó la cuenta y volvieron al coche.

A Diane le dio la impresión de que su amiga conducía muy despacio.

–¿Pasa algo, Elizabeth?

–No, ¿por qué lo preguntas?

–Vamos muy despacio. No quiero meterte prisa, pero tengo que hacer muchas cosas.

Justo en ese momento, el teléfono móvil de Elizabeth sonó.

–¿Hola? Ah, hola Mark. ¿De veras? De acuerdo, estoy llevando a Diane a casa. Luego nos vemos.

–¿Vas a comer con Mark? –preguntó Diane.

–Quizá. Se ha tomado el día libre para cuidar de los niños para que yo pueda ocuparme de algunas cosas.

–Qué buena idea. Mark es un encanto.

–Sí, es un gran hombre, a pesar de ser un aburrido banquero –dijo Elizabeth riendo.

No volvieron a hablar hasta que Elizabeth detuvo el coche delante del edificio.

–Mira, ahí está el camión.

–Sí –dijo Diane.

De repente, se sintió triste. No quería marcharse, pero no podía quedarse.

Diane abrió la puerta y salió. Elizabeth rodeó el coche y la abrazó.

Cuando la soltó, Diane se dirigió hacia su coche. Pero en el camino se interpuso John.

CAPÍTULO 15

DIANE ahogó un grito y estuvo a punto de caer sobre el coche de Elizabeth. Se suponía que antes de que volviera John, ella se habría marchado.

–No pretendía asustarte –afirmó John sujetándola.

–Es sólo que me has sorprendido. Creí que volvías esta noche.

–Entonces, se trata de una agradable sorpresa, ¿no?

Se inclinó y la besó delante de Elizabeth y de los hombres que se estaban ocupando de la mudanza.

Antes de poder contenerse, Diane le devolvió el beso. Era un beso de despedida, se dijo, tratando de justificar sus actos. Después de todo, nunca más volvería a hacer aquello ni a sentir su cuerpo junto al suyo.

Cuando sus labios se separaron, él reparó en el camión.

–¿Quién se muda? ¿Jennifer? He oído hablar tanto de ella que estoy deseando conocerla.

–No, no es Jennifer. Ella ya se mudó.

–Entonces, es la azafata. Al menos, dejará de perseguirme.

Diane no quiso corregirlo. Dejaría que pensara eso.

–¿Estás bien? –preguntó John–. De repente tienes mala cara.

Ella respiró hondo y fijó la mirada en el camión.

–Estoy bien.

John la tomó de la barbilla, obligándola a mirarlo.

–Subamos arriba para estar solos.

–¡No! –exclamó–. Mi apartamento está... desordenado. No he tenido tiempo de arreglarlo.

–Soy yo, Diane. No me importa. Quiero estar contigo.

Sentía pánico. Su corazón latía desbocado.

–No.

–Entonces, vayamos a mi casa. Podemos comer con Gladys y Mildred y, después, irnos a mi habitación.

–No puedo, John. Tengo que limpiar mi apartamento.

–Pues déjame ayudarte –se ofreció él.

–¡No!

Aquella palabra estaba empezando a darle vueltas en la cabeza. La frente se le estaba llenando de sudor.

John miró a Elizabeth, que seguía allí quieta.

–¿Puedes conseguir que alguien venga a limpiar el apartamento? Yo me ocuparé de los gastos.

–¡No! Nadie va a limpiar mi apartamento más que yo.

–Tranquilízate, cariño. Tan sólo estoy intentando estar a solas contigo un rato. La semana pasada no hemos tenido mucho tiempo.

–¿Y de quién es la culpa? –dijo ella antes de poder controlarse.

No quería tener aquella conversación. Lo único que quería era irse de allí sin hacer más difíciles las cosas.

–Lo sé. He estado ocupado con muchas cosas.

–¿Qué más aparte de la muerte de tu padre?

Por unos instantes, él no dijo nada y buscó su mirada.

–Deseaba estar contigo, pero pensé que ese sentimiento desaparecería si me controlaba –dijo tomándola por los hombros–. Pero no ha sido así. Te necesito más que nunca, Diane.

–¡No te creo!

No podía hacerlo. Se iba. Su cabeza empezó a dar vueltas.

–Me has besado como si me creyeras –dijo él, perdiendo la calma.

–¡Vete, John! No puedo entretenerme contigo ahora mismo.

Se soltó, pero estaba demasiado mareada como para mantener el equilibrio.

–Pues tendrás que hacerlo, porque no voy a marcharme.

Pero antes de que él terminara de pronunciar aquellas palabras, Diane sintió que el suelo se movía y cayó. John la sujetó antes de que tocara el pavimento.

–Diane, contéstame –dijo tomándola entre sus brazos.

Pero estaba inconsciente.

John miró a Elizabeth, que había corrido a su lado.

–Voy a llevarla arriba –dijo dirigiéndose al edificio.

Elizabeth lo detuvo.

–No puedes. Están empaquetando todas las cosas de su apartamento. Llévala a mi casa.

Estaban empaquetando las cosas del apartamento. ¿Por qué? Apartó aquellas preguntas de su cabeza para concentrarse en la mujer que tenía en brazos.

John la llevó a su coche y la dejó en el asiento trasero. Luego se sentó al volante y puso el aire acondicionado a máxima potencia. Mientras daba marcha atrás, llamó a Gladys.

–Voy a llevar a Diane a casa –dijo–. Prepárele una habitación.

–¿Qué le pasa?

–No lo sé. Se ha desmayado.

–No tarde, John.

Eso era lo que intentaba. De repente reparó en que Elizabeth podía saber lo que le estaba pasando. ¿Le habría contado Diane lo que le ocurría?

John apretó el acelerador y en tres minutos llegó a su casa. La sacó en brazos, atravesó el jardín y llamó al timbre.

Cuando Gladys abrió la puerta, lo precedió escaleras arriba hasta el primer dormitorio de la derecha. La cama estaba abierta y, rápidamente, Gladys le quitó los zapatos y le ayudó a acomodarla.

–¿Por qué se ha desmayado? –susurró.

–Estábamos discutiendo –admitió John–. No quería subir a su apartamento conmigo porque decía que estaba sucio.

–No debería haber insistido –dijo Gladys–. A lo mejor anoche no dormí bien. Él sacudió la cabeza.

–Lo único que quiero es estar con ella. No sabrá dónde está cuando se despierte.

El timbre de la puerta principal llamó su atención.

–Deben de ser Mark y Elizabeth. Creo que Elizabeth sabe lo que le pasa.

John salió y bajó la escalera, antes de abrir la puerta a sus amigos y hacerlos pasar.

–Elizabeth, ¿sabes lo que le pasa a Diane? –le preguntó.

–No estoy segura –dijo bajando la mirada–, pero me contó que había ido al médico porque estaba perdiendo peso. Esta mañana se tomó una vitamina que le había recetado.

–¿Así que se ha desmayado porque no ha estado comiendo suficiente? ¿No has ido a desayunar con ella?

–Sí –dijo Elizabeth e hizo una pausa antes de continuar–: No comió mucho.

–¡Sabes algo que no me estás diciendo! –exclamó John.

–¡No! –dijo Elizabeth–. No me ha contado lo que le pasa ni me ha dicho por qué se va.

–Pero imaginas por qué, ¿verdad?

Gladys entró de puntillas en la habitación, se acercó a la cama y sacudió el hombro de Diane para ver si se despertaba. Después de unos segundos, Diane comenzó a parpadear.

–Diane, soy Gladys. Está en la casa de John porque se ha desmayado. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

–¿Está aquí John? –dijo tratando de incorporarse, pero Gladys se lo impidió–. No quiero que venga. No quiero verlo.

–No se preocupe, querida. No dejaré que entre hasta que usted me lo diga. De momento, le he traído una limonada para que se la tome.

–Gracias, Gladys.

Con su ayuda, Diane se sentó y dio un sorbo. Luego comió un puñado de galletas que la mujer le había subido y bebió más limonada. Pero enseguida se sintió agotada de nuevo.

–Creo que necesito dormir un rato.

–Claro, querida. Duerma todo lo que quiera –dijo y volvió a salir de puntillas.

En cuanto llegó a la cocina, John interrumpió su conversación con Elizabeth.

–Gladys, ¿cómo está?

–Está durmiendo ahora. No ha debido de descansar mucho últimamente.

–Podría ser eso, pero...

John recordó que Diane no había contestado el teléfono cuando la llamó la noche anterior. ¿Habría pasado la noche fuera?

–¿Está viendo a alguien? –preguntó mirando a Elizabeth.

–¿Cómo iba a tener tiempo de hacerlo?

–La semana pasada no estuve con ella.

–¿Y crees que necesita estar saliendo con alguien continuamente?

–No, pero aquí está pasando algo.

–Evidentemente, se muda –dijo Elizabeth–. Tendrás que preguntarle a ella lo que está pasando. Deja de pedirnos que lo adivinemos. No es justo para Diane.

–¿Se muda? –preguntó Gladys sorprendida.

–Sí, ha dejado su trabajo y ayer llamó a una empresa de mudanzas. Se marcha a Atlanta.

–Gladys, ¿te ha dicho algo Diane? –preguntó John.

–Sólo que quería dormir.

–¿Qué voy a hacer? –dijo John dejándose caer en una silla.

–No hay razón por la que no puedas ir a Atlanta –dijo Elizabeth, observando cuidadosamente su reacción–. Trabajaré en el mismo banco, pero en otra ciudad.

–¿Así que debería ir tras ella después de que ha dejado bien claro que no quiere nada conmigo?

–Pensé que la querías –dijo Elizabeth.

–Nunca he dicho eso –protestó.

–Quizá deberías hacerlo. Tienes que pensar en lo que Diane quiere y en lo que tú quieres.

–¿Qué es lo que quieres? –le preguntó Mark–. Ella ha confiado en ti y te ha demostrado que le interesas. Ha seguido tus reglas, así que no tienes motivo para protestar. Si quieres cambiarlas, tendrás que decírselo.

John se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro.

–He estado pensando en ello. Pero después de la muerte de mi padre tenía tantas ganas de estar con ella que me contuve. ¿No lo entendéis? Si le digo que la quiero, perderé el control.

Mark rió.

–Sí, yo también perdí el control. Y nunca he sido más feliz –dijo dándole una palmada a su amigo en la espalda–. Eso te hace humano, John. Despertarte junto a la misma mujer nunca es aburrido. Por la noche, después de meter a los niños en la cama, nos abrazamos y nos decimos lo mucho que nos queremos. Es algo maravilloso. No lo cambiaría por nada del mundo.

–Nadie ha hablado de niños –dijo John, incómodo.

Gladys dejó un plato frente a John.

–Quizá alguien debería hacerlo.

–¿Qué quieres decir?

–No quiero decir nada, pero para tu padre, tú fuiste lo mejor de su matrimonio con tu madre. Por desgracia, ella no vivió mucho, pero Mildred me ha contado lo mucho que os quería a ella y a ti.

–Sí, pero no hacía demasiado caso a mis hermanos.

–Eso es porque odiaba a sus madres. ¿Odiabas a Diane?

–Claro que no.

–¿La quieres?

–No estoy preparado para decirlo.

–¿Pero quieres que te diga que te quiere? –le interrumpió Mark.

–Es justo que yo sepa qué terreno piso.

–Creo que ella ya te lo ha dicho –dijo Elizabeth.

–¿Qué quieres decir?

John parecía estar a punto de saltar sobre la mesa.

–Se muda, ¿verdad? –dijo Elizabeth.

–Si he hecho algo tan terrible que lo único que puede hacer es irse, tengo que saber de qué se trata –dijo dirigiéndose a la escalera, pero Gladys lo detuvo, tomándolo por el brazo.

–No puede subir, John. Me pidió que no le dejara entrar en esa habitación.

–¡Ésta es mi casa!

Gladys insistió.

–Se lo prometí.

–Así que te dijo algo más de lo que me contaste –afirmó.

–Sí, pero no dijo mucho –dijo Gladys, nerviosa porque su mentira había quedado al descubierto–. Dijo que quería descansar y me pidió que no le dejara entrar en la habitación.

–Creo que deberíamos llamar a un médico.

–Conozco al médico al que fue a ver ayer –intervino Elizabeth–. No te contará nada confidencial, pero al menos te dirá si debes llevarla para que la vea.

–¿Por qué no me lo has dicho antes? –preguntó John.

–No debes obligarla a que te cuente lo que le pasa.

–Dejaré que seas tú la que hable con el médico, ¿te parece bien?

–De acuerdo.

Elizabeth sacó su teléfono móvil e hizo la llamada. Durante una de las cenas que habían compartido, habían descubierto que Diane y ella iban al mismo médico. Elizabeth explicó lo que había pasado y preguntó si era necesario que el doctor viera a Diane.

–¿Se ha golpeado la cabeza? –preguntó la enfermera.

–No.

–¿Ha dicho algo desde que se desmayara?

–Sí, pero ha vuelto a dormirse.

–Estará bien. Ahora necesita descansar mucho. Déjela dormir todo lo que

quiera.

–Desde luego.

Elizabeth colgó.

–La enfermera dice que está bien, que la dejemos dormir.

Gladys suspiró aliviada. Sin embargo, John no parecía satisfecho.

–¿Por qué no has hablado con el médico? Podría tener algo serio.

–Si la enfermera hubiera tenido alguna duda, habría consultado al médico. Me ha dicho que si presentara algún síntoma diferente, que volvamos a llamar.

–Sigamos el consejo de la enfermera y dejémosla dormir –propuso Gladys–. Tengo la sensación de que estará horas descansando. Será mejor que se vaya a trabajar –le dijo a John–. Yo la cuidaré.

–No dejes que se vaya. Estaría dispuesta a conducir hasta Atlanta.

–No, no dejaré que lo haga.

John asintió.

–Necesito estudiar unos proyectos.

–Y yo necesito pasarme por mi oficina. Elizabeth, ¿quieres que te deje en casa?

–Puede quedarse y, cuando quiera, yo la llevaré a su casa –intervino Gladys.

Una vez ambos hombres se hubieron marchado, Gladys sirvió más limonada y, junto con Mildred, prepararon unos sándwiches.

–Creo que está embarazada –dijo Gladys rompiendo el silencio.

–Está tomando la píldora anticonceptiva –respondió Elizabeth.

–La única explicación que le veo para que quiera irse es que esté embarazada –dijo Gladys.

–¿Qué pasó en el desayuno? –preguntó Mildred.

–Todo fue bien. Le pregunté por qué no tomaba café y me dijo que ya estaba despejada y que no necesitaba tomarlo. De repente, abrió los ojos como platos y corrió al baño. Por un segundo, se me pasó por la cabeza que estaba embarazada.

–¿Es la primera vez que vomita? –preguntó Gladys.

–No lo sé, pero quizá por eso fue al médico.

–Tiene sentido. Nunca ha tenido ninguna embarazada cerca y no conoce los síntomas.

–Es cierto –dijo Elizabeth–. Durante su infancia, sus padres no se preocuparon de ella y Mark dice que nunca los ve.

Mildred sacudió la cabeza.

–Es una pena. Es una joven encantadora. Angi fue muy grosera, pero ella se limitó a sonreírle. A Doug le gustó mucho. Me dijo que pensaba que John había encontrado a la mujer perfecta.

–No si él no se da cuenta –murmuró Elizabeth.

–Cierto. Si está embarazada y se va, nunca veremos al bebé. Y lo que es peor aún, criará a su hijo sola. Una madre primeriza necesita mucha ayuda. Me parte el corazón que se vaya.

Las demás compartían su preocupación y continuaron en silencio comiendo, hasta que escucharon unos pasos en la escalera.

Gladys saltó de su silla y salió a toda prisa de la cocina.

–¡Diane! ¿Cómo se encuentra?

–Estoy bien. Le agradezco que me haya dejado descansar sin que John haya venido a verme.

–Claro, lo necesitaba. Le prepararé algo de comer. Necesita llenar el estómago –dijo el ama de llaves conduciéndola a la cocina.

Diane se sorprendió al ver a Elizabeth allí.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó.

–Estoy disfrutando de mi día sin niños. ¿Cómo te sientes?

–Estoy bien, sólo necesitaba dormir.

–Y comer –dijo Gladys, que estaba calentándole un sándwich.

–La comida ha sido maravillosa. Te gustará –le dijo Elizabeth a Diane.

–No estoy segura de...

–Tiene que comer algo, Diane –dijo Gladys interrumpiéndola y lanzando una mirada cómplice a las demás mujeres–. Por el bebé.

CAPÍTULO 16

DIANE ahogó un grito y fingió.

–¿Qué bebé?

–Nos lo hemos imaginado –dijo Gladys–. No queremos que se vaya. Podemos ayudarla.

No tenía sentido mentir. Nunca se le había dado bien.

–Si me quedo aquí, John me pedirá que me deshaga del bebé. Y no quiero hacerlo.

–Claro que no –convino Mildred, acercándose a abrazarla–. Ni siquiera permitiremos que sugiera algo así.

–No puede impedírselo, Mildred. Siempre me ha dicho que no quería matrimonio ni hijos. Ésas eran las condiciones. Yo pensé que la píldora que tomaba por un problema de piel era suficiente, pero el médico me ha dicho que no era la más adecuada para prevenir un embarazo –dijo y suspiró, tratando de mantener la calma–. Si quiero tener el bebé, debo irme. John no debe saberlo.

–Pero debería saberlo –dijo Elizabeth.

–No, no puedo decírselo. Una vez que lo sepa, siempre se arrepentirá del tiempo que pasamos juntos.

–Creo que estás subestimando a John –dijo Elizabeth.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Mildred, con el ceño fruncido.

–Estamos dando por sentado que John no querrá al bebé. Pero ante la posibilidad de perder a Diane, creo que se casará con ella de inmediato.

–¿Y si no lo hace? –preguntó Diane.

–Entonces, no estarás peor que ahora, pero tendrás tres amigas dispuestas a ayudarte –dijo Elizabeth sonriendo.

–¿Debería quedarme?

–¿Por qué no?

–No podría involucraros a las tres en la vida de mi bebé.

–No veo por qué no –dijo Gladys–. Trabajo para John, pero no soy de su propiedad.

–Yo ni siquiera trabajo para él –dijo Mildred–. Podría irme a vivir con usted y cuidar del pequeño mientras va a trabajar.

–Eso sería maravilloso, pero no tengo trabajo ni dónde vivir. ¡Lo he estropeado todo!

–Estabas intentando proteger a tu hijo, Diane. Eso nunca está mal –dijo Elizabeth.

–Si puedo conseguir que me readmitan en mi trabajo, podré comprar una casa –dijo Diane sonriendo por primera vez en mucho tiempo.

–Llama enseguida al banco –le recomendó Elizabeth.

–Al señor Harvey no le va a gustar –dijo borrando la sonrisa de su rostro.

–Apuesto a que si todavía no ha encontrado a nadie, estará encantado.

Diane hizo la llamada. El señor Harvey se mostró dubitativo al principio, pero cuando le contó que estaba embarazada, enseguida accedió. Según le explicó, su propia esposa se había mostrado irracional durante sus embarazos.

Diane colgó el teléfono, después de pedir libre el resto de la semana y sonrió ante sus conspiradoras.

–Muy bien, ya vuelvo a tener mi trabajo. Wendy se quedará de piedra.

–También John –dijo Elizabeth–. Pero creo que se alegrará.

–Conozco una casa que creo que le gustará. ¿Por qué no va a verla? Está vacía –comentó Mildred.

–¿Dónde está?

–A un par de manzanas de aquí.

–¿Podemos ir ahora? –preguntó Diane deseando empezar su nueva vida.

–Deje que haga una llamada.

Al cabo de unos minutos, las cuatro se metieron en el coche de Elizabeth y llegaron hasta una bonita casa de dos plantas.

–No es tan grande como la de Doug o la de John, pero tiene cuatro dormitorios y tres baños.

–Parece perfecta –dijo Diane.

Cuando el empleado de la inmobiliaria llegó, les enseñó la casa. Al terminar el recorrido, el hombre les preguntó si tenían alguna duda.

–¿En qué banco dice que trabaja? –le preguntó a Diane.

–En el Guaranty National.

–Esta casa se embargó y creo que ese banco es ahora el propietario.

–Perfecto –sonrió Diane.

Cuando volvieron a casa de John, Diane llamó a la persona encargada en el banco de los bienes inmuebles para hablar de la casa.

–Ya la he comprado –anunció después de colgar.

–¿Tan rápido? –preguntó Elizabeth sorprendida

–Sí, conocen todos mis datos y mi solvencia económica. Me la han ofrecido a un precio inferior al de mercado y he aceptado.

–¿Cuándo le entregan las llaves? –preguntó Gladys.

–En cuanto vaya a recogerlas. Tengo que llamar al camión de la mudanza y darle la nueva dirección.

Sus amigas se ofrecieron para ayudarla con la mudanza.

–Habéis sido de gran ayuda.

–Para eso están las amigas –dijo Gladys–. Mildred y yo estamos deseando cuidar al bebé.

–Siempre me he cuidado yo sola, pero he de admitir que me siento mejor ahora. No sé qué se sentirá al estar embarazada.

–Ahí entro yo –dijo Elizabeth–. Puedes llamarme cuando quieras y preguntarme lo que sea.

–Eso será fantástico. El único problema será John.

–No será ningún problema. Caerá de rodillas suplicándole que le acepte, estoy segura –dijo Gladys.

–Eso no quiere decir que me quiera.

De repente, oyeron la puerta abrirse. Elizabeth tomó de la mano a Diane en un intento de tranquilizarla.

–¿Gladys?

–Estamos en la cocina.

–¿Se ha despertado Diane? –preguntó y apareció en la puerta de la cocina.

Al verla allí sentada, se quedó de piedra. Mark apareció tras él.

–¿Cómo te sientes? –preguntó John después de unos segundos.

–Bien. Gracias por traerme aquí.

–Llamamos a la consulta del médico para saber si teníamos que hacer algo, pero la enfermera nos dijo que estabas bien.

–Gracias.

–¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué te vas? –dijo incapaz de seguir conteniendo su desesperación.

–Ya no me voy.

–Eso está bien. ¿Por qué querías irte?

–No creo que quieras saberlo.

–De acuerdo –dijo John, pasándose la mano por el pelo–. Sigamos donde estábamos.

–No es posible.

–No tiene sentido. Si no vas a irte, no veo razón para que no podamos seguir como antes. A menos que quieras pedirme algo.

–No, John. No te pido nada –replicó evitando mirarlo.

–¿Por qué no?

–Me dijiste que no querías compromisos, que tenía que seguir tus reglas. Eso es lo que estoy haciendo.

–¿Por qué estáis todos aquí? ¿No tenéis algo que hacer? –farfulló John.

–Diane es nuestra amiga y le hemos ofrecido nuestra ayuda para solucionar sus problemas –respondió Gladys.

John se quedó allí de pie, con las manos en las caderas, mirándolos.

–Yo también le estoy ofreciendo mi ayuda, pero no me dice cuál es el problema –dijo John y se giró hacia Diane–. ¿Por qué lo saben ellos y yo no?

Diane alzó la barbilla.

–Porque ellos no van a enfadarse conmigo y tú sí.

–No, no me enfadaré.

–Bien, te lo diré –dijo y respiró hondo–. Fui al médico para saber por qué vomito tanto y por qué estoy perdiendo peso –y tragando el nudo de la garganta, añadió–: Estoy embarazada.

Debía de estar alucinando. Podía jurar que la había oído decir que estaba embarazada

–¿Cómo? –dijo mirándola a los ojos.

–Estoy embarazada.

¿Cómo podía estar tan tranquila? Su corazón latía con tanta fuerza que parecía que le iba a estallar.

–Sé que no quieres tener hijos, pero voy a tener el bebé. Así que pensé que lo mejor sería irme a una ciudad en la que nadie me conociera. Pero mis amigas me han convencido para que me quede y tenga a mi hijo.

–¿Aquí, en esta casa?

–No, no en tu casa –dijo y, poniéndose de pie, añadió–: Gracias por darme cobijo. Mildred, venga cuando esté lista. Elizabeth, gracias por apoyarme.

–Espera, ¿adónde vas? –preguntó John.

No podía darle aquella noticia e irse sin más.

Diane siguió caminando hacia la puerta y de repente, se detuvo.

–No he venido en mi coche. Elizabeth, ¿podéis llevarme a casa?

–Claro –contestó Elizabeth sin darle tiempo a su marido a decir nada.

Luego, rodeó a Diane con un brazo y salieron de la casa.

–¿Qué acaba de pasar? –preguntó John mirando a Gladys y Mildred.

–Le ha dicho la verdad y usted se ha comportado como ella preveía. Me ha defraudado, John –dijo Gladys mientras recogía la mesa.

–Le avisé de que no quería tener hijos.

–Hijo, tienes que aprender a pensar en los demás –dijo Mildred–. Estaba sola y asustada, dispuesta a hacer un largo viaje para empezar una nueva vida y proteger a su hijo. No era una decisión fácil.

–¿Por qué está todo el mundo en mi contra? No la he engañado. Al principio de nuestra relación le dije lo que esperaba.

Miró a las dos mujeres, pero Gladys no dijo nada y Mildred salió de la cocina.

No sólo había perdido a Diane, sino a las otras mujeres de su vida.

John se dejó caer en una silla, apoyó los codos en la mesa y la frente en las palmas de las manos.

–¿Qué hago ahora?

Después de hablar con la empresa de mudanzas, Diane salió del aparcamiento de Yellow Rose Lane por última vez. Condujo hasta un hotel y tomó una habitación.

Luego, hizo un sencillo plano de la casa y empezó a pensar dónde pondría el mobiliario. Iba a tener que comprar más muebles. No podía pedirle a Mildred que durmiera en un sofá cama. Además, pronto tendría que empezar a preparar la habitación del bebé.

Una vez más, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Tenía que dejar de pensar en John, por el bien de todos.

John no sabía dónde había ido Diane a pasar la noche. Podía haberse quedado a dormir en su casa, pero no le había dado opción de ofrecérsela. Sencillamente, había salido de su vida.

No pudo dormir aquella noche, imaginándose a Diane embarazada.

¿Dónde encontraría un sitio para vivir? Ahora tenía que ser muy cuidadosa.

De repente, recordó que estaba hablando de Diane, una mujer inteligente,

despierta y espabilada. Se las había arreglado muy bien sola durante toda la vida. Él había sido el que lo había estropeado todo, pero no había podido evitarlo. Algo en ella le atraía: su independencia, su inteligencia...

Sí, tenía que admitir que amaba a Diane Black y eso le asustaba. Ahora, no sabía dónde llamarla. ¿Dónde habría ido?

La necesitaba desesperadamente. Había creído que si pasaba un tiempo lejos de ella, conseguiría controlar esa ansiedad que sentía. Sin embargo, la había perdido completamente.

Recordando lo que había pasado durante el día, recordó que Diane le había dicho a Mildred que fuera cuando estuviera lista. ¿Adónde?

Se levantó, se puso unos vaqueros y un polo y bajó corriendo la escalera. Sólo estaba Gladys en la cocina.

–Buenos días, Gladys. ¿Dónde está Mildred?

–Está ocupada.

–¿No va a desayunar?

–Desayunará más tarde.

–Gladys, ¿qué es lo que me oculta?

–Mildred se va.

–¿Por qué? –preguntó John frunciendo el ceño.

–Porque ha encontrado algo que le gusta más.

–¿Dónde?

–Tendrá que preguntárselo a ella.

John se levantó y fue a la escalera para pedirle a Mildred que bajara.

–Ayer, cuando Diane se fue, te dijo que fueras cuando estuvieras lista. ¿Qué quería decir?

–Exactamente eso.

–Mildred, no quiero tener que suplicarte, pero necesito saber dónde está Diane. Quiero hablar con ella.

–Me voy a vivir con Diane para ayudarla durante el embarazo. Los tres primeros meses son difíciles porque estará cansada y tendrá mareos. Los tres siguientes no son demasiado malos y podremos preparar la casa. Los últimos, estará tan grande que no querrá moverse demasiado.

–¡Maldita sea! Si eso es verdad, ¿por qué quieren quedarse embarazadas las mujeres?

–Porque es la manera de tener el mejor regalo del cielo: un hijo.

–¿Vas a ayudar a Diane?

–Sí, nunca ha tenido en quién confiar y eso no está bien. Ocuparé el lugar

de su madre. Yo me sentiría orgullosa de tener una hija como ella.

John la abrazó.

–Gracias, Mildred.

–Hay algo que puedes hacer –intervino Gladys.

–¿El qué? –preguntó John, mirándola.

–Puedes decir que querrás a su hijo porque será tuyo también –dijo Gladys.

John no se molestó en negar su amor por Diane.

–Tengo miedo, Gladys. Si le digo que la quiero y que querré a nuestro hijo, quizá quiera algo más. Y no estoy seguro de poder dárselo.

–John, piensa en Diane. ¿Le ha pedido alguna vez algo?

John se quedó pensando unos minutos.

–No, pero tampoco me ha dicho que me amara.

–¿Y usted a ella?

–No, no lo he hecho porque... tenía miedo.

–Su padre le habría dicho que confiara en su instinto. Diane es una buena mujer y la madre de su hijo.

John miró a las dos mujeres.

–¿Me quiere?

–Tendrá que armarse de coraje y preguntárselo a ella –dijo Gladys.

–Lo haré, pero ¿dónde está?

–En la casa que se compró ayer –contestó Mildred.

–¿Se compró una casa ayer?

–Yo misma estaba pensando en comprármela, pero pensé que a ella le gustaría. No sabía que era de su banco.

–¿Hablas de la casa que hay a dos manzanas?

–Sí, los hombres de la mudanza estarán allí a las diez –dijo Mildred–. He quedado con ella en ir y ayudarla.

Aquél era su cometido. El cometido de un esposo, de un padre.

Mildred lo miró con un brillo especial en los ojos.

–¿Qué vas a hacer hoy? ¿Estás ocupado?

Él sonrió y se levantó, sintiéndose afortunado por aquellas dos mujeres que tenía delante y que tanto significaban para él.

–Sólo hay una cosa que tengo que hacer. Ir por mi mujer.

Diane llegó a su casa pronto. A pesar de que iba a echar de menos su apartamento, le gustaba la idea de tener su propio hogar. Recorrió la casa, imaginándose al pequeño. Era una lástima que en aquel sueño no estuviera John.

De repente, llamaron a la puerta. Pensando que serían los hombres de la mudanza, abrió la puerta de par en par y se encontró con John.

–Hola.

–Hola, Diane –dijo sonriendo–. Me he enterado de que vamos a ser vecinos.

–No tienes de qué preocuparte, no te molestaré.

–Maldita sea, Diane, no es eso lo que me preocupa.

–Entonces, ¿por qué estás aquí?

Él apartó la mirada y suspiró. Después de un largo silencio, la miró.

–Porque te amo y quiero saber si tú también me amas.

Ella se quedó observándolo fijamente.

–Claro que te quiero, pero no voy a cambiar de opinión acerca de tener el bebé.

–Nuestro bebé. No vas a tener sola a este niño.

–Sí, puede que no estuviera sola cuando me quedé embarazada, pero voy a tener a este niño yo sola.

–¿Y si digo que no?

–No veo que sea asunto tuyo, John. Ya no estamos juntos.

–Entonces, tendremos que casarnos, porque no puedo vivir sin ti. Y cuando nazca el bebé no podré vivir sin él.

–John, ¿qué estás diciendo? –dijo Diane con voz temblorosa.

–Trato de decirte que te amo. Por favor, cástate conmigo.

–¿Estás seguro?

–Sí.

Entonces, sólo había una respuesta.

–Sí, John, me casaré contigo, pero si me rompes el corazón no te lo perdonaré –dijo y se arrojó en sus brazos.

John la estrechó contra él.

–Quiero hacerte el amor aquí mismo –dijo arrinconándola contra la pared y devorando su boca.

–La mudanza llegará en cualquier momento –repuso Diane.

–Pero cuando nos casemos, vendrás a vivir conmigo, ¿verdad?

–Claro. ¿Podrá Mildred vivir con nosotros? Quiere cuidar del bebé.

–Lo arreglaremos, cariño. Puede que Mildred quiera comprarte la casa y venir a cuidar al bebé cuando nazca, si es que quieres volver al trabajo.

–¡Tengo que trabajar!

–Podrías hacer las inversiones desde casa.

–Podría hacerlo, ya lo pensaré.

Sonó el timbre de la puerta y Diane se apartó.

–Debe de ser la mudanza –dijo y se fue a abrir la puerta.

Saludó a los hombres y los dejó pasar.

Pronto, puso a John a trabajar también.

–Esto no es lo que tenía en mente cuando vine esta mañana –le susurró al oído al pasar junto a ella.

–Lo sé, pero tampoco tengo tantas cosas. Serán unos pocos viajes desde el camión a la casa.

Al rato, aparecieron Gladys y Mildred con comida. Ambas intercambiaron unas sonrisas cómplices con Diane.

–Gladys, Mildred, vamos a casarnos –les anunció nada más verlas–. ¿No es maravilloso?

John apareció en la puerta con una silla.

–Me alegro de que hayáis llegado. Quiero llevar a Diane a casa para que se eche una siesta. ¿Podéis ocuparos de la mudanza? Volveremos más tarde.

–John, no podemos hacer eso –protestó Diane.

–He sido bueno durante una hora, desde que me dijiste que me querías. Creo que ya he llegado al límite de mi paciencia.

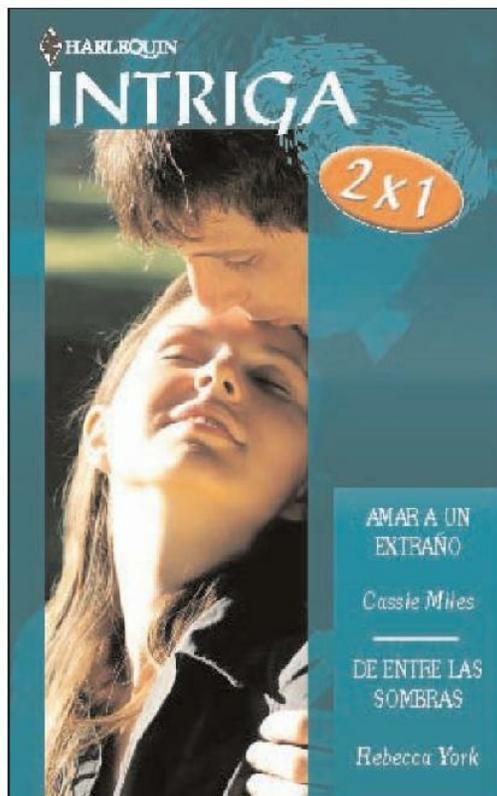
Gladys y Mildred rieron.

–Váyase, Diane. Estamos acostumbradas a su impaciencia. Pero será mejor que se porte bien con usted.

–Será maravilloso –dijo Diane con una brillante sonrisa mientras salía por la puerta de la mano de John.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

Pincha aquí y descubre un nuevo romance.



www.harlequinibericaebooks.com



HARLEQUIN™

Jazmín™



Cita con el amor
Fiona Harper



Cita con el amor

Fiona Harper



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2009 Fiona Harper. Todos los derechos reservados.

CITA CON EL AMOR, N.º 34 - septiembre 2010

Título original: Blind-Date Baby

Publicada originalmente por Mills & Boon[®], Ltd., Londres.

Publicada en español en 2009

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9034-2

Editor responsable: Luis Pugini

CAPÍTULO 1

NO ERA muy normal que Grace Marlowe se despertara a las seis de la mañana, pero allí estaba, de pie en mitad de la cocina, que se encontraba en penumbra, escuchando cómo el reloj se acompañaba con los latidos de su corazón.

Las luces de la aurora se colaban entre las persianas, bañando todo de una luz grisácea de lo más desagradable. Todo era gris. Incluso las tazas verdes y el tostador rosa.

Desde luego, aquella hora del día era repugnante.

¿Y qué hacía allí? Tendría que estar todavía en la cama, durmiendo, soñando, con el pie izquierdo fuera de la ropa de cama y descansando sobre el edredón.

De repente, con un movimiento rápido, se giró y se dirigió al primer armario que vio y abrió la puerta. Daba igual qué armario fuera. Necesitaba hacer algo. No quería pensar en por qué su apartamento se le antojaba un agujero negro aquella mañana.

Desde el interior del armario, unos cuantos paquetes de pasta y unas pocas latas de sopa de tomate se quedaron mirándola en silencio. Grace abrió otro armario. Cinco cajas de cereales de desayuno esperando a ser elegidas. Grace cerró aquella puerta también.

Tenía el hervidor de agua al alcance de la mano, así que le dio al interruptor. El aparato emitió un agudo sonido que le hizo recordar que tendría que limpiarlo en breve porque, cuando las paredes internas se recubrían de cal porque el agua de Londres era muy gorda...

Grace parpadeó. Durante unos segundos se había olvidado de que estaba triste y de que se sentía sola. Eso estaba fenomenal, ¿no?

Alargó el brazo y agarró su taza preferida, una muy grande de color rosa clarito en la que se leía *Para la madre más sexy del mundo* que le había regalado su hija Daisy por el Día de la Madre el año anterior. A su hija

también le gustaban los objetos horteras, como a ella, y había acertado con aquella taza y aquella frase.

Daisy le había entregado la taza con un brillo de humor en los ojos que a Grace le había hecho chasquear la lengua y comprender que su hija había heredado sus genes sarcásticos. Sin embargo, aquello había dado paso a hacerle comprender que se habían acabado las coletas de caballo y las heridas en las rodillas. Su hija era una adolescente hecha y derecha que pronto abandonaría el nido materno.

De hecho, ya lo había abandonado.

Dentro de dos semanas era el Día de la Madre y, por primera vez, no lo pasaría haciendo algo fabuloso con su hija. El año anterior habían ido a la pista de patinaje sobre hielo y se habían pasado toda la tarde cayéndose. Luego, habían comprado comida china para llevar y habían comido tanto que habían marcado un nuevo récord familiar.

Pero aquel año Daisy estaría en París, en Rumanía o en Praga. Iba a estar fuera un año entero y, después de ese año de viajar de mochilera, se iría a la universidad...

Grace se llevó la taza al pecho. Echaba de menos a su hija y sólo llevaba fuera de casa dieciocho horas. Qué patético.

Grace dejó la taza sobre la encimera, se cruzó de brazos y frunció el ceño.

«¡Venga, Grace! Se supone que eres una mujer resuelta, la madre que todas las amigas de Daisy querían tener, la madre que iba a las fiestas de padres con calzas y botas altas, la madre que se disfrazó de papá Noel cuando el padre de Joseph Stevenson no pudo hacerse cargo del disfraz a causa de la resaca».

Pero Grace no se sentía resuelta en aquellos momentos. Por primera vez en diecinueve años, se sentía vieja y sola. Tan sola que se paseaba sin saber lo que hacer y con un profundo dolor en el pecho. Era como si alguien se hubiera metido en la casa durante la noche y le hubiera robado el alma.

Tenía la sensación de que aquella parte de su alma que le faltaba estaría en aquellos momentos durmiendo en algún albergue juvenil de Montmartre, pero no estaba completamente segura.

Grace preparó té y se obligó a encender la luz que había en la campana. Si se sentaba en la cocina oscura, iba a tener la impresión de que estaba deprimida. Una vez sentada, apoyó la cabeza en la mesa. De la taza que tenía ante sí salía humo y Grace se quedó mirándolo, se quedó mirando cómo formaba espirales que desaparecían en el aire.

Al cabo de un rato, se llevó la taza a los labios. ¡Qué malo estaba aquello!

¿Qué le pasaba a aquel té? Al fijarse bien en la taza, comprendió lo que había ocurrido. Se le había olvidado poner la bolsita. Lo que se estaba tomando era agua caliente con leche y no estaba nada buena.

Grace suspiró, se puso en pie y se dirigió al armario donde guardaba las bolsitas de té, metió la mano y sacó la caja de Earl Grey. Al hacerlo, un sobrecito rosa cayó al suelo.

Grace se olvidó de las bolsitas de té, se agachó y recuperó el sobre, en el que una caligrafía que conocía muy bien había escrito una sola palabra: *Mamá.*

Aquello le hizo sonreír. Desde muy pequeña, desde que había aprendido a escribir, a Daisy le había gustado hacer ella los papeles y los sobres y los dejaba en sitios inusuales. Con el paso de los años, los dibujos indescifrables se habían ido convirtiendo en mensajes legibles.

Grace abrió el sobre y comenzó a leer.

Mamá, por favor, por favor, por favor, no te enfades conmigo por esto...

Grace frunció el ceño. ¡Lo sabía! Daisy le había pedido su camiseta favorita de David Bowie la semana anterior y, aunque le había dicho que tuviera mucho cuidado de no meterla accidentalmente en la maleta, la muy caradura se la había llevado.

Grace sonrió y siguió leyendo.

Te he dejado un regalo. Sé lo mucho que te has sacrificado para sacarme adelante tú sola y ha llegado el momento de que empieces a divertirte.

Grace sintió un cosquilleo en los ojos, tomó un trago de agua caliente, se estremeció y recuperó la compostura.

Tenía la mejor hija del mundo y sabía que Dios se la había dado para compensar la pérdida de su marido. Rob había muerto en servicio en Iraq a los veintitrés años, cuando una mina antipersonal se lo había llevado por delante. No había conocido a su hija, no había podido estar presente cuando había dado sus primeros pasos ni cuando había dicho por primera vez «papá».

Grace tomó aire e hizo un gran esfuerzo para no dejarse llevar por las ganas que tenía de llorar. Tenía a Daisy. Tenía que concentrarse en eso. Su hija había sido la razón que le había dado ganas de vivir durante los últimos dieciocho años.

Grace miró a su alrededor y se dijo que, ahora que su hija ya no vivía con

ella, tal vez ya no hubiera razón para seguir adelante.

«¡Venga, deja ya de hacerte la mártir!».

Grace volvió a mirar la carta que tenía entre las manos. Su hija no tenía la obligación de darle las gracias por lo que había hecho por ella. Lo había hecho porque era su derecho y su deber. Quedarse viuda con veintidós años había sido muy duro, pero, cada vez que miraba aquellos preciosos ojos castaños, sabía que una gran parte de Rob había sobrevivido.

Te conozco bien, mamá. Sé que, en estos momentos, se te estará ocurriendo que tienes que hacer un montón de cosas, buscarte una afición o abrir por fin tu propia cafetería para poder dar órdenes en lugar de que te las den a ti. También sé que no vas a hacer nada de eso, así que me he tomado la libertad de darte un empujoncito y no pienso pedirte perdón por lo que he hecho. Lo necesitas, mamá. ¡No intentes escaquearte!

Grace siguió leyendo la nota de su hija y comenzó a maldecir.

–¿Cómo? ¿Pero qué has hecho? –exclamó mirando hacia la habitación de Daisy, a pesar de que su hija había tenido el sentido común de poner unos cuantos cientos de kilómetros de tierra y el Canal de la Mancha de por medio antes de dejar caer la bomba.

Grace se quedó mirando la hoja de papel rosa y la dejó sobre la mesa de la cocina. A pesar de lo que decía su hija, tenía que haber alguna manera de escapar de aquella situación.

Noah se paseaba sobre la alfombra de color crema de su estudio, secándose de manera ausente el pelo con una toalla. Había estado corriendo, pero todavía era de noche. Todo estaba en silencio. Le gustaba el silencio.

Aquella era la hora del día que más le gustaba. En aquellos momentos previos al amanecer era cuando se le ocurrían las mejores ideas.

Encendió el ordenador. Mientras corría, se le había ocurrido cómo hacer que el malo de la novela que estaba escribiendo en aquellos momentos pareciera todavía peor.

A su editor le iba a encantar la idea. La última novela de su serie de suspense se estaba vendiendo tan bien que los editores le estaban presionando para que sacara otra cuanto antes.

Noah dobló con cuidado la toalla y la colocó sobre el respaldo de una silla antes de sentarse para leer sus correos electrónicos. La bandeja de entrada se llenó rápidamente pero, en lugar de empezar por el primero, buscó

un correo electrónico en particular. Aquel correo electrónico lo llevó directamente a una página web que tenía mucho cuidado de no visitar cuando su secretaria estaba cerca.

Así que esperó a que se cargara la página y entró.

Grace encendió la luz de la habitación de su hija y parpadeó. A lo mejor no había sido muy buena idea poner bombillas amarillas. Le estaba dando dolor de cabeza aquella luz.

El ordenador portátil de Daisy estaba sobre la mesa. Grace lo agarró y se sentó en la cama con las piernas cruzadas. A continuación, colocó la máquina sobre el triángulo que formaban sus muslos. El viejo ordenador protestó cuando lo encendió. Grace esperó mirándose las uñas y haciendo un gran esfuerzo para no arrancarse parte del esmalte azul eléctrico con los dientes.

Por fin, consiguió abrir el buscador y escribió *Citasaciegas.com*.

¿Pero en qué estaría pensando su hija? La idea de salir con un hombre, ya fuera en una cita a ciegas o de otra manera, era espantosa. Ella llevaba un tiempo apuntada a ese portal y lo sabía bien. Había tenido un par de citas que no le habían gustado nada y ahora sólo usaba el chat, a través del que estaba en contacto con sus amigas, Marissa y Dani.

Pero en la nota Daisy le decía que le había fijado una cita a ciegas con un hombre esa misma noche, que era un regalo que le hacía porque ya era hora de que empezara a vivir un poco y a pensar en sí misma.

Mientras la página se cargaba, Grace pensó que salir a tomar un café o a cenar no era mala idea. Podría sobrevivir. Pero la gente que se apuntaba a *Citasaciegas.com* buscaba algo más que eso, buscaba al amor de su vida.

De repente, se le ocurrió que, en mitad de la cena, los camareros se quitaban el disfraz y, en realidad, eran sacerdotes que la iban a casar, aparecían unas mujeres que le daban un vestido de novia hecho a juego con los manteles del restaurante...

Grace sintió que se le ponía la piel de gallina. Sacudió la cabeza. Así que Daisy era tan impulsiva como ella, ¿eh? La diferencia era que a ella jamás se le habría ocurrido hacer pasar a su madre por una humillación así.

A menos que hubiera estado presente y con una cámara de vídeo para grabarlo todo, claro.

Grace hizo una mueca de disgusto mientras escribía su nombre de usuario, Bollitoinglés.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para seguir adelante. Tomando aire, se

dirigió a la esquina superior derecha y se metió en la sección de clientes. A continuación, apareció en la pantalla una serie de corazones, confeti y muñequitos que tiraban besos.

Seguro que había un número de teléfono al que pudiera llamar para gritarle a alguien, seguro que podría increpar a alguien porque su hija se había hecho pasar por ella, seguro que podría quejarse a alguien por tener que ir a una cita a la que no quería ir.

Todo parecía muy fácil. Grace apretó un botón que decía *Contacta con nosotros*.

Genial.

–«Los equipos de atención al cliente están a tu disposición desde las nueve de la mañana a las seis de la tarde de lunes a viernes» –leyó en voz alta–. ¿Y de qué me sirve a mí eso a las seis y veinticinco del sábado por la mañana? –se lamentó–. ¡Las citas se suelen concertar para los fines de semana! ¡No servís para nada! –le gritó al muñequito sonriente que aparecía en mitad de la pantalla y que debían de haber diseñado para calmar a los clientes enfadados.

Todo aquello hizo que a Grace le entraran ganas de lanzar el ordenador portátil contra la pared pero, de repente, vio que había otro botón en el que decía *Mandar un correo electrónico* y decidió que era una buena opción. No era tan directo como gritarle a alguien, pero podría desahogarse escribiendo en mayúsculas.

Tras escribir su queja, apareció otro cuadro de diálogo en el que leyó:

Gracias por tus sugerencias para mejorar nuestro servicio. Un representante de este departamento responderá a tu mensaje en menos de veinticuatro horas.

¡Pero su cita era en menos de catorce horas!

A Grace le volvieron a entrar ganas de tirar el ordenador portátil contra la pared.

Se le antojaba demasiado temprano como para ponerse a leer la letra pequeña de todo aquello, que estaría, sin duda, bien escondida en algún rincón de la página web, pero lo cierto era que necesitaba ayuda. Inmediatamente. Pinchó en el botón que decía *Chats* y se metió.

Bollitoinglés: ¡Que alguien me ayude!

Grace observó cómo su frase quedaba solitaria en mitad de la página durante varios segundos, pero poco después apareció una respuesta:

Sanfranciscana: ¿Qué te ocurre?

Su amiga Dani vivía en San Francisco y, a esa hora, posiblemente aún no se había metido en la cama. Fue un alivio leerla.

Chicacanguro: ¡Hola, Grace! ¿Tienes algún problema?

Así que Marissa también estaba conectada...¡Genial! Marissa vivía en Sidney y, teniendo en cuenta la diferencia horaria, estaría en el trabajo.

Bollitoinglés: ¡Hola, chicas! No sabéis cuánto me alegro de que estéis ahí. Tengo un problema muy gordo. Os acordáis de mi hija Daisy, ¿verdad? Os he hablado alguna vez de ella. Pues no os lo vais a creer, pero se ha ido de viaje y me ha dejado un regalito: ¡Me ha concertado una cita a ciegas para esta noche!

Chicacanguro: ¡Qué bien!

Bollitoinglés: ¡No quiero ir a esa cita! ¡Quiero saber cómo anularla!

Sanfranciscana: ¿Tienes el correo electrónico del hombre en cuestión?

Bollitoinglés: No.

Chicacanguro: ¿Y su nombre de usuario? Puedes ponerte en contacto con él a través de la sección de perfiles.

Bollitoinglés: ¡No, tampoco tengo eso!

Sanfranciscana: ¿Qué sabes de él?

Grace no necesitaba consultar la nota que le había dejado su hija porque, cada vez que cerraba los ojos, veía las palabras flotar delante de ella.

Bollitoinglés: Barruci's, Vinehurst, en High Street a las ocho en punto.

Chicacanguro: ¿Es un sitio chulo?

Bollitoinglés: Eh... sí, creo que sí. Se me sale un poco de presupuesto. Normalmente, cuando me quiero dar un capricho, me conformo con comprar comida china en el Hong Kong Garden.

Sanfranciscana: ¿Y por qué no quieres acudir a la cita que tienes con ese tipo? Se supone que esta página es muy buena emparejando a la gente. A lo mejor, es tu tipo.

Bollitoinglés: ¿A vosotras os ha dado buen resultado? ¿Vuestras citas han sido buenas?

Chicacanguero: No estaban mal.

Marissa había quedado con algunos hombres que había conocido a través de *Citasaciegas.com*, pero en realidad había encontrado el amor de otra manera: se había enamorado de su jefe.

Sanfranciscana: ¿Por qué no vas?

Había quinientas ochenta y siete mil razones por las que debería quedarse en casa viendo la televisión aquel sábado por la noche. Lo mejor que podía hacer era pedir comida china para llevar. Ahora que lo había pensado, se moría por tomarse un buen plato de bambú con setas. ¡Lo que daría en aquellos momentos por tener un plato de bambú con setas en el frigorífico! Se lo comería frío y todo.

No, no iba a ir a la cita de ninguna manera. Por mucho que las chicas le aseguraran que los hombres con los que las habían emparejado a través de aquella página web habían estado muy bien.

Hacía muchos años que no salía con un hombre. Su primera cita había sido con Rob. Cuando había muerto, no le habían quedado tiempo ni ganas para volverse a enamorar. Tener que hacerse cargo de una niña pequeña ella sola ya era bastante.

Luego, transcurridos unos años, cuando se le había vuelto a pasar por la cabeza la idea de salir con hombres, ellos no habían querido saber nada de ella. Eso de ser viuda imponía mucho. Y finalmente, cuando se había decidido a conocer a alguien a través de *Citasaciegas.com*, no había encontrado a nadie interesante.

Así que había sido una gran liberación olvidarse de los hombres y de las citas. De todas maneras, ninguno de ellos le llegaba a Rob a la suela del zapato. El amor que había compartido con su marido era de los que sólo sucedían una vez en la vida.

Chicacanguero: Grace, ¿sigues ahí?

Bollitoinglés: Sí, estoy aquí.

Sanfranciscana: ¿Por qué no le das una oportunidad a ese hombre? ¡Así, mañana nos escribes y nos lo cuentas todo!

Bollitoinglés: No me apetece salir con nadie, chicas. No quiero ir a esa

cita, pero tampoco me parece bien dejar a ese pobre hombre plantado en el restaurante. Sería cruel. ¡Voy a matar a Daisy!

Sanfranciscana: ¿Y qué tipo de hombres le gusta a tu hija?

Bollitoinglés: Eso no me preocupa. Tiene buen gusto... teniendo en cuenta que tiene diecinueve años, claro. ¡No tengo ni idea de qué tipo de hombre me habrá elegido!

Chicacanguro: Deberías ir. ¿Y si es mono?

Sanfranciscana: ¿Qué es lo peor que podría suceder? Lo más normal es que cenes en un sitio agradable y tengas con él una conversación agradable. En un par de horas todo habrá terminado y, si no quieres, no tendrás que volver a verlo jamás. Por lo menos, te habrá servido para recuperar el contacto con el mundo exterior y, la próxima vez, podrás elegir a alguien que te guste a ti personalmente. Piénsalo bien.

Grace dejó el ordenador portátil sobre la colcha. Se le había dormido el pie derecho de mantener tanto tiempo la misma postura, así que se levantó y comenzó moverse para recuperar el riego sanguíneo.

La mesa en la que su hija solía sentarse a maquillarse tenía el espejo lleno de fotografías. Grace se acercó y se quedó mirando una. Daisy le devolvió la sonrisa desde el otro lado. Su hija tenía una melena castaña y unos ojos de niña traviesa y segura de sí misma. Grace se miró en el espejo. La gente solía decirles que parecían hermanas y no madre e hija, pero Grace veía mucho de Rob en su hija. Sin embargo, ahora, mientras miraba la fotografía de Daisy y su reflejo en el espejo, se sorprendió del evidente parecido que había entre ellas.

Era como verse a sí misma unos años atrás.

Sí, era cierto que tenía algunas arrugas alrededor de los ojos y que ahora tenía más curvas que entonces, pero parecía más cerca de los treinta años que de los cuarenta. Por no hablar de que mentalmente estaba más cerca de los veintiuno. Debía de ser consecuencia de ser amiga de su hija.

¿Qué pasaría ahora que Daisy se había ido? ¿Se volvería una vieja de repente? ¿Se levantaría un día por la mañana con la necesidad de ponerse una chaquetita de punto?

¡Claro que no!

Grace se dio la vuelta y se miró el trasero en el espejo mientras se colocaba el pelo. Aquello la hizo sonreír. Tenía muy claro que con un buen par de vaqueros podría parar el tráfico. Era demasiado joven como para esconder

aquel maravilloso trasero bajo una chaquetita de punto.

Sí, seguía siendo la Grace de siempre.

Y aquella hija suya era exactamente igual que ella, estaba claro. Aquella idea de meter sus datos en una agencia virtual de emparejamiento era digna de ella.

¿Qué tenía de malo una simple cita?

Ya iba siendo hora de pasárselo bien.

Grace se volvió a tumbar en la cama, recuperó el ordenador portátil e informó a sus amigas del cambio de opinión.

Bollitoinglés: Está bien, chicas. ¡Voy a ir a la cita!

Tras terminar un rápido boceto del malo ucraniano y poner por escrito unas cuantas ideas para el argumento, Noah volvió a mirar sus correos electrónicos. Ya se podía ir dando prisa porque su secretaria no tardaría más de veinte minutos en llegar y todavía no se había terminado de vestir.

A pesar de que era sábado, tenían que trabajar pues tenía una conferencia de escritores de suspense en Nueva York muy pronto y tenían que dejar cerrado el viaje y las notas del seminario además de ensayar en voz alta el discurso que iba a dar en la inauguración del evento.

Noah sacudió la cabeza. No se podía creer que su vida se hubiera convertido en aquello. No paraba, estaba todo el día viajando, dando conferencias aquí y allá. Todo el mundo quería saber cuál era el secreto de su éxito, que no era otro que un poco de talento y mucho trabajo.

Ser un escritor de éxito tenía muchas cosas maravillosas, pero también tenía otras muchas que no le gustaban en absoluto y con las que no había contado. Para empezar, pasaba mucho tiempo en eventos haciendo publicidad y promoción de los libros y no le quedaba mucho tiempo al día para dedicarse realmente a escribir. Menos mal que haber estado en el ejército le había enseñado a ser disciplinado y a controlarse en momentos de tensión.

Y también estaba lo de las mujeres.

Su amigo Harry le decía que tenía mucha suerte y que se conformaría con obtener el uno por ciento de la atención que Noah solía generar en el sexo femenino.

Desde luego, al principio, a Noah le había encantado que mujeres de lo más glamurosas quisieran salir con él cuando había comenzado a hacerse famoso. Se reían y sonreían y estaban muy pendientes de él, maravillándose de

lo listo y de lo guapo que era. Le habían incluso llegado a decir que era como uno de los protagonistas de una de sus novelas, pero después de cinco años ya se estaba cansando de todo aquello.

Se sentía como el protagonista de aquella película que se despertaba un día tras otro para descubrir que siempre vivía el mismo día. En su caso, siempre revivía la misma fiesta.

Sí, el color de los vestidos y del pelo de las protagonistas iba cambiando, pero eso era lo único nuevo. Incluso había dejado de sorprenderse ante cuántas mujeres escuálidas amaban las artes marciales y estaban completamente fascinadas con la guerra fría. Una mujer se había pasado una hora entera describiéndole con total precisión y un brillo especial en los ojos cómo desmontar un AK47.

Después de aquellas experiencias, tenía muy claro cuál era el perfil de aquellas mujeres glamurosas que estaban dispuestas a hacer lo que hiciera falta para cazar a un marido rico y famoso.

No estaría mal meter un personaje así en su próxima novela...

Noah estaba convencido de que para ser compatible con otra persona había que tener afinidades parecidas, pero eso no era lo único. Tenía que haber un interés genuino, no datos y cifras.

Por eso se había metido en el proyecto en el que se encontraba inmerso en aquellos momentos. Había leído un artículo sobre una página web y le había llamado la atención la posibilidad de poder permanecer prácticamente en el anonimato.

Noah maximizó la página que había minimizado hacía un rato.

Citasaciegas.com

Si Martine, su secretaria, se enterara de que había entrado en aquella página, se desmayaría.

¿Y por qué no iba a querer encontrar esposa? Estaba en edad casadera, tenía el aspecto económico bien cubierto y una casa enorme en la que vivía solo y que pedía a gritos una esposa; estaba harto de ir a todas partes solo, de ser el único soltero en las fiestas de sus amigos y de tener que esconderse en el cuarto de baño para evitar a las mujeres glamurosas que querían cazarlo. Si pudiera hacerse con una esposa, se libraría de ellas para siempre.

Tampoco estaba pidiendo la luna. Tenía cuarenta y un años y no se creía eso de que existiera el amor a primera vista. Tenía muy claro que la mitad de su alma no estaba flotando por ahí buscándolo desesperadamente.

Lo que necesitaba era una compañera de vida. Escribir era una actividad

muy solitaria. Noah se pasaba días enteros completamente solo, sin hablar con nadie. Viajaba solo. Le gustaría que hubiera otras personas en la casa, aparte de su secretaria. Alguien con tiempo para comer y tomarse una copa de vino al anochecer, alguien con quien compartir ideas, alguien con quien tuviera química.

Había concertado tres citas a través de *Citasaciegas.com* y las tres habían sido un completo desastre. Las tres mujeres eran encantadoras, pero no había congeniado con ellas en absoluto.

Noah estaba tan desesperado que se estaba planteando que, a lo mejor, no encontraba esposa, pero sí una amiga que pudiera acompañarlo a los eventos para librarlo de las mujeres glamurosas que querían cazarlo.

Noah no sabía por qué criterios se guiarían en *Citasaciegas.com* para hacer los emparejamientos, pero lo cierto era que siempre le habían parecido bien en la pantalla y las cosas se habían complicado al conocerse en persona.

A ver si con un poco de suerte la cita de aquella noche resultaba diferente.

Noah se echó hacia delante y se fijó en la fotografía que tenía ante sí.

Empresaria londinense de cuarenta años. La fotografía tenía buena pinta. Pelo oscuro y brillante, preciosos ojos azules y una sonrisa que indicaba inteligencia y picardía.

No era su tipo, pero, aunque en un principio había descartado aquel emparejamiento, no había podido dejar de mirar la fotografía. Durante aquellos años de contacto creativo con su hemisferio cerebral derecho había aprendido que, a veces, había que olvidar la lógica y dejarse llevar por la intuición.

–¡Hola! –lo saludó Martine desde la cocina.

Noah se apresuró a cerrar la página que estaba consultando.

–¿Qué era eso? –le preguntó la joven mirando la pantalla.

La había contratado porque era una mujer rápida, pero, a veces, le gustaría tener un mando a distancia para desconectarla y que no fuera tan aguda.

–Nada, y no metas la nariz en lo que no te importa –contestó Noah entregándole muy sonriente un montón de papeles.

CAPÍTULO 2

LA CHICA que había detrás del mostrador de reservas lo miró. Se trataba de la misma chica de la semana anterior. Noah se acordaba perfectamente del moñito que llevaba en la nuca porque se había preguntado si no le dolería llevar el pelo tan tirante.

Al igual que la semana pasada, la chica no parecía estar de muy buen humor. Cuando vio a Noah, enarcó una ceja para saludarlo. Bien. De momento, estaba logrando pasar de incógnito.

–Smith –le dijo mirándola a los ojos–. Mesa para dos a las ocho.

La chica parpadeó, fingió que consultaba el libro de reservas y contestó:

–Por aquí, señor –le indicó comenzando a andar a grandes zancadas.

–¿Ha llegado... mi acompañante?

La chica ni se molestó en girarse para contestarle. Noah observó cómo se movió el moñito cuando negó con la cabeza. Si no fuera porque aquel restaurante tenía la mejor carta de vinos de Londres, no volvería.

Se trataba de un pequeño y exquisito local situado en Vinehurst, a las afueras de Londres. Con sólo conducir unos minutos hacia el sur se encontraba uno prácticamente en el campo. Vinehurst debía de haber sido un pueblecito idílico en otro tiempo. Aunque Londres había crecido mucho y se había comido otros pueblos como aquél, en ese lugar no había mucho asfalto ni edificios altos, sino que se seguía manteniendo el encanto rural.

Era un sitio maravilloso para una primera cita.

A las ocho en punto una mujer entró en el restaurante.

Era ella.

Llevaba el pelo recogido hacia atrás y un abrigo negro muy bonito ajustado a la cintura. Aunque estaba bastante lejos de ella y no sabía si los ojos eran del mismo color que en la fotografía, le llamaron la atención, pues se trataba de unos ojos brillantes y alerta que estaban escaneando en aquellos momentos el restaurante.

Noah la observó mientras la recién llegada se fijaba en todos los hombres que estaban sentados y desviaba la mirada en cuanto comprobaba que no estaban solos. Inmediatamente, dejó la carta sobre la mesa y se enderezó. El corazón le latía un poco acelerado.

A lo mejor los que hacían los emparejamientos en *Citasaciegas.com* habían acertado por fin.

La recién llegada le dijo algo a una de las camareras, que asintió y esperó para recogerle el abrigo. Todos los hombres presentes en el restaurante se quedaron en silencio y, a continuación, fingieron retomar las conversaciones que estaban manteniendo con sus parejas, mujeres o amigas. En realidad, seguían con el rabillo del ojo a la mujer que estaba cruzando el restaurante. Incluso los más jovencitos.

Debajo del abrigo llevaba un vestido espectacular del color de las plumas de los pavos reales. El escote no era ni por asomo indecente ni falta que le hacía, era un escote discreto, pero seductor a la vez. El vestido era corto y dejaba al descubierto unas piernas...

Evidentemente, en la fotografía de *Citasaciegas.com* no se le veían las piernas. Una pena, porque tenía unas piernas maravillosas. Quizás, demasiado maravillosas. ¿Y si fuera una cazafortunas de incógnito?

Noah se desabrochó el primer botón de la camisa e intentó sonreír mientras Grace seguía a la camarera sorteando las mesas. Seguía despertando la admiración de los hombres junto a los que iba pasando. A Noah le pareció que la sonrisa era forzada, así que dejó de sonreír. No le gustaba charlar sino conversar, y no le gustaban las bienvenidas demasiado efusivas, aunque la recién llegada tuviera unas piernas como aquéllas.

Cuando la camarera apartó la silla para que Grace se deslizara en ella, Noah se puso en pie y le ofreció la mano.

–Noah... Smith –se presentó.

Había decidido cambiarse el apellido para asegurarse de que a las mujeres con las que salía realmente les gustaba él y no su cuenta bancaria. A veces pensaba que le habría ido mejor utilizando un seudónimo para escribir, pero, tras tantísimos años siendo objeto del más rotundo rechazo, la tentación de ver su nombre y su apellido estampados en las portadas de los libros había podido con él.

–Hola –le dijo Grace estrechándole la mano–. Qué dientes más bonitos tienes.

Noah estuvo a punto de decirle «para comerte mejor», pero consiguió

morderse la lengua a tiempo. A continuación, le indicó a la recién llegada que se sentara y él se sentó también.

–¿Te parece que tengo buenos dientes? ¿Te gustaría mirarme las pezuñas para ver si también son de tu agrado? –le preguntó sonriendo.

Grace se sonrojó levemente y sonrió con picardía, como en la fotografía.

–Grace Marlowe –se presentó–. La verdad es que esto de las citas a ciegas no se me da nada bien –añadió tapándose la boca con una mano, como intentando disimular una sonrisa que, finalmente, no consiguió ocultar–. Lo que quería decir es que ya he perdido la costumbre, es como si fuera la primera vez.

Dicho aquello, se mordió el labio inferior.

–Anda que lo estoy arreglando –se lamentó cerrando los ojos con fuerza.

Noah se quedó mirándola fijamente. Con las demás mujeres, las citas no habían empezado así. ¿Qué había sido de la conversación en voz baja y de las preguntas de cortesía sobre trabajo y gustos musicales?

–Como yo tengo más experiencia en esto de las citas a ciegas, te perdono por tu ingenuidad –le dijo.

–Es usted muy amable, señor Smith –dijo Grace abriendo un ojo–. Todo un caballero que acude a socorrer a una damisela en peligro –añadió abriendo el otro ojo y ladeando la cabeza–. ¿Se puede saber por qué tienes tantas citas siendo tan encantador? ¿Qué tienes de malo?

Aquello hizo reír a Noah. Suponía que se tendría que haber sentido herido, porque ninguna de sus otras citas había sido tan directa. Claro que ninguna de las otras citas había sido tan interesante.

–Tú eres la cuarta cita que tengo. Tampoco es tanto.

–¿En cuánto tiempo?

–En un mes.

–Muchas citas para un mes, Noah. ¿Se te ocurre alguna razón por la que no debería irme ahora mismo?

A pesar de que era conocido por comportarse siempre con cierta distancia, se encontró riendo de nuevo.

–Tal vez, que te gustan mis dientes...

–Ah, sí, no debemos olvidarnos de eso –contestó Grace con un brillo picaruelo en los ojos–. Perdona por lo de los dientes. Es que estaba un poco nerviosa y, cuando me pongo nerviosa, digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

A Noah le encantaba aquella espontaneidad. Cuando la gente se enteraba

de que era famoso o lo reconocía, tenía mucho cuidado con lo que decía delante de él. Que una persona hablara en su presencia con total naturalidad era refrescante y maravilloso.

–¿Pedimos?

–Claro, buena idea –contestó Grace, que había resultado tener, efectivamente, unos ojos azules preciosos.

Noah abrió la carta, aunque estaba casi seguro de que iba a pedir carpaccio de buey de primero y escalope de ternera de segundo.

–Podemos hablar de mis defectos mientras nos tomamos unos entrantes – comentó de repente.

Grace lo miró y se rió. Noah sonrió y puso mucha atención en lo que pedía Grace porque, según lo que comía una persona se podía saber cómo era esa persona. Grace pidió buey también. Buena señal.

Podían ser compatibles.

Grace permitió que eligiera él el vino y, cuando lo hubo hecho, los entrantes ya habían llegado.

–¿Y a qué te dedicas, Grace?

Grace levantó la mirada de la ensalada que tenía ante sí y se metió un trozo de aguacate en la boca. ¿Acaso no quería decirle a lo que se dedicaba profesionalmente? Seguro que no era peor que lo del último sábado. ¡Su última cita había resultado ser psicóloga canina!

–Soy analista –dijo Grace por fin.

Desde luego, no era lo que Noah habría esperado. Se preguntó si estaría tan ocupada con el trabajo como para no poder viajar con él. Todo el mundo sabía que los analistas financieros tenían horarios interminables. Una pena.

–¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

Noah abrió la boca y la volvió a cerrar. Debía aprender de los errores pasados. En cuanto decía que era escritor de novelas de misterio, se daban cuenta de quién era y se ponían muy tontas, y no quería que Grace se pusiera tonta.

–Tienes trabajo, ¿verdad? –le preguntó Grace.

–Sí, claro, claro. Soy escritor.

Grace no parecía impresionada en absoluto.

–¿Sobre qué escribes?

–Historia militar –contestó Noah encogiéndose de hombros–. Bastante aburrido, la verdad.

–¿De verdad? No me digas.

Noah intentó poner cara de póquer.

Por la expresión facial de Grace era evidente que se estaba dando cuenta de que estaba mintiendo. ¿Lo habría reconocido? Seguramente no, porque no se estaba poniendo tonta.

–Hablemos de tus otras citas –sugirió ella de repente–. ¿Qué salió mal?

–Nada –contestó Noah tomando aire–. Lo que pasa es que encontrar esposa es algo muy serio. No estoy dispuesto a casarme con la primera que aparezca.

Grace dejó el cuchillo y el tenedor apoyados en el plato y se quedó mirando la ensalada durante unos segundos.

–¿De verdad estás buscando una mujer con la que casarte?

¿Por qué les costaba tanto creerlo? ¿Acaso no se habían conocido a través de un portal de Internet que buscaba a la gente pareja estable?

–¿Tú no estás buscando marido? –Grace negó con la cabeza–. ¿Qué estás buscando entonces? ¿Amor? ¿Tu media naranja?

Grace dejó caer el mentón sobre una mano y lo miró como si se hubiera vuelto loco. Bien. Así que ella tampoco creía en aquellas cosas.

–Me alegro de que estemos en sintonía –comentó Noah.

–No es que no crea en esas cosas, pero es que no espero encontrarlas en *Citasaciegas.com* –le explicó Grace–. Además, no estoy buscando enamorarme. Todo eso del amor tipo Romeo y Julieta, toda esa pasión que te consume, es cosa de adolescentes, ¿no te parece?

Noah no podía opinar demasiado, así que enarcó las cejas de manera ambigua. Había creído encontrar al amor de su vida una vez, pero no había sido así. El amor del que hablaban las canciones y las películas no existía.

Sus padres no se regalaban flores ni se besaban jamás y llevaban casados cincuenta años. Si ellos lo habían conseguido, él también podía hacerlo.

La velada paso rápido. Demasiado rápido.

Mientras se tomaban el postre, Noah pensó que había visto suficiente de Grace como para saber que no era una «quiero y no puedo» disfrazada ni una cazafortunas.

Había un recital en un centro artístico la semana siguiente y quería ir, así que decidió pedirle a Grace que lo acompañara.

–Grace...

Grace, que estaba a punto de meterse en la boca una cucharada de mousse de chocolate, la apartó y sonrió.

–¿Quieres probar? –le preguntó enarcando las cejas.

Noah negó con la cabeza.

–Ah, ah.

–Está maravillosa –insistió Grace muy sonriente.

–Ah, ah.

Cualquiera diría que le habían dado varios premios por escribir bien. Parecía un cavernícola. Se quedó observando cómo Grace se metía la cuchara en la boca y, a continuación, volvía a hundirla en la mousse, le daba la vuelta y la colocaba en dirección a su boca.

Noah sintió que el deseo se apoderaba de él con fuerza y le costó un gran esfuerzo hablar.

–Grace...

–Dime.

–Eh...

Se había quedado en blanco. Tenía unas cuantas palabras dándole vueltas por la cabeza, pero no era capaz de ponerlas en orden para formar una frase coherente

–¡Conciertos! –exclamó—. ¿Te gusta la música en directo?

A Grace se le iluminó la cara.

–¡Me encanta la música en directo!

Noah se dio cuenta entonces de que el corazón le latía aceleradamente, lo que le obligó a tragar saliva.

–Hace poco estuve en un concierto buenísimo –comentó Grace volviendo a concentrarse en su postre.

–¿Ah, sí?

Grace asintió y tragó.

–Sí, estuve en el concierto de los Hover Cats, no sé si los conocerás, son buenísimos.

Noah negó con la cabeza y dijo:

–Seguro que tus compañeros de trabajo no opinan lo mismo.

Grace lo miró sorprendida.

–¿Por qué no? Ya sé que en las cafeterías suelen poner jazz y música fácil, pero no es lo único que escuchamos. No seas tan estrecho.

–¿Pero no me había dicho que eras...?

–Barista. Camarera –contestó Grace cruzándose de brazos—. Trabajo en el Coffee Bean que hay en High Street.

Noah estaba tan sorprendido como si se hubiera puesto de pie de repente y hubiera empezado a bailar el canción.

Así que la había entendido mal... Aquella mujer tenía mucho potencial y, como le solía ocurrir cuando conocía a alguien que no cuadraba con lo que se había imaginado, se sintió inmediatamente intrigado.

¿Qué la habría llevado a elegir aquella profesión? Grace tenía personalidad y energía suficientes como para hacer lo que le diera la gana. Noah comenzó a analizarla como si fuera el personaje de uno de sus libros.

Mientras él asimilaba lo que le acababa de decir, Grace se había quedado sentada en silencio, muy quieta, pero ahora estaba mirando hacia la puerta y se había lanzado a hablar muy rápido.

–Hablando de café, no me apetece tomar, así que creo que me voy a ir – anunció.

Dicho aquello, agarró su bolso y se echó hacia atrás. Por primera vez en toda la velada, la confianza se esfumó. Grace lo miró durante un segundo, se alisó la falda del vestido y Noah vio que lo miraba con vulnerabilidad y severidad a la vez.

–Grace, lo siento, no ha sido mi intención... –se disculpó intentando agarrarla de la mano–. No te vayas.

–Mira, Noah, esto no va a salir bien, así que prefiero irme –contestó Grace poniéndose en pie y yendo hacia el guardarropa.

¿Grace se iba? Bueno, pues entonces, él también. Noah dejó sobre la mesa dinero más que de sobra como para pagar la cena y salió corriendo detrás de ella.

Grace ni siquiera recordaba haberse puesto el abrigo. Lo que la hizo reaccionar fue el viento helado de la noche. Sin pensar muy bien en lo que hacía, giró hacia la derecha y comenzó a avanzar por Vinehurst High Street todo lo rápido que le permitían los estúpidos zapatos de tacón que le había tomado prestados a Daisy.

–¡Grace!

Grace se mordió la punta de la lengua, sacudió la cabeza y siguió andando. Siempre que le decía a la gente a lo que se dedicaba, ocurría lo mismo. La miraban como si se estuvieran preguntando por qué no era médico o por qué no habría montado una empresa de venta por Internet como muchas otras mujeres de su generación.

Pues no lo había hecho porque no había querido perderse la infancia de su hija. Por eso había sido. Daisy ya había perdido a su padre y Grace había elegido estar presente en su vida, había elegido cuidarla personalmente en

lugar de dejarla a cargo de niñeras.

Por eso, había elegido un trabajo que le permitía acoplarse a los horarios de colegio de Daisy y que no le exigía a trabajar por las noches.

La propietaria de la cafetería era la tía Carolina o Caz, que era como le gustaba que la llamaran. Era tía de Rob de verdad y, tras su muerte, había ayudado a Grace en todo lo que había podido, dándole trabajo y alquilándole un piso.

Los padres de Grace se habían ido a vivir al campo cuando se había casado con Rob y, cuando había enviudado, no había tenido a quién acudir. Le habían suplicado que se fuera a vivir con ellos, pero ella se había negado, pues en aquellos momentos era demasiado joven, ingenua e independiente como para darse cuenta de que lo que le ofrecían era una bendición.

No se había ido porque Rob estaba enterrado en el cementerio de la parroquia del barrio y no había tenido agallas para separarse de él.

Grace se dio cuenta de que Noah la estaba siguiendo y comenzó a acelerar el paso. No pensaba tolerar que nadie le hiciera sentirse avergonzada de su trabajo. Hacía los mejores dulces de la zona y, aunque no hubiera sido así, no quería pedir perdón por la profesión que había elegido.

¡Y ella creyendo que estaba cenando con un hombre con el que estaba manteniendo una conversación decente cuando, en realidad, ese hombre se había mostrado agradable porque la había entendido mal!

—¡Grace!

La había alcanzado, así que se paró, se giró y lo miró con aquella expresión de seriedad que tenía ensayada para los clientes difíciles.

—Señor Smith...

—¡Grace, ha sido un malentendido! Me da igual que seas camarera o analista. No quiero que la noche termine así, ¿y tú?

No, ella tampoco. Lo cierto era que haber cenado con un adulto en un lugar sofisticado había resultado muy agradable. Además, Noah le había parecido muy guapo. Hasta que había metido la pata, claro. Sí, pero había salido corriendo detrás de ella. Todo un detalle.

—¿Y si hubiera sido basurera? ¿Habrías salido corriendo detrás de mí también? —le preguntó comenzando a caminar.

Mientras habían estado sentados en el restaurante, no se había dado cuenta de lo alto que era, pero ahora le quedaba claro porque tenía que mirar hacia arriba para mirarlo a los ojos. Unos ojos muy bonitos, por cierto. Eran de un verde maravilloso, no verde esmeralda como en los libros, pero verde clarito

mezclado con gris. Aunque eran claritos, eran muy intensos.

Cuando la miraba, Grace tenía la sensación de que la estaba escuchando de verdad, de que era lo único que le importaba en aquellos momentos.

–Por supuesto que habría salido corriendo detrás de ti –contestó Noah sinceramente–. Quería pedirte perdón.

No había entrado en su juego, pero su sinceridad le gustó.

–¿Todo bien entre nosotros entonces? –le preguntó Noah caminando a su lado–. ¿Quieres que vayamos a algún sitio a tomarnos un caf... una copa?

Grace sonrió.

–¿Y si hubiera trabajado en una depuradora? –insistió–. ¿Querrías tomarte una copa conmigo entonces?

–Sólo si pudiera ir con una pinza en la nariz –contestó Noah.

Por fin había entrado en su juego. Grace sonrió encantada y lo tomó de la mano.

–Vamos, conozco un lugar estupendo.

Noah no tuvo más remedio que seguir a Grace. Aunque llevaba tacones, caminaba bastante rápido. El cielo se había teñido de rosa y las farolas de la calle ya estaban encendidas. Era la típica noche primaveral inglesa.

Estaba comenzando a llover. Si no corrían un poco, se iban a empapar. Justo cuando se disponía a abrir la boca para preguntarle adónde lo estaba llevando, Grace tiró de él.

De repente, Noah se encontró a pocos milímetros de su boca, lo que lo hizo tomar aire profundamente. Daba igual que estuviera lloviendo a mares y que se estuviera mojando el brazo derecho. Lo único que importaba eran aquellos maravillosos labios que le estaban sonriendo.

El ruido de la lluvia sobre la acera comenzó a ser cada vez más fuerte. Noah se dio cuenta de que iba a inclinarse para besarla. No había sido una decisión consciente, pero sabía que iba a hacerlo.

Justo cuando se disponía a moverse, oyó unas llaves y, de repente, Grace había desaparecido. Noah se quedó mirando confuso la puerta abierta y escuchando los tacones que avanzaban en mitad de la oscuridad.

Decidió seguirla, pero lo único que consiguió fue tirar una silla.

–Espera un momento –le indicó Grace desde la oscuridad.

Unos segundos después, encendió una luz que daba sobre una barra. Mientras Noah se acostumbraba a la claridad, se oyó un trueno en la lejanía. Grace cerró la puerta del local.

–En este sitio ponen el mejor café de Londres –anunció.

Noah se fijó en el local y se le antojó una sala de subastas, pues estaba llena de mesas de maderas y de sillas que no hacían juego con las mesas. Había también sofás tapizados en terciopelo, enormes cuadros de arte abstracto y grandísimas fotografías de semillas de café en las paredes.

–¿El mejor?

Ahora que Grace estaba a más de tres metros de distancia y con un mostrador de por medio, parecía más tranquila.

–El mejor –le aseguró–. Lo sé porque lo hago yo. ¿Qué quieres que te ponga?

–Un expreso –contestó Noah–. Doble.

–Ahora mismo. Ponte cómodo.

Noah se dirigió a una butaca que había cerca de la barra y se sentó mientras Grace comenzaba a abrir bolsas y a preparar la máquina. Un par de minutos después, se acercó a él con dos tazas humeantes.

El aroma del café impregnó pronto la estancia. Se lo tomaron en silencio. La única luz que había encendida era la de la barra. A pesar de que alumbraba poco, a Noah le pareció que aquella mujer estaba más viva que nadie.

–Noah, cuéntame qué hace un hombre como tú en una página web de contactos –comentó Grace–. La verdad es que nunca se me hubiera ocurrido pensar que... bueno... que necesitaras ayuda para ligar.

Noah se quedó pensativo y sonrió.

–Me pareció que conocer a gente a través de Internet era una manera como otra cualquiera. Todo depende de la suerte. Puedes conocer a una mujer en un bar o en la oficina o donde sea, así que, ¿por qué no en Internet? Supuse que contratar los servicios de una página web de contactos me ahorraría trabajo.

Grace puso los ojos en blanco.

–¡Qué romántico!

¿Qué era romántico? Al igual que muchos hombres, Noah creía que romántico era mandar flores y bombones y cenar a luz de las velas. Hasta ahí, podía llegar. Durante los cinco años que había salido con Sara, la única mujer con la que había contemplado la posibilidad de casarse sin ayuda de una página web de contactos, ella había intentado hacerle comprender que ser romántico era mucho más, que era conectar con la otra persona a un nivel mucho más profundo, al nivel del alma.

En aquellas ocasiones, Noah había asentido y se había quedado pensativo y, aunque había intentado realmente comprender, siempre había tenido la

sensación de que no se había enterado de nada. Al final, Sara lo había abandonado y Noah nunca había dilucidado cómo lo podría haber hecho mejor.

Estaba lloviendo con fuerza. Noah se quedó mirando por el escaparate. Aquel tipo de romanticismo era lo último por lo que había que empezar si quería que una relación saliera bien.

—¿No crees en el destino? —le preguntó Grace enarcando una ceja.

—No —contestó Noah.

—Entonces, ¿todo se reduce a sucesos aleatorios y a reacciones químicas?

—Sí, en parte... Por lo menos en lo que se refiere al aspecto sexual. Claro que no estamos hablando solamente de eso. A la hora de elegir a una persona con la que compartir la vida, hay que tener en cuenta muchas más cosas aparte de la química. ¿Por qué? ¿Tú sí crees en el destino?

Grace dejó su taza sobre la mesa y se quedó mirando el techo.

—No lo sé... Yo creo que el amor no es algo aleatorio. De ser así, ¿dónde estaría la magia?

Si aquella mujer buscaba magia, se había arrimado al árbol equivocado. Noah podía darle fidelidad, sinceridad y mal genio. De todo eso le sobraba, pero magia no tenía ninguna.

Era mejor volver a lo material, a lo físico, a lo que se podía tocar; era mejor volver a los hechos y a las cifras y a lo que se podía cuantificar.

—¿Y por qué recurriste tú a *Citasaciegas.com*?—le preguntó.

—Para serte sincera, otra persona me concertó la cita. Cuando le ponga la mano encima, la voy a matar... —contestó mordiéndose la lengua—. Lo siento, no he querido decir con eso que me arrepienta de haberte conocido.

—Claro que no. Es imposible que te arrepientas —bromeó Noah.

Le había gustado que Grace fuera sincera.

—Bueno, puede que ahora que he descubierto que tener una cita a ciegas no es tan horrendo como había pensado, no llegue a matarla.

Noah sonrió.

—Me siento halagado. Por favor, no olvides decirle a tu amiga que tengo unos dientes maravillosos.

—No ha sido una amiga —contestó Grace—. Ha sido mi hija.

Noah sintió que el estómago le daba un vuelco. No se le había pasado por la cabeza que Grace pudiera tener hijos. Parecía demasiado joven. Además, a él no se le daban nada bien los niños. Los hijos de sus amigos lo toleraban única y exclusivamente porque los cargaba a caballito, pero no lograba

comunicarse con ellos. Normalmente, se le quedaban mirando con la boca abierta como si fuera un extraterrestre.

No, los niños y él no se llevaban bien.

–¿Tienes una hija? –le preguntó intentando disimular su zozobra.

Grace asintió.

–Sí, Daisy. Tiene diecinueve años y cree que su madre necesita que alguien le organice la vida.

Ah, bueno, así que su hija tenía diecinueve años. Aquello ya estaba mucho mejor. Una chica de diecinueve años era una adulta y Noah no tenía problemas en comunicarse con los adultos.

–¿Estás divorciada?

–No, soy viuda –contestó Grace–. ¡Por favor, no me mires así!

Noah parpadeó confundido porque no la había mirado de ninguna manera.

–Fue hace mucho tiempo. Me casé siendo prácticamente una adolescente y no era mucho mayor cuando enviudé –le explicó mirándolo como retándole a que sintiera compasión por ella.

–¿Cómo murió?

Grace se quedó anonadada.

–Gracias por preguntar. Normalmente, la gente no lo hace... Se limitan a cambiar de tema –añadió mirándolo a los ojos–. Rob era soldado y murió en la guerra del Golfo.

Noah asintió.

–Yo también estuve en Iraq.

Grace apretó los labios y sonrió con tristeza. Noah no habría podido explicar con palabras lo que sucedió a continuación, pero sintió un vínculo que los unía, una comprensión silenciosa. Muchos de sus amigos no habían vuelto y había visto a muchas mujeres derrumbarse, pero Grace no había permitido que el mundo la destrozara, se había esforzado por sacar a su hija adelante. Seguro que no le había resultado fácil. Seguro que era una buena madre. Seguro que se había esforzado por ser también el padre que su hija no había tenido.

Ojalá todos los niños del mundo tuvieran tanta suerte. Noah casi sentía celos de Daisy.

Aquello se estaba poniendo demasiado emocional para su gusto. Noah no quería recordar ciertas cosas de su pasado. Además, Grace no estaba buscando lo mismo que él. Grace no se quería casar, ella quería magia. Noah decidió que había llegado el momento de irse, de poner distancia entre ellos

para poder volver a respirar.

–Bueno... –dijo terminándose el café y poniéndose en pie–. Me voy a ir – anunció–. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

–No hace falta –contestó Grace–. Vivo en el piso de arriba.

Aquello tomó a Noah por sorpresa y lo dejó sin palabras.

–Me lo he pasado muy bien...

–Yo, también –contestó Grace sonriendo tímidamente.

Noah estuvo a punto de preguntarle si quería que se volvieran a ver, pero se tragó las palabras. No tenía nada más que decir, así que caminó hacia la puerta, consciente de que Grace lo seguía de cerca. Cuando llegaron, dio un par de vueltas a la cerradura en silencio.

–Me alegro mucho de haberte conocido, Grace –se despidió Noah.

–Lo mismo digo –se despidió ella.

Noah salió a la calle. Inmediatamente, sintió la lluvia cayéndole con fuerza y se estremeció. Grace seguía en la puerta, mirándolo intensamente.

–Adiós, Noah –le dijo desviando la mirada hacia el suelo.

Noah dio un par de pasos hacia ella y, sin pararse a analizar lo que iba a hacer, la besó porque era lo que llevaba toda la noche queriendo hacer.

CAPÍTULO 3

GRACE se aferró a Noah. No le quedó más remedio. Era consciente de que, si le soltaba la chaqueta, corría el peligro de caerse al suelo.

Hacía mucho tiempo que no la besaban. Debía de ser que los recuerdos estaban ya borrosos, porque no recordaba que fuera tan estupendo.

Definitivamente, nunca la habían besado así.

Jamás.

Grace se estremeció.

Seguro que los besos de Rob habían sido mucho mejores. Por supuesto que sí. Rob era el padre de Daisy, su alma gemela, la gran pasión de su vida.

Cualquier otro hombre sería peor que él. Cuando pensaba en él, recordaba la exuberancia de la juventud y la ardiente necesidad, pero no aquella maestría devastadora que amenazaba con...

Grace le puso las manos a Noah en el pecho con la intención de apartarlo suavemente, pero, en aquel momento, Noah comenzó a pasarle la lengua sobre el labio, haciéndola gemir de placer, y Grace se encontró pasándole los brazos por el cuello y atrayéndolo hacia sí.

Cuando Noah comenzó a acariciarle el cuello, las mejillas y la pequeña hendidura de la base de la garganta, Grace dejó de pensar y, cuando Noah se apartó finalmente, no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban besuqueándose en la puerta como unos adolescentes.

Lo único que sabía era que estaba temblando. Desde luego, aquello no era lo que esperaba en una primera cita. Lo que había leído aquella tarde en la página web no tenía nada que ver con aquello. Las mujeres contaban cosas sobre hombres sin experiencia y cenas aburridas, así que eso era lo que ella creía que iba a vivir.

Nada la había preparado para sentir lo que estaba sintiendo en aquellos momentos.

–Grace.

Su voz hizo que se estremeciera.

–Me gustaría volver a verte.

Su cuerpo le decía que sí. De hecho, lo que su cuerpo quería era que volvieran a entrar en la cafetería y se tumbaran en un sofá. Ese pensamiento fue más que suficiente para que Grace se sintiera como si le hubieran tirado un cubo de agua fría por encima.

Ella no era de las que tenían aventuras de una noche ni de las que se besuqueaban con nadie en la puerta de su casa. Ella era de las que buscaban a su alma gemela y de las que creían en el amor a primera vista seguido rápidamente del matrimonio y de los hijos.

Las citas a ciegas no eran para ella.

Citasaciegas.com no era para ella.

Grace se apartó de Noah y se metió en la cafetería.

–Lo siento, pero no me parece buena idea –dijo cerrando la puerta, pasando la llave y perdiéndose en el local.

Noah se quedó mirando a Grace, que avanzaba hacia la barra. Unos segundos después, el local estaba completamente a oscuras.

Aun así, Noah siguió mirando hacia dentro. Lo único que veía era su reflejo en el cristal.

La única mujer que le había interesado en mucho tiempo lo acababa de largar con cajas destempladas. No le había sucedido nada igual en cinco años.

Qué ironía.

«Muy bien, señor escritor de novelas de éxito, ya sabes qué es lo que hay que hacer para repeler a las mujeres: mostrar interés en ellas», se dijo sonriéndole a su reflejo.

Grace subió las escaleras que conducían a su casa, se quitó el abrigo y se preguntó cómo había sido capaz de vestirse así. ¿En qué había estado pensando para ponerse el vestido y los zapatos de la fiesta de graduación de su hija?

Tras ponerse el pijama, se dio cuenta de que no tenía sueño, así que tomó el ordenador portátil y se fue al salón, se dejó caer en el sofá, lo encendió y entró en *Citasaciegas.com*.

Citasaciegas.com tiene actualmente doce chats abiertos, treinta y seis conversaciones privadas de mensajes instantáneos y cuatro mil doscientos treinta y tres miembros conectados. ¡Chatea con quien quieras!

Grace se metió en el chat donde hablaba con sus amigas pero, por lo que decía en la lista de las personas que estaban conectadas, no estaban disponibles. Claro, en Australia debían de estar trabajando y no tenía ni idea de qué hora sería en la costa Oeste de Estados Unidos.

Se disponía a apagar el ordenador cuando se abrió una ventana.

Chicacanguero te invita a una conversación privada de mensajes instantáneos. Haz clic para aceptar.

Grace hizo clic sin dudarlo y se abrió otra ventana.

Chicacanguero: ¿Ya estás en casa? ¿Qué tal te ha ido?

Sanfranciscana: ¡Queremos todos los detalles!

Pero si, en realidad, solamente había sido un beso. Bueno, eso era como decir que un café irlandés con caramelo era un café normal y corriente.

Bollitoinglés: Hemos ido a cenar, nos hemos tomado un café y, luego, se ha ido.

Sanfranciscana: ¿Os vais a volver a ver?

Bollitoinglés: No creo.

Chicacanguero: ¿No te ha dicho nada de volveros a ver?

Grace sintió la tentación de contestar que no y librarse así del interrogatorio que sabía que se le venía encima, pero no podía mentirles.

Bollitoinglés: Sí, me lo ha propuesto, pero le he dicho que no.

Chicacanguero: ¿Cómo era?

Sanfranciscana: ¿Gordo, viejo y feo?

Grace negó con la cabeza. Si Noah hubiera sido así, todo habría resultado mucho más fácil.

Bollitoinglés: No hacíamos buena pareja. Era demasiado...

Chicacanguero: ¿Aburrido?

Sanfranciscana: ¿Viejo?

Chicacanguero: ¿Raro?

Sanfranciscana: ¿Creído?

Grace resopló. Ninguno de aquellos adjetivos se ajustaba a Noah. ¿Cómo describirlo?

Bollitoinglés: Era demasiado adulto.

Chicacanguero: ¿Pero tú cuántos años tienes?

Sanfranciscana: ¡Eso no se pregunta!

Chicacanguero: No olvides que soy australiana. Nosotros no nos andamos con rodeos.

Bollitoinglés: Tengo treinta más diez.

Chicacanguero: ¿Cómo?

Bollitoinglés: Me niego a decir que tengo cuarenta.

Chicacanguero: Eres la bomba. Bueno, entonces, ¿él cuantos años tenía? ¿Era un anciano?

Bollitoinglés: No lo decía por la edad... más bien, por el estilo de vida. Yo suelo estar con mi hija y con sus amigas, así que me gusta comprar comida para llevar, ver películas de miedo y leer el Cosmopolitan. A él le gusta salir a cenar a buenos restaurantes, ir a la ópera y los libros de historia militar.

Chicacanguero: Vamos, que no te irías a tomar el té con él, ¿no?

Sanfranciscana: Entonces, ¿ya no vas a seguir buscando el amor de verdad?

Bollitoinglés: No estoy buscando el amor de verdad.

Lo había escrito tan rápido y tan sinceramente que se quedó alucinada.

Sanfranciscana: ¿No crees en eso?

Chicacanguero: ¡Pues te has equivocado de web!

Bollitoinglés: Sí que creo en el amor de verdad, pero es que...

¿Cómo explicarlo? Grace sabía que el amor de verdad existía porque lo había vivido con Rob.

Bollitoinglés: Lo que pasa es que no creo que pueda encontrar ese tipo de conexión dos veces en la vida.

Sanfranciscana: Ah.

Chicacanguero: Vaya.

Rob había sido su media naranja. Era imposible que otro hombre ocupara

su lugar. Y Grace no quería sustitutos. Aunque, a veces, se sintiera sola.

Sanfranciscana: ¿Y si salieras con hombres pero no con la intención de encontrar a tu alma gemela sino simplemente para encontrar a alguien con quien compartir tu vida?

Grace se echó hacia atrás en el sofá y se quedó mirando la pantalla en silencio. Dani tenía razón. No tenía por qué ser como había sido con Rob, pero podía volver a ser feliz con otro hombre. Eso era de lo que había hablado Noah, ¿no? ¿Sería capaz de tomar una decisión así de adulta y de madura?

Bollitoinglés: No sé... quizás...

El Coffee Bean estaba casi vacío, como solía suceder los domingos por la mañana a primera hora. A Grace le gustaba desayunar allí un día a la semana. Más o menos a las diez y media, bajó de su casa, se metió detrás de la barra y bostezó con tanta fuerza que casi se le salió la mandíbula de su sitio.

Caz estaba resplandeciente aquella mañana con su melena rubia y canosa recogida en un moño suelto y ataviada con un precioso caftán. Aquella mujer era tan original como su local.

—¿Qué te ha pasado? ¿Has tenido una noche muy buena o muy mala?

Grace todavía no estaba segura, pero lo que sí sabía era que había tenido insomnio.

—Doble con leche, por favor.

—No hace falta que me digas nada más. Ahora mismo.

Grace volvió a bostezar y miró a su alrededor. El Coffee Bean era un lugar encantador. Había jarrones esmaltados sobre las mesas llenos de dalias, señales de tráfico antiguas y viejos espejos colgados de la pared. Lo mejor de todo era la alacena antigua de estilo victoriano que todavía conservaba alguno de los espejos originales y el suelo de baldosas blancas y negras. Allí dentro siempre olía a algo rico y a la gente del barrio le encantaba, pero dos franquicias internacionales habían abierto unos locales en la misma calle y le estaban haciendo la competencia.

Había público para todo. Había personas que preferían tomarse un café en un vaso de plástico que sabía igual en cualquier parte del mundo, pero también había personas que buscaban precisamente lo contrario. El Coffee Bean era único. Allí la carta estaba en continuo cambio y los empleados eran amables porque realmente les gustaba lo que hacían.

Desgraciadamente, eso no impedía que los beneficios estuvieran bajando y, los gastos, subiendo.

Caz le entregó a Grace su café y se puso a mirar unos papeles.

–¿Cómo van las ventas esta semana? –le preguntó Grace.

–Java Express no para de lanzar promociones contra las que no podemos competir –confesó Caz encogiéndose de hombros–. Si las cosas no mejoran, tendremos que cerrar. No creo que aguantemos más de tres meses.

Grace dejó el café sobre la barra y abrazó a Caz. No iba a permitir que el Coffee Bean cerrara. Aquel local era un miembro de la familia Marlowe.

Allí había conocido a Rob cuando trabajaba con su tía los sábados. Un par de años después, cuando su padre le había permitido empezar a salir con chicos, había quedado allí con él por primera vez. En aquel mismo sitio Caz les había hecho su tarta de bodas.

Daisy había dormido en su cunita muchas veces allí y los clientes habían admirado sus dibujos de pequeña. Más tarde, también había hecho los deberes en una mesa del fondo. Los habituales la querían mucho y siempre la ayudaban con los deberes aunque, en la mayoría de los casos, en lugar de ayudarla, terminaban discutiendo sobre las fechas de las batallas o sobre los resultados de las ecuaciones.

En aquel lugar había muchos recuerdos felices. Ahora que Rob y Daisy se habían ido, el Coffee Bean era lo único que le quedaba. No iba a permitir que una multinacional se lo arrebatara sin presentar batalla.

–Me voy a inventar un bizcocho tan espectacular que la gente se parará en la calle y entrará a comérselo.

Caz sonrió.

–Tus creaciones siempre son maravillosas, cariño, pero no podemos competir contra Java Express. Tienen promoción dos por uno en casi todos los productos. El problema es que la gente no está dispuesta a pagar la calidad, quieren todo a mitad de precio.

–Tengo algo ahorrado. No es que sea mucho, unos cuantos miles de dólares, pero...

–No, llevas muchos años ahorrando para abrir tu propia cafetería y no pienso aceptar tu dinero –contestó Caz cruzándose de brazos.

–Si no aceptas el préstamo, acéptame como socia –insistió Grace–. En alguna ocasión me lo has ofrecido.

–Dios te bendiga, Grace, pero las dos sabemos que no hay muchas posibilidades de salvar este lugar –contestó Caz–. Guarda ese dinero para la

universidad de Daisy. Lo siento, pero no puedo permitir que inviertas tus ahorros en un negocio que se va a pique.

–Insisto.

–Insiste todo lo que quieras, pero soy más cabezota que tú y lo sabes – contestó Caz chasqueando la lengua.

Grace abrió la boca para protestar, pero en ese momento, se abrió la puerta de la cafetería y entró un chico con un enorme ramo de flores.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó llevándose las manos a la boca.

El ramo de flores era tan grande que ni siquiera se veía al chico que lo llevaba.

–¿Grace Marlowe?

–Sí, es aquí –contestó Caz, pues Grace se había quedado sin palabras–. Déjalo ahí –le indicó señalando una mesa vacía.

Grace firmó el recibo que el chico le tendió. No podía quitar los ojos de las flores. No se trataba de un ramo de las consabidas rosas o los lirios de siempre, sino que eran flores de formas estrambóticas y de lo más exóticas de las que no conocía ni los nombres.

–Sí, definitivamente, alguien se lo pasó muy bien anoche –comentó Caz–. Mira a ver qué dice la nota.

Grace no necesitaba verla para saber quién le había mandado aquel ramo de flores. Hacía muchos años que nadie le mandaba flores. Rob le había regalado un ramo que había comprado en una gasolinera cuando le había pedido que se casara con él. En aquel momento, él tenía diecinueve años y ella dieciocho y le habían parecido las rosas más preciosas del mundo, aunque a una de ellas se le hubiera caído el capullo. Por supuesto, no tenían nada que hacer comparadas con el ramo que le había enviado Noah. Ojalá le hubiera mandado unos tristes lirios. Así, le habría resultado más fácil pensar que la docena de rosas rojas de Rob habían sido mejores.

Para Grace:

Gracias por una noche inolvidable.

Noah.

Grace tomó aire. No le estaba gustando nada la sensación de calorcillo que se le estaba extendiendo por todo el cuerpo. ¿Cómo iba a conseguir olvidarse del beso que le había dado Noah cuando su casa iba a oler a aquellas flores maravillosas durante una semana? A lo mejor, dos.

–Toma, para ti –le dijo a Caz–. Son demasiado pijas para mi casa –añadió comprobando que eran de la mejor floristería de la ciudad–. Ponlas en la cafetería.

Caz la miró con las cejas enarcadas.

–Venga, ya lo hago yo –dijo Grace yendo a por unas tijeras para distribuir las flores.

–Como se te ocurra quitar las dalias, te dejo sin sueldo este mes –le advirtió Caz.

–¿Cómo?

–Lo que has oído –contestó Caz–. Ya iba siendo hora de que un hombre te regalara flores. Son para ti, así que te las quedas tú.

–Ya veremos –refunfuñó Grace.

El ordenador se encendió y saludó a Noah, que levantó la mirada de su crucigrama de los domingos y se dispuso a mirar su bandeja de entrada de los correos electrónicos.

Se sintió culpable cuando vio uno de su madre, que lo invitaba a comer con ellos el domingo siguiente. Hacía ya tiempo que no iba a verlos. En su opinión, las relaciones paterno-filiales eran mejores cuanto mayor era la distancia entre los miembros de la familia.

Se quedó un rato pensando en una buena excusa para no ir a Folkstone, pero, como no se le ocurría ninguna, aceptó la invitación.

Quería a sus padres, por supuesto, pero, cuando pensaba en la casa en la que habían vivido durante cincuenta años, no sentía nada. No tenía recuerdos de cenas familiares joviales ni de abrazos cariñosos.

Su madre era una mujer muy estirada que jamás besaba a los niños en público y que los reprendía constantemente para que se comportaran bien pero, de vez en cuando, Noah veía un brillo de cariño en sus ojos. Su padre, sin embargo, era como un fósil.

Se había alistado en el ejército para ganarse su admiración porque su padre también había sido militar, pero no había conseguido nada. En cuanto a la profesión que tenía en aquellos días, su padre no había comentado nada, aunque también era cierto que en una de sus escasas visitas Noah había descubierto uno de sus libros escondido debajo de un cojín.

Era evidente que Grace no haría lo mismo con su hija, no se la imaginaba racionándole el afecto como si lo estuviera guardando para un día lluvioso que nunca llegaba.

Al ver que tenía varios correos electrónicos de *Citasaciegas.com*, se dispuso a leerlos con la esperanza de que alguno fuera suyo. El primero era sobre otra mujer que el motor de búsqueda había elegido para él. Noah intentó entusiasmarse al ver su pelo rubio y su sonrisa perfecta.

Sin embargo, cuando se la imaginó sentada frente a él en el restaurante, el pelo se le oscureció, la sonrisa se volvió pícaro y enarcó una ceja.

Noah sabía perfectamente lo que estaba sucediendo.

Desde muy pequeño había tenido corazonadas. No corazonadas sobre cosas absurdas, sino sobre cosas realmente serias. Todo había comenzado cuando, siendo un adolescente, era capaz de saber siempre cómo iban a terminar las series televisivas, incluso las de detectives. Con muy pocas pistas, sabía cómo iban a terminar las situaciones, tanto en la pantalla como en la vida real.

Con el paso de los años, había aprendido a fiarse de sus corazonadas. Jamás las ponía en duda. Sabía que, cuando una de ellas salía a la superficie, era por algo.

En aquella ocasión, era porque le había gustado Grace Marlowe.

Sí, era cierto. ¿Para qué negarlo? Podía decirse a sí mismo que solamente quería probar para ver qué tal les iba, pero, en lo más profundo de sí, ya sabía lo que iba a suceder.

Se iba a casar con Grace Marlowe.

Perfectamente convencido y muy tranquilo ante lo inevitable, abrió el siguiente correo electrónico.

Bollitoinglés le ha mandado un mensaje:

Noah, gracias por la cena y por las flores. No sé si habrás creído que quería algo... Por si acaso, quiero que quede claro que no quiero volver a salir contigo. Ahora mismo, lo único que me interesa es la amistad. Es lo único que busco y lo único que puedo ofrecerte.

Que tengas un buen día.

Grace.

Noah se cruzó de brazos y se quedó mirando la pantalla. Lo de casarse con Grace iba a resultar más difícil de lo que pensaba. Bueno, podía ser interesante. Noah sonrió. Siempre le habían gustado las cosas interesantes.

Amistad, ¿eh? Bueno, muy bien.

Vinehurst siempre había sido un barrio pintoresco de Londres, pero había sufrido una mala racha cuando las tiendas pequeñas tipo ultramarinos, carnicerías y pescaderías habían tenido que cerrar para dar paso a los supermercados y a las grandes superficies. Durante años, muchos de los locales de High Street habían estado vacíos, pero en los últimos diez años muchos londinenses hartos de vivir en el centro se habían empezado a mudar allí porque había mucho espacio y casas muy grandes.

Siguiendo una de sus famosas corazonadas, Noah se había comprado una vieja mansión allí y estaba encantado de haber perdido de vista la contaminación y de tener el aeropuerto al lado.

Noah se metió las manos en los bolsillos, se subió el cuello del abrigo y salió a la calle. Le llamó la atención una chica que pasaba en aquel momento empujando un carrito de bebé. Era joven y guapa, pero no se fijó en ella por eso, sino porque llevaba una flor de invernadero en la oreja.

Noah siguió andando por la colina que llevaba hasta el Coffee Bean. Un hombre mayor lo saludó. Noah se quedó petrificado, pues en el agujero de la chaqueta llevaba una orquídea espectacular.

Allí ocurría algo.

Al llegar a la cafetería, se hizo a un lado para dejar salir a un par de señoras de mediana edad y se dio cuenta de que cada una de ellas llevaba una flor exótica.

¿Qué demonios estaba sucediendo?

Una vez dentro, vio a Grace, sentada en una mesa cerca de la barra, entregando flores, sus flores, las flores que él le había mandado, a cada cliente que compraba un café.

Noah se acercó a la cola y esperó su turno.

Cuando Grace se percató de su presencia, dio un respingo. Noah intentó poner cara de póquer.

—¡Noah! ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Qué haces tú? —le dijo Noah señalando el ramo de flores con el mentón.

Grace se mordió la uña del dedo pulgar.

—Estaba compartiendo el amor —contestó.

Era imposible seguir fingiendo que estaba enfadado, así que sonrió, haciendo que Grace exhalara el aire que había retenido. Estaba muy diferente de la noche anterior. Llevaba unos vaqueros, una sudadera sencilla de color azul claro y el pelo suelto. No se parecía en absoluto a la mujer con la que había imaginado que terminaría casándose cuando había empezado su aventura

de *Citasaciegas.com*, pero le pareció que era absolutamente adorable.

Grace se puso en pie, recogió el papel celofán y las ramitas que le quedaban y se apartó el pelo de la cara.

–Te he mandado un correo electrónico –le dijo retorciéndose los dedos.

–Sí, ya lo he leído.

Grace lo miró confundida.

–Entonces, ¿por qué has venido? ¿Qué quieres?

Noah tenía muy claro que, si le contaba la verdad, Grace no querría volver a salir con él. Si quería que aquella mujer se casara con él, iba a tener que ir con cuidado, iba a tener que inventarse un argumento, como hacía con sus libros. E iba a necesitar mucha paciencia.

–Lo que quiero –contestó mirándola a los ojos–es un espresso y un trozo de esa tarta de chocolate, que tiene una pinta estupenda.

–Ah –contestó Grace. Olvidó que aquella mañana no le tocaba trabajar y se metió detrás de la barra para preparar el café y la tarta de Noah.

Caz estaba sospechosamente callada y Grace sentía que la estaba observando.

–Ahí tienes –le dijo a Noah entregando el plato con la tarta–. Vete a sentarte. Ahora te llevo yo el café.

Mientras lo preparaba, Grace se preguntó qué haría Noah allí. ¿Acaso no se había creído que no quería volver a verlo? ¿Y por qué tenía que estar tan guapo con aquellos vaqueros negros? No era justo que estuviera todavía más guapo de día.

Tras haber hecho todo lo que se le pasó por la cabeza para retrasar el momento de servirle el café a Noah, excepto bebérselo ella, tomó aire y se acercó a la mesa que había elegido para sentarse.

–Aquí tienes –le dijo dejando el café sobre la mesa y sentándose en una butaca a su lado.

–Muchas gracias, ahora ya tengo lo que quería –contestó Noah tomando la taza de café–. Te toca a ti. Grace Marlowe, ¿qué es lo que tú quieres?

Grace no tenía ni idea de lo que quería.

Sin embargo, tenía muy claro lo que no quería. No quería estar allí sentada fijándose en sus dedos, porque eso le llevaba a fijarse en sus muñecas y en sus antebrazos y aquello hacía que sintiera cierta efervescencia en su interior. Y aquella efervescencia la llevaba a dudar de su cordura al haber dicho que no quería volver a salir con él.

De repente, Grace se dio cuenta de que se estaba mordiendo otra vez la

uña del dedo pulgar y se apresuró a quitarse la mano de la boca.

¿Qué quería?

Debía concentrarse en la pregunta. Miró a Noah por el rabillo del ojo y comprobó que estaba muy sereno. Parecía encantado con su tarta y su café, esperando tranquilamente a que contestara.

Grace pensó en levantarse y en ir a por algo de comer que la tranquilizase. Por ejemplo, un cruasán. Estaba comenzando a ponerse en pie cuando apareció de repente un plato con un *pain au chocolat*.

–He supuesto que te apetecería –le dijo Caz dejando a su lado también un café y desapareciendo inmediatamente con total inocencia.

Lo que Grace quería era distanciarse de Noah durante unos momentos para tranquilizar a su corazón, para no seguir fijándose en sus muñecas. Definitivamente, habría preferido que Caz no le llevara el bollito, habría querido que Noah no la hubiera besado la noche anterior.

Menuda conspiración.

–Grace, ¿qué quieres? –le preguntó Noah.

Grace metió el dedo en la tarta y lo levantó cargado de chocolate

–Esto. Con esto tengo suficiente –contestó llevandoselo a la boca.

–No me refería al desayuno, sino a la vida –contestó Noah.

–Me parece una pregunta demasiado filosófica para un domingo por la mañana, ¿no?

Noah negó con la cabeza.

–A mí me parece una pregunta perfecta para un domingo por la mañana –contestó llevándose a la boca otro trozo de tarta.

Grace no pudo evitar fijarse en sus dedos y en sus labios. Tenía unos labios muy bonitos. ¡Y ella sabía por experiencia lo ricos que sabían!

Se apresuró a apartar aquel pensamiento de su cabeza.

–Háblame de tu hija.

Eso era fácil.

–Se ha ido de viaje. Pretende estar fuera de casa un año entero antes de empezar la universidad. Supongo que, en estos momentos, estará desayunando en París –recapacitó–. A mí también me encantaría estar en París –murmuró para sí misma.

–Muy bien, así que quieres viajar.

–¿Cómo? –contestó Grace levantando la mirada de su bollito.

–Ahora que tu nido está vacío, quieres ver el mundo.

Grace asintió.

–Me encantaría, pero me voy a tener que contentar con verlo en sueños porque... bueno... digamos que no estoy en una posición económica que me permita volar como a mí me gustaría.

Dicho aquello, se fijó en el abrigo de Noah, que era de un corte de lo más elegante. Todo en él exudaba dinero. Evidentemente, aquel hombre no tendría que preocuparse por pagar la universidad de su hija ni por ahorrar para abrir una tienda en el futuro.

–Esta tarta está buenísima –le dijo terminándosela–. ¿Quién os las hace?

Grace se sonrojó exactamente igual que cuando había pasado por el Coffee Bean con catorce años y Rob le había guiñado un ojo.

–Yo... las hago yo.

Por primera vez desde que se habían conocido, hacía menos de veinticuatro horas, Noah parecía anonadado.

–¿De verdad?

Grace asintió sonrojándose todavía más.

–Tienes un talento increíble. ¿Dónde has aprendido a cocinar así?

Que un hombre como Noah, que parecía frecuentar los mejores restaurantes, dijera algo así era todo un cumplido.

–Cuando nació mi hija, estaba terminando un curso de gastronomía en la universidad de Westminster. Quería especializarme en postres.

Sin embargo, después de haber sido madre, se había dado cuenta de que aquello no era compatible con la cantidad de horas que exigía una cocina profesional.

Y, después de la muerte de Rob, no había tenido opción. Normalmente, las parejas jóvenes de recién casados no pensaban en ahorrar ni en contratar seguros de vida. La pensión del ejército había sido de ayuda, pero, aun así, lo había pasado mal.

Menos mal que Caz había acudido a rescatarla. Había sido como una bendición. Además de darle casa y trabajo, le había proporcionado toda una serie de compañeros de trabajo que se peleaban por cuidar de Daisy. Así había sido como había podido volver a cocinar de nuevo.

No había podido terminar su curso universitario, pero lo había hecho de manera autodidacta, sacando libros de la biblioteca y yendo a algún seminario puntual.

Se estaba poniendo cada vez más nerviosa, así que decidió comerse su *pain au chocolat*. Como de costumbre, en cuanto hundió los dientes en el chocolate, se sintió más relajada.

–Algún día, tendré una pastelería –confesó.

No sabía cuándo ni cómo, pero sabía que lo conseguiría. Cuando levantó la mirada, comprobó que Noah la estaba mirando con intensidad. De repente, se dio cuenta de que había otra cosa que no quería.

No quería seguir allí sentada, sintiéndose incómoda en su presencia, bajando la guardia y contándole sus secretos.

–Me tengo que ir –anunció poniéndose en pie–. Por cierto, lo que te he puesto en el correo electrónico iba en serio, Noah. Las flores eran preciosas, pero...

Noah alargó el brazo, la tomó de la mano y tiró de ella para que se volviera a sentar.

–No te asustes, Grace –le dijo soltándole la mano–. No te voy a agobiar. Me gusta estar contigo. Si lo único que estás dispuesta a ofrecer es amistad, la acepto.

Grace se quedó sin palabras. Eso era lo que había dicho, pero no lo que había querido decir en realidad, no lo había dicho en serio. Sin embargo, mientras Noah se ponía el abrigo, se despedía y salía del Coffee Bean, no se le ocurrió nada que decir.

Automáticamente, recogió el plato y la taza que había dejado en la mesa, se acercó a la barra y se los entregó a Caz.

Como no tenía nada que hacer por allí, se fue a su casa.

En la cafetería, Caz se quedó mirando las migas que había en el plato. Al cabo de unos segundos, sonrió encantada y las tiró a la basura.

CAPÍTULO 4

GRACE sonrió al abrir el último correo electrónico de Noah.

Aquel hombre era realmente observador y divertido. Siempre que recibía un mensaje suyo se le alegraba el día.

Además, había cumplido su palabra. Llevaban un mes y medio conociéndose y no la había agobiado en absoluto. Grace estaba encantada con aquella amistad. Seguía echando mucho de menos a su hija, pero, gracias a Noah y a sus amigas de *Citasaciegas.com*, lo sobrellevaba bien.

Le mandó un correo electrónico a Noah, apagó el ordenador y se dirigió a la cocina a prepararse algo para picar. Todavía le quedaban dos horas para hablar con Dani y Marissa, con las que solía quedar para hablar a medianoche.

Tenía que ser a medianoche o a las seis de la mañana debido a las diferencias horarias que había entre las tres y las chicas sabían que a Grace no le gustaba nada madrugar, así que solían hablar por la noche.

Era un poco triste que sus mejores amigas vivieran en diferentes continentes y que no se conocieran personalmente. Era cierto que no sabía cómo tomaban el café o qué voces tenían, pero todo aquello también tenía su parte buena porque la distancia les permitía ser completamente sinceras. La verdad era que Internet les posibilitaba conocerse mucho mejor que si se hubieran sentado a tomar un café.

Lo que sí resultaba realmente triste era darse cuenta de que su vida social se había limitado durante muchos años a estar con su hija y sus amigas.

Grace sacó la caja de galletas del armario, se sirvió un vaso de leche y se sentó. Mientras comía, frunció el ceño. A medida que fue mirando a su alrededor, se dio cuenta de que su cocina parecía la de una casa de estudiantes.

De repente, se puso en pie y comenzó pasearse por toda la casa.

Horrorizada, se percató de que sus gustos en decoración no habían cambiado desde que se había casado con Rob. Por supuesto, había cambiado

los colores de las paredes y los muebles, pero la filosofía esencial seguía siendo la misma.

Barato y de colores.

Seguro que Noah, que era de su edad, no tenía la casa llena de cosas baratas y coloridas. Seguro que su casa era la casa de un hombre adulto.

Grace entró en su dormitorio y se quedó mirando su cama de estilo indio, que estaba cubierta por una colcha turquesa y fucsia. Le encantaba, pero no era madura ni sofisticada.

Si seguía así, iba a terminar como la señora Sims, una cliente del Coffee Bean que a sus ochenta años llevaba calentadores de colores y minifaldas.

Grace decidió irse al salón. Una vez allí, encendió el televisor y comenzó a hacer zapping. De repente, descubrió que estaban poniendo una de sus películas favoritas. Se trataba de una película de adolescentes de los años ochenta. Daba igual que se hubiera perdido los primeros veinte minutos de proyección porque se sabía los diálogos de memoria. Genial porque, así, estaría entretenida hasta que llegara el momento de hablar con sus amigas.

Bollitoinglés: Bueno, Dani, cuéntanos qué tal ha ido tu cita. No le puedo preguntar a Marissa porque como está completamente enamorada y a punto de casarse...

Sanfranciscana: Bueno, ya sabes... lo de siempre...

Bollitoinglés: ¡Con eso de lo de siempre, nunca nos cuentas nada!

Chicacanguero: Ya va siendo hora de que seas más clara.

Bollitoinglés: ¡Yo siempre os lo cuento todo, así que, venga, desembucha!

Chicacanguero: Y con detalles, por favor.

Sanfranciscana: ¿Y Noah ha vuelto a ir por la cafetería?

Bollitoinglés: Sí, la verdad es que suele venir bastante. Dice que viene a tomar café y a regalarse la vista.

Chicacanguero: ¿Y a qué dijiste que se dedicaba? No hay mucha gente que se pueda dedicar a vagar por ahí así.

Bollitoinglés: No viene a vagar. Se trae el ordenador portátil y trabaja aquí. Es escritor.

Sanfranciscana: ¿Y sobre qué escribe?

Bollitoinglés: No sé, sobre cosas militares. Libros de espías y cosas por el estilo.

Sanfranciscana: ¿Y se llama Noah? ¿Has mirado en las librerías?

Bollitoinglés: No... ¿Crees que debería hacerlo?

Sanfranciscana: Sí, creo que deberías hacerlo cuanto antes.

Bollitoinglés: ¿Para qué? Lo que hay entre Noah y yo no es más que amistad.

Chicacanguro: Sí, sí, claro. Yo decía lo mismo y mira...

Bollitoinglés: De verdad, chicas, entre Noah y yo no hay nada. Ya sé que a ti te parece que todo el mundo se puede enamorar tan deprisa como Rick y tú, pero yo no voy buscando eso. Lo que más me gusta de Noah es que no me ve como la mamá de Daisy. Para él, simplemente soy Grace... Ah, os quería preguntar una cosa.

Chicacanguro: Adelante.

Bollitoinglés: ¿Os parece que me comporto como si fuera una adolescente?

Chicacanguro: ¡Grace, eres la mujer más divertida que he conocido en mi vida! Por favor, no cambies.

Sanfranciscana: Te queremos tal y como eres.

Grace no sabía cómo explicarlo. No se trataba de resultar o no divertida, era algo mucho más profundo.

Bollitoinglés: Ya sé que esto puede sonar un poco raro, pero creo que ha llegado el momento de que comience a envejecer.

Noah intentó dormir un poco en el avión, pero había muchas turbulencias, así que le pidió a una azafata que le llevara un café.

Ojalá no lo hubiera hecho.

Le hizo acordarse de Grace.

Últimamente, no paraba de pensar en ella. Sobre todo, cuando estaba lejos de Londres. Echaba de menos ir al Coffee Bean, echaba de menos los bollitos de mantequilla y canela y el olor a café que lo emborrachaba en cuanto abría la puerta del local.

Cuando no estaba de viaje, solía pasarse por allí todos los días a media mañana, cuando ya había adelantado el trabajo del día. Era un incentivo maravilloso. Trabajaba más deprisa que nunca.

Grace le llevaba un expreso y cualquier dulce. Siempre estaban buenísimos. Aquella mujer podría haber trabajado en un restaurante si hubiera terminado sus estudios.

Aunque le daba pena que no hubiera tenido la oportunidad, la admiraba

por haber elegido disfrutar de su hija. Cuanto más la conocía, más convencido estaba de que había acertado con ella. Era una mujer increíble, una mujer que tenía muchas cualidades, cualidades que Noah buscaba en su esposa.

Si pudiera envolver para regalo una pastelería, lo haría. Grace se lo merecía todo. Sin embargo, sólo eran amigos y los amigos no hacían esas cosas.

Noah le dio un trago al café del avión, hizo una mueca de asco y lo dejó a un lado. Decidió dedicarse al capítulo diecisiete, en el que se encontraba atascado, así que abrió el ordenador portátil y les echó un vistazo a los correos electrónicos antes de ponerse a trabajar.

Había uno de Grace en el que le deseaba que tuviera una buena estancia en Alemania y le contaba una anécdota graciosa que se había producido en el Coffee Bean.

En ese mismo momento, Noah decidió que, cuando se volvieran a ver, le iba a decir quién era en realidad. Confiaba en ella por completo y sabía que Grace no tenía intención de casarse con él por su dinero.

En realidad, no tenía ninguna intención de casarse con él.

Una pena.

Había otro correo de su agente en el que le recordaba que a la semana siguiente se celebraba una entrega de premios de la que Noah se había olvidado por completo y a la que tenía que acudir porque estaba nominado en la categoría de mejor novela de suspense.

Noah pensó en la posibilidad de llevar a una cita de *Citasaciegas.com*, pero la sola idea le dio dolor de cabeza.

Por supuesto, estaba Grace, pero Grace sólo quería ser su amiga. Claro que no le iba a pedir que se casara con él, sólo que lo acompañara el jueves, que acudiera con él a una entrega de premios, que sonriera y lo ayudara a quitarse de encima a todas las mujeres que se querían convertir en la señora Frost.

Grace sería perfecta.

¿Estaría dispuesta a hacerlo? Tal vez, si se lo pedía de buenas maneras...

Durante el descanso, Grace se fue a la librería que tenían al lado y saludó a Martin, el propietario, que siempre llevaba chaqueta de punto aunque hiciera una preciosa y soleada mañana de abril, como aquélla.

—¿Estás buscando algo en concreto? —le preguntó el hombre.

—Sí, algo de historia militar —contestó Grace.

–Está por ahí –le indicó Martin señalando unas estanterías.

¿Dónde estaría Grace?

Noah se asomó al escaparate desde la calle y Caz le indicó con la mano que entrara. Al hacerlo, Noah vio que había una tarta nueva. Parecía de fresas con chocolate blanco. Decidió probarla aunque tuviera que correr unos cuantos kilómetros más a la mañana siguiente.

–Ha ido a hacer un recado aquí al lado –le dijo Caz sin rodeos.

Caz lo sabía.

Noah sabía que lo sabía.

Ambos sonrieron.

–Muy bien, la esperaré tomándome un café y un trozo de tarta de fresas.

Caz le guiño el ojo y le sirvió.

La sección de historia militar de la librería de Martin era increíblemente grande, pero Grace no encontró ningún libro de Noah Smith.

Se dijo que era comprensible porque era una librería pequeña situada a las afueras de la ciudad. Era normal que no tuvieran libros de Noah. Quizás Martin pudiera traérselo por encargo.

En aquel momento, entraron dos mujeres.

–¿Tiene el número cuatro de la serie *Espías de hielo*? –le preguntó una de ellas a Martin–. Ya he visto que tiene el último en el escaparate, pero mi hijo acaba de empezar a leer la colección hace poco y quiere ir en orden.

–Voy a ver, señora –contestó el propietario pasando a la trastienda.

–¿Le viste en la tele el otro día? –preguntó la segunda mujer a la primera mientras rebuscaba algo en el bolso.

–¿A quién?

–Al escritor de *Espías de hielo*. No me importaría nada tener una aventura de espías con él.

–Aquí esta –anunció Martin dejando el libro que le habían pedido sobre el mostrador–. *Tierra baldía*. El número cuatro de *Espías de hielo*.

La mujer que iba a comprar el libro le dio la vuelta y miró a su amiga.

–¡Vaya! Ahora entiendo por qué lo decías –le comentó.

Acto seguido, ambas estallaron en carcajadas. Grace decidió que iba a tener que esperar mucho si quería preguntarle a Martin por un libro de historia

militar en concreto, así que le dijo que ya volvería más tarde.

Por curiosidad, miró el libro del escaparate al que se había referido la mujer.

Tundra silenciosa, de Noah Frost. Estaba junto a un enorme cartón de publicidad con la foto de Noah a todo color.

Grace volvió a entrar en la librería y se abalanzó sobre el libro.

A Noah se le atragantó la tarta de fresas cuando vio entrar a Grace en la cafetería con su libro en la mano. Grace lo vio y fue hacia él.

–Vaya, señor Smith –lo saludó haciendo hincapié en su falso apellido–. ¡Cuánto me alegro de verlo!

Noah intentó tragarse el trozo de tarta que tenía en la boca y comenzó a toser. Grace le dio unas palmaditas en la espalda. Con el libro. Noah decidió que, partir de aquel momento, escribiría libros más pequeños.

–Grace, te lo puedo explicar... –le aseguró.

–Claro que sí, no lo dudo, pero no quiero escuchar tus explicaciones.

–Grace –le dijo Caz con voz autoritaria–, estás dando la nota.

Grace miró a su alrededor y comprobó que había diez o doce personas mirándolos atentamente.

–Lo siento –se disculpó.

–Vete a dar un paseo, tranquilízate y escucha lo que tiene que contarte Noah.

–Pero...

–Vete –le ordenó Caz señalando la puerta.

Grace salió de la cafetería con el libro en las manos. Noah la siguió.

–Le tengo que devolver esto a Martin –anunció–. No se lo he pagado.

Noah asintió. Estaba dispuesto a esperar con tal de que le diera la oportunidad de explicarle lo que había sucedido.

El propietario de la librería se quedó mirando a Grace con el ceño fruncido. Noah lo comprendió mientras observa en silencio cómo Grace se disponía a rehacer una pirámide de libros que había en el escaparate.

–¡Oh, Dios mío, es usted! ¡Es él, Julie! –exclamó una mujer que salía del local.

Noah cerró los ojos.

–¿Me firma el libro, por favor?

–Sí, firmale el libro a la señora, Noah –comentó Grace.

En realidad, no podía evitarlo, así que aceptó el bolígrafo que le tendía el propietario de la librería y escribió su consabida dedicatoria: *Espero que disfrute con la lectura de este libro.*

–¿No podría ponerme «Para Julie con amor»?

Noah escribió «Para Julie» y le pareció que ya era suficiente.

–Yo no tengo libro, pero podría firmarme en otro sitio –dijo la otra mujer rebuscando en su bolso mientras Noah entregaba a la tal Julie su ejemplar firmado.

–Es usted muy alto –comentó Julie–. ¿De verdad ha sido espía?

–No –contestó Noah haciendo un gran esfuerzo para no apretar las mandíbulas–. Me lo inventé. Es ficción.

–No sé si se lo habrán dicho antes, pero podría hacer usted de James Bond en el cine perfectamente.

La verdad era que se lo habían dicho un millón de veces. Seguro que ahora le decía que era igual que...

–Es usted igual que Pierce Brosnan –comentó la otra mujer.

Noah miró a Grace, que observaba la situación muy seria y se dijo que ya no había nada que hacer.

–No encuentro ningún papel –comentó la amiga de Julie–. Me puede firmar aquí –añadió abriéndose la blusa.

A Noah se le cayó el bolígrafo. Cuando se incorporó tras haberlo recogido, Grace le entregó un cartón con su nombre y su cara que había sacado del escaparate de Martin.

–No te preocupes –le dijo al librero–. Te lo va a pagar todo.

Noah asintió y firmó el cartón.

–Bueno, creo que me ha quedado claro quién eres –comentó Grace una vez a solas.

Citasaciegas.com tiene actualmente doce chats abiertos, veintisiete conversaciones privadas de mensajes instantáneos y cinco mil doscientos doce miembros conectados. ¡Chatea con quien quieras!

*Bollitoinglés: ¡No os vais a creer lo que os tengo que contar de Noah!
¿Os acordáis que os dije que era escritor?*

Sanfranciscana: Sí.

Bollitoinglés: Bueno, pues resulta que es famoso.

Sanfranciscana: ¡Lo sabía!

Bollitoinglés: ¡Pues ya me lo podías haber dicho!

Sanfranciscana: Es que no estaba segura del todo.

Chicacanguro: ¿Me podéis contar de qué estáis hablando? No me entero de nada.

Bollitoinglés: ¿Sabes quién es Noah Frost?

Chicacanguro: ¡Pues claro! ¿Es él de verdad?

Sanfranciscana: ¡Es muy guapo!

Bollitoinglés: ¡Las manos quietas, Dani!

Chicacanguro: ¿No decías que sólo sois amigos, Grace?

Bollitoinglés: Más o menos. Sí, somos amigos, pero... ¡Esto se está complicando mucho!

Sanfranciscana: Cuenta con nosotras para lo que sea. Queremos ayudarte.

Chicacanguro: Cuéntanoslo todo y te daremos abrazos virtuales y solidaridad de la buena.

Bollitoinglés: Tiene que ir a una entrega de premios y me ha pedido que vaya con él.

Chicacanguro: Ya sabía yo que erais más que amigos. No paras de hablar de él.

Bollitoinglés: Eso no es verdad. Lo que pasa es que lo veo casi todos los días. Por eso suelo hablar de él de vez en cuando. De él y de mi hija, claro.

Sanfranciscana: Por cierto, ¿qué tal está Daisy? ¿Por dónde anda?

Bollitoinglés: Me escribió ayer. Está en Atenas. Me contó una anécdota muy graciosa que le pasó con una cabra...

Chicacanguro: A ver, vamos por orden. Primero, lo del escritor guapo y, luego, lo de las cabras griegas.

Bollitoinglés: ¡De verdad, Marissa! ¿Eres así de marimandona en la vida real? ¡Pobre Rick!

Sanfranciscana: No te vayas por la tangente, Grace. ¿Nos estás diciendo que Citasaciegas.com ha acertado al emparejarte con Noah?

Bollitoinglés: Sólo somos amigos.

Chicacanguro: Yo creo que lo que ocurre es que, en lo más profundo de ti misma, no quieres volver a enamorarte.

Bollitoinglés: Puede que tengas razón. Antes pensaba que jamás podría amar a nadie como amé a Rob y creo que, en parte, todavía lo creo.

Sanfranciscana: Qué triste, Grace.

Chicacanguero: Sí, es triste, pero también muy romántico.

Bollitoinglés: Pero, últimamente, he estado pensando en que, a lo mejor, encuentro a un hombre con el que compartir la vida. Sería diferente de lo que tuve con Rob. Una relación más tranquila, no tan apasionada.

Sanfranciscana: Por cómo lo dices, da la impresión de que buscas algo seguro.

Bollitoinglés: ¿Acaso el amor es seguro?

Chicacanguero: ¿Y no podría ser Noah ese hombre?

Sanfranciscana: ¿Grace?

Bollitoinglés: ¡Dejad ya de intentar emparejarnos! Os dejo antes de que me hagáis una lobotomía. Luego hablamos.

Sanfranciscana: Muy bien, hasta luego.

Chicacanguero: Adiós.

Bollitoinglés ha abandonado la conversación.

Chicacanguero: Oye, Dani, ¿te parece que me estoy equivocando con Noah y Grace?

Sanfranciscana: No lo sé, Marissa. La verdad es que tienes razón... habla mucho de él.

Chicacanguero: ¡Ya veremos lo que pasa!

Sanfranciscana: ¡Eres incorregible, alcahueta! ¡Y deja de sonreír así!

Chicacanguero: ¿Cómo sabes que estoy sonriendo?

CAPÍTULO 5

GRACE tomó aire a medida que el coche que Noah había alquilado se aproximaba al hotel Regent Palace, uno de los mejores de la ciudad.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? ¿Estás seguro de querer aparecer en la entrega de premios conmigo? —le preguntó.

—Sí, estoy completamente seguro —contestó Noah mirándola de una manera que hizo que Grace se derritiera por dentro—. Tranquila, estás preciosa.

Grace sonrió tímidamente. Había echado mano de sus ahorros y se había comprado un precioso vestidito de fiesta del que se había enamorado al verlo en el escaparate de una boutique exclusiva de las que habían abierto en High Street.

Era de seda plateada y de corte años cincuenta, con el escote tipo Audrey Hepburn y la falda de tul.

Noah estaba muy guapo y era cierto que se parecía a Pierce Brosnan.

El conductor le abrió la puerta. Grace se miró las piernas y se preguntó si recordaría cómo salir del coche sin que se le vieran las braguitas. Tenía algo que ver con mantener las rodillas unidas. ¿O eran los tobillos?

El conductor no puso cara de sorpresa mientras le daba la mano para que Grace se bajara del coche, así que supuso que lo había hecho bien. Mientras avanzaba por la alfombra roja, tuvo la sensación de que era una intrusa.

Noah la tomó de la mano y Grace se dispuso a caminar por la alfombra como toda una estrella, sin hacer el ridículo. Había un grupo fotógrafos, de periodistas y de curiosos. Noah se acercó a ellos, estrechó un par de manos y firmó un par de autógrafos. En ningún momento la soltó de la mano.

Todo el mundo la miraba.

Grace intentaba sonreír, pero no se sentía natural.

Oh, Dios, ¿qué hacía allí?

Se sentía una mujer florero sin sustancia.

Noah firmó otro autógrafo, volvió a tomarla de la mano y le habló al oído.

—No te puedes imaginar qué poco me gusta todo esto.

Grace sonrió y se quedaron mirándose a los ojos unos segundos antes de seguir avanzando. Grace intentó ignorar al público, a los periodistas y a las admiradoras. Las mujeres miraban a Noah como si se lo fueran a merendar.

Grace se había comprado el primer libro de Noah y había terminado bostezando. ¡No porque fuera malo, sino porque se había acostado a las dos de la madrugada durante tres días seguidos porque el argumento la había atrapado por completo y quería terminárselo cuanto antes!

Aquella lectura le había permitido descubrir algo más profundo de Noah. Hasta hacía unos días, sólo era Noah Smith, un hombre muy guapo que iba a la cafetería a tomarse una tarta todos los días. Ahora, era Noah Frost, un escritor famoso.

Grace estaba un poco impresionada.

Estaban llegando a la puerta del hotel y dos porteros les abrieron las puertas dobles para que entraran al vestíbulo. Una vez dentro, Grace tuvo la sensación de que estaba en un cuento de hadas.

Un cuento de hadas moderno, pero glamuroso, en el que había celebridades del mundo de la televisión, enormes columnas de mármol e increíbles candelabros de cristal. También había suficientes flores como para haber regalado tres o cuatro a cada vecino de Vinehurst.

Noah le apretó la mano y, al mirarlo a los ojos, Grace vio que había dejado de sonreír de manera falsa y que volvía a ser el mismo de siempre.

—Gracias —le dijo besándola con delicadeza en la mejilla—. Te agradezco mucho lo que estás haciendo por mí.

¿Le estaba dando las gracias por acompañarlo a una entrega de premios cuando cualquier mujer en sus cabales habría dado su colección de zapatos por estar allí?

De repente, se dio cuenta de que era su puesta de largo, por decirlo de alguna manera, la primera vez que volvía a salir después de muchos años.

—¡Vamos a por ellos! —le dijo Grace guiñándole un ojo.

—Siento mucho que no te hayan dado el premio, Noah.

Noah se giró y se encontró con una escritora que también trabajaba para su editorial. Rebecca era la sensación del momento en libros femeninos de ficción y le habían dado el premio revelación del año.

—Enhorabuena por el tuyo —contestó Noah.

—Gracias —dijo Rebecca dándole un trago a su copa mientras miraba a su

alrededor—. ¿Se supone que yo también te tengo que dar la enhorabuena por algo?

—No. A menos que le arrebatase su premio a Frankie y salga corriendo.

—No me refería al premio —contestó Rebecca poniendo los ojos en blanco—. Me refería a ella —añadió señalando con su copa a Grace.

—¿A Grace?

—Hay un montón de mujeres llorando en el baño de señoras ahora que estás fuera del mercado.

Noah intentó mantener la compostura.

—¿Y por qué crees que estoy fuera del mercado como tú dices?

—Porque no has parado de mirarla en toda la noche —contestó Rebecca—. Eres el soltero de oro entre los escritores, ya lo sabes. Debe de ser una mujer increíble si ha conseguido que te enamores por fin.

En aquel momento, el grupo de personas que había alrededor de Grace estalló en carcajadas y Noah se encontró sonriendo.

—Sí, la verdad es que es increíble.

Rebecca se limitó a terminarse su copa antes de anunciar que se tenía que ir. Noah la acompañó hasta el vestíbulo, donde la estaba esperando su novio. Una vez a solas de nuevo, se dispuso a encontrarse con Grace. Se habían separado hacía un rato y cada vez que intentaba acercarse a ella...

—¡Hombre, Noah!

Otra vez.

Noah sonrió y se giró. Se quedó un rato hablando con las personas que lo habían saludado. Al cabo de diez minutos, consiguió despedirse y alejarse. A solas, se quedó observando a Grace. Estaba hablando con un grupo de personas de su editorial. Los tenía completamente anonadados. Noah estaba encantado. Aquella mujer era realmente única.

¡Qué bien había hecho fiándose de sus corazonadas!

Noah tomó aire profundamente, exhaló y decidió que había llegado el momento de reunirse con Grace, así que avanzó hacia ella. Una vez a su lado, le pasó el brazo por la cintura. Grace ni se movió. Terminó lo que estaba diciendo y lo miró de reojo, sonriente.

Aquella sonrisa lo derritió.

Sí, definitivamente, había llegado el momento.

No hacía falta que saliera con más mujeres, no hacía falta que *Citasaciegas.com* siguiera buscándole esposa.

Quería a Grace.

Quería casarse con ella.

–¡Qué noche tan estupenda! –suspiró Grace mientras Noah le entregaba su abrigo.

–Me alegro de que te lo hayas pasado bien.

–¡Me lo he pasado genial! ¿Has visto a ese actor que salió el domingo pasado por la noche en televisión? ¡Me ha besado la mano dos veces!

Sí, Noah lo había visto perfectamente y le habría gustado pegarle un puñetazo.

–Me alegro de que hayas reservado habitaciones en un hotel del centro – comentó Grace bostezando–. No puedo más con estos tacones –añadió consultando el reloj–. ¿De verdad es tan tarde?

Noah asintió.

–La Cenicienta se fue hace rato a casa –Grace volvió a bostezar–. Venga, vamos, Bella Durmiente. Vamos a pedir un taxi. Nuestro hotel está un poco más retirado, pero es más tranquilo que éste.

–Y estamos en habitaciones separadas, ¿verdad?

–Por enésima vez, sí –contestó Noah–. ¿Por quién me has tomado?

Grace volvió a bostezar mientras la limusina avanzaba por las calles. Había bebido un poco de champán y tenía sueño. Aunque sólo habían sido un par de copas, se le habían subido a la cabeza, que cada vez le pesaba más y, cuando encontró el pecho de Noah, decidió apoyarla sobre él y le echó la culpa a la fuerza de la gravedad.

A él no parecía importarle. De hecho, le pasó el brazo por los hombros. Grace sintió una sensación deliciosa y se acurrucó contra él, tomó aire profundamente y pensó en lo bien que se encontraba allí, apoyada en Noah, que olía de maravilla.

Tuvo que recordarse que solamente eran amigos, porque lo que más le apetecía hacer en aquellos momentos era abrazarlo y enterrar el rostro en su camisa.

Los cláxones, los motores y las sirenas comenzaron a quedarse atrás, en una nebulosa. Grace sintió que Noah la despertaba suavemente. Bostezando, se puso en pie y lo siguió. Un botones los llevó hasta una puerta y Grace vio que se encontraba en una habitación preciosa decorada en tonos cremas y dorados.

–No hay cama –comentó–. ¿Una habitación tan estupenda no tiene cama? –se extrañó.

–Sí, sí, claro que tiene cama –le dijo Noah–. Lo que pasa es que es una suite y tu habitación está por aquí –añadió guiándola.

Grace vio una maravillosa cama y se lanzó sobre ella. ¡Si pudiera quedarse a vivir en aquella cama, lo haría!

Noah le quitó los zapatos. Grace suspiró encantada y metió los pies bajo las sábanas, volvió a bostezar y sintió que Noah la besaba en la sien.

–Buenas noches, Grace. Dulces sueños.

Grace se despertó y se estiró lánguidamente desde la punta de los dedos de los pies hasta las puntas de los dedos de las manos.

Estaba desnuda.

En algún momento durante la noche, se había desvestido.

En el reloj que había en la mesilla vio que eran las ocho de la mañana y no le pareció mal teniendo en cuenta que había trasnochado.

Aquello de estar estirándose entre sábanas de un algodón gustoso que debía de ser, por lo menos, egipcio, y no tener que ir a trabajar se le antojó decadente.

Se estiró una última vez y se dirigió a la ducha. Tras disfrutar de una maravillosa lluvia de agua, se puso el pijama y el albornoz blanco que encontró detrás de la puerta del baño. Así ataviada, se asomó a la puerta. Desde allí, vio a Noah sentado a una mesa junto a una ventana, trabajando.

Parecía llevar horas despierto.

–¿Qué tal has dormido? –le preguntó al verla.

–De maravilla, gracias... y gracias también por la fiesta de anoche –contestó Grace–. ¡Vaya! –se lamentó mirándose la mano derecha–. No me iba a lavar la mano que me besó Randolph Marks, pero se me ha olvidado y le he dado jabón y todo.

–Vaya, qué mala suerte –sonrió Noah–. ¿Desayunamos? –añadió señalando un ventanal.

Al otro lado había una terraza que Grace no sabía ni que existía y allí habían dispuesto una mesa llena de cruasanes, bollitos, zumo de naranja y fuentes de fruta recién cortada.

Grace se apresuró a salir a la terraza y miró hacia abajo. Estaban, por lo menos, en la décima planta. Abajo se veían autobuses rojos, peatones y coches. Hacía una mañana estupenda, el cielo estaba despejado y Grace sentía el sol en la cara y en sus pies descalzos. Hambrienta, se sentó en una silla de hierro forjado.

–¡Hmmm, esto tiene una pinta buenísima! –exclamó–. Gracias, Noah... por esto, por lo de anoche y por todo. ¡Me siento como si estuviera de vacaciones!
Noah se sentó también y sirvió dos tazas de café.

–Soy yo el que te da las gracias a ti. Gracias por tu presencia ayer en la entrega de premios. Me sirvió de mucho. Al verte conmigo, las cazafortunas ni se me acercaron. A ninguna mujer se le pasó por la cabeza pedirme que le firmara un autógrafo en el escote, así que fue un éxito.

Grace sonrió, se sirvió un cruasán y se llenó el plato de fresas, frambuesas y arándanos.

–De nada –le dijo metiéndose un trozo de cruasán en la boca.

Al percibir lo untuoso, jugoso y esponjoso que estaba, se le antojó que estaba en el cielo e incluso pensó en colarse en la cocina del hotel para ver cómo los preparaban.

El desayuno transcurrió sin prisas y tanto Noah como Grace repitieron café. Cuando Grace tuvo la sensación de que no podría volver a comer hasta dentro de tres o cuatro días, colocó los pies sobre una silla vacía, cerró los ojos y se quedó disfrutando de los rayos del sol en la cara.

–Me podría acostumbrar a llevar este tipo de vida –comentó.

–¿Ah, sí? –contestó Noah–. Cuando quieras.

Grace giró la cabeza y abrió un ojo. Noah se había apoyado en la mesa y la miraba muy serio.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que podrías llevar esta vida si...

–¿Si qué? –le preguntó Grace bajando los pies al suelo y mirándolo a los ojos.

–Si te casaras conmigo.

Grace tuvo una aguda sensación de vértigo. Seguramente por haberse asomado al balcón hacía un rato.

–¿Cómo has dicho?

Noah se puso en pie, se sentó en la silla que había junto a Grace, la tomó de las manos y la miró a los ojos.

–Cásate conmigo, Grace.

Aquella fue la primera vez en su vida que Grace no tenía una respuesta graciosa preparada.

–Pero... pero... pero... Sólo somos amigos...No me quieres.

–Me pareces una mujer maravillosa, te respeto profundamente y me divierto mucho contigo.

–Pero...

–Además, hay mucha química entre nosotros.

–Sí, es cierto, pero...

–Me dijiste que no estabas buscando una relación tipo Romeo y Julieta y estoy de acuerdo. Lo que yo te propongo es una relación basada en el respeto mutuo, la compatibilidad y... la química –contestó sonriendo de manera inequívoca.

De repente, Grace sintió aquellos mismos labios sonrientes sobre los suyos. El beso que Noah le dio fue suave como el sol de primavera.

Noah le tomó el rostro entre las manos y se quedó mirándola a los ojos.

¡Cuánto había echado Grace de menos todo aquello! No sólo los besos. También conectar con una persona. Era cierto lo que Noah decía. Eran compatibles. Y seguro que lo que le había dicho lo había dicho en serio. Hacía mucho tiempo que nadie le decía cosas tan bonitas.

Grace sintió un nudo en la garganta.

Pero no era amor.

¿Podría casarse con él así? Un par de meses antes, le habría parecido una locura, pero ahora...

Se acabaría la soledad, se acabaría el esfuerzo de tener que hacerlo todo ella, podría hablar con alguien cuando no se encontrara bien y tendría a alguien con quien reírse cuando estuviera de buen humor.

La verdad era que su alma quería decir que sí.

Grace se apartó y se puso en pie.

–No sé... Necesito tiempo para pensar –le dijo–. Quiero irme a casa.

Grace llegó a casa con el corazón latiéndole aceleradamente.

El trayecto había sido agotador. No había sabido qué decir, no se le había ocurrido ningún tema de conversación. ¿De qué se suponía que se hablaba después de recibir una propuesta de matrimonio?

Una propuesta de matrimonio que no había rechazado, por cierto.

¿Se habría vuelto loca?

Cuando Noah había parado el coche en la puerta trasera del Coffee Bean, se había tirado del coche y había subido las escaleras de su casa a toda velocidad. Una vez en el rellano, se dio cuenta de que no sabía qué hacer.

Su casa era su santuario, pero en aquellos momentos no le apetecía nada entrar. Sabía que, si lo hacía, lo primero que iba a ver iba a ser la fotografía de Rob de uniforme con Daisy a los pocos días de nacer.

Grace suspiró.

Cuando se habían casado, Rob y ella se habían creído muy mayores, pero ahora, cuando miraba sus fotografías, se daba cuenta de que eran unos chiquillos. De hecho, ella tenía casi la misma edad que tenía su hija. La idea de ver a Daisy con alianza y la camiseta abultada la hizo ponerse a sudar.

En aquel entonces, Rob y ella estaban convencidos de que lo suyo era para siempre, pero, ¿qué habría ocurrido si no hubiera muerto? ¿Habrían sido la familia modélica con la que ella soñaba o estarían divorciados y peleándose por la custodia de su hija?

¿Cómo iba a pasar delante de la foto de Rob pensando en lo que estaba pensando? No podía hacer como que no había existido. ¿Cómo lo iba a hacer cuando se había pasado todos aquellos años siendo la misma Grace de la que él se había enamorado?

Jamás se había parado a pensar en todas aquellas cosas, ni siquiera a los veintitantos años, cuando había salido con otros hombres con la idea de volverse a enamorar para llenar el vacío que había quedado en su vida. Ninguno de los hombres que había conocido entonces se podía comparar a Rob, que había sido un chico divertido y generoso.

Además, los chicos de veinte años solían salir corriendo cuando se enteraban de que tenía una hija. Aquello no había hecho sino confirmar sus sospechas: Rob había sido su alma gemela y jamás encontraría a nadie que pudiera reemplazarlo.

Por eso había dejado de buscar.

Pero ahora había encontrado a Noah.

No se parecía en nada a su adorado Rob y sabía que, si se embarcaba en una relación con él, no iba a tener nada que ver con su matrimonio. Noah quería compañía, una relación basada en el respeto mutuo. Grace no sabía ni lo que quería decir eso cuando había aceptado casarse con Rob. Cuando se había casado con él, lo había hecho por amor, para siempre y porque el destino los había unido.

El único problema había sido que lo de para siempre no les había salido bien y allí estaba, teniendo que decidir lo que quería hacer con el resto de su vida.

Respeto, compatibilidad. Apoyo.

Todo muy lógico y pragmático, pero la Grace a la que le gustaban las medias de rejilla, el tequila y los conciertos gritaba que no.

¿Se estaba comportando como una cría?

Grace se pasó las manos por la cara.

Por una parte, quería aceptar. Quería respeto, compatibilidad y apoyo. Si era capaz de aceptar una relación más madura y una forma de entender el amor más equilibrada, ¿en qué lugar dejaría eso la relación que había tenido con Rob? ¿La vería como un error?

¡Qué traición!

Por otra parte, ese amor de las canciones y de las películas no era el único tipo de amor que existía. De hecho, si Noah le hubiera pedido ese tipo de amor, le habría dicho directamente que no porque ese tipo de amor sólo acarrearía una cosa: soledad. Era como si el Universo tuviera que compensar la intensidad arrebatándote el objeto de tu amor. Tanta perfección no podía ser.

Grace sabía que no sería capaz de volver a pasar por ello. No podría soportar volver a perder a un hombre al que adoraba.

Entonces, la propuesta de Noah era muy buena...

Grace suspiró y decidió entrar en casa. Lo hizo ignorando la fotografía de la entrada y el ordenador portátil que estaba en el salón. Aquella noche no se iba a conectar para hablar con Marissa y con Dani.

Necesitaba estar a solas para dilucidar cómo iba a plantear aquello.

Ni siquiera se lo iba a decir a Daisy todavía. Aún no.

Noah no apareció por el Coffee Bean en unos días, aunque le envió a Grace un par de correos electrónicos de lo más neutrales. Era todo un caballero y había entendido que necesitaba tiempo, así que no la estaba agobiando.

Grace colocó los bizcochos de chocolate en una bandeja y puso con delicadeza una frambuesa sobre cada uno.

Seguro que Caz sabía lo que había que hacer. Siempre había sido como una madre para ella. Grace no le pedía consejo demasiado a menudo. Normalmente, porque no le solían gustar los consejos de Caz. Sobre todo, porque siempre tenía razón.

Al mirar a Caz, que estaba sentada en una mesa repasando el libro de contabilidad, se dio cuenta de que su amiga se había quedado mirando a la nada. Aquello no era propio de ella y ya iba la tercera vez que se lo veía hacer en lo que iba de mañana.

Grace se acercó y se sentó frente a ella.

—Te doy un penique por tus pensamientos.

Caz suspiró.

–Me vendrían mejor dos de los grandes.

–¿Problemas?

Caz asintió y le tendió el libro de contabilidad. Grace nunca había entendido mucho de números, así que se limitó a asentir a pesar de que no entendía lo que estaba viendo.

–No tires la toalla –le dijo poniéndose en pie y abrazándola–. Todo saldrá bien.

Conversación privada entre Sanfranciscana, Chicacanguero y Bollitoinglés.

Bollitoinglés: Hola, chicas, os tengo que contar una cosa.

Chicacanguero: ¡Vaya! ¡Espero que sea algo jugoso!

Sanfranciscana: Dispara.

Grace tomó aire. Llevaba varios días guardándose la información para ella sola, pero ahora necesitaba compartirla.

Bollitoinglés: ¿Os acordáis del día que fui con Noah a los premios? Bueno, pues me besó.

Chicacanguero: ¡Ahhhhhh!

Sanfranciscana: ¡Vaya!

Bollitoinglés: Sí.

Sanfranciscana: Ahora entiendo por qué ya no hablabas de él.

Chicacanguero: ¿Por qué no nos lo habías dicho antes?

Sanfranciscana: Entiendo que no lo hayas hecho. A veces, se necesita cierta privacidad. Eso no quiere decir que nos seamos amigas, ¿verdad Grace?

Bollitoinglés: ¡Claro que no! Ya sabéis que os quiero mucho.

Chicacanguero: Bueno, ¿y cómo fue?

Bollitoinglés: Fue...

Grace se mordió el labio inferior. ¿Impresionante? ¿Increíble? ¿Maravilloso?

Bollitoinglés: Estuvo bien. Fue diferente de la última vez.

Sanfranciscana: ¡Grace!

Chicacanguero: ¿Qué eso de la última vez? ¡Grace!

Bollitoinglés: Ten cuidado, que vas a romper la tecla de la exclamación.

Sanfranciscana: Me parece que tú nos has estado ocultando cosas.

Bollitoinglés: Bueno, puede que se me olvidara contaros que me dio un besito después de la primera cita.

Sanfranciscana: ¿Sólo un besito?

Bollitoinglés: Bueno, en realidad, fue un beso espectacular, me apoyó contra el escaparate de la cafetería y me besó hasta dejarme con la respiración entrecortada. ¿Mejor así?

Chicacanguro: Mucho mejor.

Grace chasqueó la lengua. Marissa tenía razón. Les había estado ocultando información a sus amigas deliberadamente. No debería haberlo hecho. Sobre todo, porque ahora necesitaba hablar con alguien.

Sanfranciscana: Y pensar que no querías volver a salir con él...

Bollitoinglés: Estaba asustada.

Grace dudó y siguió escribiendo:

Bollitoinglés: Sigo estándolo.

Sanfranciscana: ¿Y ahora cómo están las cosas? ¿Estáis saliendo?

Bollitoinglés: No exactamente.

Sanfranciscana: ¿Eso qué quiere decir?

Bollitoinglés: Que las cosas se han complicado.

Sanfranciscana: ¿Podrías ser un poco más explícita?

Grace tragó saliva y se lanzó.

Bollitoinglés: Me ha pedido que me case con él.

Por primera vez en su amistad virtual no hubo respuestas graciosas, signos de exclamación ni preguntas con trampa. Aquellas chicas le hacían enfrentarse a lo que le daba miedo, le preguntaban lo que ni ella quería preguntarse y, sin embargo, ahora se habían quedado calladas.

Evidentemente, estaban tan sorprendidas como ella.

Tras lidiar con sus sorprendidas amigas, Grace apagó el ordenador. La cabeza le daba vueltas a toda velocidad y no tenía sueño, así que se puso a mirar un álbum de fotografías.

No eligió el de la boda, sino uno familiar en el que había fotografías de Rob y de ella, y también de Daisy.

Aquel álbum era un precioso recordatorio de su relación.

En aquel entonces, le había parecido de lo más romántico casarse con un soldado joven y guapo justo antes de que se incorporara a filas. En aquella ocasión, volvió a casa sano y salvo.

Grace suspiró.

Rob había nacido para casarse. Era un chico agradable, fiel y decidido. Habría sido una tonta si lo hubiera dejado escapar.

Grace pasó las páginas... Rob y ella con sus amigos... Los dos delante del árbol de Navidad con sombreros de Papá Noel y sonriendo como tontos... Su foto preferida, la que le había hecho en su luna de miel y en la que se le veía sonriéndole, sentado en la calle, comiendo pescado con patatas.

Le dolía mirar aquella fotografía.

«Aunque todavía no he aceptado la propuesta de Noah, me siento como si te dejara atrás. ¿Cómo puedo hacerlo después de todo lo que compartimos?», se preguntó mirando a la imagen de Rob a los ojos, buscando respuestas.

Lentamente, las palabras comenzaron a llegar a su cabeza como si Rob estuviera sentado en el sofá junto a ella, tomándola de los hombros, hablándole al oído. Grace sabía perfectamente lo que le habría dicho porque era un hombre generoso con mucho sentido común.

«Tienes que seguir adelante, tienes que olvidarte de mí, no puedes parar el tiempo y fingir que no ha pasado porque no es así. Una parte de mí siempre estará contigo, pero ya va siendo hora de que te olvides de mí, ya va siendo hora de que te conviertas en ti misma».

¿Y eso quería decir que debía aceptar la propuesta de matrimonio de Noah o que no? ¿Y quién se suponía que era ella? Grace cerró el álbum de fotos y lo dejó en su sitio. Tenía cuarenta años y tres meses de edad y ya iba siendo hora de que lo averiguara.

CAPÍTULO 6

NOAH seleccionó las tres últimas páginas que había escrito y las borró. A continuación, seleccionó las tres anteriores y las borró también.

El protagonista de la novela no le estaba quedando como él quería, había algo que no le convencía, alguna pieza que no encajaba.

Necesitaba un cambio de escenario, un cambio de ambiente. Lo que realmente necesitaba era dejar de pensar en Grace y en lo que le contestaría. No debía agobiarla, pero la espera lo estaba volviendo loco.

Tal vez, habría sido mejor elegir a una admiradora glamurosa. Entonces, la respuesta habría estado muy clara.

Noah decidió salir a dar un paseo para tranquilizarse y despejar la mente. Le gustaba observar a la gente mientras paseaba, pues se le ocurrían preguntas sin importancia, pero algunas de aquellas preguntas se convertían luego en ideas muy buenas.

¿Por qué llevaría ese hombre de ahí abrigo en julio? ¿Qué se estarían diciendo esas dos personas que estaban sentadas en el banco?

Noah se montó en el coche y se fue a una zona de Vinehurst en la que había un gran parque, se metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar.

Había llegado el momento de no pensar, de dejar que sucediera lo que tuviera que suceder.

Eran casi las seis de la tarde, las madres y sus hijos se habían ido a merendar y habían dejado el parque para los paseadores de perros y los que salían a correr.

Sin embargo, había una silueta solitaria en los columpios. Noah se preguntó qué haría una persona adulta a aquellas horas en aquel lugar.

Al fijarse en la persona en cuestión, se dio cuenta de que era Grace

—¿Grace? —la llamó.

Grace estuvo a punto de caerse del columpio al oír su voz y no pudo evitar mirarlo con cara de «vaya, hombre, me tenía que pillar justamente aquí». Para

colmo, Noah se percató perfectamente de que tenía los ojos hinchados y la nariz enrojecida.

–¿Qué te pasa?

–Es una historia muy larga –contestó Grace limpiándose la nariz.

Noah se sentó en el columpio que había junto al de ella y ambos comenzaron a columpiarse mientras miraban el horizonte.

–Por mi trabajo, me gustan las historias –contestó Noah mirándola de reojo.

–El Coffee Bean está en las últimas –comenzó Grace con tristeza–. Java Express le ha hecho a Caz una oferta para comprar el local y no creo que pueda negarse.

–¿Y tú qué vas a hacer? Te quedarás sin trabajo.

Grace suspiró.

–Me gustaría retomar mis estudios universitarios, pero no puedo. Necesito trabajar porque voy a tener que empezar a pagar alquiler también. El piso en el que vivo pertenece al local que Caz va a vender –le explicó mientras una gruesa lágrima se deslizaba por su mejilla–. No puedo soportar la idea de que vayan a romper la preciosa vitrina que tenemos y vayan a cambiar el suelo antiguo. El Coffee Bean va a perder su carácter, lo van a convertir en uno más.

Noah nunca había sabido qué hacer cuando la gente se ponía a llorar. A llorar de verdad. El nunca lloraba así y, por tanto, no sabía qué hacer.

Rápidamente, se preguntó cómo podría ayudar a Grace y se le ocurrió algo.

–Vamos, te invito a cenar –le propuso.

Grace lo miró con los ojos llenos de lágrimas y se puso en pie, dispuesta a seguirlo

–¿Adónde vamos? –le preguntó.

–A la Luna Mandarina –contestó Noah dejándose llevar por una de sus corazonadas.

Grace comenzó a dar buena cuenta de su fuente de setas con bambú. Noah le ofreció pollo al limón, pero no le apetecía.

–¿Qué opciones tienes entonces? –le preguntó él.

–No se me ocurren muchas. Trabajando para Caz gano suficiente para vivir, pero, si me tengo que poner a trabajar para una de esas multinacionales,

no me van a pagar nada. Me tendré que ir a vivir a otro sitio más barato y en esos barrios hay menos trabajo, así que entraré en un círculo vicioso.

–¿Y no puedes hacer nada para salvar el Coffee Bean?

–No –contestó Grace negando con la cabeza–. Le he ofrecido mis ahorros a Caz, pero me ha dicho que serían como una gota en el océano. Me parece increíble que diez de los grandes sean una gota en el océano.

Diez de los grandes no eran mucho para Noah, pero comprendía que Grace tenía que haber trabajado mucho para haberlos ahorrado. Cuanto más la conocía, más le gustaba aquella mujer.

–Dentro de un mes, no tendré trabajo, no tendré casa y no tendré a mi hija. Estaré fatal.

Noah se había prometido a sí mismo no agobiarla, dejarle tiempo suficiente para que pensara sobre su propuesta de matrimonio, pero no pudo evitar sacar a relucir la cuestión.

–Mi oferta sigue en pie. Cásate conmigo.

Grace lo miró con una expresión de tristeza tan horrible que Noah temió que se volviera a poner a llorar.

–Además de que nuestra relación podría funcionar bien, yo te puedo cubrir económicamente. No tendrías que preocuparte de encontrar casa. Podrías volver a estudiar o podríamos invertir en un local si quieres. Siempre me ha gustado la idea de abrir una tienda. Había pensado en una librería, claro, pero soy flexible y ya sabes que me gustan mucho las tartas.

Grace se mordió el labio inferior.

–Por supuesto, me haría cargo de los gastos de los estudios de Daisy. Por eso no tienes que preocuparte.

–Noah, no puedo...

–Sé que parece que estoy intentando sobornarte, pero no es así. De verdad. Yo también obtendría cosas de ti.

–¿Por ejemplo?

–Bueno, tendríamos que viajar mucho... París, Roma, Sidney...

–¿Sidney? –se interesó Grace–. ¿Y sueles ir a San Francisco?

–Podemos ir si quieres. Tendrías que prometerme que me protegerías de esas mujeres que me piden autógrafos. Bueno, me tendrías que proteger de todas las mujeres en general.

Grace sonrió.

–Por supuesto, no debes olvidarte de mi gran bonus –comentó Noah, y Grace enarcó una ceja–. Mis maravillosos dientes –añadió sonriendo.

–Estás loco –sonrió Grace.

–Ya lo sé –contestó Noah poniéndose serio–. Ya sé que todo esto parece una locura, pero estoy convencido de que es la mejor idea que he tenido en mucho tiempo.

Grace se encontró mordiéndose la uña del dedo pulgar.

Lo cierto era que Noah tenía razón. Le estaba ofreciendo todo lo que siempre había soñado y ella no se sentía culpable por querer aceptarlo. Lo que le estaba sucediendo no era consecuencia de no haber trabajado, era el destino el que la estaba poniendo en aquella situación y, aunque no quería que la acusaran de haberse casado por dinero, lo cierto era que la idea de no tener que volver a preocuparse por eso y poder disfrutar de la vida era maravillosa.

–Si necesitas un sitio en el que vivir, te puedes venir a mi casa cuando quieras –insistió Noah–. Si no te gusta la idea de que vivamos juntos sin estar casados, nos casamos antes de lo previsto y punto. Tú eliges, Grace.

Aquel hombre era un encanto y le gustaba, le gustaba mucho. Incluso, a lo mejor, podría llegar a quererlo, podría desear envejecer con él.

Grace tomó aire y suspiró lentamente, mirándolo a los ojos.

–Tengo que hablar con mi hija. Me parece lo justo. Quiero preguntarle qué le parece la idea de que me vuelva a casar.

Sintiendo que el corazón le latía aceleradamente, Grace marcó el teléfono móvil de Daisy. Normalmente, se comunicaban por correo electrónico porque el teléfono les salía muy caro, pero lo que le tenía que decir era muy serio.

–¿Mamá? –le contestó Daisy extrañada.

Y, de repente, Grace se puso a llorar. ¡Cuánto echaba de menos a su hija! Le habría gustado tenerla cerca para sentarse con ella a tomarse un té y a comerse un buen montón de sándwiches de beicon.

–¡Mamá! ¿Qué ocurre?

Grace tragó saliva y se secó las lágrimas de la cara.

–No pasa nada, no pasa nada malo quiero decir... Tranquila, no se ha muerto nadie ni nada por el estilo. Lo que pasa es que estoy muy contenta de oír tu voz.

–¡Oh, mamá, yo también!

Y las dos se pusieron a llorar.

Al cabo de unos segundos, Grace consiguió tranquilizarse.

–Te llamo porque tengo buenas noticias... creo.

–¿Ah, sí?

Grace asintió.

–¿Te acuerdas de ese hombre con el que me concertaste una cita a ciegas?

–Creía que no estabas saliendo con él –contestó su hija dejando de llorar.

–No estoy saliendo con él... Bueno, no como se entiende normalmente, pero la cosa es que nos hemos hecho muy amigos y... me ha pedido que me case con él –contestó Grace aguantando la respiración–. ¿Daisy? ¿Estás ahí? –preguntó al ver que su hija no contestaba.

Silencio.

–Sí, sí, estoy aquí. ¡Qué rapidez, mamá!

–Es una historia muy larga...

Y, a continuación, le contó con detalle lo que estaba sucediendo en el Coffee Bean, le dijo quién era Noah y lo rápido que habían ido las cosas entre ellos.

–La verdad es que me da igual quién sea o a lo que se dedique, aunque te diré que me he leído un par de libros suyos y me han gustado bastante... –comentó Daisy–. Bueno, eso ahora da igual. Lo importante es: ¿lo quieres?

Grace se mordió el labio inferior.

«Todavía no, pero casi...», pensó.

–No de la manera en la que quería a tu padre, pero ahora soy mayor y busco otro tipo de relación.

–¿Crees que puedes ser feliz con él?

Grace cerró los ojos e intentó imaginarse su futuro junto a Noah.

–Sí. Sí, creo que sí.

–Entonces, adelante –le dijo Daisy.

Noah había insistido en pagar el billete de ida y vuelta de Daisy para que pudiera acudir desde Grecia a la boda y luego pudiera volverse a reunir con sus amigas.

En los días previos a la boda, Grace y Daisy habían recogido entre las dos el piso que había sido su hogar, habían embalado algunas cosas, otras las habían regalado y otras les habían hecho reír hasta desternillarse.

¿A quién se le habría ocurrido comprar una lámpara de papá Noel que cantaba un villancico y se bajaba los pantalones cuando la encendías? Grace juraba y perjuraba que no había sido idea suya, pero su hija decía lo mismo.

Resultaba de lo más agradable volver a estar en casa juntas, riéndose y comiendo sándwiches de beicon, pero también resultaba triste. Cerrar aquella

casa era cerrar una etapa de su vida, despedirse de la Grace que había sido hasta aquel momento.

Por si acaso, metió un par de medias de rejilla en la maleta.

–Mamá –le dijo Daisy levantando la mirada de la caja que estaba terminando de llenar.

–Dime, cariño.

–Yo también te tengo que contar una cosa.

Grace tomó a su hija de los hombros.

–¡Por favor, no me digas que te vas a casar ni que estás embarazada! – exclamó.

–¡Mamá, por favor! –contestó Daisy poniendo los ojos en blanco–. ¡Mira que eres melodramática! No es nada de eso. Es muy importante, pero no va por ahí. En este tiempo que he estado fuera de casa, he decidido lo que quiero hacer con mi vida. He decidido que no quiero estudiar Historia en la universidad de Durham –anunció Daisy.

–¿Me estás diciendo que te vas a quedar a estudiar en Londres?

–No, mamá, te estoy diciendo que la Historia no es mi pasión –le explicó Daisy.

–¿Cuál es tu pasión? –le preguntó Grace.

«Por favor, que no diga que quiere ser del equipo olímpico de gimnasia acuática», rezó.

–Echo de menos la cafetería, mamá. Echo de menos cocinar y los olores. Ya sé que el Coffee Bean ha pasado a la historia, pero me he dado cuenta de que quiero aprender a cocinar como tú, quiero aprender a hacer cosas bonitas que hagan a la gente feliz –añadió entusiasmada–. Quiero estudiar Gastronomía en la universidad, como hiciste tú.

Grace sonrió emocionada también.

–¡Ven aquí, cariño!

Daisy la abrazó con fuerza y Grace disfrutó de volver a sentir a su hija entre los brazos.

–Si eso es lo que tú quieres, a mí me parece muy bien. De verdad. ¡Imagínate, si yo vuelvo a la universidad, tal vez estudiemos juntas!

Daisy dio un paso atrás y ladeó la cabeza.

–Ya, ya, entendido. No quieres que tu madre te fastidie el plan en la universidad, pero piénsalo bien... ¡algún día podríamos abrir una pastelería juntas! Si quieres, por supuesto.

Daisy sonrió.

–¡Qué buena idea!

Grace también sonrió.

–Trato hecho.

Aquello era fabuloso. Las cosas estaban saliendo de maravilla. Por primera vez en varias semanas, Grace se sintió esperanzada.

Grace terminó de recoger sus cosas la noche antes de la boda. Lo único que le quedaba por meter en la última caja era la fotografía de Rob y de Daisy que llevaba en el vestíbulo todos aquellos años, guardando la entrada de la casa.

Daisy se acercó a su madre y la abrazó. Grace sentía que los ojos le picaban. No era capaz de poner aquella fotografía en una caja, así que Daisy la tomó de sus manos y lo hizo ella.

–No pasa nada, mamá. Papá habría querido que siguieras adelante con tu vida.

Grace se quedó mirando la fotografía, se miró en aquellos ojos risueños de Rob que parecían mirarla directamente, conectar con su alma. No la miraba con rencor ni con celos y Grace comprendió que su hija tenía razón.

Sin embargo, una parte de ella anhelaba lo que había tenido con su primer marido, aquella maravillosa mezcla de amistad y de pasión, de complicidad y de libertad. Era como si, al casarse con Noah, estuviera dejando atrás la esperanza de poder volver a tener eso en el futuro.

–Ya está, mamá –dijo Daisy poniendo la fotografía de su padre en la caja–. Todo va a salir bien. Te he visto con Noah y sé que vais a ser felices. Además, ya le he dicho que he conocido a un par de personas muy interesantes en Sicilia y que, si te hace algo, les puedo llamar para que se encarguen de él.

Grace estalló en carcajadas y abrazó a su hija.

–Te quiero mucho, Daisy, y te voy a echar mucho de menos cuando te vuelvas a ir con tus amigas.

–De momento estoy aquí y todo está perfecto.

–Tienes razón –asintió Grace cerrando la última caja con celo.

La boda resultó muy sencilla.

Noah y Grace habían concertado una ceremonia civil en el Ayuntamiento y a ella acudieron un pequeño grupo de familiares y amigos. Nadie se dio cuenta de que la novia palidecía cuando el novio la tomó de la mano y se dispuso a decir en voz alta sus votos y, si se dieron cuenta, no comentaron nada porque

lo debieron de achacar a los nervios propios del momento.

Era imposible que se hubieran dado cuenta de que, en el momento exacto en el que ya no había marcha atrás, Grace había tenido una premonición tan real y tan fuerte que la había dejado destemplada durante horas.

Noah besó a la novia y no se dio cuenta al hacerlo de que ella lo miraba con cautela. Claro que a Noah no se le daba muy bien fijarse en las emociones de los demás. Para empezar, porque ni siquiera sabía cómo lidiar con las suyas.

Los allí presentes suspiraron emocionados cuando anunció por sorpresa que iban a pasar la luna de miel en París y se llevó a Grace, que estaba muy silenciosa, nada propio en ella, a toda velocidad a la estación para llegar a tiempo de tomar el Eurostar.

A media tarde, estaban en el centro de París, la ciudad de las luces, la ciudad del amor.

Aunque había hoteles mucho más lujosos en la orilla derecha, en la que estaban el Louvre y el barrio de Marais, Noah le explicó a Grace que le gustaba más el ambiente de St. Germain, cercano al barrio latino y lleno de cafés donde durante el último siglo habían tenido lugar tertulias filosóficas, políticas y literarias.

—No me puedo creer que esté aquí de verdad —comentó Grace mientras caminaban por el Boulevard St. Germain tomados de la mano—. Es exactamente como me lo había imaginado. Todos esos cafés pequeños con sillas de hierro y mesas de mármol y los camareros con delantales blancos...

Noah sonrió y la guió a través de las callejuelas hasta un restaurante maravilloso.

—Por lo menos una vez en la vida hay que venir a cenar a Le Procope —anunció mientras un camarero los acompañaba a su mesa—. Aunque en las guías digan que es un sitio para turistas, se come fenomenal.

Grace miró a su alrededor. Se encontraban en un edificio de varias plantas y la estancia en la que estaban tenía las paredes cubiertas por cuadros en los que se veía a hombres con pelucas y vitrinas en las que había cristalerías y vajillas maravillosas. Con todo aquello daba la sensación de estar cenando en un palacio.

Efectivamente, la comida resultó espectacular, desde la ensalada de ciervo marinado hasta el famoso gallo al vino. Sin embargo, a mitad de la cena, Grace perdió el apetito.

Noah se dio cuenta y se quedó mirándola. Hacía un mes que había aceptado casarse con él y en más de una ocasión la había mirado así, como si le leyera el pensamiento, lo que resultaba de lo más molesto. Sobre todo, cuando estaba pensando cosas como las que estaba pensando en aquellos momentos.

–Ya sé que las cosas han ido mucho más deprisa de lo que hubiéramos querido, Grace –comentó.

Vaya, así que lo sabía.

Grace se sonrojó de pies a cabeza.

–Esta noche... Ya sé que se supone que esta noche... es nuestra noche de bodas, pero si no te apetece o no te sientes preparada, no hay problema. Tenemos toda la vida por delante. No tenemos prisa.

A Grace le entraron ganas de llorar de lo encantador y comprensivo que se estaba mostrando Noah.

–Gracias –le dijo sinceramente, dándose cuenta de que había tenido mucha suerte de conocer a aquel hombre–. La verdad es que... no sé cómo me siento ahora mismo. Todo ha sido tan...

–Sí, lo sé –le dijo Noah tomándola de la mano–. No te preocupes. Entre los dos iremos dilucidando cómo no sentimos.

Volvieron al hotel bastante tarde. Grace se puso el camisón en el baño, maldiciendo en silencio la prenda diminuta y casi transparente que su hija la había convencido para que se comprara. Tras lavarse la cara y cepillarse los dientes dos veces, se sentó en el retrete y se quedó pensativa.

La pierna izquierda parecía tener vida propia y no paraba de moverse.

Tomó aire y se dijo que no había nada por lo que preocuparse, que no era para tanto, que sólo era...

¿A quién pretendía engañar? Estaba muerta de miedo, estaba mucho más nerviosa que cuando había sido su primera vez de verdad. ¿Qué le estaba pasando? Noah era guapo y muy sexy. ¿Acaso no se quería acostar con él?

¡Claro que se quería acostar con él!

Aun así, estaba muy nerviosa.

La pierna izquierda seguía moviéndose, así que Grace la paró con ambas manos, se puso en pie y volvió a la habitación. Noah estaba junto a un elegante ventanal, mirando hacia la calle. Sólo llevaba puesto el pantalón del pijama.

Se giró lentamente y Grace se dio cuenta de que se le dilataban las pupilas. Al instante, sintió una corriente eléctrica entre ellos. Noah se acercó a

ella, le acarició la mejilla, le acarició el cuello y el escote. Grace sintió que se quedaba sin aliento. A continuación, la besó lenta y pausadamente.

Fue un beso perfecto.

Fue uno de esos besos que solían ser prelude de algo, pero Grace no estaba fluyendo, no se estaba dejando llevar, no sabía dónde poner las manos ni cómo acariciarlo.

Noah dejó de besarla y descansó la frente sobre la suya.

–Lo siento –murmuró ella.

Noah negó con la cabeza.

–Lo siento mucho, de verdad –insistió Grace–. Hace ya mucho tiempo de... mi primera vez. Me estoy comportando como una estúpida porque tampoco es para tanto, pero... lo cierto es que deberíamos hacerlo y ya está...

Noah le puso un dedo sobre los labios. Grace lo miró y se dio cuenta de que de nuevo estaba mirando en su interior. A continuación, la tomó de la mano y la llevó hacia la cama.

–A dormir, Grace –le dijo tumbándose a su lado.

–Pero...

–A dormir, Grace.

Por una parte, sintió un gran alivio, pero por otra, se dijo que no había tenido motivos para ponerse tan nerviosa. Aunque durante su corto compromiso se habían besado y se habían acariciado muchas veces, ahora le parecía un poco artificial, forzado. Además, durante el tiempo que había estado juntos, Noah había viajado mucho y ella había pasado mucho tiempo en el Coffee Bean, ayudando a recoger todo.

No habían tenido oportunidad de estar a solas relajados física y emocionalmente. Grace decidió que había llegado el momento de hacerlo, así que relajó los músculos y se apretó contra Noah, que la tenía abrazada por detrás. Al hacerlo, se dio cuenta de que él sí estaba excitado. Aun así, no la había agobiado. Con lágrimas de agradecimiento en los ojos, lo tomó de la mano y le besó los nudillos.

–Buenas noches, Noah.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Grace comprobó que Noah seguía abrazándola, así que se giró para mirarlo. Era la primera vez que lo veía dormido. Parecía más joven, casi un chiquillo a pesar de que tenía patas

de gallo y algunas canas en las sienes.

Como si se hubiera dado cuenta de que lo estaba observando, abrió los ojos y sonrió.

–¿De qué te ríes? –le preguntó.

–Me encanta verte dormido y somnoliento, tú que siempre pareces tenerlo todo bajo control –contestó Grace.

–¿Qué hora es?

–Las nueve –contestó Grace.

–¡Las nueve! –exclamó Noah–. Yo nunca duermo hasta tan tarde. Como mucho, me despierto a las siete. Me parece que eres una mala influencia – bromeó desapareciendo en el baño.

Grace se quedó sola en la cama y se estiró. Noah era un encanto, no le estaba haciendo sentirse culpable por no haber tenido noche de bodas y le estaba realmente agradecida por ella, así que decidió relajarse.

–¿Por qué tienes tanta prisa? –le preguntó.

–Porque sólo vamos a estar en París tres días y quiero enseñártelo todo – contestó Noah desde el baño.

–¿Todo?

–Bueno, muchas cosas. Tendré que volver dentro de tres meses para el lanzamiento de un libro, así que, lo que no veamos ahora, te lo enseñaré entonces –le dijo saliendo del baño–. ¿Qué haces que no te pones en marcha?

Grace se incorporó y se cruzó de brazos.

–No pienso ir a ningún sitio hasta que me tome un café.

Así que desayunaron fuera, en el Deux Magots, a base de cruasanes recién hechos y café solo. Luego subieron a la torre Eiffel, se maravillaron ante los lienzos de Monet y se comieron una baguette de jamón con una cerveza belga en un pequeño café con sombrillas rojas situado en los Jardines de las Tullerías.

Noah ya había hecho todas aquellas cosas con antelación, pero hacerlas con Grace era una experiencia refrescante. Había un lugar al que tenía muchas ganas de llevarla, pero lo dejó para el final.

Como estaban muy cerca, dieron un paseo hasta el Louvre, vieron la Mona Lisa, que les pareció mucho más pequeña que en las fotografías, y se preguntaron cómo habría tenido los brazos la Venus de Milo.

A pesar de que estaba resultando un día maravilloso, Noah sentía cierta pena por Grace. Se habría merecido estar en aquella ciudad con un hombre

que pudiera darle la relación romántica que en realidad quería, pero él era un egoísta y no estaba dispuesto a dejarla marchar para que encontrara a otro.

A las tres de la tarde, después de haber salido del museo y estando de nuevo en los Jardines de las Tullerías, Grace se sentó en un banco de piedra a la sombra y se negó a moverse.

–Venga, sólo una cosa más –le prometió Noah tirándole de la mano para que se pusiera en pie.

–¿Es completamente necesario?

–Sí, venga, está aquí al lado.

Bajo el pórtico de piedra de la Rue de Rivoli se encontraba el café más maravilloso del mundo. El Angelina. En aquel lugar servían el mejor chocolate de París y los dulces eran de ensueño.

Grace se quedó mirando el escaparate como una niña pequeña y, una vez dentro, comprobó que el interior era igual de fabuloso. Sobre una barra antigua y en una vitrina preciosa había todo tipo de dulces que la mente humana pudiera imaginar. Eran tan bonitos que casi daba pena comérselos.

Cuando se sentaron en una de las mesitas, tuvo muy claro qué iba a pedir. La especialidad de la casa, el Mont Blanc, acompañado por un chocolate africano. Cuando se lo llevaron, se pasó un minuto entero memorizando la crema de avellanas que cubría el merengue antes de comérselo. El chocolate era excelente, espeso y auténtico, sazonado con especias y servido en tazas individuales. Al principio, no comprendió por qué se lo servían con un vaso de agua fría, pero, a medida que se lo fue tomando, lo fue entendiendo.

Noah dijo que sólo iba a tomar café porque ya había tomado suficientes dulces durante aquellos meses, pero Grace no se lo permitió y acabó pidiendo chocolate también.

Grace tenía muy claro que aquella visita la tenía planeada. Estar en Angelina era el mejor regalo de bodas que le podía hacer. Así, sin más, los temores que tenía hacia el futuro se desvanecieron y los ganchos que la mantenían aferrada al pasado se soltaron.

Tenía que vivir la vida. Aquel hombre era su marido, un hombre divertido, cariñoso y sexy. Mientras pagaba la cuenta, se quedó mirándolo y, al salir a la calle, ni siquiera volvió a mirar los pasteles. Estaba completamente concentrada en él.

Una vez en la calle, le tiró de la mano y, cuando lo tuvo de frente, lo besó, decidiendo que ahora le tocaba a ella llevar las riendas.

–Vámonos al hotel –le dijo.

–Pero...

–Vámonos al hotel.

Durante todo el trayecto en taxi, fueron agarrados de la mano, jugando con los dedos el uno del otro, incapaces de dejar de tocarse ni de acariciarse. Apenas hablaron, se limitaron a sonreírse y a mirar por la ventanilla, concentrados en sentir las yemas de los dedos del otro.

En el ascensor del hotel siguieron igual, se colocaron al fondo y siguieron compartiendo su secreto. Una vez en la habitación, Grace se dio cuenta de que ya no estaba nerviosa e incluso le pareció mentira haberlo estado la noche anterior, así que, mientras se besaban y se desnudaban, disfrutó de la experiencia.

Al cabo de un rato, se encontró perdida, en un lugar desconocido que visitaba por primera vez en el que sólo estaba Noah, las manos de Noah y los labios de Noah.

Una vez desnudos los dos por completo, su marido la tomó en brazos y la llevó a la cama.

CAPÍTULO 7

HACER el amor con Noah fue algo completamente nuevo, una experiencia fogosa, pero diferente. Le había gustado tanto que durante unos minutos se había sentido incoherente de tanto placer.

Sentía el aliento de Noah en el hombro. Estaba tumbado a su lado y sentía también sus costillas y su respiración profunda y pausada.

Grace se quedó mirando las sombras que creaba en la habitación la luz que entraba desde la calle y se preguntó por qué no se podría volver a dormir.

Con Rob el sexo había estado muy bien, había sido divertido, apasionado y juguetón, pero con Noah...

Completamente diferente.

Era inútil seguir engañándose. La suya no era una relación platónica. Lo que tenía con Noah era algo de verdad.

Estaba enamorada de él.

Debería haber escuchado a su intuición y no haberse acercado a él. En ese momento, Noah la abrazó medio dormido y Grace sonrió encantada. ¿Por qué todo lo bueno que había en la vida tenía que tener una parte no tan buena? La vida y la muerte, el amor y el odio, el miedo y la confianza...

¿Por qué no podía amar a Noah sin tener miedo de perderlo? Jamás podría deshacerse de aquel miedo, siempre estaría entre ellos, como una bomba esperando para explotar cuando menos se lo esperara.

Perder a Rob había sido espantoso. Grace había seguido adelante por su hija. De no haber tenido a Daisy, se habría pasado meses en la cama. Daisy la había salvado sin haber sido consciente de ello.

Grace se apretó contra Noah, sintió su torso caliente en la espalda y el latido de su corazón, que la tranquilizó.

A pesar de encontrarse más serena, temía perderlo algún día.

Grace besó el antebrazo que la tenía abrazada y apretó la mejilla contra él mientras se recordaba que ella era así, que era de las que se enamoraban, de

las que se casaban y tenían hijos.

Ojalá fuera cierto lo que Noah le había dicho, ojalá fueran capaces de ir dilucidando cómo se iban sintiendo.

Los dos días siguientes fueron todo lo que una luna de miel en París podía ser y más. Se quedaban en la cama y pedían que les subieran la comida bastante a menudo, hacían el amor cuando les apetecía, que también resultó ser bastante a menudo. Su hija se habría sorprendido, seguro, de ver el apetito sexual de su madre. Claro que no se lo iba a contar.

La última mañana que iban a pasar en París, después de desayunar en la cama, Grace se abrazó a Noah y se dio cuenta de que, a pesar de que estaban casados, había muchas cosas que desconocía de él.

Su boda había sido tan rápida que se habían saltado el paso de conocerse y ella quería conocerlo para comprenderlo. En parte porque quería que Noah sintiera lo mismo que ella, que la quisiera.

Ella estaba enamorada de él y, cada vez que averiguaba algo de Noah, le parecía un tesoro, algo precioso que guardaba en lo más profundo de sí.

–Tú sabes muchas cosas de mí... mi historia con Rob, las desastrosas citas que he tenido desde su muerte y hasta que me casé contigo, pero tú no me has contado nada de ti –le dijo–. Me parece que tú escuchas muy bien y que yo hablo demasiado.

Noah le dio un beso en la frente.

–Tenemos el equilibrio perfecto, entonces.

–Supongo que habrás tenido alguna relación seria en la vida –insistió Grace–. No creo que yo sea la primera. Bueno, de todas maneras, yo todavía no cuento, ¿verdad?

Noah la tomó de la cintura y la colocó encima de él.

–Claro que cuentas –sonrió acariciándole los muslos.

–No me refiero a eso y lo sabes perfectamente. No cambies de tema.

–No cambio de tema.

–A mí me parece que sí.

Noah se incorporó y se puso serio.

–No quiero hablar de ello, Grace. Tema cerrado.

Grace se quedó mirándolo mientras se perdía en el baño. Bueno, había obtenido la respuesta que estaba buscando. Ya sabía lo que sentía Noah.

Noah se miró al espejo del baño con el ceño fruncido.

Ya había empezado el interrogatorio.

No había contado con que sucediera tan pronto. Lo había tomado completamente por sorpresa. Se lo estaban pasando de maravilla, pero Grace lo había fastidiado todo poniéndose profunda. Aunque sabía que era injusto, estaba enfadado con ella.

Sara había tardado mucho más en empezar con las preguntas, pero también lo había hecho. «¿En qué piensas, Noah? ¿Qué sientes, Noah?». Por lo visto, las mujeres no podían evitar hacer esas preguntas.

Al principio, se había esforzado, había intentado escarbar en su interior y dar con respuestas que satisficieran a Sara, pero todo había sido una farsa, había sido una versión literaria de sí mismo, como uno de los personajes de sus novelas.

El verdadero Noah, el Noah de verdad, seguía siendo un misterio incluso para sí mismo.

Al no conocerse a sí mismo, se había tenido que inventar una imagen, el Noah de ficción, observando lo que le gustaba a Sara. Sin embargo, al cabo de un par de años, se había cansado de ser el hombre perfecto. Había llegado a no soportarse a sí mismo, a no soportar lo que decía.

Luego, Sara había empezado a decir que necesitaba más y que Noah vivía aislado de los demás por una burbuja, había seguido escarbando y escarbando y, al final, había levantado la tapadera de la verdad y había encontrado lo que había que encontrar.

Nada.

Y se había ido.

Noah no quería que Grace se fuera.

Los días que habían pasado juntos habían sido maravillosos. A pesar de la famosa burbuja, se sentía más cercano al amor que nunca. Aun así, había algo que lo frenaba. Él no era tan profundo, no tenía nada que dar. No le iba a quedar más remedio que distraerla. De lo contrario, al igual que Sara, Grace se podría a investigar y, al final, se daría cuenta de que dentro de él no había nada, sólo un gran vacío.

Noah se duchó para relajarse un poco y rezó, mientras se secaba, para no encontrar a Grace llorando, porque no sabía reaccionar cuando veía llorar a una mujer.

Al volver al dormitorio, gracias a Dios, comprobó que Grace no estaba llorando. Se estaba vistiendo, pero lo estaba haciendo dando portazos a los armarios. Evidentemente, estaba enfadada.

–Lo siento, Grace –se disculpó Noah.

Lo cierto era que lo sentía, pero no sentía nada al decir aquellas palabras, eran como frases sacadas del guión de una película.

Grace lo miró con un zapato en la mano y Noah tuvo la sensación de que lo estaba mirando al microscopio.

–Te agradezco que me pidas disculpas. Para que lo sepas, lo que te he preguntado no ha sido por cotilleo, sino porque realmente creo que debemos empezar a conocernos.

Noah asintió.

Y él que creía que con Grace no le iba a pasar aquello porque su relación y su matrimonio no se basaban en el amor... Se había equivocado. No le gustaba equivocarse. Si se había equivocado en algo tan básico, ¿en qué más lo habría hecho?

Había llegado el momento de distraerse.

–¿Nos vamos a dar un paseo? –propuso.

Caminaron por la orilla del Sena hasta el Pont des Arts. Una vez allí, Grace se paró, se apoyó en la barandilla y se quedó mirando el agua que pasaba bajo el puente. Al cabo de un rato, alzó la mirada hacia la Île de la Cité, la catedral de Notre Dame y la Sainte-Chapelle.

Era una vista maravillosa, los edificios de piedra gris, el cielo azul y despejado y los árboles verdes alineados a ambas orillas del agua.

Noah se colocó detrás de ella y ambos se quedaron mirando el río. Parecía relajado, pero Grace se dio cuenta de que era como el Sena. En la superficie, todo iba bien, pero en el fondo había lodo.

Se había dejado cegar por las prisas y los encantos superficiales y no había visto lo que había debajo. Había partes de sí mismo que Noah mantenía escondidas y Grace quería saber por qué, quería saber por qué se camuflaba.

Noah la tomó de la mano.

Grace no la retiró, sino que entrelazó sus dedos con los de Noah. El hombre lo estaba intentando y, de momento, era suficiente.

A continuación, bajaron por unas escaleras que llevaban hasta la orilla. Había otras parejas paseando, agarradas de la mano, y Grace pensó que estaban todos en lo mismo.

En París y enamorados.

Pero, en su caso, no era exactamente así. Las otras parejas estaban realmente enamoradas, el uno del otro, mutuamente.

Mientras paseaban, Grace se fijó en el tronco de los árboles y se dio cuenta de que allí donde mirara encontraba una declaración de amor. Las había en inglés, en francés, en japonés y en idiomas que no conocía.

Seguro que Noah sabía cuáles eran aquellos idiomas, pero él no estaba mirando los árboles, sino el río, mientras murmuraba no sé qué de la arquitectura napoleónica.

De repente, la premonición que había tenido el día de su boda le llegó clara y rotunda.

Noah no la quería.

Tal vez, jamás la quisiera.

Desde luego, jamás pondría su nombre enmarcado en un corazón en un árbol de París.

Una vez de vuelta en Londres, las cosas mejoraron... por lo menos, en la superficie. Noah y Grace comenzaron a vivir juntos, salían a cenar a buenos restaurantes, iban a fiestas y a otro tipo de eventos y se guiaban por lo que habían planeado cuando se habían casado.

Noah escribía y Grace comenzó a mirar universidades que tuvieran cursos de gastronomía y, por supuesto, hacían el amor.

Aquello era lo único que la ayudaba a seguir adelante. Por desgracia, no la ayudaba en absoluto por otra parte porque, cada vez que hacía el amor con él, más enamorada de él se sentía.

Tenía el típico caso de enamoramiento agudo.

Cuando Noah le sonreía, se derretía; cuando la miraba, el corazón le daba un vuelco y, cuando la tomaba entre sus brazos y la acariciaba con ternura, le parecía que se le iba a romper el corazón de emoción.

Estaba completamente enamorada de él.

Pero jamás hablaban de amor.

Era un acuerdo tácito.

El amor no formaba parte de su relación.

Una mañana, casi un mes después de haber vuelto de París, Grace decidió que ya no podía más.

Noah estaba escondido en su despacho, como solía hacer por las mañanas. Grace llamó a la puerta y le dijo que se iba al centro. Noah se limitó a decirle

adiós con la mano izquierda mientras con la derecha seguía tomando notas en un cuaderno.

Grace no se ofendió. Ya se estaba acostumbrando a aquel aspecto de su marido, que se retiraba a su mundo imaginario varias horas al día.

Mientras avanzaba por High Street, sintió una gran tristeza, pues el local del Coffee Bean y de la librería de Martin estaban cerrados. Seguro que Java Express no tardaba mucho en adquirirlos. Era como si una parte del barrio hubiera muerto.

De repente, sintió que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. ¿Qué le estaba sucediendo? Aunque se emocionaba con facilidad, normalmente no se ponía a llorar en la calle. A lo mejor era que ya no podía más, que el hecho de que Noah no se diera cuenta de que no era completamente feliz la estaba matando.

Grace sabía que no podría vivir sin él porque lo quería demasiado para abandonarlo y, además, tenía la esperanza de que, con los años, Noah fuera capaz de llegar a quererla. Sin embargo, estaba empezando a pensar que la decisión de casarse con él, aquella decisión que se suponía madura, pues le aportaría compañía y seguridad, no había sido una buena idea.

Grace se dijo que lo que le ocurría era que estaba cansada. La verdad era que su vida había sufrido muchos cambios últimamente. Se había quedado sin trabajo, se había cambiado de casa y se había casado. No era de extrañar que se pasara el día bostezando y que a las diez de la noche ya estuviera en la cama.

Hacía una maravillosa mañana de verano y la idea de pasarse las horas en tiendas fabulosas buscando preciosos vestidos con los que acompañar a Noah a sus fiestas le agradó, así que se dirigió a las tiendas que le gustaban y decidió hacerlo cruzando el parque.

Una vez en él, se sentó en un banco y, sin previo aviso, se encontró llorando de nuevo. Grace se apresuró a limpiarse las lágrimas y se dijo que debía de ser el síntoma premenstrual.

Al comprobar que no se relajaba, sacó su agenda, dispuesta a contar los días para calcular cuándo terminaría aquella demencia hormonal. Así que sacó su agenda del bolso y comenzó a contar.

No, no era posible. Según su agenda, llevaba trece días de retraso.

¡Trece días de retraso!

Bueno, la verdad era que nunca había sido muy regular con sus menstruaciones, así que pensó que el retraso se debería al estrés.

¿Qué estrés?

Se dijo que debía mantener la calma. Al fin y al cabo, no tenía antojo de patatas fritas, como le había pasado durante el embarazo de Daisy. No, no debía ponerse nerviosa. Cualquiera día le llegaría el período y todo solucionado.

Se le ocurrió consultar la agenda para ver los días que habían estado en París. Así que justamente coincidía con su fase de ovulación, ¿eh? Bueno, eso tampoco significaba nada. Habían tenido cuidado. Habían utilizado métodos anticonceptivos, así que no tenía por qué preocuparse.

Grace guardó la agenda en el bolso y se puso en pie.

Había una farmacia un poco más adelante, así que entró. No tenía motivos para hacerse una prueba de embarazo, pero tampoco quería que la incertidumbre no la dejara dormir.

Aquella misma noche, se fue a la cocina con el ordenador portátil de Daisy debajo del brazo. Noah se había quedado dormido viendo una película en la televisión. Una vez a solas, se metió en *Citasaciegas.com*. Aunque no era el día que tenían acordado para hablar, rezó para que Dani y Marissa estuvieran conectadas.

Citasaciegas.com tiene actualmente doce chats abiertos, veintiséis conversaciones privadas de mensajes instantáneos y cinco mil doscientos dieciséis miembros conectados. ¡Chatea con quien quieras!

Grace mandó un mensaje de socorro a sus amigas y esperó.

Bollitoinglés invita a Chicacanguero y a Sanfranciscana a una conversación privada.

Bollitoinglés: ¿Hay alguien ahí?

Grace tomó aire y siguió esperando. Se estaba empezando a descorazonar cuando le contestaron.

Chicacanguero: ¿Qué ocurre, Grace?

Bollitoinglés: Prefiero esperar a ver si parece también Dani. No creo que pueda repetirlo dos veces.

Chicacanguero: Me estás asustando.

Bollitoinglés: Yo también estoy un poco asustada.

Un segundo ¡ping! anunció la llegada de Dani.

Sanfranciscana: ¡Hola, chicas!

Chicacanguro: Grace tiene algo importante que contarnos. Está de lo más misteriosa.

Sanfranciscana: ¿Más importante que cuando nos anunciaste que te casabas con Noah?

Bollitoinglés: Mucho más importante, pero relacionado.

Chicacanguro: ¡Venga, no nos dejes con la intriga!

Grace se miró la tripa y se lanzó.

Bollitoinglés: Estoy embarazada.

Era la segunda vez que las dejaba sin palabras. Deberían darle un premio por ello.

Bollitoinglés: Decid algo.

Sanfranciscana: ¿Enhorabuena?

Chicacanguro: ¿Cómo ha sido? Quiero decir... bueno, ya sabes lo que quiero decir.

Bollitoinglés: ¡Me alegro de que no me estuvieras pidiendo una descripción detallada, Marissa!

Sanfranciscana: No te lo has tomado muy bien, ¿verdad? Lo digo porque, cuando te pones en plan gracioso, es señal de que no estás bien.

Grace se quedó mirando la prueba de embarazo que había dejado junto a la pantalla del ordenador. Aquellas pruebas habían avanzado mucho desde la última vez que se había hecho una. Actualmente, eran para idiotas, no había posibilidad de error. Así lo demostraba una pantalla digital en la que ponía *EMBARAZADA*.

¿Cómo era posible que una mujer de cuarenta años se hubiera metido en aquello?

Bollitoinglés: Estoy intentando asumirlo, la verdad, y de momento lo único que me está ayudando es el humor.

Sanfranciscana: ¿Se lo has dicho a Noah?

Bollitoinglés: No se lo he dicho a nadie. ¡Ni siquiera a Daisy! ¡A lo mejor no le hace ninguna gracia que un hermano pequeño la destrone!

Chicacanguro: Seguro que tu hija estará encantada con la noticia.

Sanfranciscana: ¿Y Noah?

Bollitoinglés: Dani, ¿tienes que ser como la voz de mi conciencia todo el rato? Perdón, quería hacerme la graciosa otra vez, pero me ha salido un poco borde.

Sanfranciscana: No pasa nada. Me doy cuenta de que estás muerta de miedo.

Chicacanguro: Se lo tienes que decir. Se va a dar cuenta tarde o temprano.

Grace no sabía qué hacer. No sabía si Noah había pensado en ser padre algún día. Seguramente, ambos habían dado por hecho que jamás tendrían hijos, pero ahora las cosas habían cambiado y, aunque era cierto que estaba muerta de miedo, también se sentía esperanzada. Tal vez, al ser padre, Noah se abriera y se olvidara de aquel distanciamiento frío que le impedía acercarse realmente a los demás. Seguro que el amor que despertaría en él un hijo o una hija lo haría abrirse al mundo.

Bollitoinglés: No sé cómo se lo va a tomar.

Sanfranciscana: No te lo tomes a mal si se sorprende. Tú también te has sorprendido. A mí me parece una forma maravillosa de empezar vuestra vida juntos.

Chicacanguro: ¡Oh, Grace, cuánto me alegro por ti! Tienes al hombre de tus sueños y un bebecito en camino.

A lo mejor Dani y Marissa tenían razón y sus sueños se hacían realidad.

¿Qué sueños? En aquellos momentos de su vida, soñaba con cambiar de trabajo y con tener tiempo para sí misma, pero ahora iba a tener que posponer todo aquello. Si no hubiera sido porque estaba nerviosa y confusa y porque no sabía cómo iba a reaccionar Noah, habría estallado en carcajadas.

Qué ironía.

Ahora que tenía el nido vacío y que había reunido el valor para desplegar las alas, se encontraba, de repente, con que tenía que hacerse cargo de otra cría.

A la mañana siguiente, Noah se despertó cuando sintió la mano de Grace

en el muslo. Al abrir los ojos, le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

Durante las últimas semanas, Grace había estado extraña e incluso en los últimos días se había puesto insoportable, pero era evidente que ya había resuelto la causa de sus molestias.

Noah pensó que no le importaría no salir a correr aquella mañana y quedarse en la cama haciendo ejercicio con ella.

Un rato después, tras haber hecho el amor, abrazados, saciados y satisfechos, Grace levantó la cabeza y lo miró.

–¿Eres feliz, Noah? –le preguntó.

Noah asintió.

Y era cierto, era feliz. Al principio de su matrimonio había habido ciertas cosas que no habían encajado, pero ahora todo iba bien.

Grace se incorporó, se mojó los labios y se metió la uña del dedo pulgar en la boca. Tras mordisquearla de manera ausente, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y la apartó.

–Te tengo que contar una cosa –anunció.

–¿Buena o mala? –contestó Noah enarcando las cejas.

–Bueno... depende de cómo te sientas ante lo que te voy a decir.

–Bueno, pues tú dime lo que me tengas que decir y yo te digo cómo me siento ante ello –sonrió Noah.

–¿Me dirás cómo te sientes de verdad?

–Sí.

Bueno, le diría lo que pensaba. Con eso era suficiente.

Grace tomó aire.

–Estoy embarazada.

Noah tuvo la sensación de que el mundo se había parado.

–¿Cómo?

–Vamos a tener un hijo. Estoy embarazada.

¿Un hijo? ¿Cómo era posible?

–¿Y eso? Hemos utilizado...

–Sí, pero los preservativos tienen un noventa por ciento de efectividad, así que...

–Pero...

–Has dicho que me ibas a decir cómo te sentías.

Noah parpadeó. Instintivamente, sintió algo primario, salvaje y protector, pero no supo qué nombre ponerle y, además, le dio mucho miedo. No creía que fuera una buena idea decirle a Grace lo que estaba sintiendo, porque estaba

sintiendo cosas muy extrañas. Fundamentalmente, miedo. No, no creía que le fuera a servir de nada saber que estaba sintiendo miedo. Además, no era eso lo que le había preguntado. Si fuera completamente sincero con ella, se enfadaría. Como Sara.

Noah se puso en pie. Necesitaba tiempo para entender lo que estaba sucediendo.

—¿Sabes cuándo sucedió...?

Grace se envolvió en una sábana y se puso en pie también. Era la primera vez que hacía algo así. Jamás se había molestado en taparse cuando estaba desnuda.

—Creo que en París. ¿Y eso qué más da?

A Noah le ayudaba tener datos para analizar, para dilucidar cuándo se había producido el punto de inflexión, para localizar el momento en el que todo había cambiado, aunque no se hubiera dado cuenta en el instante preciso. Así era como analizaba a sus personajes, como entendía lo que les sucedía. A lo mejor ayudaba a comprender lo que estaba sintiendo.

En aquellos momentos, lo que estaba sintiendo era un picorcillo en los ojos. ¿Se iba a poner a llorar? Él nunca lloraba.

—Ven aquí —le dijo a Grace abriendo los brazos al ver que lo miraba dolida.

Grace no parecía muy convencida, pero se acercó y dejó que la abrazara.

—No te preocupes —le dijo acariciándole el pelo—. Ya lo arreglaremos.

A continuación, se apartó y le dio un beso en la frente.

—Necesito... creo que voy a... voy a correr un rato.

«¿Ya lo arreglaremos?».

Una vez a solas, Grace se quedó mirando con la boca abierta la puerta por la que se había ido Noah. Por cómo lo había dicho, cualquiera habría pensado que tenían un problema con Hacienda o que se les había perdido el pasaporte. Le había dicho que iban a tener un hijo y se había ido a correr.

¡Increíble!

Grace se sentó en el borde de la cama y apretó la sábana contra su cuerpo.

Cuando le había dicho a Rob que iba a nacer Daisy, unos días antes de su primer aniversario de boda, la había tomado en brazos y había reído de felicidad mientras le daba vueltas por los aires. A continuación, la había dejado sobre el sofá como si fuera una delicada pieza de porcelana, le había pedido perdón seis o siete veces y la había besado veinticinco o veintiséis

para, después, llamar a todo el mundo por teléfono para darles la buena nueva.
¿Qué le sucedía a su nuevo marido? ¿De qué tenía miedo? ¿Tendría celos?
No lo entendía.

Se llevó la mano a la tripa. Sus hijos se iban a llevar casi veinte años de diferencia, pero se sentía conectada a ambos por igual, tanto al pequeño embrión que tenía toda la vida por delante como a la jovencita de diecinueve años que ya estaba explorando aquella vida por su cuenta.

Después de ver la reacción de Noah, tenía muy claro que ella quería tener aquel niño, quería sentir sus patadas, quería sentir cómo se movía en su interior, quería oírlo llorar y sentir aquella conexión de amor que sentía con Daisy.

Se puso en pie y comenzó a vestirse. Seguro que, tarde o temprano, Noah se emocionaría también. De momento, se había sorprendido porque no contaba con ser padre, pero todo iba a salir bien.

Seguro que, cuando volviera de correr, estaría mejor.

Noah cruzó la calle a la carrera.

Grace estaba embarazada.

Iban a tener un hijo.

No sabía qué quería hacer, si subirse a un árbol y lanzar un grito de Tarzán o comprarse unos puros.

«Por lo menos, siento algo».

«Cállate».

Aquello lo cambiaba todo. ¿Qué pasaría con los viajes, con las entregas de premios y con las fiestas? No tenía previsto acudir a aquellos eventos con una bolsa de pañales.

«Estás siendo un egoísta».

«Ya lo sé. Cállate».

Noah comenzó a correr cada vez más deprisa hasta que sintió el aire frío en los pulmones y los músculos ardiéndole. Jamás se le había pasado por la cabeza la posibilidad de ser padre. Aunque el suyo no había sido un buen ejemplo, los padres de otros amigos le habían ayudado a hacerse una idea de lo que un padre debería ser.

Debería ser capaz de interactuar con su hijo, de admirarlo, de hablar con él y de enseñarle cosas de la vida. Lo que no debía hacer era ignorarlo y hacer como que no existía, aun cuando el niño hiciera todo lo posible para hacer que se sintiera orgulloso de él.

Noah se paró en seco, descansó las manos sobre los muslos y se dio cuenta de que estaba sintiendo una cosa oscura que lo engullía.

«Estás sintiendo miedo».

Sí, tenía razones para tener miedo porque, cuando el bebé hubiera nacido, Grace se daría cuenta de la verdad, se daría cuenta de que él no era capaz de ocultar el vacío por más tiempo y, entonces, se iría.

Citasaciegas.com tiene actualmente dieciséis chats abiertos, veintiocho conversaciones privadas de mensajes instantáneos y seis mil doscientos diecisiete miembros conectados. ¡Chatea con quien quieras!

Sanfranciscana: ¿Y qué pasó cuando volvió de correr?

Bollitoinglés: Me pidió perdón y estuvo muy cariñoso, me invitó a comer por ahí y esta mañana ha aparecido con un conejito de peluche para el bebé.

Chicacanguero: ¡Guau! Parece ser que le gusta la idea de ser padre.

Sí, eso parecía. Entonces, ¿por qué Grace tenía la sensación de que no era verdad? ¿Por qué habían saltado todas sus alarmas y sentía un frío intenso desde los pies a la cabeza?

Bollitoinglés: Sí, pero no es tan sencillo. Tendrías que haber visto la cara que puso cuando se lo dije.

Sanfranciscana: Tenía derecho a sorprenderse. Tú también te sorprendiste.

Bollitoinglés: ¿Cómo explicarlo? Es como si hubiera un muro entre nosotros. Dice todo lo que se supone que tiene que decir y hace todo lo que se supone que tiene que hacer, pero parece que lo hace porque es lo que se espera de él, lo hace como si estuviera siguiendo un guión.

Chicacanguero: Dale tiempo, Grace. Yo creo que lo está intentando.

Vaya, ya estaba llorando otra vez.

Sanfranciscana: Grace, si hay alguien que puede llegar hasta su corazón, ésa eres tú.

Chicacanguero: Estamos aquí para ayudarte en lo que necesites.

Bollitoinglés: ¡Gracias, chicas! ¡Me habéis hecho llorar! Algún día nos conoceremos y os daré un gran abrazo. Va a ser un abrazo tan fuerte que tendréis que quitarme de encima para que no os estrangule como una pitón.

Sanfranciscana: ¡A ver si es verdad!
Chicacanguro. ¡Sería estupendo!

Grace se desconectó y se limpió las lágrimas. Sí, era cierto, tenía que darle tiempo a Noah. Sabía que, si insistía para que se abriera, lo único que conseguiría sería que se cerrara todavía más. Tenía que esperar. Tenía más de siete meses hasta que naciera el niño, tiempo más que suficiente para ir progresando.

CAPÍTULO 8

DURANTE las siguientes semanas, Grace se dedicó a darle espacio a Noah. Él lo aceptó encantado, pero no hizo el más mínimo amago de dar un paso en su dirección.

El proceso hormonal propio del embarazo estaba siendo más intenso y más fuerte que durante el embarazo de Daisy. Noah intentaba estar a la altura de la situación, pero era difícil, pues Grace estaba feliz y contenta y, de repente, se ponía a llorar como una magdalena sin ningún motivo.

Grace se alegraba profundamente de no tener que ir a trabajar porque estaba muy cansada. Se puso también muy tiquismiquis con la comida. De repente, se le antojaba algo con una fuerza impresionante y, de repente, le daba asco.

Una mañana, se dirigió a la cocina a desayunar. Al poco rato, llegó Noah con aire disgustado.

–¿Qué te pasa? –preguntó Grace bostezando.

–El protagonista de la novela no está quedando como yo quiero. Bueno, en realidad, no está actuando de manera convincente cuando se enamora.

–¿Y no te puedes saltar esa parte?

–No, es importante para el argumento central porque ella, que es agente doble, lo entrega a sus enemigos.

–No soy experta en novelas de espionaje, pero a lo mejor te ayuda tener la perspectiva de una mujer.

Noah la miró esperanzado.

–¿De verdad?

–Claro que sí –contestó Grace–. No tengo nada mejor que hacer que acurrucarme en el sofá y leer un buen libro –añadió Grace pensando que eso le daría oportunidad de ver cómo funcionaba la mente de su marido.

Noah se acercó, la besó en la mejilla y salió corriendo hacia su despacho.

–¡Ahora mismo te lo imprimo! –gritó desde el pasillo.

Así que Grace pasó un día de lo más apacible, tumbada en el salón de techos altos, con las ventanas abiertas, disfrutando de la lectura y del olor de las flores del jardín. Había mandado a Noah a hacer la compra y él volvió con bolsas llenas de productos orgánicos para preparar la cena.

–¿Qué te ha parecido? –le preguntó, nervioso.

–¿Qué hay de cena? –contestó Grace con picardía –Noah sonrió–. Tú me dices lo que me vas a preparar de cena y yo te digo lo que me parece Karl el espía.

Noah, que estaba metiendo la compra en el frigorífico, se giró y sacó unas cuantas cosas más de una bolsa.

–¡Pasta con tomate natural! –anunció mostrándole los ingredientes.

–¡Cuánto te quiero! –exclamó Grace.

Noah dio un respingo.

–Quiero decir que... ¡cuánto quiero que me hagas la cena! –intentó arreglarlo Grace.

Que situación tan estúpida. Noah estaba horrorizado. Grace intentó sonreír y disimular. Las cosas tenían que volver a la normalidad.

–Es justo lo que me apetece cenar. ¿Cómo lo has sabido?

–No sé... lo sabía...

–Bueno, pues empieza a cortar los tomates mientras yo te hablo de Karl.

–Creo que sé cuál es el problema de tu protagonista –comentó Grace mientras enrollaba unos cuantos espaguetis en el tenedor.

–¿Ah, sí?

–Lo único que le preocupa es protegerse, no salirse de lo que conoce. Lo han entrenado para lidiar con la situación que está viviendo con la chica, ¿verdad? Por eso, siempre se rige por las normas que recibió en ese entrenamiento, no se sale de los límites.

Noah dejó el tenedor en el plato y se quedó mirándola.

–Si hago que olvide su entrenamiento, estará incumpliendo su trabajo y eso hará que sea un protagonista que no guste al público.

Grace negó con la cabeza.

–No estoy diciendo que deba incumplir su trabajo. Lo que estoy diciendo es que le vendría bien tener una buena razón para ignorar su entrenamiento. Haz que sea vulnerable. Tienes que darle más profundidad emocional.

–Pareces mi editora.

–Sabes que tengo razón.

Sí, así era. Noah sabía que tenía razón. Su intuición también se lo decía. Llevaba meses viviendo con aquel personaje y no sabía cómo podía darle profundidad. ¿Qué le iba a hacer si resultaba que Karl el espía era exactamente igual que su creador?

Noah no le estaba prestando ninguna atención a Martine y su secretaria se estaba dando cuenta, pero Noah no podía remediarlo. Le estaba hablando de un evento que tenía en Manchester, pero él estaba completamente concentrado en las cartulinas de colores donde había ido escribiendo durante aquellos meses las características de Karl.

Sabía que el protagonista de su novela tenía que tener un punto débil que le diera la pista para poder profundizar en él.

–Bueno, veo que no me estás escuchando, así que me voy a hacer un café. Tienes toda la información en esta carpeta –anunció la secretaria poniéndose en pie y dejando la carpeta sobre la mesa de Noah.

Noah siguió concentrado en sus cartulinas de colores.

–¿Has reservado hotel para lo de esta noche? –preguntó al oír ruidos en la puerta.

–No –contestó la voz de Grace–. ¿No se iba a ocupar Martine de eso?

Noah se giró. Grace tenía un aspecto terrible. Las náuseas de la mañana la habían dejado gris y con ojeras.

–¿Qué tal estás?

–Mejor –mintió–. ¿Lo tienes todo preparado para esta noche?

–No.

–¿No qué? ¿No lo tienes preparado o no quieres que vaya contigo? Noah, por favor, sé un poco más claro.

Estaba maravillosa a pesar de su horrible aspecto físico. Noah se puso en pie, se acercó a ella y le acarició la mejilla.

–Creo que deberías quedarte en casa.

Se había comprado un libro sobre el embarazo por Internet y lo tenía escondido. No sabía por qué se sentía avergonzado. Posiblemente, porque Grace lo sabía todo y él no sabía nada y se sentía estúpido haciendo preguntas estúpidas.

Por otra parte, si no estaba bien informado y si no compraba cosas para el bebé, Grace pensaría que no estaba interesado. Y lo estaba. Por supuesto, a nivel racional. Le parecía fascinante cómo se formaba la vida humana. Era verdaderamente un milagro.

Sin embargo, cuando pensaba en que ese milagro iba a vivir en su casa, volvía a tener esa extraña sensación que no le gustaba nada. Se sentía inútil, como si algo mucho más grande que él lo fuera a arrollar.

Por lo que había leído en el libro, a su mujer no le iría nada bien un viaje en coche.

—¿Por qué? Me encuentro bien—contestó Grace—. Era parte del trato que te acompañara a los eventos literarios.

Noah sabía perfectamente que Grace estaba dispuesta a cumplir con su parte del trato aunque se encontrara fatal, pero creía realmente que le vendría mejor descansar y a él también le iría bien tener veinticuatro horas de no sentirse como si estuviera intentando ser lo que ella quería que fuera y haciéndolo fatal constantemente.

—No, tú te quedas en casa descansando. Vuelve a la cama. Nos vemos mañana a la hora de comer, cuando vuelva.

Pasar la noche sola en casa de Noah fue toda una experiencia.

A pesar de que Grace llevaba viviendo allí casi dos meses, le seguía pareciendo un hotel. Era grande, bonita y perfecta. Era la casa con la que siempre había soñado, pero no era su hogar.

Las casas que había compartido con Rob siempre habían sido pequeñas y humildes, pero siempre habían estado llenas de amor, de pasión y de risas.

Aunque el matrimonio con Noah era exactamente igual de legal que el que había tenido con Rob, no sentía lo mismo. Por supuesto, la culpa no era de Noah. Él le había dado lo que le había prometido: respeto, compañía y mucha química.

Y, a cambio, ella le había entregado el corazón.

Y Noah no lo quería.

Por mucho que ella se empeñara, no podía conseguir que una persona aceptara un regalo que ni siquiera sabía que existía.

Grace se quedó despierta hasta tarde. Le gustaba tener tiempo para sí misma, estar sola para pensar en la situación. Al igual que su personaje, Noah no se salía de lo que conocía. Así, tenía todo bajo control y se sentía cómodo.

Y ella sabía que en su interior había mucho más de lo que mostraba al mundo.

Noah estaba siempre pendiente de ella, pero Grace sabía que lo que hacía por ella y por el bebé no era por amor.

Recordó a Rob, lo emocionado que se había mostrado durante todo el

embarazo. Solía besarle la tripa y hablar con Daisy. Rob lo había compartido todo mientras que Noah le compraba cosas.

Grace se dirigió a la habitación que iba a ser el cuarto del bebé y se preguntó cómo iba a hacer Noah para relacionarse con su hijo si no era capaz de relacionarse sinceramente con los adultos. ¿Establecería distancia también con el niño o la niña?

De repente, se dio cuenta de que estaba enfadada. ¡No era justo! Su primogénita no había podido disfrutar de su padre y su segundo hijo iba a tener cerca a su padre físicamente, pero emocionalmente...

Grace tenía la impresión de que Noah sabía que algo no iba bien entre ellos. Por eso pasaba cada vez más tiempo en su despacho. Se escondía en su mundo de fantasía. A lo mejor por eso se había hecho escritor. Era imposible sufrir en un mundo en el que él era Dios y manejaba todos los hilos.

A Grace le gustaría mirarse en sus ojos y ver al Noah de verdad. Ya estaba harta de verse reflejada en el espejo detrás del que se escondía.

Noah llegó a casa a media tarde y encontró a Grace en el jardín.

—¿Cómo te encuentras?

No se atrevió a preguntarle si le había echado de menos por si contestaba que no.

—Bien —contestó Grace—. ¿Qué tal lo tuyo?

«Fatal porque tú no estabas conmigo. Muy triste. Ha sido espantoso separarme de ti».

De repente, Noah comprendió que no quería seguir utilizando la cortina de humo con Grace. Quería que viera cómo era en realidad. Le parecía una idea maravillosa, pero llevaba tantos años escondiéndose que no sabía cómo desmontar la fachada.

—Bien —contestó sinceramente, pues el evento literario había sido todo un éxito.

Noah se dio cuenta de que Grace lo miraba desde la distancia y así siguió mirándolo durante días. Aquella mirada perdida sólo desaparecía cuando hacían el amor y, entonces, era reemplazada por un brillo que delataba sus ganas de llorar.

A Noah le habría gustado decirle que llorara abiertamente, que volcara sobre él todo lo que quisiera, pero no sabía cómo hacerlo.

Grace se estaba distanciando.

La estaba perdiendo.

A lo mejor ya se había dado cuenta sin necesidad de escarbar demasiado. Había llegado el momento de pasaba a la acción. Había llegado el momento de darle su regalo de bodas. Todavía no estaba terminado, pero, cuando lo viera, entendería por qué.

Noah se estaba comportando de manera muy extraña. Se había levantado más temprano que nunca. De repente, tras haber pasado días y días metido en su despacho, concentrado única y exclusivamente en su novela, había vuelto al mundo real y había vuelto a sonreír, a bromear y a charlar.

Grace tenía la sensación de que aquello era importante, un punto de inflexión.

–Cuando termines de desayunar, vístete –le dijo entrando en la cocina y besándola en la boca.

–¿Por qué te pones tan marimandón? –le preguntó Grace enarcando una ceja y dando buena cuenta de sus tostadas con chutney de mango y virutas de chocolate.

–Perdona, pero es que tengo una sorpresa para ti –le dijo saliendo de la cocina como un tornado.

Grace sonrió. Algo estaba cambiando. Parecía que Noah hubiera bajado la guardia. Estaba casi abierto. Grace sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Estaría sucediendo por fin? ¿Significaría aquello que iba a dejar de comprarle cosas y que, por fin, se iba a entregar en cuerpo y alma a ella?

Grace dejó las tostadas y se apresuró a vestirse. Se encontraba mejor. Las náuseas de la mañana ya casi habían desaparecido, pues estaba en la décima semana de embarazo, y podía subir las escaleras a velocidad normal, sin tener que apoyarse en la barandilla todo el rato.

–Ponte esto –le dijo Noah cuando fue a buscarlo a su despacho.

–Pero si estamos en julio –protestó Grace al ver que Noah sacaba una bufanda de un cajón.

–No es para que te la pongas en el cuello, sino para que te tapes los ojos.

Su entusiasmo era contagioso y Grace se encontró riendo.

–Está bien –accedió.

Noah le tapó los ojos y le ató la bufanda. A continuación, la llevó hasta el coche y la ayudó a subir. Grace sentía que el corazón le latía desbocado. Estaba nerviosa. No le ayudó en absoluto verse con los ojos cerrados en un coche que se movía, pero, gracias a Dios, el trayecto fue corto y consiguió no vomitar.

Al bajar del coche, oyó el ruido del tráfico y el pitido de un semáforo de peatones. También el sonido de los zapatos sobre el asfalto. Más bien, sobre los adoquines. ¿Estaban en High Street?

–Por aquí –le indicó Noah tomándola del brazo–. Cuidado, hay un escalón... y otro... –añadió–. Un poco más... Ya está, ya puedes quitarte la bufanda.

Grace así lo hizo, miró a su alrededor y vio que estaba en una tienda. Las paredes estaban llenas de estanterías de madera. Habían quitado la moqueta porque había trozos verdes todavía en los rincones. Le sonaba, pero...

–¿Es la librería de Martin! ¿La has comprado?

Noah sonrió y asintió.

–¿Y Martin?

–Se va a encargar de ella durante un par de años. Bienvenida a Amor y balas.

–¿Balas?

–Sí, va a ser una librería especializada en libros de suspense.

–¿Y lo del amor?

–Bueno, en estos meses me he dado cuenta de que es imposible leer única y exclusivamente libros de espionaje y de asesinatos, así que he decidido hacer sitio también a las novelas de amor –contestó Noah tímidamente.

–Estás loco –sonrió Grace–. Es maravilloso, pero estás loco.

–Hay más –anunció Noah tomándola de la mano y conduciéndola a través de un arco abierto en la pared que estaba cubierto con un plástico.

Al darse cuenta de dónde estaba, Grace se quedó de piedra. Estaba en lo que había sido el Coffee Bean, que se había convertido en un local completamente nuevo y reformado. La fantástica vitrina victoriana estaba como nueva, brillante, el suelo estaba también impecable y el escaparate lucía lleno de estanterías de cristal.

¡Dios mío! ¿Qué había hecho el estúpido de su marido? Le había comprado una pastelería. Había recolectado todos sus sueños, los había envuelto con un lazo de color rosa y se los estaba regalando.

Y lo odiaba por ello.

–¿Cuándo has comprado el local? –le preguntó muy seria.

A Noah se le borró la sonrisa de la cara.

–Hace unos meses –contestó–. Java Express tenía el contrato casi cerrado, pero le hice a Caz una oferta mejor y aceptó.

–¿Caz te permitió hacer esto? ¿Por qué?

–Porque... yo creía que era lo que querías.

–¿Por qué no me has dicho nada? –le preguntó Grace riéndose histérica–. ¿Por qué lo has mantenido en secreto?

–Porque era un regalo sorpresa –contestó Noah cada vez más confuso.

–¡No me trates como si fuera un personaje de tus novelas! ¡No me organices la vida! –exclamó Grace furiosa–. ¡Voy a tener un hijo! ¿Me quieres decir cómo se supone que me voy a encargar de la pastelería?

–Los niños duermen mucho, ¿no?

–No tienes ni idea –lo acusó Grace–. No tienes ni idea.

–No te gusta.

Grace sintió un horrible nudo en la garganta.

–Noah, me encanta –le aseguró sinceramente–. Es preciosa, es perfecta, es la pastelería de mis sueños, pero es otra cosa, algo material.

–¿Y eso está mal? –le preguntó Noah acercándose a ella.

–No, no está mal, pero cuando es lo único... cuando no hay nada más... –contestó Grace mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas–. No puedo más. Creía que iba a ser capaz de seguir adelante, pero no puedo. Necesito más –añadió decidiendo que tenía que ser completamente sincera–. Te quiero –anunció.

Noah dio un paso atrás y se quedó mirándola estupefacto.

–Te quiero de verdad, Noah. Ya sé que no formaba parte del trato, pero es la realidad y no puedo hacer nada por evitarlo.

–Grace, yo...

–No digas nada. A menos que vayas a decirme que tú también me quieres, no digas nada.

Noah se giró y se fue hacia el escaparate pasándose los dedos por el pelo.

–¿Y qué hacemos ahora?

–No te voy a impedir que veas al niño. De hecho, todo lo contrario. Quiero que lo veas, pero... no puedo seguir viviendo contigo –contestó Grace–. No puedo seguir casada contigo. Lo entiendes, ¿verdad?

Noah se quedó mirando por la ventana. A Grace le dio la impresión de que se le estaba rompiendo el corazón, pero sabía que eso no era posible, pues Noah no estaba conectado con su corazón.

–Lo entiendo.

Era lo mejor que podía hacer. Ya había criado a una hija ella sola, así que sería capaz de volverlo a hacer. Sería capaz de volverlo a hacer sola, pero no viviendo con Noah, sabiendo que no la quería y sospechando que, tal vez,

tampoco quisiera a su hijo.

–No te vayas inmediatamente –le rogó Noah girándose de repente–. No quiero perderte. Ni a ti ni al bebé. Tenemos el viaje a París y el lanzamiento del libro dentro de quince días. Prométeme que no te irás hasta entonces. Por favor.

Sí, claro lo del lanzamiento del libro. No podía estropearle eso.

–Si para entonces sigues sintiendo lo mismo, volveremos a hablar de ello.

Noah se estaba mostrando tan razonable como siempre. Grace habría preferido que gritara y le dijera que lo que estaba diciendo era una tontería. Habría preferido cualquier cosa antes que eso. No estaba reaccionando, así que decidió hablarle de su estúpido personaje, metiendo el dedo en la llaga.

–Sé lo que le pasa a Karl.

–¿Cómo? –contestó Noah desorientado.

–Karl, tu espía. No puedes darle profundidad emocional porque tú eres incapaz de tenerla –le espetó Grace–. Karl eres tú. Me sorprende que no te hayas dado cuenta. Ha surgido de tu subconsciente y tiene los mismos puntos flacos que tú.

Noah la miró estupefacto, como si hubiera entendido muchas cosas de repente. Menos mal. Por lo menos, todo aquello servía de algo.

–Si quieres que Karl resulte un protagonista convincente, vas a tener que bajar las barreras que has puesto para protegerte del mundo.

Aquella misma noche, Grace se mudó a una habitación de invitados. Noah insistió para que se quedara en el dormitorio principal, pero ella se negó, agarró el ordenador y se conectó con Dani y con Marissa.

Las necesitaba más que nunca y, como de costumbre, la consolaron y le dieron ánimos.

CAPÍTULO 9

NOAH llamó a la puerta de la casa de Caz y esperó.

–¡Está abierto! –le dijo Caz desde dentro.

La encontró en la cocina, removiendo algo que olía muy raro. También era extraña su indumentaria, pues se había puesto un vestido hippy, botas de vaquero y una pluma en el pelo.

–Ya estabas tardando –lo saludó.

–¿Sabes por qué he venido?

Caz asintió y le indicó que se sentara. Noah así lo hizo después de apartar a un enorme gato rubio de la silla de madera.

–¿Qué puedo hacer para que se quede? –le preguntó yendo directamente al grano.

–Noah, no puedes hacer que se quede, tienes que darles razones para que quiera quedarse –contestó Caz.

Maldición. No tenía ninguna buena razón y él, en sí mismo, no era una razón lo suficientemente buena.

–No sé qué hacer, Caz. Quiero que se quede conmigo, pero no le puedo dar lo que ella quiere. Yo no soy hombre de amor. Nunca lo he sido. No tengo ni idea de cómo explicarle lo que siento. No sé cómo se hace. ¿Tú te quedarías si te ofreciera eso?

Caz se quedó pensativa.

–El amor no son sólo palabras, Noah.

–Lo sé.

–¿De verdad? –le preguntó Caz añadiendo unas hierbas a lo que estaba removiendo y girándose hacia él–. ¿Qué es lo primero que tiene que aprender un aspirante a escritor?

–A escribir sin faltas de ortografía –contestó Noah rápidamente.

Caz echó la cabeza hacia atrás y se rió.

–Profundiza.

¿Por qué todo el mundo se empeñaba en que profundizara? De repente, Noah tuvo una de sus corazonadas y se lanzó a hablar antes de que su hemisferio racional tuviera tiempo de procesar lo que iba a decir.

–Dar a entender sin decir abiertamente.

Caz asintió y sonrió encantada, como una profesora orgullosa de su alumno.

–Exactamente. Piensa en ello –le dijo mientras ponía la tetera al fuego.

Noah pensó en ello y no se le ocurrió absolutamente nada. Caz se dio cuenta y decidió intentarlo desde otro punto de vista.

–Vas a ser padre y tienes que pensar en cómo quiere un padre a su hijo.

Noah pensó en sus padres y volvió a quedarse en blanco. Luego, pensó en Grace y en la relación que tenía con su hija y, finalmente, pensó en su hijo, en el bebé que vivía dentro de Grace, en aquel niño al que solamente iba a ver los fines de semana.

Al instante, un fuerte instinto protector se apoderó de él.

–Quiero a ese niño aunque todavía no haya nacido –anunció.

Caz sonrió y asintió.

–Claro que sí. Haga lo que haga, siempre lo querrás.

Claro.

Amor incondicional.

De repente, Noah tuvo otra de sus corazonadas y entendió algo importante.

«Ya lo tengo. Ése es el problema de Karl. Está enamorado de esa chica, de la agente doble, la ama incondicionalmente y le deja hacer lo que quiere, aun sabiendo que lo va a traicionar».

–¿Y esto qué tiene que ver con Grace? ¿Qué puedo hacer para evitar que se vaya?

–Eso lo vas a tener que dilucidar tú –contestó Caz–, pero te voy a decir una cosa: dejé que compraras mi cafetería por algo y te puedo asegurar que no fue para que hicieras sufrir a Grace.

Cuando Noah llegó a casa, encontró una nota de Grace diciéndole que se había ido a pasear por el jardín. Últimamente, lo hacía mucho. Seguramente, para no estar con él.

Una vez en su despacho, sacó una inmensa hoja de papel y la puso sobre la mesa. Había llegado el momento de concretar las ideas que pululaban por su cabeza. Cuando las viera escritas, todo tendría sentido.

Noah se quedó mirando la hoja de papel blanca, sin rayas y sin

cuadrículas. Al cabo de un rato, seguía completamente vacía. Sabía que tenía sentimientos y emociones, pero le costaba mucho convertirlos en vocales y consonantes que formaran palabras.

Aquello lo hizo reír. Se dedicaba profesionalmente a escribir y no era capaz de escribir lo que sentía. Tenía que conseguirlo, así que decidió diseccionarse a sí mismo como si fuera uno de sus personajes y escribió su nombre en mitad de la hoja.

Le costó un buen rato arrancar, pero, finalmente, lo consiguió. Al igual que había hecho con Karl, comenzó por su pasado, comenzó a apartar capas y capas de sí mismo para entender cómo había llegado a ser el adulto que era.

Pensó en sus padres. A los dos les horrorizaban las muestras de cariño y valoraban el estoicismo. Se vio de pequeño, intentando adecuarse a sus normas aunque le doliera, se vio alistándose a los diecinueve años, viendo morir a sus amigos delante de él y comprendió que no se había permitido el lujo de llorar. No le habría servido de nada al regimiento de haberlo hecho.

Comprendió que había metido todo su dolor en un agujero y lo había tapado bien. Y se lo había llevado todo a la vida de civil, a su relación con Sara. Ahora comprendía. Ahora comprendía lo que le había dicho y por qué se había ido. Era cierto que tenía una burbuja a su alrededor y la había construido para protegerse, pero aquella burbuja hacía infelices a los demás.

En aquellos momentos, estaba haciendo infeliz a Grace.

Decidió concentrarse en ella.

Se dio cuenta de que la había manipulado para que se casara con él. No había sido deliberadamente, pero no le estaba gustando lo que estaba viendo. ¿Se habría casado con él si no hubiera estado en una situación tan desesperada? Había intentado ser un buen marido, pero sólo había hecho estupideces. Le había llevado el desayuno a la cama por las mañanas cuando no se encontraba bien y le daba a escoger entre tres menús diferentes para cenar todas las noches, le compraba CDs continuamente, en cuanto decía que le gustaba una canción de alguien.

¡Incluso le había comprado una pastelería!

¿Y qué quería decir todo aquello? Todavía no lo entendía y ya no podía más, la cabeza le daba vueltas. Al mirar el reloj, comprobó que eran las seis de la tarde. Llevaba horas metido en el despacho, así que decidió salir a pasear por el jardín.

Iba caminando entre los árboles, disfrutando de un maravilloso atardecer, cuando vio a Grace sentada en un banco de piedra.

Antes de que ella se diera cuenta de su presencia y se girara hacia él, Noah tuvo la corazonada más fuerte de su vida.

Estaba enamorado de aquella mujer.

Con todo su corazón.

¡Aquello no había sido una corazonada, sino un sentimiento! En realidad, siempre había tenido sentimientos, pero los había disfrazado con nombres racionales para que pasaran por cosas aceptables.

De repente, la tapa que cubría el agujero se abrió y los recuerdos comenzaron a aflorar, todo lo que se había negado a sentir durante todos aquellos años comenzó a salir a la luz.

Noah ignoró un montón de cosas y se puso a buscar todo lo que tenía relación con Grace y con su matrimonio. Se dio cuenta de que había querido casarse con ella desde el principio. Entusiasmado, avanzó hacia ella.

—¡Noah! —exclamó Grace yendo hacia él.

Mirándose a los ojos, comenzaron a besarse y, en un abrir y cerrar de ojos, la química que siempre había habido entre ellos los hizo desnudarse y hacer el amor allí mismo. Noah tuvo la sensación de que había estado haciendo el amor a oscuras durante años. Era como si alguien acabara de encender la luz. Hacer el amor no era compartirse simplemente a nivel físico, había mucho más.

Si hubiera sabido que se iba a sentir así, habría empezado a buscar a Grace veinte años antes. Abrazó a Grace y se apretó contra su cuerpo. Pensó en declararle su amor a voz en grito, pero entonces se le ocurrió preguntarse por qué Grace había hecho el amor con él aquella tarde, por qué no lo había evitado como hacía recientemente.

Lo cierto era que lo había besado con dulzura, pero también con cierta tristeza.

Y, de repente, lo entendió. Al hacerlo, sintió que los ojos se le humedecían.

No habían hecho el amor para reconciliarse.

Había sido una despedida.

Noah se pasó la semana siguiente en el despacho, trabajando. No sabía cómo arreglar lo que había sucedido entre Grace y él, pero sabía cómo arreglar a Karl y, a medida que lo iba haciendo, iba comprendiendo lo que Grace le había dicho y comenzó a verse a sí mismo.

Decirle a Grace con palabras lo que sentía por ella no sería suficiente.

Comprendía lo que le había querido decir Caz.

La noche antes de irse a París, decidió lo que iba a hacer.

París estaba precioso. La última vez que habían estado allí, su relación con Noah no había hecho más que empezar, todo era nuevo y emocionante. ¿Quién le iba a decir que tres meses después todo habría terminado?

Todo le recordaba a él, los restaurantes, las calles, los cafés... incluso el hotel, porque era el mismo. Menos mal que no estaban en la misma suite.

Desde luego, Noah no se lo estaba poniendo fácil.

Cada vez que la miraba, Grace sentía que el corazón le daba un vuelco, algo más propio de una niña de catorce años que salía por primera vez con un chico que de una adulta que se estaba despidiendo de su marido para iniciar una vida sola.

Grace se despertó a las cinco y media de la mañana y no se pudo volver a dormir, así que decidió conectarse con el ordenador de Noah, que dormía plácidamente a su lado.

No había vuelto a intentar tocarla desde que habían hecho el amor por última vez, como si hubiera entendido que no podría mejorarse, que había sido un momento de belleza sublime que siempre les recordaría lo que había funcionado bien en su relación. Así que, como no la tenía abrazada, pudo ponerse en pie sin hacer ruido e irse al salón. Aunque era tarde en San Francisco, en Sidney todavía era una hora prudente.

Bollitoinglés invita a Sanfranciscana y a Chicacanguero a una conversación privada.

Chicacanguero: ¿Grace?

Bollitoinglés: ¡Menos mal!

Chicacanguero: Me has pillado por los pelos. Estoy saliendo de trabajar.

Bollitoinglés: ¿Tienes unos minutos?

Chicacanguero: Claro. ¿Una emergencia relacionada con Noah?

Bollitoinglés: Ya sabes que, si tuviera mi vida amorosa arreglada, no tendríamos nada de lo que hablar.

Chicacanguero: (sonrisa) ¡Empezaríamos con la de Dani! ¿Qué pasa?

Bollitoinglés: Me estoy arrepintiendo de haberle prometido que no me iría hasta después de París. ¡Esto es durísimo!

Chicacanguero: (un fuerte abrazo) Siento mucho que lo vuestro no haya salido bien. Estaba segura de que ibais a ser felices...

Bollitoinglés: Y yo. De lo contrario, no me habría casado con él. Últimamente, casi ni me habla.

Chicacanguero: ¿Te ignora?

Bollitoinglés: No, no es eso... Es que no dice nada... Él no es así...

Chicacanguero: ¿Sabes por qué?

Bollitoinglés: No, no tengo ni idea... y me mira de una manera extraña, me pone muy triste, se me parte el corazón. Me siento culpable, pero no puedo seguir casada con él por eso.

Chicacanguero: Estás segura de que separarte de él es lo correcto, ¿verdad?

Grace asintió. Criar a su hijo en aquel ambiente emocional no sería sano.

Bollitoinglés: Sí. Me encantaría que Noah despertara... no me refiero a ahora, que está durmiendo, sino a que me gustaría que intentara cambiar.

Chicacanguero: ¿No crees que quiera hacerlo?

Bollitoinglés: No creo que pueda hacerlo. Si creyera que hay una esperanza, me quedaría con él, pero... no. Está tan callado porque se ha dado por vencido.

—¿Grace?

Grace cerró el portátil de golpe. El corazón le latía desbocado.

—¡Qué susto me has dado!

—Lo siento.

—Estaba... hablando con Marissa, la de Australia. Está muy agobiada con lo de la boda.

¿Por qué le estaba mintiendo? Qué estupidez.

—Me voy a duchar —anunció Noah—. Tú sigue con lo tuyo.

Sin embargo, cuando Grace volvió a abrir el ordenador portátil, descubrió que se había apagado y, cuando se conectó de nuevo a Internet, no fue capaz de encontrar a Marissa por ninguna parte.

Todavía quedaban un par de horas para desayunar y se dedicaron a moverse por la suite como piezas de ajedrez, intentando mantener las distancias.

Por supuesto, desayunaron en el comedor, rodeados de gente.

—Voy a estar fuera toda la mañana —comentó Noah—. Me gustaría pedirte un favor. Tengo el libro en el portátil...

–¿Quieres que te lo imprima? –le preguntó Grace.

–No, quiero que lo leas –contestó Noah–. He retocado el personaje de Karl y me gustaría que me dijeras qué te parece.

–Ah, muy bien.

Qué relación tan civilizada la suya. Tan civilizada que era como para ponerse a gritar.

Grace agarró el ordenador portátil y se subió a la terraza que había en la azotea del hotel. Al principio, le pareció que todo estaba igual en el libro, pero pronto se percató de que la historia de amor entre Karl e Irina la tenía atrapada.

¿De dónde había salido aquella historia? En la primera versión del libro aparecían como compañeros, pegando tiros y corriendo de un lado para otro, pero ahora había una relación maravillosamente romántica entre ellos, perfectamente descrita y emocionante.

El libro le pareció agudo y emocionante, le hizo reír y llorar, horrorizarse y enfadarse. En resumen, le hizo sentir. Aquel libro iba ser un superventas, seguro.

Estaba muy orgullosa de él y se lo iba a decir en cuanto volviera.

Grace descolgó el teléfono y pidió que le pasaran con el servicio de habitaciones.

Noah llegó ante la puerta de la suite y se sacó la llave del bolsillo. Grace estaba dentro. Con su libro. Con Karl y con Irina. Si no creía en ellos, no creería jamás en él. Había sido la manera que se le había ocurrido de poner los cimientos, de probarla.

Estaba asustado y le parecía bien sentirse así. La verdad era que odiaba la sensación de estar asustado, pero sabía que tenía que pasar por ello. Quería darle a Grace lo que ella necesitaba, lo que se merecía.

Su hijo nacería en seis meses e iba a ser el mejor padre del mundo porque ahora tenía las herramientas para serlo, tenía corazón.

Abrió la puerta.

Grace lo estaba esperando sentada en un sofá. ¿Habría leído el libro?

–Hola –la saludó.

–Hola –contestó ella sonrojándose levemente.

–Mi libro...

–Tu libro.

–¿Lo has leído?

–Claro, me pediste que lo hiciera, así que lo he leído.

Típico de Grace. No hacía falta pedirle nada, aquella mujer estaba siempre dispuesta y deseosa de dar. Iba a ser una madre maravillosa. La quería mucho y había llegado el momento de demostrárselo.

Daba igual lo que le hubiera parecido el libro. Se lo iba a decir de todas maneras.

–Grace, ¿te apetece ir a dar un paseo?

–Bueno... es que he pedido champán –contestó señalando una cubitera–. Para celebrar lo maravilloso que es tu libro –añadió sonriendo por primera vez en muchos días.

–Vamos a pasear. Te quiero decir una cosa... te quiero enseñar una cosa, más bien –insistió Noah.

Grace se quedó mirándolo a los ojos y se puso en pie.

–Está bien –accedió.

CAPÍTULO 10

EL SOL se estaba poniendo. Los últimos rayos se reflejaban en la superficie del Sena y teñían la piedra gris de los edificios, dándole una tonalidad rosada.

Noah y Grace caminaron en silencio, agarrados de la mano, como una pareja cualquiera de enamorados. Noah intentó relajarse, mantener los hombros bajos y la mandíbula suelta, pero, cada vez que pensaba en ello, se tensaba.

Había llegado el momento de la verdad.

Se quería morir.

Habían comenzado a caminar cerca de Notre Dame y estaban llegando al museo del Louvre. Grace estaba absorta en el agua, no prestaba ninguna atención a los árboles y Noah necesitaba que se fijara en ellos.

—¿Has visto todos los dibujos que hay en los troncos de estos árboles? —le preguntó como quien no quiere la cosa.

—Mmm —contestó Grace sin apartar los ojos del agua.

—Supongo que, si una persona se toma el tiempo de poner el nombre de otra en la corteza, es porque significará mucho para ella...

Grace dejó de mirar el río un instante. Noah rezó para que viera lo que tenía que ver, pero Grace apartó los ojos, suspiró y se giró de nuevo. Noah sintió que el corazón se le caía a los pies.

—¿Qué es eso que pone ahí arriba? —le preguntó Grace de repente.

Noah se encogió de hombros.

—Eso no estaba ahí antes. Es nuevo —insistió Grace—. Eso de ahí arriba, lo que está encima de los demás mensajes...

Noah siguió la dirección de sus ojos, rezando para que lo leyera.

—No son iniciales... son frases completas.

Noah aguantó la respiración.

Grace dio la vuelta completa al árbol, frunció el ceño y comenzó a leer.

–«Es más que su nombre». ¿Qué querrá decir eso? ¿Será algo romántico?

Noah se limitó a meterse las manos en los bolsillos y a avanzar hasta el siguiente árbol con la esperanza de que lo siguiera. Grace lo siguió y, en cuanto llegó al siguiente árbol, se puso a buscar.

–¡En este árbol también hay más! Mira. «Un ángel que no me merezco». Esto se pone cada vez más interesante.

Grace avanzó hacia siguiente árbol y Noah la siguió, intentando mantener la compostura.

–«Y, a pesar de mi fama...» –leyó Grace–. ¡Noah, son versos! –exclamó emocionada–. ¡Seguro que hay más! Vamos a buscar el resto.

Bien. Se había dado cuenta de que era un poema. Desde luego, no era digno de Shakespeare, pero era suyo, nacido directamente de su corazón. Eso era lo que se le había ocurrido para demostrarle que la quería. Caz tenía razón: el amor era más que palabras, pero las palabras eran la mejor herramienta que él tenía. Esperaba haber acertado.

–Lee –le pidió Grace muy sonriente.

A Noah no le habría hecho falta leer porque se lo sabía de memoria, ya que se había pasado todas las noches de la última semana componiéndolo, pero disimuló.

–«Conocerla ha sido lo mejor de mi vida» –leyó.

Se le hizo muy raro decir aquellas palabras en voz alta. Era como salir al escenario en ropa interior.

Grace suspiró.

–Qué bonito. ¿Estará firmado? ¿Habrá algo que nos indique quién lo ha escrito?

Noah se encogió de hombros. No, no lo había firmado, no había puesto su nombre, pero había dejado una pista muy clara.

Una pista que le daba miedo.

Cuando Grace la leyera, su vida se bifurcaría en dos direcciones, una que iría al cielo y otra al infierno, y Grace decidiría adónde quería mandarlo.

Grace pasaba de un árbol a otro, leyendo y opinando sobre la misteriosa declaración de amor. Noah intentaba mantener la calma, dejar que los sentimientos afloraran. Todavía quedaban tres árboles más. Creyó que se iba a desmayar, pero Grace lo tomó de la mano y tiró de él.

–«Cuando estoy con ella, mi alma está completa».

Quedaban sólo dos árboles más.

Por favor, que no se le borrara la sonrisa cuando llegaran al último.

–«Y moriré si no puedo estar a su lado para siempre» –continuó Grace entusiasmada, corriendo hacia el último árbol.

Noah le soltó la mano y se quedó en un segundo plano. El corazón le latía con tanta fuerza que apenas oía el ruido del agua. Grace leyó en voz baja y lo miró. Noah sintió que se desintegraba. Haciendo un gran esfuerzo, avanzó hacia el último árbol y recitó de memoria y con voz trémula.

–Es mi amor, mi corazón... mi Grace.

–¿Por qué has escrito eso? –le preguntó Grace zarandeándolo de los antebrazos casi enfadada.

A continuación, lo miró a los ojos. Noah también la miró a los ojos y en ellos vio confusión, esperanza, miedo y desesperación. Era como asomarse a su corazón. Hizo todo lo que pudo para bajar sus barreras y dejar que Grace viera también en su interior. Grace se zambulló en sus ojos, asintió y comenzó a llorar.

Sin dejar de mirarla a los ojos, le limpió las lágrimas y la besó con ternura. Y con aquel beso sucedió algo, Noah sintió algo que no había sentido nunca, fue como si la última pieza del rompecabezas encajara en su lugar.

Grace y él llevaban tres meses casados, pero ahora estaban realmente unidos.

–Te quiero –murmuró haciendo que Grace comenzara a llorar de nuevo.

Grace decidió que sólo había una cosa mejor en el mundo que pasar la luna de miel en París: pasar la segunda luna de miel en París.

Ya habían vuelto y había sido fabuloso, incluso mejor que la primera vez. Debía de haber pocas mujeres en el mundo que pudieran decir que habían disfrutado de dos lunas de miel en París en menos de tres meses.

Y con un hombre como Noah.

Grace suspiró y lo miró. Noah había cambiado mucho y estaba muy orgullosa de él, estaba completamente segura de que sería un padre maravilloso.

Era su alma gemela. No entendía muy bien cómo era posible que Rob también lo hubiera sido. Al final, comprendió que no era la misma con veinte años que con cuarenta. Por tanto, su manera de vivir el amor también era diferente. Eso significaba que los hombres que elegía para compartir su vida también eran diferentes, pero ambos perfectos para ella.

Eran las seis de la mañana y estaba despierta. Noah seguía dormido y aprovechó para observarlo. Cuando le acarició el brazo, Noah se despezó y

le sonrió.

–Buenos días, señora Frost.

–Buenos días, señor Frost –contestó Grace.

Noah metió la cabeza bajo las sábanas y le besó la tripa.

–Buenos días, pequeño Frost –le dijo–. Te quiero, Grace.

–Yo también te quiero, Noah. Mi Noah –contestó acariciándole el pelo–.

Por cierto, me lo has dicho como mil veces esta semana. Te aseguro que me ha quedado claro. No hace falta que lo repitas más si no te apetece.

–¡Jamás! –exclamó Noah ofendido–. Si la semana que viene sólo te lo digo novecientas noventa y nueve veces, te doy permiso para que me des un bofetón.

–Tomo nota –contestó Grace riéndose.

–Muy bien.

Se dirigieron a la cocina y, mientras Noah preparaba el desayuno, hablaron sobre la librería-pastelería. Ahora que ya no estaba enfadada, a Grace le parecía una idea increíble.

–Daisy está encantada y se ha ofrecido para ayudar, y Caz no para decir que necesita mantenerse ocupada. Además, dice que sería estupendo volver a contratar a la gente de antes –comentó Grace mientras Noah freía unos huevos–. Entre todos, funcionará de maravilla.

Cuando estaban terminando de desayunar llamaron a la puerta y Noah fue a abrir. Cuando volvió, lo hizo con un paquete en la mano.

–¿Qué es eso? –le preguntó Grace.

–No lo sé. Viene a mi nombre y es de una empresa de Internet, pero yo no he pedido nada.

–¿Otra cosa para el bebé? –lo acusó Grace.

–No, de verdad que no –contestó Noah.

Parecía sincero. Últimamente, no hacía más que comprar cosas para la habitación del bebé. Había tantas cosas que Grace ya le había dicho que se tenía que poner con la siguiente entrega de su saga de novelas de espías porque debía de tener Internet colapsado de tanto comprar.

Grace abrió el paquete. Dentro había algo envuelto en papel de burbujas. También había una nota.

–Es de... ¡Daisy! –anunció–. Es para ti. Mira lo que te ha escrito: «Querido Noah, me alegro mucho de haberte elegido y estoy encantada de que seas de la familia». Anda, ábrelo –le dijo entregándole el bulto.

Noah lo agarró y comenzó a apartar el papel burbuja. Al ver lo que era,

Grace empezó a reírse a carcajadas.

–¡Esta hija mía no tiene precio!

Noah se había quedado anonadado mirando una taza de color azul eléctrico en la que ponía *Para el padre más sexy del mundo*. Grace la tomó de sus manos y la puso junto a la suya en la estantería. Noah lo entendió entonces.

–Nos ha emparejado de principio a fin, ¿eh? –sonrió–. Pero eso de sexy, no sé...

–Pues yo sí sé –contestó Grace acercándose a él y pasándole los brazos por el cuello.

A continuación, lo besó de manera lánguida y sensual, dejándole muy claro que estaba completamente de acuerdo con lo que ponía en la taza.

EPÍLOGO

CONVERSACIÓN privada entre Chicacanguero y Sanfranciscana.

Chicacanguero: ¡Lo sabía! Te dije desde el principio que Grace y Noah iban a terminar juntos. ¿Te lo dije o no te lo dije?

Sanfranciscana: Sí, Marissa, me lo dijiste. Tenías razón.

Chicacanguero: Estaba segura de que iba a suceder. Tengo un sexto sentido para estas cosas que nunca me falla.

Sanfranciscana: Claro, claro.

Chicacanguero: ¡Claro que lo tengo y te voy a decir una cosa, Dani!

Sanfranciscana: Dime.

Chicacanguero: Mi sexto sentido me dice que tú no vas a tardar nada en encontrar el amor.

Sanfranciscana: ¿Yo? ¡Vaya! Eso sí que es divertido.

Chicacanguero: Espera y verás.

Sanfranciscana: De eso, nada, Marissa... y una cosa...

Chicacanguero: Dime.

Sanfranciscana: ¡Deja de sonreír como una tonta!

Chicacanguero: !!!!!

No te pierdas el último libro de la serie
CITASACIEGAS.COM:
El hombre más inesperado, de Melissa McClone

Dark Moon

Romance paranormal

19 títulos INÉDITOS

Las autoras más importantes de este género:

BRENDA JOYCE
RHYANNON BYRD
CHARLAINE HARRIS
GENA SHOWALTER
SUSAN KRINARD
JENNIFER ARMINTROUT
P.C. CAST

